



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

BIBLIOTECA

DEPARTAMENTO

HISTORIA DEL DERECHO

Facultad/Escuela: _____

Este libro debe ser devuelto el día:

--	--	--

Atiéndase a la fecha escrita en último lugar.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.



VII 26
LAF
115

HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA,

POR

DON MODESTO LAFUENTE,

SEGUNDA EDICION.

TOMO XIII.

MADRID: 1869.

**IMPRESA A CARGO DE D. DIONISIO CHAULES,
calle del Abmirante, núm. 7.**



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5311318551

y. 53-313773-9

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

PARTE TERCERA.

1556-1558.

DOMINACION DE LA CASA DE AUSTRIA.

LIBRO II.

REINADO DE FELIPE II.

CAPÍTULO I.

SAN QUINTIN.

PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.

De 1556 a 1559.

Extensión de los dominios de España al advenimiento de Felipe II. al trono de Castilla.—Rompe de nuevo el papa Paulo IV. la guerra contra Felipe II.—Ejército francés en auxilio del pontífice.—El duque de Guisa en Italia.—Sitio á Civitella.—Rechízale el duque de Alba.—Determina Felipe II. hacer la guerra al francés por la parte de Flandes.—Ejército español, alemán, inglés y flamenco.—El duque

Filiberto de Saboya, general en jefe.—Site de San Quintín.—Memorable batalla y derrota de franceses en San Quintín.—Ataque y conquista de la plaza por los españoles y aliados, excesos de los vencedores.—Medidas vigorosas de Enrique II. para la defensa de su reino.—Regresa Felipe II. á Bruselas.—Paz entre el pontífice y el rey de España.—Vuelve el de Guisa á Francia con el ejército de Italia: entusiasmo del pueblo francés.—Toma el de Guisa la plaza y puerto de Calais á los ingleses.—Apodéranse los franceses de Thionville.—Completa derrota del ejército francés en Gravelines.—Preliminares de paz.—Intipolenciarios Lancescos, ingleses y españoles.—Conferencias de Cereamp.—Muerte de la reina María de Inglaterra, mujer de Felipe II.—Sucédele en el trono su hermana Isabel.—Ofrecele su mano Felipe, contestación de la reina.—Pláticas de paz en Cateau-Cambresis.—Dificultades.—Paz entre Francia é Inglaterra.—Célebre tratado de paz entre Francia y España.—Capítulos.—El matrimonio de Felipe II. con Isabel de Valois.—Diagnóstico del pueblo francés.—Muerte de Enrique II. de Francia.—Muerte del papa Paulo IV.—Vuelve Felipe II. á España.

Llegamos á uno de los períodos de nuestra historia que han alcanzado más celebridad entre nacionales y extranjeros, y de los que excitan más la curiosidad pública. Y siendo para nosotros evidente que este reinado estuvo lejos de llevar ventaja ni en interés ni en grandeza á los de los Reyes Católicos y Carlos V. que le precedieron, en cuyo tiempo se realizaron los descubrimientos más portentosos, las más ricas y vastas conquistas, los más heroicos y gloriosos hechos de armas, las reformas y mudanzas políticas de más trascendencia é influjo en la condición social y en el porvenir de la nación española, creemos poder atribuir aquella singularidad al carácter especial, no bien definido ni fácilmente definible, del monarca. De

aquí los encontrados y opuestos juicios que desde su época hasta la nuestra han seguido haciéndose del hijo heredero de Carlos de Austria. Todos aquellos que, ó por cálculo ó por genio, han acertado á envolver su conducta en cierta sombra de misterio, así como gozan del privilegio de mantener viva una curiosidad no impertinente, sino muy natural al hombre, de suyo dado á querer penetrar arcanos, quedan también sujetos á sufrir esta vaguedad y contrariedad de juicios, hasta que el tiempo, las investigaciones, el espíritu de exámen, y á veces la casualidad, descubriendo la relacion y las combinaciones de unos y otros hechos, suelen revelar hasta las intenciones mas íntimas y los mas ocultos propósitos y designios. No nos aventuraremos á afirmar que los de Felipe II. sean ya tan conocidos como fuera de apetecer, pero podemos asegurar que muchos de sus misterios han dejado ya de serlo.

En los últimos capítulos del precedente libro hemos dado ya cuenta, guiados por los más irrecusables comprobantes, los documentos auténticos, de la educación física, literaria y política del príncipe don Felipe en su infancia y en su juventud; le hemos considerado como regente de España á nombre y durante las ausencias de su padre; le hemos visto enlazarse sucesivamente en matrimonio con dos princesas extranjeras; le hemos seguido en sus viajes á Inglaterra y á Flandes, y observado su conducta política en

aquellos estados; hemos informado á nuestros lectores de cómo, por sucesivas abdicaciones del emperador su padre, le fué sucediendo en vida en todos sus reinos, estados y señoríos, á escepcion del Imperio.

Aun desmembrado el imperio de Alemania de la herencia de Carlos V., quedaba todavía su hijo Felipe el soberano más poderoso del mundo. Porque él poseía en Europa los reinos de Castilla, Aragon y Navarra, los de Nápoles y Sicilia, Milán, Cerdeña, el Rosellon, las Baleares, los Países Bajos y el Franco-Condado: tenia en las costas occidentales de Africa las Islas Canarias, y se reconocia su autoridad en Cabo Verde, Orán, Bugía y Tunex: en Asia las Filipinas y una parte de las Molucas, y en el Nuevo Mundo los inmensos reinos de Méjico, Perú, Chile, y las vastas provincias conquistadas en los últimos años de Carlos V., ademas de Cuba, la Española y otras islas y posesiones, de aquel grande hemisferio. Y su matrimonio con la reina de Inglaterra ponía en su mano la fuerza y los recursos de aquel reino. De modo que no es extraño se dijese que jamás se ponía el sol en los dominios del rey de España, y que al menor movimiento de esta nacion temblaba toda la tierra.

¿Correspondia el bienestar y la prosperidad interior al poder de fuera y á la estension de los dominios? ¿Estuvo en armonía el acierto en la gobernacion

con la magnitud de los Estados? Esto es lo que nos irá enseñando la historia, y lo que vamos á comenzar á ver desde los primeros capítulos.

Dejamos á Felipe II. en Flandes ⁽¹⁾ en el primer año de su reinado (1556), y al tiempo que su padre partía para el retiro de Yuste, sufriendo los efectos del odio enconado é injustificable del papa Paulo IV. y de su sobrino, el intrigante cardenal Caraffa, á Carlos de Austria y á su hijo, empeñados aquellos en arrancar al rey de España el dominio y posesion del reino de Nápoles. La tregua de Vaurelles, que el pontífice se habia visto forzado á pedir al ver al enérgico y severo duque de Alba con el ejército español á las puertas de Roma, solo duró hasta que, envalentonado otra vez con los socorros de Francia, dió de nuevo suelta á su mal comprimido rencor contra Felipe, y creyó podia renovar con ventaja la guerra. Las sugerencias de los Caraffas al monarca francés no habian sido infructuosas, y movido aquel soberano de su antigua rivalidad á la casa de Austria y del aliciente de la particion concertada de su codiciado reino de Nápoles, envió á Italia en auxilio del pontífice al duque de Guisa con un ejército de veinte mil hombres de sus mejores tropas. Grande ánimo cobró el anciano Paulo IV. al saber que un general de la reputacion y fama de el de Guisa marchaba sobre Turin, fran-

(1) Recuérdese el cap. XXXII del libro I.

queaba denodadamente los Alpes en la aspereza y rigor del invierno (enero y febrero, 1557), se apoderaba de pasos y plazas mal guarnecidos por los españoles, y avanzaba con fiada a Roma, mientras los españoles se concentraban para defender las fronteras de Nápoles. Y cuando llegó á Roma bizole el pontífice un recibimiento triunfal, que hubiera cuadrado mejor á quien hubiera terminado felizmente una campaña, que á quien iba á comenzarla y no podía responder de su buen éxito.

Y así fué que no tardaron en bajar de punto las magníficas ilusiones de los aliados contra el rey de España, porque ni el de Guisa balló el calor que esperaba en los duques de Ferrara y de Florencia, ni las fuerzas pontificias correspondían á lo pactado, ni menos á lo que Caraffa había prometido, comenzando aquel á conocer lo poco que podía esperar de débiles aliados; ni el pontífice y los suyos vieron en las primeras operaciones del francés lo que la fama de su valor y la celebridad de su pericia los había hecho aguardar. Llevó el de Guisa su ejército á Civitella del Tronto, ciudad de alguna consideracion en la frontera de Nápoles, y puso sitio á la plaza (24 de abril, 1557). Por esta vez no dió resultado ese primer impetu tan temido de los franceses. Defendiéronse los sitiados con vigor, y acudiendo luego del Abruzzo el duque de Alba con su gente, obligó al de Guisa á levantar el sitio al cabo de tres semanas, y á retirarse

sin fruto y sin gloria (mayo, 1557). Siguióte en su retirada el general español, escaramuzando siempre y molestandole sus tropas. Al pasar el francés el rio Tronto, muchos capitanes napolitanos y españoles excitaban al de Alba á que batiese en forma al enemigo: negóse á ello con mucha prudencia el español, y más prudente anduvo todavía, cuando el de Guisa, pasado el rio, y elegidas posiciones, le brindaba á batalla. Eludiéndola con mucha habilidad, y sin necesidad de arriesgar su gente, dejaba que las enfermedades fueran diezmando el ejército francés, que el de Guisa se quejara al pontífice y reconviniera al cardenal Caraffa por el papel indigno de su nombre que le obligaban á hacer con sus miserables recursos despues de tan pomposas ofertas, y entretanto los españoles no cesaban de hacer correrías al territorio pontificio, de tomar los lugares flacos ó descuidados, y de poner en continua alarma al jefe de la Iglesia.

El resultado de esta campaña, tan arrogantemente emprendida por los aliados, fué que el de Guisa, desengañado de las pomposas ofertas del pontífice y los Caraffas, exigia á estos que las cumplieran, so pena de abandonarlos, y pedia á su corte, ó que le enviára refuerzos ó que le mandára retirarse; y el papa, con todo su odio á Felipe II., al ver el ningun progreso del ejército auxiliar francés, hubiera de buena gana pedido la paz si los Caraffas sus sobrinos no hubieran impedido á los cardenales pro-

ponerlo los medios convenientes para alcanzarla (1).

Mientras en Italia marchaba así la guerra con ninguna ventaja para el pontífice y con ningún crédito para el de Guisa, el rey don Felipe en Flandes, tan pronto como vió el rompimiento de la guerra por parte de los franceses, habíase propuesto hacerla por la suya con todo vigor, y mostrar á los ojos de Europa que quien habia heredado los señoríos de su padre en vida sabría ser un digno sucesor de Carlos V. Al efecto, con la actividad de un jóven que desea acreditarse, envió sus capitanes á Hungría, Alemania y España, á levantar cuerpos de infantería y caballería, sin perjuicio del llamamiento general á las armas de sus súbditos flamencos. Despachó tambien á Ruy Gomez de Silva á España con plenos poderes para que sacase dinero y recursos á toda costa; y no contento con esto, pasó él mismo en persona á Inglaterra con propósito de decidir á la reina María su esposa ayudarle en la guerra con Francia. Fué en esto tan mañoso y afortunado Felipe, y conservaba tanto ascendiente con la reina, que no obstante las prevenciones del pueblo inglés contra él, y el opuesto dictámen del consejo privado de la reina á comprometerse en una guerra con Francia, á los tres meses de su permanencia en aquel reino volvió á Bruselas (fin de junio, 1557) con la satisfaccion de contar con un cuerpo de ocho mil

(1) Pallavic. Hist. lib. XII.— lib. III., cap. 4 á 13.—Leti, Vida Cabrera, Hist. de Felipe II., lib. de Felipe II., Part. prim. lib. XII.

auxiliares ingleses, que mandado por el conde de Pembroke se habia de incorporar al suyo de los Países Bajos. A su regreso á Flandes activó con el mayor calor los preparativos de la guerra, y nombró general en jefe del ejército á Filiberto Manuel, duque de Saboya, que tan ventajosamente se habia distinguido por su inteligencia y valor en las últimas campañas del emperador su padre.

A propuesta y persuasión de dos capitanes españoles, y oído sobre ello el consejo, y muy especialmente el parecer del virey de Sicilia don Fernando de Gonzaga, cuya opinion, por su mucha experiencia en las guerras con franceses, era siempre muy respetada y atendida, se determinó poner sitio á San Quintín, plaza muy fuerte y considerable, fronteriza de Francia y los Países Bajos, la cual se hallaba un tanto desguarnecida por creérsela casi inespugnable, y de tanta importancia que entre ella y París habia muy pocas ciudades fortificadas. Mas para encubrir este plan al enemigo y llamar su atención hácia otra parte, se acordó abrir la campaña por el lado de Marienburg, ciudad de Flandes que poseian los franceses, y á la cual se dirigió el de Saboya con el ejército desde Bruselas (18 de julio, 1557). La maniobra surtió todo el buen efecto que con ella se proponia y buscaba el general de Felipe II. Toda Francia se movió á socorrer la plaza de Marienburg amenazada y sitiada por los españoles. Figuraba el de Saboya no

poder impedir que entraran en ella refuerzos, y cuando vió que habia conseguido llamar allí la atencion y las fuerzas de Enrique II. de Francia, á los ocho dias de sitio levantó de repente el campo, y torciendo á la derecha avanzó á marchas forzadas hasta ponerse delante de San Quintin, dejando á todos sorprendidos con evolucion tan inesperada. Al dia siguiente cayó en poder de los capitanes españoles Julian Romero y el maestro de campo Navarrete, los mismos que habian aconsejado el sitio de San Quintin, el burgo ó arrabal, que constaba de unas cien casas y estaba defendido por fosos y bastiones ⁽¹⁾. Desapercibida como se hallaba la plaza y con poca guarnicion, se hubiera tomado en pocos dias á pesar de su natural fortaleza, si el almirante de Francia Coligny, al verla en tan inminente riesgo, no hubiera tomado la valerosa resolucion de lanzarse atrevidamente dentro de ella, bien que perdiendo la mayor parte de su gente, para dar aliento á sus escasos defensores.

El rey Felipe II., que habia salido de Bruselas el 28 de julio, andaba alternativamente entre Valenciennes y Cambray, dando calor á las cosas de la guerra, y disponiendo la incorporacion de la division

(1) La relacion de este notable suceso, la tomamos principalmente de un códice MS. de la biblioteca del Escorial, señalado J-V-3, escrito indudablemente por uno que presencié los sucesos; insertose esta relacion en el tomo XI. de la Coleccion de documentos ineditos.

inglesa mandada por Pembroke al ejército del duque de Saboya. Por su parte el almirante Coligny, conociendo todo el riesgo en que se hallaba la ciudad, instaba y apremiaba al condestable Montmorency su tío, á que acudiera con su ejército en socorro de los sitiados de San Quintín. Hizole así el condestable de Francia avanzando desde La-Fere con diez y ocho mil hombres y diez piezas de artillería, y llevando consigo una gran parte de la nobleza francesa. Adelantóse Andelot, hermano del almirante Coligny, con más intrepidez que prudencia, y aunque él logró penetrar en la plaza con unos quinientos de los más esforzados, pereció la mayor parte de su division, y comprometió el resto del ejército, introduciendo la confusion en sus filas. Aprovechando aquella oportunidad el joven duque de Saboya con la pericia y presencia de ánimo de un gran capitán, destacó toda su caballería á las órdenes del conde de Egmont, mientras él seguía detrás al alcance con la infantería, y de tal manera acosaron á los franceses en su retirada, que rompiéndolos y desbaratándolos y sembrando por el campo el estrago y la muerte, ganaron una de las victorias más completas que se leen en los anales de las batallas. Quedaron prisioneros el condestable Montmorency y su hijo menor, los duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal de Saint-André, el príncipe de Mantua, y hasta otros trescientos caballeros de distincion, con cinco mil soldados tudescos: mu-

rieron sobre cuatro mil franceses: quedó en poder de los vencedores toda la artillería, á escepcion de dos piezas, con cincuenta banderas, veinte de franceses y treinta de tudescos. La pérdida del ejército del rey de España no pasó de ochenta hombres. Fué esta memorable victoria el 10 de agosto de 1557, día de San Lorenzo ⁽¹⁾.

La nueva de este gran triunfo llenó simultáneamente de terror y espanto á los habitantes de París, que ya se figuraban ver al enemigo á las puertas de la capital, de satisfaccion y júbilo al rey don Felipe que se hallaba en Cambray. Al día siguiente partió para incorporarse á su ejército, y el 13 de agosto se asentó el pabellon real en un valle á la vista de San Quintin. Dícese que el duque de Saboya manifestó al rey ser de dictámen de que se levantara el sitio y se marchara rápidamente sobre París, fundado en que

(1) Hereus, Anal. Brabant. II. — Herrera, en la General, página 291. — Cabrera, Historia de Felipe II., lib. IV. — Leti, Vita, parte prima, libro XII. — Estrada, Guerras de Flandes, Decad. I., lib. I. — Robertson, Hist. de Carlos V., libro II. — MS. de la Biblioteca del Escorial, U — V.3.

En la relacion MS. del Escorial, se nombran los siguientes personajes prisioneros ó muertos.

El condestable de Francia.
El duque de Montpensier.
El duque de Longueville.
El maiscal de Saint-André.
El Rhingrave.
El príncipe de Mantua.

La Roche du Mayne.
Rochefort.
El visconde Tournay.
El baron Curton.
Mr. de Eughien (muerto).
El ponde de Ville (muerto).

Un soldado de caballería llamado Fedano, natural de Abia, tierra del marqués de Aguilar, fué el que prendió al condestable, y á quien éste entregó el esoque; pero la fé, como entonces se decía, no se la dió sino al capitán Valenzuela, y se repartió entre los dos el premio de la captura. Diez mil ducados era lo que se daba por la prision de un general.

no habia fuerzas que pudieran oponerse á su marcha, y tal vez á la ocupacion de la consternada capital, y que Felipe, ó menos resuelto ó más prudente, no juzgó oportuno aventurar un paso que pudiera comprometerle, atendidos los inmensos recursos de que aun podia disponer la Francia, y prefirió la ventaja menos brillante pero más segura de apoderarse de la plaza que tenian delante. Adoptada esta resolucion por los caudillos del ejército, hizo el rey intimar la rendicion al almirante Coligny y á los moradores de la ciudad, bajo la palabra de dejarlos ir libres y aun de hacerles merced. Y como la respuesta del almirante de Francia fuese tan enérgica como era de esperar de su acreditada entereza y valor, comenzóse al dia siguiente (14 de agosto) á batir la plaza con todo género de armas y proyectiles. La defensa que hizo Coligny fué digna de su reputacion militar, y ella acabó de colocarle en el número de los mayores y más famosos generales de su siglo. Pero érale imposible resistir á los reiterados ataques de un ejército de cincuenta y seis mil hombres, entre españoles, ingleses, alemanes y flamencos, bien provistos de todo, y alentados con una tan brillante y reciente victoria. Al fin rota por unas partes la muralla y minada por otras, dióse el asalto general, y fué entrada y tomada la ciudad (27 de agosto, 1557), con gran mortandad de hombres, niños y mugeres, en que se cebaron cruelmente los soldados, y cayendo prisioneros el al-

Tomo xii.

2

morante Coligny, su hermano Andolot, y otro hijo del condestable de Francia (1).

Al día siguiente hizo su entrada Felipe II. en la destruida ciudad; ordenó que cesara el incendio puesto por los soldados, para que no acabara el fuego de

(1) El que precedió al almirante fué un soldado de Toro, llamado Francisco Díaz: aquel fué puesto por orden del rey bajo la custodia del maestro de campo Cáceres. Andolot pudo fugarse, no sin sospecha de soborno por parte de los capaboles que le guardaban.

En la relación manuscrita del Boerrial, hecha por un testigo de vista, se hace una descripción horrible de las crueldades y excesos que cometieron los vencedores. «Murio (dice) mucha gente de los enemigos, y hubo algunos que después de muertos y desmenuados en carnes, los hombres en el suelo los abrian por los estómagos, y aun yo vi uno que le entraban las tripas por el estérnigo. En las casas que entraban alemanes ó ingleses no dejaban á nadie á vida. Si mujer se echaba fuera de casa la que mataban como dentro en la villa. Y de los que se desfiguraron por la mortalla al tiempo del asalto destruyeron y derribaron, todos los edificios de guerra. de las mujeres que mataron y desfiguraron. Por cada una parte mataron en el campo hasta cinco mil personas por la parte de Navarrete, y por la de Julian hasta cien hombres, con los ingleses que mataron. Saquearon todo el lugar; y dentro en las casas y bodegas mataron mucha gente que se había escondido en ellas, á todos los que no eran de rescate. Duró el asalto hasta otro día en la noche á 20 de mayo. El asalto fué grande, como era costumbre de entonces, y no

hubo estado que no ganasen, y muchos á mill muertos y á dos mil, y algunos á más de á dos mil. Cavaron las bodegas y las caserías, y hallaron enterrado grandes cosas de vestidos y ropa, y cosas de oro y plata, en muy grandes cantidad. Puso S. M. gran cuidado y diligencia en que se salvaran las mujeres, y así mandó recoger las que se podían salvar, á la iglesia mayor, que es bien grande. Dijo tan buena cuenta en esto, que se salvaron más de tres mil mujeres como las metían en la iglesia como estaba ardiendo, otras las llevaban á las tiendas del duque de Saboya, pero primero que las llevaran á la una y á la otra parte, las desnudaban en camino, y las buscaban si tenían dineros; y si alguna cosa ó ropa buena tenían, se la quitaban; y porque dijeron donde tenían los dineros, los desechaban echándolos por la cara y cabeza, y á muchas cortaron los brazos, y hoy 20 de agosto en la tarde y por la mañana se sacaron todas estas mujeres que se pudieron salvar, y por mandado de S. M. se llevaron delante las clemencia del obispo de Arras (Gentile) y á un lado de las tiendas de S. M. Las monjas recogió el conde de Feria y el duque de Saboya en sus tiendas, que en esto hubo mucho cuidado, y de que no fueran deshonradas porque á quedar en sus monasterios la noche que se entró la guerra, los turcos las mataron. ... Las alemanas, de pedaleo redondo

devorarla; limpiar las calles y los templos de los cadáveres y de los caballos muertos y de las inmundicias que infestaban su recinto; hacer un recuento ante su secretario Braso de todos los franceses prisioneros para enviarlos á diferentes lugares fuertes; y dedicóse el resto de aquel mes y el siguiente á reparar las fortificaciones de la ciudad que su mismo ejército habia destruido, para lo cual, entre otras medidas, mandó cortar todo el arbolado de su fértil campiña. Despachó algunos generales con sus divisiones para que se apoderáran de otras villas y fortalezas del país. El conde de Aremberg, flamenco, batió con treinta y cinco piezas y tomó el fuerte del Chatelet, y el duque de Saboya rindió y se hizo dueño de la ciudad y fortaleza de Ham, y de multitud de caballeros franceses que dentro de ella habia (setiembre, 1557). Felipe II. aun despues de conquistada y fortificada San Quintin, no creyó prudente internarse más en el corazon de la Francia, porque sabia las enérgicas y vigorosas medidas que para la defensa de su reino habia tomado el rey Enrique II. en el tiempo que el monarca español habia invertido en el ataque y rendición de aque-

«tir S. M., pegaron fuego al lugar, que era la mayor lástima del mundo..... Aunque S. M. envió «gasadores que atajasen el fuego, «no bastó, y así mandó sacar de «la iglesia el Santísimo Sacramen- «to y el cuerpo de San Quintín, y «así se trujo á las tiendas de S. M. «Quemáronse muchas iglesias y «may bucaas, y la tercera parte

«del lugar, y empezó el fuego por «la plaza mayor que era lo mejor «del lugar. Como los españoles aun «andaban saqueando y otras pacho- «nes, se quemaron en las casas «gran cantidad de personas.....»
No queremos copiar más, porque estremece la continuación de tan horroroso cuadro.

;

la ciudad. Y así, dejando encomendada la guarda y defensa de San Quintín al alemán conde de Abresfem con cuatro mil hombres y con algunos capitanes y compañías españolas, dió la vuelta á Bruselas (12 de octubre), donde había mandado juntar los estados de Flandes (1).

(1) En la Relación citada, hecha por un testigo de vista, se encuentra la siguiente curiosa nómina de los señores y caballeros, especialmente españoles, que sirvieron al rey Felipe II. en esta guerra.

El conde de Feria, del Consejo.
El duque de Sessa (Sessa).
El marqués de Aguilar.
D. Bernandino de Mendoza, del Consejo (este murió allí el 9 de setiembre).
D. Antonio de Toledo, del Consejo.
D. Antonio de Aguilar, hermano del conde de Feria, de la Cámara.
D. Fernando de Gonzaga, del Consejo.
D. César de Gonzaga, su hijo mayor.
D. Inigo de Mendoza, hijo del duque del Infantado, de la Boca.
El conde de Olivares, mayordomo.
El conde de Fuensalida.
El conde de Vilaguzán.
El marqués de Montemayor.
El príncipe de Ascoli.
El conde de Chinchón.
El marqués del Valle.
El marqués de Cortés, de la Cámara.
El príncipe de Salinas, italiano.
D. Fadrique Enriquez, hermano del almirante de Castilla, de la Boca.
D. Juan Manrique de Lara, her-

mano del duque de Nájera, del Consejo.
El obispo de Arras, del Consejo.
D. Juan, y D. Pedro, y D. Alfonso de Lillo.
D. Pedro Manuel, de la Boca.
D. Alfonso de Córdova.
D. Diego de Córdoba, teniente de caballeriza mayor.
D. Juan de Mendoza, capitán general de las galeras de España.
D. Luis Enriquez, hermano del marqués de Alcañices, de la Boca.
D. Francisco Manrique, hermano del conde de Paredes, de la Boca.
D. Juan de Quiñones, hermano del conde de Luna.
D. Bernandino de Granada.
D. Juan Pimentel, hermano del conde de Benavente, de la Cámara.
D. Luis Merdez de Hita, de la Boca, hermano del Señor del Campo.
D. Álvaro de Mendoza, castellano de Castillejo de Napoles.
D. Juan de Alva, hermano del marqués de Pescara, de la Boca.
D. Felipe Manrique, tío del duque de Nájera.
El barón de la Laguna.
D. Luis de Ayala, hermano del conde de Fuensalida, de la Boca.
El conde del Castellar.
D. Gonzalo Chacón, de la Boca.
El vizconde de Eboli.
D. Manuel de Córdoba, hermano

Felipe sin duda no habia olvidado los arranques de energía del pueblo francés para la defensa de su territorio, de que habia dado tan señaladas pruebas en las diferentes ocasiones que le invadió el emperador su padre, y de cuanto esfuerzo era capaz para desenvolverse y mantener su integridad é independencia en los conflictos y casos más apurados. Por lo mismo, si inmediatamente despues de la derrota del ejército del condestable y en el momento crítico de hallarse la Francia sobrecogida de temor y de espanto, creyó no deber provocar la exasperación de un pueblo impetuoso, marchando hácia Paris como algunos le aconsejaban, habria sido mucho más inconveniente despues de la conquista de San Quintin, cuando Enrique II habia tenido tiempo para tomar las siguientes vigorosas medidas de defensa. Habia excitado el espíritu de nacionalidad en la nobleza y en la juventud del reino, y ordenádola empuñar las armas bajo el mando del duque de Nevers en Picardía; habia llamado del Piamonte el ejército francés del rete-

del conde de Bellen, de la Boca.
D. Juan Pacheco, hermano del marqués de Villena.
D. Francisco de Tovar, que fué general de la Goleta.
D. Luis Vique.
D. Jerónimo de Cabanillas.
D. Francisco de Mendoza, hijo del marqués de Mondejar, de la Boca.
D. Pedro de Córdoba, mayor-domo.
D. Juan Manríza.

D. Francisco de Alva.
D. Alfonso Osorio.
D. Diego de Guzman.
El marqués de Fracoe, italiano.
D. Juan y D. Diego de Cacerio.

De todos estos caballeros, y otros muchos, alemanes, flamencos, borgoñones é italianos, que acompañaban al rey muy costosamente vestidos, se formó un lucido escuadrón, que se llamaba el escuadrón de S. M.

rano Brisasac; habia solicitado del turco le socorriese con su armada; habia provocado á los escoceses á invadir la Inglaterra para distraer á esta nacion y que no pudiera ayudar más á Felipe, y por último, habia enviado repetidas y urgentísimas órdenes al duque de Guisa para que á la mayor brevedad acudiese con todo el ejército de Italia ⁽¹⁾

Esta última disposicion colocaba en la situacion más comprometida al pontífice Paulo IV., que sin el auxilio de los franceses quedaba imposibilitado de resistir al duque de Alba. Así el enconado enemigo de Carlos V. y de Felipe II., el que habia provocado la guerra para arrancar el reino de Nápoles del dominio de España, el que habia querido sentenciar en pleno consistorio á Felipe y lanzar el anatema de la Iglesia contra el padre y el hijo, despues de desahogarse en amargas quejas contra el de Guisa por el abandono en que le dejaba, se vió obligado á solicitar la paz y á buscar mediadores para obtenerla. Por fortuna suya, Felipe, que siempre habia sentido tener que hacer la guerra al papa, lejos de abusar de su ventajosa posicion, acogió sus proposiciones de paz, en cuya virtud se juntaron en Cavé pa a tratar de las condiciones de ella el duque de Alba, virey de Nápoles, por Felipe, y el cardenal Caraffa, sobrino y representante de Paulo IV. Los capítulos en que al fin se

(1) Rimler, Memoirs. II.

conviniere distaban mucho de ser tan favorables al rey de España como podía esperarse de la necesidad en que se veía el pontífice. Renunciaba, sí, Su Santidad á la liga con el rey de Francia, y se comprometía á mantenerse estrictamente neutral entre los dos soberanos. Pero el duque de Alba, á nombre del rey Felipe, habia de impetrar perdón de su Beatitud por la ofensa de haber invadido los dominios eclesiásticos, con cuyo acto sería reconocido Felipe como hijo de la Iglesia y participe de sus gracias lo mismo que los otros príncipes cristianos. Que restituiría el rey Católico á Su Santidad las plazas que le hubiere tomado durante la guerra. Que de una parte y de otra se perdonarían los agravios, y se devolverían mutuamente los honores, gracias, dignidades ó jurisdicciones de que se hubiera privado á sus respectivos súbditos. Y á los capítulos públicos del tratado se añadieron otros secretos relativos á las pretensiones de Caraffa al ducado de Paiano y á los demás dominios de los Colonnas.

Con arreglo á las condiciones de este pacto, que parecía más bien impuesto por el débil que dictado por el poderoso, pasó el duque de Alba á Roma (19 de setiembre, 1557); recibió el pontífice con toda pompa y solemnidad al que tanto por escrito le habia ultrajado (1); besó el orgulloso general español humil-

(1) Véase la durísima carta del duque de Alba al pontífice en nuestro capítulo XXXII. del precedente libro.

demente el pié ó impetró el perdón del que tanto había ofendido á su rey y señor; y con tan extraño desenlace, que con el tiempo había de ser trascendental á España, concluyó la guerra tan furiosamente emprendida entre el papa Paulo IV. y el rey católico Felipe II. (1).

Deseoso Felipe de atraer á su partido los príncipes italianos que pudieran aliarse con Francia, hizo el sacrificio de ceder al duque de Parma Octavio Farnesio la ciudad de Plasencia, agregada diez años hacia á los dominios de España por el emperador Carlos V. su padre. Penetrando el duque de Toscana Cosme de Médicis, el mas hábil y el más intrigante de los príncipes italianos, este propósito de Felipe, calculó el partido que podría sacar de estas disposiciones del monarca español; fijóse en el designio de incorporar á su ducado de Toscana el estado de Siena; y reclamando primeramente á Felipe el reembolso de cantidades prestadas al emperador durante el sitio de aquella ciudad, entablando despues negociaciones con Roma, amenazando aliarse con Francia, y usando de otros medios y artificios, logró al fin que Felipe le diera la investidura de Siena en equivalencia de las cantidades que le era en deber, si bien obligándose á defender los dominios del monarca español en Italia

(1) Pallavic. Hist. del Concl. Felipe II. lib. IV.—Leti, Vita di Filippo, lib. XIII.—Summonte, hist. di Napoli, tom. IV.—Cabrera, Hist. de

contra todo el que intentara atacarlos ⁽¹⁾. Así iba Felipe II., tan celoso como era de sus derechos, desprendiéndose de posesiones que habían costado á su padre tantos años, y tanta sangre y dinero, con tal de ir dejando sin aliados al papa y los franceses.

Libre ya el duque de Guisa de sus atenciones en Italia, y llamado con urgencia por su rey, volvióse con su ejército á Francia (setiembre y octubre), donde fué recibido como el libertador de la patria y el salvador del reino. Los pueblos aclamaban al antiguo defensor de Metz contra las formidables huestes de Carlos V., como el único que podía defenderlos del amenazante poder de Felipe II. El rey le colmó de honores y de dignidades, le hizo lugarteniente suyo dentro y fuera del reino, y le investió finalmente de una autoridad poco inferior á la suya. El entusiasmo que en el pueblo francés produjo la vuelta de el de Guisa, unido al armamento general ordenado por el rey Enrique, y á los refuerzos que de todas partes acudían, hizo temer al monarca español aun por la conservación de San Quintín, cuyas fortificaciones apenas había podido reparar. Abrió en efecto el de Guisa resueltamente la campaña en los últimos y más crudos meses del año; concentró muchas fuerzas hácia Compiègne, y amenazó diferentes veces las ciudades de la frontera de Flandes.

(1) De Thou *Historia Univer.*, libro XII.
libro XVIII. — Pallavic. *Historia*,

Pero otra empresa era la que meditaba el general francés que cnadraba más á su deseo de acreditar con algun hecho brillante que no sin razon habia excitado el entusiasmo público. Y cuando amagaba por el lado de Flandes, imitando la conducta del duque de Saboya que lo valió la victoria de San Quintín, torció repentinamente á la izquierda, y puso sitio con todo su ejército á Calais, casi la única plaza que conservaban los ingleses de cuanto en Francia habian antiguamente poseido, pero que hacia más de dos siglos retenian en su poder y era como la puerta que les daba entrada segura al corazon del reino. Sorprendió tan atrevido golpe á amigos y á enemigos, pues ni unos ni otros habian podido imaginarle. Penetrado él de que para salir airoso en tan arriesgada empresa necesitaba no dar tiempo á que los ingleses socorrieran la plaza por mar, ni Felipe II. por tierra, apretó tan vigorosamente el sitio y menudeó tanto y con tanto ímpetu los ataques, que á los ocho dias, quebrantada y fatigada la guarnicion, compuesta solo de quinientos hombres, se vió obligado el gobernador inglés lord Wentwort á capitular (enero, 1558).

Dueño de la plaza y puerto de Calais ⁽¹⁾, y antes que unos y otros se repusieran de su aturdimiento,

(1) Las historias de Francia y de Inglaterra.—Carta de Felipe II. al emperador Fernando, en do, dándole cuenta del suceso de Calais (Calais): de Bruselas á 19 de

enero de 1557. En la Biblioteca del duque de Osuna, y en el tomo II. de la Coleccion de documentos inéditos.

pusó á cercar á Guinea que defendia lord Gray, y la batió y rindió despues de cuatro asaltos ⁽¹⁾, y procedió á apoderarse del castillo de Ham, que la guarnicion desamparó antes que él llegara.

Mucho enalteció el venturoso resultado de tan audaz é inesperada empresa la reputacion militar del duque de Guisa. Francia lo celebró con trasportes de júbilo, y se levantó de su abatimiento: la Europa lo admiró, y formó una alta idea de los recursos del pueblo francés: Felipe II. comprendió cuanta fuerza daba este golpe á una nacion que hacia pocos meses parecia hubiera podido él fácilmente dominar: los ingleses prorumpian en denuestos contra la reina y los ministros que los habian comprometido en aquella guerra, y condenaban y maldecian su imprevision: y el duque de Guisa, lanzados del suelo de Francia todos los ingleses que moraban en Calais, y puesta en la plaza una respetable guarnicion francesa, dió un descanso á sus tropas para prepararlas á otra campaña.

(1) Carta de Felipe II á la princesa su hermana en 10 de febrero de 1558. Códice 369. de la Real Academia de la Historia titulado: *libro de cosas curiosas de su tiempo del emperador Carlos V. y el rey don Felipe II. nuestro señor*, escribió por Antonio Corcoba. C. 107, foliante 35 grada 5.ª— «Despues de lo de Calés, dice la carta, se puso el campo de los enemigos, sobre Guinea, donde mandé meter dos banderas de racionales y hasta 30 capitanes, que no se pudo hacer más por la ne-

cesidad que habia de gente en nuestras fronteras, estando en parte que podian ir facilmente sobre Gravelingas ó Dunquerque, que convenia tanto guardar por ser la llave de Flandes y no estar fortificadas: y habiendo hecho las trincheras en que tardaron tres días, le plantaron la artillería, y le batieron con gran furia, y le dieron cuatro asaltos en los cuarteles los de dentro les mataron mucha gente, y al último, no les pudiendo mas resistir... se rindieron, etc.»

Las gestiones de Enrique II. para que la Escocia moviese guerra á la Inglaterra, su vecina, habian sido menos felices. Los escoceses tuvieron la prudencia de no dejarse comprometer á tomar las armas contra una nacion con la cual estaban en paz. Pero logró el francés otro de los objetos importantes de sus negociaciones, á saber, el casamiento de su hijo el delfín con la joven reina de Escocia, alcanzando tan ventajosas condiciones en los capítulos matrimoniales, que con ellos venia Enrique á agregar nuevamente á su corona la posesion de un gran reino; y siendo la reina de Escocia sobrina del de Guisa, adquiria éste una posicion, la más elevada y brillante á que podia llegar un vasallo, y que era lo que podia faltar al alto prestigio de que ya gozaba como libertador de la patria y como lugarteniente general del reino.

Así mientras Felipe II., despues del triunfo y conquista de San Quintín, falto de recursos, que á costa de esfuerzos y sacrificios se estaban recogiendo en España, habia tenido que licenciar parte de sus tropas, imposibilitándose de atajar el progreso de las armas francesas, el de Guisa, orgulloso con los lauros de Calais, y confiado en el ascendiente que le daban su autoridad, su posicion y su nombre, llegada que fué la primavera, abrió de nuevo la campaña, y dirigiéndose hácia los Países Bajos, puso sitio á la fuerte plaza de Thionville en el Luxemburgo. Defendiéronla briosamente los sitiados, tanto que de dos mil

hombres que la guarnecian murieron mil en los vigorosos combates y asaltos que le dieron los franceses durante tres semanas. Rindiéronla estos al fin (22 de abril, 1558), mas no sin grave pérdida, siendo la que más sintieron la del general Pedro Strozzi, que murió de un tiro de arcabúz. Era el más esforzado guerrero que tenia entonces la Francia despues del de Guisa, y el rey manifestó bien el aprecio en qué le tenia y el sentimiento que le causó su muerte, vistiendo él y haciendo que se vistiera la corte de luto.

Esta victoria, junto con la que á poco tiempo en el territorio mismo de Flandes alcanzó el mariscal señor de Termes, rindiendo despues de cinco dias de sitio la ciudad y puerto de Dunkerque; atormentó el ánimo del rey don Felipe, y encendió en ira el pecho del duque de Saboya, en términos que juntando con toda premura una hueste de quince mil infantes y tres mil caballos, cuyo mando dieron al valeroso flamenco conde de Egmont (1), ordenáronle que con la mayor celeridad fuese á detener y combatir al de Termes. Encontráronse los dos ejércitos enemigos cerca de Gravelines (2). Egmont acometió con el mayor ímpetu, y Termes le recibió con igual vigor. Indecisa estaba la victoria entre franceses y españoles, cuando una flota de doce naves inglesas que corría la costa de Francia por aquella parte, al ruido de la artillería

(1) El conde de Aruonte, que (2) Gravelingas, que decian los
dicen nuestras antiguas historias. nuestros.

y mosquetería acudió, penetrando por el río, hasta el lugar de la acción, asestaron sus cañones contra el ala derecha de los franceses, rompiéronla y esparcieron el terror y el espanto en todo su ejército. Aprovechó el de Egmont el primer aturdimiento del enemigo, y de tal manera completó su derrota, que de quince mil hombres que eran, apenas pudieron salvarse trescientos, quedando todos los demás ó prisioneros ó muertos, los unos á manos de los soldados, los otros á las de los campesinos que los perseguían y cazaban. Entre los prisioneros, lo fué el mismo mariscal señor de Termes, con muchos capitanes nobles y caballeros ilustres. La célebre derrota de Gravelines (13 de julio 1558) fué para los franceses la segunda parte de la que cerca de un año antes habían sufrido en San Quintín (1).

El desastre de Gravelines obligó al Duque de Guisa, á acudir, con cuantos refuerzos pudo el rey proporcionarle, á la frontera de Picardía, así como permitió á Felipe II. y al duque de Saboya reunir también todas sus fuerzas y encaminarlas á la misma frontera. Los dos ejércitos, en número de más de cuarenta mil hombres cada uno, acamparon enfrente y á muy corta distancia (agosto, 1558); el del duque de Saboya cerca de Durlens, el del duque de Guisa inme-

(1) De Thou, Hist. Univ., libro XX.—Hærens, Anal. Brabant. son, Hist. de l'Empereur, lib. XII.—Cabrera: Hist. de Felipe II., libro IV., cap. 21.—Leib, Vite de Filippo, p. I., libro XIII.—Robertson, Hist. de l'Empereur, lib. XII.—Watson, Hist. de Felipe II., libro II.

diato á Pierre-Pont. Encontrábanse de uno y otro lado los generales más distinguidos de Felipe y Enrique II., y parecía llegado el momento de decidirse en un día cuál de los dos monarcas había de prevalecer y dar la ley á Europa. Mas luego se advirtieron síntomas de que ni unos ni otros tenían gran deseo de entrar en batalla, y la inacción en que quedaron ambos ejércitos lo dejaba bien traslucir. Era más y es que ambos soberanos temían fiar su suerte al éxito eventual de una lid, y ambos en su interior deseaban la paz. Enrique, aunque más belicoso que Felipe, tenía los ejemplos de San Quintín y de Gravelines demasiado recientes, para que la prudencia no moderára su impetuoso carácter, y para que quisiera aventurarlo todo á la suerte de la guerra, que no se le había mostrado muy propicia. Y Felipe, de suyo no muy guerrero, deseaba también verse desembarazado de aquella lucha y dejar asegurados los Países Bajos, para volverse á España á atender á los negocios de este reino, único en que, por otra parte, él se encontraba á gusto. En medio de estas disposiciones, de que no dejaban de participar los ministros y generales de ambos, formóse en la corte de Francia una intriga que vino á facilitar la negociacion de paz que interiormente apetecían uno y otro.

Por un resentimiento personal de la duquesa de Valentinois contra el cardenal de Lorena, hermano del duque de Guisa, propúsose aquella señora incli-

nar al rey Enrique á la paz, como medio para derribar de la cumbre del favor real á los príncipes de Lorena y sustituir en él al condestable Montmorency, prisionero de Felipe II., designándole al propio tiempo como el más á propósito para sondear las disposiciones de Felipe respecto á la paz. Parecióle bien al monarca francés el plan de la duquesa, y en su virtud y por comision de los dos procedió el condestable á tratar mañosamente el asunto con el duque de Saboya. No solo halló favorablemente dispuestos á éste y al rey de España, sino que obtuvo de ellos permiso para ir á Francia y certificar de ello á su soberano. Recibió Enrique á su antiguo amigo el condestable con las demostraciones de la más alta estimacion, con esto y con sus informes la de Valentinois acabó de decidir al rey, y el asunto fué tan adelante que uno y otro soberano nombraron sus plenipotenciarios para tratar formalmente de la paz, conviniendo en que se reunieran para conferenciar en la abadía de Cercamp, y concertándose entretanto un armisticio. Los nombrados por parte del español fueron el duque de Alba, el príncipe de Orange, el obispo de Arras, Ruy Gomez de Silva y el presidente del consejo de Estado de Bruselas; por parte del francés lo fueron el cardenal de Lorena, el mariscal de Saint-André, el obispo de Orange, el secretario de Estado Aubespine y el mismo condestable Montmorency. La Inglaterra tenia tambien sus representantes.

Antes de comenzarse las conferencias recibióse la nueva del fallecimiento de Carlos V. en Yuste (21 de setiembre, 1558). Este acontecimiento, que hacía más necesaria la venida de Felipe II. á España, le interesaba también más en la conclusion de la paz. Mas aunque todos la apetecieran, no era tan fácil convenirse en unas condiciones que pudieran conciliar los encontrados intereses de los contratantes. Duraban pues las pláticas, cuando otro suceso vino á dar nueva faz á la situacion de los negocios, á saber, la muerte de la reina María de Inglaterra (17 de noviembre), y la sucesion de su hermana Isabel en el trono de aquel reino. en ocasion que el conde de Feria, embajador de Felipe II. en Inglaterra, andaba negociando el matrimonio de Isabel con el duque de Saboya. Si para todos variaba la situacion con la muerte de la reina María, mucho más afectaba y más especialmente la de su esposo Felipe II. El espíritu del pueblo inglés no le era favorable, é Isabel representaba otros intereses, otra política y hasta otras ideas religiosas. Conocida la nueva reina, aunque jóven, por su sagacidad, su instruccion y su talento, así como por su gracia y su belleza, ambos monarcas, Enrique y Felipe, procuraron á porfia interesarla en su favor, alegando antiguos méritos, haciéndole el francés las más vivas protestas de su estimacion para separarla de la alianza con España, y ofreciéndole el español hasta la mano de esposo, comprometiéndola

se á obtener del pontífice la competente dispensa.

Oyó Isabel con prudente circunspeccion las proposiciones de ambos reyes; más cuando se mostraba inclinada á recibir favorablemente, aunque con la conveniente reserva, los ofrecimientos del francés, á fin de ganar un amigo sin perder un aliado, cometi6 Enrique la indiscrecion de permitir que su nuera la reina de Escocia tomara el título y las armas de Inglaterra. Nada pudo hacer más á propósito para que Isabel le retirara su naciente confianza, y desde entonces se inclinó abiertamente del lado de Felipe. Y si bien en lo tocante á la estraña proposicion de matrimonio, que no era el ánimo de Isabel realizar, dió una contestacion evasiva, aunque efectiva (1), ordenó á los plenipotenciarios que nuevamente habia nombrado para las conferencias de Cercamp que obrasen en todo de acuerdo con los de España, sin dejar de darle aviso de cuanto se tratase. Felipe II. por su parte abrazó con ardor los intereses de una reina que así se conducia con él, y cuyas intenciones y miras en lo concerniente á la religion todavía sin duda no habia penetrado.

Las conferencias se trasladaron de Cercamp á Cateau-Cambresis. Ofrecíase, como era natural, graves dificultades para llegar á un tratado definitivo que

(1) «Dijo que pensaba estar papa.» Carta del Conde de Feria á sin escalar, porque tenía mucho Felipe II. cuadró en lo de la dispensa del

conciliasen los derechos de todos, y uno de los puntos más difíciles de resolver era la cuestion entre Inglaterra y Francia sobre la posesion de Calais recién recobrada por los franceses. Sin entrar en los pormenores de las pretensiones de cada parte en esta negociacion, durante la cual se entibió notablemente el interés de Felipe en favor de la reina Isabel, y perdió sus esperanzas de matrimonio, por la proteccion abierta que aquella comenzó á dar á los protestantes, llegóse despues de muchos debates y exageradas aspiraciones en lo relativo á Calais á adoptar un expediente que al menos al pronto pareció conciliatorio. Estipulóse pues (2 de abril, 1559) que Enrique y la Francia continuarian en posesion de aquella plaza y sus dependencias por ocho años; que al espirar este plazo la devolverian á Inglaterra, y de no hacerlo pagarian quinientas mil coronas, quedando integro el derecho de los Ingleses á la ocupacion de Calais, todo con las correspondientes fianzas y rehenes, y con precauciones para el caso en que alguna de las partes moviese antes de aquel tiempo la guerra. Mas á pesar de todo, nadie creía en los contratantes intencion de cumplir el asiento tal como quedaba ajustado (1).

Mucho habia trabajado Montmorency para llevar á su término el tratado entre España y Francia, que

(1) Rimer, *Forda*. — *Campden*, *rita* de aquella nacion, y las de Anal. de Inglaterra, y otras histo- Francia.

al fin se concluyó también al otro día (3 de abril) bajo las condiciones siguientes: —Buena y perpétua amistad entre los dos monarcas, sus sucesores y súbditos; mútua libertad de tráfico en ambos reinos, y reposición á cada uno en sus privilegios y bienes:—Confirmación de los antiguos tratados y confederaciones, en cuanto fueran compatibles con el presente:—Compromiso recíproco de defender la Santa Iglesia Romana y la jurisdicción del concilio general:—Que el rey de España devolvería la ciudad de San Quintin, Ham y Chatelet, y el de Francia restituiría Thionville, Marienburg y otras plazas que habían pertenecido al español, en el estado que se hallasen y sacando cada uno su artillería:—Hesdin y su territorio se reincorporarían al antiguo patrimonio del rey de España, y se devolvería al mismo el condado de Charolais:—Que lo que uno y otro poseían en el marquesado de Montferrato se devolvería al duque de Mantua; Córcega á los genoveses, y Valenza de Milan al rey de España:—Que Felipe II. casaría con la princesa Isabel, hija de Enrique II. de Francia, no obstante haberse tratado el matrimonio de esta princesa con el príncipe Carlos, hijo de Felipe:—Que el duque de Saboya tomaría por esposa á Margarita, hermana del rey Enrique:—Que el francés volvería al de Saboya todo lo que le había ocupado en su país, á escepcion de algunas ciudades que se designaron, hasta que se arreglaran ciertas diferencias.—Que la misma paz con to-

dos sus artículos serviría para el delfín de Francia y para el príncipe Carlos de España:—Que en ella serían comprendidos los amigos de los monarcas contratantes, y el príncipe de Orange sería completamente repuesto en su principado ⁽¹⁾.

Tales fueron las condiciones del célebre tratado de paz de Cateau-Cambresis, que parecía restablecer la tranquilidad de Europa y dirimir las sangrientas contiendas de cerca de medio siglo entre Francia y España. Lleváronlo muy á mal los franceses; mirando como una afrenta y un desdoro nacional la cesion de cerca de doscienta ciudades que su rey poseía en Italia y en los Países Bajos, á cambio de las tres pequeñas plazas de San Quintín, Ham y Chatelet que se devolvían á su nacion, y quejábanse amargamente de la debilidad de Enrique en haber suscrito una paz que algunos calificaron de la más miserable y vergonzosa para la Francia que se hubiera visto jamás en el mundo ⁽²⁾. En cambio pocas veces las naciones

(1) Colección de Tratados, tomo II.—Recueil des Traites de paix, trèves, etc. Amsterdam. 1700, tom. I.

(2) Amelot de la Houssaye, en sus observaciones á este tratado, dice: «En fin, se concluyó la paz á principios de abril, pero con condiciones tan desventajosas para la Francia, que no hubiera podido exigir otras Felipe II. si hubiera estado en París. Baste decir, que por tres ciudades que volvió en Picardía, á saber: Ham, el Chatelet y San Quintín, le dió Enrique 100 en Flandes, el Piemonte, Tor-

cana y Córcega. Cosa vergonzosa, y que ha manchado la memoria de Enrique II. con eterno oprobio. Si el procurador general del Parlamento de París había protestado en 1539 contra los tratados de Madrid y Cambray, y el canceller Olivier contra el de Crespy, todos los parlamentos de Francia tenían derecho de protestar de nulidad contra la paz de Cateau-Cambresis, que debilitaba mucho más el reino que lo había hecho la pérdida de las batallas de San Quintín y Gravelines, puesto que la Francia perdía en un día lo que

cristianas, casi todas comprendidas en el tratado, han recibida y celebrado con más júbilo un concierto que les restituía el sosiego que todas necesitaban y apetecían.

El rey Enrique II. fué el primero que, á pesar de las murmuraciones de sus súbditos, dió el ejemplo de cumplir fielmente los compromisos que por el pacto habia adquirido. El duque Filiberto de Saboya se trasladó inmediatamente á París con numerosa comitiva á celebrar sus bodas con la princesa Margarita; y el rey Felipe II. envió tambien al duque de Alba con espléndido acompañamiento para que se desposase en su nombre con la jóven princesa Isabel. Pareció haberse querido borrar el disgusto de la Francia por este tratado con el brillo de las fiestas que se dispusieron para solemnizar las bodas, que al fin tuvieron un trágico remate. Entre otras diversiones hubo un soberbio torneo, á que asistió toda la corte y en que tomó parte como caballero el rey Enrique II. y rompió con aplauso general dos lanzas. Restábale la tercera, para la cual tuvo la fatal inspiracion de excitar al conde Montgomery, su capitan de guardias, á justar con él. Resistíase el conde, como por otra inspiracion más feliz, pero instado con empeño por su soberano salió con él á la liza. Arremetieronse los dos combatientes, con tan mala suerte para el rey, que pene-

habia ganado en treinta años.» *mo l., pág. 53.*
Recueil des Traités de paix, to-

trando la lanza de su adversario por la abertura de su visera, entrósele por un ojo hasta el cerebro; cayó el rey moribundo y sin conocimiento, y sin que le alcanzase remedio humano murió á los pocos días (10 de agosto, 1559), precisamente en el que se cumplia el segundo aniversario de la famosa derrota de San Quintín. Sucedióle en el trono su hijo Francisco II., joven de diez y seis años, y tan débil de cuerpo como de espíritu.

A poco tiempo de este suceso terminó tambien su turbulento pontificado el papa Paulo IV. (18 de agosto, 1559.) De manera que en un breve período desaparecieron de la escena, como nota un historiador, casi todos los personajes que desempeñaron los principales papeles en el gran teatro de Europa. Es ciertamente digno de observarse que en menos de un año (del 21 de setiembre de 1558 al 18 de agosto de 59) cayeran bajo la guadaña de la muerte soberanos, príncipes y personajes de tanta cuenta como el emperador Carlos V., sus dos hermanas las reinas de Francia y de Hungría doña Leonor y doña María, dos reyes de Dinamarca, Cristian y Cristerno, la reina Maria de Inglaterra, Enrique II. de Francia, el papa Paulo IV., el dux de Venecia, el duque de Ferrara y varios príncipes electores del Imperio. Esto solo hubiera bastado para dar un nuevo giro á la política y á las relaciones de los príncipes de Europa entre sí, cuanto más agregándose los importantes

tratados de paz celebrados últimamente entre las principales potencias.

- Felipe II. después de la de Cateau-Cambresis pudo ya dedicarse á dejar organizado el gobierno de los Países Bajos para realizar su apetecido regreso á España, que anhelaban también sus pueblos, según luego habremos de ver. Al efecto distribuyó los gobiernos de las diez y siete provincias que constituían los Estados de Flandes, premiando con ellos á los nobles flamencos que mejor le habían servido en las anteriores guerras: encomendó el Luxemburgo al conde de Mansfeld; el condado de Flandes y su confinante el Artois al conde de Egmont; la Flandes francesa á Juan de Montmorency, señor de Montigny; la Holanda, Zelanda y Utrecht al príncipe de Orange Guillermo de Nassau; la Frisia Occidental al conde de Aremberg; y así las demás. De estos próceres los más notables y los más beneméritos eran, el conde de Egmont, á quien se debía en gran parte la victoria de San Quintín, y muy principalmente la de Gravelines, y el príncipe de Orange, que además de su esclarecida estirpe y de sus grandes estados en Alemania y en Flandes había hecho importantes servicios y por muchos años, ya en calidad de consejero, ya de capitán y lugarteniente general, así á Carlos V. como á su hijo Felipe (1). Para el gobierno eclesiástico de

(1) Archivo de Simancas, Secretarías provinciales, leg. 2.804.— Correspondencia de Felipe II. sobre los negocios de Flandes, publicada

aquellos estados, y ejercer en ellos más influencia, y á fin de poder contrarrestar mejor el espíritu de la reforma protestante que comunicada de la Alemania se hallaba difundida por los Países Bajos, aumentó Felipe las sillas episcopales, y de cuatro solos obispados que había hizo tantas diócesis como eran las provincias, y las proveyó en eclesiásticos de su confianza, todos conocidos por sus ideas puramente católicas (mayo, 1559); que fué una de las novedades que disgustaron más á los flamencos ⁽¹⁾.

Resuelto el rey á venir á España, pensó tambien en la persona á quien había de encomendar la regencia y gobierno general de aquellos estados. Si se hubiera consultado el parecer y el voto de los flamencos, sin duda le hubiera dado al conde de Egmont ó al príncipe de Orange. Mas no estando en este ánimo el monarca, ponía el de Orange todo su interés y ahinco en que fuese nombrada la duquesa de Lorena, con cuya hija pensaba casarse, prima que era del rey don Felipe, una de las que habían negociado la paz de Cambray, y por lo tanto muy querida de los flamencos. Pero temió el rey la vecindad, las relaciones y afinidades de la casa de Lorena con la Francia, y atendidas estas y otras consideraciones, decidióse Felipe por su hermana natural Margarita de Austria, la

por Mr. Gachard, tomo I., páginas 183, 184.

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 518 y 519, donde se halla

la copia de la bula de Paulo IV. para la erección de estos nuevos obispados.—Estrada, Guerra de Flandes, Década I., lib. 1.^o.

hija mayor de Carlos V., duquesa de Parma entonces, de quien se prometía que había de ser bien recibida, así por haber nacido en Flandes, como por ser hija del emperador, á quien los flamencos habían sido siempre tan adictos, y de la cual había más el rey por ser su hermana y por estar los estados de Parma circundados de dominios españoles, y además accedía la princesa á enviar á España su hijo Alejandro, para que estuviese en poder del rey como prenda de seguridad.

Convocó, pues, Felipe los estados generales de Flandes en Gante, y dióles á reconocer por gobernadora á la duquesa de Parma su hermana (agosto, 1559), señalándole como subvencion de su cargo treinta y seis mil ducados de oro anuales. Además de los consejos de estado, justicia y hacienda que habían de asistir á la gobernadora, instituyó el rey otro consejo privado de que nombró presidente al obispo de Arras Antonio Perrenot de Granvela, el hombre de la confianza del rey, como lo había sido de la del emperador. En las instrucciones públicas y secretas que Felipe dió á su hermana le recomendó muy especialmente el punto de la religion y la vigilancia sobre los hereges. Respondió al rey á nombre de los estados el diputado de Gante Baulutio, y sin dejar de prometer la debida obediencia al rey y á la gobernadora, le suplicaba que sacase de Flandes las tropas extranjeras, y que no hubiera tampoco extranjeros en los consejos

de las provincias. El rey dió buenas esperanzas de que lo cumpliría así al cabo de algunos meses, y despedida la asamblea, partió de Gante á Zelanda, y embarcándose en Flesinga (20 de agosto, 1559), llegó á España sin contratiempo, arribando el 8 de setiembre al puerto de Laredo ⁽¹⁾.

(1) Carta del rey á la duquesa de Parma, el 8 de setiembre, dándole noticia de su arribo.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 519.

Al día siguiente del desembarco se levantó tan terrible borrasca, que destruyó una buena parte de

la flota, pereció mucha gente, y se asegura haberse perdido una hermosa colección de cuadros, estatuas y otros objetos artísticos de gran mérito, que el emperador había reunido en Italia y Alemania.

CAPÍTULO II.

SITUACION INTERIOR DEL REINO.

— 1556 a 1560.

Rentas del Estado.—No alcanzan á cubrir los gastos ordinarios.—Grandes necesidades del rey: fuertes pedidos de dinero á los abogates de la nación.—Arbitrios extraordinarios.—Ventas de oficios, jurisdicciones é hidalguías, empréstitos forzosos.—Mitad de las rentas eclesiásticas: legitimacion de los hijos de los clérigos, otros arbitrios repugnantes.—Apremios del rey: rigor en las exacciones: inconvenientes.—Qué se hacía del dinero de Indias.—Escándalos y quejas de tomarlo el rey.—Remedio que se procuró aplicar.—Ruina del comercio.—Ideas del rey en materias de jurisdicción.—Celebra consulta del Consejo Real sobre expensas del Nuncio.—Vigorosas medidas que propone.—Espíritu del pueblo.—Córtes de 1558.—Petición notable.—Valentía de los procuradores castellanos.—Respuestas ambiguas del rey.—La heregia luterana en España.—Rigores de la Inquisición.—Procesados ilustres: el arzobispo de Toledo: otros prelados.—Famoso auto de fé en Valladolid: el doctor Cazalla: nómina de las víctimas.—Otros autos: en Zaragoza: en Murcia: en Sevilla.—Segundo auto de Valladolid.—Asiste el rey Felipe II., recién venido á España: dicho célebre del rey: número y nombres de los quemados.—Terceras nupcias de Felipe II. con Isabel de Valois.—Solenne y fastuosa entrada de la nueva reina en Toledo.—Fiestas, espectáculos.—Jura y reconocimiento del príncipe Carlos.—Otro auto de fé en Toledo.—Córtes en 1560.—Petición notable.—Establece Felipe II. la corte de España en Madrid.

Achaque ha sido de casi todos nuestros antiguos historiadores engolfarse en difusos y minuciosos relatos

de los acontecimientos esteriore y principalmente de los movimientos y sucesos militares con sus mas menudos incidentes, y solo dar tal cual fugaz y ligera noticia, ó guardar completo silencio acerca de la situacion interior del pais, cuya historia cuentan, como si la vida interior de un pueblo no fuese la verdadera pauta de su bien ó malestar, y el barómetro más seguro para graduar el acierto y desacierto de los príncipes que le rigen y de los hombres que le gobiernan. Cómplenos á nosotros en esta, como en muchas otras ocasiones, desempeñar, de la mejor manera que podamos, esta importante tarea, y llenar lo mejor que nos es posible este vacío que en todas, ó casi todas nuestras historias se advierte.

¿Cual era la situacion interior de España en los primeros años del reinado de Felipe, mientras las huestes españolas se batian en Nápoles y en Lombardia, amenazaban á Roma, y ganaban laureles en San Quintin y en Gravelines?—La nacion sufría los mayores abogor, y arrastraba una vida trabajosa, miserable y pobre, gastando toda su savia en alimentar aquellas y las anteriores guerras, que continuamente habia sostenido el emperador, y no bastando todos los esfuerzos y sacrificios del reino á subvenir á las necesidades de fuera, ni á sacar al monarca y sus ejércitos de las escaseces y apuros que tan frecuentemente paralizaban sus operaciones.

Hablando de la vida de Carlos V. en Yuste y de

las guerras de su hijo con el papa Paulo IV. y con Enrique II. de Francia, hemos hecho mérito, aunque incidentalmente, de las apremiantes cartas que Felipe II. dirigía desde allá al emperador su padre y á la princesa gobernadora de Castilla su hermana, para que le proporcionasen dinero y recursos con que salir de su apurada situación, así como de haber enviado á España al príncipe de Bisoli, Ruy Gomez de Silva, con la expresa y exclusiva misión de activar las gestiones que se practicáran para levantar á toda costa la mayor suma de numerario posible. Mas como por efecto de los anteriores dispendios no alcanzáran ni con mucho, las rentas del Estado, á cubrir ni siquiera los gastos y atenciones ordinarias (1), hubo que apelar á recursos extraordinarios.

(1). Tenemos á la vista, sacada *Previamente* de las rentas y gastos del Archivo de Simancas, una *Relación* (que hoy nombraríamos) de las rentas y gastos del reino en el año 1557.

Segun esta relación, -monta el cargo de las rentas del reino deste año de 1557, así encabezadas como arrendadas.	319.900.000 mrs.
Monta el situado, é prometido, é suspensiones. . .	129.408.000
De manera, que queda en el reino para librar. .	220.592.000
De esto importaba ya lo librado hasta 18 de marzo (el documento expresa todas las partidas al por menor).	103.568.000
Lo que se necesitaba todavía para los gastos ordinarios del resto del año (con expresion de cada partida) era.	197.182.000
Gastos ordinarios desde 18 de marzo.	303.750.000
Resto de las rentas ordinarias para cubrirlos.	220.382.000
Déficit para los gastos ordinarios.	173.338.000

Concluye el documento dicho: «Así mesmo, demás de lo su-

Entre los arbitrios que discurrió y empleó el Consejo de Hacienda lo fueron los siguientes:—Que se vendieran hasta mil hidalguías á personas de todas clases, «sin escepcion ni defecto de linages ni otras mancebas:» sacando de pronto al mercado solamente ciento cincuenta á precio de cinco mil ducados cada una para que fuese mas pronto y seguro su despacho, reservando las demas para ir las enagenando sucesivamente, á fin de que la abundancia repentina no rebajara su valor, y debiendo venderse á un cuento cada una:—la venta de jurisdicciones perpétuas, de lo cual se proponia el Consejo sacar una buena suma:—la de los terrenos baldios de los pueblos, dejando á estos los puramente necesarios:—el acrecentamiento de oficios de regimientos, juradurías y escribanías en los pueblos principales, «de que se piensa, decia el Consejo, sacar tambien buen golpe de dinero.»—lo que de la cuarta de las iglesias habia dejado de cobrarse en los dos años pasados:—pedir empréstitos forzosos á prelados y particulares, á pagar en juros ó vasallos; y tan *forzosos*, que tratándose del obispo de Córdoba á quien se pedian 200,000 ducados decia el rey «dándole á entender, que no haciéndolo de su voluntad, será forzado aprovecharse de ello; si todavía

«sodicho, han venido, á de cada
«dia vienen reducidos é mandamien-
«tos de S. A. para librar acosta-
«mientos, é continos, é otras debi-
«das, é por esto es bien que se
«prevenga en todo, porque en lo de

«las rentas Reales no hay para ello,
«segund que de suso va declara-
«do.»

Archivo general de Simancas,
Estado, leg. núm. 4.

•se escusase, se usase de rigor para tomárselo por la
•mejor orden que se pudiera hacer:•—obligar al arzobispo de Toledo á que diera la mayor cantidad posible:—al arzobispo de Sevilla 150,000 ducados:—á los priores y cónsules de Sevilla y de Búrgos 70,000:—al arzobispo de Zaragoza 60,000:—vender las villas de Estepa y Montemolin á los condes de Ureña y de la Puebla.—deshacer el contrato de los alumbres que se tenía con el papa, y venderlos á mercaderes al precio que pareciere mejor —pedir á los pueblos las ganancias que tuvieran de los encabezamientos de los diez años pasados, librándoselo en las nuevas consignaciones que se habrían de hacer:—suspender los pagos á los acreedores, para librarlo en dichas nuevas consignaciones con intereses crecidos:—beneficiar las minas de Guadalcanal (1).—Ya se había prohibido, bajo pena de la vida y perdimiento de bienes á los legos, bajo la de secuestro de sus rentas y temporalidades y estrañamiento de los reinos á los eclesiásticos, la estraccion de dinero á Roma, ni en metálico ni en cédulas, por cualquier motivo que fuese (2).

Lejos de desaprobare el rey estos y otros arbitrios, escribía desde allí instando y apremiando á que se hicieran efectivos sin ningún género de consideracion, y aun previniendo que á los que se escusasen se les

(1) Memorial del Consejo de Hacienda al rey, en 17 de marzo de 1557.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 120.

(2) Real cédula de 12 de enero de 1557.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 120.

exigiese y sacase mayor cantidad. Y entre otros recursos que él añadió fué uno el de tomar la mitad de las rentas eclesiásticas de España que el papa Julio III, había años antes otorgado temporalmente á su padre Carlos V. para los gastos de la guerra contra los protestantes de Alemania. La bula de esta concesion había sido revocada despues por el pontífice, pero en una junta de teólogos que allá reunió Felipe II. se acordó que Su Santidad no podia révocar la bula despues de confirmada por el reino, por lo que estaba el rey (decian) en el derecho de cobrar la dicha mitad de los bienes de las iglesias, y así lo mandaba ⁽¹⁾.

Usábase del mayor rigor para la exaccion de los empréstitos, y se enviaban comisionados á las provincias para comprometer á los prelados, caballeros y gente hacendada. Don Diego de Acebedo, que fué con esta comision á las provincias de Aragon, Valencia y Cataluña, llevaba orden del rey para exigir al arzobispo de Zaragoza, no ya los 60,000 ducados que proponia el Consejo de Hacienda, sino 100,000 que mandaba S. M. Y como él se negase á aprontar más de 20,000, y se dijese que enviaba su dinero á Navarra, se dió orden al duque de Alburquerque para que detuviera al portador, y si los dineros hubiesen pasado, los hiciera embargar ⁽²⁾. Escusábanse todos cuanto

(1) Carta de Felipe II. á la princesa regenta, en 16 de julio de 1557.— Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.

(2) Carta de la princesa gobernadora al rey de Valladolid á 26 de julio.— Archivo de Simancas, Estado, leg. 120.

podían, y los más se limitaban á dar una tercera ó cuarta parte de lo que se les pidiera. El arzobispo de Toledo ofrecía 50,000 ducados anuales por espacio de seis años, y además el sobrante de la plata y de las fábricas de las iglesias del arzobispado, haciendo cesar en ellas todas las obras que se estaban ejecutando: suma que pareció mezquina, atendidas las enormes rentas que disfrutaba entonces la mitra primada, y de las cuales se mandó hacer para este objeto una escrupulosa evaluación ⁽¹⁾.

Se empleó hasta el recurso, no solo de legitimar por dinero los hijos de los clérigos, sino darlos cartas de hidalguía á un precio módico: arbitrio que por cierto, después de la herida que causó á la moralidad y buenas costumbres, no produjo el resultado pecuniario que se iba buscando, porque ellos sabían bien ingeniarse para conseguir por otros medios y á menor costa la misma gracia ⁽²⁾.

(1) Debemos á esta circunstancia ascendían aquel año las rentas de día el saber oficialmente á cuanto la mesa arzobispal de Toledo.

«En este año de 1557 (decía la relación que se mandó hacer) ha montado el pan que cabe á la mesa arzobispal 129,900 fanegas, 40 celemines: las 66,656 fanegas de trigo; 38,909 de cebada, y 4,524 de centeno. De estas se han vendido 125,651 fanegas, ou celemin, que valieron	20.141,351 mrs.
«Las rentas de los corderos, mancebas, vino y lana ó otras cosas, han valido este año.	24.637,000

Archivo de Simancas, Estado, (se decía la princesa gobernadora al rey), aunque acá se había

(2) «En lo de las legitimaciones de los hijos de los clérigos propuesto y publicado generalmente, incluyendo hidalguía sin

Velanse y se palpaban los inmensos inconvenientes y perjuicios de las ventas de oficios, títulos de honor, jurisdicciones, vasallos, bardíos y todo lo demás que se inventó para sacar dinero, y sin embargo seguían empleándose todos estos arbitrios, porque todo se quería justificar con las grandes y urgentes necesidades del rey, con sus apremiantes órdenes y mandamientos. Llegó á ofrecerse á los comerciantes y mercaderes en pago de lo que se les tomaba los más crecidos intereses, y juros á razón de 20,000 el millar, y con todo eso y á pesar de la multitud de sacrificios que se imponían á los pueblos y á los particulares de todas las clases del Estado estuvieron muy lejos de corresponder los resultados de tantas exacciones á los fines que se había propuesto el rey don Felipe y á las necesidades y apuros que allá parecía ⁽¹⁾.

Creórase que cuando el rey, la gobernadora y el Consejo de Hacienda se veían en la precisión de im-

di-facción, de que fuesen sus padres hidalgos ó no, hasta agora no ha habido despacho alguno; entendiéndose no ser muchos los que tienen facultad grande, y entre y los que no la tienen no les faltan otros medios y remedios de que usar, y así aunque se había asignado se haría en moderados precios, y cometiéndose á personas en los logares y villas deste reino cabezas de partido, para que con una facilidad y comodidad la pudiesen tractar, no se tiene esperanza muíto de provecho. etc.

—Carta de la princesa al rey; Valladolid, 28 de julio, 1557.—Archivo de Simancas, Estado, legajo 120.

(1) Todo esto consta auténticamente y con toda estension en la larguísima carta de la princesa regente al rey que hemos citado, y que es en verdad un documento tan importante y curioso como triste y desconsolador. Sentimos no poderla insertar íntegra por su demasiada estension y prolijidad.

ner tan dolorosos gravámenes, además de las gabelas ordinarias, habrían dejado de venir las remesas de oro y plata que del Nuevo Mundo solían traer nuestras flotas. Y sin embargo, es cierto que las flotas venían con el oro de Indias como antes, y no en corta abundancia. De la que arribó á fines de 1556 hemos dado cuenta en el último capítulo del libro precedente, así como de la real cédula para que se embargara y se aplicara al rey todo lo que venía para mercaderes, particulares y difuntos, y de lo que pasó con los oficiales de la casa de la Contratación de Sevilla. Pues bien; en 1558 llegó á Sanlúcar de Barrameda la flota mandada por el capitán Pedro de las Rozas, con otra semejante remesa de oro y plata traída del Perú, Nueva España y Honduras. Verdad es que eran ya tantos los clamores que había levantado la costumbre de tomar el rey para sí lo que pertenecía á particulares y venía para ellos, tal el escándalo que esto producía, y tan graves los perjuicios que se irrogaban al comercio y á los intereses individuales, que en esta ocasión la gobernadora y los consejos, aprovechándose de no haber recibido todavía órdenes del rey, mandaron que no se retuviese sino una cantidad de lo que venía con aquel destino.

«Cerca de lo que se había de hacer del oro y plata
•que en esta armada viene para los mercaderes y
•particulares (le decía la princesa al rey en diciem-
•bre de 1558), se ha acá tractado, así por los del

•consejo de la Hacienda como por los del consejo de
•Estado, y por todos juntos, despues de lo haber
•mucho tractado y conferido, teniendo consideracion
•á los grandes inconvenientes que de tomar ni dele-
•mer estos dineros resultan, que se han diversas ve-
•ces á V. M. representado, y el agravio y gravísimo
•daño que se les hace el cual seria en lo presente
•muy mayor por venir sobre *habérseles tomado tantas*
••veces y tan gran suma, y estar los mercaderes tan
•quebrados, y las personas y vecinos de las Indias tan
•escandalizados, y en término, que seria totalmente
•acabarlos de destruir, principalmente no habiendo
•como en efecto no hay, cómo satisfacerles y darles
•juros, por no los haber en ninguna manera, y que
•así seria tomarles su hacienda sin esperanza de la
•poder cobrar; y que así mismo, habiendo venido
•para V. M. en esta arm. la cantidad de dinero que
•aunque, segun sus grandes necesidades, no baste
•para su socorro, todavía injustifica acerca de las
•gentes, y hace de más mal nombre el tomarse, y
•presupuesto que de V. M. no habia mandato ni ór-
•den que se tomase ni detuviese, y que teniendo en-
•tendido que se esperaba esta armada, y proveyén-
•dose acerca de lo que se habia de hacer del dinero
•que para V. M. en ella viniese, en lo de los merca-
•deres y particulares no manda tomar ni detener y
•por otras muchas consideraciones que tocan al ser-
•vicio de V. M. y descargo de su Real conciencia y

•concernientes al beneficio público, de que han par-
 •ticularmente tratado; se han resuelto en que tan so-
 •lamente se detuviese desto de los mereaderes y par-
 •ticulares hasta quinientos mil ducados, y lo restan-
 •te se les entregase luego; en el cual parecer yo he
 •convenido, y porque siendo esto así justo y conve-
 •niente, el esperar á consultar á V. M. y que viniese
 •la respuesta no era necesario, pues se presupo-
 •ne V. M. mandaria lo mismo, y la dilacion les era de
 •tan gran perjuicio, se ha así proveído y mandado
 •ejecutar..... (1).»

Como se vé por este documento, se conocia de-
 masiado el abuso, y aun no se atrevian á ponerle un
 remedio radical, ni á dejar de retener alguna parte
 de aquellos fondos de propiedad particular, por te-
 mor de enojar al rey. A la vista de esto, comprén-
 dese sin esfuerzo una de las causas más poderosas de
 la decadencia del comercio español desde los pri-
 meros reinados de la casa de Austria, y del em-
 pobrecimiento de la nacion á vuelta de las gran-
 des remesas de metálico que se recibian de las
 Indias.

Del relato que por los documentos oficiales vamos
 haciendo deducirá tambien fácilmente el lector, que
 el rey Felipe II., no obstante su veneracion á la Igle-
 sia y á la Santa Sede, no se mostraba escrupuloso en

(1) Carta descifrada de la Serenísima Princesa á S. M., á 17 de diciembre de 1558.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 130.

torpor de las rentas eclesiásticas le que para el remedio de sus apuros creia necesario, y que hacia muy bien valer el derecho de una autorizacion pontificia, una vez reconocida y confirmada por el cónsulo, sin admitir la validez de la revocacion hecha por bula posterior, en cuyo derecho no faltaban teólogos y canonistas españoles que le sostuvieran.

Celoso el monarca del mantenimiento de su jurisdicción civil y temporal aun en los asuntos que tenían más relacion con los negocios eclesiásticos, su Consejo participaba del mismo espíritu y de las mismas ideas. En una consulta que el Consejo Real hizo al rey sobre los excesos que cometia el nuncio de Su Santidad en punto á la exaccion de derechos por las dispensas y otros despachos, y aun en materias de jurisdicción, explicábase aquella respetable corporacion en un sentido y con una energia que ahora nos parece extraña, considerados los tiempos, y con un vigor que ciertamente en pocas naciones y en pocos casos habrá sido igualado, aun en los siglos modernos. Despues de exponer al rey los perjuicios grandes que á los naturales de sus reinos se seguian, «gastando sus haciendas en lites y pleitos que despues son baldíos, y quedándose en su pecado con dispensaciones inválidas, por las cuales les llevan dinero sin tasa ni moderacion,» pasaba á proponer al rey los remedios de aquellos excesos, y entre otras cosas decia:

«Que el nuncio de Su Santidad que reside en estos

«reinos expida gratis, porque cesando el interés que
 «es la principal causa de los dichos escenos y desórde-
 «nes, cesará el daño; y si esto se pudiese conseguir
 «seria provision muy sana y muy justa; pues es
 «cierto que una de las cosas más escrupulosas y de
 «mayor escándalo en la cristiandad, es este modo de
 «dispensar y despachar en lo eclesiástico por dinero, y
 «cuanto fuese posible no debria V. M. permitirlo en
 «su reino. Y en cuanto toca al sostenimiento y provision
 «del Nuncio, seria justo que Su Santidad lo proveyese
 «como los otros príncipes lo hacen, y cuando en esto
 «hubiese dificultad, se podria y debia dar orden como
 «por otro medio fuese proveido y no por este, que,
 «como está dicho, tiene tanto escrupulo y escuda-
 «lo. —No se oponia á que Su Santidad enviára un
 nuncio ó embajador, pero en cuanto á las facultades
 que los dichos nuncios se dan (decia), «que estas
 «las diese á perlado natural destas reinos y no á es-
 «trangero. porque allende de que en ellos hay
 «personas de tanta autoridad, letras y conciencia,
 «á quien se podria cometer, tendrian más inte-
 «ligencia y experiencia en las cosas, y procede-
 «rian en el uso de sus facultades con otro respe-
 «to y consideracion que los estrangeros.» Y concluia
 aconsejando á S. M. que por lo menos le señalase las
 facultades y poderes que habia de tener, y le diese
 una tasa moderada para sus derechos, de la cual
 no pudiera pasar nunca, ya que la ocasion era tan

buena para poner remedio á estos abusos y males ⁽¹⁾.

Ya que conocemos el espíritu y las principales medidas de gobierno y administración del rey, de la princesa regente y de los consejos, réstalos conocer el espíritu y las tendencias del pueblo, y cómo recibía las provisiones del rey Felipe II en los primeros años de su reinado. En nada podrian reflejarse más genuinamente el espíritu y las ideas del pueblo castellano en aquel tiempo que en las Cortes que en 1558 se celebraron en Valladolid, las primeras que se congregaron á nombre de Felipe II.

Lo primero que pidieron con instancia, como lo más importante y urgente, los procuradores de las ciudades, fué que el rey se viniese cuanto antes á residir en sus reinos ⁽²⁾. Antiguo afán de los castellanos, que no podían ver en paciencia que sus monarcas salieran de los confines de España, y anduvieran por extraños países por más glorias militares que allá ganaran y por más conquistas que hicieran. Era siempre otro de sus cuidados asegurar la sucesion al trono, y por eso se apresuraron tambien á pedir que fuera á la mayor brevedad jurado el príncipe don Carlos, y se pensara en casarle, porque tenia ya edad

(1) Consulta del Consejo Real á S. M. de Valladolid, 29 de enero de 1557.—Dentro hay una nota de las facultades que tenía el Nuncio de España, y la tarifa de los derechos que debían percibir por el despacho de cada negocio los oficia-

les de la nunciatura.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 120.

(2) Coadorno de las Cortes de Valladolid de 1558, impreso en aquella ciudad aquel mismo año. Petición 4.ª

competente para ello. Pero disgustado el pueblo castellano de que el emperador Carlos V. hubiera montado el palacio de sus reyes á estilo de Borgoña, que era dispendioso y costosísimo, pedía también que pusiera casa al príncipe no á la borgoñona sino al modo y usanza de Castilla, «que es, decían, la propia y muy antigua y menos costosa,» en lo cual recibirían los reinos gran merced y favor (1).

Animados los procuradores de un espíritu de prudente economía, celosos todavía de sus fueros populares, y conocedores de las verdaderas necesidades de los pueblos, pedían que se prorogara por otros veinte años el encabezamiento general de las rentas, según lo habían ya solicitado en las Cortes de 1552 y en las de 1553; que se revocaran las cédulas y provisiones reales para la venta de los oficios, jurisdicciones, hidalguías, vasallos, cotos, dehesas, villas y lugares, y de otros que como arbitrios extraordinarios había propuesto el Consejo de Hacienda y mandado poner en ejecución el rey; exponiendo los inmensos perjuicios que sufrían sus vasallos, en especial las clases pecheras, y el detrimento y disminu-

(1) «Otrosí decimos, que de haber tenido tantos años la Magestad Imperial su casa al uso y modo de Borgoña, y V. R. M. la suya como la tiene al presente, con tan grandes y excesivos gastos que bastarían para conquistar y gozar un reino, se ha consumido en ella una gran parte de vuestras rentas y patrimonio real, y recre-

cidos muchos daños, y lo que peores, que estos reinos que son tan principales, reciben en ello ó disfabor en alguna manera ó injuria, y se va olvidando la casa real al uso y modo de Castilla, que es la propia y muy antigua y menos costosa; y porque se recuerde y escuse lo pasado, etc...» Petición 4.ª

cion que se seguía al mismo patrimonio real: á lo cual seguían otras proposiciones de medidas económicas sobre objetos particulares y puntos más secundarios de administración, y sobre supresion de gravámenes é impuestos, como la carga de aposento de corte y otras semejantes. Pero al propio tiempo los hombres que tan prudentes economías proponían y deseaban, reconociendo la importancia de una buena legislación, y queriendo dar á la magistratura el decoro que por su alta dignidad le corresponde, pedían igualmente, no solo que se acabara la recopilacion de las leyes que se había comenzado y se estaba haciendo, si no que se aumentaran y acrecentaran los salarios á los consejeros reales, á los oidores de las chancillerías, y á los alcaldes de casa y corte, que conceptuaban, y lo estaban en efecto, mezquinamente remunerados (1).

El hecho, tantas veces repetido, de apoderarse el rey del dinero que venía de Indias para particulares y mercaderías, no podía ser tolerado en silencio por los procuradores de los intereses públicos; y con una valentía que honra mucho á los diputados castellanos pedían al rey que se abstuviera de hacerlo en adelante, por la ruina que se seguía al comercio, y que lo

(1) Peticiones 8.ª á 13.ª — Ya la chancillería de Granada había representado á S. M. en 21 de julio de 1557 que el sueldo de los oidores no bastaba para su decorosa sustentacion, y pidiendo que se les acrecentara.—Archivo de Simancas, Estado, legajo 120.

tomado hasta entonces se pagara, ó por lo menos se situara con brevedad ⁽¹⁾.

Seguian á estas otras peticiones, muy justas y fundadas las más, sobre igualacion de pesos y medidas en todo el reino (tema que se repetia casi siempre, y no se abandonaba nunca), sobre conservacion de montes, depósitos de los concejos, recursos de fuerza, subsidio del clero, aranceles y otras materias de administracion; siendo notable la penúltima, por el abuso de moralidad que supone en una clase respectable del Estado y el empeño de los procuradores en corregirle, á saber: que los frailes que iban á visitar los monasterios de monjas no pudiesen entrar en ellos, sino que hiciesen la visita desde fuera y por la red, aunque fuesen generales, provinciales ó vicarios, pudiendo solamente entrar un fraile anciano cuando hubiera que renovar el Santísimo Sacramento; «porque así conviene, decian, al servicio de Dios y decencia de los unos y los otros.» El mal se conoce que no era nuevo, puesto que ya en las Cortes de Valladolid de 1537, y en las de 1552 se habia propuesto una medida semejante ⁽²⁾.

(1) «Otrosí decimos que por haberse tomado para las necesidades de V. M. el oro y plata que ha venido y viene de las Indias están perdidos los mercaderes, tratos y tratantes destos reinos, y ha cesado la contratación en ellos, de que se han seguido y siguen grandes daños é inconvenientes, como se pidió y suplicó en las Cór-

tes pasadas de 55 en la petición 111. Suplicamos á V. M. que de aquí adelante no le mande tomar el tome, y que se dé libremente á sus dueños, y que lo tomado se pague ó quite con brevedad, y por lo suzto se le dexen luego sus privilegios.»—Petición 33.

(2) Cortes de 1537, petición

Obsérvase en estas Cortes, lo primero, la decadencia á que habia ido viniendo el respeto á la representación nacional, y el ascendiente y predominio que la autoridad real habia tomado, y lo segundo el carácter reservado y misterioso del rey. En las antiguas Cortes casi todo lo que los procuradores pedían lo otorgaba el monarca, y la fórmula comun que se estampaba al pié de cada petición era: *«A esto vos respondemos que se hará como se pide.—A esto vos respondemos que así se mandará guardar;»* ó otra semejante. Desde Carlos V. comenzaron las peticiones de los procuradores á ser menos atendidas, y en estas primeras de Felipe II apenas se les hizo una concesion categórica, ni se les dió una respuesta explícitamente favorable. Las contestaciones del rey eran casi todas ambiguas como su carácter; sus fórmulas más usadas: *«Mandaremos ver y platicar sobre esto.—Ternémos memoria de lo que decis, para lo proveer como más convenga á nuestro servicio:—Ternémos cuidado se haga al tiempo y según como más convenga:—Mandaremos á los del nuestro consejo que platicuen sobre lo que converná proceer y nos lo consulten:»* aparte de lo mucho que negaba diciendo: *«Por agora no conviene que en esto se haga novedad.»*

En el capítulo que consagramos á describir la vida del emperador en Yuste tuvimos necesidad de

177.—Cortes de 1562, petición 63.^a—Cortes de 1568, petición 75.^a

apuntar, aunque ligeramente, ofreciendo ampliarlo en otro lugar (y nos referíamos al presente), cómo había comenzado á penetrar en la misma España durante el retiro claustral de Carlos y la ausencia de Felipe, la doctrina de la reforma protestante, que tanto había dado que hacer al emperador en Alemania, y amagaba ocasionar no menores disgustos al rey en los Países Bajos. Indicamos allí también que personas de cuenta habían sido presas en Castilla y entregadas al tribunal de la Inquisición como propagadoras de la doctrina luterana, ó como contaminadas al menos de la heregia. Y vimos cuanto enojo había causado esta novedad al emperador, y las cartas que reluciendo en ira y en indignación había escrito á sus hijos el rey don Felipe y la gobernadora doña Juana y á los del Consejo de la Inquisición, exhort'ndolos á no tener piedad ni conmiseración con los hereges; y á castigarlos con toda la dureza y rigor posibles, sin consideración ni escepcion de personas ⁽¹⁾.

Ahora añadiremos, que no creemos necesitarán ni el rey ni el Santo Oficio de tan fuertes escitaciones: pero que si acaso fueron necesarias, de su eficacia pudo haber quedado bien satisfecho el emperador si su vida se hubiera prolongado unos meses más, pues hubiera visto el castigo que sufrieron todos los que habían tenido la desgracia de predicar ó profesar las

(1) Capítulo último del libro precedente.

doctrinas luteranas, ó de hacerse sospechosos de herejía, siquiera fuese por sus relaciones de amistad ó parentesco con ellos. El tribunal de la Inquisición funcionaba entonces en toda su plenitud, bajo el influjo del inquisidor general don Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, el Torquemada del siglo XVI.; el rey le protegía; y las bulas del pontífice Paulo IV. abrían tan mucha puerta á los inquisidores, y daban tal laxitud á las interpretaciones más arbitrarias, que bien podían sacrificar impunemente á cuantos tuviesen la desdicha de ser denunciados, dando á la sentencia todo color de legalidad. Pues por una de estas bulas facultaba el pontífice al inquisidor general Valdés para que, con los del Consejo de la Suprema, pudiese relegar al brazo secular á los dogmatizantes, aunque no fuesen relapsos, y á todos los herejes que mereciesen pena de muerte y abjuráran de la herejía, *«no de ánimo y de pura conciencia, sino por temor de la muerte ó por librarse de las cárceles»* (1). Con esta Bula, ¿quien ponía trabas á la arbitrariedad de los inquisidores? ¿Quién de los denunciados podía creerse libre de la hoguera? ¿quién podía estar seguro de que el más sincero arrepentimiento, la abjuración y retractación más verdadera no se interpretaría como hecha por librarse de las cárceles ó de los tormentos? De aquí la multitud de procesos y castigos crueles,

(1) Bulario de Inquisición; en de la Historia: Bula de Paulo IV en la Biblioteca de la Real Academia 4 de enero de 1559.

de autos horribles de fé en casi todos los distritos de la península, señaladamente en Sevilla y Valladolid.

Con poco que se hubiera prolongado la vida del emperador hubiera quedado bien satisfecho el celo inquisitorial que desplegó al fin de sus días, al ver procesados por el Santo Oficio tantos personajes ilustres por sus altos cargos, por su ciencia ó por su cuna; tantos arzobispos y obispos, abades, sacerdotes, frailes, monjas, marqueses y grandes señores, magistrados profesores, altos funcionarios del Estado, mezclados con menestrales, artesanos, sirvientes y gente menuda del pueblo. Hubiera visto sujetos á un proceso inquisitorial á los arzobispos de Granada y de Santiago, á los obispos de Lugo, de Leon, de Almería, á teólogos insignes de los que habian dado lustre á España y á la iglesia católica en el concilio de Trento. Y hubiera visto denunciarlo y procesarlo por sospechoso de luteranismo al mismo primado de la iglesia española, al arzobispo de Toledo don Fr. Bartolomé de Carranza, confesor de su hijo Felipe II., y el mismo que habia prestado los auxilios de la religion al emperador Carlos V. en los últimos momentos de su vida en Yuste; y hubiera visto procesados con él á todos los prelados y teólogos que habian aprobado sus «Comentarios al Catecismo de la Doctrina Cristiana.»

No siendo de nuestro objeto hacer una historia completa de lo que en materias de Inquisicion pasaba en España en los tres ó cuatro primeros años del rei-

nado de Felipe II., nos concretaremos en este presente capítulo á dar una idea de ello, haciendo una breve reseña de los dos solemnes autos de fé que se celebraron en Valladolid en el año 1559, uno en ausencia todavía, otro en presencia ya del rey Felipe II.; autos que pusieron en movimiento las plumas de Alemania y de Francia para escribir contra la Inquisición española, por la circunstancia de que los castigados en ellos lo fueron por la herejía de Lutero, no habiendo reparado en los muchísimos más que antes lo habían sido por las sectas judáica y mahometana.

Verificóse el primero el domingo de la Santísima Trinidad (21 de mayo, 1559), con asistencia de la princesa regente, del príncipe de Asturias don Carlos, de todos los consejos, de prelados, grandes de España, títulos de Castilla, ind viduos de las chancillerías y tribunales, damas ilustres, y muchedumbre de espectadora de todas las clases de la sociedad. Para solemnizar el acto se habia erigido en la plaza mayor un suntuoso estrado con grandes departamentos, graderías, tribunas, púlpitos y otras diversas localidades, unido todo á la casa consistorial. Se levantaron los tejados de las casas de la plaza, y sobre sus techumbres se hicieron tablados, para que el numeroso público tuviera desde donde presenciar el espectáculo con la posible comodidad ⁽¹⁾. Treinta y un delincuen-

(1) Para estas noticias tenemos testigo competente al día siguiente á la vista una Relación hecha por el auto en Valladolid, y copias-

tes eran los destinados á figurar en esta terrible ceremonia: de ellos diez y seis para ser reconciliados con penitencias, catorce condenados á muerte, y un difunto, en estatua. Salió el primero, y sentáronle en la silla más alta del teatro (que así le llamaban), el doctor don Agustín de Cazalla, canónigo de Salamanca y predicador del emperador y del rey hijo de su contador, acusado y condenado á muerte por herege luterano dogmatizante: habia negado primero y confesado después; se confesó, comulgó y reconcilió con ejemplar arrepentimiento con fray Antonio de la Carrera; en todo el tránsito hasta el lugar del suplicio fué predicando á sus mismos compañeros de proceso, exhortándolos á retractar sus errores y morir en la verdadera fe dirigiendo al pueblo y á los mismos sentenciados los consejos más sanos y ortodoxos, palabras llenas de unción y de caridad. Sufrío con resignación cristiana la muerte en garrote, y su cadáver fué después quemado en la hoguera (1).

da por nosotros del archivo de Simancas. (Negociado de Estado, leg. 137). En esta relación se dan muy curiosos pormenores, que nosotros no podemos detenernos á referir.

(1) Tenemos también á la vista la información auténtica de los últimos momentos del doctor Cazalla, dada por su mismo confesor Fr. Antonio de la Carrera al inquisidor mayor, arzobispo de Sevilla, en que se ve cómo cristiana-

mente murió aquel docto eclesiástico. La Relación concluye diciendo: «Y así pasó delante hasta llegar al pato, predicando siempre y amonestando á que reverenciásen los ministros de la Iglesia y oborásen las religiones. Llegado al lugar de su tormento, antes que se apease para subir, se reconcilió consigo, que se había «confesado, luego sin más dilación «le pusieron en el pescuezo el argolla, y estando así, tornó otra

2.º Don Francisco de Vivero Cazalla, hermano del doctor párroco del obispado de Palencia: se confesó, murió en garrote y fué quemado (1).

3.º Doña Beatriz de Vivero Cazalla, hermana también, beata: se confesó, murió en el garrote y fué quemada. Llevaba sambenito, correa en la cabeza y cruz en la mano.

4.º La catástrofe y huesos de doña Leonor de Vivero madre de los Cazallas. Había esta señora muerto en opinion de católica, pero acusada despues de luterana por el fiscal de la Inquisicion, por haberse averiguado ser en casa el punto donde se reunian sus hijos con otros luteranos, se la mandó desenterrar, conducir sus huesos en un ataúd al auto de fe, y su efígie vestida del sambenito con lamas, para ser todo quemado: se mandó también arrasar su casa con prohibicion de reedificarla, y que se pusiera en el solar un monumento con una inscripcion infamatoria.

«Ves á encomendar á todos y rogar-
«les que le encomendasen á Nues-
«stro Señor, y en comenzando á
«decir el *Credo*, le apretaron el
«garrote y el cordel, y llegado al
«cabo se le apretaron, y así aca-
«bó la vida con semejante muerte
«y dió el alma, la cual por cierto
«yo tengo averiguado que fué va-
«camino de la salvacion, en esto no
«atengo ninguna duda, sino que
«enNuestro Señor que fué servido
«darle conocimiento y arrepenti-
«miento, y reducirle á la confesion
«de su fe, será servido darle glo-

ria. Esto es, señor Ilustrísimo y
«Reverendísimo, lo que pasó en
«esta casa, lo cual fui testigo de
«vista, sin apartarme un punto de
«este hombre, desde que le confesó
«se hasta que fue difunto.—Siervo
«y capellan de V. S. I., Fr. Anto-
«nio de la Carrera.—Archivo de
«Simancas, Estado, leg. 437

(1) Este, dice la Relacion, lle-
vaba mordaza, «é hizo grandes
bocas hasta que se la quitaron, y
le dieron agua, y luego se la vol-
vieron á poner.»

;

5.º Don Alonso Perez, presbítero y maestro de teología; degradado, agarrado y quemado.

6.º Don Cristóbal de Ocampo, vecino de Zamora, caballero del orden de San Juan, limosnero del gran prior de Castilla y Leon; id.

7.º Don Cristóbal de Padilla, caballero de Zamora; id.

8.º El licenciado Antonio Herreruero, abogado de Toro; murió impenitente, y fué quemado vivo ⁽¹⁾.

9.º Juan García, platero de Valladolid; se confesó, murió en garrote, y se quemó su cadáver.

10.º El licenciado Francisco Perez de Herrera, juez de contrabandos de la ciudad de Logroño; id.

11.º Doña Catalina Ortega, hija de Hernando Diaz, fiscal del Consejo real de Castilla, y viuda del comendador Loaisa; id.

12.º Isabel de Estrada, vecina de Pedrosa; id.

13.º Catalina Roman, beata, del mismo pueblo; idem.

14.º Juana Velazquez, criada de la marquesa de Alcañices; id.

15.º Gonzalo Baeza, portugués, vecino de Lisboa, por judaizante; id.

Todos estos, despues de haber abjurado y confesado como verdaderos penitentes, fueron condenados

(1) A este le fué predicando el doctor Cazalla hasta el patíbulo y hasta el mismo quemadero, y no le pudo convertir: sufrió el fuego con horrible serenidad, en silencio, y sin lanzar un solo grito ni exclamacion de dolor.

á la pena de garrote, quemados en cadáver y confiscados sus bienes, excepto el licenciado Herrerueto que fué quemado vivo por impenitente. Los diez y seis restantes salieron al auto con sambenito, coroza, soga al cuello, cruz ó vela en la mano, y demás signos infamantes que se usaban, y despues de reconciliados fueron condenados á diferentes penas, como cárcel perpétua irremisible, cárcel temporal ó al arbitrio de los inquisidores, confiscacion de bienes, perdimiento de oficios, destierro y otras semejantes, segun habia sido calificado el delito de cada uno (3).

(3) Estos reconciliados y penados fueron.

1. D. Juan de Vivero Cazalla, hermano del doctor: sambenito, confiscacion, cárcel perpétua irremisible.

2. Doña Juana de Silva, su mujer: sambenito hasta la cárcel.

3. Doña Costanza de Vivero, hermana de los Cazallas, mujer del contador del rey Hernando Orta: sambenito, confiscacion, cárcel perpétua irremisible.

4. D. Pedro Sarmiento de Rojas, caballero del orden de Santiago, y comendador mayor de Qubana, hijo del primer marqués de Poza: id., id.

5. D. Luis de Rojas Enriquez, sobrino del antecedente: sambenito hasta la cárcel, confiscacion de bienes, destierro, privacion de armas y caballo.

6. Doña Francisca de Zúñiga, hija del licenciado Boeza contador del rey: sambenito, cárcel perpétua y confiscacion.

7. Doña Mencía de Figuerca, mujer del Sarmiento: id., id.

8. Doña Ana Enriquez, hija del marqués de Alcañices: sambenito, confiscacion.

9. D. Juan de Ulloa Pereira, vecino de Toro, caballero de San Juan de Jerusalem: sambenito, nota de infamia, confiscacion de bienes y privacion de hono. es.

10. Doña Maria de Rojas, hermana de la marquesa de Alcañices, monja en Santa Catalina de Valladolid: condenada á ser la ó una de la comunidad en su convento, y á privacion de voto activo y pasivo.

11. Doña Leonor de Cisneros, mujer del licenciado Herrerueto: sambenito, confiscacion y cárcel perpétua.

12. Maria de Saavedra, mujer del blalgu Cisneros: id., id.

13. Anton Waser, inglés, criado de don Luis de Rojas: reclusion por un año en un convento.

14. Isabel Dominguez, criada de doña Beatriz de Vivero: sambenito y cárcel perpétua.

15. Anton Dominguez, su hermano: id., id.

16. Daniel de la Cuadra, la-

Al tiempo que esto pasaba en Valladolid ejercia tambien el Santo Oficio sus rigores en otros distritos de la península. En el parte que los del Consejo de la Inquisicion daban al rey de haberse verificado el auto de fe de que acabamos de hablar, le decian: «Los inquisidores de Zaragoza nos han enviado relacion que en 17 de abril hicieron auto de la fe, en el cual determinaron ciento y doce causas, y entre ellas dos de lutheranos, y que quedaban en las cárceles muchos presos, y los doce lutheranos.—Los inquisidores de Sevilla avisan que tienen ya votadas mas de ochenta causas, y que con brevedad harán auto: hecho, daremos aviso á V. M.—En el auto que últimamente se hizo en Murcia relaxaron catorce personas, las más por ceremonias judáicas, y otras por de moros, y se reconciliaron enarenta y dos: están presos muchos, y susóncianse sus procesos para determinarlos con brevedad. Esperamos en N. S., cuya es la causa, dará fuerzas para que todo se baga á gloria suya y como V. M. sea servido..... (1).»

De no haber alojado en la sustanciacion y fallo

bradar, *reclama de Pedrosa: id., id.*

Predicó en este celebre auto el sermón de la fe el maestro Fr. Melchor Cano, obispo electo de Canarias, y uno de los teólogos mas distinguidos que asistieron al concilio de Trento.

Llorente en su *Historia de la Inquisicion*, tom. IV cap. XX. demuestra haber conocido tambien

los documentos á que aqui nos referimos.

(1) «En Valladolid 30 de mayo 1560.—De V. M. humildes capellanes que sus Reales manos besan.—El licenciado Hortalora.—El licenciado de Valladolid.—El doctor Andrés Perez.—El doctor Simancas.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 173.

de las causas el tribunal de Sevilla, según anunciaba al re al Consejo, dió testimonio el auto de fe que en la plaza de San Francisco de aquella ciudad se celebró el 21 de setiembre (1559), con poca menor solemnidad que el de Valladolid, puesto que solo le faltó la asistencia de los príncipes. Presidiale como vice-inquisidor general y delegado del arzobispo Valdés, el obispo de Tarazona don Juan Gonzalez, y como inquisidores del distrito los muy magníficos señores Andrés Gasco, Miguel del Carpio y Francisco Galdo, y el provisor Juan de Ovando. Hubo en este auto veintuno relajados en persona, y ochenta reconciliados y penitenciados, siendo notable por la calidad de las personas que sufrieron la muerte y la hoguera, y por la tenacidad de aquellas en sostener las opiniones luteranas, puesto que los hubo tan contumaces, que prefirieron ser quemados vivos á dar la menor señal de retractacion ni arrepentimiento, y otros solo manifestaron una contricion dudosa cuando se vieron atados ya al palo y con el fuego debajo de sus piés (1).

Suponian los inquisidores que de estos espectacu-

(1) Entre las personas notables que perecieron en este auto de Sevilla, podemos contar á don Juan Ponce de Leon, hijo segundo del conde de Bailen, y primo hermano del duque de Arcos, los presbiteros y religiosos, don Juan Gonzalez, fray Cristóbal de Arellano, fray Garcia de Arias, fray Juan de Leon,

y las doncellas vírgenes doña Maria de Virves, doña Maria Cornel, doña Maria de Bobo; que y doña Isabel de Barea: las cizas de esta última se recandaron tambien arrojadas y puestas en su área un oratorio con un hierro infamatorio como en las de doña Leonor de Vivero en Valladolid.

los tendria gusto en disfrutar el rey don Felipe, ausente hasta entonces, y así reservaron, como para agasajarle cuando viniese á España y para darle una muestra ostensible de su celo religioso, la segunda parte del auto de 21 de mayo en Valladolid. Y decimos la segunda parte, ya porque el de que vamos á hablar fué el resultado de la continuacion del proceso de los Cazallas, ya porque parece no podia tener otro objeto el haberse suspendido la ejecucion de algunas causas fenecidas ya cuando se hizo el auto de mayo. Habiendo pues desembarcado el rey Felipe II. en Laredo en el mes de setiembre (1559), segun en el capítulo anterior dijimos, dispúsose para solemnizar su regreso de Flandes y su entrada en la capital de Castilla, el auto de fe de 8 de octubre. Despues de los arcos triunfales y otras demostraciones de regocijo, que se hicieron para su recibimiento, y al dar principio al espectáculo, el inquisidor general Valdés tomó el juramento de costumbre al monarca de que defenderia y protegeria el Santo Oficio de la Inquisicion contra todo el que directa ó indirectamente quisiera impedir ó contrariar sus efectos, jurólo el rey con el estoque en la mano; predicó el sermón de fé el obispo de Cuenca, y comienza el auto con asistencia del rey, del príncipe su hijo, de la princesa su hermana, del príncipe de Parma su sobrino, y de casi toda la grandeza de España que seguia la corte.

Habia para este día catorce desgraciados destinados á ser pasto de las llamas, y diez y seis á ser reconciliados con penitencia, casi todos por inficionados de la heregia de Lutero. El primero que fue sacado al anfiteatro fué don Carlos de Seso, caballero veronés, pero domiciliado en Castilla y casado y enlazado con la familia de los Castillas, descendientes del rey don Pedro. Este habia sido el principal dogmatizador y el que habia difundido las doctrinas luteranas por los pueblos de Castilla. Vióle el rey llevar y entregar vivo á la hoguera por impenitente y contumáz, aunque le predicaron atado ya al palo. Sufrió el fuego con un valor terrible; y cuéntase que diciendo al rey: «¿Con que así me dejais quemar?» le respondió el monarca: «*Y aun si mi hijo fuera herege como vos, yo mismo traeria la leña para quemarlo*»⁽¹⁾. Entre las personas sentenciadas á muerte y fuego en este auto se contaban, el presbítero don Pedro de Cazalla, hermano del docto (que así quedó como esterminada aquella noble familia), Fr. Fernando de Puyas, fraile dominico, hijo de los marqueses de Poza, una monja del convento de Santa Clara de Valladolid, y cuatro del de Belen. Otras tres monjas de este mismo monasterio figuraren entre los reconciliados y penitenciados⁽²⁾.

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II., lib. V., cap. 3.

Quemados.

(2) Nómina de los castigados en el auto de fe de 8 de octubre.

D. Carlos de Seso, quemado vivo.
Fr. Domingo de Rojas, en cadáver.

Es en verdad circunstancia digna de notarse que al tiempo que en España ejercía de esta manera sus rigores el Santo Oficio, á presencia y con aprobacion y beneplácito del rey y de las personas reales, el pueblo romano con ocasion de la muerte del papa Paulo IV. se arrojaba contra los ministros de la Inquisicion abria las cárceles, soltaba los presos, asaltaba el monasterio de la Minerva, perseguia á muerte á los frailes dominicos, rompía la estatua y escudo del pontifice, y hubiera asesinado al cardenal Caraffa y á sus hermanos, si Marco Antonio Colonna y Julian Cesarino no hubieran llegado á tiempo de defender contra el furor popular así á estos como á los dominicos inquisidores (1).

Felipe, despues de haber solemnizado con su pre-

El licenciado Diego Sanchez, id.
D. Pedro de Cazalla, id.
Juan Sanchez, vivo.
Doña Maria de Guevara, en cadáver.
Doña Catalina de Reinoso, id.
Doña Margarita de Sanluisaban, idem.
Doña Maria de Miranda, id. (Las cuatro monjas de Belen).
Doña Eufrosia de Mendoza, monja de Santa Clara, id.
Pedro de Solís, id.
Francisco de Almaraz, id.
Gaspar Blanco, id.
Juana Sanchez, beata, difunta, quemados sus huesos y su cilgio.

Reconciliados con penitencia.

Doña Felipa de Heredia.
Doña Catalina de Anaraz.
Doña Maria de Reinoso. (Todas tres monjas de Belen).

Doña Isabel de Castilla.
Doña Catalina de Castilla.
Doña Teresa de Ospa.
Ana de Mendoza.
Magdalena Gutierrez.
Leonor de Toro.
Ana de Calvo, beata.
Francisco de Uca.
Gerónimo Lopez.
Isabel de Pedrosa.
Catalina Bererra.
Anton Gonzalez.
Pedro de Aguilar. Condenados estos á varias penas.

Archivo de Simancas, Estado, legajo 137.—Llorente, Hist. de la Inquisicion, tom. IV, cap. XX., art. 2.º—Cabrera, Hist. de Felipe II., lib. V, cap. 3.

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II., lib. V., c. 3.—Leti, Vila, p. I, libro XIV.

sencia el auto de fé, partió para Madrid, Aranjuez y Toledo.

En el segundo de estos puntos es, ádió una pragmática de las más extrañas y notables que habrá dictado ningún soberano. Es un documento que revela á las claras el carácter y las miras de Felipe II., y descubre todo un sistema político y de gobierno. Decidido, se conoce, á impedir por todos los medios imaginables que acabáran de penetrar en España las doctrinas de la reforma que habian comenzado á infiltrarse en ella parece se propuso aislarla completamente del movimiento intelectual del mundo, y poner una muralla entre España y Europa, y una aduana por donde no pudiera pasar una sola idea. Prohibió, pues, por esta pragmática á todos sus súbditos, eclesiásticos y legos ir á estudiar en las Universidades, colegios ó escuelas de fuera del reino; porque «los «dichos nuestros súbditos, decía, que salen fuera de «los reinos á estudiar, allende del trabajo, costas y «peligros, con la comunicacion de los estrangeros y «de otras naciones se divierten y distraen, y vienen «en otros inconvenientes.... Por lo cual mandamos «que de aquí adelante ninguno de los nuestros súbditos y naturales, de cualquier estado, condicion y «calidad que sean eclesiásticos, ó seculares, triles ni «clerigos, ni otros algunos, no puedan ir ni salir de «los reinos á estudiar, ni enseñar, ni aprender, ni a «estar ni residir en universidades ni estudios, ni co-

«legios fuera destos reinos; y que los que hasta agora y al presente estuvieren y residieren en las tales universidades, estudios ó colegios, se saigan y no estén más en ellos dentro de quatro meses despues de la data y publicacion desta nuestra carta; y que las personas que contra lo contenido y mandado en esta nuestra carta fueren y salieren á estudiar y aprender, enseñar, leer, residir ó estar en las dichas universidades, estudios ó colegios fuera destos reinos ó los que estando ya en ellos, y no se salieren y fueren y partieren dentro del dicho tiempo, sin tornar ni volver á ellos, siendo eclesiásticos, frailes ó clérigos, de cualquier estado, dignidad y condicion que sean, sean habidos por estraños y agenos destos reinos, y pierdan y les sean tomadas las temporalidades que en ellos tuvieren; y los legos cayan y incurran en pena de perdimiento de todos sus bienes, y destierro perpétuo destos reinos... etc. (1).»

No era fácil imaginar que hubiera un soberano en el sig'lo XVI que quisiera incomunicar intelectualmente su nación con el resto del mundo, y que hiciera crimen en sus súbditos enseñar á otros hombres ó aprender de ellos, hasta el punto de privarlos de sus bienes y hasta del derecho de nacionalidad. Con

(1) Pragmática de 22 de noviembre de 1539 en Aranjuez.— 1563 en Alcalá á continuación del cuaderno de cortes de 1539. Esta pragmática se imprimió en

esto y con los autos de fe tan repetidos, comprimido y como encarcelado el pensamiento, llenas de trabas las inteligencias, sujetas las ideas á la suspicaz é inexorable censura inquisitorial, privada España del comercio literario con las demás naciones, la especie de cordón sanitario de que se rodeaba á la nación, sin duda era muy bueno para preservarla del contagio de la herejía de que empezaba á inficionarse, y para mantener la unidad católica; pero los demás ramos del saber humano tenían que estancarse y como enmohecerse, quedando la España rezagada en la marcha intelectual del mundo y á mucha distancia detrás de los demás pueblos, tanto como hasta entonces se había adelantado á casi todas las naciones.

Desde que Felipe II. volvió de Flandes, no había cesado de dar disposiciones sobre el modo cómo había de ser traída á España su tercera esposa la princesa Isabel de Valois, hermana del rey de Francia Francisco II., llamada *la Princesa de la Paz*, así por haber nacido cuando se ajustó la paz de Francia con Inglaterra, como por haberse concertado su boda con ocasión de la paz entre Francia y España. Deseaba el rey que se le hiciera el recibimiento más suntuoso posible. Al efecto comisionó al cardenal don Francisco de Mendoza, obispo de Burgos ⁽¹⁾, y al duque del Infantado para que se adelantáran hasta la raya de

(1) Burgos no fué aún arzobispado hasta 1575.

Francia, y en su real nombre se entregáran allí de la persona de la reina y la acompañasen hasta Guadalajara, donde él había de recibirla, dándoles las más minuciosas instrucciones sobre el ceremonial que habían de observar y tratamiento que habían de hacer así á la reina como á los caballeros franceses que con ella venían, de los cuales eran los principales el cardenal de Borbon y el duque de Vendôme, y espidiéndoles para ello poderes en toda forma (1).

Por varios incidentes se diferió algun tiempo el viage de la nueva reina. Al fin cruzó el Pirineo al comenzar el año 1560 por San Juan de Pié-de-Puerta, y en Roncesvalles fué entregada con toda ceremonia (4 de enero) á los comisionados régios de España, los cuales la trujeron con toda pompa, conforme á las instrucciones, hasta Guadalajara, donde se adelantó á incorporársele el rey desde Toledo. Veláronse allí los régios consortes (2 de febrero 1560), echándoles la bendicion nupcial el cardenal obispo de Burgos, y siendo padrinos el príncipe don Carlos y la princesa de Portugal doña Juana su tia (2).

(1) En un códice Ms. de la biblioteca del Escorial, señalado III-23, se halla la correspondencia del rey con el cardenal obispo sobre este asunto, con las instrucciones y ceremoniales, y el itinerario que había de traer la reina desde Ponthieu á Roncesvalles, y otro desde Roncesvalles á Guadalajara: hay varias cartas del rey, escritas en octubre, noviem-

bre y diciembre, desde el bosque de Aranjuez, Madrid y Toledo.— Se ha insertado esta correspondencia en el tomo III de la Colección de Documentos inéditos, páginas 418 á 418.

(2) Actas de la entrega de la reina Isabel; archivo de Simancas, Estado, leg. 381.—Era el rey, dice el historiador Labrera, «de 33 años, 9 meses y 20 dias, y la rei-

La entrada y recibimiento que en Toledo se hizo á la nueva reina de España fué solemne, magífico y suntuoso. Simulacros de batalla en la Vega por numerosos cuerpos de infantería y caballería, lujosamente vestidos, unos á la morisca, á la húngara otras; danzas de doucellas de la Sagra; otras de gitanas y de moriscas; comparsas de gremios con sus estandartes; diferentes y muy vistosas mascaradas; músicas y coros de concertadas voces; arcos triunfales desde la entrada hasta la iglesia mayor y el alcázar; los oficiales del Santo Oficio á caballo con su estandarte morado; los doctores todos de la universidad; el cátillo en pleno de toda ceremonia; consejos, tribunales, grandeza de España; monumentos con inscripciones alegóricas; torneos, juegos de cañas y otros espectáculos, nada se omitió en aquellos días para festejar á la princesa estrangera que venia á sentarse en el trono de Castilla (1).

A los pocos días (22 de febrero) fué jurado y reconocido el príncipe Carlos en las Cortes de Toledo legítimo heredero y sucesor en los reinos de España con la mayor solemnidad, jurando él á su vez guar-

na de 18 años, 9 meses y 18 días, pequeña de cuerpo bien formado, delicado en la cintura, redondo, el rostro trigüño, el cabello negro, los ojos alegres y buenos, afable mucho, y fue llamada de la Paz, porque la hicieron las dos coronas. Hist. de Felipe II. lib. V. cap. VI

(1) «Y hubieran continuado las

fiestas, dice Cabrera, si la reina no hubiera enfermado de viruelas.»

Con ocasión de estas bodas han dicho algunos escritores que nació una pasión amorosa entre el príncipe don Carlos y la reina Isabel, esposa de su padre; de lo cual nos reservamos tratar adelante con la debida detencion.

dar los fueros y leyes de estos reinos. Con este motivo, y mejorada la salud de la reina, continuaron las fiestas que se habían suspendido, y entre los diferentes espectáculos no faltó el de un auto de fé que se celebró el domingo de Carnestolendas, en que hubo varios penitenciados ⁽¹⁾.

En otras Cortes que este año (1560) se celebraran en aquella ciudad, y fueron las segundas del reinado de Felipe II., hicieron los procuradores de las ciudades ciento once peticiones al rey, de las cuales algunas merecen ser mencionadas:—Que el soberano visitara las ciudades del reino para que conociera las personas de quienes se podría servir:—Que se reformara el lujo en los trages, dando S. M. a primero el ejemplo:—Que se suspendiera la venta de los lugares pertenecientes á la corona:—Que no se levantara mano hasta acabar la Recopilacion de las leyes:—Que no se permitiera sacar carnes y cereales de Castilla á los reinos de Portugal, Aragon, y Valencia:—Que se moderáran los intereses de las deudas del rey:—Que no se permitiera sacar dinero del reino:—Que continuara el rey no tomando para sí el dinero que venia de Indias para particulares:—Que se suprimieran las aduanas entre Castilla y Portugal:—Que no se dorára ni plateára cosa alguna sino para las iglesias:—

(1) Tenemos tambien la lista creemos ya innecesario reproducirla de los penitenciados y aqui penitenciados en este auto, que

Que se nombráran jueces para conocer en qué grado habian de ir las cosas de Roma para evitar costas y dilaciones ⁽¹⁾;—Que las justicias ordinarias pudieran castigar los soldados delincuentes en delitos contra paisanos, no valiéndoles el fuero militar:—Que los que tuvieran empleo ú oficio real no pudieran tratar en mercaderías ⁽²⁾;—Que los moriscos de Granada no pudieran comprar esclavos negros ⁽³⁾;—Que se persiguiera á los vagabundos:—Que se marcara á los ladrones en el brazo:—Que los grandes no tuvieran muchos lacayos, pues por el aliciente de la librea dejaban muchos las labores de la agricultura:—Que se fortificáran las ciudades de la costa ⁽⁴⁾.

Terminadas estas Cortes, (19 de setiembre, 1560), el rey don Felipe, que siempre habia mostrado afición á residir en Madrid en las épocas y temporadas que habia podido, determinó hacer de esta villa la residencia real permanente, y el asiento fijo de la corte y del gobierno supremo, dando á esta poblacion los honores y categoría de capital de España, llevado sin duda de la circunstancia de su centralidad, «y para que tan gran monarquía, como dice uno

(1) Peticiones 2.ª, 3.ª, 8.ª, 7.ª, 20.ª, 23.ª, 26.ª, 27.ª, 28.ª, 40.ª, 53.ª.

(2) Peticiones 57.ª, 63.ª, 64.ª.

(3) Esta es la única petición de estas Cortes de que hacen mérito nuestras historias: acerca de las demás guardan completo silencio: no entendemos la razon de esta

preferencia.

(4) Peticiones 89.ª, 90.ª, 94.ª, 98.ª.

En estas Cortes se concedió al reino el encabezamiento general de las rentas y alcabalas reales por trece años, de los veinte que en las anteriores se habian pedido.

de sus historiadores, tuviese ciudad que pudiese hacer el oficio del corazon, que es principado y asiento está en el medio del cuerpo para ministrar igualmente su virtud á todos los estados (1). — Idea y determinacion que el tiempo, la experiencia, la razon y el buen sentido han juzgado de una manera poco favorable al talento de aquel monarca.

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II, vuelto, dice que Felipe II. trajo la Kb. V., cap. 9, — Quintana en las corte desde Toledo á Madrid el Grandezas de Madrid, folio 534, año 1563.

CAPÍTULO III.

ÁFRICA.

LOS GELBES.—ORÁN.—EL PEÑÓN DE LA GOMERA.

De 1559 a 1564.

Peticion de las Cortes al rey sobre los corsarios moros que estragaban las costas de España.—El gran maestro de Malta y el virrey de Sicilia solicitan los ayude á recobrar á Tripoli de Berbería.—Felipe II. les envia una flota.—Salida de la expedicion.—Primeros desastres.—Arriba la armada á los Gelbes.—Toma del castillo.—Muerde la armada.—El almirante turco Djalí y el terrible corsario Dragut.—Sitian y atacan el fuerte.—Don Álvaro y los capitanes españoles son llevados cautivos á Constantinopla.—El virrey de Argel intenta conquistar á Orán y Mesaguir.—Nueva armada española en África.—Hace retirar al virrey.—Expedicion enviada por Felipe II. á la reconquista del Peñon de la Gomera.—Frústrase esta primera empresa.—Segunda y más numerosa armada contra el Peñon.—Don Garcia de Toledo.—El corsario Mustafa.—Recobran el Peñon los españoles.—Grandes proyectos del gran turco contra el rey de España.

•Otro si decimos (le decian al rey Felipe II. los
•procuradores de las ciudades en las Cortes de Toledo
•de 1560), que aunque V. M. ha tenido siempre rela-
•cion de los daños que los turcos y moros han hecho
•y hacen andando en corso con tantas banderas de ga-
•leras y galeotas por el mar Mediterráneo, pero no ha

■

• sido V. M. informado tan particularmente de lo que
• en esto pasa, porque segun es grande y lastimero el
• negocio, no es de creer sino que si V. M. lo supiese,
• lo habria mandado remediar: porque siendo como
• era la mayor contratacion del mundo la del mar Me-
• diterráneo, que por él se contrataba lo de Flandes y
• Francia con Italia y Venecianos, Sicilianos, Napolita-
• nos y con toda la Grecia, y aun Constantinopla y
• la Moréa y toda Turquía, y todos ellos con España, y
• España con todos: todo esto ha cesado, porque andan
• tan señores de la mar los dichos turcos y moros cor-
• sarios, que no pasa navío de Levante á Poniente, ni
• de Poniente á Levante que no caiga en sus manos: y
• son tan grandes las presas que han hecho, así de chris-
• tianos cautivos como de haciendas y mercancías, que
• es sin comparacion y número la riqueza que los di-
• chos turcos y moros han avido, y la gran destruicion
• y assolacion que han hecho en la costa de España:
• porque dende Perpiñan, hasta la costa de Portugal las
• tierras marítimas se están incultas, bravas, y por la-
• brar y cultivar; porque á cuatro ó cinco leguas del
• agua no osan las gentes estar; y así se han perdido
• y pierden las heredades que solían labrarse en las
• dichas tierras, y todo el pasto y aprovechamiento de
• las dichas tierras marítimas, y las rentas reales de
• V. M. por esto tambien se disminuyen, y es grandí-
• sima inominia para estos reinos que una frontera sola
• como Argel pueda hacer y haga tan gran daño y

•ofensa á toda España: y pues V. M. paga en cada
•un año tanta suma de dinero de sueldo de galeras
•y tiene tan principales armadas en estos reinos, po-
•dríase esto remediar mucho, mandando que las di-
•chas galeras anduviesen siempre guardando y defen-
•diendo las costas de España sin ocuparse en otra co-
•sa alguna. Suplicamos á V. M. mande ver y consi-
•derar todo lo susodicho: y pues tanto va en ello,
•mande establecer y ordenar de manera, que á lo
•menos el armada de galeras de España no salga de
•la demarcacion d'ella, y guarde y defienda las cos-
•tas del dicho mar Mediterráneo desde Perpiñan
•hasta el estrecho de Gibraltar, é hasta el rio de Se-
•villa; y V. M. mande señalarles tiempo preciso que
•sean obligados á andar en corso y en la dicha guar-
•dia, sin que dello osen exceder: porque en esto hará
•V. M. servicio muy señalado á Nuestro Señor y gran
•bien y merced á estos reinos ⁽¹⁾. »

Esta sola petición de los procuradores de las ciudades nos revela los daños que á la agricultura y al comercio de España estaban causando los corsarios turcos y moros, la necesidad de defender nuestras costas, y los motivos que tuvo Felipe II. para tomar las providencias que en esta materia adoptó á luego de su venida á España, mejor que todo lo que nos dicen cuantas historias hemos leído.

(1) Petición 97.ª de las Cortes de Toledo de 1559 y 60.

Uno de los corsarios que más estragos habían causado en las costas de los dominios españoles, así de la península, como de Italia y las Baleares, era aquel famoso Dragut, antiguo compañero y sucesor de Barbaroja, de quien dimos noticia en el reinado de Carlos V., el conquistador y defensor terrible de la ciudad de África, y el que había tenido la culpa de que el turco se apoderara de la ciudad de Trípoli, que poseían los caballeros de Malta ⁽¹⁾. Felipe II., en vez de obrar como le aconsejaban y pedían los procuradores, empleando la armada en defender las costas del Mediterráneo «y no en otra cosa alguna, y sin que dello osáran exceder,» tuvo por mejor complacer al gran maestro de Malta y al duque de Medinaceli, virey entonces de Sicilia ⁽²⁾, que le habían pedido con muchas instancias les diese una armada para la reconquista de Trípoli, aprovechando la ocasión de hallarse Dragut en lo interior de África haciendo la guerra á uno de los reyes de Berbería. Envió pues el rey una flota á Mesina á cargo de don Juan de Mendoza, y con estas naves y las galeras de Sicilia, Nápoles, Roma, Malta y Florencia, y con la española, tedesca é italiana, juntó el duque de Medinaceli hasta cien velas entre pequeñas y grandes y sobre catorce mil soldados. Pero anduvo el duque virey tan poco

(1) Véase el cap. XXX. del libro precedente.

(2) No de Nápoles, como dice equivocadamente el señor Sabau

en sus tablas cronológicas: de Nápoles le era don Perafau de Rivera.

diligente, que cuando partió de Mesina con su armada (28 de octubre, 1559), había dado lugar á que Dragut, que había vuelto victorioso á Trípoli se apercibiera del objeto de la armada cristiana, metiera en Trípoli un refuerzo de dos mil turcos, y avisara al sultán de Tarquin para que le socorriera contra los cristianos.

Comenzó bajo malos auspicios esta expedición, por otra parte mal preparada. Los alimentos y provisiones que llevaban eran pocos y malsanos, y ya en Siracusa, donde los vientos contrarios obligaron á la armada á detenerse, perecieron de enfermedades y malas comidas hasta cuatro mil hombres, y diez naves se quedaron sin gente, lo cual dió tambien ocasion á tumultos, escesos y deserciones. Ultimamente, después de no pocas averías y desastres, y casi consumidos ya los bastimentos, el duque continuó su derrota con la gente y naves que le quedaban, y que él creía le bastaban para su empresa. Mas en vez de marchar derecho sobre Trípoli, se encaminó á la isla de los Gelbes (febrero, 1560), de fatal recuerdo para los españoles. Perdió allí un tiempo precioso; las enfermedades proseguian, los víveres no abundaban, muchos querian volverse á Sicilia, que hubiera sido el partido más prudente, y en varios combates con los moros se perdieron algunos excelentes capitanes españoles. Pero al fin logró apoderarse del castillo, y que el jeque prestara juramento de fidelidad al rey

de España y ser tributario suyo (marzo). Hizo fortificar con grandes baluartes aquel castillo, contra el parecer de muchos de sus oficiales, que le aconsejaban le demoliere y fuese á atacar á Dragut en Trípoli, bien que de contraria opinion era el valeroso capitán don Alvaro de Sande, el cual se daba cuanta prisa podia á abastecer la fortaleza de artillería, municiones y vituallas, no pudiendo por otra parte persuadirse de que viniese la armada turca en socorro de Dragut y de los moros.

Egañóse en esto don Alvaro tanto como el de Medinaceli, y ambos se llenaron de consternacion quando supieron que la armada del sultan, conducida por el almirante Pizly, ya conocido por sus estragos en las costas de Italia, se aproximaba á los Gelbes (mayo, 1560). Todo fué entonces confusion y desorden; los moros de la isla, en quienes antes se habian fiado, se volvian en favor de los turcos; las tropas no se hallaban en disposicion de resistir á tan fuerte enemigo; el duque no era gran práctico en las cosas del mar, y al ver su irresolucion y su aturdimiento, cada nave y cada capitán trató de salvarse como pudo. Muchas galeras con la precipitacion se estrellaron en los escollos, otras encallaron en los bajíos, las naves gruesas y pesadas antes de desplegar las velas fueron entradas por los turcos con miserable estrago, apresaron aquellos treinta bageles, mataron más de mil hombres é hicieron cinco mil prisioneros. Los malteses

más conocedores de aquellos mares, fueron los que se salvaron. El Duque y Juan Andrea Doria, sobrino del famoso almirante genovés, con algunos otros oficiales, pudieron salir de noche del canal sin ser vistos, y arribar con algunas galeras á Malta y Sicilia.

No paró en esto solo la desastrosa jornada de los Gelbes. El virey, que tan en mal hora la había preparado y con tan poco acierto dirigido, había dejado encomendada la defensa del castillo y el gobierno de la isla al valeroso don Alvaro de Sande, ofreciéndole que pronto le enviaria socorros. Este intrépido gefe hizo una defensa heroica contra doce mil turcos y multitud de moros insulares que cercaron la fortaleza al mando de Dragut y Pialy reunidos. No hubo trabajo que los sitiados no pasaran, ni prueba que no hicieran en cerca de mes y medio que duró el cerco. Hambre, sed, calor abrasador, enfermedades, combates diarios, salidas vigorosas, asaltos repetidos, luchas desesperadas, fatigas increíbles, mortandad, miseria, todo lo que en tales casos puede poner á prueba el valor de los hombres, todo lo sufrieron don Alvaro y los suyos, y no fué poco el estrago que causaron á los enemigos. Cuando Pialy y Dragut, viéndolos reducidos á la situacion más lastimosa, les intimaron la rendicion ofreciéndoles la vida, á la voz del altivo don Alvaro de Sande unieron las suyas todos los que quedaban para contestar que no querian sino morir con honra peleando por su religion y por su

patria. Y haciendo una salida impetuosa á la media noche, forzaron las trincheras, mataron muchedumbre de turcos, y hubieran llegado hasta la tienda de su general sino los detuvieran los genizaros, con los cuales lucharon á la desesperada hasta morir casi todos. Don Alvaro con otros dos oficiales se abrió intrépidamente paso por lo más espeso de las filas enemigas, y ganando la playa subió á bordo de un navío español varado en la costa, donde le descubrió la luz del día con la rodela en un brazo y la espada en la mano rodeado de turcos, que parecia no querer acabarle, respetando un hombre de tal heroico valor. Un renegado genovés le instó á que rindiera las armas bajo el seguro de entregarle al almirante turco, y con toda consideracion fué conducido á la capitana.

Los turcos entraron en el desmantelado castillo (fin de junio, 1560), degollando ó escadefando los poco soldados que encontraron. El esforzado don Alvaro de Sande, don Gaston de la Cerda, hijo del duque de Medinaceli, los capitanes don Sancho Martinez de Leiva, don Berenguer de Requesens, Galeazo Farnesio, don Juan de Córdoba y algunos otros oficiales distinguidos fueron llevados á Constantinopla. Tal fué la famosa jornada del duque de Medinaceli á los Gelbes, isla fatal á los españoles desde la primera invasion del conde Pedro Navarro en los tiempos de Fernando el Católico, y que nos recuerda tambien el desastre de don Pedro de Toledo en los de Carlos V. La

defensa del castillo de los Gelbes contra Pialy y Dragut por don Alvaro de Sande en 1560 nos trae á la memoria la de Castelnovo contra Barbaroja y Ulamen por el español don Francisco Sarmiento en 1539. Ni una ni otra sirvieron sino para acreditar el valor español á costa de preciosa sangre española en defensa de fortalezas que nada le importaba á España poseer, y en esto se consumían sus caudales y sus hombres.

El almirante Pialy partió al poco tiempo para Constantinopla, llamado por Soliman para emplearla en las guerras de Arabia, mas no lo hizo sin estragar antes las costas de Sicilia y de la Calabria Ulterior, y prosiguiendo para Mitilene y Gallipoli arribó triunfante á la capital del imperio otomano (27 de setiembre) con los cautivos españoles. Destinó al sultan á don Alvaro y sus compañeros á la torre del Perro en el Mar Negro, donde murió el hijo de Medinaceli. Los demás permanecieron hasta 1562, en que con motivo de un tratado de paz entre Soliman y el emperador don Fernando fué concertado en uno de los capítulos el rescate de estos ilustres prisioneros, bien que á algunos se les propinó pérfidamente un tósigo, y no pudieron volver á servir (1).

Las posesiones españolas de la costa de Africa eran

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II. lib. V — Herrera, en la General del Mundo. — Lell, Vita, p. I, libro XV.

En 1560 murió el famoso almirante genovés, príncipe Doria á

la edad de 83 años, dejando á su sobrino Juan Andres, ó Juanetín Doria, heredero de su valor y de su espíritu. La vida de aquel ilustre marino fué escrita en italiano, por Lorenzo Capellani,

otros tantos monumentos gloriosos del poderío á que habia llegado la nacion en el reinado de los Reyes Católicos, de las hazañosas empresas del cardenal Cisneros y del conde Pedro Navarro, y de los esfuerzos vigorosos, a ternativamente desgraciados y felices, del emperador Carlos V.: pero eran tambien un padrastro de España. Siempre amenazadas y siempre en peligro, su conservacion costaba á España una especie de sangría continua de hombres, de naves y de dinero. Felipe II. lo empezó á experimentar con el desastre de los Gelves, uno más en la serie de los que habian sufrido en aquellos mares y en aquellas costas las armadas de sus antecesores. Supo despues que el virey de Argel, Hassen, hijo de Barbaroja, trataba de enviar una flota para levantar los moriscos de Valencia y dar pasage para Africa á muchos, y tomó la determinacion de desarmarlos á todos (1562), como ya en las Cortes de 1560 le aconsejaban con mucha prevision los procuradores que lo hiciese con los de Granada ⁽¹⁾. La operacion se ejecutó bien y sin escitar alboroto.

Pero el mismo Hassen, alentado con la derrota de los españoles en los Gelves, proyectó luego la conquista de Oran y de Mazalquivir, para lo cual juntó un poderoso ejército. Otra vez tuvo Felipe II. que armar y equipar una flota de veinte y cuatro galeras que mandó construir en Barcelona, trayendo árboles

(1) Petición 87.*

de Flandes, remos de Nápoles, arcabuces y picas de Vizcaya, de la cual hizo general á don Juan de Mendoza, dándole cerca de cuatro mil hombres de los que habian venido de los Países Bajos. La fatalidad más siniestra parecia presidir á las expediciones á Argel. Apenas esta armada habia salido del puerto de Málaga, levantóse una tempestad tan furiosa, que las más de las naves se hicieron pedazos en las rocas, anegándose otras, y con ellas toda la gente de guerra y remo, incluso el mismo don Juan que la mandaba.

Animado con esta catástrofe el virey argelino, redobló sus escitaciones á los príncipes mahometanos para que le ayudáran en la empresa de Oran y Mazalquivir, y en su consecuencia llegó á ponerse sobre esta última plaza con treinta galeras y un ejército de cien mil hombres (marzo, 1563). El conde de Alcaudete, que gobernaba aquellas tierras, habia fiado la defensa de Mazalquivir á su hermano don Martín de Córdoba, resueltos ambos á sostener hasta el último trance aquellas plazas y el honor de las armas españolas. El conde hacia arrojadas acometidas desde Oran contra los sitiadores, y don Martín rechazaba con no menos arrojo los asaltos. Once veces se vió asaltada la plaza por la numerosa morisma: los infieles llegaron en varias ocasiones á plantar sus estandartes sobre las ruinas de la muralla (mayo, 1563). El rey que no desconocia el apuro en que debia hallarse la guarnición de Mazalquivir, no omitia tampoco dili-

gencia para enviarle socorro de España, y haciendo venir naves de Italia á Barcelona, y levantando gente en Andalucía, despachó una nueva armada al mando de don Francisco de Mendoza, la cual, tan pronto como llegó á la vista de Mazalquivir, acometió la flota enemiga, lo apresó nueve naves y ahuyentó las demás, mientras los del fuerte y los de Oran, alentados con este refuerzo atacaban briosamente las tropas de Hassen. Levantó pues el argelino cobardemente el cerco á pesar de la gran superioridad numérica de sus fuerzas, y huyó precipitadamente á Argel (junio). Fué persiguiéndole don Francisco de Mendoza, pero no pudo darle alcance. Reforzó las guarniciones de las dos plazas, las surtió de bastimentos, y dió la vuelta á España, donde fué recibido con gran júbilo. No dejó el rey sin premio á los heroicos defensores de Oran y Mazalquivir: hizo al conde de Alcaudete merced del vireinato de Navarra, premió con bastante liberalidad á su hermano don Martin de Córdoba, y no dejó sin recompensa ni á los oficiales y soldados que habian sufrido los trabajos y penalidades del sitio, ni á las mugeres y familias de los que habian perecido en él (1).

Hecho el socorro de Oran, é instado el rey por don Pedro de Venegas, gobernador de Melilla, resol-

(1) Don Luis de Cabrera, en el lib. IV. de su Historia de Felipe II, cap. 9, 10, 12 y 13, refiere largamente los pormenores de este sitio

por los diarios de Oran que tuvo á la vista, y rectifica varias equivocaciones en que incurrió Herrera en la General del Mundo.

vió emplear la armada en la conquista ó recuperacion del Peñon de Velez de la Gomera que desde 1522 habia caido en poder de turcos y moros, y estaba siendo nido de corsarios que molestaban y dañaban la costa fronteriza de Andalucía, y eran una tentacion peligrosa para los moriscos granadinos. Para esta empresa fué nombrado general, a causa de haber muerto en Málaga don Francisco de Mendoza al salir con la expedicion, don Sancho Martinez de Leiva, general que habia sido de las galeras de Nápoles. Adelantóse con ocho galeones el intrépido y hábil marino don Alvaro de Bazan, y seguíale el resto de la armada. Esta expedicion, á pesar de las esperanzas y facilidades que habia dado Venegas, no produjo otro resultado que algunos enencuentros con los moros de las sierras, pues reconocido el Peñon por don Sancho, y habido consejo de capitanes, se resolvió no acometerle por no considerarse con suficientes fuerzas para ello, y se acordó reembargar la gente, y regresó la flota á Málaga (6 de agosto, 1563).

Esto encendió al rey don Felipe en más vivos deseos de reconquistar el Peñon, en el cual todas las ciudades comerciales del litoral del Mediterráneo veian tambien un estorbo para su tráfico. Preparó pues otra mayor y más respetable armada, compuesta de noventa y tres galeras y sesenta buques menores, llevando á bordo trece mil soldados españoles, italianos, alemanes y flamencos. El rey de Portugal y el gran

maestre de Malta ayudaron con sus fuerzas á esta empresa. Habiendo fallecido el gran almirante genovés príncipe de Melfi Andrea Doria, dió el rey don Felipe el almirantazgo del Mediterráneo y el mando de esta armada á don García de Toledo, marqués de Villafrauca, duque de Fernandina, gobernador de Cataluña y sucesor del duque de Alcalá, virey ya de Nápoles. Parecía demasiada fuerza para tal empresa, pero el rey queria asegurarla. Iba tambien don Sancho Martinez de Leiva, el gefe de la primera expedicion. Era el alcaide del Peñon el famoso corsario Cara-Mustafá, gran inquietador de aquellas costas y mares, que se creia invencible y seguro al abrigo de aquella formidable fortaleza, situada entre el continente y el mar sobre una escarpada roca, defendida por la naturaleza y por el arte, con muros flanqueados de bastiones y guarnecidos de gruesas baterías. Mustafá, noticioso de la expedicion que contra él se preparaba, se habia provisto de bastimentos para un año, y aguardaba confiadamente, sin que por eso dejara de avisar al rey de Fez y pedirle que le ayudára contra los cristianos.

Tan pronto como estos desembarcaron, presentáronse multitud de moros montaraces sobre las sierras y montañas por cuya falda tenia que pasar el ejército cristiano para acercarse á la fortaleza. Prosiguió éste su marcha, mirándolos con desdeñosa serenidad, mas cuando se acercó al Peñon, parecíoles á muchos ofi-

ciales que era intento temerario el de tomar una fortaleza de tan singular asiento y que parecia inexpugnable. Tal vez por creerle así tambien el mismo Mustafá, habia salido con sus naves á correr la costa de Levante por no perder sus presas, dejando confiada la defensa del fuerte al renegado Ferret con doscientos turcos. Intimidáronse estos á la vista de las poderosas fuerzas cristianas, y el pánico se apoderó de ellos cuando vieron desmontados algunos de sus cañones y derribada una parte del fuerte por la artillería gruesa de las galeras españolas. El renegado Ferret huyó á tierra con la mayor parte de su gente, y con aviso de otro renegado albanés se acercó Juan Andrés Doria con doce soldados á la puerta del fuerte, que un alférez turco con tres moros les franquaron, pidiendo libertad para otros veintisiete que habian quedado (5 de setiembre, 1564). Entraron los aliados en el Peñon, donde hallaron veinticinco cañones con muchas municiones y vituallas, y don García de Toledo, dejada la competente guarnicion en el fuerte, y despedidas las flotas de Portugal y de Malta, dispuso el reembarque de las tropas, que fué trabajoso y costo muy reñidas escaramuzas con el xerife de Fez que habia llegado con gran chusma de moros. Al fin se reembarcó la gente, y llegaron todos á Málaga, donde fueron recibidos con grandes aclamaciones, y desde donde se dió al rey aviso de tan feliz suceso (1).

(1) Cabrera, Historia de Felipe II., lib. VI.—Bertot, Histoire des Chats-
TOMO XLII.

Nombrado don García de Toledo virrey de Sicilia en premio de esta conquista, partió para su destino, dejando en Córcega á Juan Andrés Doria con algunas banderas, otras en Génova con Estéfano Doria y don Lorenzo Suarez de Figueroa, y pagó y licenció las tropas alemanas. La conquista del Peñon de la Gome-
ra, tanto como llenó de alegría á las provincias meri-
dionales de España, inquietó y alarmó á las berberis-
cas, las cuales recurrieron al sultan suplicándole em-
prendiera arrojar de él y de todas las posesiones de
África á los españoles. Pero al propio tiempo le ins-
taban sus súbditos á que tomara venganza de los ca-
balleros de Malta, que en todas las empresas ayuda-
ban á los españoles. Soliman, aunque cargado ya de
años, no menos ambicioso que en su juventud, de-
terminó vengarse á un tiempo de la orden de Malta y
del rey de España. Indeciso algun tiempo sobre si di-
rigiria primero sus fuerzas á Malta ó á Sicilia, resol-
vió por último acometer primeramente aquel baluar-
te de los caballeros cristianos. Pero esta empresa por
las grandes proporciones que tomó, y no pertenecer
ya á las posesiones españolas de África, merece ser
referida separadamente.

*valiera de Malta.—Discurso de la
jornada que se ha hecho con las
galeras que adelante se expresa-
rán en este año de 1565 por man-
dato de la magestad del Rey de
España don Felipe II nuestro se-
ñor, siendo capitán general de la*

*mar el excelente señor don García
de Toledo.— Archivo del excelenti-
simo señor marqués de Santa Cruz,
núm. 15 del legajo 8.— Y en el to-
mo XIV. de la Colección de docu-
mentos inéditos.*

CAPÍTULO IV.

MALTA.

1565.

Memorable sitio de Malta por la armada ; ejército de Turquía.—Modi-
das de defensa del gran maestro de la orden La Valette.—Ataca
los turcos á San Telmo.—Defensa brillante de los caballeros de la
religion.—Carácter imperturbable y heroico del gran maestro.—
Hechos repetidos de heroismo.—Asaltos: resistencia vigorosa: con-
flicto: sacrificios sublimes.—Peligro de la isla.—Reclama el gran
maestro el socorro prometido de España.—Contestaciones del virrey
de Sicilia.—Dilaciones.—Conducta de Felipe II. en este negocio.—
Causas de la detencion del socorro de España.—Llega la armada
española á Malta.—Fuga y derrota de la escuadra y ejército otoma-
no.—Inmortalidad que alcanzó el gran maestro La Valette.—Temores
de nueva invasion por mayor ejército turco.—Se desvanecen.—Muerte
de Soliman II.

Para quedar desembarazados de las guerras que
por este tiempo movieron á España los infieles, y
con que distrajeron las fuerzas marítimas de este rei-
no vamos á dar cuenta del memorable sitio que con-
tra todo el poder del imperio otomano sufrió la isla
de Malta, que hizo inmortal el nombre del gran maes-
tre de los caballeros de aquella orden Juan Parisot de

La Valette, y del gran servicio que con su socorro hizo el rey Felipe II. á toda la cristiandad.

No atendió el viejo Soliman II. á las fuertes razones con que el anciano y experimentado Mahomet le aconsejaba que dirigiera sus fuerzas contra las posesiones españolas de Sicilia antes que contra Malta. En su deseo de vengarse de los caballeros de esta orden escuchó mejor á los adulares bajás que lisonjaban su pasión, y á las esclavas favoritas de su serallo, resentidas de los caballeros porque acababan de apresar un galeon en que iba la nodriza de su hija Roxelana. Resuelto pues á arrojar aquellos caballeros religiosos de la isla de Malta, como en otro tiempo los había arrojado de la de Rodas, mandó que con toda prontitud se armáran todas las galeras de su imperio; ordenó á sus vireyes de Argel y de Trípoli, Hassen y Dragut, que estuvieran dispuestos á unirse con sus corsarios á la armada turca; encomendó el mando de esta al almirante Pialy y el del ejército de tierra al veterano Mustafá-Baja, y les encargó que obráran de concierto con Dragut, el más experimentado y conocedor de aquellos mares. Cuando el gran maestro de Malta Juan Parisot de La Valette supo que todos aquellos formidables preparativos del turco iban dirigidos contra él y contra su religion, invocó el auxilio de los príncipes cristianos, y principalmente del pontífice y del rey de España.

Además de los motivos de agradecimiento que

Felipe II. tenía á los caballeros de Malta por los grandes servicios que habian hecho siempre á España en todas las guerras y empresas contra los turcos, conocia sobradamente que Malta era la salvaguardia de sus estados, y que perdida aquella isla peligraban mucho sus dominios de Africa y de Italia. Así pues, desde luego resolvió hacer los esfuerzos más vigorosos por defenderla, é inmediatamente dió orden de aparejar una armada, y escribió á sus vireyes y aliados de Italia que viesen de tener prontos veinte mil hombres de desembarco para el primer aviso. Lleno con esto de confianza el gran maestro, dióse á activar los preparativos para la defensa de la isla: formó compañías de todos los habitantes capaces de llevar armas; llamó todos los caballeros ausentes; reclutó en Italia dos mil hombres, y antes que llegara el enemigo pasó revista á setecientos caballeros y ocho mil quinientos soldados, comprendidos los españoles que le envió el virey de Sicilia. Distribuyó convenientemente la tropa cuidó del buen estado de las fortificaciones y almacenes, alentó á todos con enérgicas palabras, y esperó el venerable anciano con serenidad los acontecimientos.

No se hicieron estos esperar mucho. A mediados de mayo (1565) se presentó delante de Malta la armada turca, fuerte de doscientas naves y de cuarenta y cinco mil hombres, muchos de ellos genizaros, los soldados más terribles del imperio. Desembarca-

ron y se derramaron en la campaña de la isla, sembrando la muerte, la desolacion y el incendio, á fin de infundir desde luego el espanto y la consternacion. Sin embargo, el valeroso y hábil comendador Copier mostró bien no haberse dejado aterrar por la invasion, puesto que cayendo de improviso sobre los destacamentos turcos les mató mil y quinientos hombres, perdiendo él solos ochenta. Pero estas pérdidas, aunque pequeñas, podian perjudicar mucho á la defensa general, y así llamó el gran maestro á Copier, y dió orden para que todos permaneciesen en sus respectivos puestos. Determinó el general turco atacar el fuerte de San Telmo con una batería de cañones de grueso calibre, reemplazando las trincheras que la posicion no permitia hacer con parapetos de tablas y vigas fuertes, sostenidas con tierra mezclada de paja y juncos. El gobernador de San Telmo despachó al caballero La Cerda á decir al gran maestro que el fuerte no podria resistir más de una semana: «*¡Pues qué pérdida habeis sufrido, lo preguntó La Valette, para que tan pronto desespereis?—El castillo, respondió el mensajero, debe mirarse como un enfermo estenuado y sin fuerzas, que no puede sostenerse sino con remedios y socorros continuos.—Pues yo seré el médico, repuso el gran maestro; y llevaré conmigo otros, que si no pueden curaros el miedo, á lo menos sabrán impedir que los infieles se apoderen del castillo.*» Y ya estaba resuelto á ir él mismo con un cuerpo de su

confianza; cuán lo en fuerzas de las razones y las instancias de los demás caballeros para que no fuese de la ciudad donde tan necesaria era su presencia, accedió á enviar al caballero Medrano, que gozaba gran reputacion de valerosos, hábil y prudente.

Cuando comenzaban los turcos á conocer por las bajas de sus filas que el gobierno de San Telnio habia entrado en manos más enérgicas y vigorosas, bien que no sin ganar á su vez algunas ventajas, atribó á las aguas de Malta el terrible Dragut con trece galeras de Trípoli, llevando consigo otro famoso pirata llamado Uluch Ali, renegado calabrés, (junio, 1565). A los pocos días llegó también el virey de Argel, Hassén-Bajá, con ventiocho galeras bien provistas y municionadas, en que iban tres mil turcos renegados y genizaros llamados *los bravos de Argel*. Con este el sitio y combate del castillo se apretó de manera que no podían gozar un momento de reposo los cristianos, y una mañana al romper el día, hallándose estos vencidos del cansancio y tomados del sueño, se vieron sorprendidos por los turcos que montando los centinelas habían asaltado el rebelín. Muchos fueron degollados en la primera arremetida, pero puesta en armas la guarnicion, sostuvo un recio, prolongado y resistisimo combate desde el amanecer hasta el medio día, en que los cristianos perdieron tres caballeros de la orden y cien soldados; los infieles cerca de tres mil; lo cual obligó á Mustafá á enviar tropas frescas y á

reforzar los atrincheramientos, siendo cada vez mayor el aprieto de la escasa guarnicion.

De tal manera se veia esta apurada aun con el refuerzo que le envió La Valette, que acordó despachar al mismo Medrano para que representase al gran maestro que era imposible sostener ya al fuerte sino por algunos dias, y eso tal vez á costa de perecer toda la guarnicion. La mayor parte de los caballeros de la órden opinaban y aconsejaban á La Valette que se abandonara la fortaleza, y se empleara aquella gente con más provecho en defender los otros fuertes de la isla. Harto conocia el gran maestro la triste situacion de la plaza y la suerte infeliz que aguardaba á sus defensores. Pero penetrado tambien de que la conservacion de Mala y de la órden dependia de la duracion del sitio, guiado del principio de que en estremos casos por la salud de todo el cuerpo hay que hacer el sacrificio de dejar ampuntar un miembro, resuelto á emplear este remedio heróico • *Decid á los caballeros, le contestó á Medrano, que se acuerden de los votos que han hecho, de sacrificar su vida en defensa de la religion, que yo les enviaré socorros, y que irá yo mismo á morir con ellos antes que entregar el castillo á los infieles.* » Con esta respuesta algunos juraron sepultarse bajo las ruinas del fuerte antes que rendirle, pero los más volvieron á esponerle que si á la noche siguiente no les enviaba barcos para salir del castillo, tentarian ellos á salir espada en mano, resuel-

tos á morir todos á trueque de no sufrir otra muerte más ignominiosa, si eran tomados por asalto. «*Para morir con honra*, contestó el venerable y heroico maestro, *no basta hacerlo con las armas en la mano; es menester además el mérito de la obediencia: si abandonais el fuerte, no hay que esperar socorros del virrey, y tras la ignominia de abandonar vuestro puesto os vereis reducidos á más desesperada situación que la que queréis evitar.*»

Y con pretesto de examinar el estado del fuerte, pero con el verdadero fin de ir entreteniendo la guarnicion, envió tres comisionados para que le informasen. Hiciéronlo dos de ellos en sentido de que era imposible sostener por más tiempo el sitio. Mas el tercero, el principe griego Constantino Castrioto, opinó que aun no era la situacion tan desesperada, y en prueba de ello se ofreció á encerrarse en el castillo con las tropas que quisieran seguirle. Tan digna resolucion no dejó de encontrar imitadores, y animado con esto La Valette escribió á los del castillo que ya tenia nuevas tropas que le defendieran, y que ellos saldrian en los mismos barcos que las llevaran. «*Volved aquí, hermanos míos*, les decia, *y vos estareis más seguros y yo más tranquilo.*» Estas palabras entre dulces y amargas hirieron en lo más vivo el pundonor de aquellos caballeros, y suplicaren al gobernador Medrano intercediera con su superior para que les permitiese honrar con nueva conducta su pasada falta. Recibió La Va-

lette esta súplica por medio de un nadador correo; regocijóse en el fondo de su alma, pero fingiendo una firmeza que á él mismo le enternecía, respondió: «*Prefero un cuerpo de tropas nuevas á veteranos que no se someten á la disciplina militar.*» Acabó esta contestacion de comprometer la delicadeza de aquellos caballeros religiosos, y todos juraron morir en su puesto. Era lo que se habia propuesto conseguir el político y valeroso La Valette.

El sitio y los combates prosiguieron con una furia y una heroicidad increíbles, sin que á nadie arredrara la muerte de los compañeros que á todas horas veia caer delante ó al lado. Abochornado ya Mustafá de tanta resistencia, hizo jugar la artillería toda, y cuando tuvo arrasadas las murallas hasta su cimiento de roca viva, dispuso un asalto general (16 de julio), debiendo acercarse al propio tiempo Pialy con la armada á la fortaleza. Seis horas duró el ataque sin poder ganar los turcos un palmo de terreno, y Mustafá mandó tocar á retirada. Ordenó luego estender la línea para ver de incomunicar á los sitiados y batir al propio tiempo los castillos de San Miguel y Santángel. En esta operacion recibió una herida el famoso Dragut por cuyo consejo se hizo de la cual sucumbió á los pocos dias el antiguo gefe de piratas y terror de los cristianos. No uno sino cuatro asaltos volvió á dar Mustafá con su gente en un solo dia (21 de julio), y todos fueron rechazados por los malteses con una fir-

meza que raya en lo inverosímil é inaudito. Avisado el gran maestro por otro nadador de la situación extrema de los de San Telmo, despachó en su socorro muchas barcas con los que se ofrecieron voluntarios á arrostrar una muerte cierta. El auxilio fué infructuoso porque no pudieron forzar la línea de las naves enemigas. Viéndose infaliblemente perdidos los sitiados, preparáronse á morir cristianamente, recibieron los sacramentos, se abrazaron todos con ternura, y hasta los enfermos se hicieron conducir en andas á las brechas.

Imposible era ya resistir á otro asalto que dieron los turcos la mañana del 23 (julio); y sin embargo, aun peleó aquel puñado de valientes más de cuatro horas. Todos murieron heroicamente, excepto tres que se salvaron á nado. Las banderas otomanas se plantaron sobre escombros y sobre cadáveres. Cuando Mustafá reconoció el fuerte exclamó: «¿Qué no hará el padre, cuando el hijo que es tan pequeño nos ha costado nuestros más bravos soldados?» Esta admiración debió haberle inspirado siquiera algún respeto á los inanimados cuerpos de tan valientes enemigos, y no saziar, como lo hizo, su brutal venganza arrancán-¹ les los corazones y poniéndolos en cruz como en escarnio del símbolo de su fé. Indignado á la vista de tan bárbaro espectáculo el gran maestro, hizo degollar todos los prisioneros turcos, y cargando los cañones con sus cabozas como si fuese metralla,

las hizo arrojar al campo enemigo: «Que aprenda el bajá, decía, á hacer la guerra con menos ferocidad.» La defensa del castillo de San Telmo de Malta es una de aquellas en que ha llegado al más alto punto el heroísmo. Sesenta mil balas de cañon habian arrojado los turcos contra el fuerte.

Con esto y con cañonear despues simultáneamente el Burgo y el castillo de San Miguel, creyó Mustafá acabar de intimidar al gefe de aquella caballería religiosa, y le envió un mensajero intimándole se rindiese: «*Ved*, le dijo el imperturbable anciano La Valette al mohometano enseñándole el foso, *ved el único espacio que pensamos ceder á vuestro general para sepultura suya y de sus genizaros.*» Irritado el musulman con tan altiva respuesta, redobló con furia el fuego y los ataques. Mustafá con sus genizaros, y Hassen con sus *bravos de Argel*, no dejaron medio, ni esfuerzo, ni artificio que no empleáran para batir las fortalezas y reducir tan obstinada gente. Pero todo lo frustraba La Valette con su vigilancia, con su valor y con su prudencia. Combate hubo en que de cuatro mil infieles que acometieron por un lado, solo quedaron con vida quinientos, y estos heridos los más, sirviendo los otros para cubrir el puerto de armas rotas y de cuerpos despedazados. Rebosando ya de rabia el bajá, y temeroso de que llegáran los auxilios de España, que nunca creyó hubieran tardado tanto, resolvió emplear todas las fuerzas simultánea-

mente, las de mar al mando de Pialy contra la ciudad, las suyas y las del virey argelino contra el fuerte de San Miguel. El turco y el africano dirigieron los ataques á la fortaleza con personal arrojo, pero siempre sus guerreros fueron rechazados por los soldados de la religiosa caballería cristiana, saliendo denodadamente á las trincheras con espada en mano.

Algo más feliz el almirante Pialy, habia logrado dismantelar las obras exteriores de la ciudad, que defendia en persona el gran maestro de los cruzados, y abrir muy anchas brechas en los muros. En tal conflicto celebró consejo de la órden para deliberar lo que habria de hacerse. Los más opinaron que deberian trasladarse todos al castillo de Santangel, y conducir allí las reliquias de los Santos. Desaprobado por La Valette este dictámen como inconveniente, propusieronle otros que por lo menos retirara del peligro su persona, protestando que ellos sabrian defender la ciudad hasta morir. «No, hermanos míos, les respondió el respetable é imperlérrito anciano; aquí debemos vencer ó morir todos. ¿Podria yo a la edad de setenta y un años acabar mi vida mas gloriosamente que con mis hermanos y amigos en defensa de nuestra santa religion?» Y comenzó á dar las más activas y oportunas providencias, y aquella misma noche se levantaron parapetos y trincheras, y hasta fué atacada la guardia avanzada enemiga, que huyó

con precipitación creyendo que cargaba sobre ella toda la fuerza reunida de los cristianos.

Suponemos ya al lector impaciente por ver llegar el auxilio de España, como lo estarían los desgraciados malteses, y deseoso de saber si llegó y las causas que pudieron retrasarle tanto.

El rey don Felipe había encargado á don García de Toledo, el conquistador del Peñon, nombrado virey de Sicilia en reemplazo del duque de Medinaceli, el de la desgraciada expedición á los Gelbes, que espíara la armada turca y tuviera las galeras preparadas en Mesna, y escribió á sus aliados y feudatarios de Italia que levantáran tropas.

El gran maestro de Malta pedía al virey de Sicilia los prometidos socorros de España, y don García de Toledo se contentaba con enviarle cuatro galeras con cuatrocientos soldados y algunos caballeros de la religión y otros castellanos conducidos por don Juan de Cardona y el maestro de campo Robles. Cuando llegó Cardona á Malta, ya se había perdido el castillo de San Telmo. A las nuevas instancias que La Valette hacía á don García de Toledo para que le socorriese, respondía el virey que esperaba la incorporación de diez mil italianos y completar las noventa galeras que el rey le había prometido, con mandamiento de no aventurarlas. El genovés Juan Andrea Doria, el italiano Pompeyo Colona y otros caudillos de la armada, pedían los dejara ir con algunas gale-

ras y compañías en socorro de los malteses aventurando sus personas, pero á todo oponia el virey obstáculos y entorpecimientos. Y el auxilio se diferia, mientras los turcos estrechaban de cada dia más á los esforzados caballeros de la orden. Arrostrando no pocos peligros logró La Valette despachar otro correo al virey de Sicilia avisándole la situacion angustiosa en que se hallaba, y la respuesta del virey fué que estuviera cierto de que le socorreria conforme el rey le tenia mandado, en cuanto llegáran los de Toscana, y que no le maravillára tanta dilacion teniendo él que obrar por las órdenes que de España recibiese ⁽¹⁾.

¿Podrá creerse, en vista del comportamiento del monarca español y de su virey en Sicilia, que Felipe disfrutara calculadamente el socorro, como opinaban algunos historiadores ⁽²⁾, no queriendo arriesgar su armada hasta poder atacar con ventaja segura la de los turcos, cuando viera á éstos debilitados de resultados del sitio? Y en este caso, si como politico obró con prudencia y como convenia al provecho propio, ¿correspondia á la generosidad con que los caballeros de Malta se habian sacrificado siempre en las empresas de los monarcas españoles, y á lo que demandaba la causa de la cristiandad, espuesta á perder su más

(1) Sobre las repetidas reclamaciones del gran maestro La Valette, las contestaciones dilatorias del virey de Sicilia, y la conducta del rey don Felipe en este negocio, pueden verse los capítulos 21,

24, 25 y 27 del libro VI. de la Historia de Felipe II., por don Luis de Cabrera.

(2) Véase Watson, Historia del reinado de Felipe II., lib. VI.

fuerte y precioso baluarte, pendiente solo acaso de la vida del gran maestro, que de milagro parecia se salvaba de tantos y tan diarios peligros? No es tanto de sentir el cargo que sobre esto puedan hacerlo escritores extranjeros que no le son adictos, como el que se trasluce y desprende del relato de historiadores españoles que le eran aficionados.

Nunca, sin embargo, habia desconfiado el gran maestro de que dejara de socorrerle, más ó menos tarde ó temprano, la armada española. De aquí haber cifrado su salvacion en prolongar todo lo posible la defensa de la isla. Al fin divisaron los sitiados con júbilo las naves de España conducidas por el famoso defensor del castillo de los Gelves don Alvaro de Sande, Ascanio de la Corgne, Vicencio Vitelli y otros buenos capitanes de mar, con seis mil soldados españoles, tres mil italianos y mil y quinientos aventureros de ambas naciones (5 de setiembre, 1565). Volviese don García á Sicilia para embarcar la demás gente que allá quedaba, pero no fué menester. Engañado Mustafá sobre el número de las galeras, y creyendo tener sobre sí toda la fuerza marítima de España, levantó precipitada y aturdidamente el sitio, retirando la guarnicion de San Telmo, y abandonando la artillería gruesa. Dos veces cayó su caballo, como si participara de la consternacion de su dueño. Atropellábanse con el miedo los turcos, y caian muchos al mar ó se dejaban acuchillar por los españoles, y hu-

bieran perecido muchos más si Pialy no hubiera tenido tan prontas las galeras para recibirlos. Antes de alejarse los turcos vieron tremolar las banderas de la orden de Malta sobre el castillo de San Télmo, donde poco antes habían ondeado los estandartes de Soliman. Cuando Mustafá supo que no pasaban de seis mil los soldados españoles que le habían atacado, mesábase las barbas de pensar en su afrenta, y juraba que no tardaría en volver con mayor poder á acabar de destruir á Malta.

Tal fué el feliz remate que tuvo para la cristiandad el famoso y memorable sitio de la isla de Malta, que hizo celebre en el mundo y eternizó en la historia el nombre del gran maestro Juan Parisot de La Valette. De los cuarenta y cinco mil mahometanos que vinieron á combatir una estéril roca solo volvieron catorce mil, estropeados y llenos de ignominia. El terrible Dragut encontró allí su sepultura, y los nombres de Pialy, de Mustafá y de Hassen, que se pronunciaban ó con respeto ó con espanto en Europa y en Africa, perdieron su prestigio en las áridas riberas de una isla. Todas las naciones de la cristiandad celebraron este suceso con regocijo, y el rey de España, el más interesado en el triunfo, envió un mensaje espreso á La Valette para felicitarle por su triunfo, y le regaló una espada y un alfange con puño de oro macizo guarnecido de diamantes, en testimonio de su admiracion y de su aprecio, obligándose además á pa-

garle cierta cantidad anual para ayuda de reparar las fortificaciones destruidas ⁽¹⁾.

Sentido el turco Solimán de esta desgracia, y como supiese las disposiciones de defensa y resistencia que tomaban el gran maestro, el rey don Felipe, el virrey de Sicilia, el de Nápoles y todos los príncipes de Italia, él también quiso hacer otra grande esfuerzo, y se propuso juntar hasta quinientas ve- las mayores y menores con ochenta mil combatien- tes, para lo cual puso en contribucion todos sus seño- ríos y ciudades de Asia, África y Europa. Pero suce- sos posteriores hicieron que todo aquel formidable aparato fuera á descargar á Hungría, donde acabó su larga vida el anciano Soliman II., terrible y poderoso enemigo de la cristiandad, mientras sus tropas asola- ban aquel reino, quedando entretanto acá Felipe II. desembarazado y libre para atender á otros cuidados, que no eran pocos ni pequeños.

(1) Baudouin, Historia de Mal- ta.—Veriot, Historia del orden de Malta.—Cabrera, Historia de Fel- pe II., lib. VI.

Entre las obras que hizo el gran maestro despues que se vió libre

de los enemigos, fué una ciudad y puerto en la costa septentrional de la isla, que aun conserva el nom- bre de La Valette, su glorioso fun- dador.

CAPÍTULO V.

RENTAS DEL ESTADO. — CÓRTES.

LOS HUGONOTES.—CONCILIO DE TRENTO.

de 1560 a 1566.

Situación económica del reino.—El dinero que vendía cada año de la-
diaz.—Déficit en las rentas.—Gastos de la casa real.—Remedios que
proponía el Consejo de Hacienda.—Venta de vasallos.—Pronunciada
opinión del reino contra la amortización eclesiástica.—Lo que sobre
ello se proponía en todas las Cortes.—Lo que respondía el rey.—Erro-
res económicos, leyes suntuarias, pragmática de los trages.—Cortes
de Aragón.—Petición contra los agnadores.—Felipe II. y los protes-
tantes de Francia.—Lastimosa situación de aquel reino.—Guerras ci-
viles y religiosas.—Los hugonotes.—La reina Catalina, los Guisas: los
Borbones, Condé.—El tormento de Amboise.—Matanzas horribles.—
Auxilios de Felipe de España á los católicos.—El edicto de Amboise.
—Entrevista de las reinas de Francia y España en Bayona.—Nueva
convocación del concilio de Trento.—Parte principal que en él tuvo
Felipe II.—Graves disputas entre Felipe y el papa Pio IV.—Firmata
de carácter de los embajadores y obispos españoles.—Número de pre-
lados que asistieron al concilio.—Decretos sobre dogmas, disciplina y
reforma.—Terminación del concilio.—Cómo fué recibido en cada na-
ción.—Cédula de Felipe II. mandándole guardar y observar.—Lo que
se debió á los reyes de España relativamente al concilio.—Eminentes
prelados, teólogos y varones españoles que á él asistieron.

Hablando en el capítulo II. acerca de la situación
económica del reino, de las necesidades y apuros del

do en este reinado, podemos afirmar por los datos oficiales que nos dejó el contador mayor del Consejo de Indias, que percibía S.-M. anualmente de aquellas colonias más de 150 cuentos de maravedís, ó sea 1.203,233 ducados, de á 375 maravedís el ducado ⁽¹⁾. Suma cuantiosa, atendido el valor monetario y los precios de las cosas en aquel tiempo.

Aun así continuaban no alcanzando las rentas ordinarias y estraordinarias á cubrir los gastos del Estado y de la real casa. Por las relaciones y cuentas que tenemos á la vista, se ve que á pesar de las remesas de Indias y de los impuestos y arbitrios estraordinarios, resultaba cada año un déficit considerable

(1) «Montan lo que pueden rentar, y al presente rentan á S. M. todas las Indias en un año de las rentas que al presente tienen en ellas, que son: quintos del oro y plata que se funde, y tributos de los pueblos que están en su real corona, y derechos de almojarifazgo que se cobran en los puertos, y derechos de fundidor y marcador mayor, y penas que se aplican á su real cámara, 1.002,691 pesos, 3 tomines y 11 granos, que contados á 450 mrs. cada peso, valen 451 212,031 mrs., que montan, reducidos á ducados de 375 maravedís cada uno, 1.203,233 ducados, y 336 mrs. La cual cuenta, como aquí se contiene, saqué yo el dicho Antonio de Villegas por mandado de los señores del Consejo de Indias en Toledo á 11 días del mes de julio de 1562 años, y va escrita en nueve pliegos de papel heradado, con esta

en que va esta resolución, que todos van señalados de mi señal. Esto es sin reducir á dinero los marcos de perlas ni la cera que van puestos en esta cuenta.—Antonio de Villegas.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 130

Las provincias de Indias en que S. M. tenía hacienda, eran las siguientes: Nueva España — Nueva Galicia — Yucatán y Cozumel. — Guatemala. — Honduras. — Nicaragua — Tierra firme, llamada Castilla del Oro. — Cartagena. — Santa Marta y Nuevo Reino de Granada. — Popayan. — Río de la Plata. — San Francisco y Sancti Spiritus del Brasil. — Venezuela. — Pesquería de las Perlas. — Provincia del Perú lo que toca á la Nueva Castilla. — Nuevo reino de Toledo en el Perú. — Chile. — Isla Española. — Isla de Cuba. — Isla de San Juan de Puerto Rico. — Isla de la Margarita. Archivo de Simancas, ibid

entre los gastos y los ingresos. En vez de procurar al rey, si era tan prudente, la conveniente nivelación por medio de una justa y bien entendida economía, comenzando por moderar los gastos de su casa, íbase acrecentando cada año la despesa, que entonces se decía, ordinaria y extraordinaria de S. M. La consignación para los gastos de la reina, que en 1560 era de 60.000 ducados, la hallamos en 1562 aumentada á 80.000; la del príncipe había subido de 32 á 50.000, y al mismo respecto la de don Juan de Austria. De modo que con lo que se asignaba al rey y á la princesa montaba la despesa de la casa real en 1562 la suma de 415.000 ducados, ó sea mas de 156.000.000 de maravedís; que en unos tiempos en que se valuaba la fanega de trigo de rentas á 160 ó 200 maravedís, ⁽¹⁾ y en que los oidores de las dos chancillerías del reino gozaban el mezquino sueldo de 400 ducados ⁽²⁾, supone una espantosa desigualdad, que no sería tanta, si como le decía al rey su contador mayor. «S. M. fuese servido que se asentasen las casas al modo de Castilla,» y no al de Borgoña como lo estaban. Así no era extraño que se debieran en dicho año á la real casa cerca de 54.000.000 de maravedís ⁽³⁾.

(1) Memorial del Consejo de Hacienda en 1563.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 143.

(2), Exposición de la chancillería de Granada á S. M.—Archí-

vo de Simancas, Estado, leg. 120.

(3) Tenemos á la vista para las proposiciones que aquí asentamos además de los anteriormente citados, los documentos siguientes:

Por lo mismo tampoco tiene maravilla que el Consejo de Hacienda, si no veia disposición á adoptar remedios económicos, siguiera el sistema que vino en el capítulo II. de proponer arbitrios extraordinarios, tal como el de la venta de vasallos y jurisdicciones, fundando la necesidad de la medida en razones tan trísticas como las siguientes: «Ya vió V. M. la relación del dinero que es menester para cumplir y proveer los gastos de este año de 1562, y cuán forzosos son, y las consignaciones que hay para ello: presupuesto esto, y que las cosas del crédito están de manera que sobre él no hay que hacer fundamento cierto que se pueda hallar ningún dinero, ni aun sobre las consignaciones que hay, por ser pocas, y algunas de ellas inciertas, y que en cualquier caso ha de salir á V. M. muy caro negociar con mercaderes, y que los intereses consumirán mucho ya que quisiesen proveerle, lo cual depende de muchas incertidumbres; se ha mirado y platicado en la forma y traza que se podría tener para el remedio de esto, y pareció que conviene mirar y prevenir con tiempo.

«Relación de lo que debe V. M. á su casa de lo pasado, y de lo que ha menester de aquí adelante para el entretenimiento de ella, y las de la reina Nuestra Señora principal y don Juan de Austria y otros oficiales y gastos que se ofrecen entre años.» Archivo de Simancas, Estado, leg. 117 — «Relación de los gastos de la reina Nuestra Señora. Años 1561 y 62.»—Ibid., le-

gajo 140.—«Cuenta de lo que monta la despesa ordinaria y extraordinaria de S. M.» Ibid., legajo 142. —«Copia de párrafos de cuenta de las rentas del reino y deudas. Relación de todas las haciendas de V. M., etc.» Ibid., legajo 142. —«Gastos ordinarios de 1562, y como se apuntan para desde el año en adelante.» Ibid., legajo 142.

antes que apriete más la necesidad, de donde y cómo
se ha de buscar y proveer lo que falta; y el medio
que se halla más conveniente y menos dañoso para
la hacienda de V. M. es que se vendan algunos va-
sallos con su jurisdiccion, alcabalas y rentas, y que
para facilitar las ventas y atraer á ellas á los com-
pradores con más brevedad, se hiciese alguna mo-
deracion y baja en el precio de esto de vasallos; por-
que de otra manera se duda que haya quien quiera
comprar, especialmente habiendo de gozar los pue-
blos que se vendieren del encabezamiento por los
quince años de esta prorogacion, que en todos ellos
no pueden los compradores tener ni esperar ningun
crecimiento en las alcabalas, que esta esperanza es la
que hace comprar á muchos; y demas de esto hay
juros de á 10 y á 14 y otros precios que vender, y
los que lo tienen hacen comodidades á los compra-
dores. Por todas estas causas, y para poder haber
con brevedad el dinero, se tenia por conveniente
esto de la moderacion, y de la manera que se ha
platicado y parece se podria hacer es la siguien-
te hasta en cantidad de 700,000 ducados.* Pone
la rebaja de los precios y añade: «Y para que
V. M. pueda sacar 500,000 ducados de contado se
ha de presuponer que es menester vender valor
de 700,000, por razon de los juros que estarán
vendidos y situados en los lugares que se vendie-
ren, que se han de descontar del precio de ellos,

«y recibirse tanto menos dinero como aquello mon-
«tare.... (1)»

En cambio de esto las Cortes del reino, siempre que se reunían, y á pesar del abatimiento en que el rey procuraba tenerlas, desatendiendo la mayor parte de sus peticiones, levantaban su voz esponiendo los daños de estas ventas de hidalguías, jurisdicciones y vasallos. A juzgar también por el espíritu y por la letra de los capítulos de las que se celebraron en Madrid en 1563, no es aventurado decir que en la opinión general del pueblo, una de las causas más poderosas de su empobrecimiento y de la baja y disminución de la renta del Estado, consistía en la acumulación de bienes en manos muertas, y en la riqueza excesiva que había ido adquiriendo el clero. Al menos este era el clamor continuo de los procuradores, que en ello no hacían sino obrar con arreglo á las instrucciones que espresamente sus ciudades les daban. Sin retroceder más atrás de este siglo ya en las Cortes de Valladolid de 1523 habían dicho los diputados «Otro-
«sí, que segun lo que compran las iglesias y mones-
«terios donaciones y mandas que se les hacen, en
«pocos años podrá ser suya la más hacienda del rei-
«no: suplicamos á V. M. que se dé orden que, si mo-
«nester fuere, se suplique á nuestro muy sancto pa-
«dre como las haciendas y patrimonios y bienes rai-

(1) Memorial sobre la venta de Estado, legajo 142, vasallos. Archivo de Simancas.

«res no se enagenen á iglesias ni á monesterios, y que
 «ninguno no se las pueda vender, y si por título lu-
 «crativo las ovieren, se las ponga término en que las
 «vendan á legos y seglares ⁽¹⁾.»

«Porque por experiencia se vee, dijeron en las de
 «Segovia de 1532, que las iglesias y monesterios y
 «personas eclesiásticas cada día compran muchos he-
 «reduamientos, de cuya causa el patrimonio de los le-
 «gos se va disminuyendo, y se espera que si así va,
 «muy brevemente será todo suyo....» y concluían
 haciendo la misma petición que las de Valladolid ⁽²⁾.

«Otro sí, decían las de Madrid de 1534, se dé ór-
 «den cómo las iglesias y monesterios no compren bie-
 «nes raíces.» Y pedían á S. M. mandara guardar la
 ley séptima que hizo el rey don Juan, de gloriosa
 memoria, que estaba en el Ordenamiento ⁽³⁾. «Otro-
 «sí, habían dicho en las mismas Cortes, que V. M. ha-
 «ya bula de Su Santidad para que las iglesias y mo-
 «nesterios destes reinos y casas de religion, de cual-
 «quier regla ó religion que sean, que pues están tan
 «ricamente doctadas, que de aquí adelante los bienes
 «raíces que heredaren, se haya breve de S. S. para
 «que dentro de un año los vendan á seglares ⁽⁴⁾.»

Estos capítulos de Cortes anteriores á que parece
 que el emperador no había respondido, los reprodu-

(1) Cortes de Valladolid de 1523,
 petición 43.^a

(2) Cortes de Segovia de 1532,
 petición 61.^a

(3) Cortes de Madrid de 1534,
 petición 9.^a

(4) Las mismas Cortes, peti-
 ción 21.^a

jeron las Cortes de 1563 á su hijo Felipe II. para que les respondiese. Y además dijeron de nuevo los procuradores lo siguiente: «Y porque se vee notablemente los muchos bienes raicos que han entrado y cada dia entran en las iglesias y monesterios, así por donaciones y compras, como por herencias y subcesiones; y los pechos y servicios que sobre los dichos bienes se repartian, se han de cargar forzosamente á los otros que tienen los vecinos pecheros nuestros súbditos y naturales, los cuales ya no pueden comportar ni sufrir tan grande carga, si por V. M. no se remedia (1). Pedimos y suplicamos que

(1) La proporcion numérica en que estaban los hidalgos y pecheros en las provincias de Castilla, segun el censo que se hizo en 1541 para el repartimiento del servicio era el siguiente.

Provincias.	Pecheros.	Hidalgos.
Burgos	50,947	12,737
Leon	29,680	29,090
Granada	38,317	3,483
Sevilla	74,176	6,181
Córdoba	31,733	2,644
Murcia	17,976	1,284
Jaen	32,316	2,821
Zamora	75,500	10,778
Toro	37,482	3,748
Avila	28,321	2,832
Soria	29,783	2,978
Salamanca	122,880	10,240
Segovia	31,542	2,233
Cuenca	30,777	2,364
Guadalajara	24,238	2,019
Valladolid	38,943	4,865
Madrid	12,288	1,024
Toledo	74,730	6,927
Total: pecheros	781,583	
hidalgos		108,358

Archivo de Simanzas, Contadurias generales, leg. 2,873.

Se supone que con las ventas de hidalguías ordenadas por Fel-

«á lo menos esto se mande effectuar con brevedad en
 «quanto á las iglesias cathedrales y colegiales y mo-
 «nesterios de frailes, mandando á los del vuestro
 «consejo que entretanto que de Roma se trae la con-
 «firmacion dello, den provisiones mandando á las di-
 «chas iglesias cathedrales y colegiales y monesterios
 «de frailes que no compren bienes raices; y si en al-
 «guna manera los tuvieren, los vendan dentro de un
 «año; y si no lo hicieren, que luego las justicias tas-
 «sen los tales bienes, y les hagan dar y pagar el pres-
 «cio; y los concejos se encarguen de vender los di-
 «chos bienes en las personas que quisieren com-
 «prarlos ⁽¹⁾.»

Verdad es que así á esta como á las petición-
 nes de igual indole de las Cortes anteriores, repro-
 ducidas en las de este año de 63, por no haber sido
 antes contestadas, á todas dió el rey Felipe II. una
 misma respuesta, á saber: «A esto vos respon-
 «do que no conviene que por agora se haga no-
 vedad.»

Así como en este punto de la desamortizacion ecle-
 siástica andaban por lo comun desacordes el pueblo
 y el rey, y era lucha que se venia sosteniendo cons-
 tantemente de siglos atrás, aunábanse bien el monar-
 ca y las Cortes en otras materias, que estas pedían y

pe II., fué aumentando bastante
 el número de hidalgos y disminu-
 yendo el de pecheros.

(1) Cortes de Madrid de 1563,
 petición 103.

aquel otorgaba con la mejor intencion, y que sin embargo, eran otros tantos errores económicos, tales como las ordenanzas represivas del comercio, y las leyes sumptuarias; las que tenian por objeto prohibir la estraccion del oro, plata y vellon, de los ganados y cereales, de los artefactos y demás productos de la industria ó del suelo; y las que se encaminaban á reprimir ó moderar el lujo en los trenes y menage, en los trages y en los banquetes. Mas bien como muestra de las ideas y costumbres de aquel tiempo, que como medidas que produjeran el fin que se deseaba, merecen citarse las peticiones de estas Córtes en materia de banquetes y de trages. Quejábanse de los excesivos gastos que los grandes y nobles hacian en sus mesas, y de los desórdenes que pasaban en sus comidas, y para evitarlos y moralizar estas reuniones decian al rey, que una de las cosas mas importantes y que convendria más proveer seria, «que en ninguna mesa, de cualquier calidad que fuese, no pudiese haber mas de dos frutas de principio y dos de fin. «y cuatro platos cada uno de su manjar, y que de allí no se excediese (1).»

Consecuencia de lo que estas mismas Córtes le expusieron acerca de los perjuicios y daños del immoderado lujo en el vestir fué una de las famosas pragmáticas sobre trages, que espidió este año el rey

(1) Córtes de Madrid de 1563, peticion 39.ª

Felipe II. (25 de octubre, 1563). «Saber, decía
«en su preámbulo el monarca, que en las Cortes de
«Madrid de este presente año los procuradores del
«reino que á ellas vinieron entre otras cosas, nos pi-
«dieron y suplicaron con justicia fuese servido de
«poner remedio, y proveer cerca del exceso y desór-
«den que en lo de los trages y vestidos en nuestros
«reinos avia; el cual avia venido á ser tan grande,
«que los nuestros súbditos y naturales en los dichos
«trages y vestidos y invenciones y nuevos usos y he-
«churas consumian sus haciendas, y muchos dellos
«estaban consumidos y destruidos; y demás del daño
«de las haciendas se seguian de esto otros muchos y
«graves inconvenientes.... » Y procedia á dictar las
medidas que creia conducir al remedio del abuso que
se lamentaba ⁽¹⁾.

Espidió el rey esta pragmática en Monzon, donde
habia ido á celebrar Cortes generales de aragoneses.

(1) Copiaremos solo los dos pri-
meros artículos de esta pragmática,
como muestra de lo que eran
esta clase de ordenamientos.

«Primeramente mandamos que
ninguna persona, hombre ni mu-
ger, de cualquier calidad, condi-
ción y preeminencia que sea, no
pueda usar ni vestir ningún gé-
nero de brucado, ni de tela de
oro, ni de tela de plata, ni en
ropa suelta, ni en alforro, en ju-
bon, ni en calzas, ni en guai-
drapo, ni en guarnición de mu-
cha, ni de caballo, ni en otra ma-
nera, y que esto se entienda así
asimismo en telas y tejidos de oro y

plata falsas, y en telas y tejidos
barreados y tejidos en que haya
oro ó plata aunque sea falso.

«Así mismo mandamos que
ninguna persona... no pueda
traer ni traer en ropa ni en ves-
tido, ni en calzas ni en jubon....
ningun género de bordado ni re-
camado, ni gandupado, ni enluc-
chado, ni chapeta de oro ni de
plata, ni de oro de cañutillo, ni
de marfillo, ni ningún género de
trenas, ni cordón, ni cordoncillo,
ni franja, ni pasamano, ni pes-
punte, ni perfil de oro, ni plata,
ni seda, ni otra cosa, aunque el
dicho oro y plata sean falsos.»

y desde cuyo punto y con la propia fecha confirmó y mandó ejecutar lo deliberado en las de Castilla. En aquellas Cortes, bien que algo turbulentas, obtuvo el rey por una sola vez un servicio de 254,000 libras jaquesas. Por una de sus peticiones se vé cómo los inquisidores iban usurpando jurisdiccion y conociendo en delitos que no eran de heregia; usurpacion contra la cual reclamaban con su acostumbrado celo los aragoneses, y en la cual suplicaban al rey pusiese remedio ⁽¹⁾.

Ya que Felipe II. con los rigores de la Inquisicion y los autos de fé habia logrado abogar en España la doctrina de la reforma protestante que tanto vuelo habia ido tomando en Europa, dábañe que hacer en este tiempo los reformistas de otras naciones, tomando una parte muy principal en las luchas religiosas, ya en Roma y en Trento, donde de nuevo se habia congregado el concilio, como veremos luego, ya en los Países Bajos, donde comenzaban á rebelársele los más poderosos de sus súbditos y amenazaba una guerra de independencia y de religion.

(1) «Y porque los inquisidores (decían) en muchas causas y negocios han puesto la mano fuera de los dichos casos (de heregia), y de lo que en virtud de la comision apostolica deben conocer, con mucho daño y agravio de los regnicolas deste reino, verdaderos cristianos y fidelísimos vasallos de V. M., y como á V. M. toque amparar sus vasallos, para que no se les haga agravio por locos algunos;

los cuatro brazos del reino de Aragon humilmente suplican á V. M. sea servido proveer en esto de suerte que semejantes agravios ni otros algunos se hagan á los de este reino por los inquisidores que hoy son, ni los que de aquí adelante fueren.»

El rey dió por toda respuesta, que lo hablaría con el inquisidor general.

lo cual trataremos separadamente, ya en Francia, donde una contienda á un tiempo religiosa y política estaba produciendo sangrientos disturbios, y habia sido invocado el auxilio del rey de España como gran protector de los católicos.

Un drama trágico que por espacio de un tercio de siglo habia de inundar la Francia de sangre, se habia inaugurado en el reinado del joven Francisco II., hermano de la reina de España, príncipe tan débil de espíritu como de cuerpo. Su madre, la reina Catalina de Médicis, quiso cobrar entonces una influencia en el gobierno que en vano habia intentado adquirir en veinte y seis años de matrimonio con Enrique II. Pero no podia evitar que se apoderáran del influjo y del gobierno los miembros de la ilustre casa de Lorena, el cardenal y el duque de Guisa su hermano, tios de la reina María Stuard, la esposa de Francisco II. Estos eran católicos, y el de Guisa era además el general más acreditado y de más prestigio en Francia. Temiendo, sin embargo, la reina madre que quisieran subyugarla con su preponderancia los de Lorena, procuraron disimuladamente suscitarle rivales, y en lugar de vengar antiguos agravios recibidos del viejo condestable Montmorency, le guardó ciertas consideraciones, ya por él, ya por sus tres sobrinos el cardenal de Chatillon, el almirante Coligny y Dandelot, todos tres más ó menos adictos á la reforma. El poder de los de Lorena, de los cuales el cardenal fué

nombrado superintendente general de la hacienda, el de Guisa lugarteniente general del reino, excitó el resentimiento de los príncipes de la sangre, á saber, el cardenal de Borbon, Antonio, duque de Vendôme, que continuaba titulándose rey de Navarra por su enlace con Juana de Albret, y el príncipe de Condé, á los cuales se agregaban el duque de Montpensier y el príncipe de la Roche-sur-Yon. Para alejar los de Lorena á los Borbones de Francia los comisionaron para acompañar en su viage á España á la princesa Isabel, muger de Felipe II. (1559).

Un edicto de los Guisas que afectaba á los intereses de la nobleza, y alejaba bruscamente de la corte á los que iban á reclamar créditos ó á solicitar mercedes del nuevo monarca, produjo general descontento, y aun indignacion contra los Guisas, y muchos nobles se unieron á los protestantes franceses, los más de ellos calvinistas, pero comprendidos todos bajo el nombre generico de *Hugonots* ⁽¹⁾, que perseguidos por los católicos, conspiraban contra el de Guisa y su hermano, á quienes hacian autores de las persecuciones y de los suplicios. Unidos todos, nobles y protestantes,

(1) Los franceses mismos no están seguros, y mucho menos acordados sobre el origen y derivacion de la palabra *Hugonots* con que se designó en Francia á todos los no católicos, fuesen luteranos, calvinistas á otros cualesquiera hereges ó reformadores. Unos quieren que viniera de *Gérous de Hus*, imitadores (*mones*) de Juan de Hus; otros

de *Haps Caselo*, de quien se decian descendientes; otros que de *Eldamosen*, aliados en la fe; otros que de *Huc nos*, etc. Pasquier ha dedicado un capítulo entero de sus *Recherches sur la France* á este objeto, y sin embargo, ni es cosa averiguada, ni importa tampoco á nuestro propósito.

contra los tíos maternos del rey, aunque con diferentes fines, y tomando por jefe al príncipe de Condé, conjuráronse para atacar con las armas y apoderarse del castillo de Amboise, donde por precaucion habia sido llevado el rey. El famoso *tumulto de Amboise* fué vencido y deshecho por los guardadores del rey y del castillo, y la sangre de los hugonotes comenzó á correr á torrentes en los campos y en los patibulos (1560). El príncipe de Condé, jefe secreto (*le capitaine muet*) de la conjuracion de Amboise, supo sincerarse delante del rey. El de Guisa se empeñaba en establecer la Inquisicion en Francia, mientras Coligny y los demás sobrinos del condestable trabajaban para que la reina Catalina favoreciera á los hugonotes.

Congregalos en Orleans los estados generales, á instancias de Coligny y otros notables reunidos en asamblea en Fontainebleau, los Guisas, que contaban con una mayoría católica en los estados y en el reino, prepararon la prision de los dos príncipes Borbones, á saber, el rey de Navarra y Condé: de este último se sabia ya que era el jefe secreto de la conjuracion de Amboise. Ambos fueron arrestados á su entrada en Orleans, y sin duda el tribunal encargado de fallar el proceso de Condé hubiera sentenciado á muerte al descendiente de San Luis si en este intermedio no hubiera ocurrido la muerte del joven rey Francisco II. (5 de diciembre, 1560), segun unos de enfermedad,

según otros de veneno. Esto salvó á los Borbonés; el duque de Vendôme, rey de Navarra, fué puesto en libertad; Condé fué trasladado á La Fère, en los estados de su hermano, lo que equivalía á un sobresiimiento. No convenia á la reina Catalina dejar que triunfaran por completo los Guisas.

Bajo Carlos IX., niño de diez años y medio, que sucedió á su hermano Francisco II., alcanzó su madre Catalina de Médicis todo el influjo que deseara. Sin ser regente del reino, ejercia de hecho toda la autoridad, que era lo que apetecia. Sin convicciones propias, ni en política ni en religion, ni interesada por los católicos, ni amiga de los protestantes, su sistema era mandar á toda costa sin reparar en los medios, sistema de válvula y de equilibrio, de favorecer y abatir alternativamente los partidos para no dejar prevalecer ninguno y seguir mandando. Uno de sus medios fué rodearse de multitud de bellas damas de honor, hasta el número de ciento cincuenta, cuya influencia amorosa sabia emplear con sagacidad en el sentido que le convenia (1). Así, el reinado de Car-

(1) «Sus costumbres no eran absolutas, dice un historiador francés, pero su corazón rebosaba aquella corrupción italiana, que no cesa ante ningún medio con tal que lleve al fin.»—Saint-Prosper Aimé, Hist. de France, Charles IX. —Catalina era italiana, dice otro historiador francés, hija de una familia de merrade, es... estaba acostumbrada á las tormentas popula-

res, á las facciones, á las intrigas, á los envenenamientos, y á las perfaladas... Era incrédula y supersticiosa como los italianos de su tiempo: en calidad de incrédula, no profesaba odio alguno á los protestantes, é hizo los asesinar por política... Chateaubriand, Estudios históricos, tomo III.—Así la juzgan los demás.

los IX comenzó por una tregua entre los partidos. El príncipe de Condé se presentó altivamente al consejo del rey en Fontainebleau, y fué declarado inocente. El condestable, los Borbones y Coligny pedían á la reina el destierro de los Guisas: este era un partido extremo á que Catalina no podía acceder. Por último, se forma un triunvirato compuesto del duque de Guisa, del condestable Montmorency y del mariscal de Saint-André (1564). El consejo de Estado acuerda cometer á los obispos el conocimiento del crimen de heregía, y se derretan penas contra los que asistieran al culto protestante: Coligny y sus hermanos reclaman contra este acuerdo, y amenaza una guerra civil, que deja de estallar por la repentina, aunque simulada reconciliación del duque de Guisa, jefe de los católicos, y el príncipe de Condé, jefe de los hugonotes. Celebran católicos y hereges una especie de duelo teológico, en el llamado *Coloquio de Poissy*, en que pronunciaron largos y enérgicos discursos, el cardenal de Lorena en favor de aquellos, en favor de estos el célebre Teodoro de Beza, pero se separan sin ponerse de acuerdo en un solo punto.

Por más que la reina Catalina ponía en juego toda su habilidad para sostener el equilibrio entre católicos y protestantes, las pasiones de partido y el fervor religioso prevalecían sobre sus artificios políticos, y llegó el caso de insultarse unos á otros en las iglesias de París en el acto de celebrar los oficios, de inter-

rumpirse mútua y violentamente el culto, de venir á las manos dentro de los templos mismos, de asesinarsé con rudo furor, de poner en consternacion la capital, de encenderse la guerra en otras poblaciones, y de perecer muchos hugonotes, que eran los menos, en las hogueras y en los suplicios. Temiendo, no obstante, el clero católico francés que la reina madre, de quien ya no se fiaba, se declarára por los hereges, discurrió buscar su apoyo en el rey Felipe II. de España, como el más celoso y resuelto defensor del catolicismo, á cuyo efecto le envió un embajador, que tuvo la desgracia de ser detenido. Pero ya Felipe se habia anticipado á manifestar á los embajadores de la reina de Francia su suegra, en Madrid, que estaba resuelto á sacrificar sus haciendas y hasta su vida por detener el contagio de la heregia que amenazaba igualmente á Francia y á España. La reina Catalina, sin romper con Felipe, siguió en su sistema de tolerancia con los hereges que le aconsejaba el canciller de l'Hopital, y en 17 de enero de 1562 se dió el primer edicto en favor de los hugonotes, permitiéndoles cierta libertad de culto en los pueblos rurales, edicto que al principio se resistia á registrar el parlamento de Paris, y contra el cual alzaron el grito los católicos, llamándole escandaloso sacrilegio, al propio tiempo que aumentó la audacia de los hereges.

Así las cosas, el gefe de la rama de los Borbones, Antonio, duque de Vendôme, que habia negociado en

vano con el papa para que se le diese el reino de Navarra, de que se titulaba rey, llevado de la esperanza de que congraciando al monarca español podría aspirar á la posesion de los antiguos estados de Albret, abandonó á los reformistas y se hizo de repente católico y abado de los Guisas y del triunvirato, y aun obtuvo la lugartenencia general del reino. De este modo se hallaron frente á frente los dos hermanos, el de Vendôme como jefe de los católicos, y el de Condé como el primer caudillo de los hugonotes. La reina madre por lo que pudiera acontecer se llevó consigo al joven rey al pequeño y retirado palacio de Monceaux.

En esto ocurrió un suceso trágico que precipitó la guerra civil y religiosa de la manera más sangrienta y horrible. Al pasar el de Guisa con su hermano el cardenal de Lorena por la pequeña ciudad de Vassy, supo que al tiempo que allí se celebraba la misa, en una granja vecina estaban ejerciendo su culto los protestantes. Intimóles el de Guisa que suspendieran sus oficios; apelaron ellos al derecho que les daba el decreto de 17 de enero: agriáronse las contestaciones entre católicos y hugonotes, acometiéronse con furor, los soldados católicos con armas, los protestantes con piedras y cuantos proyectiles tenían á mano: una piedra hirió en el rostro al duque de Guisa y le bañó en sangre; creció con esto la rabia de los católicos, y como eran más en número y armados, se arrojaron so-

bre los hugonotes y los degollaron á todos sin piedad. A aquella sangrienta jornada le quedó el nombre de *La matanza de Vassy*. Esta fué la señal y el principio de una guerra civil espantosa que inundó de sangre el suelo francés. En todas las comarcas, en casi todas las poblaciones se combatía á hierro y á fuego entre católicos y protestantes. Rompiéronse todos los vínculos sociales, desatóronse los lazos de familia, y pareció haberse borrado del corazón de los franceses todo sentimiento de humanidad. Todos parecían poseídos de un frenesí, de un vértigo de destrucción y de muerte. El hermano asesinaba al hermano que no creía lo mismo que él; el padre enviaba al cadalso al hijo que no tenía sus creencias; y el hijo introducía el acero patricida en el corazón del padre que no se acomodaba á su culto religioso. En las ciudades en que prevalecían los hugonotes eran profanados y demolidos los templos, hechas pedazos las imágenes y reliquias de los santos, conculcada la hostia sagrada, y lanzadas de sus asilos y violadas las vírgenes consagradas á Dios. Donde dominaban los católicos degollaban con frenético furor á centenares los hereges, mugeres y niños caían bajo sus cuchillas; había magnate que recorría el país acompañado de dos verdugos que nombraba sus lacayos; había quien devoraba con bárbaro furor los corazones de sus víctimas; la crueldad en las ejecuciones llegó á un refinamiento feróz; el fuego reducía á cenizas las ciudades y el acero dejaba sin

habitantes las poblaciones; como el país era generalmente católico, los herejes eran perseguidos y cazados en los campos como fieras salvajes (1562).

El príncipe de Condé, jefe de los hugonotes, marchaba hacia París contra su hermano el rey de Navarra, hecho recientemente jefe de los católicos; los unos y los otros pugnaban por apoderarse de la reina madre y del rey niño; unos y otros publicaban y llenaban de manifiestos la Francia; la reina hacía inútiles esfuerzos por reconciliar á los jefes de los opuestos partidos; el parlamento de París proscribía á todos los hugonotes en masa; con esto se exasperaban más los protestantes, se alentaban los católicos. y se renovaban con igual ó mayor ferocidad las matanzas en todos los puntos del reino; el de Guisa y los triunviros llevaban á Francia tropas auxiliares de Alemania, de Suiza y de España; Coligny y los jefes de los hugonotes invocaban y obtenían auxilios de Alemania y de Inglaterra; el llamado rey de Navarra, jefe de los Borbones, recibió sitiando á Ruan una herida de que murió pronto en Andelys en los brazos de una de las damas de la reina; el de Guisa se apoderaba de Ruan y la entregaba al saqueo; el príncipe de Condé atacaba los arrabales de París, cuya capital salvó Montpensier con tres mil españoles y cuatro mil gascones; y como si los franceses no bastáran solos á destruir su patria, cada nación había enviado su contingente para acabar de desolar y arruinar el reino, siendo tales

los desastres, que el país antes tan floreciente, parecía iba á ser borrado del mapa de las naciones.

Halláronse al fin los gefes de ambos partidos frente á frente en Dreux con sus respectivas tropas: de un lado los triunviros, el viejo condestable Montmorency, Guisa y Saint-André, de otro el príncipe de Condé, Coligny y Dandelot. Los católicos eran más en número, pero el primer triunfo fué de los protestantes: la acción fué mortífera: el anciano condestable cayó prisionero; un correo llevó esta funesta noticia á la corte consternada; solo Catalina de Médicis la recibió con fria impassibilidad, diciendo: «*Bien, oírmos la misa en francés.*» Mas luego revolvió el duque de Guisa contra los vencedores y les arrancó la victoria, é hizo prisionero al príncipe de Condé; el mariscal de Saint André quedó muerto en el campo; otro correo llevó á la corte la nueva del triunfo de los católicos, y la reina madre mudó de lenguaje y se mostró contenta. Aquella noche partió su lecho el duque de Guisa con el príncipe de Condé; éste no pudo dormir, el de Guisa durmió toda la noche. El prisionero Montmorency fué llevado á Orleans, ciudad en que dominaban los protestantes. Pasó el de Guisa á sitiaria, y en el cerco fué asesinado de un pistoletazo con tres balas envenenadas por el traidor Poltrot, no sin conocimiento y participacion del almirante Coligny (febrero, 1563). En virtud de sentencia del parlamento de París, murió el ase-

sino tirado y desgarrado su cuerpo por cuatro caballos.

Así iba acabando la guerra de religion con los hombres más eminentes de Francia, con todos los que representaban las glorias del reino. La reina Catalina hizo otro esfuerzo por reconciliar á los dos partidos, y merced á su mañosa habilidad, se dio el *Edicto de Amboise* (19 de marzo, 1563), primer tratado de paz entre católicos y hugonotes, por el cual se permitía el culto reformado en las aldeas y en los castillos de los nobles. Sin embargo, unos y otros quedaron descontentos; los hugonotes habían pensado sacar más partido de las relaciones de la reina con el príncipe de Condé; los católicos denunciaban la tolerancia de Catalina de Médicis como un insulto hecho á Dios; el parlamento de Paris se negaba á registrar el edicto de Amboise, pero al fin se resignó á aprobarle, y la reina madre consiguió reinar sobre todos por primera vez.

Con motivo y como en celebridad de haber rescatado el Havre-de-Gracia de poder de los ingleses, hizo declarar mayor de edad á su hijo el joven rey Carlos IX., pero tuvo maña y destreza para conservar el poder y mandar más que nunca. Determinó visitar las provincias en compañía de su hijo (1564), y como en este viaje de exploracion adquiriese el convencimiento de que la mayoría del pueblo francés, era católica, comenzó á modificar el edicto de Amboi-

se y á cercenar la libertad por él otorgada á los protestantes.

Felipe II. de España, que tanta parte había tomado en la guerra civil de Francia en favor de los católicos, aprovechó este viaje de Carlos IX. y de Catalina de Medicis al Mediodía de aquel reino, para que se viese en Bayona la reina Isabel de España y su hermano el rey de Francia Carlos IX. Envio, pues, á su esposa, acompañada del duque de Alba y de varios obispos y personajes. Salio á esperarla á la raya de ambos reinos su hermano el duque de Orleans, y juntos pasaron á Bayona (junio, 1565), donde se hallaban con la reina y el rey y el cardenal de Lorena, el condestable y los nuevos duques de Guisa y de Vendôme. En esta entrevista pidió el duque de Alba, á nombre de su rey, medidas rigurosas contra los protestantes franceses, y es fama que en estas conferencias quedó ya concertado hacer unas Vísperas Sicilianas con los hugonotes de aquel reino. Terminadas las vistas, la reina Isabel y el de Alba se volvieron á Madrid (1).

Otro de los negocios más graves y de los que ocuparon más en esta tiempo al rey Felipe II. fué el del concilio de Trento, de nuevo convocado, despues de

(1) De Thou, Hist., lib. XXIII. á XXVIII.—Daniel, Hist. de France, t. IX. y X.—Garnier, Hist. de France, François II. et Charles IX.—Brantôme, Vie de l'Amiral Chatillon.—Mémoires de Tabanues.—

Enclao Caterino Devila, Hist. de las Guerras civiles de Francia, trad.—Mémoires de Condé.—Mémoires de Coligny.—Cabrera, Hist. de Felipe II., lib. VI.

tantos años de suspension, por el papa Pio IV. (1). Este pontífice, mostrando por una parte más respeto que algunos de sus antecesores á las necesidades de la cristiandad y á los deseos y reclamaciones de los príncipes católicos, temiendo por otra parte que los franceses, con motivo de sus disturbios religiosos, realizarán el proyecto que tenían de celebrar un concilio nacional (lo cual, dicho de paso, trabajo por impedir más que nadie Felipe II., conociendo cuánto podría perjudicar á los buenos efectos del concilio general), creyó ya de necesidad absoluta para remediar los males que seguían afligiendo al mundo cristiano, congregar la interrumpida asamblea, y no obstante la oposicion de una parte de la corte romana, que temia comenzára por ella la reforma, expidió la bula convocatoria (29 de noviembre, 1560). Los términos de la bula eran tan ambiguos, que de ellos no se podría deducir con certeza si el concilio habia de ser continuación del anterior, como queria con empeño Felipe II. y le habia prometido el pontífice, ó si era nueva indiccion, cosa á que decididamente se oponia

(1) Luego que ocupó este papa la silla pontificia, fueron presos y procesados los Caraffas, sobrinos de Paulo IV., los rencorosos é intrigantes enemigos de Carlos V. y de Felipe II. Cuando eran llevados al castillo iba diciendo el cardinal Caraffa: «*Tal merecen quien á Médicis hizo pontífice.*» Los jueces los sentenciaron á muerte: al notificar la sentencia al cardinal, exclamó: «*¡Oh rey cruel! ¡Oh pontífice trai-*

der! aludiendo á Felipe II. y á Pio IV., que en efecto parece les habían ofrecido perdon. Al cardinal le dieron garrote; el duque y sus cómplices fueron degollados, con universal contento del pueblo de Roma, porque eran odiados de todo el mundo, á causa de su mal proceder y de sus costumbres, motivo porque no encontraron un solo príncipe que por ellos se interesara.

el rey de España, porque cedía en detrimento de las anteriores decisiones del concilio, y era precisamente lo que deseaban los protestantes. Con tal motivo, envió Felipe á Roma á don Juan de Ayala con instrucciones de lo que había de hacer y decir cerca de Su Santidad, recomendándole en especialidad muy enérgicamente que no transigiese en manera alguna en dejar dudoso lo de la *continuacion*, hasta conseguir que el papa lo declarase así explícitamente antes de la reunion del concilio (1). Aun así no lo pudo recabar al pronto del pontífice, y esto fué ocasion de largas y fuertes debates, y aun de ásperas contestaciones entre el papa, los embajadores del rey, y el rey mismo.

Abrióse, pues, el concilio sin resolverse esta cuestion (18 de enero, 1562), con asistencia de ciento doce preladados, de los embajadores de todas las na-

(1) «El Su Santidad le decía contra otras cosas en el Memorial «ó Instrucción) respondiéndose con «generalidad sin querer venir á «particular remedio, diciendo que «nos debemos satisfacer con lo que «es él y al colegio ha parecido. «ó si S. S. quisiere todavía, como «ese ha de su parte apuntado, que «esto se remita al concilio y que «allí se determinará, en tal caso, «se ha de replicar é insistir en que «en ninguna manera conviene ni «lo uno ni lo otro, ni puede quedar este negocio así, si congregarse el concilio debajo desta «tan gran dificultad y confusión, «y procurar de aducir á S. S. á «que quiera venir á tratar del remedio y de los medios que para

«satisfacer á este punto serán necesarios...»

Y en el dictamen que sirvió de base al despacho, se decía, que la convocacion que S. S. había hecho conforme al tenor de la bula, era derecha y claramente *nueva indiccion*, y no *continuacion* del Concilio de Trento, de lo cual seguía notorio perjuicio á la autoridad de dicho concilio y de otros que la Iglesia había celebrado, contra lo cual protestaba enérgica y resueltamente el rey.

Las fechas de estos documentos son de 13 y 14 de mayo de 1561 en Toledo. Archivo de Simancas, Estado, Roma; y Colección de Documentos Inéditos, tom. IX.

ciones, y otras personas que tenían derecho á concurrir por diferentes títulos. En la primera sesion no se hizo sino declarar el objeto de la congregacion, qué era aporriguar las contiendas religiosas, corregir y reformar las costumbres y restablecer la unidad y la paz de la Iglesia. Pero en aquella sesion se intercalaron en la fórmula del decreto unas palabras, á saber, «*proponentibus legatis*» que no dejaron de ser objeto constante de serias contestaciones entre el pontífice y el rey de España y los embajadores y prelados españoles, oponiéndose estos y rechazándolas incesantemente desde el principio hasta el fin del concilio, como restrictivas de las facultades de la asamblea. Infinitas fueron las réplicas y disputas que sobre este punto mediaron entre Pio IV. y Felipe II., y los reparos y protestas que sobre ello hicieron los embajadores de España; y por más explicaciones que el papa dió para atenuar la mala impresion que aquella cláusula habia causado, nunca los prelados españoles se pudieron avenir bien con ella, y los hubo que explícitamente protestaron, é hicieron constase su voto en contra de las palabras, por desusadas y por limitatorias de su autoridad (1).

(1) «No me conformo, dijo el obispo de Orense, con las palabras *Proponentibus legatis*, á propuesta de los legados,» así por su ser costumbre ponerlas en semejantes decretos, como porque dan á entender cierta limitacion, que no es conforme al orden de un

concilio general; y además de esto, porque no se hallan en la bula de convocacion de este, á la que debe conformarse el decreto de su apertura; en cuya consecuencia pide, que de no borrarse dichas palabras, fuese el Reverendísimo secretario este voto nulo, des-

Tratós del salvo-conducto que pedían y se había de dar á los príncipes, obispos y teólogos protestantes que quisieran asistir al concilio, y en esto sobrevino aquella venerable asamblea tan generosa que se le

puso del mismo decreto: en lo demás me conformo. *Non placet illa verba: Proponentibus, etc.*—Lo mismo había protestado el arzobispo de Granada, y también hicieron sus salvedades los de León y Almería.

En el archivo de Simancas, (Repositorio de Estado, legajo 16.) y otros) he visto y leído multitud de cartas del embajador en Roma Francisco de Vargas al rey Felipe II., del arzobispo de Granada, del obispo de Gerona, del de Lécida, del marqués de Mantua, del de Pescara, de los legados pontificios, del mismo pontífice al rey, sobre las dos cuestiones, la de la *Continuacion* y la de la cláusula *Proponentibus legatis*, en que se ve la insistencia y la energía con que Felipe II. y sus embajadores reclamaban del papa la supresión de ésta y la aclaración de aquella, y los medios que el pontífice y los legados buscaban para eludir el compromiso y apurarlo en que los ponía el rey. Explicándoles á Su Santidad, decía en una de sus cartas el embajador Vargas al rey lo que V. M. decía en ambas partes de *Continuacion* y cláusula *Proponentibus* fue tanto lo que se alteró y arrebató de cólera, que no hay palabras con que poderlo explicar, ni lleva camino de acabar mudar de esta condición que tan perniciosa es para sí y para todos, y tan fuera de principio, y mas del que es vicario de Dios y padre y pastor universal... Yo tuve lugar de tractar la materia como fue menester, é indicalle que el remedio que V. M. le representaba era el mas

honesto y acertado... el cual ponderó S. S. tres ó cuatro veces, jurando que aquella cláusula nunca se le comunicó, y que lo pensó cuando la vido puesta, pero que los legados la habían pasado con el sínodo y en conformidad de todos, sacando tres ó cuatro que contradijeron. Respondió que casi lo tenía por cierto y escrito a V. M., y tanto mas por esto de no le haber sabido y pesado, tenía S. S. obligación al remedio que se le pedía. Replicó que no había perjuicio en aquellas palabras, y que al sínodo no le guardaría su libertad y se le daría de palabra á los padres, pero que tocar á la cláusula por escrito no se haría, porque ni era costumbre ni sería honra de los legados, que eran personas de mucha cualidad, y el de Mantua príncipe. Dijo que más principal era Dios y la verdad; que maravillaba de S. S. siendo tan prudente y tan celoso del bien público, usase de semejantes evasiones, y que le suplicaba lo pensase con más quietud, y que yo esperaba lo remediaría como convenia, con que entendiese que donde ofendía lo escrito no bastaban palabras, y que por escrito y acto solemnísimo jamás se había de remediar... etc.

Con este perreo hablaban siempre y en todo al Sumo Pontífice los embajadores de Felipe II., autorizados por su monarca, de lo cual podríamos presentar infinitos testimonios.

Al fin, lo de la *Continuacion* se salvó de un modo ingenioso, haciendo que se igne constase que

concedió amplio y sin restricciones ni limitaciones, no solamente á los protestantes de Alemania, sino á todos y cualesquiera otros que estuviesen separados de la comunión católica, «de cualesquiera reinos, naciones, provincias, ciudades ó lugares que fuesen, donde se enseñara ó creyera lo contrario á lo que enseña y cree la santa Iglesia romana.»

Cada día iba acudiendo mayor número de preladados y personajes de todas las naciones, hasta llegar á reunirse doscientos cincuenta y cinco padres, á saber: cuatro legados, dos cardenales, tres patriarcas, veinte y cinco arzobispos, ciento sesenta y ocho obispos, siete abades, treinta y nueve procuradores con legítimos poderes de los ausentes, y siete generales de órdenes religiosas, los cuales todos suscribieron los decretos, cánones y decisiones del sínodo. Duró este tercero y último periodo cerca de dos años, desde el 13 de enero de 1562 hasta el 4 de diciembre de 1563, en cuyo tiempo se celebraron nueve sesiones solemnes, que se cuentan desde las diez y siete hasta la veinte y cinco, ambas inclusive del concilio. Diez y ocho años, contadas las suspensiones, fué la duración total de este célebre sínodo.

Sabidas son, y conocidas de todos los mediana-

esta era continuación del concilio de Trento y no otro, prosiguiendo la declaración de las doctrinas tocantes al dogma en el estado que quedaron cuando se hizo la suspensión: así es, que la sesión 1.^a de

este tercer periodo, no se nombró así, sino la 17.^a del concilio, y a este tenor las demás, con que no quedó duda de que era continuación del mismo concilio de Trento, y no otro nuevo concilio.

mente versados en la historia eclesiástica, las sabias, luminosas é importantísimas declaraciones, decretos y disposiciones del sacrosanto y ecuménico Concilio Tridentino en esta postrera congregacion, así en lo relativo al dogma y á la disciplina eclesiástica, como en los puntos referentes á la reforma de las costumbres, señaladamente de los eclesiásticos y de las órdenes religiosas de ambos sexos. La prudencia, la discrecion, la sensatez y la cordura más recomendables reinaron en sus discusiones y deliberaciones, el orden y la sabiduría presidieron en aquella asamblea congregada á nombre del Espíritu Santo; fijóse con admirable precision y claridad la verdadera doctrina de la fé católica, se condenaron con dignidad las heregias que infestaban el mundo cristiano; se dieron reglas seguras para saber lo que habia de creerse en los puntos más esenciales de la religion; se establecieron utilísimas reformas, y el concilio de Trento, el último general que ha celebrado la Iglesia, fué la obra mas provechosa y más grande del siglo XVI.

Felicitábanse mutuamente y muchos prelados lloraban de alegría al ver que habian tenido la felicidad de poner la última mano á esta grande obra, comenzada y proseguida en medio de tantos trabajos y dificultades. El cardenal de Lorena, el mismo de quien tanto hemos hablado al tratar de las turbulencias políticas y religiosas de Francia, habia arreglado para su conclusion una fórmula semejante á la de los anti-

guos concilios. Despues de dar las gracias y bendiciones al papa, al emperador, á los reyes y príncipes, á los legados, cardenales y obispos, y á todo aquel santo senado, exclamó: «El Concilio Tridentino es sacrosanto y ecuménico; confesemos siempre su fé; guardemos siempre sus decretos.»—Los padres contestaron: «Confesémosla siempre; observémoslos siempre.»—El cardenal: «Todos lo creemos así: todos sentimos lo mismo: y consintiéndolo todos, lo abrazamos y suscribimos. Esta es la fé de San Pedro y de los apóstoles; esta es la fé de los padres; esta es la fé de los católicos.»—Los padres: «Así lo creemos; así lo sentimos; así lo firmamos.»—El cardenal: «Anatema á todos los hereges.»—Los padres: «Anatema, anatema.»—Los legados y presidentes mandaron bajo pena de excomunion á todos los padres que antes de salir de Trento firmáran de su propia mano, los decretos del concilio, y todos lo firmaron en número de doscientos cincuenta y cinco.

El papa Pio IV. hizo celebrar rogativas públicas en acción de gracias por la feliz terminacion del concilio, y confirmó solemnemente sus decretos (26 de enero, 1564). Venecia fué la primera á recibir, publicar y mandar la ejecucion de todo lo dispuesto en el Concilio Tridentino. El rey Felipe II. de España, que tan principal parte habia tenido en él, le aceptó, recibió, y mandó guardar, cumplir y ejecutar en todos sus reinos, y señoríos de España, Flan-

des, Nápoles y Sicilia (12 de julio, 1564). El rey don Sebastian de Portugal le recibió pura y simplemente. Sigismundo III. de Polonia le aceptó en una dieta general del reino. Los príncipes protestantes rehusaron, como era de esperar, someterse á sus decisiones. Los ministros de la confesion de Augsburgo protestaron contra él; pero el emperador le recibió en sus estados particulares, y más adelante fué aceptado por toda la Alemania católica. Hallóse más dificultad en Francia, cuyos monarcas, á pesar de las repetidas instancias de los pontífices, nunca han consentido que sus decretos tengan fuerza de ley, fundados en que muchos puntos de disciplina y policia de los establecidos en el concilio se oponen á las máximas del reino, á los derechos del soberano, á la autoridad de los magistrados, á las antiguas prácticas y libertades de la iglesia de Francia: sin que esto obste á que la iglesia francesa reconozca y confiese toda la parte dogmática de aquella augusta asamblea, y aun muchas de sus disposiciones disciplinarias; estando la diferencia en que á estas últimas no están obligados sino por las leyes positivas del reino, no por la autoridad del concilio.

No podemos terminar este capítulo sin dejar consignado que los grandes beneficios que las naciones cristianas, la causa del catolicismo y la unidad de la fé reportaron de la celebracion del Concilio Tridentino, fueron en muy gran parte debidos al celo y soli-

citud de los católicos reyes Carlos I. y Felipe II. de España. Sin los esfuerzos del emperador, sin sus reiteradas excitaciones, sin sus enérgicas instancias y sin la eficacia y decisión para vencer el cúmulo de dificultades y embarazos que se presentaban y ofrecían, nosotros tenemos por cierto que no se hubiera reunido el concilio ni en la primera ni en la segunda indicción. Su hijo Felipe tuvo cuidado de incluir entre las condiciones del célebre tratado de Cateau-Cambresis, el primero que en su reinado hizo con la Francia, trabajar porque se congregara nuevamente el concilio de Trento, y ya hemos visto y aun pudiéramos aducir muchos más testimonios de la principalísima parte que tomó en esta tercera reunión, y de la que tuvieron, movidos por su impulso, los embajadores y prelados españoles.

Honra será también siempre de España la que alcanzaron en aquella venerable asamblea en sus tres periodos, distinguiéndose por su ciencia, por su elocuencia, por sus virtudes y por su brío, entre todos los prelados de la cristiandad, los obispos, teólogos y jurisconsultos españoles. Bien necesitaban ser tan eminentes en letras y tan profundos en saber como lo fueron, para brillar en aquella congregación de sabios, hombres como Alonso Salmeron, como fray Bartolomé de Carranca, como fray Alfonso de Castro, como los dos Sotos, fray Domingo y fray Pedro, como fray Melchor Cano, como los hermanos Covar-

rubias, don Diego y don Antonio, como Antonio Agustín, como Benito Arias Montano, y otros doctos y esclarecidos varones, cuyos escritos llenos de sabiduría admiraron entonces, se veneran hoy y se respetarán siempre. Los monarcas españoles fueron los que promovieron é impulsaron más el concilio de Trento, y los prelados, teólogos y canonistas españoles los que resplandecieron más en aquella veneranda asamblea religiosa.

CAPÍTULO VI.

FLANDES.

ORIGEN Y CAUSAS DE LA REBELION.

De 1559 á 1567.

Conducta de Felipe II. en los Países Bajos.—Causas del disgusto de los flamencos.—El carácter del rey.—Su preferencia hacia los españoles.—La creación de nuevos obispados.—La Inquisición.—Los edictos imperiales.—La permanencia de las tropas españolas.—La privanza de Granvela.—La ambición y el resentimiento de los nobles.—Quejas contra Granvela.—Odio que le tenían los flamencos.—Primeros síntomas de sedición.—Tosón del rey en proteger al cardenal.—Comportamiento de la duquesa de Parma, regente.—Primera visita de Montigny á España.—Resultado de su misión.—Planes de rebelión en Flandes.—Petición al rey contra Granvela.—Dilaciones de Felipe en proveer á lo de Flandes.—Consulta al duque de Alba, y su respuesta.—Sale Granvela de los Países Bajos. alegría de los nobles y del pueblo.—Rigor inquisitorial. oposición del país. disturbios.—Resistencia á recibir los decretos del concilio de Trento: insistencia del rey. — Visita de Egmont á Madrid. — Respuesta que lleva del monarca.—Disposiciones de Felipe II. contra las instrucciones dadas á Egmont.—Resistencia de los flamencos á admitir la Inquisición y los edictos.—Tenacidad del rey.—Conflictos de la princesa regente.—Confederación de los nobles contra la Inquisición.—El compromiso de Breda.—Petición de los confederados á la gobernadora.—Respuesta de la princesa.—Notable distintivo de los

coligados.—Segunda venida de Montigny á España.—Entretiénese el rey sin responder á su comision.—Situacion crítica de Flandes.—Doble y artera política del rey.—Estalla la revolucion religiosa en los Países Bajos.—Tumultos: profanacion, saqueo y destruccion de templos.—Luchas sangrientas entre católicos y hereges.—El príncipe de Orange, y los condes de Egmont, Horn, Arenberg, Mansfeld, Berghes y otros.—Nuevos disturbios y desmanes.—Apremiantes reclamaciones de la princesa regenta al rey, y respuestas dilatorias y ambiguas de Felipe.—Grandes dimensiones que va tomando la revolucion.—El rey ofrece ir á Flandes.—Planes de los confederados.—Determina Felipe II. subyugarlos con las armas.—Nombró al duque de Alba general del ejército que ha de enviar á

Vamos á tratar con todo el desapasionamiento, con toda la severa imparcialidad de que el magisterio histórico debe estar siempre revestido, de la famosa rebellion y levantamiento de los Países Bajos, que comenzó en los primeros años del reinado de Felipe II., de las largas, porfiadas y sangrientas guerras que le siguieron, que asolaron y devastaron aquel desgraciado país, que convirtieron sus ricas ciudades en lastimosas ruinas, sus bellos campos en vasto cementerio de hombres, que consumieron á España sus hijos, su sangre y sus tesoros, que asombraron al mundo por el valor, la constancia y el teson de que es capaz un pueblo que se levanta en defensa de sus antiguas leyes y de la libertad de que se intenta despojarle. Diremos solamente en este capítulo lo que por la parte de Flandes acontecia en este período y durante el tiempo que hemos visto á Felipe II. ocupado en los asuntos interiores de España, en el castigo de los lu-

teranos españoles, en las solemnidades de su tercer matrimonio, en las empresas navales de la costa de Africa, en el socorro de Malto, en la intervencion en los disturbios religiosos de Francia, y en los graves negocios y deliberaciones del concilio de Trento

Cuando Felipe II. partió de los Países Bajos para volver á España (setiembre, 1559), pareció haber olvidado (y atendiéndolo bien los que niegan la elocuente y provechosa enseñanza de los ejemplos históricos), parecio, decimos, haber olvidado lo que cuarenta y dos años antes habia acontecido en España cuando su padre Cárlos partió de este reino para el imperio alemán. Circundado de flamencos habia venido Cárlos de Flandes; flamencos y no españoles eran los que constituian su consejo; flamenco hablaba él y no español; á flamencos y no á españoles dió los primeros empleos y las más altas dignidades eclesiásticas de Castilla; tropas flamencas habia traído consigo; á Flandes iba el dinero de España, sin ningun acatamiento habia mirado las leyes, las antiguas costumbres y libertades españolas; sin consideracion habia alterado el orden y lugar de celebrar Cortes; un regente flamenco habia dejado á su partida de Castilla: y apenas abandonó las playas españolas, el pundonor nacional resentido estalló en las alteraciones y revueltas que en otro lugar hemos contado, y que estuvieron á punto de costarle las coronas de estos reinos: él tuvo la fortuna y el reino la desgracia de aho-

gar en sangre aquel movimiento popular, pereciendo en patibulos los defensores más exaltados de las libertades castellanas.

En muy semejantes circunstancias á las de Carlos al salir de Castilla se habia hallado su hijo Felipe al dejar á Flandes. Su conducta tuvo muchos puntos de parecido, y las consecuencias fueron no menos desastrosas. Nunca habia agradado á los flamencos el carácter taciturno y tético de Felipe II.; disgustábales que ni hablara su lengua ni mostrara deseos de aprenderla y hablarla: ofendíales que sus consejeros fueren todos españoles, españolas sus costumbres y españoles todos los hombres de su privanza. Aquel apego y cariño de Felipe á las cosas de España, cualidad sin duda muy recomendable para los españoles, era capital defecto para los flamencos; achaque de quien abarca bajo su dominacion reinos y estados de hábitos y costumbres diferentes, sin genio para acomodarse á las de cada uno de ellos. Y tanto menos soportable se les hacia á los de Flandes el desdénoso y desabrido trato que recibian de Felipe, cuanto que estaban acostumbrados á cierta preferencia con que los habia mirado siempre el emperador, como nacido y criado entre ellos, al genio expansivo de Carlos, y á aquella política acomodaticia que la necesidad le habia enseñado, y con que procuraba hacerse aleman con los alemanes, italiano con los italianos y flamenco con los flamencos.

Sin embargo, esta falta de simpatías entre el rey y sus súbditos de Flandes no habría sido por sí sola suficiente para producir los gravísimos disturbios que despues hubo que lamentar, si Felipe hubiera sido más político con ellos, si los flamencos no se hubieran creído lastimados en la parte más viva y mas sensible, que tal era para ellos la conservacion de sus antiguos privilegios y de su libertad. Pero aquellas diez y siete ricas, fértiles, industriosas y pobladísimas provincias, en que se centaban más de trescientas cincuenta ciudades, la mayor parte muradas, con innumerables castillos, gozaban desde muy antiguo de muy apreciables franquicias, y reglábase casi libremente en su gobierno interior, y sus valerosos naturales eran en esto tan celosos, que, como dice un apreciable historiador, «en defender la libertad se calientan más de lo que basta, porque se precian de preferirla á todo lo demás, pasando tal vez por esta causa á tomarse más licencia de la que permiten los fueros de la libertad ⁽¹⁾.» Felipe II., menos atento de lo que debiera al carácter de aquellas gentes, frías en lo demás, pero en esto fogosas sobremanera, comenzó á cercenarles sus privilegios y quebrantarlos. La ereccion de catorce nuevos obispados, sobre los cuatro que en los estados de Flandes habia antes solamente, fué recibida como una infraccion escandalo-

(1) Estrada, Guerras de Flandes, Decada I. lib. I.

sa de los privilegios bravantinos. Los abades á quienes los obispos reemplazaban, vieron rebajada su antigua representacion y su influencia en el país. Los monjes se quejaban de verse privados del derecho y costumbre inmemorial de nombrar sus abades y de sujetarse á superiores que no entendian de la disciplina regular. Los nobles se alarmaron al considerar el influjo que los obispos iban á ejercer en las Córtes ó Estados generales, como puestos por el rey y adictos al papa, y comprendieron cuánto iba á perder la antigua autoridad de la nobleza; y el pueblo vió con recelo el poder que se daba al brazo eclesiástico.

Otro motivo concito todavía más los ánimos de los flamencos, á saber, el empeño de Felipe II. de establecer en los Países Bajos la Inquisicion de España, y la renovacion de los terribles edictos de Carlos V. contra los hereges. Detestaban los flamencos la Inquisicion, tanto ó más que habian mostrado aborrecerla los de Nápoles. Y al odio con que ya miraban el adusto tribunal se agregaba la circunstancia de ser muchos los que temian sufrir sus rigores, porque con el trato y comunicacion y el continuo roce que por el comercio y las guerras habian tenido y tenían con los alemanes, habian cundido y difundídose por los Países Bajos los errores de Lutero y de Zuinglio, y eran muchos los que se hallaban contaminados de heregia.

Fué otra de las causas del descontento de los flamencos la privanza de que gozaba con el rey el obispo de Arras, despues cardenal de Granvela, y la poderosa intervencion é influjo que por espreso encargo y recomendacion de Felipe ejercia aquel en el consejo privado de la duquesa de Parma, gobernadora de aquellos estados, señora por otra parte de grande ánimo y espíritu, prudente, hábil y piadosa en extremo ⁽¹⁾. El valimiento de Granvela, á quien suponian como el oráculo del rey y la gobernadora, se hacía insoportable á los próceres flamencos, que le profesaban odio, más ó menos en razon fundado, y bastaba en los consejos que Granvela fuese de un dictámen, para que ellos disintieran y votáran lo contrario: y era lo peor para ellos y lo que más les irritaba que el parecer de Granvela prevalecia siempre sobre los de todos.

Habia tambien mucha parte de ambicion en los nobles. Orgullosos con haber tenido tan principal parte en los triunfos de Felipe II. contra los franceses en San Quintin y en Gravelines, aquellos á quienes el rey á su partida no habia dejado el gobierno de alguna provincia ó ciudad, se mostraban altamen-

(1) Un día la duquesa rasgó por su mano en pleno consejo el memorial de uno que habia ofrecido cierta suma por el destino que pretendia, y declaró que haria lo mismo en lo sucesivo con todos los que se valieran de semejantes medios. Estos y otros pare-

cidos rasgos de justificación captaban á la gobernadora el respeto y estimación de nobles y pueblo. — Carta de Tomas Armenteros, secretario particular de la princesa, á Gonzalo Perez; Bruselas, 4 de octubre, 1569.—Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 515.

te resentidos y quejosos, y los que los obtenian, aun no se consideraban debidamente remunerados. Entre estos era el principal Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, el mas ilustre y el mas poderoso de aquellos magnates, general en jefe de todo el ejército en tiempo de Carlos V., siempre muy favorecido y considerado del emperador, que le fiaba los cargos más delicados y las embajadas más importantes; el mismo Felipe le habia confiado el tratado de paz con Francia, y era hombre que gozaba de gran prestigio en el país. Y como el de Orange habia aspirado á quedarse con el gobierno universal de Flandes, que se dió á la princesa Margarita, consideróse desairado, no obstante haberle sido conferido el mando de las mejores provincias, y desde luego se le vió dispuesto á acaudillar á los descontentos. Y en verdad que pocos golpes de revolucion podria haber más terribles, porque además de su ventajosa posicion, era maravillosamente diestro en ganar voluntades y le favorecia mucho su genio y sus naturales dotes.

Dábase el pueblo por ofendido de la permanencia de las tropas españolas en Flandes más tiempo de lo que habia ofrecido el rey. La prudente gobernadora, conociendo el disgusto popular y temiendo sus consecuencias, preparó el embarque de los españoles, á cuyo fin los envió al puerto de Flesinga en Zelanda. Más al tiempo de verificarse la partida, llegaron cartas del rey mandando que se suspendiese el embar-

que hasta nueva orden. Culpábase de esta determinacion á Granvela, que en sus cartas al rey le representaba la necesidad de tener allí las tropas para contener los conatos de sedicion del pueblo y de la nobleza. De todos modos la orden del rey ponía en un conflicto á la princesa gobernadora; pues por una parte era tal la indignacion y el encono de los zelandeses contra las tropas españolas, que no querian poner mano en las obras de los diques, diciendo en su desesperacion que consentian esponerse á que los tragáran á todos las olas del mar si no habian de verse libres del yugo de los soldados extranjeros. Por otra parte la retirada de las tropas de Zelanda ofrecia no pequeñas dificultades y riesgos. Invernar todas juntas en una sola ciudad era una carga insoportable para la poblacion, cualquiera que fuese; dividir las era esponerlas á los ultrages de los pueblos; y á mayor abundamiento las provincias habian protestado, que no solo no darian un florin para el sostenimiento de los españoles, sino ni para la milicia misma del país, mientras no lo evacuasen los extranjeros. Todo esto lo espuso la princesa Margarita al rey en términos tan enérgicos y fuertes, que Felipe se resolvió, aunque de mal grado, á dar orden para que los tercios de Flandes fuésen enviados á Nápoles y á Sicilia, donde vendria bien este socorro, ocupados los napolitanos en la empresa de los Gelbes. Salieron, pues, los españoles de Flandes en el rigor del invierno (de 1560

á 1561) con gran contento y regocijo de todos los flamencos ⁽¹⁾.

Aquella alegría se conturbó no poco con la nueva que llegó de haber sido investido Granvela por el pontífice Pio IV. con el capelo de cardenal. El rey le felicitó en carta de su puño (17 de marzo, 1561), manifestándole el júbilo que le habia causado «su merecida promocion,» y diciéndole al propio tiempo que habia pedido á S. S. le dispensara la asistencia al concilio de Trento ⁽²⁾. Pero estas singulares distinciones que Granvela recibia del pontífice y del rey de España no hacian sino enorgullecer más al prelado y añadir quilates á la enemiga con que le miraban los próceres flamencos. Tanto, que los dos más principales, el príncipe de Orange y el conde de Egmont, se decidieron á escribir al rey (25 de julio, 1561), recordándole que cuando á su partida los dejó nombrados gobernadores de provincias y consejeros de Estado, les prometió que todos los negocios de importancia se resolvieran en Consejo, en cuya confianza aceptaron: mas como quiera que despues habian visto que los negocios que se llevaban al Consejo eran los más fútiles, y que los de grave interés se deliberaban sin su conocimiento por una ó dos solas perso-

(1) Cartas de Granvela á Gonzalo Perez, Bruselas 31 de octubre de 1560, y 24 de enero de 1561.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 520.—Estrada, Guerras de Flan-

des, Decada I. lib. III.

(2) Biblioteca de Besançon, Papeles de Estado del cardenal Granvela.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 520.

nas; y como hubiesen oído á Granvela que todos los consejeros serian igualmente responsables de los acontecimientos que pudieran sobrevenir, pedian á S. M. ó que se les admitiera la dimision que de sus cargos hacian, ó que ordenara que en lo sucesivo todos los asuntos se trataran y resolvieran en pleno Consejo. De la gobernadora no se quejaban, antes se mostraban muy satisfechos de ella (1).

Contestóles el rey que agradecia su celo por el buen servicio (29 de setiembre); que el conde de Horn, que á la sazón se hallaba en España y partiria pronto para Flandes, les llevaria la respuesta sobre el objeto de sus quejas; que entretanto les recomendaba la buena administracion de sus provincias, que velaran por el mantenimiento de la religion y por el castigo de los hereges. En efecto, á poco tiempo volvió allá el conde de Horn, portador de la resolucion del rey (15 de octubre), escrita de su mano, prometiendo que los negocios se tratarian en lo sucesivo de otra manera y como ellos deseaban; añadiendo el secretario Eraso que nada harian que fuese tan agradable al rey como el celo que desplegaran tocante á la fé y á la religion. Pero llegó esta carta precisamente cuando el príncipe de Orange habia ido á celebrar sus bodas con una hija del difunto Mauricio de

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 521.—La carta estaba escrita de mano del príncipe.—Además el de Egmont, escribió otras en el propio sentido al secretario Eraso (15 de agosto)

Sajonia, educada en la doctrina luterana, bien que protestando á la gobernadora que esto no le haria variar de religion ni dejar el catolicismo; y cuando Granvela se disponia á tomar posesion del arzobispado de Malinas, que tambien le habia sido conferido (1). Elementos todos que iban añadiendo leña al fuego de las rivalidades y de las discordias religiosas que no habia de tardar en estallar.

En este tiempo ardian ya en Francia las sangrientas guerras y sucedian las terribles matanzas entre católicos y hugonotes, de que en otro capítulo hemos hablado. Y Felipe II., que habia dado auxilios de tropas á los católicos franceses, mandó tambien á la gobernadora de Flandes que enviara en socorro de los mismos toda la caballería flamenca. Opusiéronse á esto los nobles con tal energía y obstinacion, so pretexto de que si ellos favorecian á los católicos de Francia los protestante alemanes volverian las armas contra sus propios estados, que no habia manera de hacer salir la caballería de Flandes sin riesgo de un levantamiento. En tal conflicto la prudente Margarita discurrió un arbitrio para no dar ocasion á disturbios interiores y no dejar sin ejecucion la orden del rey, que fué recoger y enviar dinero á la reina de Francia, lo cual sabia que habia de agradarla tanto como los soldados, y de ello dió aviso á su hermano

(1) Carta del cardenal Granvela de 1581.— Archivo de Simancas, la, de Bruselas, 10 de diciembre Estado, leg. 322.

el monarca español (1562), esperando que le habrían de satisfacer las razones que la habían movido á obrar así.

Trabajábase en tanto en Flandes por poner cuantos entorpecimientos se podía á la provision de los nuevos obispados erigidos por el rey, á los cuales se consideraba como precursores de la Inquisición; y como se atribuía todo al consejo y sugerencias de Gravvela, lejos de irse templando el ódio que contra él había, era cada vez objeto de mayor encono: publicábanse pasquines y libelos, se esparcían calumnias, se hacía correr la voz de que quería la destrucción de Flandes, de que había dicho al rey que mientras no hiciera cortar media docena ó más de cabezas de los principales personajes, nunca llegaría á dominar el país; de que mantenía correspondencia con los Guisas de Francia, y de que existía una liga secreta de que él era el alma y promovedor. De todo esto daba el cardenal amargas quejas al rey, protestando que la causa de aquella enemiga y de todos sus sinsabores no era otra que su empeño en sostener la autoridad real: que el verdadero motivo de la oposición de los nobles á la creación de los obispados, era que querían ellos manejarlo y mandarlo todo; que ellos eran los que se entendían con los hereges franceses y alemanes, en prueba de lo cual habían enviado á consultar con los de París al doctor Dumoulin, más herege que el mismo Lutero; ponderaba la mala dispo-

sición de los ánimos: denunciaba las confederaciones y plotes que se fraguaban, y en todas sus cartas insistía en la necesidad de que fuese allá el rey, como único remedio para reprimir las conjuraciones y acallar y sosegar los espíritus, pues de otro modo pronosticaba que ni la prudencia y esfuerzos de la princesa regente ni menos los suyos bastarian á evitar un rompimiento.

Felipe II., en vez de adoptar uno de dos medios, ó de variar de sistema ó de obrar con más energía, se contentaba con escribir, y eso de tarde en tarde, á la gobernadora y al cardenal, asegurando que no había motivo ni razón para calumniar así á Granvela, ni para aborrecerle de aquella manera y perseguirle; que no era cierto que él le hubiera aconsejado la erección de obispos ni el establecimiento de la Inquisición, ni menos lo de cortar la media docena de calizas *— aunque quizá no sería malo hacerlo, —* añadía ⁽¹⁾; que reconocía la conveniencia y aun la necesidad de ir en persona á los Países Bajos, pero que no le era posible por la falta absoluta de dinero, *— pues no podeis pensar, decía, hasta qué punto me halla exhausto de numerario. —* Y entretanto el espíritu público iba mejorando en Flandes: crecía el odio contra Granvela; el de Orange y los suyos se correspondían con la reina de Inglaterra y se empeñaban

(1) Carta del rey á la duquesa de 1562. — Archivo de Simancas, de Parma, en Madrid, á 17 de julio. Estado, leg. 322.

en asistir á la dieta alemana de Francfort contra la voluntad de la gobernadora: esta se negaba ya á convocar los Estados generales de Flandes, cuya congregacion aquellos pedian; el cardenal rogaba «*por amor de Dios*» al rey que fuese, porque si el pueblo se sublevaba todo era perdido; y el modo que tuvo Felipe de congraciar á la princesa regente que tanto sufría por sostener su autoridad fué negarle el castillo de Plasencia, que le habia pedido devolviese á su marido el duque de Parma; negativa que llenó de afliccion á la duquesa, que la hizo verter muchas lágrimas, prorumpir en amarguísimas quejas contra el rey, y la puso á punto de hacer renuncia del gobierno, que hubiera sido una fatalidad, pero tambien una merecida leccion para el monarca ⁽¹⁾.

La situacion de Flandes se iba haciendo crítica, y se acordó enviar á España al señor de Montigny para que informase al rey del estado alarmante del país, y de sus verdaderas causas. El mismo Felipe le instó á que se las manifestára con franqueza, y el magnate flamenco le señaló las tres principales, á saber: Primera: la ereccion de nuevos obispados sin consejo ni intervencion de los naturales del país. Segunda: el rumor de que se intentaba establecer en

(1) Correspondencia de la gobernadora y de Grauveld con Felipe II, setiembre y octubre de 1563.

—Archivo de Simancas, Estado, leg. 521 y 522.

las provincias la Inquisicion á estilo de España. Tercera: el ódio general con que era mirado el cardenal Granvela, no solamente por los nobles, sino por todo el pueblo, ódio tan profundo, que era muy de temer produjera una sublevacion. El rey contestó á estos cargos diciendo: que el ódio á Granvela era infundado é injusto, porque él no habia tenido parte alguna en las medidas de que los flamencos se quejaban; que la creacion de obispados no tenia más objeto que proveer á las necesidades religiosas de las provincias, y que nunca habia entrado en su pensamiento establecer en Flandes la Inquisicion de España (diciembre, 1562). El efecto que produjo en los Países Bajos el conocimiento de estas respuestas, ya trasmitidas por el rey á la gobernadora y al cardenal, y publicadas por Montigny á su regreso, con ánsia deseado, fué del todo contrario al que Felipe II. se habia propuesto. Los ánimos se enconaron más; las cosas fueron á peor; sin rebozo se fraguaban ya planes y confederaciones contra el cardenal y los llamados cardenalistas, por el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn el marqués de Berghes, y otros magnates y barones; hasta el mismo Montigny, calificando de abuso la pena de muerte por delitos en materia de religion, que se le mandaba aplicar á los turbulentos hereges de Valenciennes y de Tournay, se unia á los próceres conspiradores. Tal era ya la inquietud de la princesa y del cardenal, que aque-

lla se empeñaba en resignar el gobierno, y éste proponía venirle á Madrid.

¿Qué medidas tomaba para conjurar tan inminente tormento Felipe II.? Instar á la duquesa de Parma á que continuara al frente del gobierno; decir á Granvela que no viniese, que allí podía hacerle mejor servicio, que se conservara firme, y no renunciara al establecimiento de Malinas, y aconsejar á la una y al otro que procuraran introducir la desunion y la discordia. El Rey no creía ni podía persuadirse de que las cosas podrían llegar al punto que allí temían; y de que diseminadas se avisaban (1).

No obstante los manejos empleados para dividir á los enemigos de Granvela, y que produjeron la desercion del conde de Armburg y de algunos otros, los Heftas continuaron sus trabajos; reservándose, antes de apelar á otros recursos, á pedir al rey abier-

(1) Para evitar la confusión de esta adscripción á nuestros lectores, que escribieron con asombro de Flandes refiriendo á la vista una inmensa correspondencia oficial y privada, casi diaria, entre todos los personajes, en España, como españoles, incluso el rey y los secretarios de los gobiernos de allí y de acá, que figuraron en aquellos rubricados apócrifos, la correspondencia es copiada, y sobremanera abundante los documentos auténticos que poseemos. Además de los muchos que por nosotros mismos hemos examinado en el archivo de Simancas, y de los muchos de documentos que se

publicaron en Amsterdam en 1739 para ilustrar la historia de las guerras de Flandes del Padre Escorda. Mr. Richard, archivero general de Bélgica, y miembro de la Academia Real de la Historia, en 1810 á 1814 y 1815, donó algunos volúmenes en cuatro tomos de 150 páginas cada uno, con una reseña de cerca de 1,000 documentos relativos á los negocios de los Países Bajos, copiados por él de nuestro archivo de Simancas donados por comisión de su gobierno la propiedad por espacio de cuatro ó cinco años. Todo lo tenemos á la vista para la historia que vamos dando de aque-
los acontecimientos.

tamente la separacion de Granvela, como lo hicieron el de Orange y los de Egmont y Horn, en carta que le dirigieron á 11 de marzo (1563), en la cual, entre otras cosas, le decian: «Cuando los hombres principales y los más prudentes consideran la administracion de Flandes, claramente afirman que en el cardenal Granvela consiste la ruina de todo el gobierno; por lo cual se sienten tan altamente traspasados los ánimos de los flamencos, y con tan firme persuasion, que será imposible arrancarla de ellos, mientras él viviese entre nosotros. Pedimos, pues, humildes, por aquella lealtad que siempre habeis experimentado en nosotros..... que os sirvais de poner en consideracion cuánto importa atender al comun dolor y quejas de los pueblos. Porque una y otra vez rogamos á V. M. sea servido de persuadirse á que jamás tendrán feliz suceso los negocios de las Provincias, si advierten los súbditos que el árbitro de ellos es un hombre á quien aborrecen..... Este ha sido el motivo por qué los más de los señores y gobernadores de estos estados, y de otros no pocos, han querido significaros estas cosas, para que se pueda obviar á tiempo la ruina que amenaza. Obviaréisla sin duda, señor, como esperamos: y ciertamente podrán más con V. M. tantos méritos de vuestros flamencos y tantos ruegos por el bien público, que no la atencion á un particular, para que querais por solo él despreciar á tantos obedientísi-

«mos criados de V. M. Y más cuando no solo no puede quejarse nadie de la prudencia de la gobernadora, pero aun os deberemos dar todos inmortales gracias por su gobierno.» Y concluían pidiendo que de todos modos los relevára de concurrir en adelante al consejo con el cardenal.

Tardo el rey tres meses en contestar á esta carta, al cabo de los cuales respondió (junio, 1563), que seria bueno que alguno de los tres viniera á España á explicarle de palabra los motivos de sus quejas. Y pareciéndole el de Egmont el más á propósito por su genio para poderle ganar con mercedes y halagos, le escribió particularmente á él mismo, invitándole á que viniese: porque el objeto del rey era introducir las sospechas y la discordia entre los de la liga y debilitarlos dividiéndolos. Pero el de Egmont se nego siempre bajo diferentes excusas á hacer el viage á España para acusar á Granvela, penetrando acaso las intenciones del rey. En el propio sentido se conducian y explicaban los demás confederados, y en vez de venir á dar esplicaciones al monarca, dejaban de asistir al senado con Granvela, y públicamente se congregaban y platicaban entre sí y se correspondian con los reformistas alemanes, ingleses y franceses, sin que la princesa gobernadora, con toda su prudencia y su política, lo pudiese remediar. Y sin embargo, exteriormente mostraban el mayor celo por la religion católica.

Juzgó ya necesario la princesa Margarita despa-
char á su mismo secretario Tomás Armenteros con
instrucciones de lo que habia de informar, proponer
y pedir al rey sobre el estado alarmante de Flandes.
Decíale que la heregía se propagaba en la Baja Flan-
des por las relaciones de esta provincia con Inglaterra
y Normandía; que la secta de Calvino inficionaba
rápidamente la Zelanda y la parte de Luxemburgo
colindante con Francia; que el príncipe de Orange,
los condes de Egmont y de Horn, el marqués de
Berghes, los condes de Mansfeldt, de Megham y el
señor de Montigny, en varias audiencias que con ella
habian tenido, habian tratado de justificar su retirada
del Consejo de Estado, que el tesoro de Flandes
estaba exhausto, y las cargas anuales escedian á las
rentas en más de seiscientos mil florines; que las pla-
zas de las fronteras necesitaban ser reparadas y au-
mentadas; que le dijera cómo habia de conducirse en
el caso que los señores disidentes se obstináran en la
congregacion de los Estados generales; que habia
apurado infructuosamente todos los medios para re-
conciliar á los magnates con Granvela; que el prela-
do era muy celoso por el servicio de Dios y del rey,
pero que no dejaba de conocer que su permanencia
en los Países Bajos á disgusto de los próceres ofrecia
gravísimos inconvenientes, y podia producir hasta un
alzamiento en el país (agosto, 1563).

No comprendemos la dilacion del rey en contes-

tar á tan alarmantes cartas. Hasta octubre no respondió á esta y á otras dos de la gobernadora, desde Monzon, donde celebraba Cortes, y aun entonces se limitó á decirle que agradecía su celo y diligencia, que le causaba gran pesadumbre el estado de la religion en los Países Bajos, y que con Armenteros le responderia mas particularmente. Pero Armenteros no fué despachado á Flandes hasta el 25 de enero de 1564, y las instrucciones que el rey le dió se reducian á decir á la princesa: que queria que los hereges fueran castigados; que escusára cuanto le fuese posible la reunion de los Estados generales, y en el caso de verse hostigada, se remitiera á él; que debia trabajar porque el de Orango y demás nobles disidentes volvieran al Consejo de Estado; que en cuanto á Granvela, se reservaba deliberar, y le haria conocer su determinacion; que conocia los buenos efectos que su presencia podria producir en los Países Bajos, pero que eran tantos los negocios que tenia que arreglar en España, que no sabia cuándo podria efectuar su viage; que entretanto le recomendaba la mayor solicitud por la religion, y que fuera entreteniendo las esperanzas de los señores flamencos.

Mas en este intermedio no habia dejado el rey de consultar al duque de Alba sobre el partido que convendria adoptar. «Siempre que veo cartas de esos tres señores de Flandes, le contestaba el de Alba, me aho-

«ga la cólera en términos, que si no me esforzara por reprimirla, creo que mi opinion pareceria á V. M. la de un hombre frenético.» Decíale que lo más justo seria el castigo, pero no siendo posible por el momento, convenia sembrar entre ellos la cizaña y dividirlos; mostrar enojo contra aquellos que no merecian una pena muy fuerte; y en cuanto á los que merecian que se les cortara la cabeza, seria bueno disimular hasta que se pudiera hacerlo; que Granvela deberia salir secretamente y como fugado de Flandes, irse á Borgoña y de allí escribir á los Países Bajos que habia abandonado á Flandes por ponerse en seguro, porque allí peligraba su vida (1).

Al fin salió Granvela de Flandes á Borgoña (marzo, 1564), con gran júbilo de los nobles, que desde luego comentaron á asistir al Consejo de Estado, y con no poco contentamiento del pueblo, del cual solia decir el cardenal con sarcástico ludibrio: *«ese protervo animal llamado pueblo»* (2). Y salió en buena ocasion, porque los pasquines que contra él diariamente aparecian mostraban hasta qué punto habia provocado ya la irritacion popular. El conde de Egmont le decia con franca lealtad á la duquesa de Parma, que si Granvela volvía á Flandes, como des-

(1) Correspondencia de Felipe II y el duque de Alba.—Archivo de Simancas, Estado, tomo 145.

(2) Carta de Granvela al rey.

Bruselas 25 de febrero, 1564.—Archivo de Simancas, Estado, legajo 629.—Papeles del cardenal Granvela en la Biblioteca de Bruselas.

de el principio se comenzó á susurrar, peligraba de seguro su vida, y el rey se ponía en manifiesto riesgo de perder los Países Bajos. Una librea que los señores flamencos acordaron en este tiempo adoptar unánimemente, á estilo é imitación de las que usaban los señores de Alemania, pero en cuyas anchas mangas habia unas cabezas humanas bordadas á aguja, y unos capirotos como los que llevaban los fatuos y juglares, dieron ocasion á mil interpretaciones siniestras; en los capirotos creian ver representado el capelo del cardenal, y en las cabezas veian simbolizadas las de los llamados cardenalistas; todo lo cual exaltaba los ánimos del pueblo, y cualquiera que fuese la version, era de naturaleza de hacer recelar próximos disturbios (1).

Cuando tal agitacion reinaba en los ánimos, cuando se cuestionaba entre el rey, el duque de Alba y la gobernadora, si traer al cardenal Granvela de Besançon á España ó llevarlo á Roma, la princesa regente cumpliendo con los repetidos encargos, órdenes y recomendaciones de su hermano Felipe, comenzó á perseguir y castigar á los hereges de Flandes, á encer-

(1) «Dirò á V. M. (doda la «princesa Margarita en una carta «al rey) che se il cardinale ritorna «qui, ridurrà le cose in peggior «termine che fossero mai, secondo «quello che molto apertamente mi «hanno significato sempre la mag- «gior parte di questi signori, i «quali di nuovo mi dicono chieru- «mente che se li cardinali torna

«qui, senza fallo alcuno vi sarà «cazzotto, senza che nessun di «loro sia parlo per poterlo rima- «diare, come hanno fatto per il «passato, di chi veramente risulta- «ria la perdita della religione in «questi paesi, et per conseguenza «qualche grande emozione....» Ar- «chivo de Simancas, Estado, lega- «jo 543.

rarlos en calabozos, y á llevarlos á los patíbulos. Nobles y pueblo se alteraron y conmovieron con esto; proclamaban públicamente y á voz en grito que era intolerable crueldad castigar los hombres por asuntos de conciencia, y no siendo culpables de rebelion ni de tumulto, y protestaban y juraban que, ó no se habian de ejecutar los edictos inquisitoriales, ó habian de verse en los Países Bajos cosas más terribles que en Francia, y de ello comenzaron á dar algunas muestras. Un tal Cristóbal Fabricio habia sido llevado á la hoguera en Amberes por herege, y en el momento de aplicar el verdugo el fuego á aquel desgraciado, una lluvia de piedras lanzadas por la gente del pueblo cayó repentinamente sobre el ejecutor y los testigos del suplicio: el verdugo remató con el puñal á su víctima para acelerar la operacion y huir del peligro, y el alboroto se reprodujo con furor al siguiente dia. En Bruges el senado mismo de la ciudad arrancaba de las manos de los alguaciles otro herege condenado por el inquisidor, y encarcelaba á los ministriles, y se quejaba á la gobernadora contra el representante del Santo Oficio. Escenas semejantes acontecian en otros pueblos. Fluctuaba el ánimo de la princesa entre los inconvenientes y peligros del rigor inquisitorial, y los apremiantes mandamientos del rey, ordenándole el castigo de los hereges, que él mismo designaba desde España, individualizando sus nom-

bres, sus oficios y las señas de sus vivencias ⁽¹⁾.

Agregóse á esto el empeño de Felipe II. de hacer recibir en Flandes y guardar y cumplir como ley del Estado los decretos del concilio de Trento; á la manera que lo había hecho en España y en otros dominios de su corona. De aquí surgieron nuevas y más graves dificultades y complicaciones en los Países-Bajos, hasta conmovidos ya. La mayoría de los nobles resistió fuertemente esta medida, fundándose en que varios de los capítulos y disposiciones del concilio eran contrarios á los privilegios de algunas provincias y ciudades, y negábanse á recibirle, por lo menos mientras aquellos capítulos no se exceptuasen ó suprimiesen. Insistía el rey en que se aceptara sin restricciones ni limitaciones, pues no podía sufrir ni tolerar que habiendo sido recibido en España en todas sus partes, se le pusieran embarazos y se exigieran condiciones en ninguno de sus señoríos con menoscabo de su autoridad, y con tan funesto ejemplo para la vecina Francia, donde tampoco era recibido. La princesa Margarita encontraba apoyo en el consejo privado para la ejecución de la voluntad del monarca español, pero oponíale tenaz resistencia el senado ó consejo general (de setiembre á diciembre de 1564).

En este nuevo conflicto túvose por conveniente,

(1) Documentos del archivo de des, Década I. lib. IV.—Benito-Simancas, Estado, legajos 525 y gilo, Guerras de Flandes, lib. II. 526.—Entrada, Guerras de Fla-

y aun necesario, enviar á España al conde de Egmont para que espusiese y representase al rey la verdadera situacion del país, sus necesidades y sus peligros, y le hablase al propio tiempo de otro suceso que estaba aumentando la alarma de los flamencos, á saber, la entrevista y las pláticas que celebraban entonces las reinas de Francia y de España en Bayona, de que antes dimos cuenta, y sobre las cuales corrían en Flandes las conjeturas y rumores más siniestros. Esta vez aceptó el de Egmont con gusto su embajada á Madrid con la esperanza de alcanzar medios en sus personales intereses. Recibió Felipe II. con mucha complacencia (marzo, 1563) al ilustre capitán á quien debió algunos años antes el glorioso triunfo de Gravelines. Oídas sus esplicaciones verbales, é informado de las instrucciones que el de Egmont traía de la princesa, reunió Felipe II. una junta de teólogos y doctores para consultarles sobre el punto de la religion ó de la libertad de conciencia que con empeño pedían las ciudades de Flandes. Respondiéronle, después de una madura reflexion, los teólogos consultores, que atendido el estado de aquellas provincias y los males que de provocar una rebelion podian seguirse á la iglesia universal, creian que podia muy bien S. M. sin ofensa de Dios dejarlos el libre culto, sin cargo alguno para su real conciencia. Entonces el rey separándose del dictámen de sus asesores, protestó y juró que preferiria perder mil vidas que tuvie-

se á permitir se quebrantára en un punto la unidad religiosa y que le llanáran señor de quienes tanto ofendian á Dios. Y á poco tiempo despachó al de Egmont (abril, 1565) con las cartas de respuesta á la princesa gobernadora ⁽¹⁾.

Partió, pues, el conde flamenco de Madrid con las instrucciones, muy complacido y contento por las mercedes personales que recibió de su soberano y cuya esperanza le habia hecho la embajada tan agradable, llevando al propio tiempo á la princesa regente su hijo Alejandro, príncipe de Parma, criado en la corte de España, y casado ya con la princesa María de Portugal, hija de Eduardo y nieta del rey don Manuel, causando gran contentamiento y placer á Margarita de Austria, que despues de tantos años volvía á abrazar con la ternura de madre á su hijo ⁽²⁾.

Mas sucedió que á poco de haber regresado Egmont con los despachos del rey, escritos en sentido bastante templado, y cuando en su virtud parecia que los ánimos comenzaban á aplacarse algun tanto, se recibieron otros espedidos en Valladolid, de todo punto contrarios á los que levára el conde mensajero, mandando á la princesa que no alojára en manera alguna en la perquisa y castigo de los anabaptis-

(1) «Instruccion de las cosas que vos, príncipe de Grave, conde de Egmont, mi primo y de mi Consejo de Estado, habeis de decir en mi nombre á la duquesa de Parma, mi hermana.»—Archivo de Simancas,

Estado, leg. 527.

(2) Este Alejandro es el que veremos más adelante rigiendo y gobernando los estados de Flandes.

tas y otros herages, que restableciera en todo su vigor los edictos imperiales, que publicara el concilio sin restricciones, que reorganizara el Consejo de Estado, que hiciera á los nobles abohr y desterrar la nueva librea, con otras prevenciones no menos rigurosas ni menos opuestas á las que un mes antes habia dado. Encendiéronse con esto y se irritaron más los espíritus; creció la indignacion del pueblo; los nobles tomaron una actitud más siniestra y hostil y se confederaban más abiertamente; el mismo conde de Egmont se quejaba amargamente del compromiso en que el rey le habia puesto, en detrimento de su buen nombre, con medidas tan contrarias á las instrucciones que le dió por escrito y á las ofertas que verbalmente le habia hecho, y amenazaba retirarse del servicio de su soberano. La gobernadora, que por una parte, en obediencia á las ordenes de Felipe, publicaba el concilio, restablecia los edictos, y empleaba fuertes medidas contra los protestantes, por otra no dejaba de arbitrar medios para templar la efervescencia popular, escribia frecuentemente al rey pintándole lo alarmante y peligroso de la situacion si no amioraba sus rigores, inclinábale á ello, y le escitaba vivamente á que pasase allá para que viese por sí mismo el estado del pueblo y los inconvenientes y riesgos de su sistema de intolerancia. Mas todos sus esfuerzos se estrellaban contra la insistencia y la dureza del rey, que no cesaba de repetirle que castigá-

ra y procediera contra los hereges, sin remision, sin consideracion á clases ni á personas; que tales males no se curaban con remedios suaves, sino con ásperos cauterios; que diera todo género de proteccion y ayuda á los inquisidores, y que esta era su voluntad, la cual queria se ejecutára y cumpliera y la hiciera ejecutar y cumplir á todos los magistrados de las provincias.

Así pasó todavía aquel año, pareciendo milagroso que tardara tanto en reventar con fuerte estampido tan profunda y general irritacion; y todavía en enero de 1866 volvia la gobernadora á decir á Felipe: «La resolucion de V. M. sobre la Inquisicion y la observancia de los edictos empeora esto de dia en dia: deploro la determinacion, y creo que V. M. ha sido mal aconsejado: la Inquisicion se hace insoportable á estas gentes: en Amberes y en Bruselas se publican carteles y circulan libelos que provocan á la rebelion, y el presidente Viglio y los más afectos á V. M. me aconsejan que no dé apoyo á los inquisidores para castigar estos delitos, por temor á los gravísimos inconvenientes que se podrían seguir: los gobernadores y magistrados de las provincias me dicen sin rebozo que no quieren ayudarme y contribuir á que sean quemadas cincuenta ó sesenta mil personas. La escasez y carestía de las subsistencias, los atrasos en las pagas de las tropas y la poca confianza que me inspiran aumentan mis temores y me hacen temblar: os suplico

humildemente que lo mediteis bien y deis alguna satisfaccion á los señores del país; es imposible hacer más de lo que yo estoy haciendo, y lo único que deseo y me resta es poderme retirar ⁽¹⁾.»

Felipe II.º se mantenía inexorable, y tan violenta situacion no podia mantenerse así mucho tiempo. Varios jóvenes de la nobleza, que se correspondian con los protestantes alemanes, ingleses y franceses, hicieron en Breda una liga ó confederacion, en que se obligaron bajo juramento á resistir con la fuerza y rechazar con las armas la Inquisicion y los edictos, protestando no proponerse en ello sino el mejor servicio de Dios y del rey. Centenares de nobles y caballeros se fueron adhiriendo al *Compromiso de Breda*. Sin embargo, no todos los conjurados se proponian los mismos fines; los habia que proclamaban la libertad de conciencia; algunos solo se oponian á los rigores de la Inquisicion y de los edictos; otros aspiraban á variar de soberano aclamando la libertad del país, y no faltaban quienes se proponian solo medrar con la revolucion; pero el grito general y el clamor unánime era contra la Inquisicion y los edictos co-

(1) La duquesa de Parma al rey, de Bruselas, á 9 de enero de 1566. — Archivo de Simancas, Estado, legajos 530 y 531.

Tan llegó a ser el convencimiento del odio con que era mirada la Inquisicion en Flandes, que el mismo cardenal Granvella, desde Roma, donde había ido de orden del rey, le decía al secretario Gon-

zalo Perez: «Es muy necesario que S. M. escriba luego para quitar esta opinion de Inquisicion, y no hay que pensar de ponerla en Flandes, ni á Nápoles, ni á Milan, so pena de cierto alboroto.» De Roma, 1.º de febrero, 1566. — Archivo de Simancas, Estado, legajo 503.

árreos. Su plan era sublevar de pronto las provincias de Frisia, Güeldres, Holanda y Utrecht, para caer luego sobre Bravante. Los principales nobles, el príncipe de Orange, los condes y marqueses de Horn, Berghes, Mansfeld, Meghem, Hooghs-tracten, Egmont, Montigny y otros, se mostraban agenos á la confederacion, aunque se quejaban de la conducta del rey para con ellos, y de que los tuviera y tratara como sospechosos. La princesa los consultaba, y todos unanimemente le respondian que no habia mas medio de conjurar la tormenta que abolir la Inquisicion y moderar los edictos, y la duquesa á su vez escribia al monarca que no le quedaban sino dos estremos, o emplear pronto el rigor y la fuerza, ó conceder lo que los sediciosos pedian.

El 2 de abril (1566) entraron en Bruselas Brederode y el conde Luis de Nassau, hermano del de Orange, con doscientos ginetes, llevando todos en el arzon de la silla un par de pistolas, y los dos gefes se alojaron en la casa del príncipe de Orange. El 3 llegaron los condes de Vaden Berghe y Calembourg con ciento cincuenta caballos, sin los que iban entrando á la destilada. Con este alarde y aparato de fuerza se proponian los conjurados presentar a la gobernadora su memorial o peticion. La princesa, sin embargo, les puso por condicion que habian de presentarse desarmados. Hiciéronlo así en número de

trescientos caballeros, llevando la palabra el conde de Brederode. A los pocos dias respondió la gobernadora á la requesta de los conjurados, dándoles esperanzas de que seria abolida la Inquisicion, de que se moderaria el rigor de los edictos, y se concederia un perdón general, pero teniendo que consultar la intencion y la voluntad del rey. Como los coligados se presentáran en la audiencia sin insignias ni condecoraciones y todos con unos sencillos trages grises, el conde de Berlaymont, del partido del rey, á quien la princesa confió la alarma que aquello la causaba, quiso tranquilizarla diciendo: «Señora, no son sino unos pobres mendigos: *Ce ne sont que de gueux* ⁽¹⁾». Hízoles gracia el nombre á los de la liga, y en sus banquetes brindaban gritando: «¡Vivan los mendigos! *Vivent les gueux!*». Tomáronlo, pues, por divisa, y todos los confederados adoptaron un tosco vestido gris, y andaban con una alforja al cuello, unas escudillas de palo á la cintura, y una medalla al pecho que representaba en el anverso la efigie de Felipe II. con el mote: *En todo fieles al rey*, y en el reverso dos manos sosteniendo una alforja con el lema: *Hasta llevar la alforja*. Las escudillas, que al principio eran de palo, las llevaron despues de oro los gefes de los confederados.

(1) *Gueux*. El que así los llamó quiso significar, segun la princesa misma decia en sus cartas, *bras ó mendigos con puntas de sabandias*.

A consecuencia de la oferta hecha por Margarita de Austria á los de *la noble union*, que así se titulaban también, acordó enviar á España al marqués de Berghes, gobernador de Henao, y al baron de Montigny, que lo era de Tournay, para que vieran de persuadir al rey su hermano de lo mismo que en los despachos le decía, á saber; que accediera á abolir la Inquisicion y á moderar los edictos, segun ella habia ofrecido á los peticionarios, y en cuya necesidad convenian los caballeros del Toison y los gobernadores de las provincias á quienes habia consultado; y al tiempo que esto hacia recibia cartas de Felipe en que daba su aprobacion á muchos actos de la princesa, pero manifestando no consentiria en la supresion del Santo Oficio, ni en la modificacion de los edictos, ni en la asamblea de los Estados generales (mayo, 1566). La discreta Margarita ocultaba muy prudentemente las intenciones y mandamientos del rey hasta saber el resultado de la embajada.

No es fácil explicar favorablemente la conducta misteriosamente sospechosa y doble de Felipe II. en negocio de la calidad del de Flandes, tan importante y de tan inmensas consecuencias. Demás de la incomprensible dilacion del remedio, de que amigos y enemigos juntamente y con razon ya se quejaban, despues de la venida de Montigny pasábanse meses sin dar más resolucion al magnate flamenco, sino que lo pensaria y avisaria tan pronto como los negocios de España se

lo permitieran. Hablábale con mucho agrado, y le entretenía llevándole de Madrid al Escorial, del Escorial al bosque de Segovia y otros lugares, mas sin darle nunca una contestacion definitiva. Al marqués de Berghes, que desde el camino queria volverse á los Países Bajos, le escribia el rey que no dejara en manera alguna de venir á Madrid (agosto, 1566). Y cuando tuvo aquí al segundo mensajero, no estuvo con él más esplicito que con Montigny: á ambos los retenia sin darles respuesta, y sin saber ellos qué pensar de tan extraña conducta. ¡Ojalá hubiera sido este el peor mal para ellos!

Entretanto la tempestad allá arreciaba: á la conjuracion de los nobles siguieron los tumultos en los pueblos; multiplicábanse los libelos, los pasquines, las proclamas incendiarias; prediadores protestantes derramados por todo el pais acaloraban á las masas con sus sermones; cantábanse por las calles de las ciudades los salmos de David con la glosa luterana; doscientos nobles de los coligados, reunidos en Saint-Trond, añadían á las tres peticiones anteriores la de que se congregaran los Estados generales; celebrábanse en varias poblaciones reuniones populares y tumultuosas de ocho, diez, doce y diez y seis mil personas. A las repetidas y apremiantes consultas que en su conflicto sobre tan alarmante estado le dirigia la princesa regente, ¿qué respondia el rey? La mandaba que se mantuviera firme en negar y resistir la con-

gregacion de los Estados generales, pero encargándola no revelase á nadie esta orden suya. «Vos no lo consentireis, ni yo lo consentiré tampoco, pero no conviene que eso se entienda allá, ni que vos teneis esta orden mía, si no es para lo de agora, pero que la esperais para adelante, no desesperando ellos para entonces dello, aunque, como digo, yo no lo haré, porque entiendo muy bien para lo que se pretende, y por esto mismo no he querido permitirlo antes (1).»

La autorizaba, aunque en términos no muy explícitos, para otorgar un perdón general á los sublevados, y levantaba un acta ante el notario Pedro de Hoyos, y á presencia del duque de Alba, del licenciado Francisco de Menchaca, y del doctor Martín de Velasco (2 agosto,) declarando que no lo había hecho libre ni espontáneamente, y que por tanto no se creía ligado por aquella autorizacion, sino que se reservaba el derecho de castigar á los culpables, y especialmente los autores ó motores de los disturbios (2). Ofrecía á los flamencos que haria cesar la Inquisicion, y escribia á don Luis de Requesens, su embajador en Roma, que casi se alegraba de que le hubieran forzado á ello, porque siendo un tribunal puesto por Su Santidad, mientras Su Santidad no le suprimiera,

(1) Carta de Felipe II á la duquesa de Parma, de Balaín a 2 de agosto, 1556.— Archivo de Simancas, Estado, leg. 532.

(2) Documento en latín. Archivo de Simancas, Estado, legajo 531.

quedaba en franquía de dar por nula la abolición cuando le conviniera ⁽¹⁾. Y respecto al perdón ofrecido, tan lejos estaba de su ánimo realizarlo, que añadía: «Y así podreis certificar á Su Santidad que antes que sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religion y del servicio de Dios, perderé todos mis estados y cien vidas que tuviese, porque yo ni pienso ni quiero ser señor de hereges..... y si no se puede remediar todo como yo deseo sin venir á las armas, estoy determinado de tomallas, y ir yo mismo en persona á hallarme en la execucion de todo, sin que me lo pueda estorbar ni peligro, ni la ruina de todos aquellos paues, ni la de todos los demás que me quedan, á que no haga lo que un príncipe cristiano y temeroso de Dios debe hacer en servicio suyo.....»

Más, ó llegó tarde el remedio si remedio era, ó la forma de las concesiones no satisfizo á los flamencos, ó penetraron estos las intenciones del rey, es lo cierto que la tempestad que tanto tiempo estaba amenazando estalló al fin de un modo estruendoso y horrible. En Saint-Omer, en Iprés, en Amberes, en Gante, en multitud de ciudades flamencas, casi á un tiempo y en unos mismos dias fueron furiosamente

(1) «Y por la prieta que dieran en esto no yo tiempo de consultarle á S. S. como fuera justo, y quizá habrá sido así mejor, pues no vale nada sino quitándole S. S., que es quien la pone; pero en esto conviene que aya el secreto que se puede considerar» -- Simancas, Estado, legajo 901.

asaltados é invadidos por frenéticas bandas de hereges los templos, destruidas las santas imágenes, hechos pedazos los altares, hollados los tabernáculos y los vasos sagrados, quemados los libros del oficio divino, los ornamentos y vestiduras sacerdotales, destrozados los órganos, los púlpitos los preciosos cuadros, los objetos todos del culto, ó con impio furor, ó con sacrilego escaño. Sobre cuatrocientas iglesias sufrieron los rigores del más desatado vandalismo. Entrábase las turbas de tropel en los conventos y los frailes eran lanzados de allí con groseros insultos, ó los golpeaban y apedreaban. Las vírgenes abandonaban despavoridas sus religiosos asilos, guareciéndose cada cual donde creyera estar más escondida y segura. En los varios dias que duró la destrucción, la profanación y el saqueo, los magistrados no dieron señales de querer emplear su autoridad para reprimir los desórdenes ni castigarlos: condujéronse casi todos ó como cómplices ó como cobardes, y el país estuvo á merced de los arrotinados, hasta que sus mismos caudillos los mandaron cesar, creyendo que ya en adelante nadie se atreveria á molestarlos en materia de religion. La regente envió á algunas partes las pocas tropas de que podia disponer, y en otras exasperados los católicos se levantaban á su vez contra los profanadores y destructores de sus templos, y dentro de los templos mismos se herian, mataban y degollaban hereges y católicos con igual rabia y exal-

tacion. La misma princesa regente, sabedora de que habia en Bruselas más de quince mil protestantes, intentó dos veces huir de aquella ciudad y refugiarse á Mons, y ambas la disuadieron de ello el de Orange, el de Egmout y otros magnates, y aun le cerraron las puertas de la ciudad para que con su fuga no crecieran más la anarquía y los desordenes.

Reunido por ella el senado, algunos próceres le ofrecieron francamente sus servicios, como el de Mansfeld, que se mostró decididamente adicto al rey y á la gobernadora, el de Aramburg, el de Noircarmes, el de Berlaymont y otros. Pero el de Orange, el de Egmout, el de Horn y otros de los más poderosos é influyentes, y de los que aparecian más templados, esponiendo que lo primero de todo era la conservacion del Estado, y despues se restablecería la religion: pidiendo la convocación de los Estados generales, pues así lo querian las provincias, y de no convocarlos, se reunirían ellas mismas de su propia autoridad; que ofreciera perdon general á los confederados, y se les haria repouer las armas y romper el Compromiso.

La gobernadora, á fin de evitar mayores males é inconvenientes, tuvo por oportuno ceder á la necesidad, y en su virtud espidió un edicto (23 de agosto), prometiendo que si ellos desarmaban al pueblo en los lugares donde se predicaba, y se contentaban con tener su culto sin desórdenes ni escandalos, ella no

usaria de la fuerza ni obraria contra ellos, mientras S. M. con parecer de los Estados generales otra cosa no ordenase, á condicion de que ellos tampoco estorbarian el ejercicio de la religion católica ⁽¹⁾.

Daba puntuales y circunstanciados avisos al rey; inclinábale á que permitiera la asamblea de los Estados; instábale á que apresurara su ida á Flandes (15 de setiembre, 1566). porque si la diferia dos meses, todo se perderia sin remedio; enviábale una lista de los nobles que sabia entraban en la confederacion y de los que se mantenian adictos al rey; decíale que el principe de Orange, á quien los protestantes de Amberes aclamaban, por más que él se mostrara tan católico, les había concedido tres templos para sus predicaciones y para su culto en lo interior de la ciudad; que el conde de Horn había hecho otra concesion semejante en Tournay, donde le había enviado á sofocar las turbaciones; que el de Egmont no le inspiraba ya confianza; que recelaba mucho de poner en manos de los gobernadores de las provincias las tropas destinadas á obrar contra los sectarios; que en Francia, en Inglaterra, en Sajonia,

(1) «*Moyennant les choses contenues en lettres d'assurance, et considéré la force et nécessité inevitable, presentement regnaut, sou Altesse sera conquisite que les seigneurs traitans l'accord avec ses Gentilzhomes leur dient que en mettant aux les armes bas au peuple, es lieux ou de fait se font les presches, et se continans sans fai-*

re aucun scandale ou desordre, lon n'usera de force ni de voye de fait contre eux en dictz lieux ni en allant, ni en venant, tant que par S. M. á l'advys de Estatz generaux sera autrement ordonné avec telle condition quilz n'empeschent aucunement en quelque maniere que se soit la Religion catholique, etc.»

en Hesse y en otros varios puntos de Alemania se levantaban tropas en favor de los confederados y contra los católicos de Flandes.

A estos y otros no menos alarmantes avisos, ¿qué contestaba el rey Felipe II. y con que medidas respondia? Decíale en 1.º de octubre á la gobernadora, que le causaba gran pesadumbre el estado fatal de los Países Bajos, que aprobaba y agradecía su comportamiento; que economizara los dineros que le enviaba; que la autorizaba para levantar tropas de infantería y caballería; que en lo sucesivo no enviara á las ciudades católicas y fieles hombres dañados; que si no fiaba de los gobernadores de las provincias, los retirara lo más políticamente posible, y los reemplazara con otros, aunque fuesen de inferior categoría, con tal que fueran probados católicos. Y en cuanto á su ida á Flandes, manifestaba haber de diferirla por hallarse enfermo de tercianas. Y entretanto ardian en Flandes las turbulencias en términos, que hasta las mugeres y las señoras tomaban parte en ellas y se tumultuaban, unas contra los protestantes, otras contra los católicos. Las de Amsterdam se arrojaron denodadamente sobre los hereges, que acababan de lanzar á palos y á pedradas los frailes franciscanos de su convento; pero en cambio las de Delft penetraron con loco frenesí en otro convento de San Francisco, derramaronse arrebatadamente por el templo, por los claustros y las celdas, intimidaron é hicieron es-

condenar á los religiosos, y destrozaron cuanto cayó en sus manos.

Ya no eran solamente interiores disturbios los que agitaban los Países Bajos, aunque aquellos tambien crecian y se aumentaban diariamente, sino que la cuestion iba tomando por fuera dimensiones colosales, puesto que casi todos los príncipes y estados de Europa se aprestaban á favorecer con las armas uno de los dos partidos en que estaban divididos los flamencos, como lo estaban los franceses y alemanes. Era la guerra de religion, que despues de haber devastado las poblaciones y enrojecido de sangre los campos de Alemania y de Francia, anunciaba que iba á trasladar su sangriento teatro á los Países Bajos. Así es que los protestantes flamencos contaban con el apoyo de Inglaterra y con el auxilio de Suiza: el príncipe de Condé, el almirante de Coligny y los demás gefes de los hugonotes de Francia daban su mano á los hereges de Flandes; mientras el rey Carlos IX. y la reina Catalina habian de ayudar á Felipe II, á Margarita de Austria y á los católicos flamencos, segun ya se esperaba de las conferencias de Bayona. La Alemania protestante daba tropas á los confederados flamencos y los estados católicos de Alemania estaban prontos á suministrarlas á la princesa regente y á los católicos de Flandes: decididos estaban en favor de estos los duques de Brunswick y de Baviera, con otros príncipes de su comunión, y

resueltos estaban á socorrer á aquellos los de Sajonia, Hesse y Witemberg, el conde Palatino, y otros príncipes lateranos. El emperador Maximiliano, que habia sucedido en el trono imperial de Alemania á su padre Fernando, tío de Felipe II., si bien mostraba estar dispuesto á dar su ayuda al rey de España y á la gobernadora de Flandes, y mandaba por edicto que ningun aleman pudiese á hacer armas contra los católicos flamencos, inclinábase más á ser mediador de paz y á buscar un término á aquellas turbaciones por el camino de la conciliacion, porque él tambien temia desmembrar sus fuerzas á causa de las amenazas del turco.

Con esto, y con las noticias que Felipe seguia recibiendo de Flandes, de nuevas reuniones de los nobles confederados en Termonde, de la conducta ambigua é indefinible de los condes de Horn y de Egmont, de algunas arrogantes y amenazadoras palabras del príncipe de Orange, á quien Felipe antes habia ensalzado tanto y escrito frases tan lisonjeras, y con las instancias de la gobernadora (octubre y noviembre, 1566) para que apresurara su ida allá, sin reparar en que fuese invierno, porque tampoco su padre Carlos V. habia reparado en marchar en la estacion más cruda á reprimir y castigar el motin de Gante, resolvióse ya Felipe II. á enviar un ejército de españoles é italianos, y á dar orden y nombrar capitanes para las banderas que habian de ir tambien de

Alemania, aunque él esperaba que no darian lugar los confederados de Flandes á verse acometidos por el ejército real; antes fiaba en que, penetrados de la inferioridad de sus fuerzas para resistirle, habian de someterse sin que hubiera necesidad de emplear contra ellos la fuerza. Mas en cuanto á su ida á los Países Bajos, si bien protestaba que se engañaban mucho los que andaban vociferando que no acabaria nunca de salir de España, y así lo prometia tambien á la gobernadora (20 de noviembre), lejos de apresurar el viage, decíale en carta confidencial al cardenal Granvela que esperaba las deliberaciones de las Cortes de Castilla, convocadas á principios de diciembre, para ponerse en camino.

Por su parte los confederados, á quienes no faltaban confidentes en la corte de España que les informaran de todo, alarmados con la noticia de la ida del rey con ejército, reuniéronse otra vez en Termonde para tratar de si habian de someterse entregándose á su clemencia, ó si habian de oponerse á su entrada. De todo hubo pareceres, y no fueron pocos los que opinaron que sería lo más conveniente mudar de señor, y ofrecerse por vasallos al emperador Maximiliano, que era de la misma casa de Austria, y habia mostrado deseos de componer por medios pacíficos sus discordias. Discurrían que aquella espontánea eleccion le obligaria y comprometeria á tratarlos bien, y cuando no la aceptase, por lo menos en agra-

decimiento interpondría en favor de ellos sus buenos oficios con el rey Felipe. Sin haber tomado allí una deliberacion, se congregaron otra vez en Amsterdam, donde por último acordaron dirigirse al emperador rogándole mediase con el rey de España, á fin de que no fuese allá con ejército: y si esto les fuese negado, resistirlo con las armas y cortarle el paso por Saboya. Hicieron solemne alianza con la plebe flamenca, y se empeñaron con los electores del Imperio, para que en caso de desatenderlos el emperador, le negaran á él todo auxilio contra el turco. Para contentar á los luteranos alemanes, y para que no perjudicara á los confederados la variedad de sus sectas, siendo unos calvinistas, otros anabaptistas y otros luteranos, convinieron en hacer, al menos temporalmente, el sacrificio de sus particulares creencias, y para que hubiese entre todos cierta unidad, acordaron redactar una fórmula de profesion semejante á la confesion de Augsburgo, á la cual se ajustaron todos.

A fines de este año (1566) la princesa regente, cuya paciencia y perseverancia asombra tanto como su laboriosidad en tan largo período de turbulencias ⁽¹⁾, se habia visto precisada á hacer levas y en-

(1) Con mucha razon le escribía su secretario Armenteros al del rey Felipe II., Antonio Perez: «No se cómo vive esta señora... Solo la sostiene ya la confianza en la pronta vesida del rey. Yo temo que contraiga alguna grave enfermedad á consecuencia de tantas

penas y tantos sinsabores como sufre incesantemente. Hace más de tres meses que se levanta antes de amanecer, y los más de los días tiene consejo por mañana y tarde: el resto del día y de la noche le lo vierte en dar audiencias, en leer las cartas y avisos que re-

viar las tropas de que podía disponer para sujetar algunas ciudades rebeldes, á renovar rigurosos edictos contra los predicadores protestantes que infestaban todo el país, y á tomar otras medidas para ver de reprimir la audacia y atajar los vuelos de los disidentes, que en ciudades de importancia, como Amberes y otras no menos populosas, habían procedido á crear sus consistorios, nombrar magistrados y establecer su forma de gobierno como si ellos fuesen ya los dominadores. Pero aquel mismo rigor había exasperado á los confederados, y los mismos que hasta entonces respetaran más su persona, proclamaban que, pues la gobernadora recurría á la fuerza, ellos también mostrarían que tenían gente y entendían de manejar las armas. Y hasta el de Orange, que pidió ir á su gobierno y estados de Holanda, ya que no se le concedió que gobernara en su nombre aquel país Breda, jefe de los insurrectos, dijo á la gobernadora que el único remedio que á tantos males veía era el que se permitiese la libertad de religion y de conciencia, y que se dejara á cada uno profesar la confesion de Augsburgo ó vivir en su casa á su libertad, con tal que en público no escandalizara.

«de todas partes y en contestar á todo.» Carta de Armenteros á Antonio Perez, de Bruselas á 24 de diciembre de 1568. — Archivo de Simancas, Estado, legajo, 531. —Y podía haber añadido: «Y en escribir al rey su hermano tantas

y tan largas cartas que parece imposible que tuviera tiempo y vagar para ello.» Nosotros hemos visto centenares de cartas asísimas escritas por ella sobre todos los sucesos y negocios del Estado.

Habiendo las cosas llegado á este extremo, Felipe II., consultados los de su Consejo sobre el partido que en los negocios de Flandes debería tomar, y oídos los diversos pareceres, adoptó como era de esperar, el del duque de Alba, que siempre había aconsejado que se empleara la fuerza y el rigor contra los herejes. Y además le nombró general en jefe del ejército que había de ir á los Países Bajos, y preparó todo lo necesario para la expedición, que había de ejecutarse tan pronto como apuntara la inmediata primavera, y escribió á la princesa su hermana (desde el Escorial, 31 de diciembre, 1566) anunciándola haber elegido al duque de Alba como capitán general del ejército que tenía determinado enviar á Flandes, y siempre asegurándola que iría también él mismo en persona.

Tal era el estado de las cosas al terminar el año 1566, donde suspendemos este capítulo, porque hasta aquí llega el que podemos llamar primer período de las turbulencias de Flandes (1).

(1) Hemos sacado este extracto del origen, causas y principios de las turbulencias, y preparacion de los grandes acontecimientos de Flandes, de mas de quinientos documentos originales y auténticos del Archivo general de Simancas, que consultan una gran parte del tomo I. de la publicacion de Mr. Guichard; de los publicados por Foppens en el Suplemento á la obra de Estrada, de la Historia de éste, Década I. libros I. al IV., de la Historia de las Guerras de Flandes del cardenal Bentivoglio, lib. I. á IV., de la de Felipe II. de Cabrera, lib. V. y VI. y de los Comentarios de don Bernardino de Mendoza, lib. I.

CAPÍTULO VII.

EL DUQUE DE ALBA EN FLANDES.

SUPLICIOS.

1567.—1568.

Aconsejan todos al rey que vaya á Flandes.—Lo ofrece muchas veces y muy solemnemente, y no lo realiza.—Disgusto de la princesa gobernadora por la ida del duque de Alba.—Situación de los Países Bajos á la salida del duque de España.—Rebeliones que había habido.—Alzamientos de ciudades: Tournay, Valenciennes, Amberes, Maestrich, Bois-le-Duc, Utrecht, Amsterdam, Groninga.—Nobles conjurados: nobles adictos al rey.—Enérgico y heroico comportamiento de la princesa de Parma para sofocar la revolución.—Va sujetando las ciudades rebeldes de Henao, Brabante, Holanda y Flandes.—Castigos.—Restablece la paz.—Nuevo juramento que exige á los nobles.—Quiénes se negaron á prestarle.—El príncipe de Orange se retira á Alemania.—Desconcierto y fuga de los rebeldes.—Castigo de herejes y restablecimiento del culto católico.—Paz de que gozaba Flandes cuando emprendió su marcha el duque de Alba.—Llega á Bruselas.—Su entrevista con la princesa Margarita.—Reséntese la gobernadora de los amplios poderes de que iba investido el de Alba, y hace vivas instancias al rey para que la releve del gobierno.—Instituye el de Alba el *Consejo de los Tientos*, ó *Tribunal de la Sangre*.—Engañoso artificio que empleó para prender á los condes de Egmont y de Horn y otros personajes flamencos.—Los con-

cierra en el castillo de Gante.—Sensación de terror en el pueblo.—Admite el rey la renuncia de la gobernadora.—Pasadumbre de los flamencos por la marcha de la princesa Margarita: sus últimos consejos.—El duque de Alba gobernador de Flandes.—Gobierno sanguinario del duque de Alba confesado por él mismo.—Suplicios.—Espíritu del pueblo y del tribunal contrario á su sistema.—Invasión de rebeldes en los Países Bajos.—Derrota de españoles en Frisia.—Sentencia del duque de Alba contra el príncipe de Orange.—Sentencia contra los condes de Egmont y de Horn.—Son decapitados en la plaza de Bruselas.—Sentimiento é indignación general.—Síntomas de futura venganza.—Miserable suerte de la virtuosa condesa de Egmont.—Notable correspondencia entre el duque de Alba y Felipe II. sobre este asunto.—Tiránicas medidas del duque de Alba en Flandes reveladas por él mismo.

Lo que la princesa Margarita, gobernadora de Flandes, pedía incesantemente al rey Felipe II. su hermano, lo que le suplicaba más de un año hacia en todas sus cartas con el mayor ahinco y empeño, era que pasase en persona á los Países Bajos, como único medio para aplacar aquellas turbulencias. Lo mismo le rogaban todos los nobles flamencos que se le conservaban adictos y trabajaban por el mantenimiento de su autoridad y de la religion católica. Otro tanto le aconsejaba desde Roma el cardenal Granvela. En el propio sentido escribían todos los personajes que mantenían correspondencia con su secretario Gonzalo Perez, y despues con Antonio Perez, su hijo y sucesor en aquel cargo. El pontífice Pio V., que habia sucedido á Pio IV. en enero de 1566, la exhortaba igualmente, ya por cartas, ya por medio de su embajador en Madrid, á que se apresurara á sossegar

con su presencia los pueblos sublevados, diciéndole que si lo difería, ó lo encomendaba á alguno de sus ministros, «Flandes perdería la religion, y el rey perdería á Flandes.»

Todos recordaban, y los que más confianza tenían con el rey le traían á la memoria, el ejemplo de su padre Carlos V., que para sosegar el motín de una sola ciudad flamenca, Gante, no había vacilado en partir rápidamente de Madrid, aventurando su persona hasta ponerse en manos de su gran rival Francisco I. pasando por Francia para llegar más brevemente.

Más de un año hacia también que Felipe II. contestaba á todos anunciando su resolución de marchar á los Países Bajos, dejando unas veces entrever esperanzas, y asegurando otras en términos explícitos la proximidad de su viaje ⁽¹⁾. Sin embargo, tanta dilación en verificarle pudo inspirar á algunos cierta desconfianza en las reales promesas, y ver en ellas una política de entretenimiento. Mas todos estos recelos, cualquiera que los abrigara, poco debieron quedar desvanecidos al ver al rey afirmar solemnemente en las Cortes de Castilla, que siendo como era tan necesaria y urgente su presencia en los estados de Flandes, no podía menos de dejar tempo-

(1) Correspondencia de Felipe II., tom. I. de los publicados por Gachard — Colección de documentos inéditos, tom. IV. — Herrera, Cabrera, Estrada, Benito-gio, Mendoza, en sus Historias, *passim*.

ralmente sus reinos de España, y tenia determinado partir á la mayor brevedad á aquel país ⁽¹⁾. Por espacio de muchos meses continuó todavía despues dando las mismas seguridades. Y sin embargo, no solamente no verificó entonces su expedicion, sino que no llegó á realizarla nunca.

Si la presencia de Felipe II. era tan útil y tan necesaria para asegurar las alteraciones de Flandes como unánimemente lo daban á entender todas las personas de más autoridad y más conocedoras del espíritu de aquellos países y de la índole de su rebelion, difícil es salvar al monarca español del cargo de no haber ejecutado lo que todos le pedian ó aconsejaban, y lo que á todos constantemente prometia, porque las razones que algunos historiadores alegan para salvarle de la falta de cumplimiento de tantas palabras empeñadas y de la responsabilidad de los sucesos que despues sobrevinieron, á saber, «que se traslucian ya en España algunos principios de la rebelion de los moriscos, y que atrigaba en su pecho disgustos y desconfianzas de su hijo el principe don Carlos,» no nos parecen bastante poderosas para dejar de aplicar el remedio tan universalmente aconsejado á un mal que iba tan directamente contra la religion, y á que no era agena la conservacion ó la pérdida de un rico estado.

(1) Cuadernos de Cortes de la la Historia: Cortes de 1567. Peti- Biblioteca de la Real Academia de ~~esta~~ 4.

En su lugar determinó, como hemos visto, enviar con ejército al duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, de cuyo nombramiento comenzó pronto á mostrarse disgustada y sentida la princesa de Parma, gobernadora de los Países Bajos, previendo lo que con él iba á rebajarse su autoridad, y así lo manifestaba sin rebozo al rey. La elección del duque de Alba, personaje conocido por la severidad de su carácter y por sus tendencias al rigor y á la crueldad, representaba ya bien á los ojos de todos el sistema que Felipe II. se proponía seguir para con los disidentes de Flandes. Y no era en verdad este el que tenían por más conveniente y acertado los más prudentes de sus consejeros, aun los enemigos más declarados de los flamencos sediciosos. El mismo cardenal Granvela, tan aborrecido en Flandes, tan resentido de los próceres que le habían lanzado de aquellas provincias, el que había trabajado más á riesgo de su persona por establecer en ellas el rigorismo inquisitorial, el consejero privado de Felipe y de Margarita, no cesaba de exhortar al rey á que usára más de clemencia que de severidad ⁽¹⁾.

(1) «De la cual (de la clemencia) es muy necesario que V. M. use, y que antes dée aún castigo muchos, que dar castigo y pena á los buenos que no lo merecen, antes galardón.»—Carta de Granvela al rey, de Roma á 15 de abril de 1567.—Arch. de Simancas, Estado, leg. 974.

Es por consecuencia exacto

lo que dice Watson (Historia de Felipe II., lib. VIII.), que el cardenal Granvela expuso al rey que nunca fuera menos á propóstito la clemencia, y que si prontamente no se castigaba la insolencia y presunción de los flamencos, no tardarían en disputarle el derecho de mandar, etc.

La salida del duque de Alba de España se diferió hasta principios de mayo (1567). Veamos lo que en este intermedio habia acontecido en Flandes, y cual era la situacion de aquellos paises para poder juzgar de la oportunidad ó inconveniencia de la ida del duque en aquella ocasion.

A consecuencia de haber revocado la gobernadora el edicto de agosto de 1566, que permitia la libre predicacion á los reformistas ó protestantes, con tal que lo hiciesen sin tumulto ni escándalo y soltasen las armas, exacerbáronse de nuevo los de la liga, estrecharon su confederacion y sublevaron abiertamente varias ciudades, demás de las que estaban ya levantadas, y en que dominaban tumultuariamente los adversarios de los católicos. Eran las principales de aquella Tournay y Valenciennes en el Henao; Amberes, Maestrich y Bois-le-Duc ⁽¹⁾ en Brabante; Utrecht y Amsterdam en Holanda; y Groninga en la Frisia. Sobresalia como el más activo y el más audáz caudillo de los sublevados Enrique de Brederode, señor de Vianen que quiso presentar á la princesa regente un nuevo memorial de los confederados, y Margarita le prohibió llegar á Bruselas. El príncipe de Orange que hasta entonces habia seguido una conducta incierta, sin acabar de declararse ni por los católicos ni por los hereges, se puso ya manifesta-

(1) La que nuestros historiadores llaman Bolduque.

mente del lado de los de la liga, y era temible el de Orange en las provincias de Holanda en que tenia su gobierno, y en la importante ciudad de Amberes, donde los sediciosos le habian varias veces aclamado.

Quedaban, no obstante, todavía en favor del rey y de la regente muchos nobles y magnates flamencos, entre ellos los condes de Aremborg, de Arschot, de Meghem y de Berlaymont; los señores de Noirquermas, de Beauvoir y de la Cressouniere, y sobre todos el conde de Mansfelt, el más decidido servidor de la princesa Margarita, y cuya adhesion é importantes servicios no dejaba nunca de recomendar en sus infinitas cartas al rey su hermano, no cansándose de encarecer cuánto le debía en aquellas críticas circunstancias, y cuán digno era de que le dispensara consideracion y mercedes el monarca español. El ilustre conde de Egmont, como más detenidamente adelante diremos, se habia negado á entrar en la liga, por más que le invitaron sus mayores amigos, y entre ellos el de Orange, y se mantenia fiel á la regente y á la causa católica, limitándose á ofrecer que haria deponer las armas á los sublevados con tal que se le asegurara que en soltándolas habrian de obtener perdón general.

Resuelta la princesa á hacer observar su último decreto contra los hereges; sin caer de ánimo con tantas rebeliones y alzamientos de ciudades; sin que

la arredrara verse sin otras tropas que las escasas guarniciones ordinarias, algunos centenares de infantes walones para la guarda de su persona, y muy pocos arcabuceros de á caballo; sin que la intimidaran los auxilios que los rebeldes aguardaban de los príncipes luteranos de Alemania, propuso en consejo levantar gente de guerra para combatir fuertemente la revolucion, y contra el dictámen de los más, que temerosos de poner las cosas en mayor peligro le aconsejaban lo suspendiese por lo menos hasta que fuese el de Alba, procedió con heroica resolución á reclutar gente en el país y alzar banderas en la alta y baja Alemania, y á formar coronellas y á nombrar y designar los gefes que habian de mandarlas, que fueron los mismos próceres flamencos de su adhesion que arriba hemos mencionado. Consultado el Consejo, se acordó dirigirse primeramente contra Tournay, por ser menos fuerte, para marchar despues sobre Valenciennes. Partió pues, de Bruselas el conde de Noirquermes, á quien se encomendó esta operacion. El intrépido flamenco, llevando consigo ocho banderas de infantería walona y sobre trescientos hombres de armas, se encaminó primeramente y con admirable rapidez hácia Lille, donde supo se hallaban reunidos más de cuatro mil calvixistas, gente de la tierra, con ánimo de entrar en Valenciennes, y atacándolos repentinamente, los arrolló y deshizo, degollando cerca de dos mil, despues de lo cual, re-

volvió sobre Tournay, entró en el castillo, y á poco tiempo se le rindió la ciudad.

De allí, dejando presos á los autores de la rebelion, desarmado el pueblo, y encomendado el gobierno de la ciudad al conde de Roeux, en reemplazo del baron de Montigny que se hallaba en España, marchó sobre Valenciennes. Esta era plaza más fuerte, y de más tiempo rebelada. Necesitó, pues, el de Noirquermes cercarla formalmente y emplear contra ella la artillería. Aun así, y estando batiéndola, saquearon los rebeldes é incendiaron los monasterios contiguos. Creyó oportuno la gobernadora despachar al conde de Egmout y al duque de Arschot para que exhortasen á los sublevados á ceder de su pertinacia y les aconsejaran rendirse. Desoidas é in-rectuosos fueron las exhortaciones de los dos magnates; en su vista, el de Noirquermes hizo jugar todas las baterías en los cuales hubo hasta veinte cañones gruesos, que vomitaron más de tres mil tiros contra las murallas, y destrozadas estas, se rindió la ciudad á discrecion. Era el Domingo de Ramos, y entró el vencedor como en triunfo en la plaza. Encarceló, como en Tournay, á los motores y cabezas de la sedicion, removió todas las autoridades, abolió los privilegios, restituyó á los templos el culto católico, remuneró á sus soldados con los bienes confiscados á los culpables, y dejada la correspondiente guarnicion, se dirigió á Brabante á combatir á Maestrich.

En este tiempo, y con la noticia de que el rey se prevenia para ir á Flandes enviando delante al duque de Alba, discurrió la princesa comprometer más á los nobles, exigiéndoles el juramento de que ayudarían al rey contra cualesquiera que en nombre de S. M. fuesen asignados. Juraron sin dificultad el duque de Archot, y los condes de Mansfeldt, Egmont, Meghem y Berlaymont. Negáronse á prestar el juramento Enrique de Brederode, y los condes de Horn y de Hoogstrat, á quienes costó perder sus gobiernos. No hubo manera de hacer jurar al príncipe de Orange, por más recursos y artificios que la gobernadora empleó á intento de persuadirle y convencerle. De entre las muchas razones que el príncipe alegaba para resistirse al nuevo juramento, no dudaba nadie que era la principal su antipatía al duque de Alba, de cuyo carácter tétrico, adusto y vengativo lo temia todo, hasta el que en fuerza de aquel juramento quisiera obligarle á entregar al suplicio á su mujer, que era luterana. Y no dejándose vencer ni de persuasiones ni de ruegos, determinó retirarse con su familia á sus estados de Nassau en Alemania. Cuéntase que antes de partir, viendo que no lograba persuadir á Egmont á que huyese como él la nube de sangre que sobre todos amenazaba descargar, fiando aquel en los servicios hechos a Felipe y en la clemencia del soberano, le dijo estas fatídicas palabras, que muy en breve tuvieron una triste realizacion: «Ese

clemencia del rey que tanto engrandeceis, oh Egmont, os ha de perder. ¡Ojalá mis pronósticos salgan fallidos! Vos seréis el puente que pisarán los españoles para pasar á Flandes.»

La reso'ucion del de Orange, junto con la defeccion del de Egmont, desalentó á los de la liga, y los unos, como el conde de Coulemburg, abandonaron á Flandes; los otros, como el de Hoogstrat y el de Horn, prometian á la gobernadora jurar en su presencia; Luis de Nassau creia prudente seguir al príncipe su hermano, y todos los confederados se deshacían, quedando Brederode, el más temáz y el más osado de todos, para resistir á los embates de una lucha desesperada.

Noticiosos en tanto los de Maestricht de la rendicion de Valenciennes y de la proximidad del de Noirquermes con veinte y una banderas y diez piezas de batir, despacharon una embajada á la gobernadora implorando su perdon y prometiendo someterse á la obediencia del rey. Sin embargo, el autor principal de la rebelion fué colgado por órden de Noirquermes en la plaza pública. Quedó con el gobierno de la ciudad el conde de Berlaymont, y el victorioso general prosiguió á juntarse con el de Meghem la via de Holanda. Atemorizados los de Bois-le-Duc con los triunfos de las armas reales, despues de varias embajadas acabaron por ponerse en manos de la gobernadora sin condiciones, y Margarita dió su perdon ó

castigo hasta la ida del rey, en que todos seguian creyendo. Amberes, el gran núcleo de los reformistas flamencos y alemanes, despues de deshecha por el señor de Beauvoir una masa de millares de hereges en una aldea á orilla del Escalda, y muerto en la plaza de la ciudad el señor de Tolosa, que hacia de cabeza del tumultuado pueblo protestante, se redujo tambien á la obediencia de la gobernadora, lanzando de su seno la turba de ministros y predicadores de la heregia. La princesa regente dió tanta importancia á la rendicion de esta ciudad, que despues de enviar delante al conde de Mansfeldt, el hombre de su mayor confianza, para que tomara posesion de ella en su nombre, pasó ella misma á Amberes donde entró con gran pompa, rodeada de magistrados, consejeros, gobernadores de provincias y caballeros del Toison de oro. Dedicóse á reparar los templos destruidos, á restablecer el culto católico, á dar orden en el gobierno político de la ciudad, á hacer pesquisa de los principales perturbadores, y á recoger las armas de manos de los del pueblo.

Allí vinieron á hablarla embajadores de los príncipes protestantes de Alemania, á saber, los de Sajonia, Brandeburgo, Wittenberg, Baden y Hesse, los cuales, ya que no habian dado á sus correligionarios flamencos el socorro material de tropas que de ellos esperaban, iban á pedir que no se prohibiera el libre ejercicio de su religion á los que profesaban

la Confesion de Augsburgo, ni menos se les aplicáran las demás leyes de España. Fuerte y aun áspera fué la respuesta de Margarita, diciéndoles entre otras cosas, «que dejasen al rey gobernar sus reinos, y no fomentasen disturbios en provincias ajenas, haciéndose abogados de hombres turbulentos.» Con cuya desabrida contestacion se volvieron disimulando mal su enojo.

De la misma manera que el Henao y Brabante se fueron sometiendo la Holanda y la Frisia. El conde de Meghem destruyó con trece compañías más de cuatro mil rebeldes holandeses, teniendo que fugarse por mar los que habian quedado. Incorporados ya Meghem y Noirquermes, lanzaron de Amsterdam á Brederode, el más contumáz de los confederados, que fugado primeramente á la Frisia Oriental, y refugiado despues en Westfalia, murió allá más adelante, acaso menos de enfermedad que de frenética desesperacion. Amsterdam, Leyden, Harlem, Delft y otras ciudades de Holanda recibieron á las tropas reales. Middelburg y demás poblaciones de Zelanda reconocieron la autoridad de la gobernadora. Toda la Frisia, inclusa Groninga, se sometió al gobernador conde Aremberg. Finalmente, no quedó en los Estados de Flandes provincia, ciudad, villa, aldea ni castillo que no se sujetára, de bueno o de mal grado, á la princesa regente ⁽¹⁾.

(1) Zurada, Guerras de Flandes, Decada I., libro VI.—Mendo-

Increíble parecería, á no persuadirlo la incontrastable elocuencia de los hechos, que en el espacio de pocos meses se hubiera sosegado una tan general alteracion, reemplazándola una pacificacion tan general: testimonio grande de la prudencia y de los esfuerzos de la princesa Margarita, y del prestigio que sin duda habia alcanzado su nombre en el pais. Ocupóse la de Parma en guarnecer las ciudades rebeldes, haciéndoles mantener á su costa la milicia; en levantar ó proyectar fortalezas que las sujetaran, señalando ya el sitio en que habia de erigirse la ciudadela que habia de tener en respeto á la turbulenta Amberes; en hacer pesquisa y castigo de los motores de las revueltas y de los violadores de las sagradas imágenes; en reedificar los templos católicos destruidos y en demoler algunos levantados por los luteranos. La plebe, feroz por lo comun, cualquiera que sea el principio que aclame, al derruir los templos luteranos, de las mismas vigas que derribaba construia horcas para colgar de ellas á los enemigos del culto católico. Con estas terribles escenas y con el pavor que infundia la próxima llegada del duque de Alba con los españoles, multitud de flamencos emigraban á otras tierras llevándose consigo su industria, sus mercancías y sus capitales.

ta, Comentarios, lib. I.—Bentivoglio, Guerra de Frances, lib. III.—Cabrera, Historia de Felipe II., lib. VII y VIII.—Gachard, Corres-

pondencia de Felipe II., tom. I.—Coleccion de Documentos inéditos, tom. IV.

Tal era la situación de los Países Bajos cuando el duque de Alba salió de Madrid para Aranjuez (18 de abril, 1567) á despedirse del rey Felipe II. para emprender su jornada á Flandes, como capitán general del ejército de España. Dióle Felipe una real cédula concediéndole facultad para proceder contra los caballeros del Toison de Oro que hubieran sido autores ó cómplices de la rebelión, no obstante los privilegios que les daban las constituciones de su orden ⁽¹⁾. Con lo cual partió de Aranjuez para embarcarse en Cartagena.

¿Era ya necesaria la ida del duque de Alba á Flandes con ejército? ¿Era prudente?

La gobernadora, que á costa de tantos esfuerzos acababa de pacificar como milagrosamente el país, le decía al rey: «Para conservar lo que se ha conseguido, y aun para que este marche en bonanza, bastará la presencia de V. M. Pero un ejército nuevo para un país que acaba de someterse, sobre su excesivo coste para España y para Flandes, hará que estos pueblos le miren como una calamidad, como un azote sangriento para su castigo, y todos querrán abandonar

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 535.

Los caballeros de la orden del Toison en los Países Bajos, eran catorce, á saber:

El conde de Egmont.
El de Mansfeldt.
El de Arumburg.
El de Arschot.

El de Berlaymont.
El de Meghem.
El de Horn.
El marqués de Berghes.
El príncipe de Orange.
El conde de Ostrise.
El conde de Ardenne.
El barón de Montigny.
El conde de Ligue.
El de Noogstra.

esta tierra, porque al solo rumor de su venida muchos se han apresurado á marcharse con sus familias, sus fábricas y sus mercancías. Así pues, es ruego encarecidamente que venga á estas provincias sin armas, y más como padre que como rey. Representábase además que el duque de Alba, naturalmente activo y severo, podría desbaratar todo lo que ella á fuerza de trabajo y de prudencia había logrado.

Quejábase al rey de que sus órdenes le ataban las manos para acabar de extinguir las llamas de los pasados disturbios. Pronosticaba que la autoridad que allí iba á ejercer el duque redundaría en mengua y detrimento de la suya, y de su crédito y reputación; y previendo todo esto, suplicaba á su hermano Felipe tuviera á bien permitirle dejar un país donde tanto había trabajado, y donde había perdido su salud, y retirarse á gozar del reposo de que tanto necesitaba (1). Vigilio, el presidente del senado, y el conde de Mansfeld, los dos más decididos campeones de la causa del rey y del catolicismo en Flandes, ambos escribían á Felipe y á los del Consejo de Estado pronosticando mal de la ida del duque de Alba y aconsejando al monarca que usara de clemencia con los vencidos (2).

(1) Diferentes cartas de la princesa Margarita al rey. Archivo de Simancas, Estado, leg. 380.

(2) Tomo II. de documentos publicados para servir de suplemento á la Historia de España.

¿Era prudente obrar contra el dictámen y consejo de personas tan autorizadas y competentes, tan leales y tan fuera de toda sospecha de parcialidad en favor de los sublevados, como Viglio y Mansfeld? ¿Era justo contrariar el parecer y voluntad de la gobernadora, suscitar su resentimiento cercenando su autoridad, enviarle un rival de quien lo temia todo, exponerse á malograr el fruto de tantos sacrificios, revolver de nuevo los humores de un pueblo que comenzaba á entrar en reposo, y poner á la princesa en el caso de renunciar agriada al gobierno de un país, cuya conservacion, en el comun sentir, era á su sola prudencia debida?

A pesar de todo, el duque de Alba marchó á Flandes con su ejército, embarcándose en Cartagena (10 de mayo, 1567) en las galeras de Juan Andrea Doria. La ruta que se le habia señalado era la via de Italia, cruzando los ducados de Saboya, Borgoña y Lorena, porque el rey Carlos IX. de Francia habia negado el paso por su reino al ejército español, dando por motivo el considerarlo peligroso en ocasion que la Francia se hallaba alterada con nuevos movimientos de los hugonotes. La marcha fué lenta y pesada por las detenciones á que obligaron al duque unas calenturas que en la navegacion le sobrevinieron. Componíase el ejército de ocho mil ochocientos infantes y mil doscientos caballos, con algunos mosqueteros, gente toda escogida, porque los más eran españoles vetera-

nos de los tercios de Milan, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, y la gente bisoña la destinó á las guarniciones de las plazas que dejaban aquellos. Dividióle el duque en cuatro tercios al mando de capitanes experimentados, como Alonso de Ulloa, Sancho de Londoño, Julian Romero y Gonzalo de Bracamonte. Fernando de Toledo, hijo natural del duque, y prior de la orden de San Juan, mandaba la caballería. Era maestro general Chiapino Vitelli, capitán probado en muchas victorias y muy perito en la fortificación y tormentaria. Dirigia la artillería Gabriel Cerbelloni, señalado por sus conocimientos en el ramo. El mismo duque marchaba á la vanguardia al frente del tercio de Nápoles (1).

(1) En el tomo IV. de la Colección de documentos inéditos, se halla la siguiente curiosa nota sacada del archivo de Simancas, le-

gajo 533.

«La caballería ligera y arcabuceros de á caballo que llevó el duque de Alba de Italia á Píndes.

Don Lope Zapata, com.	100 lanzas.
Don Juan Vélaz de Gueraa.	100
Don Rafael Manrique.	100
Don César Davalos.	100
Nicolás Bista.	100
Don Ray Lopez Davalos.	100
Conde de N.egara.	100
Conde Lucio Martinego.	100
Conde de Sant Segundo.	100
Montero, cien arcabuceros.	100
Pedro Montanes.	100
Sancho Davila, capitán de las guardias del duque, con cien lanzas y cincuenta arcabuceros.	150
	<hr/> 1,350 <hr/>

Infantería española.

Don Sancho de Londoño, por maestro de campo del ter-

En Tíonville fué el duque recibido por varios gefes de las coronelías y por los condes de Berlaymont y Noircarmes, que se habian adelantado á cumplimentarle en nombre de la princesa, y el tambien envió á Francisco de Ibarra á hacer el mismo cumplimiento á Margarita, y á tratar sobre el alojamiento de los tercios. Al fin, el 22 de agosto (1567) llegó el duque de Alba á Bruselas, y aunque la gobernadora habia mostrado querer libertar aquella ciudad de la carga de las tropas, el duque designó á su voluntad los cuarteles, destinando á Bruselas el tercio de Sicilia: los demás los distribuyó entre Gante, Liebre, Bughien, Amberes y otras poblaciones de Brabant. Por el recibimiento que tuvo en Bruselas pudo juzgar el duque del mal efecto de su presencia en el país. Ni Egmont, ni Arschot, ni Mansfeldt salieron á recibirle. El pueblo mostraba harto á las claras su desagrado. En su primera ida á palacio la guardia de la princesa no queria dejar pasar á los alabarderos del

de Lombardía, con diez compañías que tenían poco más ó menos dos mil hombres.	2,000
El maestro de campo don Alonso de Ulloa, con el tercio de Nápoles, que tenía diez y nueve banderas, y en ellas tres mil quinientos hombres poco más ó menos. .	3,500
Don Gonzalo de Bracamonte, con el tercio de Cerdeña, en que había diez banderas que tenían poco más ó menos.	1,500
El maestro del campo Julian Romero, con el tercio de Sicilia, con otras diez banderas en que había.	1,500
	<hr/> 8,000
De manera, que entre caballería é infantería, fueron diez mil y cincuenta.	10,000

duque, y llegó el caso de poner unos y otros mano á las armas á riesgo de un grave conflicto, que por fortuna acertó á evitar el capitán de la guardia. La entrevista con la princesa regente tuvo más de fría y severa por parte de Margarita que de expansiva y afectuosa, por más que el duque se deslucía en cortesías y en demostraciones de respeto. Ambos estuvieron en pie todo el tiempo que duró la plática, apoyada la gobernadora sobre una mesa ⁽¹⁾.

Luego que vió la princesa que el de Alba no solo llevaba patente de capitán general con facultad para disponer en todo lo concerniente á la milicia, sino que iba también investido de amplios poderes para entender en todo lo tocante á la rebelión, con autorización para castigar á cualesquiera personas, prender, confiscar, imponer la última pena, remover magistrados y gobernadores, levantar castillos, y aun para otras cosas y particulares de que á su tiempo le daría conocimiento, comprendió demasiado lo rebajada que quedaba su autoridad, como desde el principio había recelado. Y por más que el duque protestara que no era su intención alterar en nada el orden del gobierno, sino ser un mero ejecutor de lo que ella le preoocupase, apresuróse la de Parma á escribir al rey ⁽²⁾,

(1) Carta descifrada de Miruel de Mendivil, conde de Arillo-ja, al rey; de Bruselas á 20 de agosto. Archivo de Simancas, Estado, leg. 535.—Relación de la

plática que el duque mi señor tuvo con madama de Parma lunes á los 26 de agosto de 1587.—Ibid. leg. 513.

(2) Simancas, Estado, leg. 536.

instándole á que la relevára del cargo y le otorgára su licencia para retirarse, dándose por muy sentida de que la hubiera puesto en parangon con el duque de Alba (29 de agosto), el cual hacía todo lo que era de su gusto, aunque fuese contrariando la voluntad de la princesa que tanto fingia acatar, como habia sucedido con lo de los alojamientos.

De ser así dió pronto el duque la más terrible y patente prueba, nombrando sin conocimiento de la gobernadora y en virtud de los poderes que llevaba del rey, un tribunal de doce personas, á saber, siete jueces, con sus correspondientes abogados, fiscales y procuradores, para entender y fallar en los delitos de rebelion (8 de setiembre, 1567), el cual fué denominado en el país el Consejo de los Tumultos (*Conseil des Troubles*), y tambien y más comunmente el *Tribunal de la sangre*. Con esto la princesa volvió á escribir al rey (8 de setiembre), quejándose de que no le hubiera enviado todavía el permiso tantas veces pedido para resignar el gobierno; de la autoridad suprema de que habia investido al de Alba; de la ingratitud con que la trataba, y de la injusta humillacion que la hacia sentir: le recordaba la situacion en que él dejó los Países Bajos, los trabajos, las fatigas, los riesgos que en cerca de nueve años habia corrido con menoscabo de su salud y con peligro de su misma vida, para hacerle el soberano más absoluto de ellos, y le preguntaba si era justo que cuando ella acababa,

de pacificar el país, viniese otro á recoger el fruto de sus afanes; insistiendo por último en que si difería la respuesta, lo tomaria como un consentimiento tácito de su renuncia, y sin esperar más, partiria á su retiro.

Al dia siguiente de escrita esta carta (9 de setiembre) supo con sorpresa la gobernadora haber sido presos por el duque de Alba los condes de Egmont y de Horn, el secretario de éste, señor de Backerzele, y Antonio Van Straelen, cónsul de Amberes é íntimo amigo del principe de Orange. La ejecucion de estas prisiones, que hacía dias tenia determinada, la habia diferido hasta poderlos coger á todos á un tiempo, y aun al conde de Hoogstradt, comprendido en la orden de prision, le salvó una casualidad feliz. El medio de que se valió el duque para ejecutar esta medida fué un artificioso engaño, indigno de la nobleza de su estirpe. Aquel dia acordó celebrar consejo en Bruselas para tratar de las fortificaciones de Thionville y Luxemburg: á este consejo convocó á los condes de Egmont, Horn, Arenberg, Mansfeldt, Arschot, Noirquermes, Chapino Vitelli y Francisco de Ibarra. Todos asistieron al Consejo, presidido por el duque: cuando á éste le pareció oportuno, levantó la sesion: al salir de la sala, se halló sorprendido el conde de Egmont, al verse intimado por Sancho Dávila á que se diese á prision y entregase la espada á nombre del rey. «Tomadla, contesto el de Egmont, vién-

dase rodeado de otros capitanes; pero sabed que con este acero por desgracia he defendido muchas veces la causa del rey.» Y era así en verdad. Entretanto ejecutaba lo mismo con el de Horn el capitán Salinas. Durante el Consejo había sido llamado también engañosamente el secretario Backerzeel á casa de Albornoz, donde fué detenido. La prision de Straelen, que se hallaba en Amberes, había sido encomendada á los capitanes Salazar y Juan de Espuche. El encargado de disponer todas estas operaciones fué el hijo del duque de Alba, don Fernando de Toledo ⁽¹⁾

Estas prisiones y la manera de realizarlas llenaron de asombro, de terror y de indignacion al pueblo, que con enérgico language decia que la prision de los condes significaba la prision de toda Flandes; como padecía la excesiva confianza de aquellos próceres, y aplaudia la prevision del de Orange en haberse salvado á tiempo, y en él miraba todavía alguna esperanza de libertad ⁽²⁾. La razon que daba el de Alba á la gobernadora de haber tomado tan ruda y ruidosa medida sin su auuencia y conocimiento era, que así lo había dispuesto el rey para que no la alcanzara la odiosidad que aquel rigor pudiera llevar consigo. La

(1) Todo consta minuciosamente de las cartas y despachos originales de la princesa y del duque al rey, existentes en el Archivo de Simancas, Estado, leg. 535.

(2) Cuéntase que cuando notificaron al cardenal Granvela en Roma los sucesos de Bruselas, pro-

guirió: «¿Y ha sido preso también el Taciturnus? así llamaba al de Orange».—Y como le respondiesen que no, exclamó: «Pues no habiendo caído aquel en la red, poca cosa ha hecho el duque de Alba.»—Estrada, Decada I. lib. VI.

princesa disimulaba cuanto pedia, y solo aguardaba el regreso del secretario que habia enviado á Madrid solicitando de Felipe la admision de su renuncia, para abandonar cuanto antes pudiera un país donde se encontraba tan humillada, y donde con tal ingratitud veia remunerados sus servicios ⁽¹⁾. Los condes de Egmont y de Horn fueron llevados al castillo de Gante, donde el duque de Alba para mayor seguridad puso presidio de españoles.

Admitió el rey al fin á la duquesa de Parma la renuncia tantas veces y tan vivamente solicitada del gobierno de Flandes (3 de octubre, 1567), señalándole además para su retiro una pensión de catorce mil ducados; con lo cual comenzó aquella señora á preparar su apetecida marcha. Pero antes escribió al rey su hermano (22 de noviembre), dándole las gracias por el permiso que le otorgaba y por la merced que le hacía; volvióle á inculcar el mal efecto que hacía en el país la palabra real constantemente y cada día empeñada y nunca cumplida de ir personalmente á Flandes; asegurábale que nunca se olvidaría de un país por cuya conservacion tanto habia trabajado, y que tanto importaba á S. M., y suplicábale muy encarecidamente que usára de clemencia y fuera indulgente, como tantas veces lo habia ofrecido y hecho

(1) El secretario que envió la un MS. de la Biblioteca nacional princesa se llamaba Machiavel, y señalado X. 172.
de su misión ~~eran~~ noticias en

esperar, con los que tal vez, más por seducción que por malicia, habían faltado á su servicio: «y tened en memoria, le decía, que cuanto más grandes son los reyes y se acercan más á Dios, tanto más deben ser imitadores de esta grande divina bondad, poder y clemencia, y que todos los reyes y principes, cualesquiera que hayan sido, se han siempre contentado con el castigo de los que han sido cabezas y conductores de los sediciosos, y cuanto al resto de la muchedumbre los han perdonado..... Oíramente, señor, usando de rigor, es imposible que el bueno no padezca con el malo, y que no se siga una calamidad y destruicion general de todo este Estado, cuya consecuencia V. M. la puede bien entender...» Y en la entrevista que para despedirse tuvo con el duque de Alba á presencia de los del Consejo (17 de diciembre) le habló tambien de la conveniencia de un indulto general y de la convocacion de los Estados: y recomendándole un pais que por tantos años habia regido, y transfiriéndole el gobierno, partió la ilustre princesa de los Países Bajos, dejando á los pueblos sumidos en la mayor pena y afliccion, y acompañándola el duque hasta los confines de Brabante, y la nobleza flamenca hasta Alemania, llegó á Italia, donde fué recibida por su marido Octavio con gran comitiva y cortejo, y siguiéndola hasta allí con su cariño y sus corazones los desgraciados flamencos.

El cardenal Granvela desde Roma, los condes de

Mansfeldt y de Berlaymont desde Flandes, todos más ó menos esplicitamente, según la mayor ó menor confianza que tenían con el rey, continuaban hablándole en sus cartas en el propio sentido que la princesa gobernadora, de ser más digno, más útil y conveniente para la conservación y seguridad de aquellos Estados, ser parco en los castigos que severo y rigoroso con los delincuentes. Y sin embargo, el duque de Alba, obrando en conformidad á las instrucciones de su soberano y apoyado en la aprobación que merecían al rey todas sus medidas ⁽¹⁾, no sólo no aflojó, cuando quedó con el gobierno de los Países Bajos, en el sistema de rigor que había inaugurado á su entrada, sino que arreció en severidad en los términos que iremos viendo. Para que el nuevo Consejo de los Tumultos ó Tribunal de la Sangre obrara con más actividad, le reunía en su misma casa, y celebraba una ó dos sesiones diarias ⁽²⁾. No sólo proseguía con empeño las causas de los ya presos, sino

(1) «Quedo contento y satisfecho, le decía el rey, de la buena manera con que os gobernáis en las cosas de mi servicio...» «He holgado de ver lo que pasastes con Madama sobre lo de su licencia...» «Haine parecido nuy bien lo que habeis hecho para aseguraros del cauallo de Gante...» «La nominacion que habeis hecho de personas para el tribuna, que habeis instituido, me ha contentado mucho...» «He holgado de ver lo que escribis de la pida que pasastes con la duquesa de Lorena...» «En lo demás que me escribis...

no tengo que deciros, sino remitiros alla que hagais lo que os pareciere, pues esto sera lo mas acertado etc.» Cartas de Felipe II. al duque de Alba, *passim*.

(2) Los jueces nombrados eran: el caudiller de Gúeldres, el presidente de Flandes, el de Artois, el doctor Juan de Vargas, el doctor Luis del Rio, Blaser, consejero de Malinas, y Hessel, del Consejo de Flandes. Había además, como hemos dicho, los correspondientes abogados, fiscales, procuradores y secretarios.

que ordenaba cada día nuevas prisiones. Citó y emplazó por público edicto al príncipe de Orange, á su hermano Luis de Nassaui, á Coulembourg, á Brederode, y á todos 'os que habian tomado parte en la rebelion y se hallaban ausentes, para que compareciesen ante el tribunal en el término de cuarenta y cinco dias á dar los decargos en los capítulos de que se los acusaba. Y como ni el de Orange ni sus cómplices se presentasen al plazo prelijado, se los procesó y condenó en rebeldía como á rebeldes contumaces y como á reos de lesa magestad, y les fueron secuestradas sus haciendas. Un hijo del de Orange, de edad de trece años, que se hallaba estudiando en la universidad de Lovaina, fué traído á España de orden del rey, á título de educarle en la religion católica, cosa que sintió su padre amargamente, y le hizo prorumpir en fuertes imprecaciones, apellidando bárbara crueldad la de arrebatárle su hijo.

Los procesados, que eran caballeros del Toison, reclamaban la observancia de los estatutos de su orden, segun los cuales no podian ser juzgados por el duque de Alba y el nuevo Consejo, sino solamente por el rey, y por un número de caballeros de la orden. Era esto un embarazo y una dificultad, en especial para algunos jueces, como Berlaymont y Noirquermes, nombrados individuos del tribunal, y que eran también caballeros. Más todas las dudas, consultas y dificultades se cortaron con reproducir el rey

la patente que antes había dado al duque de Alba para proceder contra los caballeros del Toison, «no obstante cualesquiera leyes, estatutos, constituciones, privilegios ú otros cualesquiera ordenamientos generales ó particulares, comunes ó privados.... dándolos por abrogados y derogados, porque esta es nuestra voluntad, y así queremos y mandamos que se observe, etc. (1).» Y á otras dudas y consultas sobre si se los había de degradar antes de llevarlos al suplicio, y de qué manera y con qué formalidades, respondió el rey que bastaba con que en la sentencia se los declarara privados del collar. Pero á estas consultas y reparos se debió el que se fuera diferiendo el fallo de la causa de los condes de Horn y de Egmont.

Ejecutábanse en tanto prisiones en abundancia en la gente del pueblo, y se hacían terribles castigos. Arrasabanse las casas del conde de Coulmbourg, y en su solar se levantaba una afrentosa columna de mármol. Díbase prisa al duque á la construcción de la ciudadela de Amberes (2). Y agregándose á esto las noticias que de España se recibían, de haber preso el rey al baron du Montigny, y lo que era más á su

(1) «Hæc est enim certa voluntas nostra, utque observari volumus et jubemus homin testimonio litterarum, etc.—Palabras de la patente, escrita toda en italiano. Archivo de Simancas, Estado, leg. 553.

(2) Esta ciudadela dirigida por

el ingeniero Paccioti, y edificada en el mismo sitio que había señalado ya la duquesa de Parma, era un pentágono regular, cuyos baluartes y cortinas conservan aun los mismos nombres que les puso el gobernador, á saber: Fernando, Tolado, Duque, Alba y Paccioti.

El mismo hijo el príncipe don Carlos (1), apoderóse de los ánimos un terror general, y millares de familias abandonaban asustadas un país en que ya nadie se contemplaba seguro, confesando el mismo duque que pasaban de cien mil individuos los que habían huido á los vecinos estados, llevando consigo sus fortunas.

Acerca de las crueldades ejecutadas por el duque de Alba en los Países Bajos han sospechado muchos (y nosotros fuimos de este número bastante tiempo), si serian apasionadamente exageradas las relaciones de algunos historiadores. Mas desgraciadamente no nos es permitido ya dudar de su sistema horriblemente sangriento, puesto que de él nos certifica un testigo de toda calidad y escepcion, cuyo testimonio creemos que nadie podrá rechazar. Este testigo es el mismo duque de Alba. Oigámosle:

• El sentenciar los presos, le decia al rey en 13 de
• abril de 1568, aunque se pudiera hacer antes de
• Pascua, no parece que en Semana Santa, no ha-
• biendo inconveniente en la dilacion, era tiempo
• para hacerse, no embargante que yo mismo Le pre-
• venido la parte, y por tres veces dichole que en-
• tienda que en cualquier estado que esté el proceso,
• se ha de sentenciar antes de Pascua; pero todo este
• no ha bastado para que hasta agora hayan presenta-
• do ningun testigo, ni un papel, ni la menor defensa

(1) De estas dos ruidosas pri- más detenidamente.
siones hablaremos en otro lugar

«de cuantas se podian imaginar en el mundo. Pero
«pasada la Pascua, ya no aguardaré más, porque sé
«que si diez años se estuviere dando término, al cabo
«dellos dirian que se hacia la justicia de Peralvillo,
«y por hacerlo todo junto en un dia, guardo para en-
«tonces declarar las sentencias contra los ausentes.

«Trás los quebrantadores de iglesias, ministros
«consistoriales y los que han tomado las armas con-
«tra V. M. se va procediendo á prenderlos, como en
«la relacion podrá V. M. ver: *el día de la Ceniza se*
«*prendieron cerca de quinientos, que fué el día seña-*
«*lado que di para que en to-las partes se tomasen;*
«pero así para esto como para todas las otras cosas,
«no tengo hombre sino Juan de Vargas, como abajo
«diré. *He mandado justiciar todos estos, y no basta*
«*habe'lo mandado por dos y tres mandatos, que cada*
«*día me quiebran la cabeza con dudar que si el que*
«*delinquiró desta manera meresco la muerte, ó si el*
«*que delinquiró desta otra meresce destierro, que no*
«*me dejan vivir, y no basta con ellos. Mandado he*
«*espres mente de palabra que se juzgue conforme á*
«*los placartes* ⁽¹⁾, y últimamente he mandado que se
«les escriba á todos que de los delincuentes que están
«espresados en los placartes todos los ejecuten al pié
«de la letra; y si hubiese alguno que no esté com-
«prendido, este me consulten y no otro. Tengo co-

(1) Edictos, placarts.

«misarios por todas partes para inquirir culpados: ha-
 «cen tan poco, que yo no sé cómo no soy abogada de
 «congoja. Acabado este castigo, comenzará á prender
 «algunos particulares de los más culpados y más ri-
 «cos, para moverlos á que vengan á composicion,
 «porque todos los que han pecado contra Dios y
 «contra V. M. seria imposible justiciarlos: que á la
 «cuenta que tengo echada, en este castigo que agora
 «se hace y en el que vendrá despues de Pascua *tengo*
 «*que pasará de ochocientas cabezas*, que siendo esto
 «así, me parece que ya es tiempo de castigar á los
 «otros en hacienda, y que *destos tales se saque todo el*
 «*golpe de dinero que sea posible* antes que llegue el
 «perdon general. En estas tales composiciones no se
 «admitirán los hombres que cualitadamente hayan
 «eriado. Juntamente con esto comenzaré á proceder
 «contra las villas que han delinquido, y hacerles he-
 «poner las demandas y procederé hasta la definitiva
 «con toda la prisa que en el mundo me será posible,
 «y no será negocio de mucha dilacion, porque sus
 «culpas son públicas, y los comisarios que tienen de
 «algunos dias acá órden mia particular para proceder
 «contra los magistrdos, tendrán hechas las informa-
 «ciones, aunque mal hechas, segun yo lo espero de-
 «llos, y con esto el negocio tendrá mucha brevedad.»

Y en otros párrafos de la misma carta: «Para tra-
 «tar estas cosas (dico) yo no tengo hombre ninguno
 «de quien poderme valer, porque estos con quien

«agora lo platiro, que era de los que me habia de
«ayudar, los hallo tan dificultosos como V. M. vea
«por lo que tengo dicho.

«En los negocios de rebeldas y hereges tengo so-
«lo á Juan de Vargas, porque el tribunal todo que
«hice para estas cosas, no solamente no me ayuda,
«pero estórbame tanto, que tengo mas que hacer con
«el'os que con los delincuentes; y los comisarios que
«he enviado á descubrir ningun otro efecto hacen que
«procurar encubrirlos de manera que no puedan venir
«á mi noticia. El robo que yo tengo por cierto que
«hay en las condenaciones, en las haciendas de los
«culpados, me le imagino tan grande que teme no
«venga á ser mayor la espesa de los delitos, que el
«útil que dello se sacará. V. M. entienda que han to-
«mado por nacion el defender estas bellaquerías y
«encubrir las, para que yo no las pueda saber, como
«si á cada uno particularmente les fuese la hacienda,
«vida, honra y alma... (1).»

Por este solo documento, dado que otros muchos
de semeiante índole nouviésemos, se ve el afán del
duque de Alba por buscar delincuentes é imponer
castigos: el número horrible de justiciados; el gusto
que tuvo de solemnizar con el llanto de quinientas
familias el día que la Iglesia destina á la sagrada ce-
remonia del emblema de la penitencia; que procesa-

(1) Carta descifrada del duque de albril de 1568.—Archivo de Si-
de Alba á S. M. De Bruselas á 13 manaca, Estado, leg. 520.

ba á los ricos para hacerlos venir á composicion y sacarles dinero; que no hallaba quien le ayudara en su afán de inquirir culpables y ejecutar suplicios; que ni el tribunal ni los comisarios le auxiliaban en su sanguinario sistema; que no tenia de quien valerse, sino de tal cual contado instrumento de sus crueldades; que el país en general repugnaba aquel rigor, y se habia hecho causa nacional el encubrir los delincuentes que él con tanta solícitud buscaba; en una palabra, que el sacrificador se encontraba solo, armado de su cuchilla.

Entretanto no habian estado ociosos ni el de Orange ni sus hermanos Luis y Adolfo; ni el de Hoogstrat, ni los demas nobles flamencos emigrados y proscritos. Apoyados por los principes protestantes de Alemania, con quienes los unian lazos de religion y de parentesco, y por los principes y caudillos de los hugonotes de Francia, se resolvieron á invadir los Estados de Flandes por tres puntos, liados en que el odio popular de los flamencos al de Alba los ayudaria á arrojar de los Países Bajos al duque y á los españoles. Salieron, no obstante, fallida esta primera tentativa á los que se dirigieron al Artois y al Mosa, siendo vencidos y derrotados por Sancho Dávila y por los coroneles que el rey Carlos IX. de Francia envió, pagando así al duque de Alba el auxilio que de éste habia él recibido antes contra los hugonotes de su reino, á cuya expedicion habia sido destinado el conde

de Aremberg. Otro resultado tuvo la invasion por la parte de Frisia que este mismo conde de Aremberg gobernaba. Habian entrado por allí Luis y Adolfo de Nassau, hermanos del principe de Orange. Contra ellos envió el de Alb: á Gonzalo de Bracamonte con el tercio español de Cordena. Impacientes los españoles por entrar en combate, empezaron á murmurar del de Aremberg, por la dilacion que ponía en dar la batalla á los orangistas, manifestando sospechas de que se entendiera en secreto con ellos. Picado y sentido de estas habilllas el pundonoroso conde, y no queriendo que por todo lo del mundo le tildáran ni de sospechoso ni de cobarde, aun conociendo cuánto aventuraba en renunciar á sus planes, ordenó sus escuadrones, y no obstante su desventajosa posicion, arremetió al enemigo. Cuerpo á cuerpo pelearon el de Aremberg y Adolfo de Nassau; ambos se atravesaron con sus lanzas; ambos cayeron exánimes, y los dos á un mismo tiempo y á muy corta distancia exhalaron envueltos en sangre el último suspiro. El tercio español, que no conocia el terreno, cayó en una emboscada que habian preparado los de Nassau, y fueron acuchillados muchos valientes españoles, entre ellos cinco capitanes y siete alféreces: perdióse todo el dinero y los seis cañones gruesos que el de Bracamonte llevaba (1).

(1) Estos seis cañones se nom- Estrada, Guerras de Flandes, Déca-
braban *Ul, Ra, Mi, Fa, Sol, La.*— da I. lib. VII.

Grandemente irritó al duque de Alba la derrota de Frisia, y llególe al alma la pérdida del ilustre y valeroso conde de Aremborg, uno de los más firmes y decididos campeones de la causa del rey en Flandes; y tanto por vengar aquella derrota y aquella muerte, como por el aliento que conocía habría de infundir á los orangistas aquel triunfo, si no eran sus vuelos inmediatamente atajados, hubiera ido al instante en persona á Frisia; más no se atrevió sin dejar antes hecha la ejecución de los nobles procesados, y especialmente de los condes de Egmont y de Horn, tan queridos del pueblo, que temía que quedando vivos se amolinaran en su ausencia los flamencos y se levantaran en masa para salvarlos.

Procuró, pues, el duque de Alba desembarazarse cuanto antes de los procesados, para lo cual hizo que el tribunal abreviara los fallos de las causas pendientes. El 28 de mayo se publicó la sentencia contra el príncipe de Orange, condenándole á destierro perpetuo de aquellos estados, privación y confiscación de todos sus bienes, rentas, heredamientos, derechos, y acciones ⁽¹⁾. Siguió aquellos días fulminando senten-

(1) *Carta de la sentencia dada contra el príncipe d'Orange, fechada en Bruselas á 28 de mayo de 1568.*

«Veu par monseigneur le duc de Albe, marquis de Corin, et lieutenant gouverneur et capitaine general pour le Roy notre Sire des

«pays de pardeça, les deffaults obtenus p.r le procureur general de Sa majeste impetrant de mandement criminel et demandeur d'une part contre Guillermo de Nassau, prince de Oranges et adjourné à comparoir en personne par Ceuant son excellence á ses speciallement par sa dicta Ma-

cias contra los ausentes y presentes. El 1.º de junio fueron decapitados en la plaza de Sablon de Bruselas diez y ocho nobles de los presos en el castillo de Vilvorde, y al día siguiente sufrieron la misma pena otros tres.

Aguardabase con general ansiedad, aunque se temía ya, la suerte que correrían los dos ilustres condes de Horn y de Egmont, presos hacía nueve meses en el castillo de Gaute. El primero, hermano del baron de Montigny, de la esclarecida estirpe de los Montmorency de Francia; el segundo, príncipe de Gavre, del antiguo linaje de los duques de Gueldres, ambos gobernadores, el uno de Flandes, el otro de

«gesti comme et depuis de-
«ment continuons et debruts de
«autres exceptions et diffences d'
«autre charge par le dict procure-
«ur general d'avoir commis cri-
«me de leu Majesté, et avant de-
«puis au contemps et viquere de
«la lils pendence et proceurs
«contre luy tentées à raison du
«dict crime, non seulement pris
«des armes mais aus y euz et
«donnés plusieurs collets et
«capitaines de gens de guerre
«tant de cheval que de pied, qu'il
«a mis et fait marcher en cam-
«paigne enragée desployés con-
«tre sa dicte Majesté, ses estats
«pays et subjets de parlers com-
«me il est à charon roire et es-
«de quelle rebellion il est contre
«actuellement persistant. Venes
«certaines informations leuages
«et autres enseignements par
«lequel procureur general pro-
«cedez ensemble les actes et ex-
«p'its y joints et par especial
«lettre de deboutement du dict ad

«jorne de toutes ses exceptions
«et diffences au se tout y qui fit
«soit à considerer et avoir ses tout
«meurement esse delibere au con-
«seil les son excellencie sa dicte
«excellence voyant le profil
«des dictes diffauts en deboute-
«ment hault le dict ad jusne hors
«de tous les pays et secretaries de
«sa dicte Majesté perpétuellement
«et à jamais sur la vie et coeul que
«sous et quelconques ses biens
«meubles et immeubles droitz et
«actions fiefs et heritages de quel-
«que nature ou qualité et la part
«con luy sont seules et pourront
«estre luytes au profil de sa
«dicte Majesté. Ainsi arrêté et
«prononcé à Bruxelles le 23 jour
«du mois de may de l'an mil cinq-
«cents soixante et huit. Signé le
«duc d'Alva, et plus bas moy pro-
«cureur Meerdach.

Archivo general de Simancas,
Negocios de Estado.—Flandes,
legajo 240.

Artois, ambos distinguidos capitanes de Carlos V. y de Felipe II., á quienes dieron muy gloriosos triunfos, y ambos muy queridos del pueblo. Erao especialmente el de Egmont por su afabilidad y sus gracias personales. Habia hecho servicios eminentes á Carlos V. y á Felipe II. Habia acompañado al emperador á Africa y reemplazado en el mando del ejército al príncipe de Orange, muerto en Saint Dizier: socorrió á Carlos contra los protestantes de Alemania y le acompañó á la dieta de Augsburgo; negoció el matrimonio de Felipe con la reina María de Inglaterra; se le debió en gran parte el triunfo de San Quintín y del todo la victoria de Gravelines; ajustó la paz con Francia, y concluyó el segundo matrimonio de Felipe con Isabel, hija de Enrique II : el rey á su salida de Flandes, le dejó de gobernador del Artois; en el principio de las turbulencias vino á España comisionado por la princesa Margarita, y Felipe II. le honró y colmó de mercedes: se habia negado á entrar en la confederacion rechazando las escitaciones del príncipe de Orange y de los demás nobles coligados; prestó el segundo juramento de fidelidad al rey, cuando lo exigió la princesa regente; la misma Margarita le comisionó para exhortar á la sumision á los rebeldes de Valenciennes; él habia estado siguiendo correspondencia directa con el rey hasta muy poco antes de la llegada del duque de Alba: hemos visto sus últimas cartas de 16 y 26 de junio (1567), en

que mostraba su contento por saber de las que había recibido de S. M. que estaba muy satisfecho de su conducta en Flandes y en Valenciennes; en que le decía no emprenderse nada contra los rebeldes sin su parecer y consejo, y que para ello estaba siempre pronto á arriesgar su persona; que si contra algunos había procedido con alguna lentitud, la conveniencia y la lealtad al rey se lo aconsejaban así: esponíale la utilidad de erigir fortalezas en algunas ciudades principales: suplicábale que abreviára su ida á los Países Bajos, y se ofrecia á tomar la posta para venir á buscarlo á España y acompañarle en su viage ⁽¹⁾.

Tales eran los méritos, la conducta y las relaciones del conde de Egmont con el rey, cuando fué preso por el duque de Alba juntamente con el de Horn de la manera capciosa que antes hemos referido. Durante su largo proceso, escitaron los dos ilustres presos tan general y tan vivo interés, que llevian de todas partes las recomendaciones y súplicas en su favor al de Alba, al rey, al emperador, á los electores del Imperio, á los caballeros del Toison. Maria, hermana del de Horn, y Sabina, esposa del de Egmont, no cesaban de dirigir sentidísimos memoriales al rey. Entre ellos puede servir de muestra el siguiente de la condesa, que

(1) Hallanse estas cartas en el de Estado, Flandes, leg. 536. Archivo de Simancas, Negociado

fué uno de los primeros: «Sabina Palatina, duquesa de Baviera, desdichada princesa de Gavre, condesa de Egmont, muy humildemente representa á V. M. como á los 9 del presente mes de setiembre el príncipe de dicho Gavre, conde de Egmont, caballero de la orden del Toison de Oro, su buen señor y marido, despues de haber estado en el Consejo de V. M. en la casa del duque de Alba, su capitan general en estos Países Bajos, fué detenido en prision por orden de dicho señor duque, y á los 22 del mismo fué enviado al vuestro castillo de Gante con muy estrecha guarda, sin haberselles hasta agora declarado la causa de su prision, ni segun paresce) tenidos respeto á los estatutos y ordenanzas de la institucion de la dicha orden y del derecho escripto. Suplica muy humildemente á V. M. que conforme á los estatutos y privilegios de la dicha orden, contenidos en los 14, 15, 16 y 19 capítulos de las adiciones hechas por la pasada memoria del emperador Carlos vuestro señor y padre, que Dios perdone, y confirmados en el año 1556 por V. M., sea servido mandar que el susodicho príncipe su marido sea sin dilacion remitido y puesto en la guarda del colegio y amigable compañía de la dicha orden, para que despues en ausencia de V. M. conozcan de su prision el caballero de la dicha orden á quien V. M. lo ha cometido y los demás caballeros sus cohermanos, y que se tome informa-

«cion á cargo y descargo de todos los del Consejo
 «do Estado de V. M. y los gobernadores, capitanes,
 «lugartenientes y oficiales que han estado debajo de
 «su cargo, y á cualesquier otros. Suplicándole allende
 «de esto no quiera poner en olvido los largos, con-
 «tínuos, señalados y leales servicios que el dicho
 «señor su marido ha hecho desde su edad de diez y
 «ocho años á esta parte, así en Berbería en el viage
 «de Argel, en Inglaterra para el casamiento de V. M.,
 «como en todas las guerras que del año de 1544 á
 «esta parte la magestad Imperial y V. M. han tenido,
 «así contra los de Gúeldres y franceses, como espe-
 «cialmente en las victorias tan importantes de San
 «Quintín y Gravelines, habiendo tantas veces en ellas
 «prospuesto su persona por mantener estos Países Ba-
 «jos á vuestra corona, sin olvidar los viages que ha
 «hecho en Francia por lo del jurar la paz y despues
 «con grandes fatigas y trabajos, así de cuerpo como
 «de espíritu en estas últimas turbaciones contra los
 «hereges y rebeldes: suplicando de nuevo muy hu-
 «mildemente á V. M. no permita que el dicho vues-
 «tro muy humilde servidor, y yo vuestra humilde
 «parienta y nuestros once hijos, seamos para siem-
 «pre miserables testigos de nuestras tan grandes
 «infelices y de la inestabilidad mundana, más
 «como rey benignísimo quiera echar aparte su indig-
 «nacion con las razones susodichas, y acordarse
 «que los grandes reyes no tienen cosa más agrada-

«ble á Dios que la mansedumbre, clemencia, y blandura (1).»

Los memoriales y súplicas de la condesa no ablandaron más el duro corazón del rey y del duque de Alba, que la intercesion y los ruegos de tantas personas de valer como abogaban por el perdón de los ilustres presos. El proceso se siguió con todo rigor (2), y el 4 de junio (1568), llevados los dos condes de Gante á Bruselas, se pronunció contra ellos la fatal sentencia, condenándolos á muerte, y á ser puestas sus cabezas en lugar público y alto para que sirvieran de ejemplar castigo de los delitos, hasta que el duque otra cosa ordenare, secuestrados y aplicados á S. M. todos sus estados y bienes (3). La

(1) Traducción del original francés, en el Archivo de Simancas, Estado, leg. 560, fol. 63.

(2) En la misma Estrada, que tuvo los autos en su mano, trae un resumen de los cargos que se les hicieron, y de los descargos de los acusados. Del juicio del religioso historiador se deduce que el delito de los dos condes consistía, más que en otra cosa, en no haber reprimido la rebelion, y en haber sido, como consejeros y gobernadores de provincias, más considerados é indulgentes que duros y rigurosos con los confederados. ¿Se podrá extrañar esto, siendo todos compañeros, parientes ó amigos los de la iluz, y siendo ellos Bismarckos y Bismarckos todas las poblaciones que se sublevaron?

Añade el autor de las Décadas haber leído que el de Alba quería dilatar la sentencia y ejecución temiendo las ocaeciones, y que el rey, irritado contra Egmont, é

instigado por el cardinal Espinosa reprendió por su dilacion al de Alba y le mandó que ejecutase en el momento el suplicio segun lo tenía ordenado. El historiador romano no parece que dé gran crédito á esta especie, y nosotros tampoco hemos hallado documento que la confirme.

(3) *Copia de la sentencia pronunciada contra el conde de Egmont, fecha en Bruselas á 4 de junio, 1568.*

«Veu par monseigneur le duc d'Albe, marquis de Coët, lieutenant-gouverneur et capitaine-général pour le Roy et pais de par-deçà le proces criminel entre le procureur-général de sa majesté ed-monsieur all'eueinte la Moral d'Egmont, prince de Gant, comte d'Egmont, prisonnier d'effendeur, veu aussi les conquestes faites par le dict procureur-général titrés et légalises par

mañana siguiente, notificada que les fué la senten-
cia, el de Egmont escribió al rey la siguiente carta:

«Señor: esta mañana he entendido la sentencia que
«V. M. ha sido servido de hacer pronunciar contra
«mí, y aunque jamás mi intención fué de tratar ni
«hacer cosa contra la persona ni el servicio de V. M.,
«ni contra vuestra verdadera, antigua y católica re-
«ligión, todavía yo tomo en paciencia la que pla-
«ce á mi buen Dios de enviarme; y si durante es-
«tas alteraciones ha aconsejado ó permitido que se
«hiciese alguna cosa que parezca diferente, ha sido
«siempre con una verdadera y buena intención al

«cellos exhibes les confessions
«du dict prisonnier avecq ses def-
«fenses, titres et tétraiges sa-
«crées á sa discharge. Veu par-
«ticulièrement les charges résultantes du
«dict proces d'avoir le dict com-
«pte comme crime de lèse majesté
«et rebellion au royaume et étant
«connu de la ligue et conjura-
«tion abominable du prince
«d'Orange et quelques autres
«seigneurs des dicts pays, ayant
«eu le dict défendeur prié en
«sa protection et sauvegarde les
«grands hommes confédérés du
«complot et le mauvais office
«qu'il a fait en son gouvernement
«de Flandres alle droit de la con-
«servation de notre sainte fol
«catholique et d'effence d'icelle
«sauf les peccateurs sedicieux
«et rebelles de la sainte eglise
«apostolique romaine et de sa
«majesté; considere en outre tout
«ce que resulte du dict proces,
«son excellence tout purement
«delibere avec le Conseil les eile
«sujuge au dict procureur gene-
«ral ses conclusions et declare

«suyvant á la dict conte avoir
«commis crime de lèse majesté et
«rebellion et comme tel devoit
«estre executé par l'espee, et la
«dict mis en un lieu publicq et oult
«et ilu q'elle soit veue d'ung cha-
«cun ou demeurera si lo guement
«et jusques á tant que par sa dict
«excellence autrement sera or-
«donne, et ce pour exemplaire
«chastiff des delicts et crimes par
«le dict conte d'Egmont perpetrés,
«commandant que personne ne
«soit osé de le oter oultz peins
«de donner supplice et declare tous
«et quelz conques ses biens
«meubles et immeubles, droict et
«actions lreix et heritages de quel-
«que nature ou qualite et la part
«ou ilz son scituez et pourront es-
«tre trouvez confisque au prop-
«riété de sa majesté ainsi arreste
«et presunions, etc. á Bruxelles
le IIII. de juing 1568. Signé duc
«d'Alre.»

Archivo general de Simancas,
Negociado de Estado.—Flandres,
leg. 549, fol 68.

«servicio de Dios y de V. M., y por la necesidad del
 «tiempo, y así ruego á V. M. me lo pardone y quie-
 «ra tener piedad de mi pobre muger, hijos, y cria-
 «dos, acordándose de mis servicios pasados, y con
 «esta confianza me voy á encomendar á la mise-
 «ricordia de Dios. De Bruselas, muy cerca de la
 «muerte, hoy 5 de junio, 1568.—De V. M. muy
 «humilde y leal vasallo y servidor.—Lamoral d'Eg-
 «mont (1).»

Entregó esta carta al obispo de Iprés, con quien se confesó muy cristiana y devotamente, y lo mismo hizo despues el de Horn. En la plaza de Sablon de Bruselas, cubierta toda de paños negros, se habia levantado el cadalso: rodeábale el tercio del capitán Julian Romero: al medio día fueron llevados los ilustres presos, acompañados del obispo de Iprés: Egmont habló un poco con el prelado, se quitó su sombrero y su sobreveste de damasco se arrodilló y oró delante del Crucifijo, se cubrió el rostro con un velo, y entregó su cabeza al verdugo. Lo mismo ejecutó inmediatamente el de Horn, y las dos cabezas, clavadas en dos escarpias de hierro, estuvieron espuestas por espacio de algunas horas al público.

Indignacion y rabia. más todavía que dolor y

(1) Esta carta la publicó Hoppens en francés, en que se escribió, en el suplemento á Estrada, tomo I., p. 261, y ha ha reproducido literalmente Guichard en la

correspondencia de Felipe II número 174. La traducción que nosotros damos es la que se halla en el Archivo de Simancas, Estado, legajo 1538.

llanto, escitaron estas ejecuciones en los flamencos. Hubo algunos, que atropellando por todo, empaparon sus pañuelos en la sangre de Egnont, y los guardaban como una preciosa reliquia; otros besaban la caja de plomo que habia de guardar su cuerpo; no pocos juraban venganza; maldecian muchos el nombre del de Alba, y protestaban que pronto envolverian á Flaundes nuevos tumultos: difundióse por el pueblo la voz de que en tierra de Lovaina habia llovido sangre, y sacaban de aquí los más fatídicos pronósticos: el embajador francés escribió al rey Carlos que habia visto derribadas las dos cabezas que habian hecho estramecer dos veces la Francia, y el terror mezclado con la ira se apoderaron de todos los ánimos de los flamencos.

De haberse ejecutado estas sentencias daba parte y conocimiento el duque de Alba al rey en los términos siguientes (9 de junio):—S. C. R. M..... Los «proceos de los señores ausentes y presentes se han «acabado, y no se ha hecho poco segun los letrados «de este país son tardíos; de cuyas sentencias envío «á V. M. copia: á mí me duele en el alma que siendo personas tan principales, y habiéndoles V. M. «hecho la merced y regalo que todo el mundo sabe, «hayan sabido tan mal gobernarse que haya sido necesario llegar con ellos á tal punto. El martes 1.º de «éste se degollaron en la plaza de Sablon diez y «ochto de los que estaban presos en Vilvorda. El día

•siguiente tres: los dos que se tomaron con las ar-
•mas en la mano cerca de Dalen. El sábado á los 8 se
•degollaron en la plaza de la villa los condes de
•Horn y Agamont, como V. M. verá mas particular-
•mente por la copia de las sentencias: yo hé grandí-
•sima compasion á la condesa de Agamont y á tanta
•gente pobre como deja. Suplico á V. M. se apiade
•de ellos, y les haga merced con que puedan susten-
•tarse, porque en el dote de la condesa no tienen
•para comer un año; y V. M. me perdone el adelan-
•tarme á darle parecer antes que me lo mande. La
•condesa tienen aquí por una santa muger, y es cuer-
•to que despues que está su marido preso han sido
•pocas noches las que ella y sus hijas no han salido
•cubiertas, descalzas, á andar cuantas estaciones lie-
•nen por devotas en este lugar, y antes de agora
•tiene muy buena opinion, y V. M. no puede en nin-
•guna manera del mundo, segun su virtud y su pie-
•dad, dejar de dar de comer á ella y á sus hijos, y
•seria, á mi parecer, el mejor término para dárselo,
•que V. M. enviase á mandar que ella se fuese en
•España con sus hijos todos, que V. M. queria ha-
•cerles merced y entretenerlos, y á ella en algun
•lugar ó monasterio, si le quisiese, dalla con que
•pueda vivir, y sus hijas meterlas monjas, ó tenerlas
•consigo, si allá no les saliese algun casamiento que
•V. M. viese para ellas. A los muchachos hacellos
•estudiar, y saliendo para ello, darles V. M. de co-

«mer por la Iglesia, porque tan desamparada casa
 «como esta queda yo creo que no la hay en la tier-
 «ra, que yo prometo á V. M. que no sé de dónde
 «tengan para cenar esta noche, y yo creo que llevar
 «allá toda esta familia, que demas de la obra tan vir-
 «tuosa, para quitar muchos inconvenientes, sería de
 «gran fruto; y llevarlos por otra via que por esta,
 «parece que aunque haya causa, la justicia no alcan-
 «za á que se pueda hacer. Cosa de grande admira-
 «cion ha sido en estos estados el castigo hecho en
 «Agamont, y cuanto es mayor la admiracion, será de
 «más fruto á lo que se pretende el ejemplo..... (1).»

¿Y qué contestaba á esto el monarca español? Sin apresurarse á responderle, pues lo diferió hasta el 18 de julio, aprobaba todo lo hecho; y tampoco se daba gran prisa por remediar la necesidad y pobreza de la infeliz condesa viuda y de sus ocho hijas y tres hijos que le quedaron, que bien apremiante debia ser su estrechez y miseria, y muy grandes y reconocidas debian ser sus virtudes, cuando así se interesaba por ella el duque de Alba. «La orden que habeis guarda-
 «do, le decia el rey, en los negocios que teneis en-
 «tre manos, así tocantes al castigo que se ha hecho y
 «á la justicia y hacienda, como principalmente á lo
 «de la religion, ha sido tan acertado como lo va
 «mostrando el suceso; y la carta que de esto trata

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 539.

«contiene las buenas cosas, y de tanta sustancia, y
 «tan bien dispuestas, que se conocen ser vuestras, y
 «es así cierto que á mí me ha pesado en gran manera
 «de que las culpas de los condes fuesen tan graves,
 «que hayan merecido por ellas la justicia que se
 «ejecutó en sus personas; más pues se hizo con tanto
 «fundamento y justificación, *no hay que decir sino*
 «*encomendarlos á Dios*; y en la que me escribís de
 «la muger é hijos del conde de Egmont, en cuanto á
 «traerlos acá ó dejarlos allá, *será lo que será mejor*
 «*hacer*; y con otro se acordó la resolución que tomaré,
 «que de una manera ó de otra es justo remediar su
 «necesidad.....» (1).»

La otra carta del duque á que aludía en su respuesta el rey, era una en que le daba cuenta de los medios que empleaba para sacar dinero, de la visita y escrutinio que pensaba hacer de todas las imprentas y librerías, del arreglo de las casacas de niños, de la reproducción de los edictos, del negocio de los obispos, del castigo de las villas, de que iba á poner la Inquisición en los términos que el rey tenía mandado, y de que luego vendría el perdón general. La situación del país y el carácter del duque están perfectamente retratados en algunos párrafos de esta notable carta. «Ahora parezco que conviene levantar el oquillo, y ver si con esto se podrán traer

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 66A.

«algunos particulares á composicion, para sacar al-
«gun golpe de dinero..... Ahora que se ha acabado
«lo de los procesos de los presos, meteré la mano de
«veras en ello, aunque no dejan de serme contrarios,
«y todos aborrecen el alcabala..... Acabadas todas
«estas cosas, entraré luego al castigo de las villas.....
«la que viere que no camina de buen pié, comenza-
«ré luego por ella..... luego daré tras de las tres vi-
«llas. Amberes, Boulogne y Bruselas, y privarlas hé
«de volo, de manera que quede solo Lovaina con los
«prelados y nobles, y despues pasaré al castigo que
«se les ha de dar, la justicia cómo se ha de hacer en
«ellos, la hacienda cómo se ha de aplicar..... En
«ninguna manera se puede escusar al diferir más el
«tratar desta materia (el perdon), y desde luego me-
«ter la mano á los particulares para ver si se podrá
«sacar algun dinero, aunque yo estoy muy descon-
«fiado; pero principalmente conviene para que los
«súbditos vean que comienza á abrirse la puerta á la
«clemencia, y vayan aquietando los ánimos que ahora
«tienen desasosegadísimos, y tengan paciencia para
«esperar al general, por que están con tan gran mie-
«do, y hánles puesto tan gran terror las justicias que
«se han hecho; que piensan que ya perpétuamente
«no ha de ser otro gobierno que por sangre, y mien-
«tras tienen esta opinion, no pueden en ninguna ma-
«nera del mundo amar á V. M..... y el comercio de
«los naturales comienza á enflaquecerse un poco,

«porque los extranjeros no osan fiarles nada, pensando cada día que les pueden tomar sus haciendas, y ellos también entre sí no osan fiarse el hermano del hermano, ni el padre del hijo, etc. (1).»

Ejecutados aquellos suplicios, dedicóse el duque á atender á la guerra, encendida ya en Frisia, y que amenazaba también por Brabante, de la cual daremos cuenta en otro capítulo, por constituir ya como un nuevo período en la historia de nuestra dominación en los Países Bajos.

Vengamos á lo de España.

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 539.

CAPÍTULO VIII.

ESCORIAL.—REFORMAS.

MORISCOS.

1562.—1569.

Causas de la fundación del Escorial.—Su objeto.—Consideraciones que influyeron en la elección del sitio.—El arquitecto Juan de Toledo.—Fr. Antonio de Villacastillo.—La cilla de Felipe II.—Iglesia provisional.—Carácter del edificio y de su regio fundador.—Solemne recepción del cuerpo de San Eugenio en Toledo.—Reclutamiento de las órdenes monásticas.—Reforma que en ellas hizo Felipe II.—Petición de las Cortes de Castilla relativas á iglesias y monasterios.—Cuestión entre el rey y el pontífice sobre jurisdicción.—Sostiene el rey el derecho del *Regium excoecutor*.—Medidas contra los moriscos de Granada.—Reclamaciones.—Primeros síntomas de rebelión.—Los *manifes* ó salvedores.—Providencias designadas.—Pragmática célebre.—Efecto que produce en los moriscos.—Irritación general.—Discurso de Nuñez Muley.—Conducta del consejero Espinosa, del letrado D. x, del capitán general marqués de Moudéjar.—Prepárase la rebelión.—Los moriscos del Albaicín.—Los de la Alpujerra.—Plan general.—Aben Fariz.—Aben Hamuya.—Insurrección general de los moriscos de la

Alpajarra.—Horribles crueidades y abominaciones que cometieron con los cristianos.—Feroicidad de Aben Faraz.—Es depuesto por Aben Humaya.—Regulariza éste la insurrección.—Medidas que se tomaron en Granada.—Emprende el marqués de Mondéjar la campaña contra los moriscos.

Mientras en una gran parte de Europa sufrían grandes embates las doctrinas y los monumentos de la religión católica, y mientras en los dominios mismos del monarca español, en las bellas provincias de los Países Bajos, ciudades y comarcas enteras se levantaban proclamando las doctrinas heréticas de Calvino, de Muncer y de Lutero, y la nobleza, contaminada de la heregía, se rebelaba contra su rey y procribía el antiguo culto de sus templos, y el pueblo tumultuado profanaba y destruía las iglesias, derribaba y rompía las imágenes y destrozaba y hollaba los más sagrados y venerables símbolos de la religión del Crucificado, en España se estaba levantando al propio tiempo un monumento religioso que había de asombrar al mundo por su grandiosidad y magnificencia, un tabernáculo suntuoso á la par que sencillo y severo, donde perpétuamente hubieran de resonar alabanzas al Dios de los cristianos. De España salió también la voz del catolicismo, en oposición al grito reformador que se difundía por casi todo el ámbito de Europa. Contra las predicaciones de Martin Lutero en Alemania, había alzado el estandarte de la fe ortodoxa en España Ignacio de Loyola. Y al

tiempo que en Flandes se demolian los templos de los católicos y se apedreaba á los moradores de los claustros, en España se erigia el gran monasterio del Real y se poblaba de monjes.

Desde que las armas de Felipe II. alcanzaron el glorioso y memorable triunfo de San Quintín contra los franceses, formó la intencion y propósito de erigir un monumento que perpetuara la memoria de aquella jornada, y recordara á las generaciones futuras tan señalada victoria. Y como el dia que la consiguió fué el que la Iglesia anualmente consagra á la conmemoracion del martirio de San Lorenzo (10 de agosto de 1557), quiso que el monumento que hubiera de erigir llevara el nombre y la advocacion de aquel glorioso mártir. De las ideas religiosas del monarca y del espíritu de la época, en que las cuestiones de religion preocupaban con preferencia todos los ánimos, era de esperar que aquel monumento, cualquiera que fuese, habria de participar tambien del espíritu religioso y del carácter tétrico, austro y severo de su real fundador. Meditó, pues, Felipe edificar un monasterio y un templo, que al mismo tiempo que revelara su gran poder y escediera en grandezza á cuantos edificios existen del mismo género, fuera un lugar en que dia y noche, se rindieran alabanzas al Dios de los ejércitos, á quien debia los laureles que coronaron la primera campaña con que tan felizmente inauguró su reinado. La cir-

constancia de haber vivido el emperador Carlos V. su padre los últimos años en un monasterio de la orden de San Gerónimo, y de haber dejado encomendado al tiempo de morir á su hijo la elección del lugar en que definitivamente hubieran de reposar sus cenizas, fué un motivo más para decidir á Felipe á que el monasterio que proyectaba edificar hubiera de ser de padres gerónimos, y para agregar al proyecto de templo y casa religiosa la de un mausoleo ó panteon digno de encerrar los mortales restos de tan grandes príncipes como el emperador, y la emperatriz sus padres (1).

(1) No es exacta, como apuntan algunos historiadores, y entre ellos Herrera en la General del Mundo, que uno de los motivos de esta determinación del rey fuese el haber asistido el día de la batalla un monasterio de San Lorenzo que había cerca de la ciudad, ni que hubiese hecho voto de edificar el monasterio si ella venciese en la jornada, ni menos que el pontífice le impusiese esta obligación en expiación de las muchas víctimas que sus tropas sacrificaron en San Quirín. Los motivos fueron los que hemos expresado, y son los que el mismo rey expresó en la carta de fundación. «Reconociendo los muchos y grandes beneficios que de Dios Nuestro Señor aveamos recibido, y cada día recibimos, y quanto él ha estado sirviendo de encaminar é guiar nuestros hechos y negocios á su santo servicio...etc.»

Véase al P. Fr. José de Sigüenza en la Historia general de la Orden de San Gerónimo; Cabrera en la Historia de Felipe II., lib. VI.;

Fr. Juan de San Gerónimo en el Libro de Memorias del Monasterio del Escorial; Quereda en la Historia del mismo. Este último, monje y bibliotecario que fué en el monasterio, ha publicado una Historia y Descripción de la casa, templo y palacio del Escorial, para la cual tuvo ocasión de consultar los archivos del monasterio y de la villa, las Memorias manuscritas de Fr. Antonio de Villacorta, las Historias de la Orden de fray Juan Nuñez y fray Francisco Salgado, tambien manuscritas, los Libros de actas capitulares, y otros varios interesantes documentos que se hallan en su preciosa biblioteca. Las Memorias que dejó escritas fray Juan de San Gerónimo, uno de los primeros monjes del Escorial, con el título de: *Libro de Memorias deste monasterio / e San Lorenzo el Real, el qual comienza desde la primera fundacion del dicho monasterio como paradorá adelante*, se publicaron en la Colección de Documentos Históricos, y ocupan casi todo el tomo VII. Es

Luego que Felipe II. regresó de los Países Bajos (1539), comenzó á pensar en la manera de realizar el proyecto que de allí traía, y como lo primero y más necesario, en la elección del sitio en que había de edificarse el monasterio. Su genio tétrico y meditabundo le inclinaba á dar la preferencia á los lugares solitarios, ásperos y agrestes, que eran tambien los que se adaptaban más al objeto á que había de destinarse el edificio; y como gustaba de ir á pasar la Semana Santa al monasterio de Guisando, sito en un monte cerca de los célebres toros de aquel nombre, entre Cebreros y Cadalso, discurrió que no lejos de aquel sitio y más cerca de la corte, tal vez á las faldas ó en la ladera de las sierras que se desprenden del Guadarrama, se hallaría algun lugar á propósito para su objeto. Nombró, pues, una comisión compuesta de arquitectos, médicos y geólogos, para que recorriesen y examinasen aquellas comarcas y territorios, y le propusieran el que juzgasen más adecuado á sus fines. Hicieronlo estos con el esmero y cuidado que el regio mandamiento requería, y despues de haber recorrido varios terrenos, fijáronse en el que les pareció llenaria mejor los deseos del monarca, así por la abundancia y buena calidad de las aguas, y por su frescura y fertilidad, como por tener cerca los principales materiales de cons-

una de las fuentes más auténticas noticias acerca de este asunto.
y en que se hallan más curiosas

truccion , á saber, abundancia de pinares y grandes canteras de piedra herroqueña ó de granito. Era este sitio á la mitad de la falda de la cordillera de montes que salen del Guadarrama, á ocho leguas Norte de Madrid, cerca de la Alberquilla y del Escorial, inmediato á la dehesa de la Herrería.

Quiso el rey ver por sí mismo el sitio propuesto por los comisionados, y le agradó sobremanera, hallándole el más á propósito por su salubridad y por su frondosidad melancólica, para asilo de monjes y para retiro donde el mismo pensaba tambien dedicarse en la soledad y el silencio al despacho de los graves negocios del Estado, no lejos de la corte, donde muchas veces habria de ser necesaria su presencia. Procedió, pues, á proponer al capítulo general de la orden de San Geronimo, que á la sazón se celebraba en San Bartolomé de Lupiana (1561), el nombramiento de prior y fundadores para la nueva casa de la orden que pensaba dedicar al mártir español San Lorenzo, y el capítulo nombró prior al P. Fr. Juan de Huete, que lo era de Zamora, y vicario á Fr. Juan del Colmenar, que lo era del monasterio de Guisando. Los nuevos electos, junto con el prior de San Geronimo de Madrid, Fr. Gutierrez de Leon, con el arquitecto mayor del rey Juan Bautista de Toledo, y el secretario de S. M. Pedro de Hoyo, celebraron de orden del monarca una reunion el 30 de noviembre (1561) en Guadarrama, para pasar desde allí juntos á recono-

cer el terreno que mejor se prestaría á la edificación (1). Señalado que fab, y visto tambien despues y aprobado por el rey, se procedió á desbrozarle de los espesos y enmarañados jarales que en él crecian, y á cuya inmediacion tenian los pastores sus rediles y abrevaderos para el ganado. Hecho el desmonte y arrancada la jara, el entendido arquitecto Juan Bautista de Toledo, á presencia del rey y de los caballeros de la corte, tiró las líneas y acordeló y estacó el sitio que debia alzar el edificio, y en la forma y con arreglo al plano que él mismo habia trazado (1562), y desde entonces dispuso el rey que aquel terreno se llamase en adelante *Real Sitio de San Lorenzo*.

Practicada esta operacion, se dió principio á la preparacion y laboreo de materiales para la obra, y acudieron de todas partes maestros y operarios de todos los oficios. Dirigia la obra el arquitecto mayor Juan Bautista de Toledo y ayudábale como obreiro mayor Fr. Antonio de Villacastin, lego profeso del monasterio de la Siala de Toledo, hombre notable en

(1) Cuéntase que hablando procedió tambien el juez de bosques á tomar informaciones de los dueños de las ventinas aldeas, le dijo el de Guipuzguen: «Acéntame que tengo novena años, que he sido veinte veces a cande y otras tantas regidor, y que el rey hara en mí un obli de onza que se come por esta tierra; pero antes póngase el servicio de Dios.»—Cabrera, Hist. de Felipe II., li-

bro VI. c. 11.—No es maravilla que el alcalde de una aldea interpretara así el pensamiento de Felipe II., cuando muchos hombres que son teófilos por los estudios han dicho despues: «qué Felipe II. habla destruido y despojado muchas aldeas y lugares para poblar un monasterio de frailes.» Como puede librarse un gran pensamiento de ser el linco de todo linage de interpretaciones?

el arte de edificar, y el mismo que habia dirigido ya las obras de la habitacion destinada para Carlos V. en Yuste. El 23 de abril de 1563 se colocó solemnemente la primera piedra del monasterio en el centro de la fachada del Mediodía: era cuadrada, y en sus tres lados se habian grabado tres inscripciones, una de ellas invocando el auxilio divino, y las otras dos expresando los nombres del fundador y del arquitecto y la fecha del año y del día. Y el 20 de agosto se asentó la primera piedra del templo con mucha mayor solemnidad, asistiendo el rey con muchos grandes de la corte, los monges que habitaban provisionalmente en la pequeña aldea del Escorial, los maestros y operarios todos en procesion, á cuya cabeza iba el obispo de Cuenca vestido de pontifical, que bendijo la piedra, la cual colocó el rey por su mano, cantando todos despues los salmos y oraciones que prescribe el ritual de la Iglesia.

Tales fueron los principios de ese gran monumento que al cabo de algunos años habia de causar general admiracion y asombro, y que con más ó menos razon y exactitud, habia de llamarse *la octava maravilla del mundo*. El rey don Felipe, que mostró siempre el más vivo interés en que adelantára todo lo posible esta grande obra, la visitaba con frecuencia, cuidaba de los operarios, inspeccionaba minuciosamente los trabajos por sí mismo, y desde la humilde vivienda que provisionalmente en los dias de su

permanencia habitaba, despachaba los negocios de sus vastos dominios, y regia dos mundos. Desde la cumbre de un cerro, media legua distante del monasterio, es fama tradicional que inspeccionaba con su antejo, como desde una atalaya, las obras de cantoría y acarreo, y que aun desde allí transmitía sus órdenes, sentado en una roca de granito que por su forma conserva el nombre de *la silla de Felipe II*. Allí recibió tal vez, muchas veces los partes y comunicaciones de la princesa Margarita, gobernadora de los Países Bajos, su hermana, anunciándole la destrucción de los templos y de los conventos de Flandes, mientras él veía cómo se levantaba y crecía el monasterio, y el templo que había de maravillar al mundo, y de allí tal vez partían muchas veces las órdenes y mandamientos para los castigos de los rebeldes y hereges de Flandes, ó para que merchasen tropas de socorro al rey de Francia, contra los hugonotes de aquel reino.

Compraba el rey los terrenos, granjas y lugares vecinos para la dotación del futuro monasterio. En 1567 le hizo anexión de la abadía de Parraces, que era de canónigos regulares de San Agustín, recompensando á los canónigos con pensiones y dignidades, y estableciendo en el edificio de la abadía un colegio seminario para la educación literaria y religiosa de cierto número de niños y jóvenes destinados á poblar despues los claustros del monasterio de San

Lorenza. Íbale al propio tiempo enriqueciendo con reliquias de santos, que hacía traer de varias partes en procesion y con ceremonias solemnes. La fábrica, sin embargo, no progresaba con tanta rapidéz como el monarca descala en su impaciencia por ver concluida la obra que embargaba toda su pensamiento. Siendo lenta la construcción del templo principal, se edificó una iglesia provisional, á cuyo lado se hizo el rey construir un aposento con su tribuna, desde donde oía la misa, y asistía á los oficios divinos, cuando no se sentaba en el coro al lado del prior y entre los monjes que habían hecho ya prokision de vivir en la nueva casa. Era tal su afán por encerrarse en aquel asilo religioso que tan pronto como estuvo concluido su aposento, se fué á vivir á él (1571), pudiendo decirse que fué el primer morador de aquella casa religiosa, y como el primer monje del monasterio del Escorial.

Puerto que tendremos necesidad de volver á hablar más adelante de esta insigne obra monumental del siglo XVI., nos limitamos ahora á decir que prosiguió los años siguientes la fabricacion de la casa, templo, panteon y palacio, bajo la direccion del arquitecto Juan Bautista de Toledo, autor del primer plan, hasta 1575 que le reemplazó el célebre Juan de Herrera, que aun llegó á tiempo de immortalizar su nombre con lo que restaba de esta obra, y cuya direccion inauguró una segunda época ó período en

la edificación del suntuoso monasterio del Escorial. En este intermedio había hecho el rey trasladar allí las cenizas del emperador y la emperatriz sus padres, y de otros reyes y príncipes de España para tenerlos provisionalmente custodiados hasta poderlos depositar definitivamente en el gran mausoleo regio que les preparaba.

Sabido es que siguiendo las inspiraciones y el gusto del regio fundador, se dió al todo del edificio la forma de un paralelogramo rectangular, ó sea de unas *parrillas* vueltas al revés, emblema y símbolo del instrumento en que recibió el martirio de fuego el santo á cuya memoria se consagraba, y cuya advocación había de llevar: idea que ha sido, lo mismo que el pensamiento general de la fundación, de diversas maneras interpretada y juzgada por los amigos y adversarios del rey, viendo en ella los unos solamente una conmemoración laable y piadosa, los otros una representación de las tendencias del soberano á encender hogueras para castigar á los que dañaban contra la religión y la fe. Pasaba Felipe II. largas temporadas cada año en su celda del Escorial, de donde salían sus providencias de gobierno para sus dominios de ambos mundos.

Todos los actos y medidas del rey don Felipe en este tiempo llevaban el mismo sello y tinte religioso que le había inspirado la fundación del Escorial. A su impulso y excitación, después de publicadas y man-

dadas observar en España las decisiones del concilio de Trento, al temor de lo que en otro capítulo dijimos, se celebraron concilios provinciales en varias metrópolis de la península para dar más autoridad á los decretos y cánones del sínodo Tridentino, y hacer saludables estatutos para su mejor observancia y cumplimiento. Durante la celebracion del de Toledo, se verificó en aquella imperial ciudad una pomposa y solemne festividad religiosa, á saber, la recepcion del cuerpo del glorioso mártir San Eugenio, su primer arzobispo, que se guardaba hacia siglos en el panteon de la famosa abadía de Saint-Denis de Francia. Conociendo el cabildo de Toledo los sentimientos religiosos del rey, y aprovechando la circunstancia de reinar en España una hermana del monarca francés, suplicó al rey y á la reina intercediesen con la reina y el rey de Francia, su madre y hermano, para que permitieran restituir y trasladar á España los preciosos restos del santo arzobispo toledano. Vinieron en ello muy gustosos los monarcas, y dió Felipe orden á su embajador en París don Francés de Alava, para que hiciera la peticion en su nombre, esponiendo á los reyes su gran deseo de complacer al cabildo de Toledo (1568). Oída y otorgada por aquellos la reclamacion, y vencidas las dificultades que opuso para su ejecucion el cardenal de Lorena, abad de San Dionisio, dificultades que estuvieron á punto de producir un conflicto entre los dos reinos en ocasion que

tanto necesitaba aquél de la buena amistad y auxilio del favor de éste, al fin se dió al canónigo don Pedro Manrique de Padilla la honrosa comision de pasar á recoger una reliquia de tan inestimable precio para los españoles.

El canónigo comisionado encontró ya en Burdeos el sagrado cuerpo encerrado en una caja sellada. Habia sido sacado secretamente de Saint-Denis para no mover escándalo, y bajo la promesa de que el rey de España haria en retribucion á aquella catedral alguna donacion semejante, y habíale conducido el duque de Nevers hasta Burdeos. Entregado allí con toda ceremonia al canónigo Manrique, trájole éste á España con la precaucion, decoro y dignidad correspondientes. Su entrada en Toledo fué una verdadera festividad religiosa, obispos, cabildo, clero, hermandades, pueblo, todos salieron á recibir el arca sagrada: la procesion apenas podia caminar por las calles henchidas de gente y decoradas con magníficas colgaduras; el rey, los archiduques que se hallaban á la sazón en España, y otros grandes señores tomaron la caja en hombros, y la llevaron hasta la puerta de la catedral con gran edificacion del pueblo, y allí la recibieron los obispos, y la colocaron en el altar mayor con el más pomposo ceremonial, siendo aquel uno de los dias de más júbilo que cuenta en sus anales aquella ciudad de tantos recuerdos religiosos (1).

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II. lib. VI., cap. 22

Un monarca tan aficionado al recogimiento y tan enemigo de la severidad monástica, no podía tolerar la indisciplina y relajación á que habían venido las comunidades religiosas de ambos sexos. Y al tiempo que protegía de la manera que hemos visto la orden de San Gerónimo, impetraba un breve pontificio para reducir á la estrecha observancia de sus reglas las demás comunidades (1566). Las monjas y beatas, que como dice un historiador, «salían de sus encerramientos con libertad, peligro y escándalo (1)», fueron obligadas á guardar más recogimiento y más clausura. Refrenó la vagancia de los franciscanos, envió visitadores á los conventos de la Merced, de la Trinidad y del Carmen, y propuso al pontifice las medidas convenientes para el remedio de los abusos y desórdenes que habían corrompido la antigua moral del claustro. Las que menos sufrieron el rigor reformista fueron las órdenes de San Gerónimo y Santo Domingo, ya porque realmente fueran las que menos habían quebrantado la disciplina de su instituto, ya porque la primera era la favorecida del rey, y á la segunda había pertenecido Pío V., que á la sazón ocupaba la silla de San Pedro, y de ella salían los inquisidores. Proponía Felipe II. la extinción de todas las casas de premostratenses, de los cuales hacía la siguiente triste pintura: «Estos son todos idiotas (de-

(1) Cabrera, *Hist. de Felipe II.* lib. VII., cap. 11.

«cia) sin letras ni doctrina, y no hay en ellos predi-
«cador, ni aun pálpitos en algunas de sus casas, y
«allende ser idiotas, son en las costumbres muy dis-
«traídos y de muy mal ejemplo, pues ni guardan
«clausura, ni tienen modo ni forma de orden, ni ob-
«servancia alguna; y que esto es de manera, que
«no solo de ellos no se recibe beneficio en el pueblo,
«antes mucho escándalo, que resulta en desautoridad
«desta orden, y aun disminuye y enflaquece el que
«se ha de tener de las otras ⁽¹⁾.» Y nada por cier-
to se ocultaba al rey de lo que pasaba en los conven-
tos ni de lo que fuera de ellos hacían los frailes, que
para eso tenía en todas partes comisarios que le
avisaran de todo, ya que los prelados no lo hicieran.

A esto de la reforma de las comunidades no de-
jaban también de estimularle las Cortes del reino;
y en las que se celebraron en Madrid en 1567, se
reprodujo la petición para que se corrigiesen los
abusos y escándalos que con harta claridad daban á
entender se cometían en las visitas de los frailes á
los conventos de monjas, proponiendo entre otras
medidas que se les prohibiera entrar en ellos, y
no se les permitiera hablar sino por los tornos y
redes ⁽²⁾.

(1) Carta de Felipe II á Juan de Zúñiga su embajador en Roma, de Aranjuez á 14 de mayo de 1568. — Archivo de Simancas, Estado. Roma, leg. 1,365.

(2) Petición 72.ª de las Cortes de Madrid de 1567. — Cuadernos de Cortes de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

Tan conformes se hallaban en este punto el monarca y los representantes del pueblo, como desacordes en lo tocante á poder ó no adquirir ó poseer bienes raíces las iglesias y monasterios: cuestion antigua ya, como hemos visto por los capítulos anteriores, entre el trono y el pueblo. Las Cortes de 1567 insistían en lo mismo que habían suplicado ya las de 1523, 32, 34 y 63, «que los monasterios, iglesias y personas eclesiásticas no pudiesen comprar bienes raíces, ni heredarlos ni recibillos por donacion, y que pudiesen los parientes del vendedor y donador sacárselos, dándoles el valor de dichos bienes.» Y el monarca respondía como siempre: «Cerca de lo conferido en vuestra peticion, no conviene por agora hacer novedad ni otra declaracion (1).» Y no podía esperarse otra respuesta del soberano que cuando tal peticion le hacian los procuradores de las ciudades, estaba dotando de pingües lincas y cuantiosas rentas el monasterio del Escorial que á la sazón se erigia (2).

(1) Peticion 71.^a

(2) En estas Cortes de 1567 (que casi ningún historiador menciona, á pesar de haberse tratado en ellas tantos y tan útiles puntos de administración y gobierno) hallamos una petición muy notable hecha por los procuradores, á saber, que se suprimieran las corridas de toros, y se reemplazaran por otros ejercicios militares. «Otrosí decimos que por experiencia se ha entendido que de correr-

se toros en estos reinos da ocasion á que muchos mueran con peligro de su salvacion, y suceden otros inconvenientes dignos de remedio: suplicamos á V. M. provea y mande que de aquí adelante no se corran más, y en lugar destas fiestas se introduzcan ejercicios militares, en que los súbditos de V. M. se hagan más hábiles para la servir.» Pero á esta petición de los procuradores, que sin duda conocían bien los males que oca-

Para las reformas de que hablamos pedia siempre Felipe II. su autorizacion al romano pontífice; más si en esto se mostraba tan deferente al jefe de la Iglesia otro tanto se manifestaba celoso del mantenimiento de su jurisdicción como soberano temporal aun en los negocios eclesiásticos, cuando el papa intentaba invadir algunas de sus atribuciones. Hemos hecho observar antes la entereza de Felipe II. en estas materias, y la misma mantuvo en este tiempo. Quejábanse el papa Pio V. (1566) de que sus bulas no fuesen recibidas y obedecidas en los reinos de Nápoles y Sicilia, en el ducado de Milán y en otros estados sujetos á la corona de España, sin que el Consejo respectivo les diese su *Esequatur*, y empeñábase en que no habian de necesitar de este requisito, queriendo restablucir la antigua omnipotencia jurisdiccional que habian tenido algunos pontífices sus antecesores. Defendian los Consejos sus derechos con vigor y entereza. El rey sostenia tambien firmemente sus prerogativas, y á las quejas del pontífice sobre jurisdicción respondia: que descaba la concordia con la Iglesia pero sin perjuicio ni menoscabo de su autoridad, heredada de príncipes religiosísimos; y que

«moraban semejantes bestias, respondió el rey: «á esto vos respondemos, que en quanto al dño «que los toros que se corren hacen, los corregidores y justicias «lo provean, y proveagan de manera que aquel se excuse en cuanto se pudiere; y en quanto al cor-

«rer de los dichos toros, esta es «una muy antigua y general costumbre en estos nuestros reinos, «y para la quitar, será menester «mirar más en ello, y así por ahora no conviene se haga novedad.» Petición 51.^a

le admiraba el escándalo de su Bestitud y la ofensa que mostraba del uso de sus reales privilegios, cuando sabía que lo mismo habían hecho sus progenitores, á quienes la Iglesia, y los pontífices habían sido deudores de grandes servicios y beneficios. El derecho del *Regium aequatur* se mantuvo ⁽¹⁾.

Llevado Felipe II. de aquel espíritu religioso y de aquel amor á la unidad católica que solía sellar sus actos de gobierno, había tomado ciertas medidas con los moriscos del reino de Granada, que vinieron al fin á dar origen á una formal sublevación y á una guerra sangrienta y costosa. Desde la conquista de Granada por los Reyes Católicos, ni los moriscos que quedaron en las provincias meridionales y orientales de España habían abrazado con sinceridad la religión cristiana, ni habían recibido generalmente el bautismo sino violentamente y por fuerza, ni abandonaron sino exteriormente la fé de sus mayores y los ritos del culto musulmánico en que habían sido criados, ni los monarcas cristianos cesaban de compelerlos con medidas severas á observar las ceremonias del cristianismo, y á renunciar al trago, á las costumbres, al idioma y al culto mahometano, ni ellos lo sufrían con pacien-

(1) En el capítulo 12. lib. VII de la Historia de Felipe II. de Cabrera se refieren con bastante latitud diferentes choques gravísimos que la reclamación del pontífice Pío V. para que pasasen sus bulas sin el *Aequatur* de los Con-

sejos produjo en los dominios españoles de Italia, llegando en algunos puntos á vías de hecho y á luchas sangrientas y escandalosas entre los defensores de ambas autoridades.

cia, sublevándose de tiempo en tiempo contra la opresion que se les hacia sufrir. El lector recordará las últimas rebeliones de los moriscos de Valencia y Aragon en el reinado de Carlos V., como fueron remedidos, las providencias que con ellos se adoptaron, y las medidas que tomó el emperador para con los del reino de Granada ⁽¹⁾.

En las primeras Cortes que Felipe II. celebró en Castilla á su regreso de los Países Bajos (1559-1560), á petición de los procuradores, prohibió á los moriscos del reino granadino servirse de esclavos negros, porque viniendo estos de su país sin nociones algunas de religion eran secretamente instruidos en el mahometismo, que ellos fácilmente adoptaban. Quejáronse los moriscos, y reclamaron del agravio y perjuicio que se les hacia en privarlos de una propiedad y de los brazos que tenían para los trabajos de la agricultura, además de que esto era tratarlos como sospechosos, cuando habia muchos que se preciaban de buenos cristianos y de estar emparentados con ellos. Aunque el rey declaró que con estos no se entendia la medida, ellos no se dieron por satisfechos y pidieron su anulacion acudiendo al conde de Tendilla, don Íñigo Lopez de Mendoza, capitan general de Granada, para que intercediese en su favor con su padre el marqués de Mondejar, presidente del Consejo de

(1) Véase el cap. 14 del libro II. de nuestra Historia.

Castilla. Como el conde acogiese tíbiamente su pretension, buscaron apoyo en la chancillería, que interesada en disminuir el poder de la autoridad militar, revocó una merced que el rey había otorgado al de Tendilla. El capitán general en desquite renovó una cédula de 1553 prohibiendo á los moriscos llevar armas sin su autorizacion y avocando á sí el conocimiento de las causas no le faltó tampoco manera de vengarse á su vez de los magistrados; prosiguieron las competencias y rivalidades de autoridad y jurisdiccion entre el poder judicial y el militar, inclinándose el rey alternativamente ya á un lado ya á otro; y por último se resolvió la cuestion en favor del capitán general (1563), obligando á los moriscos á presentar ante él sus armas y sus licencias en el término de cincuenta dias, bajo la pena de seis años de galeras, y dejando al arbitrio de la autoridad militar el castigo de los que falsificasen el sello que se ponía á las armas. Muchos no quisieron usar del beneficio de las licencias. Escondíanlas los más; diariamente se daban quejas y delaciones, se multiplicaban los procesos, se repetían las provisiones, menudeaban los castigos, se fatigaban los magistrados, se desautorizaban las providencias, y la efervescencia entre los moriscos tomaba un aspecto amenazador ⁽¹⁾.

(1) Por este tiempo habían sido desarmados también los moriscos de Valencia (1562), con motivo de las relaciones y tratos que mantenían con los moros y con el virrey de Argel. Allí había tomado el rey tan acertadas disposiciones que en un solo día se hizo el des-

La única esperanza de eludir el castigo que quedaba á los moriscos delincuentes, á saber, los lugares de asilo, que eran los templos y las tierras de señorío, donde muchos se refugiaban, les faltó tambien, por otra real provision aboliendo la inmunidad de las tierras señoriales, y restringiendo la de las iglesias á solos tres dias (1564). Privados de este recurso y de esta esperanza de seguridad, fueronse á las montañas, donde se dieron á la vida de salteadores. Cuando más falta hacia el acuerdo entre las autoridades para dictar las convenientes medidas contra los nuevos bandidos, renováronse con más viveza las disputas de jurisdiccion entre el capitan general y el presidente de la chancillería. El rey creyó cortar la competencia, y lo hizo de la manera más inconveniente. En vez de concentrar la fuerza en una sola mano, la repartió entre los dos poderes: otorgó al presidente de la audiencia y á los alcaldes facultad para levantar y mandar tropas en pequeñas cuadrillas, y dejó al capitan general la inspeccion de la costa marítima. Lo absurdo de esta medida se patentizó bien pronto. Las pequeñas cuadrillas que formaron los alcaldes, no eran, como dice un historiador de aquel tiempo, «ni bastantes para asegurar, ni fuertes para resistir ⁽¹⁾». Protegidos los alguaciles por los soldados, y oscudados los

arme general, segun dejamos ya
apuntado en el capítulo 3.º de es-
ta libro.

(1) Mendoza, Guerra de Granada, lib. I.

soldados con los alguaciles eran más los desmanes y crímenes que cometían ellos que los criminales que cogían. A estas vejaciones se agregaba el rigor y la opresión inquisitorial que se ejercía sobre los moriscos de las poblaciones; y la persecución armada de las justicias eclesiástica, civil y militar, que en todas partes hallaba culpables, exasperaba más y más á los moriscos; lanzábanse estos á bandadas á las sierras, y llegaban ya á ser menos los moradores pacíficos de los pueblos que los *monfs*, ó salteadores, que andaban por las montañas ⁽¹⁾.

A vista de esta actitud de los moriscos, tratóse en el concilio provincial de Granada, presidido por el arzobispo don Pedro Guerrero, la manera de sossegar aquella alteración y de que no se perdiesen aquellas almas, y propusieron los obispos sus medidas al rey, que las remitió al Consejo, presidido por don Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza. En este consejo, al que concurrieron el duque de Alba, el prior de San Juan don Antonio de Toledo, el vicescanciller de Aragon don Bernardo de Bolea, el obispo de Oribuela maestro Gallo, el inquisidor don Pedro de Deza, el licenciado Menchaca y el doctor Velasco, del Consejo y cámara real, se determinó reproducir, pero con más rigor, la pragmática de 1526 de Carlos V. y las providencias y medidas acordadas entonces en la junta

(1) Marmol, *Rebellion y castigo de los moriscos*, lib. I. de los moriscos, lib. II.—Mendo-

de Granada. Los capítulos acordados en esta junta fueron: prohibición absoluta á los moriscos de hablar y escribir la lengua árábica, ni en público ni en secreto; obligación de hablar castellano, y entregar todos sus libros arábigos al presidente de la audiencia; renuncia completa de los ritos, trages, nombres y costumbres moriscas; destruccion de sus baños medicinales y de aseo; mandamiento de tener abiertas sus casas y de andar las mugeres con los rostros descubiertos; en una palabra, dejar todo lo que era morisco, y hacer pública y privadamente todo lo que hacian los cristianos. Firmó el rey esta pragmática en 17 de noviembre de 1566.

Opinaban muchos y proponian que estos capítulos se fuesen ejecutando poco á poco y por partes, pero el presidente Espinosa se empeñó en que habian de hacerse cumplir todos juntos y á un tiempo. Para esto se nombró presidente de la audiencia de Granada al inquisidor Deza, que marchó á aquella ciudad á dar cumplimiento al acuerdo del Consejo, y se hizo ir tambien al capitan general don Iñigo Lopez de Mendoza, ya marqués de Mondejar por muerte de su padre don Luis Hurtado, para que diese calor á aquellas medidas con su presencia. El presidente Deza hizo imprimir secretamente la pragmática, y dispuso pregonarla simultáneamente en Granada y en todo el reino el 1.º de enero de 1567, vispera de la fiesta que se celebraba todos los años en conmemoracion

del día en que fué ganada á los moros la ciudad, para infundir así mayor consternacion y terror á los moriscos. El pregon se hizo con toda pompa, y á son de trompetas, timbales y dulzainas; pero el efecto que produjo en los moriscos no fué de consternacion y de terror, sino de indignacion y de ira, que no podian reprimir, prorumpiendo unos en amargas quejas, otros en amenazas de venganza, y pronosticando los más ancianos que aquella pragmática habia de traer la destruccion del reino. Los moriscos de la Alpujarra y de las serranías y marinas despacharon inmediatamente comisionados á Granada á informarse de cómo lo habian tomado y lo que pensaban los del Albaicin. No estaban estos menos irritados que los de la sierra, pero eran ricos é industriosos, y creyeron prudente, antes de apelar á remedios estremos, ensayar algunas negociacions. Determinaron, pues, enviar á Madrid como procurador general á Jorge de Baeza para que solicitara del rey la revocacion de la pragmática, y que Francisco Nuñez Muley, hombre entre ellos respetable por su edad, saber y esperiencia, se presentára el presidente Doza y viera de ablandarle con razones.

El discurso de Nuñez Muley fué enérgico, vigoroso y elocuente, y en él iba demostrando capítulo por capítulo, ó la injusticia, ó el riesgo, ó la inutilidad de las medidas ⁽¹⁾. Algunas de sus razones eran convin-

(1) Son notables varios párrafos de este discurso: «Cuando los

contos, y de aquellas que no admiten réplicas; más no era hombre de dejarse ablandar por ellas el prebendato, y después de algunas buenas palabras concluyó con

«*construccion de una toña / cupras*)
que convirtieron á la fe de deus-
criano, ninguna condicion hubo
«*que los obligue á dejar el há-*
«*bito ni la lengua, ni las otras*
«*costumbres que tenían para re-*
«*signar con una buena. mon-*
«*eda y reverencia, y para de-*
«*clarar verdad, la conversion fué por*
«*efuerza, contra lo capitulado por*
«*los señores Reyes Católicos cuan-*
«*do el rey Alfonso nuestro San-*
«*ctidid les entregó esta ciudad, y*
«*encomisas sus Altezas vivieron, no*
«*challo yo con todos mis años que*
«*en tratase de quitárselo. Des-*
«*pués, reinando la reina doña Ju-*
«*ana, se lo p...*» - Va haciendo la
historia de las prevenciones que en
diferentes tiempos se habían dado
contra ellos, y de la contradicción
que siempre habían hallado, hasta
venir á los capítulos de la pre-
sente pragmática, y dice: «*Quien*
«*viere las nuevas prebendicas por*
«*de fuera, parecerá con facil-*
«*de cumplir; mas las dificultades*
«*que trae consigo son muy gran-*
«*des, las cuales otro á nuestra sa-*
«*beria por entonces, para que*
«*compensásemos deste misera-*
«*ble pueblo, se apode del con*
«*exer y caridad, y la favorecen*
«*con S. M., como lo han hecho*
«*siempre los presidentes pasados.*
«*Nuestro hábito cuando á las mu-*
«*jeres es de un color; es largo*
«*de pecho como en Castilla y*
«*en otras partes se usa diferen-*
«*te: las gentes en lucidos, en*
«*sayas y en calzados. El vestido*
«*de los moros y turcos ¿quien ne-*
«*gará sino que es muy diferente*
«*del que ellos usan? Y aun quan-*
«*do mis mecos no difieren...*
«*cil la nota de Mahoma tuvieron*
«*traje propio, en todas partes ha-*

«*bita de ser uno para el hábito no*
«*hace al caso. Venen venir los*
«*eclesiásticos, clérigos y legos de*
«*baria y de España venen á la*
«*arquencia. Habia arduo y*
«*arquencos, no saben más ni re-*
«*signar y a todo con sus res-*
«*tales de arduos y tales res-*
«*chos de mi tiempo que se acor-*
«*darán, que en este reino se ha*
«*mutado el hábito diferente de lo*
«*que ellos se buscado, las gen-*
«*tes trage limpio, corto, lirano y*
«*con poca cosa usando el mismo*
«*y vistiendo dello. Hay muger*
«*que sea un dorado como venida,*
«*y guardan las ropas de los indios*
«*y de otros por tales cosas, bur-*
«*desadas en 1700 y contra heren-*
«*cias. Siendo, pues, esto así,*
«*¿qué provecho puede venir á su-*
«*tilo de quitarnos nuestro hábito,*
«*que, bien considerado, tenemos*
«*comprado por mucho dinero de*
«*ducados con que hemos servido*
«*en las necesidades de los reyes*
«*pasados? ¿Por qué nos quieren*
«*hacer perder más de tres mil*
«*de oro que tenemos compa-*
«*do en el, y destruir á los memo-*
«*riales, á los taxantes, á los pla-*
«*tales y á otros oficiales que vive n*
«*y se sustentan con hacer vesti-*
«*da, calzado y joyas á la moria-*
«*ca? Si docientas mil mugeres*
«*qué hay en este reino, ó más, no*
«*han de venir de nuevo de pien á*
«*calzas, ¿qué dinero les ha de*
«*costar?... Los hombres todos anda-*
«*mos á la castellana, aunque por*
«*la mayor parte en hábito pobre*
«*al el trage hiciera sea, cierto es*
«*que los varones habían de tener*
«*mis cuentas con esto que las mu-*
«*jeres...*»

Tratando de la variacion de
lengua, dice: «*Pues viene á de*

decir que tuviesen por cierto que la pragmática no se había de revocar, «pues era tan santa y pura, y había sido hecha con tanta deliberación y acuerdo.» Y llamando á Jorge de Baeza, le intimó que por ninguna vía viniese á Madrid á tratar de aquel negocio con el rey, pues S. M. no gustaría de ello. Tampoco consiguió nada el marques de Mondejar, que se había en la corte, representando, como persona tan competente que era por su cargo de capitán general los inconvenientes de tan duras medidas. El

«lenguaje árabe, que es el mayor
«inconveniente de todos. ¿Cómo
«se ha de guiar á las gentes en
«lenguaje natural, con que nacie-
«ron y se criaron? Los egipcios,
«arabios, malteses y otras gentes
«cristianas, en árabe hablan,
«leen y escriben, y son cristianos
«como nosotros, y aun no se ha-
«bía que en este reino se haya
«hecho escritura, contrato ni tes-
«tamento en letra árabe desde
«que se convirtió. Deprender la
«lengua castellana todos lo desca-
«mos, más no es en manos de gen-
«tes. ¿Cuántas personas habrá en
«las villas y lugares fuera desta
«ciudad y dentro della, que aun
«en lengua árabe no la aciertan
«á hablar sino muy diferente unos
«de otros, formando acentos tan
«contrarios, que en solo de ha-
«ber un hombre alpujarreño se
«conoce de qué lado es? Nacieron
«y criaronse en lugares pequeños,
«donde jamás se ha hablado el ár-
«abio ni hay quien la entienda,
«sino el cura ó el beneficiado u el
«embarcador, y estos hablan siempre
«en árabe. Dificultoso será y ca-
«el imposible que los viejos se
«aprendan en lo que les queda de
«arabí, cuando son en tan breve

«tiempo como son tres años, mu-
«chos no hicieron otra cosa más ir
«y venir á la escuela. Ciere está
«por este en árabe inventado
«para nuestra destrucción, pues
«aun habiendo quemado la len-
«gua arábiga, quieren que se
«aprendan por fuerza, y que de-
«jen la que tienen tan sabida, y
«dar ocasión á penas y achaques,
«y á que riendo los naturales que
«aun pueden llevar tanto gravamen
«de vida de las penas dejen la
«tierra, y se vayan perdidos á
«otras partes y se hagan morillos
«(salvadores). Quiera esto ordene,
«con fin de aprovechar y para re-
«medar y aliviar de los almos,
«contienda que no puede dejar de
«reducir en grandísimo daño, y
«que es para mayor condenación.
«Considérese el primero modo
«de ordenar, y amando al prójimo, no
«quiera nadie para ruro, lo que no
«querría para sí, que si una sola
«cosa de tantas como á nosotros
«se nos ponen por pragmática se
«edijese á los cristianos de Castilla
«ó del Andalucía, morirían de pe-
«nura, y no se lo que harían...»

Puede verse el discurso íntegro
en Marcial, Rebelión, lib. II., ca-
pitula. 10.

presidente Espinosa le dió por toda respuesta, que aquella era la voluntad de S. M., y que se fuese cuanto antes á Granada, donde era necesaria su presencia. Los dos inquisidores presidentes, Espinosa del consejo, y Deza de la chancillería, hicieron imposible toda modificacion en los capítulos.

Habíase señalado el último día de diciembre de 1567 para que las mugeres moriscas dejaran sus antiguos trages; el presidente y el arzobispo de Granada ordenaron á los párrocos de todo el reino que lo anunciaran así en las iglesias en la misa mayor; que se empadronaran todos los niños y niñas de los moriscos de tres á quince años para hacerlos ir á las escuelas á aprender la doctrina y la lengua castellana; que todos los de las sierras y valles que habían ido á avendarse en Granada con sus familias, salieran otra vez, pena de la vida, á poblar los antiguos lugares. Reclamaron de nuevo los moriscos al presidente sobre la injusticia de tales mandamientos, y no obtuvieron de él más indulgencia que antes. Vino á Madrid á interceder por ellos el ilustre don Juan Enriquez de Baza. Mas sus buenos oficios se estrellaron tambien en la inflexibilidad del presidente Espinosa. «Admírome, le dijo, que una persona de vuestra calidad haya aceptado semejante encargo.»—«Precisamente mi calidad, le contestó Enriquez, es la que me ha hecho tomar á mi cargo un negocio de que depende la tranquilidad del reino, y si los hombres de mi calidad no

«ponen en ello la mano, ¿quién con mejor título lo podrá hacer?» Y á influjo de Espinosa, el rey, sin querer abrir siquiera el memorial que llevaba el ilustre mediador, decretó que acudiesen al presidente don Pedro de Deza.

Ultimamente, desatendidas todas sus instancias y reclamaciones, y desahuciados los moriscos, así en Madrid como en Granada, se prepararon para alzarse en rebelion, á cuyo efecto sacaron á luz ciertas profecías, llamadas *jefores*, que algunos tenían en sus libros ⁽¹⁾. Solo la desesperacion pudo inspirar resolución tan arriesgada y atrevida á unos hombres sin armas, sin municiones, sin vituallas, sin disciplina militar, sin fortalezas y sin dinero, teniendo que habérselas con el más poderoso soberano de la tierra: así es que los ministros del rey tenían por cosa tan fácil el sujetarlos, en el caso de alteracion, que cuando hicieron marchar al marqués de Mondejar de Madrid le dieron por todo refuerzo trescientos hombres. Los moriscos

(1) He aquí como comenzaba uno de estos jefores: «En el nombre de Dios placoso y misericordioso. Léese en las divinas historias que el mensagero de Dios estaba un día asentado, pasada la hora de la oracion que se hace al medio día, hablando con sus discípulos, que están todos aceptando en gracia, y á la sazón sobrevino el hijo de Abi Talid y Patima Alxaba, que están asimismo aceptando en gracia, y asentándose par del, le dijeron: ¡Oh mensagero de Dios! haznos saber cómo

ha de quedar el mundo á la fin de los tiempos, y cómo se ha de acabar.» El cual les dijo: «El mundo se ha de acabar en el tiempo que hubiere la gente más perversa y mala.....»—Trad. de Marmol, lib. III., cap. 3.

El conde de Circourt, en su Historia de los moros mudéjares y de los Moriscos de España, ha publicado, traducidos al francés, el discurso de Nuñez Muley y esta profecía, en el tomo II., apéndice 8 y 9.

del Albaicin excitaban mafiosa y secretamente á los de la Alpujarra, animándolos con muy halagüeñas esperanzas, en lo cual no tanto se proponían ellos el triunfo de la rebelion, quanto lagrar á costa de otros el que por temor al levantamiento se viniese á suspender la pragmática. De entre los granadinos, solo un tintorero, llamado Farax Aben Farax, del linage de los Abencerrages, hombre muy para el caso por su energia y valor, y de muchas relaciones por su tráfico y oficio en todo el reino, fué el que se atrevió á tomar el negocio á su cargo, y comunicándolo con algunos de sus amigos de Granada, entre ellos Fernando Moley de Valor, llamado comunmente el Zaguer, Diago Lopez Aben Abou, Miguel de Rojas, Aben Thoar, y otros varios, concertaron dar el golpe el dia de Jueves Santo (14 de abril, 1568), como dia en que los cristianos, ocupados en las ceremonias y actos religiosos estarian mas descuidados.

Mas como esto llegara á adquirir cierta publicidad, y los del Albaicin tuvieran interés en alejar de si toda sospecha, presentáronse los mas ricos y principales al presidente de la audiencia, é hicieronle mil protestas de su cristianismo y su fidelidad. Esto no impidió para que el presidente mandase á los alcaldes de chancillería y escribanos del crimen que buscáran todos los procesos que hubiese contra los moriscos, y que fuesen poco á poco prendiendo á los procesados y sospechosos, cuyo mandamiento produjo

nuevos agravios, viéndose perseguidos y atropellados hombres que habian hecho grandes servicios. Pero observando los gefes de la rebclion las prevenciones de las autoridades, avisaron para que se suspendiera el movimiento.

Pasó el Jueves Santo sin novedad; pero la noche de la viápera de Pascua, creyendo el centinela de la torre de la Alhambra que eran moriscos unos soldados que subian con hachas de viento al cerro del Albaicin, tocó la campana de rebato, y gritaba deade la torre: «Cristianos, alerta, que esta noche vais á ser degollados!» Alborotóse con esto la ciudad; las mugeres corrian á los templos; los hombres salian armados y medio desnudos, sin saber dónde habian de acudir; hasta los frailes de San Francisco se presentaron armados en la plaza; el presidente de la audiencia y el corregidor hicieron tomar las boca-calles del Albaicin, y pasaron toda la noche rondando, hasta que se penetraron del motivo de la falsa alarma. Al da siguiente (17 de abril) llegó á Granada de la corte el marqués de Mondejar, con cuya presencia se aquietaron un tanto los moriscos, puesto que les permitió representar de nuevo á S. M. sobre las injusticias, tiranias y agravios que con ellos se cometian. El encargado de esta comision fué el ilustre don Alonso de Granada Venegas, descendiente del célebre príncipe Cid Hia-ya, de quien tanto tuvimos que decir en la historia de los Reyes Catolicos. Pero la mision de Venegas no tuvo

mas favorable éxito que la anterior de don Juan Enriquez. Ahora como antes, el presidente del consejo de Estado, Espinosa, lo remitió al de la audiencia de Granada, á quien estaba cometido aquel negocio.

Como se ve, no faltaban personajes de cuenta que intercedieran y abogaran con interés por los moriscos; mas todos sus buenos oficios se estrellaban en la dureza de «dos bonetes», como decia el marqués de Mondejar, aludiendo á los dos presidentes inquisidores, Espinosa y Deza. El mismo marqués, con ser el capitán general del reino de Granada, destinado á hacer ejecutar la pragmática ó á perseguir á los rebeldes, tendia mas á transigir con los moriscos que á hacerles guerra. Pero sucedió que yendo con su hijo el conde de Tendilla á visitar la costa, vinieron á parar á sus manos un libro arábigo y unos papeles sueltos que se le habian caido á un morisco del Albaicin, que con algunos otros, conducidos todos por Aben Daud, habian intentado embarcarse para Africa, llevando consigo algunas mugeres y tres cristianos cautivos, y por haber sido denunciados y descubiertos habian tenido que volver á refugiarse en la sierra. Los papeles sueltos eran una larga elegía en veteo, pintando los trabajos y la opresion en que vivian los moriscos andaluces, y una carta escrita por Daud á los moros de Berberia suplicándoles viniesen á ayudarles á sacudir el yugo y á salir de la angustiosa esclavitud en que gemian, y que los nuevos

bandos iban á hacer mas insoportable. Con esto ya no quedó duda al marqués de los designios de los moriscos, á pesar de la quietud y sosiego que aparentaban.

Así fué, que congregados los del Albaicin en una casa no lejos del edificio mismo de la Inquisicion, acordaron la necesidad de un pronto y general alzamiento para la noche del día de año nuevo, porque sus pronósticos aseguraban que Granada seria reconquistada por los musulmanes el mismo día que se habia perdido. El plan era que la revolucion comenzara en el mismo Albaicin, no moviéndose los de las sierras y valles hasta que se les diera aviso y señal de la ciudad. Entretanto se enviaron oficiales de confianza para que enpadronaran con el mayor disimulo posible hasta ocho mil hombres en los lugares de la Vega y valle de Lecrin, y otros dos mil en la sierra. A la señal que se les haria del pico de Santa Elena acudirian todos estos vestidos á la turca, para que pareciesen turcos que venian de socorro. El órden que los de la ciudad habian de seguir, era dividirse en tres trozos, mandados cada uno por un gefe; se señalaron los colores de cada estandarte, los barrios y parroquias cuya gente habia de acudir cada uno, los puestos que cada cual habia de atacar, debiendo todos matar los cristianos que pudieran, soltar los presos de las cárceles de Chancilleria é Inquisicion, prender ó matar al presidente Deza y al arzobispo, y

reunirse todos en la plaza de Bibarrambía, donde habian de acudir los ocho mil hombres de la Vega y valle de Lecrin, y de allí adonde conviniese para poner á fuego y sangre la ciudad.

Por mas que el plan de los conjurados no dejara de traslucirse, ni el presidente ni el marqués acababan de persuadirse de que pudiera hacerse un levantamiento general, y atribuiendo todo á algunos perdidos, interesados en revolver el país; y aunque uno de ellos, acaso arrepentido, reveló como en confesion cuanto se trataba á un jesuita llamado el padre Albotodo (23 de diciembre, 1568), y éste dió cuenta de ello á las autoridades, contentáronse con reforzar las guardias y rondar aquella noche. Sucedió en esto que los monfis ó saltadores alpujarreños, movidos ya por Farax Aben Farax, no tuvieron calma para esperar, y arrojándose sobre varios escribanos y alguaciles de la audiencia, que habian salido á la sierra á pasar, segun costumbre, las vacaciones de Pascua, y andaban por los pueblos haciendo vejaciones á los moriscos, los asesinaron y se apoderaron de cuanto llevaban. La noticia de este suceso, que llegó el primer día de Pascua á las autoridades granadinas, no las alarmó tanto como era de esperar; creyeron que algunos moros berberiscos habrian desembarcado en la costa para ayudar á los monfis á tomar algun lugar, como otras veces lo habian hecho; y como aquel día lo fuese de un temporal frio y deshecho de agua y nieve, ni si-

quiera se creyó hacer en la ciudad la ronda de costumbre.

Muy de otra manera obró el activo y resuelto Aben Farax. Sin reparar en lo terrible y crudo de la noche, con menos de doscientos salteadores de la sierra que pudo recoger, diciendo á los alpujarreños que los del Albaicin les darian ya pronto la señal de la insurreccion, y asegurando á los del Albaicin que los ocho mil hombres de Lecrin y de la Vega le seguian; haciendo á sus salteadores vestirse tocas y turbantes turquescos, á la media noche llegó á las puertas de Granada; con picos y otros instrumentos que llevaba agujereó el muro, entró audazmente en la ciudad, sorprendió un centinela y una guardia de soldados cristianos, recorrió con su gente dividida en dos cuadrillas varias calles, asaltó con ella algunas casas despertó á voces á los moriscos del Albaicin llamándolos á las armas, porque era llegada la hora y toda la tierra de los moros se habia ya alzado. Mas como aquellos mirasen y viesen tan poca gente, «Idos con Dios, hermanos, les dijeron, que sois pocos y venís sin tiempo.» Con esta respuesta, y oyendo ya tocar á rebato las campanas de San Salvador, el atrevido Aben Farax, renegando de sus hermanos del Albaicin, é insultando groseramente su cobardia, volvió á salirse al rayar el alba por el portillo por donde habia entrado, la vuelta de Cénes, no habiendo acudido tampoco á auxiliarle los de la Alpujarra, por-

que la nieve no les habia permitido franquear la sierra.

De tal manera habia sido aquella entrada, que se pasó gran parte del día sin poderse averiguar en la ciudad la verdad de lo que habia pasado, y quiénes, y cuántos, y de qué calidad habian sido los invasores. El marqués de Mondéjar hizo reconocer con muchas precauciones el Albaicín, y le halló sosogado y todos los moros encerrados en sus casas para no ser robados en el alboroto. Con noticias que fué adquiriendo, despachó á uno de sus escuderos para que averiguára la direccion que los moros llevaban en su retirada. Cuando volvió el explorador con noticia de haberlos visto, salió el marqués con sus hijos y cuantos caballos habia disponibles en su seguimiento, dejando orden al corregidor para que le enviára la infantería, segun se fuera reuniendo, hácia Dilar por la falda de Sierra Nevada, que era el camino que llevaban los moros. Pero se habia perdido ya tanto tiempo, que cuando los cristianos llegaron á darles vista era ya casi de noche, y Aben Farax y los suyos se ocultaron entre las sierras cubiertas de nieve, y renunciando el marqués á darles alcance, se volvió á la ciudad.

Habia entre los moriscos granadinos un jóven llamado don Fernando de Córdoba y Valor, descendiente de los antiguos califas Beni-Omeyas, que habia sido caballero veinticuatro de la ciudad de Gra-

nada. Este joven, de carácter ligero, de no muy arreglada conducta, y que por su prodigalidad se hallaba cargado de deudas habiendo tenido que vender hasta su veinticuatría, y se encontraba reducida á prision, tuvo medio de evadirse la noche de la víspera de Navidad, y dió consigo en la Alpujarra acompañado solamente de una morisca su amiga y de un esclavo negro. Alojóse en Beznar en casa de un pariente suyo, donde concurren otros muchos de su parentela. Acordaron estos entre sí, y con otros moriscos rebeldes de tierra de Orgiba que allí acudieron, que puesto que el país se sublevaba y no tenían cabeza á quien obedecer, seria bueno nombrar un rey, y nadie podia serlo mejor que el mismo don Fernando Valor, toda vez que venia de línea derecha de reyes, y no estaba menos ofendido que otro alguno de los cristianos. Aclamáronle, pues, por rey de Granada y de Andalucía con el nombre de Muley Mohamet Aben Humeya. Hizose la ceremonia de la coronacion con la antigua fórmula de los musulmanes, rezó su oracion, juró morir en defensa de la fé musulmana, y todos le fueron besando la mano segun la costumbre antigua de sus mayores.

Al segundo dia de este ensalzamiento, aparecióse alli Farax Aben Farax de regreso de Granada con sus compañías de bandidos con una algazara como si volviera victorioso. Alteróse grandemente al saber que

acababa de ser alzado por rey don Fernando de Valor, siendo así que él había sido nombrado antes cabeza y gobernador de todos los moriscos por los del Albaicin, diciendo á voz en grito que si la estirpe de don Fernando era ilustre, él también descendía de la noble familia de los Abencerrages, y era el primero que había dado al pueblo la voz de libertad. Insistían los de Beznar en que no había de ser otro que el que habían elegido; sobre esto hubieron de venir á las manos, pero mediaron algunos y lograron concertar á los dos aspirantes á aquel simulacro de trono, quedando convengo que don Fernando de Valor sería el rey, y Aben Farax su alguacil mayor, cargo el más preeminente entre los moros cerca de la persona real. De nuevo aclamaron los de Beznar á Valor en el campo debajo de un olivo, y Aben Farax se fué con trescientos monfis ó salteadores á acabar de sublevar la Alpujarra.

«Congoja pone verdaderamente pensar, cuanto
 «más haber de escribir, las abominables maldades con
 «que hicieron este levantamiento los moriscos y monfis
 «de la Alpujarra y de los otros lugares del reino de
 «Granada.» Con estas palabras comienza el minucioso
 historiador de la Rebelion y Castigo de los Moriscos
 la narracion del alzamiento general de las *tahas* ó
 distritos en que moraban los moros alpujarreños (1).

(1) *Táha* ó *tas* se llamaba el agregacion de pueblos sujetos á un partido, distrito, jurisdiccion ó alcalde ó gobernador militar. Las

En verdad estremece y horroriza la relacion de las atroces y bárbaras iniquidades que se cometieron en esta insurreccion, autorizadas unas y mançadas otras por el feroz Farax. Aben Farax. Si la causa de los moriscos hubiera sido justa, bastarian á hacerla detestable las crueles abominaciones con que la mancharon, sin que por eso disculpemos ni menos podamos justificar á los que con medidas ó imprudentes ó exageradas exasperan á un pueblo y le conducen á la desesperacion.

Estromecen, repetimos, y horrorizan los actos de bárbara venganza que ejercieron en los cristianos aquellos terribles moufis ó salteadores, y hacen rebotar de amargura el corazon, y hasta la pluma parece resistirse á estamparlos. Era poco saquear y destruir casas y templos, romper imágenes, despedazar reliquias, hollar las formas sagradas, y profanar todos los objetos del culto religioso: era poco prender los sacerdotes, pasearlos desnudos y descalzos por plazas y calles con público escarnio y ludibrio: era poco dar muerte á todos los cristianos que pudiera haber de diez años arriba, «sin respetar vecino á vecino, compadre á compadre, y amigo á amigo:» era poco incendiar la torre ó el templo en que se hubie-

Antes ó cabezas de distrito eran doce: Orgiña, Poqueira, Ferreira, Jubiles, Ujijar, Andarax, Luchar, Marchena, Los Geheles, Adra, Berja y Balias. Se conserva toda-

via en Andalucía esta voz geográfica, dice el Diccionario de voces españolas geográficas, publicado por la Academia de la Historia.

ran refugiado los niños y mugeres cristianas huyendo del cuchillo homicida, hasta hacerla desplomarse sobre los infelices que estaban dentro, aplastándolos á todos: era menester á aquellos hombres furiosos é iracundos apurar el refinamiento de los tormentos, de los martirios más atroces y bárbaros. Aquí enterraban á un sacerdote vivo hasta el cuello, y se entretenían en asuetearle la cabeza. Allí mutilaban á otro miembro á miembro, y luego entregaban el cuerpo á las mugeres para que le picasen con agujas. Acá quemaban un convento de agustinos, y anegaban á los infelices en aceite hirviendo. Allá eran centenares de prisioneros, á quienes despues de haber atormentado con todo género de instrumentos cortantes y de punta, los llevaban á la hoguera, quemándolos de cuatro en cuatro, para que durára más tiempo el espectáculo y presenciáran los unos los suplicios de los otros. Hombre habia..... mas no hombre, sino fiera, que arrancaba el corazon á un cristiano, y le devoraba como hambriento tigre. Eclesiástico hubo á quien despues de muerto llenaron el cuerpo de pólvora y le pusieron fuego por tener el placer de verle estallar como una bomba. El martirio del cura de Carjayar don Marcos de Soto enciende en ira santa al hombre que no tenga del todo borrado el sentimiento de la humanidad. Despues de haberle de mil maneras escarnecido en el púlpito de su misma iglesia á que le amarraron y sujetaron; despues de haberle arrancado

la barba y las cejas, despues de haberle ido mutilando las extremidades, extraídole los ojos con que los vigilaba, y sacádole la lengua con que los reprendia, echaron su corazon á los perros..... No podemos proseguir (1).

Sobre tres mil españoles perecieron de estas horribles maneras en el espacio de seis dias, por orden y á presencia del feroz Aben Farax. Al fin el reyezuelo Aben Humeya, bien fuese que le repugnáran tales horrores y crueldades, bien que entrára en su calculo observar otra política, mostróse indignado de ver las sendas y caminos por donde andaba sembrados de cadáveres, y mandó por pregon que no se diera muerte á las mugeres ni á los niños, y que á los hombres mismos no se los ejecutára sin formacion de proceso. Creció su indignacion al ver que ni sus amigos personales habian sido perdonados por su barbaro alguacil mayor, y al llegar al castillo de Laujar (29 de Diciembre, 1568), residencia en otro tiempo del desgraciado Boabdil, mandó comparecer á Farax, y haciendo mañosamente retirar á sus monfis, y privándole asi del apoyo que pudieran darle aquellos

(1) Mendoza, en el libro I. de su Guerra de Granada da cuenta de estas atrocidades en globo, y solo refiere en particular alguno que otro caso notable. Marmol, más extenso y minucioso, dedica unos treinta capitulos del libro IV de su obra á hacer la descripcion topográfica de cada taha, á contar detenidamente la manera y cir-

cunstancias del alzamiento de cada una, y á consignar los actos de horrible barbarie que se cometieron en cada pueblo. Crónica escandalosa de los moriscos se podia llamar este libro V. de la Historia de su rebelion, y de él podria sacarse un cuadro estadístico criminal que repugnaría leer.

verdugos, le intimó que rindiera cuentas de sus robos al tesorero Miguel de Rojas. No era fácil que se pudiera justificar el autor de tantos crímenes, y aunque Aben Humeya no le impuso toda la expiación que merecía, al menos hizo un bien á la humanidad con inutilizarle quitándole el cargo y mando de alguacil mayor, y trasfiriéndoselo á su antagonista Aben Jahuar el Zaguer, tío de Aben Humeya.

Este rey de los moriscos, despues de haberse hecho coronar de nuevo solemnemente en Laujar, publicó un edicto ordenando la insurreccion general de todos los moriscos del reino, pero prohibiendo los asesinatos bajo pena de la vida y de confiscacion de bienes. Nombró un alcaide para cada taba, y volviéndose á Ujjar paso á correr el valle de Lecrin (30 de diciembre), que todo hasta el pié de Sierra Nevada estaba por los moriscos, rechazadas de él las avanzadas cristianas. Para acreditarse de verdadero musulman, inmediatamente despues de su coronacion se habia casado con tres mugeres, de familias influyentes, además de la que de Granada habia llevado consigo.

Mientras así se habian ido alzando una tras otra y con poco intervalo de tiempo todas las tabas de la Alpujarra, en Granada, despues de muchas dudas sobre el partido que convendria tomar para solocar la insurreccion, reunida la audiencia con su presidente

don Diego de Deza, propuso uno de sus individuos, el licenciado Nuñez de Bohorques, consejero que había sido de Castilla y de la Inquisición, que se hiciera salir veinte leguas tierra adentro de la ciudad á todos los moriscos del Albaicin y de la Vega, donde no pudieran auxiliar á los de la sierra ni con avisos, ni con armas, ni con gente, ni con consejo; la medida parecia bien á todos, pero se tuvo por peligroso ejecutarla, y por prudente suspenderla. Dióse de todo parte al rey, y el marqués de Mondejar ordenó á todos los señores de Andalucía que le acudiesen á la mayor presteza con gente de armas. El presidente de la audiencia por su parte, con noticia de que la rebelion se estendia ya hasta el reino de Murcia, acordó avisar tambien al adelantado de aquel reino don Luis Fajardo marqués de los Velez, creyendo que su solo nombre llenaria de terror á los moriscos y los haria entrar en razon. Los de la ciudad se presentaron otra vez con su procurador general al presidente Deza, protestando de nuevo no tener parte alguna en el alzamiento, estar prontos á servir al rey con sus haciendas como buenos y honrados, y á observar y cumplir la pragmática de S. M. Pero continuaron las precauciones, la vigilancia y las rondas en Granada, así como la insurreccion prosiguió estendiéndose por todo el pais comprendido entre Granada, Málaga, Murcia y Almería.

Daban ya harto que hacer los rebeldes moriscos

á los capitanes cristianos Diego de Quesada, García de Villaroel, Diego de Gasca, Ramírez de Haro y otros, en Orgiba, en Tablate, en las Guájaras, en Salobreña, en muchos lugares de la Alpujarra y valle de Lecrín y las cercanías de Almería, cuya ciudad se veía amenazada, mientras Aben Humeya se fortificaba en la taha de Poqueira, el más áspero territorio de la comarca insurreccionada. Aunque no abundaban en Granada los recursos para emprender una guerra, porque hombres, dinero, vituallas, todo lo necesitaba el rey para las que estaba sosteniendo en otros países, la necesidad era urgente, si no se había de dejar á los moriscos enseñorearse de todo el reino. Y así, recogiendo el marqués de Mondejar cuantas compañías de infantes y caballos pudo de las ciudades de Loja, Alhama, Alcalá la Real, Antequera, Jaén y de los lugares de la Vega; dejando el gobierno militar de Granada á cargo de su hijo el conde de Tendilla, emprendió la campaña contra los moriscos sublevados (3 de enero de 1569), con poco más de dos mil hombres, gente lucida y bien armada, pero nueva y poco hecha á la disciplina, llevando consigo á su yerno don Alonso de Cardenas, á don Francisco de Mendoza su hijo, á don Luis de Córdoba, don Alonso de Granada Venegas, don Juan de Villaroel y otros muchos caballeros, y los capitanes de la gente de las ciudades nombradas.

Con este pequeño ejército llegó al lugar del Pa-

dul, donde habremos de dejarle por ahora, mientras damos cuenta de otros sucesos no menos relevantes que entretanto habían acontecido en la corte ⁽¹⁾

(1) A no dudar, los dos entres de más crédito y que pueden mejor servir de guía para conocer las causas que prepararon y produjeron este lamentable episodio de la historia de España; el carácter del levantamiento de los moriscos, y los sucesos de la sangrienta guerra que dejamos comenzada, son Don Diego Hurtado de Mendoza y Luis de Marmol, ambos contemporáneos y que pudieron ser testigos de los acontecimientos; ambos dotados de claro y recto juicio, de cualidades históricas, de grande erudición, y colocados en condición ventajosa por su posición social para poder escribir con conocimiento y seguridad.

Don Diego Hurtado de Mendoza, autor de la *Guerra de Granada*, vástago de una de las más nobles y esclarecidas familias del reino, descendiente del célebre marqués de Santillana, y quinto hijo de don Inigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla, primer marqués de Mondéjar; discípulo del sabio Pedro Mártir de Angleria y del famoso sevillano Montecano; versado en los estudios de jurisprudencia y de humanidades, y en las lenguas latina, griega, árabe y hebrea, que había cultivado en Granada, Salamanca, Padua, Roma y Bolonia; distinguido como militar en las guerras de Italia del tiempo del emperador, embajador por Carlos V. en Venecia y en Roma, y uno de los nobles españoles que asistieron en representación y con poderes del emperador al concilio de Trento, y de los que se opusieron á su traslación á Bolonia; en cuyos honrosos cargos se aplicó por su

energía, su valor, y con su denuo en defender los derechos y prerogativas de un príncipe entre las pretensiones de la corte pontificia nombrada por Felipe II. para una comisión deicada en Aragón; por último, alternativamente desterrado é incluído por el rey á causa de algunos arranques de su genio severo y de tanto ímpetu, es poseedor de una preciosa biblioteca que regaló al rey para su biblioteca del Escorial; autor de varias obras literarias graves y festivas, de las cuales unas se han publicado impresas, y otras existen manuscritas en la Biblioteca Nacional: tales son en compendio los títulos del autor de la *Guerra de los moriscos de Granada*. Muestra en ella familiarizado con las escenas que describe y con los sucesos que relata, los cuales se ven por lo tanto marcados con el sello de la verdad. Su estilo es por lo común vigoroso y brillante, bien que se note demasiado estudio en imitar á los clásicos antiguos, y en especial á Salustio, que parece su modelo. Es digna de elogio la franqueza con que suelta censurar, así las providencias de gobierno, como las operaciones de los generales cristianos, á pesar de haber sido algunos de ellos sus próximos porfíaes suyos. Sin embargo, su obra se puede considerar más como un bosquejo que como una verdadera historia de aquel periodo. Así poco más ó menos la juzgan también Tichner en su *Historia de la Literatura española*, tom. II., y el autor de la *Noticia de las obras y autores de historias de sucesos particulares* que precede al tomo XXI. de la *Biblioteca de Autores españoles*.

Luis del Marmol Carvajal, tambien guerrero antes que historiador como Mendoza; que por espacio de veinte y dos años agitó las banderas traseñales en todas las empresas de Africa; que hizo otros viajes por mar y por tierra, y visitó muchos reinos y países de Africa y Asia; versado igualmente en las historias latinas, griegas, arabes y vulgares; comisario y ordenador que fué de ejército; de familia noble tambien, aunque él solamente se titula *audante ex corte*, dió mucha mas latitud á su obra intitulada *Historia de la Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*; es como el desarrollo, el cuadro completo de lo que Mendoza habia hecho un diseño. Minucioso y prolijo en el relato de los pormenores de los sucesos, como un testigo de sus cir-

cunstancias, sabe darles el interés de quien pinta lo que ha visto. Su narracion es clara, el lenguaje puro en general, los periodos á veces demasiado prolongados, y abunda en documentos importantes y curiosos.

El conde Alberto de Circourt, que ha escrito en nuestros dias la *Historia de los moros Mudéjares y de los moriscos de España*, se vé que ha seguido generalmente á Marmol, aunque á veces se desvia de él, anteponiendo ó posponiendo algunos sucesos, y ha tomado tambien algunas noticias de Bleda, de Perez de Hita y de Peraza, Antiguidades eclesiasticas de Sevilla, que no añaden interés particular á las que suministran los dos principales historiadores antes mencionados.

CAPÍTULO IX.

EL PRÍNCIPE CÁRLOS.

1545.—1558.

Por qué interesan tanto la historia de este príncipe.—Fábulas con que se le ha desfigurado.—Su nacimiento y educación.—Su carácter, genio y costumbres.—Si tuvo y pudo tener las intimitades que se han supuesto con la reina.—Casamiento de Felipe II. con Isabel de Valois.—Juramento del príncipe en las Cortes de Toledo.—Falta de salud de don Carlos.—Proyecta su padre enviarle á una ciudad de la costa.—Le envía por último á Alcalá.—Calda fatal del príncipe.—Peligro de muerte en que se vió.—Su restablecimiento.—Cómo quedó su cerebro.—Testamento del príncipe: cláusulas notables.—Atentados y desmanes que cometió.—Quiere asesinar al duque de Alva.—Intenta fugarse á Flandes.—Proyecta después marcharse á Alemania.—Decreta y ejecuta el rey el arresto de su hijo.—Circunstancias de la prision.—Severidad con que era guardado y vigilado.—Cartas de Felipe II. dando parte de la reclusion del príncipe.—Proceso de don Carlos.—Discurrese sobre las causas de su prision.—Lo que resultaba del proceso.—Entereza y severidad del rey.—Loca y desvariada conducta del príncipe en la prision.—Enfermedad que le producen sus desórdenes.—Muerte de Carlos.—Falsedades y errores que acerca de ella se han escrito.—Juicio del autor sobre este suceso.—Muerte de la reina Isabel de Valois.—Sentimiento del rey.

La prematura y desgraciada muerte de este príncipe, y las novelescos incidentes que sobre su prision y sobre las causas que la motivaron han inventado

historiadores extranjeros, de no escasa nota por otra parte, han dado al hijo primogénito de Felipe II. cierta celebridad histórica que de otro modo no hubiera tenido nunca, y nos obliga á hacer en este capítulo más oficio de biógrafos que de historiadores; precisamente con quien no habia hecho los mayores merecimientos para ello. Es, sin embargo, innegable que todo lo que se refiere al príncipe Carlos excita cierta curiosidad y se oye ó lee hasta con avidez, por lo mismo que sobre su carácter se han hecho tan diversos y aun encontrados juicios, y que algunos lances de su vida quedaron envueltos en el velo del misterio. Que es natural tendencia del génio humano desdenar lo conocido, y afanarse por penetrar en lo hondo de los arcanos.

El hecho poco comun de aprisionar un rey á su propio hijo, y formarle proceso y sentenciarle como criminal; la reserva y misterio que rodeaba comunmente las acciones de Felipe II., y más en un caso tan delicado y grave como éste: el interés que excitaba entonces en Europa todo lo que acontecia en España, ya por el carácter especial del soberano que ocupaba el trono, ya por el influjo y la trascendencia que ejercia en todos los demás paises; lo extraordinario del suceso; las diferentes versiones que el espíritu de partido estaba dispuesto á dar á los actos de Felipe II, segun las ideas y las pasiones que en aquel tiempo dominaban, todo ofreció ocasion oportuna á escritores apa-

sionados, y á forjadores de dramas y de novelas, para dar suelta á su imaginacion y desfigurar á su placer el carácter y las acciones de don Carlos, y los motivos y circunstancias de su prision y muerte. Y cuando los poetas y novelistas han tomado por su cuenta á un personaje histórico, dejan siempre por herencia al historiador la ingrata, difícil y pesada tarea de segregar la parte verdadera y cierta, por lo comun seca y árida, del oropel y de los adornos con que la fábula los haya engalanado. Sucede al historiador en casos tales lo que al médico, á quien es más trabajoso y difícil hallar remedio á una enfermedad agravada por medicamentos inoportuna é inconvenientemente aplicados antes por otro, que corregir un vicio de la naturaleza, remediar un trastorno de las funciones naturales en que otro no haya puesto todavía la mano.

Nosotros vamos á esponer con nuestro acostumbrado desapasionamiento lo que acerca de este principio tenemos ya por averiguado y cierto, y lo que nos parece todavía problemático y dudoso.

El príncipe Carlos, primogénito de Felipe II. y de su primera esposa la princesa doña María de Portugal, nació en Valladolid, á 8 de julio de 1545, y á los pocos dias descendió á la tumba la bella y joven princesa que acababa de darle á luz, segun en otra parte dejamos contado, cambiándose en tristeza y luto para Felipe y para el pueblo español las fiestas y regocijos con que la España acostumbra á solemnizar

los nacimientos de los príncipes. Aunque Felipe procuró rodear á su hijo de ayos y maestros que le educáran y dirigieran en sus primeros años, no pudo cuidar personalmente de su educacion por las ausencias que tuvo que hacer á Inglaterra, Flandes y Alemania. Mucho menos pudo educarle ni formar su corazon su abuelo Carlos V., como con increíble ligereza afirman algunos historiadores, siendo tan sabido que el emperador, casi desde que nació su nieto, estaba tan lejos de España, que cuando vino le halló ya en edad de cerca de trece años. Crióse, pues, el príncipe bajo la inspeccion de los archiduques Mauimiliano y María, y de la princesa doña Juana de Portugal, su tia paterna, regentas y gobernadores del reino durante las ausencias de su abuelo y de su padre.

Desde sus primeros años comenzó el príncipe á descubrir sus malas inclinaciones, su índole aviesa, su génio impetuoso y violento, su tendencia á la crueldad, citándose entre otras señales de su natural feroz la complacencia y fruicion que tenia en degollar por su mano los gazapillos que le traian vivos de la caza, gustando de verlos palpar y morir ⁽¹⁾. De lo

(1) En describir así su carácter é inclinaciones conviene los más antiguos y más acreditados historiadores españoles, y los estrangeros mejor informados y de más autoridad véanse Cabrera, Historia de Felipe II, lib. V.; Salazar de Mendoza, Dignidades de Castilla, lib. 17.; Lorenzo Vamser Hammen

y Leon, Historia de don Juan de Austria; Llorrente, Historia de la Inquisicion, tomo VI. (Edicion de Barcelona) cap. 31; Estrada, Guerras de Flandes. Dec. I, lib. VII.

De esto al joven virtuoso, al completo y cumplido caballero, al príncipe perfecto de cuerpo y alma como le representan los novelistas

cual auguré mal el embajador de Venecia, trayendo á la memoria el juicio que en otro tiempo hicieron los miembros del Areópago de Atenas de aquel niño que escabía los ojos á las codornices. La blandura y las consideraciones que acaso guardaron con él, así los reyes de Bohemia Maximiliano y María, como la princesa viuda de Portugal, no atreviéndose á tratarle y corregirle con la severidad que hubiera podido hacerlo un padre, fué tal vez una de las causas de que se viniéra más, en vez de modificarse y mejorar, su carácter y condicion.

Indudablemente su padre hizo cuanto en ausencia podia hacer para la buena educacion é instruccion de su hijo, poniendo á su lado ayos y maestros tan ilustrados y virtuosos como don García de Toledo, hermano del duque de Alba, y como Honorato Juan, uno de los mejores humanistas de su siglo ⁽¹⁾, y estos por su parte se consagraron á su enseñanza con la

y poetas extranjeros, tales como el Abad de San Real, Mercier, Langé, Schiller en su tragedia don Carlos, y otros, el lector comprenderá la enorme diferencia, y de esto solo podrá deducir cuánto se ha intentado desfigurar la verdad de la historia. Dice muy bien el ilustrado San Miguel en su moderna Historia de Felipe II. que á ser ciertas las virtudes que el célebre autor trágico alexian supone en su héroe no habla lágrimas bastantes con que llorar la muerte de un príncipe tan benemérito y tan desventurado. Pero Schiller hizo un protagonista á su gusto. Por eso

no nos cansaríamos de recomendar á los autores de dramas y novelas históricas que por lo menos cuidaran de no adulterar los caracteres de los personajes.

(1) Este Honorato Juan se hizo eclesiástico á los 30 años de edad, y fué después obispo de Osmá. Su nombramiento de maestro del príncipe fué hecho en 5 de julio de 1554, hallándose Felipe en la Coruña para marchar á Inglaterra.— Con la misma fecha se nombró para servir al príncipe, que iba á estudiar latín, á Fr. Juan de Matienzo. Tenia entonces don Carlos nueve años.

mayor asiduidad y con el mas esmerado y esquisito celo. Mas tambien es fuera de duda para nosotros que el jóven príncipe hacía infructuosos con su desaplicacion é indocilidad los laudables esfuerzos de sus máestros y preceptores. Los novelistas extranjeros que nos le pintan como un jóven de talento, aplicado é instruido, acaso no se hubieran atrevido á retratarle así, si hubieran leído como nosotros los informes que los mismos encargados de su enseñanza daban al rey don Felipe su padre. «En lo demas del estudio y «ejercicios (le decia en una de sus cartas don García «de Toledo) no va tan adelante como yo querria, no «embargante que de todo ello y de las cosas que S. A. «debe saber no entiendo que pueda haber mayor cui- «dado ni diligencia de la que aquí se tiene. Deseo «mucho que V. M. fuese servido que el príncipe die- «se una vuelta por allá para verle, porque entendi- «dos los impedimentós que en su edad tiene, manda- «se V. M. lo que fuera de su órden..... etc. Como «veo que con tenerme S. A. el mayor respeto y te- «mor que se puede pensar no hacen mis palabras «ni la disciplina, aunque le escuoco mucho, el efecto «que debrian, paréceme muy necesario que V. M. lo «viese de mas cerca en alguna temporada sin que «fuese de muchos dias, porque quán diferentemente «pueden informar á V. M. del príncipe los que no le «miran del lugar y con el cuidado que yo..... (1)»

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 129.—Estas últimas

Y el maestro Honorato Juan, en una de las muchas cartas suyas á Felipe II. que pudiéramos citar, le decia: «S. A. está bueno, bendito Dios, y yo hago en «sus estudios lo que puedo, y harto mas de lo que «otros maestros quizá hicieran y con harto mas trabajo. Pésume que no aproveche tanto esto como yo «deseo: *la causa de donde yo pienso que esto procede «entenderá por ventura V. M. de S. A. algun dia, «placiendo á Dios*, y lo que con todas estas dificultades, que no han sido pocas ni de poco momento, «me he esforzado siempre á servir á V. M. y á S. A. «Pésame en el alma que el aprovechamiento de S. A. «no sea al respeto de como comenzo y fué los primeros años, que fué el que aqui vieron todos, y allá «entendió V. M., especialmente habiéndole hecho los «dias pasados, y teniendo por cierto que esta y otras «muchas cosas no se pueden bien remediar hasta la «venida de V. M. y hasta que V. M. mismo vea lo «que conviene que se haga para el buen asiento de «todo ello; y suplico á V. M. me perdone este atrevimiento, y sea servido de mandar romper esta, porque mi intención es que solo V. M. la lea ⁽¹⁾.»

Aviosos de esta especie ningún preceptor prudente se resuelve á darlos á un padre, y á un padre que es

palabras acaso aludían, entre otros al ilustre Francisco Osorio, que en sus cartas al rey notia honrarle diciéndole que el príncipe progresaba en estudio y en virtud cuanto se podia desear. Como

este, no dejaría de haber otros corleasos.

(1) De Valladolid á 30 de octubre de 1558 — Archivo de Simancas, Estado, leg. 129.

rey, y á un rey como Felipe II., sino cuando la necesidad los fuerza á ello, y cuando adquieren el convencimiento de que los medios de persuasión y de corrección que un maestro puede emplear no alcanzan á evitar á un padre la amargura de denunciarle un hijo como incorregible. Así, no es extraño, supuesto el carácter severo y adusto de Felipe II., que comenzara á mirar con más pesadumbre y disgusto que cariño y ternura paternal á un hijo, cuyas cualidades y costumbres eran tan contrarias á las que él deseaba en su heredero, que tan lejos iba de corresponder á sus esperanzas, faltando además la vista frecuente y el trato que engendra ó aviva los afectos entre personas íntimas. Y todos convienen también en que su mismo abuelo Carlos V., cuando vió al príncipe en Valladolid á su paso para el monasterio de Yuste (1556) quedó muy poco satisfecho de su conversacion y de sus modales.

La circunstancia de haber estado concertado el casamiento del príncipe Carlos con la princesa Isabel de Valois, hija de Enrique II. de Francia, y la de haber despues Felipe II., recién viudo de la reina de Inglaterra, elegido para esposa propia, como una de las cláusulas del tratado de paz de Cateau-Cambresis (1559), la misma princesa, prometida antes á su hijo ⁽¹⁾, es la fuente de donde los novelistas han que-

(1) Recuérdese lo que sobre esto dijimos en el cap. I. de este mismo libro.

rido sacar el origen de todas las desgracias que después sobrevinieron al príncipe de Asturias. Suponer aquellos que inflamaba ya los corazones de Carlos é Isabel la llama de una mútua pasión amorosa violenta y viva, y esto antes de haberse visto ni conocido sino por retrato. Aun supuesto lo del retrato, de que no hemos hallado rastro ni indicacion, cuanto mas noticia en ningun documento, el lector discurrirá qué apasionamiento tan fuerte podria haber entre un jóven de trece años y una niña de doce (1) que no se habian visto nunca. El viage de la princesa á España para realizar su matrimonio con el rey sirvió á aquellos escritores de imaginacion para inventar á su gusto lances amorosos entre los dos supuestos amantes, miradas furtivas, coloquios secretos, desmayos, éxtasis y otras escenas, que segun los datos históricos, es imposible que sucediesen, cuando apenas tuvieron tiempo de verse en el corto viage de Guadalajara á Toledo que hicieron juntos, y eso sin apartarse el príncipe del lado de su padre y de los caballeros de la corte. Es igualmente inverosímil que la princesa sintiera aquella impresion que suponen de sentimiento, de desagrado y de repugnancia cuando se halló por primera vez á la presencia del rey don Felipe, contemplándose como sacrificada en unirse á un hombre de tanta edad. Los que esto dicen olvidan ó apa-

(1) La princesa Isabel había nacido en 2 de abril de 1546.

rentan ignorar que Felipe contaba á aquella season de treinta y dos á treinta y tres años: edad que nos parece no era todavía para inspirar aversion á una jóven, y mas yendo unida la idea de que iba á ser reina y esposa del monarca más poderoso de su tiempo.

Continuando aquellos escritores su tejido de novelescas fabulas, hacen ir á los dos enamorados príncipes al monasterio de Yuste (donde nunca estavieron), pasear en deliciosa compañía por las frondosas alamedas de aquellas huertas, hacerse fogosas declaraciones y protestas de amor, mezcladas con tiernos llantos y suspiros, acordar la manera de mantener en secreto sus relaciones, y por este orden siguieron forjando una serie de aventuras en que envuelven tambien á los principales personajes y damas de la corte, que no concluyen hasta que acabaron las vidas del príncipe y de la reina, y á cuyos amores atribuyen el resentimiento y enojo del rey con su hijo, la causa de su prision y de su desgraciada muerte, y aun la de la reina Isabel, que acaeció á los pocos meses de la de Carlos, de cuya coincidencia sacaron tambien deducciones los inventores de la mal forjada novela.

Nada nos sería más fácil, si la naturaleza de nuestra obra nos permitiera dedicar á ello un tiempo y un espacio que nos diera lástima robar á otros asuntos que desbaratar con datos históricos todo el edificio sobre este falso cimiento levantado, y ¿aun creemos

que bastará lo que luego iremos diciendo para deshacer la novelesca trama. Y esto, no porque tengamos por inverosímil, ni nos parezca extraño ni improbable que entre dos jóvenes principes, de pocos y casi iguales años, pudieran nacer afecciones más ó menos fuertes y vivas, á despecho de los sagrados deberes de esposa y de hijo. Por poco conocedores que fuéramos de la naturaleza y del corazón humano, lamentaríamos la existencia de una pasión que las leyes divinas y humanas hacían criminal, pero no nos maravilláramos de ella; sino que, mientras los fundamentos históricos no vengan en confirmación del crimen que se imputa ó de la flaqueza que se supone, severos como somos para juzgarlos cuando han existido, lo somos también para con los que ligera y arbitrariamente y sin datos ciertos mancillan de una manera tan solemne la pureza de una reputación, tal como la de la reina Isabel de la Paz, á quien los escritores contemporáneos, franceses y españoles, nos representan como ejemplo de virtud, de honestidad y de recato. Así como no nos admiraría si dijeran que el príncipe Carlos, atendido su genio envidioso y atrabiliario y su incontinencia en las pasiones, se había irritado de ver á su padre en posesión de la bella princesa que le había sido á él prometido; y esto, unido á las reprobaciones paternas pudo contribuir á que mirara siempre al autor de sus días con ojeriza y

■■■■■■■

Sin embargo, en las bodas de Felipe é Isabel (2 de febrero, 1560) fueron padrinos el mismo príncipe Carlos y la princesa doña Juana de Portugal, su tia. A los pocos dias (22 de febrero) fue jurado Carlos solemnemente heredero y sucesor del reino en las Cortes de Toledo, besándole como tal la mano los grandes y prelados, y prestando á su vez el juramento de guardar los fueros y leyes de Castilla, de conservar la religion católica y mantener el reino en paz y justicia. A esta solemnidad no asistió ya la reina Isabel por haber sido atacada de viruelas pocos dias despues de la boda, y el mismo príncipe lo estaba de cuartanas, y se presentó á la ceremonia pálido, macilento y flaco: circunstancias en verdad poco favorables para dar incentivo á la supuesta pasion amorosa. En aquel acto mismo dió el príncipe muestra de su genio impetuoso y desconsiderado. El duque de Alba, que habia dirigido todo el ceremonial, se habia olvidado, distraído con la multitud de sus atenciones, de besarle la mano, y cuando fué á ejecutarlo, le trató el príncipe con tal brusquedad y aspertza, que obligó Felipe á su hijo á dar satisfaccion al duque, con quien, sin embargo, no volvió á reconciliarse, tratándole siempre como á enemigo (1).

El humor cuartanario siguió molestando al príncipe todo el año siguiente (1561), tanto que sirvió de

(1) Cuartano de los espítulos. *Cabrera, Hist. de Felipe II., libro de las Cortes de Toledo de 1560.*— V. cap. 7.

motivo ó de pretexto á su padre para querer alejarle de la corte, á cuyo fin escribió á los corregidores de Málaga, Gibraltar y Murcia, para que le informaran si la temperatura de aquellas ciudades sería á propósito para disipar la rebelde enfermedad periódica que le tenía demacrado. De este intento del rey, de que no hemos hallado noticia en ningún historiad^{or}, certifican los documentos auténticos que hemos visto ⁽¹⁾.

De tal modo tenía estenuado á Carlos aquel mal, lado que fuese aquel solo el que padecía, que tratándose ya en aquel tiempo de casarle con la princesa Ana, hija de sus tios los reyes de Bohemia Maximiliano y María, gobernadores en otro tiempo de España ⁽²⁾, Felipe II. creyó un deber de conciencia diferir aquel casamiento hasta que cesase un padecimiento que le tenía hasta inhabilitado para el matrimonio ⁽³⁾. Determinó,

(1) En la carta al de Gibraltar se decía. «Ya habéis entendido la poca salud que tiene el príncipe mi hijo, y cuánto tiempo ha que se dura la cuartana, lo cual le tiene tan flaco y fatigado que ha aparecido á los médicos que mudase de aire, y sería muy conveniente ir á alguna ciudad de la costa de la mar, en que con la templanza del aire podría ser que se le alivie y quite del todo, y porque yo tengo el deseo que deso como padre de verle sano y libre del trabajo que le da esta enfermedad y querría mucho aserlar á enviarle á la pa te donde no solo ayudase para ello la templanza del cielo, pero tambien la comodidad del lugar.»—Archivo

de Simancas, Estado, leg. 140.

(2) La princesa Ana había nacido en Cigales, pueblo de Castilla la Vieja, en 1.º de noviembre de 1548.

(3) En marzo de 1562 escribía desde Madrid el secretario del rey á su embajador cerca del rey de Bohemia: «Hablando ante mí lo que Martín de Guzman, embajador de S. M. Cesarea le ha hablado é instado de nuevo sobre el casamiento del príncipe de España N. S. con la princesa Ana hija de los Serenísimos reyes de Bohemia, diciendo que ya cesaría el impedimento de la cuartana que el príncipe había tenido, y que le sería al emperador de singular contentamiento tener reso-

pues, Felipe enviarle, no ya á una ciudad de la costa como habia pensado, sino á Alcalá de Henares, pueblo que por su situacion y por la pureza y salubridad de sus aires podia convenir á su restablecimiento, y donde al propio tiempo, libre de la etiqueta de la corte, podria habilitarse algo en el estudio del latin, en que estaba harto atrasado, y distraerse útilmente con el trato de los hombres eminentes de aquella célebre universidad; y para que la mansion se le hiciera más agradable, envió con él á su tío don Juan de Austria y al príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, su primo, jóvenes ambos como él, y que podrian hacerle buena compañía (1).

Mas á poco de su permanencia en Alcalá sucedió á don Carlos la desgracia de caer rodando la escalera de su palacio (19 de abril,) de que recibió varias contusiones y heridas, que al pronto pareció no ser de gravedad, pero despues se agravaron y le postra-

«toda respuesta, le ha mandado
«re-pouder, que Dios sabía si
«había cosa en esta vida que él
«más deseara, ni de que más con-
«tentamiento pudiese recibir que
«de ver á su hijo con la compañía,
«así por ser hijo de tales padres á
«quien él ama tanto, como por la
«observancia y amor de hijo que
«tiene al emperador: mas que la
«indisposicion del príncipe se es-
«taba en los mismos terminos que
«por lo pasado, y la flaqueza tan
«grande que la enfermedad le ta-
«nía tan oprimido que no le dejaba
«suafragar en la disposicion, ni man-
«dar los otros efectos que se re-

«querian á su edad, como el mis-
«mo Martin de Gusman lo había
«visto y sabía, etc.»—Archivo de
Simancas, Estado leg 631.—Ex-
celescentes disposiciones para las
aventuras amorosas que en este
tiempo suponen los forjadores de
la novela!

(1) Se equivoca Llorente quan-
do dice que el príncipe fué á Alcalá
estando aun la reina convaleciente
de las viruelas. Carlos fue á Alcalá
en principios de 1562, y la reina,
libre ya de las viruelas, había am-
bido á las últimas fiestas de la jura
en 1560.

ron en términos de poner en inminente peligro su vida, de ser necesario hacerle arriesgadas y delicadas operaciones quirúrgicas en el cráneo y en los párpados, y de desesperar ya de su curación los médicos, al decir de los historiadores ⁽¹⁾. Noticioso Felipe II. del peligro en que su hijo se hallaba, marchó á Alcalá, y no contento con mandar á todos los prelados y cabildos que hicieran rogativas públicas por su salud, hizo llevar el cuerpo del beato Fr. Diego, religioso lego franciscano, á cuya intercesion se atribuian muchos prodigios, al cual se puso en contacto con el cuerpo del moribundo principe, y como desde entonces comenzase éste á sentir mejoría, se atribuyó el restablecimiento de su salud al patrocinio del beato Diego de Alcalá, cuya canonizacion promovió el rey con eficacia desde este suceso ⁽²⁾. Pero conviene los

(1) Decimoslo así, porque tenemos á la vista la relación circunstanciada y minuciosa de su enfermedad desde el 19 de abril hasta el 27 de mayo (Llorente y otros autores equivocaron también la fecha de la caída del príncipe), dada por el médico principal y remitida al conde de Luna, embajador del rey cerca del emperador Fernando, así como de los remedios y medicamentos que cada día se le aplicaban; de ella consta el grave peligro en que se vió el príncipe, pero no que llegara el caso de desahuciarlo, si bien no es de extrañar que aunque así fuese, se lo confesara el director de su curación. Sentimos no poder insertar por su mucha extensión este curioso documento,

que empieza: «Domingo á los 19 de abril á las 12 de medio día el «Príncipe N. S. bajando por una «escalera angosta cayó, y dió en «una puerta que estaba cerrada.» Y concluye: «En lo que toca «á los párpados de los ojos ha ido «tan bien despues que se abrieron (no los habían sajado), que el «derecho está ya bueno, y el izquierdo, que es el que siempre «estuvo peor, está muy cerca de «estar sano.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 681.

(2) En el parte del médico tampoco se hace mención de este hecho, pero se habla de él expresamente en el testamento del príncipe, de que daremos luego cuenta.

mas acreditados historiadores en que su cerebro quedó bastante lastimado, notándose desde entonces cierto desorden y trastorno de ideas, que empeoró su carácter ya harto caprichoso, lo cual se observaba en sus acciones y en sus cartas, en las cuales ó invertía el orden de las frases, ó dejaba incompletos los períodos ⁽¹⁾.

A los dos años de esto (1564), hallándose otra vez enfermo en cama, otorgó su testamento (19 de mayo), ante el escribano de cámara Domingo de Zabala. Ya que de este testamento no hallamos noticia en ninguno de nuestros historiadores, daremos á conocer algunas de sus mas importantes cláusulas. Después de la protestacion de fé manda:

1.° Que se le entierre con el hábito de San Francisco en el convento de San Juan de los Reyes de Toledo, sin que se le haga sepulcro de bulto, poniendo solo una lápida de jaspe sin escultura.

2.° Que no se haga túmulo, ni otro gasto superfluo, y que solo se pongan para todo veinte y cuatro hachas y cuarenta y ocho velas en los dias de su entierro y cabo de año, y en los demas cuatro hachas á los ángulos de su sepultura.

3.° Que se le digan diez mil misas, y mil anuales perpétuas. Señala para las primeras mil ducados, y para las segundas ciento.

(1) Todos son datos para poder juzgar si era verosímil en tal estado de captarse el apasionado amor de una señora discreta y virtuosa.

4.º Que se destinen diez mil ducados para rescate de cautivos.

5.º A Mariana Garcetas, doncella, que al presente se halla en el monasterio de San Juan de la Penitencia, le den, sobre los mil ducados que S. M. habia hecho la merced de mandarle librar, otros dos mil mas si entrare en religion, y si se casare, otros tres mil mas.

Entre otras mandas notables debemos señalar la décima sexta, en que dispone que se haga una renta perpétua de tres mil ducados para don Martin de Córdoba, hermano del conde de Alcandete, en premio de la brillante defensa de Mazelquivir que hizo en 1563, «por la voluntad que siempre he tenido de hacer bien y merced á los que aventajadamente sirven.»—Y la vigésima, en que ordena que con las rentas que vacaren de las establecidas para pagar sus criados se funde un colegio de frailes franciscanos observantes, dotado de los correspondientes catedráticos, que han de hacer informacion de ser cristianos viejos libres de toda raza de judío, señalando á cada fraile para su alimento dos libras de pan diarias, una libra de carnero para comer y media gallina para cenar, no debiendo estar en él los colegiales más de diez años.—Declara en la cláusula vigésima octava no tener bienes con que cumplir este testamento, pero espera que su señor padre le mandará cumplir.

Nombra testamentarios, al rey; á don Fernando

Valdés, arzobispo de Sevilla, inquisidor general; á don Honorato Juan, su maestro; al P. Fr. Diego de Chaves, su confesor; á don Cristóbal de Rojas, obispo de Córdoba; á don Pedro Ponce de León, obispo de Plasencia; á don Pedro Gasca, obispo de Sigüenza, á Ruy Gómez de Silva, camiller de Corps, su camarero mayor; al regente Juan de Figueroa, presidente de Ordenes; á Luis Quijada, su caballerizo; al secretario Francisco Eraso; al licenciado Vaca de Castro, del Consejo Real; al licenciado Otalora, que fué y quiso dejar de ser del Consejo real de la Inquisición, de la cámara y hacienda, y al doctor Hernán Suárez de Toledo, alcalde de casa y corte ⁽¹⁾.

A juzgar por los sentimientos consignados en este testamento, el príncipe Carlos aparecería un joven esencialmente católico, piadoso y morigerado. Mas como tales sentimientos se hallen en contradicción

(1) Archivo de Simancas, Testamentos y concilios reales, legajo núm. 9.—El testamento tiene diez hojas de vitela, tamaño de pliego, la primera en blanco, y las nueve restantes lilas. Todas las páginas llevan abajo la firma del príncipe, que se escribe muy mal, y las letras son, valiéndose de una comparación vulgar, como garbanzos. Después de firmado añadió hasta otras siete disposiciones, entre las cuales fué la primera agregar al número de los testamentarios al obispo de Badajoz don Diego Co-harrébas y Leiva.

Hay también de notable en dicho testamento que al recomendar que se procure la canonización

del beato Fr. Diego de Alcalá, á cuyo contacto había debido su mejora en 1582, dice en las palabras: «Porque estando en la dicha enfermedad desahuciado de los médicos y dejado del Rey mi padre, fué tratado el cuerpo de dicho padre llamado Santo Fr. Diego, etc.» La frase «y dejado del Rey mi padre» no sabemos qué puede significar, cuando afirman todos los historiadores que el rey don Felipe marchó á Alcalá tan pronto como supo el peligro en que se hallaba la vida de su hijo.

Se equivocan los que dicen que el príncipe hizo su testamento en la prisión poco antes de morir.

con su vida anterior y con su posterior conducta, nos inclinamos á creer que sería inspiracion y tal vez obra de su confesor Fr. Diego de Chaves, y que él suscribiria en momentos á propósito para que el confesor ú otra persona allegada ejerciera el sano influjo de la piedad religiosa.

Por lo demas, el comportamiento de Carlos despues de este tiempo fué mucho más desatentado, y mucho mayores sus desmanes y excesos que lo habian sido antes. Si antes habia acometido é intentado golpear á su ayo don Garcia de Toledo, lo cual obligó á Felipe II. á admitirle la renuncia que con tal motivo y temeroso de nuevos lances hizo don Garcia de su cargo, nombrando en su lugar á Ruy Gomez de Silva, principe de Eboli, no fué despues mas respetuoso ni comedido con Ruy Gomez, á pesar de su dignidad y de sus años. Su carácter colérico parecia no reconocer freno. Vuelto á Madrid, como el presidente del Consejo de Castilla don Diego de Espinosa hubiese desterrado al conico Cisneros en ocasion que se preparaba á representar una comedia en el cuarto del principe, irritóse este al extremo de ir á buscar al presidente con un puñal en la mano, y encontrándole, despues de insultarle, le dijo: «Curilla, ¿á mí os atreveis vos, no dejando á Cisneros que venga á servirme? Por vida de mi padre, qué os he de matar.» Y tal vez lo hubiera ejecutado, á no haberse interpuesto oportunamente algunos grandes de España,

Poco menos hizo con don Alonso de Córdoba, gentil-hombre de su cámara, y hermano del marqués de las Navas. Los criados de orden inferior era cosa de estar en continuo peligro con su irritabilidad, y esto y los desórdenes de otro género á que se entregaba hacian dudar mucho de que hubiera quedado sana su parte intelectual, y que fuese hábil para regir un dia el reino en que estaba llamado á suceder ⁽¹⁾.

En 1565, instigado por dos aduladores gentiles-hombres de su cámara que le proporcionaban cincuenta mil escudos y algunos vestidos para disfrazarse, intentó huir á Flandes, so pretestó de ir al socorro de Malta, á fin de librarse de la presencia de su padre. Para aparentar que iba autorizado por el rey, quiso llevar consigo al príncipe de Eboli, y le comunicó su proyecto. El de Eboli le disuadió muy ingeniosamente de su designio, é informó de ello al rey, que desde entonces vigiló más los pasos, ó como se decia entonces, los andamientos de su hijo ⁽²⁾. Dábale tambien muy prudentes consejos su antiguo maestro el obispo de Osma, don Honorato Juan ⁽³⁾, pero el príncipe seguia obrando como si tales advertencias no sé le hiciesen.

(1) Vander Hammen en su *Felipe el Prudente*, y Cabrera en la *Historia de Felipe II*, los cuales refieren otros rasgos de irascibilidad, todavía más escandalosos que estos.

(2) Cabrera, lib. VI, cap. 21.

(3) Varias de sus cartas publicó el flamenco Kirker en su *Principia christiani Archetypus petitionum*.

Insistiendo en su idea de ir á Flandes, dejóse arrebatar de su humor colérico cuando supo que su padre había nombrado al duque de Alba general en jefe del ejército destinado á los Países Bajos (1567). Al ir el de Alba á besar la mano á S. A. para despedirse, díjole el príncipe que aquel empleo le correspondía á él como heredero del trono. Respondióle el duque, que sin duda S. M. no quería esponer á su hijo y sucesor á los peligros que allá podía correr en medio de una sangrienta guerra civil. Lejos de aquietarse don Carlos con esta respuesta, sacó el puñal y se abalanzó al duque diciendo: «Antes os atravesaré el corazón que consentir en que hayaís de ir á Flandes.» El de Alba para libertarse del golpe tuvo que abrazarse estrechamente al frenético príncipe á fin de dejarle sin acción, como lo consiguió, á pesar de la diferencia de edades, por lo menos hasta dar lugar á que al ruido acudieran los gentiles-hombres de la cámara que los desasieron. De este funesto caso se dió conocimiento al rey, que cada día se convenía más del carácter desatentado de su hijo, y cada día era con esto mayor el desacuerdo y casi pudiera ya llamarse antipatía recíproca entre el hijo y el padre ⁽¹⁾.

- Viendo por otra parte don Carlos lo mucho que se difería su proyectado matrimonio con la princesa Ana

(1) Cabrera, lib. VII., cap. 45.

su prima, atribuyéndolo á mala intencion del rey y á malquerer del presidente Espinosa, concibió tambien el designio de ir á Alemania sin lizeucia ni conocimiento de su padre. Pero poco cauto y previsor en la preparacion de los medios para ejecutar su plan, como joven arrebatado y de no cabal seso, no discurrió que escribiendo á todos los grandes y titulos para que le ayudaran en una empresa que meditaba, y enviando á su gentil-hombre Garci Alvarez Osorio primeramente á Castilla y despues á Andalucía á recoger todo el dinero que pudiese, daba á su proyecto una publicidad que le habia de comprometer, como aconteció. Los unos le contestaban que le ayudarian, «siempre que no fuese contra el rey su padre;» prueba clara de que, aun no revelando el objeto de la empresa, por eso mismo se hacia ya sospechosa, y mas siendo ya sabidas las malas inteligencias entre el padre y el hijo; y otros, como el almirante de Castilla, denunciaron las cartas al rey para que averiguara lo que sobre el negocio hubiese. Tuvo tambien el príncipe la candidez de creer que su tio don Juan de Austria le habia de favorecer en su propósito, y le declaró su intento haciéndole brillantes ofertas si lo ayudaba á realizarle. Pero el de Austria, mas prudente y de mas claro y sano entendimiento, aunque no de mas edad que su sobrino, despues de haber procurado hacerle reconocer con suaves y discretas razones lo grave y peligroso de su empresa, viéndole

obstinado y pertinaz, y previendo todos los males que de ello se podrian seguir, dió tambien cuenta al rey de lo que pasaba.

Felipe II., que tal vez sabia ya mas de los proyectos de su hijo que lo que le comunicaban aquellos personajes, consultó con varios teólogos y juristas, entre ellos el maestro Gallo, el confesor Fr. Diego de Chaves, y el célebre juristaconsulto Martin de Azpilcueta, mas conocido por el doctor Navarro, si podria en conciencia seguir disimulando y aparentando ignorancia con su hijo hasta que tuviera efecto el proyectado viage. Respondió negativamente el doctor Navarro, demostrando la inconveniencia y los peligros de tal conducta con sólidas razones y con ejemplos históricos. En esto llegó el guardajoyas del príncipe Garci Alvarez Osorio con 150,000 escudos que habia recogido en Andalucía. El arrebatado príncipe creyó con esto tener ya todo lo necesario para su viage, y en 17 de enero (1568) escribió al correo mayor ó director general de postas Raimundo de Tassis que le tuviese preparados caballos para la noche próxima. Recelando Tassis que los quisiera para algo contrario al servicio del rey, como quien conocia el carácter de Carlos, le contestó que se hallaban todos á la sazón sirviendo en las carreras. Pero instado y apurado de nuevo, sacó secretamente de Madrid todos los caballos de posta, y se apresuró á dar parté de todo á S. M., que espoleado con esta noticia vino tambien

precipitadamente á Madrid, del Pardo donde se hallaba (1).

El domingo 18 de enero S. M. salió á misa en público con su hijo Carlos y con los príncipes de Hungría y de Bohemia, Rodolfo y Ernesto, que se hallaban en Madrid. Pasó despues don Juan de Austria á visitar á Carlos, y como éste le notase triste, cerró la puerta de su aposento, y le preguntó qué era lo que habia hablado con su padre. Respondióle don Juan que habian tratado de las galeras que entonces se aparejaban. No satisfecho el príncipe le apuró á que diese más esplicaciones, y como no las pudiese conseguir echó mano á la espada: empuñó tambien don Juan la suya, y con firme resolucion le dijo: «*Téngase V. A.*» Oyéronlo los de la antecámara, abrieron la puerta, y gracias á esto terminó la escena sin sangre, retirándose don Juan de Austria. El príncipe se sintió algo indispuerto aquel dia y se acostó temprano (2).

(1) Todo esto lo refieren en casi iguales términos los dos más antiguos historiadores españoles de las cosas de este reinado, Luis de Cabrera en la Historia de Felipe II., lib. VII cap. 32, y Lorenzo Vander Hammen en la de don Juan de Austria, lib. I. Vander Hammen inserta copia de una carta del príncipe á Alvarez Osorio cuando le despachó á buscar dinero á Andalucía, refrendada por Martín de Castella, y otra de la circular que le envió para doce personajes á quienes habia

de pedir prestado, ambas son de 1.º de diciembre de 1567.

(2) Relacion de un uigier de la cámara del príncipe, en la cual dice que aquella noche estaba él de guardia, y cenó en palacio. Llorente la insertó en el art. 3.º del capítulo de su Historia antes citada.

Segun la relacion de este uigier, el príncipe la noche antes habia ido á San Geronimo á confesarse para gauar el jubileo, como era piadosa costumbre de la familia real que habiendo dicho en la

Un poco antes de la media noche, el rey, acompañado del d. que de Feria, de Ruy Gomez de Silva, principe de Eboli, del prior de San Juan don Antonio de Toledo y Luis Quijada, entró en la cámara del príncipe, cuya puerta habia prevenido al conde de Lerma y á don Rodrigo de Mendoza tuviesen abierta, llevando además algunos camareros con martillos y clavos. El príncipe estaba dormido, y cuando despertó ya le habian cogido la espada y una pistola que de bajo de la almohada tenia. Púsose azoradamente en pié, y exclamó: «¿Qué quiere V. M.? ¿Qué hora es esta? ¿Quiéreme V. M. matar ó prender?—Ni lo uno ni lo otra, príncipe, respondió el rey, sino lo que agora vereis.» Y á una señal suya se dió principio á clavar las puertas y ventanas. Y le intimó que no saliera de aquella pieza hasta que él otra cosa ordenase; y encomendó su custodia al duque de Lerma, á Luis Quijada y á don Rodrigo de Mendoza, previniéndoles que no hicieran cosa que el príncipe les mandara sin co-

nfesion que tenía intencion de matar un hombre, el confesor no le quiso absolver; que fué á otro y le sucedió lo mismo; que envió á buscar algunos frailes de Atocha y al agustinianno Alvarado, y aun á otros, y con todos disputó por la absolucion, no obstante que insistía en que habia de matar á un hombre. Viendo que ninguno le absolvía, se limitó á pedir que al menos para disimular fingieran darle la comunión con una hostia no consagrada. Alborotáronse todos y se escandalizaron al oír esto;

pero el prior de Atocha llamó aparte al príncipe, y mañosamente y su pretexto de que convenia que supiera de qué calidad era aquel hombre para ver si habia medio de poderle dispensar, consiguió que declarara que el hombre á quien quedaba matar era el rey su padre. El prior procuró entretenerle con algunos pretestos, y sin dar la absolucion al príncipe, lo puso todo en conocimiento del rey. — Esta especie no la hemos visto en ninguna otra parte.

nocimiento suyo, so pena de ser tenidos por traidores. Entonces comenzó el príncipe á gritar; «Máteme V. M. y no me prenda, ó me mataré yo mismo.—Sosegaos, príncipe, le contestó el rey con su ordinaria impasibilidad, y volvéos á la cama, que lo que se hace es por vuestro bien y remedio.» Y mandó al duque que tomara todas las llaves, hizo sacar la lumbré que habia, ordenó que se reconociera cierto escritorio y se llevó los papeles que en él se hallaron. Salióse con esto el rey, encargando veláran al preso aquella noche el de Feria, el de Lerma y Mendoza, bajo juramento como caballeros de tenerle en buena guarda, y colocando además en las piczas contiguas cuatro monteros y cuatro alabarderos. En adelante se repartió el servicio de la guardia inmediata del príncipe entre el duque de Feria, el de Lerma, Ruy Gomez, el prior don Antonio de Toledo, Lnis Quijada y don Juan de Velasco, velándole dos alternativamente de seis en seis horas. La comida se le servia trinchada, para que en su cámara no entrase cuchillo; ni otro instrumento cortante: tomábanse para entrar cada plato las más minuciosas precauciones: nada se habia de hablar allí en secreto, ni con personas de fuera: la puerta habia de estar siempre medio entornada, y uno de los caballeros habia de dormir dentro de la cámara: no se permitia entrar rocao alguno sin anuencia del rey; todo bajo especial juramento tomado por el secretario Pedro del Hoyo: el encargado especial del cumpli-

miento de estas y otras disposiciones era Ruy Gomez de Silva ⁽¹⁾.

Al día siguiente (19 de enero) congregó el rey en su cámara todos los consejos con sus presidentes,

(f) Totemenà la vista dos relaciones de la prisión. una la pedida del uñer de cámara, y otra de un italiano familiar de Ruy Gomez, copias por nosotros del Archivo de Simancas, Estado, legajo 2018, fol. 193 vto. Ambas se hallan bastante concordes en las circunstancias del suceso. si bien la manuscrita añade que el príncipe en su desesperacion intento arrojarne al fuego como un loco, y que fué detenido por el prior de San Juan, lo cual motivó sin duda que el rey mandara sacar la lumbré de su aposento.

Hé aquí la relación del familiar italiano, que creemos deber dar á conocer por lo interesante y por ser inédita, sin variar su ortografía.

«Domenico que fu alli XVIII por un lunar á media noche haciendo «S. M. por quanto se crede falso «comunicar alli del Conseyero del «Principe Conto di Lerma et Don «Rodrigo de Mendoza que tenesse- «se abierta la porta della stanza di «S. A. donde i arriuanos acce da- «te una stanza á quella del Princi- «pe senza lume, senza spada, et «senza guardia accompagnato po- «re da quatro del Consejo di Stato, «cò el duca di Feria, Ruy Gomez, «el prior Don Antonio de Toledo, «Luis Quijada uno de los con- «sejeros de cámara qual portaron «armados, et chiodi por inchudare «de fenestra, et abierta la porta del «retrete con la chiave ordinaria di «Ruy Gomez tronete l'altra porte «abierta, entraron senza temer «nienta del Principe nella propia «stanza dove staua colcato regio- «nando con gli dotti camorari, et

eran de spalla volta alla porta «con prima s'istudo che fuam- «et Re che gli S. M. l'hauer preso «la spada et consegnata ad uno «de gli aiutanti, similmente tollegli «una archibugiotta che teneua á «capo del letto. Il Principe torba- «to di vederai á quella hora il Re «interno, si rizzo in piedi nel letto «dicando; que quiere V. M. ¿qué «bura es esta? ¿quiereme V. M. «matar ó prender? Ni lo uno ni lo «otro, príncipe, replicó el Re con «maggiór riposo del mondo, et co- «mandó che le fenestra, sinchie- «dasero; quando il Principe uiede «questo lanciarsi dal letto corra- «si fuora, dicono per gettarlo «dentro, ma fu ritenuto dal prior «Don Antonio. Poi corse al cande- «liero per fard male, similmente «fu ritenuto, sendo uoluto al po- «dere negli pto ingenuocchion sup- «plicandole che lo matasse, si no- «que no mataria el mismo, replicó «el Re con la sua ordinaria flemma, «conegnos príncipe, entrad en la «cama, porque lo que se hace es «por vuestro bien y remedio; et in- «cinto, facto pigillar tutte scrit- «ture, si volte exiti udetti quattro «et recordandogli con breue po- «tente l'obbligo che como cavalier «es per il giuramento che tenua- «no d'ubidir fidelmente al su Re «egli quando il príncipe per pen- «sa et che tenessero buona cura- «tia guaruendo in cio i ordina- «damenti, et che di uaga lu mano «en tra dandogli, et princha men- «cio l'incarto al Duca di Feria como «el capitano della sua guardia, el «cuyo turno alla vez staua quin- «tamente como se il fatto non fue- «ra stato il day. Il di siguiente

y los dió cuenta de la gravísima medida que acababa de tomar. «por convenir así, decen, al servicio de Dios y del reino.» Y al otro día nombró una comisión á tribunal para formar proceso al príncipe, compuesto del cardenal Espinosa, inquisidor general y presidente del Consejo de Castilla; Ruy Gomez de Silva, prin-

«S. M. le obliquo tutti lo comp-
«gli et à stercofano separata-
«mente con poche parole disse:
«che urgentissime cause l'havete
«formato à far l'occasione che
«chiamate avete contra suo figlio-
«lo, et per quiete di suoi Regni, le
«quali à suo tempo le irà decla-
«rando, disse che nell esprimere
«queste parole s'inteneri tanto che
«le lagrime l'indurò, pero non lu-
«interuppe el filo del parlare sog-
«giungendo à signoriti che ne des-
«sere auisato alle promissas. Agli
«Ambasciatori et al Reale ho fatto
«darne cunto chi dal presidente
«voti da Ruy Gomez. Mi comence di
«dire che gli levorno il uogo et gli
«lumi per quella prima notte gli
«quattro con gli doi can-
«celi l'han guardato sin aliora
«l'altra sera che furono li XXV. poi
«S. M. si ha data la total custodia
«et deputatogli nel cavallero che
«del d'essi lo guardava, et servino
«Lo rinchiudono in una stanza di-
«tinta delle molte che teneva che
«si chiama la stanza della torre,
«perche è d una torre del palazzo;
«concludono tutte le fenestre, so-
«lamente lasciano fenestrini alti
«per la luce senza camino ne altro
«risatore da pentaglare Nella sua
«stanza principal il Re ha coman-
«dato à Ruy Gomez che lui si pos-
«si per che lo possa piangere et
«come tomette guardare l'cha-
«che dista la cam comendo tutti
«gli servitori, et dicono che quando
«Ruy Gomez andò à significarglielo
«d'ordine de S. M. non replicò

«altro salvo: y don Rodrigo de
«Mendoza, mi amigo, tambien me
«lo quito S. M? Si señor, respon-
««Ruy Gomez, all'hora fatosele
«schiamar et giungli lo braccia al
«collo, gli disse: Don Rodrigo, pé-
«casse de no haveros podido mon-
«strar por obra la voluntad que os
«tenia y tendré; plega à Dios que
«ose hallar en disposicion para mon-
«strarosla como lo hare; et con la-
«grime l'obare stringendole non
«poterò distaccarglielo quel pou-
«ro cavallero spasmava; disse
«questi ch'è un gentilissimo giova-
«ne nato del Duca dell'Infanzaga
«che non erano più di quattro me-
«si che S. M. glielo aveva dato per
«uno della camera, valeroso, gar-
«bato, et di molto intelletto.

«Due cose notabili ho ponderato
«in questo accidente, l'una l'haver
«avuto con questo poco rumor an-
«si nessuno si sia fatta una con-
«secutione tanto grande, che gli pro-
«metta che non s'è vista una mi-
«nima alteratione non solo ne de
«ministri et nel palazzo ma nel
«proprio Re, che non ha tralasciato
«mai un puntino del suo ordinario,
«come nel negoziare come nel mag-
«nare di parlar con quelle grandi
«che per ordinario si trovano al
«que magnare come se non fosse
«seguito nulla.

«L'altro, che essendo per questa
«potero principe giovane et senza
«viti, omnia della giurisdic à suo
«modo, però si in opposizione di
«libertà che non ne ha male à por-
«tata, et quanto per la sua oppo-

cipe de Eboli, conde de Melito, duque de Pastrana y de Fraucamila, consejero de Estado y mayordomo mayor del rey, y el licenciado don Diego Bribiesca Muñatones, consejero de Castilla, el cual fué encargado de dirigir la sustanciacion. El rey era presidente; el secretario Pedro del Hoyo recibia las declaraciones de los testigos. Para que sirviese de pauta á la forma del proceso, ordenó el rey que se trajese del archivo de Barcelona el que don Juan II de Aragon y de Navarra habia hecho formar á su hijo el príncipe de Viana. Cárlos tambien y primogénito como el de Felipe II., y para su mejor inteligencia le hizo traducir del lemosin al castellano.

Conociendo Felipe II. que de esta gravísima medida necesitaba dar conocimiento á la España y á Europa, que la sabrian con asombro, y de la cual se harian tantas versiones y juicios, escribió á todas las ciudades, prelados, cabildos, consejos, gobernadores y corregidores, al pontífice, al emperador y emperatriz de Alemania, á la reina de Portugal, á varios otros soberanos de Europa, al duque de Alba, á todos en términos generales y parecidos. Las hemos visto casi todas con el deseo, que en verdad no satisfacían, de ver si en alguna de ellas se revelaban las causas

«non del suo intellecto et anco per
«il saggio che dana della sua fre-
«golaia teniù fittà, et per conto il
«Re e tanto amato per la sua man-
«scuetudina et bñalta bontà et
«prudencia sua che non e chi se no

«curi se non per la compassione
«che si ha all' istesso Re di vederlo
«in questo stato che gli «la conu-
«sione di por mano nel proprio et
«unico figliuolo.»

verdaderas de la ruidosa prision. Las más significativas nos han parecido las siguientes, que por lo mismo vamos á dar á conocer á nuestros lectores. La dirigida á la reina de Portugal en 20 de enero de 1568 decia ⁽¹⁾:

• Aunque de muchos dias antes del discurso de
• vida y modo de proceder del Principe mi hijo, y
• de muchos y grandes argumentos y testimonios
• que para esto concurren, sobre que ha dias res-
• pondi á lo que V. A. me escribió lo que habrá
• visto; y entendido la necesidad precisa que habia
• de poner en su persona remedio, el amor de pa-
• dre y la consideracion y justificacion que para ve-
• nir á semejante término debe preceder, me he de-
• tenido buscando y usando de todos los otros me-
• dios y remedios y caminos que para no llegar á
• este punto me han parecido necesarios. Las co-
• sas del Principe han pasado tan adelante y ve-
• nido á tal estado, que para cumplir con la obli-
• gacion que tengo á Dios como Principa cristiano
• y á los reinos y estados que ha sido servido de
• poner á mi cargo, no he podido escusar de hacer
• mudanza de su persona y recogerle y encerrarle.
• El sentimiento y dolor con que esto habré hecho,
• V. A. lo podrá juzgar por el que yo sé que tendrá

(1) Cabrera, que conoció esta dirigida á la emperatriz, carta la creyó equivocadamente

•de tal caso como madre y señora de todos; mas en
•fin, yo he querido hacer en esta parte sacrificio á
•Dios de mi propia carne y sangre, y preferir su ser-
•vicio y el bien y beneficio público á las otras con-
•sideraciones humanas: las causas así antiguas como
•las que de nuevo han sobrevenido, que me han
•constreñido á tomar esta resolución son tales y de
•tal calidad, que ni yo las podría referir ni V. A. oír
•sin renovar el dolor y lástima, demás que á su
•tiempo las entenderá V. A. Solo me ha parecido
•agora advertir que el fundamento de esta mi deter-
•minacion no depende de culpa, ni inobediencia ni
•desacato, ni es enderezada á castigo, que aunque
•para esto habia suficiente materia, pudiera tener su
•tiempo y su término; ni tampoco lo he tomado por
•medio teniendo esperanza que por este camino se
•reformularán sus excesos y desórdenes. Tiene este ne-
•gocio otro principio y raíz, cuyo remedio no consis-
•te en tiempo ni en medios, y que es de mayor im-
•portancia y consideracion para satisfacer yo á la dicha
•obligacion que tengo á Dios y á los dichos mis rey-
•nos: y porque del progreso que este negocio ttovie-
•re y de lo que en él hubiere de que dar á V. A.
•parte y razon, se le dará continuamente, en esta
•no tengo más que decir de suplicar á V. A. como á
•madre y señora de todos, y á quien tanta parte
•cabe de todo, nos encomiende á Dios, el cual guar-
•de á V. A. como yo deseo. De Madrid, á 20 de

•enero, 1568.—Besa las manos de V. A. su hijo,—
•El Rey ⁽¹⁾.»

La que escribió al papa con la propia fecha decía así:

•Muy Santo Padre: Por la obligacion comun que
•los Príncipes cristianos tienen, y la mia particular,
•por ser tan devoto y obediente hijo de Vtra. Sd. y
•de esa Santa Sede, de darle razon como á padre de
•todas, de mis hechos y acciones, especialmente en
•las cosas notables y señaladas, me ha parecido ad-
•vertir á V. S. de la resolucion que he tomado en el
•recoger y encerrar la persona del Serenísimo Prín-
•cipe don Carlos, mi primogénito hijo; y como quiera
•que para satisfaccion de V. S., y para que de esto
•haga el buen juicio que yo deseo, bastaria ser yo
•padre, y á quien tanto va y tanto toca el honor, es-
•timacion y bien del dicho príncipe, juntándose con
•esto mi natural condicion, que como V. S. y todo el
•mundo tiene conocido y entendido, es tan agena de
•hacer agravio, ni proceder en negocios tan árdüos
•sin gran consideracion y fundamento; mas con esto
•asimismo es bien que V. S. entienda que en la ins-
•titucion y crianza del dicho Príncipe desde su niñez,
•y en el servicio, compañía y consejo, y en la direc-
•cion de su vida y costumbres se ha tenido el cuidado
•y atencion que para crianza é institucion de Prínci-

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 2018.

«pe y hijo primogénito y heredero de tantos reynos y
«estados se debía tener, y que habiéndose usado de
«todas los medios que para reformar y reprimir algu-
«nos excesos que procedian de su naturaleza y par-
«ticular condicion eran convenientes, y héchase de
«todo experiencia en tanto tiempo hasta la edad pre-
«sente que tiene, y no haber todo ello bastado, y pro-
«cediendo tan adelante y viniéndose á tal estado, que
«no parecia haber otro ningun remedio para cumplir
«con la obligacion que al servicio de Dios y beneficio
«público de mis reynos y estados tenia, con el dolor
«y sentimiento que V. S. puede juzgar, siendo mi
«hijo primogénito y solo: me he determinado, no lo
«pudiendo en ninguna manera excusar, hacer de su
«persona esta mudanza, y tomar tal resolucio[n] sobre
«tal fundamento, y tan grandes y justas causas, que
«así acerca de V. S., á quien yo deseo y pretendo en
«todo satisfacer, como en cualquier otra parte del
«mundo tengo por cierto será tenida mi determinacion
«por tan justa y necesaria, y tan enderezada á servi-
«cio de Dios y beneficio público, quanto ella verda-
«deramente lo es; y porque del progreso que este
«negocio tuviere, y de lo que en él hubiere de que
«dar parte á V. S. se lo dará cuando será necesario,
«en esta no tengo mas que decir de suplicar muy hu-
«mildemente á V. S. que, pues todo lo que á mí toca
«debe tener por tan propio como de su verdadero
«hijo, con su santo celo lo encomiende á Dios Nuestro

«Señor, para que él enderece y ayude á que en todo
 «hagamos y cumplamos con su santa voluntad: el
 «cual guarde la muy santa persona de V. S., y sus dias
 «acreciente el bueno y próspero regimien^{to} de su uni-
 «versal iglesia. De Madrid, á 20 de enero, 1568.—
 «De V. S. muy humilde y devoto hijo don Felipe,
 «por la gracia de Dios Rey de España, de las Dos Si-
 «cilias, de Hierusalén, que sus muy santos pies y
 «manos besa.—El Rey ⁽¹⁾.»

Al emperador le decia, despues de un largo
 preámbulo: «De lo que está dicho entenderá V. A.
 «clara y abiertamente el fundamento que se ha teni-
 «do y el fin á que se endereza la determinacion que
 «he tomado, y que *ni depende de culpa contra mí*
 «*cometida, ni de que la haya en el príncipe en lo de*
 «*la fé..... ni tampoco se tomó por medio para su*
 «*reformacion*, pues siendo las causas tan naturales y
 «tan confirmadas, desto no se tenia esperanza; se-
 «gun lo cual, lo que se ha hecho *no es temporal*, ni
 «para que en ello adelante haya de haber mudanza
 «alguna.»

Y al duque de Alba: «Solo ha parecido adverti-
 «ros, que porque fácilmente los dañados *en lo de la*
 «*religion*, por dar autoridad á su opinion y esforzar
 «su parte, quisiesen atribuir lo que se ha hecho en el
 «príncipe á sospecha semejante, desto habéis de pro-

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 2,018.

«curar desengañar á todos... y el mismo fin habeis
«de llevar con los que atribuyeran esta demostracion
«á *trato ó rebelion, la cual ni especie alguna dello no*
«*ha intervenido*, ni conviene por muchos respectos
«que tal estimacion se tenga; y con esto no parece
«que de presente en esta materia hay mas que ad-
«vertiros..... (1).»

Como el lector advertirá, en estas cartas cuidó el rey de dejar envueltas en cierto misterio las causas de la reclusion del príncipe, deduciéndose solo que eran muy graves los motivos que habia tenido para proceder con aquella severidad con su hijo único, en medio del dolor y la amargura que como padre sentia en verse forzado á ello; y que la determinacion no tuvo el carácter ni de temporal ni de correccional. Se entrevé, pues, bajo el velo de tan embozadas y misteriosas palabras, que en la prision del príncipe iba ya virtualmente decretada su muerte. Las demas cartas no declaran más este trágico enigma (2).

De aquí tantas dudas y tan varios y diversos juicios como se han hecho acerca de las verdaderas causas de la prision y proceso del príncipe Carlos.

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 150.

(2) Tenemos otras muchas, escritas al papa, al emperador, á la emperatriz, al embajador en Roma don Juan de Zúñiga, al de Alba, á Mos de Chantone y Luis Venegas, y á varios otros personajes, con las contestaciones de estos.

Las que menos dicen son las que dirigió á las ciudades, prelados, grandes y tribunales. De estas se podria formar una coleccion. Muy pocas son las que se han impreso, ya en la Coleccion de documentos, ya en Cabrera, Colmeuarez y algunas otras historias.

Demostrado ya que no existieron las criminales relaciones que algunos escritores han querido suponer entre el príncipe y la esposa de su padre, es evidente que no motivó la medida ni el crimen de infidelidad por parte del uno, ni la pasión de los celos por parte del otro. Confirmanos en este juicio que entre los muchos personajes que intercedían con el rey don Felipe y le suplicaban que templara su rigor para con su hijo, que fueron el papa Pío V., los emperadores de Alemania, los reyes de Portugal, y muchos prelados españoles, se cuenta también á la reina doña Isabel y á la princesa doña Juana, que pidieron licencia para visitarle en su encierro y no les fué concedida. ¿Se hubiera atrevido la reina á pretender visitar personalmente al preso, si hubiera recaído la menor sospecha sobre su virtud y fidelidad, cuanto mas si hubiera mediado lo que tan gratuita y ligeramente algunos le han atribuido?

Que el príncipe con su desarreglada conducta, con sus desórdenes y atentados, con sus excesos y desmanes, con su genio soberbio é incorregible se habia hecho digno de castigo, es también para nosotros indudable. Mas si esto pudo atraerle, primero el desvío, después el enojo, y por último la antipatía de su padre, no parece ser esta la causa inmediata de su reclusión. «Esta mi determinación, decía el rey, no depende de culpa, ni inobediencia, ni desacato, ni es enderezada á castigo, que aunque para esto habia

suficiente materia, pudiera tener su tiempo y su término. • Parece, pues, haber obrado Felipe menos como padre ofendido, que como rey agraviado.

¿Sería que quisiera ir á Alemania sin permiso de su soberano á realizar su casamiento con la princesa Ana su prima? Si este solo hubiera sido el objeto del príncipe, el rey que antes mostró deseo de alejarle de su lado y de la corte, parece que hubiera debido fomentar aquel designio, ó bien dejarle el camino franco en vez de contrariarle. El casamiento era digno, y aun ventajoso, el emperador le solicitaba, y no se vé razón para que Felipe pudiera repugnarle como enlace político, ni fundó nunca la suspensión sino en el estado físico é intelectual del príncipe. Si hubieran mediado intimidades entre el príncipe y la reina, en el interés de Felipe hubiera estado aprovechar la ocasión de enviarle lejos, y acelerar aquel matrimonio en vez de entorpecerle.

¿Sería que don Carlos atentára contra los días de su padre, ó por odio personal ó por ambición de recoger anticipadamente la herencia de sus reinos? Sin duda en el pueblo corrieron estos rumores: el ugiar de la cámara del príncipe que refirió la anécdota de su confesion con los frailes de San Gerónimo y de Atocha le atribuyó tambien este perverso designio: aplicábase igualmente á Carlos aquel célebre verso de las Metamórfosis de Ovidio:

FLIYS ante Diem patulos InqViri lo anqos

que dicen publicó Opmeer, y en que sumando las cantidades que representan las letras mayúsculas, ó sea los números romanos del verso, resultaba que Carlos atentaría á la vida de su padre el año 1568. Sin recurrir á enigmas de oráculos, y sin más que tener en cuenta las vivas inclinaciones del príncipe y sus costumbres, y aun el estado no muy sano de su cerebro, nos bastaría para no asegurar que fuese incapaz de concebir tan criminal proyecto y de perpetrarlo. Pero el rey en las cartas á algunos príncipes indica no haber fundado su resolución en que el hijo atentara contra el autor de sus días. Y el historiador Luis de Cabrera, que asegura «escribir lo que vió y entendió entonces y después por la entrada que desde niño tuvo en la cámara de estos príncipes,» salva á Carlos de semejante crimen ⁽¹⁾. Y este es para nosotros todavía uno de los puntos problemáticos de esta triste historia.

De todos modos ó no fué éste, ó por lo menos no fué ni el solo ni el más grave motivo de la determinación del rey. Por más que se esforzara por persuadir de que no había habido en su hijo delito ni de *fé* ni de *trato* ó *rebelión*, todas sus expresiones revelan, á pesar suyo, que hubo una causa á la vez religiosa y política. «Tiene este negocio, decía, otro principio y raíz, y que es de mayor importancia y consideración para satisfa-

(1) Cabrera, lib. VII., c. 22.— y ambos contradicen en este punto de la misma opinión es Estrada, al presidente De Thou. Guerra de Flandes, dec. I., lib. VII.

«cer yo á la dicha obligacion que tengo á Dios y á los «dichos mis reinos.» ¿Cuál pudo ser esta? Acordémonos del afán del príncipe de marchar á Flandes sin la vénia ni conocimiento del rey, y el proyecto posterior del viage á Alemania era acaso inspirado menos por la impaciencia del casamiento que por la esperanza de poder pasar de allí á los Países Bajos. Tengamos presente que poco antes habia el rey hecho prender al baron de Montigny, comisionado de Flandes, para sacrificarle despues, como al marques de Berghes, á sus iras contra los rebeldes flamencos. Que la princesa Margarita, gobernadora de Flandes, se quejaba muchas veces de que sus cartas confidenciales al rey solian volver de España á Flandes á manos de los mismos nobles contra quienes se habian escrito, cuyo juego se atribuia á los tratos del príncipe Carlos con los flamencos de la corte. Que un historiador copia una carta del príncipe hallada al conde de Egmont, preso en Bruselas, en que manifestaba sus simpatias á los flamencos perseguidos por su padre, le hablaba de planes que bullian en su cabeza en favor «de sus pueblos de Flandes,» y le exhortaba á no fiarse de las palabras del duque de Alba. Natural era que los nobles flamencos que habian venido á la corte de España explotáran en su favor los odios entre el soberano y su hijo, la enemiga de ésta al duque de Alba que los estaba tiranizando, su génio bullicioso é inquieto, su conducta en materia de prácticas religiosas tan en

afinidad con la libertad de conciencia que proclamaban los conjurados de Flandes, y tan en contraposición con la intolerancia del rey, y no extrañaríamos que le halagáran con hacerle anticipadamente señor de los estados flamencos; y que el príncipe, ligero y arrebatado, no dotado ni de grande espíritu religioso ni de gran capacidad intelectual, nada afecto á su padre y enemigo del duque de Alba, se declarara fautor de los hereges flamencos sin considerar los inconvenientes ni pesar los peligros. Este era el delito que Felipe II no podía perdonar. Recordemos que en el célebre auto de fe de Valladolid declaró que si supiera que su hijo estaba contaminado de heregía, él mismo llevaría la leña para la hoguera en que fuera quemado. Tal vez creyó Felipe II. que hacía en esto el acto más sublime y más meritorio á los ojos de Dios; tal vez le ocurrió que iba á tener la gloria de repetir el ejemplo de Abraham. «Yo he querido decia, hacer en esta parte sacrificio á Dios de mi propia carne y sangre.» Conjeturamos, pues, que esta fué la causa principal de la prision del príncipe Carlos, sin negar que contribuyeran al riguroso proceder de su padre los otros desacatos y desórdenes.

Seguia don Carlos estrechamente recluido y cuidadosamente vigilado, y el mismo monarca se condenó á sí mismo en este tiempo á no moverse de Madrid y á no hacer sus acostumbradas expediciones á Aranjuez al Escorial y al Pardo. Las actuaciones del pro-

ceso continuaban también, y por lo que resultaba de autos no podia menos el príncipe de ser condenado á muerte conforme á las leyes generales del reino. Púsose pues al rey en el caso, ó de usar del rigor de la justicia ó de emplear la clemencia, bien dispensando de la pena, como pudiera hacerlo con un reo común, cuanto mas con un hijo, bien declarando que los primogénitos de los reyes debian ser juzgados por leyes más elevadas que las generales. Comprendese bien la terrible lucha que en el corazón de Felipe II. sostendrian los severos deberes de juez con los tiernos afectos de padre. Felipe, queriendo acaso dar un sublime y raro ejemplo de entereza y de respeto á la ley, pareció declaró que aunque el amor paternal le dictaba la indulgencia, y á pesar de la violencia y sacrificio que le costaba ver á su hijo sufrir el rigor de la pena á que le condenaban sus culpas, su conciencia no le permitia dejar de cumplir con los estrictos deberes de soberano. Mas ni hemos hallado, ni creemos que llegara á firmar la fatal sentencia. porque se esperaba que el miserable estado de salud en que habian puesto al infeliz preso su desesperacion y sus desarreglos, no tardarian, como así aconteció, en ahorrar el fallo de la justicia y la ejecucion del suplicio.

En efecto, si al principio Carlos sufrió con alguna resignacion su desdichada suerte, no tardó la desesperacion en conducirle á extravagancias y desórdenes,

á que ya propendia su genio caprichoso y violento, y que la indignacion y la rabia aumentaron en quien ya no tenia la parte mental sobradamente sana y firme. Dio en haber con esceso agua helada, con la cual hasta regaba su lecho, como para mitigar el ardor de la sangre que le devoraba y consumia. Pasaba noches enteras paseando desnudo y descalzo por su estancia. Empeñóse en no comer en muchos dias, y en no tomar otro alimento que agua de nieve; y cuando su padre en una visita que le hizo le exhortó á que se alimentase dio en el extremo contrario, comiendo con tal exceso y destemplanza que era imposible lo resistiese el estomago más robusto, cuanto más el suyo, débil, estragado y falto ya del natural calor. Contrajo pues una fiebre periódica y maligna, de cuya responsabilidad no acertamos como poder librar al rey y á los inmediatamente encargados de su asistencia, bien que estos no se separarian de las estrechísimas ordenanzas que por escrito y bajo juramento de observarlas habian recibido del soberano (1).

(1) En la desatreglada y loca conducta del príncipe en la prisión y sus funestos efectos, convienen los historiadores mas dignos de fe, Cabrera, lib. VIII, c. 5. — Estrada, Decada I., libro VIII — Salazar de Mendoza, Dignidades de Castilla, lib. IV, c. 4.

Llorente hace recaer sobre el rey y sobre el protomédico Olivera, encargado de la curacion del príncipe, sospechas de haberle abreviado los dias privándole una

purga inoportuna y nociva.

Fúndase para ello en estas expresiones de Vander Hammen y Cabrera «Purgóle sin buen efecto, dice el uno, mas no sin orden ni licencia, y pareció luego mortal el mal...» «Purgado sin buen efecto, dice el otro, porque pareció mortal la dolencia...» De esta frase, que parece haber tomado el uno del otro, no creemos pueda sacarse con bastante fundamento la grave consecuencia que deduce Llorente.

Habiendo hecho entender el médico Olivares al príncipe que su mal no tenía remedio humano, y que la muerte no podía hacerse esperar ya mucho, exhortado Carlos por sus guardadores á que se reconciliase con Dios y se preparase á morir como buen cristiano, se decidió á recibir los Santos Sacramentos de mano de su confesor Fr. Diego de Chaves (21 de julio), y á pedir perdón al rey ⁽¹⁾. Consultados por Felipe algunos de sus consejeros sobre si debería bendecirle antes de morir, y como estos le respondiesen que su presencia en aquellos momentos podía alterar al príncipe y afectar á los dos sin aprovechar á ninguno, determinó, estando aquel ya moribundo (la noche del 23 al 24 de julio), darle su bendición paternal sin ser visto de él, lo cual hizo estendiendo el brazo por entre los hombros del príncipe de Eboli y del prior de San Juan, retirándose luego lloroso. Ultimamente á las cuatro de la mañana del 24 de julio, víspera de Santiago Apóstol, patron de España, acabó su desdichada vida

(1) Sobre esto escribía el rey á su embajador en Roma don Juan de Zúñiga, haciéndole advertencias para el caso en que el papa estrahase que habiéndole plinado al príncipe como faltar de juicio, se le hubiesen administrado los sacramentos, y le decía: «Si le pareciera (á S. S.) que esto presuponía, así en el entendimiento como en la voluntad, la disposición necesaria para llegarse á tan alto sacramento, es bien que entendais, para satisfacer á esto, al parecer convenir..... que esta

es materia en que hay diferencia de tiempos, de más ó menos impedimentos, y distincion de grados, pues es así, que puede bien estar uno en este estado de poder recibir los sacramentos, aun que no hubiese en él el sujeto y disposición para regimiento y gobierno, y cosas desta calidad, que es necesario.» Archivo de Simancas, Estado, leg. 600.

También es cierto que costó trabajo reducir al príncipe á que los recibiese.

el príncipe don Carlos. El 27 escribía el rey don Felipe al marqués de Villafranca. «Marqués de Villafranca, pariente: Sábado que se contaron 24 deste mes de julio antes del día, fué nuestro Señor servido de llevar para sí al serenísimo príncipe don Carlos, mi muy caro y muy amado hijo; habiendo recábido tres días antes los Santos Sacramentos con gran devoción. Su fin fué tan cristiano, y de tan católico príncipe, que me ha sido de mucho consuelo para el dolor y sentimiento que de su muerte tengo, pues se debe con razón esperar en Dios y en su misericordia le ha llevado para gozar de él perpétuamente, de que he querido advertiros, como es justo, para que por vuestra parte se haga en esto la demostración de sentimiento que se acostumbra, y de vos como de tan fiel vasallo y servidor se espera. De Madrid, etc.— Yo el Rey (1).» Y en parecidos términos escribió también el 29 á don García de Toledo, y á muchos otros personajes y corporaciones. Enterróse al difunto príncipe con toda pompa en el convento de monjas de Santo Domingo el Real de Madrid, donde estuvo hasta que fué trasladado al panteón del Esco-

(1) Original del Archivo del marqués de Villafranca.

Con esto quedan desvanecidas todas las dudas que ocurrieron á Gregorio Leti sobre el día de la muerte del príncipe, y sin objeto al fuerza todos los comentarios que aquella duda le engendró.—Leti, *Vita de Filippo II*. Parte prima, lib. XX.—Mariana, en su *Suma-*

rio, erró también en la fecha, poniendo su muerte en 30 de julio.

El testamento que Cabrera y Llorente dicen haber otorgado los días próximos á su muerte, ya hemos demostrado que estaba hecho desde 1564. Lo más que acaso pudo suceder, fué que le ratificara ante el secretario Martín de Gazula.

rial con los restos mortales de sus ilustres progenitores.

Tal es el relato de las causas y antecedentes de la ruidosa prision, del proceso y muerte del príncipe Carlos, primogénito de Felipe II., que hemos creído más conforme á la verdad, con arreglo á documentos auténticos y á los testimonios y datos que nos han parecido más fundados y verosímiles. Por consecuencia, dicho se está que mientras no se descubran otros documentos que nos pudieran hacer reformar nuestro juicio, rechazamos, de la misma manera que las anécdotas amorosas con la reina, las circunstancias trágico-dramáticas con que revistieron y exornaron su muerte escritores extranjeros, como los franceses De Thou y Pierre Mathieu y los italianos Pedro Justiniano y Gregorio Lefi. Este último pareció dudar de todo lo que había leído en los anteriores, y acabó por admitirlo todo. Comienzan por asentar que el proceso de don Carlos fué fallado por el tribunal de la Inquisicion, condenado por él á muerte el príncipe, cuando su causa no se sometió al Santo Oficio. Acaso la circunstancia de ser inquisidor general el cardenal Espinosa, presidente del consejo de Castilla, los indujo á este error, sobre el cual fraguaron á su placer multitud de escenas entre los inquisidores y el padre del acusado. Que lo fueron presentados á éste varios géneros de muerte pintados en un lienzo para que de entre ellos eligiera el que menos le repugnara, el que le pareciera pre-

ferible; y como el príncipe no quisiera elegir, los unos lo hacen morir de veneno, los otros abiertas las venas con los piés en el agua, y algunos ahogado con un cordon de seda por cuatro esclavos que dicen entraron una mañana en su aposento, de los cuales los tres le sujetaban los piés y las manos, mientras el otro le apretaba la cuerda fatal. De manera que si el príncipe no eligió el género de muerte que habian de darle, por lo menos la eligieron á su gusto ellos, los escritores ⁽¹⁾.

La muerte del príncipe Carlos no fue un mal para España, pues atendido su carácter, ningun bien podia esperar la nacion, y si muchas calamidades, si hubiera llegado, por lo menos antes de corregirse mucho, á suceder á su padre en el trono. Es cierto tambien para nosotros que Felipe tuvo sobrados motivos legales, morales y políticos para determinar su reclusion y arresto, y aun para hacerle procesar, acaso más todavía para hacerle declarar inhabil para la gobernacion de un reino. Tal vez si Felipe II. se hubiera limitado á esto, que en nuestro entender era lo que procedia, habria puesto el remedio conveniente sin atraerse la nota de cruel con que le calificaron

(1) Preguntado el Thuano, dize Salazar de Mendoza, por dónde habian llegado á su noticia estas patrañas, dijo habérselas referido un Luis de Fox, natural de París, maestro de obras del Escorial. Y Salazar demuestra que en el Es-

corial no hubo sino un albañil francés llamado Luis que acaso fué el que se dijo arquitecto. Si es así, no deja de ser sólido el fundamento de las aseraciones del Thuano.

propios y extraños. Al cabo era príncipe, y el noble pueblo español siempre ha mostrado interés por sus principes desgraciados. Al cabo era hijo, y España nunca ha llevado á bien que sus monarcas renuncien á las leyes sagradas de la humanidad. Cuando el jefe de la Iglesia, el emperador de Alemania, otros príncipes extranjeros, la reina y la princesa doña Juana, las corporaciones españolas más respetables, intercedían con el rey y le pedían indulgencia para con su hijo, convencidas estarían de que no había necesidad de llevar el rigor á tal extremo. Felipe se mostró inexorable; y el misterio mismo en que estudiadamente envolvió los motivos de su severo porte, y los suplicios que con autorización suya estaba ejecutando al propio tiempo el duque de Alba, y el modo insidioso con que él mismo hizo poco después quitar la vida al barón de Montigny, y otros actos de semejante índole, todo cooperó á que se le motejara, no solo fuera, sino dentro de España, de deshumanado y cruel.

Y no decimos esto de nuestra propia cuenta solamente. Indicáronlo ya los mismos historiadores coetáneos, que le fueron más adictos, «Unos le llamaban prudente, dice Luis de Cabrera, otros severo, porque su risa y cuchillo eran confines. El príncipe, mucho desfavorecido, había pensado y hablado con resentimiento, obrado no: y sin tanta violencia pudiera reducir (como sabía á los extraños) á su hijo

«inadvertido.» ¿Qué más pudiera escribir, y que más podía dar á entender quien habia sido criado de Felipe II. y lo era de su hijo Felipe III.?

Réstanos decir algo de la muerte de la reina Isabel, que acaoció pocos meses despues de la del principe Carlos (3 de octubre, 1568), cuya circunstancia dió ocasion á los forjadores de la novela á seguir maucellando hasta en la tumba la limpia fama de aquella señora, suponiendo que el dolor de la muerte de su entenado la habia llevado al sepulcro; y los enemigos del rey no tuvieron reparo en imputarle más ó menos desembozadamente el crimen horrible de envenenamiento. Felizmente una y otra calumnia desaparecen á la luz de los documentos auténticos que describen la enfermedad y la muerte de esta reina, que con razon alaba un historiador de «agradable, católica, modesta, piadosa y caritativa.» Ya en 1564 habia estado tan gravemente enferma, que dos veces se temió que sucumbiera á la intensidad del mal ⁽¹⁾. En 1567 quedó tan debilitada del alumbramiento de su segunda hija, que tardó mucho en convalecer; y habiéndose hecho nuevamente embarazada, padecía cada mes tales desmayos y ahogos, que desde luego inspiraron á los médicos desconfianza de poderla salvar. Empeoró visiblemente en setiembre, y el 3 de oc-

(1) Carta del secretario Gonzalo Perez á Juan Vazquez de Molina, á 28 de agosto de 1564.—Ar-

chivo de Simancas, Estado, legajo 144.

tubre, tras el trabajoso aborto de una niña de cuatro meses y medio, que sin embargo recibió el agua del bautismo, siguió al cielo á la que prematuramente acababa de enviar á la tierra. Ejemplarmente cristiana edificante fué la muerte de la reina Isabel, á la temprana edad de veinte y dos años, muy sentida y llorada de todos, y especialmente del rey, que lleno de pena se retiró por unos dias al monasterio de San Gerónimo (1).

Hemos espuesto sumariamente lo que hasta hoy han producido nuestras investigaciones acerca del ruidoso y tan debatido punto histórico comprendido en este capítulo. Fácil y cómodo nos hubiera sido deleitar á nuestros lectores con las escenas siempre más agradables y entretenidas de la exornacion dramática, si nuestra mision no nos impusiera el deber, muchas veces enojoso, de posponer al atractivo de la fábula y al ornato seductor de la poesía el sencillo arreo, y á

(1) Relacion de la muerte de la reina Isabel de Valois, hecha por un testigo de vista.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 2018, fols. 199.—Conviena esta relacion con la que hacen Cabreira, lib. VIII, cap. VIII, y sobre todo con la que en 1569 publicó Juan Lopez del Boyo, del cual hay tambien una de la enfermedad, muerte y funerales del príncipe Carlos, escrita de orden del ayuntamiento de Madrid.

Hemos visto tambien el testamento original de la reina Isabel de la Paz, otorgado en 20 de julio de 1566 en el Bosque de Segovia, escrito todo de su mano, y abierto

en Madrid el 7 de octubre.—Archivo de Simancas, Testamentos y codicilos reales, leg. n. 3.—Allí se hallan los autos del depósito de su cadáver en el convento de las Descalzas, el 4 de octubre.

Quedaban á Felipe II dos hijas de esta reina; Isabel Clara Eugenia, nacida en 12 de agosto de 1566, y Catalina, en 10 de octubre de 1567.

Hasta en lo del aborto de la reina padeció equivocacion Leti, pues habiendosido alda lo que vino al mundo antes de tiempo, él afirma haber sido varon con *Apia* machado.

vocas la árdua desnudos de la verdad histórica. Dispuestos estamos, como siempre, á modificar nuestro juicio, si nuevos descubrimientos viniesen á hacer variar la luz de los hechos por nosotros relatados ⁽¹⁾.

(1) Sobre el proceso del príncipe don Carlos, y sobre el del príncipe de Viana que se pidió á Berastain, dice Cabrera:

«Ambos procesos están en el archivo de Simancas, donde en el año 1592, los mandó sacar Cristóbal de Mera, de esa cámara, en un cofrecillo avorio en que se conservan.— Esta está en la repita, dentro en su historia de la Inquisición, añadiendo que así debe permanecer (el cofrecillo); «si no se lo trajo á Paris (como se dijo) en España, por orden del emperador Napoleón.»

Sobre una y otra espuesta diremos lo que basta ahora hemos podido averiguar — Mr. Lechart, jefe de los archivos de Bélgica, en una Memoria que escribió hace pocas años para dar cuenta al gobierno de su país del desempeño de su comisión y resultado de su viaje literario á España dice (pág. 26), «El cuento al dep-cho de la cámara de don Carlos, en los archivos de Simancas, es aquí un hecho cuya autenticidad puede garantirse. Cuando en la guerra de la Independencia el general Kellerman ocupó á Valladolid, los subos de allí se apresuraron á provocarle á que abriera el cofre que según la tradición general recibida, que todavía se conserva en España debía contener el proceso. El general Kellerman envió á Simancas para esta operación al capitán Mogrojo, que después fué empleado en los archivos del imperio. El cofre misterioso fué abierto, y en vez del proceso de don Carlos se encontró el de don

Diego Calerón. Esto prueba que no debe crearse cegramente con las tradiciones.»

Nosotros, que creamos conocer los papeles relativos al príncipe Carlos que existen en Simancas, no hemos podido hallar este documento: bien que no es extraño que nuestras diligencias hayan sido infructuosas, cuando lo han sido también las de nuestro amigo el erudito y diligente archivero don Manuel García González, al cual solo ha podido rastrear que tal vez existiese en algún tiempo, si acaso le envió el secretario de Felipe II. Gabriel de Lanza entre los papeles de don Carlos que el archivero Diego de Ayala le pedía.

Habiendo informado después una persona muy sustrada de que por orden de Fernando VII. había sido enviado á Iratxe de Simancas el proceso del príncipe por el archivero don Tomás González, y que á la muerte de aquel monarca se conservaba entre otros papeles importantes y reservados en un arca ó armario que estaba en su real cámara, hemos procurado indagar también lo que sobre esto pudo haber de cierto. El resultado de nuestras investigaciones es, constarnos de una manera positiva que el archivero don Tomás González no envió el proceso á Fernando VI. desconfiando igualmente por más de una persona autorizada, que no se hallaba entre los papeles que quedaron á la muerte del rey en su aparcero, los cuales eran de otra época, y se conservan hoy en el archivo particular de S. M. la reina.

Como por otra parte se nos ha dicho que el momento pro-

como se hallaría quizá en la Biblioteca del Escorial, donde afirmaban algunos haberse enviado el año 1809, le hemos buscado allí, también inútilmente, y el actual bibliotecario tampoco ha sido más afortunado que nosotros.

En vista de todo esto hemos llegado á presumir si el famoso proceso (si es que proceso formal hubo), sería de los papeles que Felipe II mandó se quemasen, en un edicto hecho en San Lorenzo á 24 de agosto de 1597, ante el secretario Hierónimo Casco, al tenor de la cláusula siguiente que en él se:

«Y porque es justo poner cobro con muchos papeles que yo quería poder reconocer al mis ludio-
posiciones y ocupaciones diere-
lugar, mando y es mi voluntad
que si no lo hubiere hecho en vi-
da, fallecido que yo haya, se en-
treguen á don Cristóbal de Mo-
ra, conde de Castel-Rodrigo, to-
das las llaves que yo tengo, así
macistras y dobles como de es-
critorios, las primeras para que
las dé al príncipe mi hijo (al
príncipe don Felipe) á su tiempo
y haga de las lo que mandare, y
las de los escritorios para que el
mismo don Cristóbal y don Juan
de Idiáñez se junten con fray
Diego de Yepes el confesor, non
la mayor brevedad que fuere po-
sible, y que hallándose presente
Juan Ruiz de Velasco, que las po-
drá advertir donde están algu-
nos papeles, abran y vean las
tres todos los escritorios que yo
tengo y se hallaren, así en el lu-

gar donde fuere mi fallecimiento
como en la villa de Madrid si
fuera della succedere, y quiere
que todos los papeles abiertos
se cerrados que se hallaren de fray
Diego de Chaves, difunto, que
fue mi confesor, como se sabe,
escritos del para mí, ó míos para
él, se quemen allí luego en su
presencia, habiendo reconocido
primero sin leerlos si entre ellos
hubrá algun breve, u otro papel
de importancia que convenga
guardar, el cual se apartará en
tal caso, y otros papeles de otros
cualesquier personas que trata-
ren de cosas y negocios pasados
que no sean ya menester, espe-
cialmente de difuntos, y cartas
cerradas, se quemaran también
allí en presencia de los mis-
mos, etc.»—Archivo de Simancas
Testamentos Reales, legajo nú-
mero 8.

Celebráramos que alguno con
más fortuna que nosotros topase
al fin con un documento que es-
claría de dispar las dudas que aun
podrían quedar acerca de los ver-
daderos motivos que moviera el rey
don Felipe para formar tan ruidosa
causa á su hijo. Entretanto habié-
remos en la opinión que dejamos
manifestada en el texto. Mr. Ga-
chard espera todavía adquirir una
carta reservada que dirigió Fel-
pe II. al pontífice, pues á prin-
cipios del presente año escribió el ar-
chivero belga «On me fait savoir
la fameuse lettre á Saint Pie V.
Tel vez diere alguna luz esta carta,
si en efecto pareciera.

CAPÍTULO X.

GUERRA DE FLANDES,

RETIRADA DEL DUQUE DE ALBA.

1568.—1573.

Campaña del duque de Alba contra Luis de Nassau.—Lo derrota y abuyenta de Frisia.—Excesos del ejército real: castigos.—Guerra que mueve al príncipe de Orange por la frontera de Alemania.—Marcha el de Alba con ejército á detenerlo.—Provoca el de Orange á batalla al de Alba y éste la rehúsa.—Franceses en auxilio de los orangistas.—Derrota don Fadrique de Toledo al de Orange y los franceses.—Conducta de las ciudades flamencas.—El príncipe de Orange en Francia.—Contratiempos.—Retírase á Alemania.—Termina esta primera guerra.—El duque de Alba solicita ser relevado del gobierno y salir de Flandes.—Honores que recibe del papa.—Ruego de orgullo que irritó á los flamencos y le indignó con la corte de España.—Envía tropas de socorro al rey de Francia contra los hugonotes.—Temores de rompimiento entre Inglaterra y España, y la causa de ellos.—Continúan las vejaciones y los suplicios en Flandes.—Célebre proceso y horrendo suplicio del barón de Montigay.—Abominable conducta del rey en este negocio.—Casamiento de Felipe II. con Ana de Austria.—Ariscos del embajador de Francia al rey.—Comienza otra guerra en los Países Bajos.—Sublevaciones en Holanda y Zelanda.—Rebelión en la frontera francesa.—Cercó de Mons por don Fadrique de Toledo.—Segunda invasión del príncipe de Orange en Flandes con

grueso ejército.—Secos espantosos en Francia.—La matanza de San Bartolomé (*Les massacrez de la Saint-Barthelemy*).—Lo que influyó en la guerra de Flandes.—El de Orange se retira á Holanda.—Memorable sitio de Harlem.—Héroica defensa de los sitiados.—Trabajos y triunfo de los españoles.—Toma de Harlem.—Insurrección de tropas españolas.—Noticia de las tropas que componían el ejército de Felipe II en los Países Bajos.—El duque de Alba y el de Medinaceli.—Ambos renuncian el gobierno de Flandes.—Es nombrado don Luis de Requesens.—Sale el duque de Alba de los Países Bajos, y viene á España.

Ejecutados los memorables suplicios de los condes de Egmont y de Horn, de que dimos cuenta en el capítulo VII., consideróse el duque de Alba desembarazado para hacer personalmente la guerra, y partiendo de Bruselas, se encaminó á la Frisia ansioso de vengar la derrota y muerte que al conde de Aramburg había dado Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange. El 15 de julio (1568) entró en Groninga, y habiendo salido sin apearse del caballo á reconocer el campo enemigo, distante tres millas de la ciudad, determinó acometerle al día siguiente.

Llevaba el de Alba diez mil infantes y tres mil caballos, veteranos los más. Inferior en caballería era el ejército del de Nassau; y aunque éste se había retirado unas seis millas, y rodeádose de trincheras y fosos de agua, arremetió con tal brío la infantería española, y anduvo tan cobarde y floja en su defensa la gente del de Nassau, que huyendo en desorden despues de incendiar los cuarteles, ahogáronse muchos en los fosos y pantanos, acosando á los demás

con sus espadas el conde de Martínengo y César Dávalos, hermano del marqués de Pescara. Animado el general español con este primer triunfo, desde Groninga, donde había vuelto á darse un pequeño descanso, salió de nuevo en busca del enemigo, que halló acuartelado y fortificado en Gerding, en la Frisia Oriental, entre el río Ems y la ensenada de Dullart (21 de julio). Las lagunas que cubren aquel país, y que casi se nivelan con los caminos, eran poco embarazo para la decisión de los españoles; y una insurrección de las tropas alemanas del campamento enemigo, siempre en reclamación de sus pagas, alentó á los capitanes del de Alba en términos de disputarse los de todas las naciones quién había de embestir primero sus baterías. Cupo la honra de ser elegido para esta peligrosa empresa al español Lope de Figuerra con su tercio de mosqueteros, é hízolo con tal gallardía, que se apoderó de los cañones y abrió camino al resto del ejército que acabó de desalojar á los rebeldes, dándose estos á huir, en especial los mal disciplinados alemanes, por los lagos y las márgenes del río, con tan ciega precipitación y tan de tropel, que los que no eran alcanzados del acero, se lanzaban á las fangosas aguas, y se hundían con el peso de las armaduras, siendo tal el número de sombreros alemanes (bien conocidos por su forma) que andaban sobrenadando y llevaba la marea, que por ellos entendieron los mercaderes que navegaban el

sene de Dullart al gran destrozo que aquellos habían sufrido en los cercanos campos.

Seis horas duró la mortandad, y calcóbase en seis mil los cadáveres que se repartieron casi á medias entre las olas y los aceros. Veinte banderas, diez piezas mayores, y los seis cañones que antes habían cogido ellos al de Aremberg, fueron los principales despojos de este triunfo. Creyóse al principio que había muerto el de Nassau, como que le fueron presentados al de Alba las armas y vestido con que le habían visto aquel día: mas luego se supo que se había salvado vadeando el río á nado con otro traje que tuvo la precaucion de ponerse para no ser conocido. El duque de Alba dió parte de esta victoria, antes que á nadie, al papa Pio V., que había mostrado singular interés por este suceso, á cuyas oraciones, decian los devotos, que se había debido, y en cuya celebridad mandó hacer el pontífice en Roma procesiones públicas por tres dias, con salvas de artillería y vistosas luminarias. Tambien despachó á España con la noticia al castellano Andrés de Salazar.

Al regresar el ejército victorioso, pasando el tercio de Gerdeña por los lugares en que antes fué derrotado con el conde de Aremberg, y recordando los soldados la persecucion que de aquellos aldeanos habían sufrido, vengáronse bárbaramente incendiando todos los pagos y alquerías del contorno, de suerte que desde la ensenada de Dullart hasta la Frisia

Oriental todo lo que podian alcanzar los ojos era una pura llama . Indignó al duque de Alba tan atroz atentado, y averiguados los autores del crimen, no se contentó con hacer ahorcár los más culpables, sino que disolvió la legion incendiaria, al modo que en tales casos solian hacerlo los generales romanos, refundiéndola en los otros tercios, y degradando á su capitán el maestro de campo Gonzalo de Bracamonte, que al fin fué restituido algun tiempo despues á su puesto. De allí, dejando por gobernador de la Frisia al conde de Meghen en reemplazo del de Aremborg, volvió el de Alba á Groninga, fortificó algunos puntos, y dió la vuelta á Bruselas, donde encontró á su hijo mayor don Fadrique, duque de Huesca y comendador mayor de Calatrava, que acababa de llegar de España con dos mil quinientos infantes y algun dinero.

Oportunamente venia aquel refuerzo para resistir al príncipe de Orange, que con poderoso ejército levantado en Alemania, producto de su confederacion con los príncipes protestantes, se preparaba á invadir los Países Bajos. Habian irritado al de Orange los suplicios de los condes de Egmont y de Horn; habia dado á luz un libro *Contra la tiranía del duque de Alba*: la muerte del príncipe Carlos, de que él hacia criminal autor al rey don Felipe, y que desconcertaba acaso una parte de sus planes, aumentó sus iras contra el monarca español. Contaba en su ejército veinte y ocho

mil soldados, y fiaba además en la protección de los mismos flamencos, que ya infestaban en bandadas y grupos los bosques y caminos. La noticia de haber pasado el de Orange el Rhin y asentado sus reales á la margen del Mosa cerca de Maestricht llenó de terror á Flandes. Aparentaba el duque de Alba mucha serenidad, y cuando le enumeraron los muchos príncipes y aun reyes que se habían aliado con el de Orange, contándose entre sus auxiliares el de Dinamarca y la de Inglaterra, respondió con mucho sosiego: «No importa; mas son los que se han ligado con el rey de España, pues entran en la liga los reyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, los duques de Milan y de Borgoña, el soberano de Flandes, y los reyes del Perú, Méjico y Filipinas (aludiendo á todos los estados del rey de España); con la diferencia que aquella liga, como compuesta de gente de muchas naciones, se puede fácilmente deshacer, y esta será eterna, porque todos obedecen á la voluntad de uno.»

Partió pues el duque de Alba á ponerse sobre Maestricht, con banderas españolas, italianas, borgoñonas, alemanas y flamencas, en todo sobre diez y seis mil infantes y cinco mil quinientos caballos de combate. El rey de Francia le ofreció enviarle dos mil caballos, y el duque le respondió que sería mejor los empleára contra los hugonotes franceses que sabia proyectaban penetrar en los Países Bajos á juntarse

con los rebeldes flamencos, y era el mas señalado servicio que le podia hacer. Vigilaba el de Alba al enemigo desde Maestricht (setiembre, 1568), pero mas sagaz que el en esta ocasion el de Orange, una noche á la luz de la luna (7 de octubre), colocando sus caballos muy apiñados y juntos de orilla á orilla del Mosa en un vado ó esguazo que descubrió, para quebrar el golpe de la corriente, y hecho luego un puente de sus mismos carros para el paso de la infantería, trasladó sin ser sentido todo su ejército á la orilla opuesta, como Julio César habia pasado en otro tiempo el Segre, y más recientemente Carlos V. el Elba. Cuando Barlaymont anunció al duque de Alba el paso del ejército de Orange dicen que contestó: *«¿Penseis acaso que es algun escuadron de aves para haber pasado á vuelo el Mosa?»*

Pero de ser sobradamente cierto no tardó el enemigo en darle testimonio presentándole la batalla. Limitábase sin embargo el general español á entretenerle, fiado en la proximidad del invierno y en que la falta de pagas para tan grande ejército se haria sentir muy pronto, y cundiria entre ellos mismos, como solia suceder entre alemanes, el descontento, las quejas y la indisciplina, atento solo á que no se apoderaran de Lieja, Malinas, Bruselas ó alguna ciudad de Brabante, donde pudieran fortificarse y proveerse de mantenimientos. Ni las escaramuzas que cada dia se empeñaban entre ambos campos, ni los movimientos.

insultos, incendios de aldeas y otras provocaciones que el de Orange empleaba para ver de irritar al de Alba, bastaban á sacar al general español de su prudente sistema de entretenimiento, pasando por sufrir los denuestos de los adversarios y las murmuraciones de los propios, á trueque de asegurar la victoria, cansando y quebrantando al enemigo, y esperando los efectos de la escasez y las discordias en el campo contrario, como si se propusiera ser otro Fabio Máximo ante el ejército de Anibal. Y no se engañó en sus cálculos el español. Por que al mes de estar el de Orange pugnando en vano por tomar alguna ciudad flamenca, movióse en sus reales un motin, en que perecieron algunos de sus capitanes, y él mismo estuvo á punto de perder la vida, que salvó, merced á haber dado en el pomo de su espada una bala de arcabúz que sin duda á otro sitio le habia sido dirigida.

Alentóle en ocasion tan crítica, tanto como desconcertó á los sediciosos, el aviso de que se acercaban tres mil infantes y quinientos caballos franceses que el señor de Genlis, capitán de el príncipe de Condé, llevaba en su socorro. Movió pues su campo derecho á Tirlémont para juntarse con la gente de Francia. Tras el marche tambien el ejército real sin perderle de vista. Al pasar los orangistas el rio Gette, un cuerpo de dos mil quinientos hombres que al mando del coronel Loverval habia quedado de la otra parte de la ribera para proteger el paso del rio, fué acometido y des-

hecho por el maestro de campo Chiapino Vitelli y por el joven don Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba, los cuales no cesaban de avisar y representar al duque que si se decidía á pasar del otro lado con toda la gente y á dar la batalla, la victoria seria segura y completa. «¿Es posible, contesto una vez el de Alba á los mensajeros, que no me habeis de dejar conducir á mi gusto la guerra? Júroos por mi rey, que si vos ó otro cualquiera me vuelve á importunar con tales mensajes, os ha de costar la vida ⁽¹⁾.» Esta extraña prudencia del de Alba era tal vez la que dió ocasion á varios escritores para motejarle de cobarde y poco entendido en la guerra, juicio que entonces mismo, fuera ó no justo, formaron tambien algunos oficiales de su mismo campo ⁽²⁾. La resistencia de aquella le-

(1) De Thou, lib. XLI.—Carta de Huberto del Valle, que se halló en la batalla, á la princesa Margarita de Austria.—Estrada, Guerras de Flandes, Dec. I., lib. VII.—Don Bernardino de Mendoza, Comentarios, lib. III.—Este autor que se encontró tambien en la batalla, es el que la refiere con mas estension y pormenores, como todo lo perteneciente á estas guerras en la década de 1567 á 1577, como quien se propuso que sus comentarios sirvieran de lecciones prácticas á los que siguieran la carrera de las armas. Por eso se detiene tanto en las descripciones de los sitios, las posiciones de cada ejército, los movimientos y evoluciones, el número y la calidad de la gente y de las armas, el orden de cada batalla, y toda la manera de pelear. Don Bernardino

de Mendoza hizo personalmente toda la campaña sin faltar sino unos dos meses y medio que le ocuparon dos embajadas que desempeñó, una á Madrid y otra á Inglaterra.

(2) Refiere Mendoza que el capitán baron de Chevreau, que había escaramuzado con mucho brío, arrojó desechado el pistolete, diciendo: «*El duque de Alba no quiere combatir*». De lo cual, dice el autor que se rió el duque, no pasando de ver tales demostraciones de arder en sus soldados. Y aplaude la prudencia del general, pues «contiene, dice, tener entereza y pecho los generales para no dar oído á los pareceres de sus soldados, si la razon no obliga á ello». Mendoza, Comentarios, libro IV.

gion orangista fué desesperada. Murieron casi todos al filo de las espadas españolas. El conde de Hoogstrat fué traspasado de un balazo, y espiró á poco tiempo entre los suyos profesando la fé católica, cosa que sintió el de Orange más que la derrota misma. El coronel Loverval quedó prisionero con tres heridas. Este desgraciado fué ajusticiado despues en Bruselas. Un grupo de cincuenta soldados alemanes se hizo fuerte en una alquería. Allí sufrieron un sitio formal con un valor temerariamente heroico. El duque de Alba para rendirlos hizo aplicar un carro de benu á la casa y ponerle fuego. Aquellos pocos valientes caian envueltos entre los encendidos escombros de su débil fortaleza: ninguno se rindió: algunos saltando por las llamas iban á clavarso en las picas de los españoles, y los hubo que por quitar al enemigo la escasa gloria de su muerte, ó volvian contra si mismos los arcabuces, ó se degollaban entre sí, que era un espectáculo horrible y lastimoso (1).

Juntóse pues el de Orange con la division auxiliar francesa de Genlis; mas como viese que las ciudades de Brabante no se levantaban en su favor, como

(1) Continua Mendoza refiriendo los mas menudos incidentes de cada jornada y de cada combate parcial, deteniéndose en ello como todo el que escribe el diario de los sucesos que presencia y en que tiene parte.—Estrada, no por ser menos minucioso tuvo motivos para ser menos exacto, pues ya que no fué testigo de los hechos,

escribió teniendo á la vista las cartas diarias que Rafael Barberini, enviado militar y gran matemático, el cual se hallaba en los más de los encuentros, enviaba á Roma á sus hermanos Francisco y Antonio, padre este último del que fué luego pontífice con el nombre de Urbano VIII.

él había esperado que lo harían tan pronto como pisára con ejército el territorio flamenco; al ver que por el contrario el príncipe de Lieja le rechazó con su artillería cuando se aproximó á los arrabales de su ciudad; observando que con la agregacion de los franceses crecían también los apuros de las vituallas: cansado de marchar y contramarchar sin efecto, mudando hasta veinte y nueve veces sus reales, teniendo siempre á su lado al duque de Alba, que no le permitía entrar en las ciudades; aconsejado por los franceses, determinó pasar á Francia á reunirse con el príncipe de Condé, que renovaba entonces en aquel reino la tercera guerra civil, y se dirigió al Henao, no sin vengarse antes de algunos nobles del Compromiso que le habían ofrecido ayudarle y le saltaron, destruyendo sus aldeas y caseríos. Picada siempre su retaguardia por las tropas reales, volvió caras en Quesnoy á sus importunos perseguidores, é hizo no poco descalabro en un tercio de españoles y alemanes que mandaban Sancho Davila y César Dávalos, quedando heridos estos dos valientes al querer contener la fuga de los suyos. Nuevos contratiempos esperaban al de Orange á su entrada en Francia. Los alemanes se le insurreccionaron, siempre bajo el tema perpétuo de la reclamacion de pagas, amenazando con sus picas á los capitanes, y rehusando además pelear contra el monarca francés. El príncipe para sesegar sus soldados tuvo que vender parte de su cámara, y em-

peñar otra parte, mas como no bastase á tenerlos mucho tiempo contentos, despidió buen número de sus tropas, y tuvo por prudente volverse con el resto á Alemania (fin de diciembre, 1568) á prepararse para otra campaña, y probar si le asistía en ella mejor fortuna (1).

Libre y desembarazado el duque de Alba de esta guerra, volvió á Bruselas á atender á las cosas del gobierno de Flandes que le estaba encomendado, y que desempeñaba ya con repugnancia, como que deseaba con ahinco que le releváran de aquel cargo. Ya en 22 de agosto habia escrito desde Bois-le-Duc al secretario Zayas la notable carta siguiente:

«Muy magnífico señor: Por la que escribo á S. M. entenderá vtra. mrd. el recibo de sus cartas, y todo lo que el tiempo me da lugar hasta la partida de Mosda Selas. Albornoz me mostró un capítulo de la carta que vtra. mrd. le escribió cerca de mi ida, y si es he de decir verdad, *hame derribado mucho los brazos ver que procuren algunos que están cabe S. M. hacerme saltar por la ventana, como en efecto saltaré si no se me envia sucesor, porque es fuerte cosa á un hombre de mi edad* (2) tenerle por fuerza en una provincia tan contraria á mi salud, si ya no es *quererme*

(1) Carta del duque de Alba al rey, de Cateau-Cambresis, á 23 de noviembre de 1568.— Archivo de Simancas, Estado, leg. 530.— Menoza, Comentarios, lib. IV.—Es-

trada, Déc. I., lib. VII.

(2) Albornoz, su secretario, decía con este motivo que tenía el duque sesenta y tantos años.

«acabar la vida, que no se puede hallar mejor cami-
 «no que este; y pues yo no pido licencia sino para
 «después de hecho todo lo que hay que hacer aquí,
 «como lo he escrito muchas veces, creed, Señor, que
 «se me acaba la paciencia de ver entrar el invierno,
 «y que por mucha priesa que se den ya no puede par-
 «tir de allá el que hubiere de venir hasta el verano; y
 «hay otra cosa que os quiero confesar, que no estoy
 «ya para poder sufrir tanto trabajo, y que fortu-
 «namente habrá de padecer el servicio de S. M.: que
 «un apretón béle corrido como caballo viejo, y si me
 «hallara mas atrás, vmd. sea cierto que es cargo éste
 «para holgar mucho con él: todo esto he querido de-
 «cir á vtra. mrd. como á persona á quien yo tengo en
 «tal lugar para guardarlo en vuestro pecho, y enca-
 «minar este negocio conforme á la necesidad en que
 «me hallo, que os vuelvo á jurar que es mayor de la
 «que podría decir. N. S. la muy magnífica persona
 «de vtra. mrd. guarde y acreciente. De Boldaque á
 «22 de agosto, 1568.—A lo que vtra. mrd. mandare.
 «El duque de Alba ⁽¹⁾.»

Fué pues recibido el duque en Bruselas como un
 triunfador, con torneos y otras fiestas públicas. El
 papa Pio V. le honró enviándole el sombrero y el es-
 toque, guarnecidos uno y otro de o. o y pedrería, y
 bendecidos por él, como á defensor de la fé católica.

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 541.

Mas á pesar de aquellas públicas demostraciones, observábase hasta á las almas el disgusto con que los flamencos festejaban como vencedor al que tan recientemente le había enviado al patíbulo á sus magnates. Sabió de punto la indignación y el odio de los flamencos con un resgo de orgullo del duque. De los señores cogidos á laia de Nassau se mandó hacer una estatua para colocarla en el castillo de Amberes. La estatua representaba con el brazo derecho á la ciudad, y llevaba otras dos con varios emblemas, que dieron en decir que simbolizaban la nobleza y el pueblo (1). Brazaban con esto los de Flandes; y en la misma España, en la corte del rey se agotaba la vida ociosa del duque: su antiguo competidor

(1) *Descripción de la estatua del duque de Alba, que se puso en el castillo de Amberes.*

El brazo que tiene la peticion ó requesta en la mano, significa la nobleza que presentó la requesta á madama de Parma.

El brazo del martillo, el rompimiento de las iglesias.

El brazo de la hacha de cortar leña, el rompimiento de las imágenes.

El de la maza de armas significa los que tomaron las armas contra S. M.

El brazo de la hacha ahumbrada, el fuego que pusieron á los templos y al país.

El brazo de la bolsa, la gran suma de dineros que presentaron por haber la confesion augustana.

Las dos cabezas de un cuerpo, significan la heregia. La que tiene el bonete, el comun, y la de las

calabacillas y escudillas de palo, la nobleza.

Las dos mazorcas sigüifican que las llevaban los que presentaron la requesta, y á cada uno quitada, fueron conosci-dos.

Las biçapas (alforjas) con las calabacillas y escudillas de palo á las orejas, significan el nombre de Guex (Gueux) que tomaron.

Los libros y serpientes que salen de las biçapas, la mala doctrina y el veneno que sembraron.

Las heridas del brazo y del muslo, significan que la heresia va de rola, mal herida.

El estar el duque del todo desnudo, dice el brazo derecho significa la parte armada, cómo venió y echó del país á los malos; y el brazo desarmado y tendido, llama á los buenos á paz y concordia.

Remitida á S. M. en carta de Diego Gonzalez Gante.— Archivo de Simancas. Estado, leg. 223.

Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, se jactaba del título de *Fidelísimo ministro*, que entre otros se había hecho poner el duque en la inscripción de la estatua, haciendo valer el de Eboli la circunstancia de que mientras el de Alba se erigia estatuas á sí propio, el monarca mismo había tenido la modestia de no permitir que se pusiesen su busto y sus armas á las puertas de las ciudades de Milan. Al mismo Felipe disgustó aquel rasgo de presuncion, y de todo ello llegó á apocribarse el de Alba.

Mas lo que acabó de incomodar á los de Flandes fué el grave impuesto que estableció de una décima por todos los bienes muebles que vendiesen, una vigésima por la venta de los inmuebles, y una centésima una vez por todo. Ciertó que de España no era fácil sacar recursos, teniendo ella tanto á que atender con el levantamiento de los moriscos: mas no por eso dejaron los Estados de Flandes de representar con energía contra la exaccion de la décima, como ruinosa del comercio, de la industria y del tráfico. «Nada sin embargo se recababa, dice el jesuita historiador de estas guerras, de quien estaba armado, vencedor, sin cuidado de enemigo alguno, y á quien por eso obedecerian mas fácilmente los flamencos (1).»

Vino grandemente al rey de Francia la termina-

(1) Estrada, Guerras de Flandes, Déc. I, lib. VII

cion de esta guerra, pues ardiendo en su reino la tercera de los hugonotes, logro que el duque de Alba por orden de Felipe II. le enviara un auxilio de tres mil infantes y dos mil caballos al mando del conde de Mansfeld, que en verdad le hizo allá un servicio importante ganando á los hereges la batalla de Montcontour, bien que á costa de una grave herida que recibió el de Mansfeld, de cuyas resultas quedó mauco del brazo derecho.

Pero otra complicacion surgió en este tiempo para Felipe II. y el de Alba por la parte de Inglaterra. Un navio y cuatro fragatas vizcainas que conducian una buena suma de dinero á Flandes destinada á las pagas de aquel ejército, aportaron llevados del temporal en las costas inglesas. La reina Isabel, que ya habia dado tantas pruebas de su enemistad á Felipe II., tomó aquel dinero, so pretexto de creer que era de asentistas genoveses, sin que sirvieran á rescatarlo las reclamaciones del embajador de España y del capitán de la flotilla española. Noticiosos Felipe II. y el de Alba de este suceso, hicieron embargar en España y en Flandes todos los navíos y mercaderías de los súbditos ingleses, y aun arrestar las personas mismas. La reina de Inglaterra hizo lo propio con las naves y los hombres de España y de Flandes que existian en su reino, y era una guerra sin armas, destructora del comercio de los tres estados. Enviaron con este motivo el rey don Felipe y el de Alba diversas embajadas

haciendo fuertes reclamaciones. Mas la reina Isabel no soltaba el dinero, fiada en que España tenía harto que hacer con la guerra de los moriscos, y en lo que por la parte de Alemania amenazaba otra vez contra Flandes. Hubo, no obstante, de venir á partido, ofreciendo devolver mas adelante aquella suma, de que entonces necesitaba, con sus correspondientes intereses. Con esto los embajadores, calculando que de enconarse mas este asunto habia de parar en guerra, y de pronto saldria perjudicado el comercio de España y de Flandes, porque habian visto apresadas en los puertos de Inglaterra hasta ochenta y una naves flamencas y españolas, aconsejaron al de Alba que debia mirarse este negocio como puramente mercantil y de hacienda. Penetrado por otra parte el duque de que un rompimiento con Inglaterra en la situacion en que se encontraban los Países Bajos podia ser peligroso, espuso tambien al rey que convendria contemporizar y sacar el mejor partido que se pudiera por medio de negociaciones (1).

La falta de aquel dinero obligó al de Alba á apretar mas á los de Flandes con exacciones, que ellos

(1) En los legajos de Estado, 544 y 545 del Archivo de Simancas, se hallan varias cartas sobre este asunto, del embajador español en Londres, don Guerau de Espés, que habia reemplazado á don Guzman de Silva, escritas al duque de Alba y á S. M. del duque al rey y sus contestaciones. Mr. Gachard, en la Correspondencia de

Felipe II., tom II., cita una relacion del suceso, sacada de un MS. de la biblioteca del Escorial.—Referente tambien Mendaza, Estrada y Cabrera, en sus obras respectivas.—Estrada cita una memoria sobre aquella controversia, trabajada por Rafael Barberini, uno de los enviados á Inglaterra, y presentada al duque de Alba.

resistían lo posible. Molidos en la escasez y penuria de los pueblos, llegando uno á decirle, «que si él imitaba á Temístocles trayendo para sacar dinero dos diosas, la *Persecucion* y la *Violencia*, ellos le opondrían otras dos diosas no menos grandes, la *Pobreza* y la *Imposibilidad*.» No eran estas razones bastante poderosas para ablandar al virrey, el cual prometía á su soberano sacar dinero para indemnizarle de los gastos de la guerra, y amenazaba á las ciudades que no le aprontasen con quitarles sus privilegios, como lo hizo en efecto con algunas, poniendo miedo á todas. Varias de ellas enviaron sus diputados á España pidiendo se las relevase al menos de la décima.

En este tiempo el emperador Maximiliano, á solicitud de los príncipes de Alemania, no cesaba de recomendar á Felipe II. que templára su rigor en los castigos de los protestantes flamencos, y de enviar comisionados especiales al duque de Alba, exhortándole á que fuera mas moderado y tolerante en su gobierno, y á hacer bajo razonables condiciones un tratado de pacificación y reconciliación con el príncipe de Orange. Había además enviado al efecto su hermano el archiduque Carlos á España con instrucciones para el rey en el propio sentido, asegurándole que en ello no se proponía la menor cosa contra Dios, contra la religion ó contra su autoridad, sino el mejor servicio de sus reinos y estados. Cantostaba Feli-

po, de palabra al archiduque, y por escrito al emperador, que lejos de haber usado de rigor, como se le imputaba, no había empleado sino mucha clemencia y piedad. Pero añadía, «que ningún humano respeto ni consideración de Estado, ni todo lo que en este mundo se le puede representar ni aventurar, le desviará ni apartará jamás en un solo punto del camino que en esta materia de religion, y en el proveyer en ella en sus reinos y estados, ha tenido y entiende tener y conservar perpetuamente, y con tanta firmeza y constancia, que no solo no admitirá consejo ni persuasión que á esto contradiga, pero ni lo pueda en manera alguna oír, ni tener á bien que en tal caso se le aconseje⁽¹⁾.» Replicaba el archiduque que no dejarían de aconsejar al rey mientras no dejara de condenar á muerte á tantas pobres gentes como se habían separado de la religion católica; que no desoyera los súplicas de tantos interesados como eran los electores y príncipes del imperio, y los consejos del emperador su hermano: que mas tarde podría hallar mas inconvenientes; porque la exasperacion de los alemanes crecia de dia en dia, y el emperador, por que procuraba calmar los ánimos, podría verse obligado á hacer en comun con los príncipes y electores: que recordára lo que á su padre Carlos V. había

(1) Memoria particular al Serenísimo Archiduque Carlos de lo que Su Magestad Católica, etc.— Archivo de Simancas, Estado, legajo 620.

sucedido en la guerra de Smalkalde, y los riesgos en que le había puesto un solo elector; que le engañaban los que le persuadieran que Flandes se podía gobernar como Francia y España, y concluía suplicándole variara de sistema y restituyera sus privilegios á los Países Bajos (1).

Pasáronse algunos meses en estas contestaciones. Antes de salir el archiduque de Madrid (4 de marzo 1569), presentó á Felipe II. otra instrucción del emperador, en que le proponía el matrimonio con su hija la princesa Ana, prometida antes al desventurado príncipe don Carlos, y después al rey de Francia. Felipe mostró recibir la proposición con alegría, como quien deseaba tener hijos varones que le sucediesen, y quedó en vor de arreglar este punto con el monarca francés. En el asunto de la boda marchaban el emperador y el rey de España mas de conformidad que en lo de la política con los Países Bajos. Así el concierto matrimonial fué progresando hasta tener su complemento, como luego habremos de ver, mientras lo de Flandes continuaba sujeto al mismo sistema de rigor que en tiempo de las turbaciones, y como si tales reclamaciones del Emperador no mediaran. Es cosa digna de notarse: el duque de Alba insistía en pedir al rey que

(1) En el legajo 563 de Estado (Archivo de Simancas) se hallan varias de estas comunicaciones. Cabrera, en el lib. VIII de la Historia de Felipe II, insertó íntegra la larga instrucción del emperador

Maximiliano al archiduque, y la no menos larga respuesta del rey. — Gachard da cuenta de muchos de estos documentos en el extracto de la Correspondencia de Felipe II.

le relevára del gobierno de los países, y fundaba sus instancias en el mal estado de su salud, en su cansancio, en que ya no era necesaria allí su persona, y cualquiera podía gobernar aquello, puesto que todo estaba tranquilo y en órden, y no había temor alguno de alteraciones interiores, ni de acometidas de fuera. Y sin embargo proseguían las vejaciones y los impuestos onerosos, que aniquilaban el comercio, que era, como se decía entonces, la sustancia de los Países Bajos: continuaba la opresión, la intolerancia con pueblos y personas, la abolición de los privilegios de las ciudades, el ejercicio del tribunal de los Tumultos, las confiscaciones, los procesos, las sentencias y los suplicios ⁽¹⁾. Cuando el rey se consideró ya precisado á otorgar un perdón general, envió al de Alba cuatro proyectos, ó sea cuatro cédulas de perdón, para que eligiera la que creyera de mas conveniente aplicación, encargándole que si se decidía por la menos ámplia, tuviera ocultas las demás para no hacerse odioso. Pero el duque juzgó mas oportuno suspender todo edicto de perdón, alegando que convenia así hasta

(1) Relacion de las rentas que poseían los principales nobles cuyos bienes fueron confiscados.

El príncipe de Orange tenía 102,785 florines de renta.

La renta del conde de Egmont era de 62,844 florines, y tenía casas en Bruselas, Malinas, Gante, Bruges, Arras y La Haya.

El conde de Houghstraeten, tenía de renta 18,827 florines.

El de Calomberg, 31,603 flor-

nes. Su casa de Bruselas fué arrasada.

El de Horns, 8,475 florines.

El de Vanden Berghe, 16,160 florines.

El de Brederode, 8,140 florines.

El marqués de Berghes, 50,872 florines.

El señor de Montigny, 11,250 florines.

Archivo de Simancas, Estado, leg. 544.

que se falláran las causas del marqués de Berghes y del señor de Montigny, que se sustanciaban entonces, aunque el primero de ellos hacía mas de dos años que había muerto en Madrid.

Los procesos y la ejecucion de estos dos nobles flamencos, comisionados que habían venido á Madrid por la princesa de Parma para tratar con el rey, son (lo decimos con dolor, pero es forzoso decir la verdad) uno de los borrones que afean mas el carácter y el proceder ladino de Felipe II. Primeramente entretuvo con diversos protestos á estos dos embajadores en España, dándoles frecuentes audiencias, recibiendo los siempre con aparente afecto, y trayéndolos de un lado á otro, pero sin permitirles nunca volverse á Flandes, por mas que ellos desde acá y sus esposas desde allá un día y otro de continuo le solicitaban, siempre ofreciéndoles el rey que los llevaria consigo cuando fuese á Flandes. En este estado el de Berghes enfermó, y murió (21 de mayo, 1567), protestando en sus últimos momentos su fidelidad al rey. De haber abreviado sus dias se hicieron conjeturas y corrieron rumores muy poco favorables al monarca; los historiadores de aquel tiempo los consignaron, mas de su exactitud no responderemos nosotros. Lo cierto es que el de Berghes había sido muy querido de Felipe II.; había hecho al rey grandes servicios en San Quintín; le acompañó á Inglaterra cuando fué á celebrar sus bodas con la reina María; fué hecho cala-

llero del Toison, montero mayor y gobernador de la provincia de Henao. Esto era cuando vino á España, y achacábanle no haber ayudado en su gobierno tanto como debía la parte católica. Luego que murió, ordenó el rey á la gobernadora Margarita que confiscase los estados del marques; y como éste en su testamento dejase por heredera á una sobrina, hija de su hermana, que había de casarse con un pariente, dispuso S. M. que la jóven, so pretexto de no estar educada en los buenos principios católicos, fuese apartada del lado y compañía de su madre y llevada á palacio hasta que llegára el tiempo de casarla ⁽¹⁾.

Aun más descartamos que nos fuese dado poder no contar entre las páginas de la historia de Felipe II. la que se refiere á la ejecución de Montigny. Y esto no por el castigo, que pudo ser justo en conformidad á lo que del proceso resultara, sino por la forma y manera con que el rey le ordenó.

Flores de Montmorency, señor de Montigny, caballero del Toison, gobernador de Tournay, y hermano del conde de Horn ajusticiado en Bruselas, compañero del de Berghes en su embajada cerca de Felipe II., después de largos meses de andar al lado del rey, siempre entretenido por éste con la espe-

(1) De acuerdo están en esto los historiadores Cabrera, Estrada, Bentivoglio y otros con los muchos documentos que de este suceso hemos visto en el Archivo de Simancas, y con los que reseña Gachard en la última parte de la Correspondencia de Felipe II.

ranza de que le llevaria consigo á Flandes, donde él con repetidas instancias pedia volver, fué al fin llevado preso al alcázar de Segovia, y puesto á cargo de su alcaide el conde de Chinchon (21 de setiembre, 1567), con ocho hombres de guarda. Sus amigos emplearon sin efecto varios ardides para proporcionarle la fuga de su prision, entre ellos, el de introducirle dentro del pan que se le daba á comer una carta (14 de julio, 1568), en que se le explicaban los medios preparados para su evasion ⁽¹⁾, y otro el de pedir permiso para llevar á su estancia unos músicos flamencos para que holgara un rato en oír los aires de las canciones de su tierra, los cuales so pretexto de volver otro dia dejaron allí las vihuelas, y dentro de los instrumentos las cuerdas con que habia de descolgarse de las ventanas del castillo. Todo fué descubierto, y sirvió solamente para estrechar mas al preso y vigilarle mas. Seguianse en Bruselas las causas contra el baron de Montigny y contra la memoria del difunto marqués de Berghes, y en 18 de marzo de 1570 envió el duque de Alba á S. M. las sentencias pronunciadas á 4 del mismo, condenándolos á muerte como reos de lesa magestad por cómplices de la liga y conjuracion del principe de Orange, con una carta requisitoria á las justicias de Castilla para

(1) La carta, copiada del Archivo de Simancas, Estado, legajo 343, se insertó en el tomo IV. de la Coleccion de documentos inéditos.

que hicieran cumplir y ejecutar dicha sentencia ⁽¹⁾.

En su virtud mandó el rey á don Eugenio de Peralta, alcaide de la fortaleza de Simancas (17 de agosto, 1570), que pasára á los alcázares de Segovia, donde le seria entregada la persona del señor de Montigny, la cual llevaria á dicha fortaleza de Simancas, donde la tendria en buena guarda y á buen recaudo. En 1.º de octubre ordenó S. M. al de Peralta que hiciera entrega del preso á don Alonso de Arellano, alcalde de la real chancilleria de Valladolid, para que hiciera de él lo que llevaba entendido. Lo que Arellano llevaba entendido era lo siguiente, y aquí entra la parte odiosa del proceder del rey don Felipe en este tragico suceso. Arellano habia de ser el ejecutor de la sentencia de muerte de Montigny; pero esta ejecucion no habia de hacerse públicamente y con pregon y en la forma que ella misma espresaba, sino en secreto, dentro de la fortaleza. •Y en tal manera es la voluntad de S. M. (decia la provision), •que se guarde lo contenido en el capítulo precedente, que en ninguna manera querria se entendiese quel dicho Flores de Memoranci ha muerto por ejecucion de justicia, sino de su muerte natural, y que así se diga y publique y entienda, para lo cual será necesario proceder con gran secreto y usando de la disimulacion

(1) La sentencia se escribió en francés, y su traduccion literal, hecha por el secretario Juan de Albornoz, se conserva en el archi-

vo de Simancas, Estado, leg. 345, puede verse en el tomo IV. de la Coleccion de documentos.

«y forma de que se le advierte aparte, y de palabra
«se le ha comunicado, segun lo cual conviene no se
«dé parte, ni intervengan en este negocio más perso-
«nas de las que precisamente para ello fueren nec-
«sarias, y á aquellas se les debe de encargar el se-
«creto en tal manera que esto quede cuanto en el
«mundo sea posible asegurado.»

Segun en la provision, refrendada por el doctor Velasco, las instrucciones de lo que debia hacerse para que todo se ejecutara en secreto; entre ellas, que el licenciado Arellano habia de salir de Valladolid sin ser visto la víspera de un dia de fiesta, con solo un escribano y el ejecutor de la justicia, de modo que llegaran de noche á Simancas, donde estaria todo prevenido para que entraran de oculto en la fortaleza: el dia de fiesta se le dejarian al reo, para que se preparara á morir cristianamente. «Pasada la
«media noche una ó dos horas, segun que entendie-
«rea será mejor para que haya tiempo para volverse
«el dicho señor licenciado antes del dia á su casa de
«Valladolid, se podrá hacer la ejecucion de la justi-
«cia estando presentes el religioso ó religiosos que
«han de asistir para que le ayudes á bien morir (1),
«y el dicho don Eugenio de Peralta y el escribano, y
«la persona que ha de hacer la ejecucion, y si pare-
«ciere necesario y conveniente otra ó otras dos per-

(1) Se designó para esto á fray de San Pablo de Valladolid.
Hernando del Castillo, del colegio

•sones de confianza que oyeron y asistían; y léase de
•advertir asimismo que la ejecución se haga en tal ma-
•nera, que cuanto sea posible los que le hubieren de
•amortajar después de muerto, no habiendo de ser
•de los que se hallaron presentes, si pareciere que
•será bien que lo hagan otros para mas disimulación,
•no conozcan haber sido la muerte violenta: la parti-
•cularidad de lo cual, y la forma se puede así ad-
•vertir de acá, y así allá se podrá mejor advertir.»

Horroriza y aflige ver á un conde español ocu-
pado en ordenar tan fria y minuciosamente la forma
de quitar la vida á uno de sus subditos, siquiera fue-
se criminal y merecedor de la pena de muerte, si-
quiera no fuese de la osadía que era, y disponerlo
de un modo tan capcioso y tan contrario á la publi-
dad que no debe rehuirse para los actos justos. Pero
vemos todavía cómo terminaba aquella extensa in-
strucción. «Si el dicho Flores de Memoranci quisiere
•ordenar testamento, no habrá para qué darse á este
•lugar, pues siendo confiscados todos sus bienes y
•por tales crímenes, ni puede testar ni tiene de qué:
•amparo si todavía quisiere hacer alguna memoria de
•deudas ó descargos, se le podrá permitir, como en
•esto no se haga mención alguna de la justicia y eje-
•cución que se hace, sino que sea hecho como me-
•morial de hombre enfermo y que se temia morir; ni
•se le ha de permitir tampoco escribir cartas ni hacer
•otro género de escriptura, si ya no la escribiese en lé

• forma dicha como enfermo y que se teme morir, y
 • con palabras que no traigan inconveniente, sobre
 • presupuesto questas y otras cualesquier escripturas
 • ruyas se han de tomar y no se han de dar ni pu-
 • blicar sino las que pareciere que sin inconveniente
 • se puede hacer..... Hecha la dicha ejecucion, y
 • habiendose publicado su muerte, que ha de ser con
 • la dicha disimulacion y no entendiéndose que ha
 • sido por ejecucion de justicia, se dará orden en lo
 • que toca á su entierro, etc. (1). »

Cuando el alcalde Arcellano pasó a Simancas á dar cumplimiento á estas disposiciones, halló á Montigny reclinado en una pieza llamada el Cubo del Obispo (2), donde el alcalde Peralta le habia encerrado á causa de un papel que se encontró cerca de su aposento, escrito en latin, del cual se desprendia un nuevo plan de fuga (3). Notificóle la sentencia el escribano Gabriel de San Esteban (14 de octubre), y acto continuo el ilustre preso redactó una protestacion de fé en

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 543, y tomo IV, de la Coleccion de documentos, pág. 543 y siguientes.

(2) Sin duda por haber servido en otro tiempo de prision al obispo Acuña. Hoy es la Sa n 5.ª de los papeles de Estado.

(3) El papel decía así.

A. M. M. D. M.

*Noctis ut intelligi nullus est tibi
 condendi locus; interdu sarpe, ut
 qui solus cum solo podagra cum-*

*bido vestas, qui tibi tam vetido
 nec viribus nec curis par eris
 Erumpes igitur ab octavo usque
 ad duodecesimam octobris quaquam
 que pñueris hora, et prende riam
 antiquam illi parte Castellí que
 impressus es. Prope invenies Ro-
 bertum et Joannem qui tibi presto
 erunt equis et aliis omnibus ne-
 cessariis. Favrat Deus capitis.—
 R. D. M.*

Carta de Eugenio de Peralta á S. M., de Simancas, á 10 de octubre de 1870.—Estado, leg. 544.

los términos siguientes: «Yo Floria de Montmorency
«digo: que á mi noticia ha venido que algunas perso-
«nas han sospechado de mí que en las cosas de la re-
«ligion no he tenido la fé de la santa Iglesia católica
«romana, y que he seguido y creído otras religiones
«nuevas, lo cual todo ha sido falsedad y gran mentira.
«Y porque ninguna persona pueda pretender ignoran-
«cia de la fé en que he vivido, y quiero morir y
«muero, estando ya en este artículo digo y protesto,
«que creo todos los artículos y cosas que la santa igle-
«sia de Roma tiene y cree con su cabeza el papa, vica-
«rio de Cristo, sucesor en el oficio y autoridad de San
«Pedro, con todos los siete sacramentos y la virtud de
«la pasión de Jesucristo nuestro Señor que en ellos
«está encerrado: y confieso la verdad del Purgatorio
«y el orden de los estados eclesiásticos, y todas las
«otras cosas en particular segun que están determina-
«das en el santo concilio Tridentino. Y porque esto es
«verdad, y no he tenido ni tengo otra religion, ni
«quiero salvarme en otra ninguna, firmé este con mi
«nombre á 14 de octubre de 1570 annos en la forta-
«leza de Suances.—F. de Montmorency.»

Escribió despues cierta memoria de descargos para sus criados, no queriendo testar, puesto que habiéndose secuestrado todos sus bienes, no tenia de qué disponer. Recibió con gran devocion los Santos Sacramentos que le administró Fr. Hernando del Castillo, y se preparó con admirable resignacion al

cion de que bernes hecho mérito. En 3 de noviembre escribía al rey al duque de Alba donde el Real cédula le que sigue: «Habiendo llegado la carta que me escribistes á 16 de marzo con la sentencia que por vos se pronunció contra Montigny estando yo en el Andalucía, me pareció suspender la ejecución della hasta volver aquí, y aunque siempre fué tenida por muy justificada, reparé algunos días en morder que se ejecutase en la forma que vosia, porque se

«demonstraciones de católicos y
«chus cristianos que podían por
«mí, gustó el resto del día y toda
«la noche siguiente en oración y
«en actos de penitencia y lación
«de algunas cosas de Fr. Luis de
«Granada, á quien en una prisión
«por bñda mucho alabado. Podía
«creciendo por horas el desenga-
«ño de la vida, la paciencia, el
«sufrimiento y la conformidad con
«la voluntad de Dios y de su rey,
«cuya sentencia siempre alzó por
«justa, mas siempre protestando
«de su inocencia en los artículos
«del principio de Orange y rebe-
«lion, etc., en los cuales no que-
«ría ser de Dios perdonado si to-
«ma culpa á su rey mas confes-
«ba le hacia la guerra sus ene-
«migos, que en suencia hablan
«tenido lugar de vengarse del á
«un salvo; y esto dijo sin cólera ni
«impaciencia exterior, mas que al
«hablar en las cosas impertinen-
«tes de un extraño, perdonándo-
«los á todos con mucho ánimo y
«demonstraciones de cristiano pre-
«destinado por este camino.

«Deja en mi confianza una ce-
«dencia delgada de oro, de poca
«quantía, colgada de ella una
«sortija de oro, sello de sus ar-
«mas, y otra sortija con una tur-
«quesa; el sello y cadernilla para
«que le envíe á su mujer, y la

«otra sortija á su madre, por me-
«prendas que dich que ellas le
«dieren de recien caído; y que
«la escriba como Dios le ha de-
«sido de esta vida en tiempo que
«no pudo tener libertad de servilla
«y honrilla, y que la envíe aquel
«ajugarse por ser el que trata con-
«sigo y para su memoria: que le
«escriba su acuerdo de la madre
«que viene, y sea tan católica co-
«mo sus pasados, y no deje de
«evitar de opiniones ni sectas am-
«eritas, sino permanecer en la fe y
«religion que la Iglesia católica
«romana enseña, y el emperador
«Carlos V. nuestro señor defendió
«por sus leyes, siempre y en de-
«voción y servicio del rey nuestro
«señor, como della le confía, y
«retro tanto á su madre. Esta
«es ya más larga de lo que que-
«ría quien desea tan poco como
«yo ser preso, mas lleva más la
«pena de la culpa que no hace pa-
«ra que más me quidara por tan-
«to de trabajos. Nuestro señor
«la llave persona de tan gran-
«de con el acrecentamiento que
«diera en Simacas día y año de
«octubre —B. L. M. á vna su
«servidor.—Fr. Fernando de Cas-
«tilla.—Al ilustre señor mi señor
«el doctor Velasco, del Consejo
«de S. M.

•me representó que causaría gran rumor y nuevo
 •sentimiento en esos estados y aun en los vecinos. Y
 •así se anduvo mirando de la manera que se podría
 •hacer con menos estruendo, y al fin me resolví en
 •lo que vereis por una relación que irá con esta en ci-
 •fra; y sucedió tan bien, que hasta agora todos tienen
 •creído que murió de enfermedad, y así tambien se
 •ha de dar á entender allá mostrando descuidada y
 •disimuladamente dos cartas que irán aquí de don
 •Eugenio de Peralta, de quien se tió el secreto como
 •de mi alcaide de la fortaleza de Simancas, donde se
 •habia llevado y estaba preso el dicho de Montigny,
 •el cual si en lo interior acabó tan cristianamente
 •como lo mostró en lo exterior, y lo ha referido el
 •fraile que le confesó, es de creer que se habrá api-
 •dadó Dios de su ánima. Resta agora que vos hagaís
 •luego sentenciar su causa como si hubiera muerto
 •de su muerte natural, de la misma manera que se
 •sentenció la del marqués de Vergas (Berghes), pues
 •con esto me parece que se ha conseguido lo que se
 •pretendia..... etc. (1).»

Tal fué, y no como la suelen referir los historia-
 dores que desconocieron estos documentos, la muerte
 del desgraciado baron de Montigny.

Mientras esto pasaba, arreglado todo lo concer-
 niente al matrimonio del rey don Felipe con la prin-

(1) Minuta original que se ha- legajo 544.
 lla en dichos papeles de Estado.

cesa Ana, hija del emperador Maximiliano (que parecía ó signo ó empeño de Felipe II. tomar por esposas las que habian estado destinadas para su hijo). y despues de haberse desposado con ella por poder y á nombre del rey Luis Venegas de Figueroa (24 de enero, 1570), dispúsose que desde Spira, donde su padre Maximiliano II. se hallaba, con motivo de la dieta para la eleccion de su hijo mayor Rodolfo en rey de romanos, fuese traída á España por Flandes. Parecióle al duque de Alba buena ocasion el paso de la nueva reina por los Países Bajos (agosto) para venirse en su compañía, y se persuadió de que iba á ver cumplido lo que hacia tiempo andaba con empeño solicitando. Mas si bien el rey se mostró dispuesto á relevarle, y aun nombró sucesor al duque de Medinaceli, virrey que era de Navarra, le respondió que seria bueno permaneciese todavía allí hasta que llegara su sucesor, que iria con la flota que habia de traer la reina. Vino pues acompañando á la desposada princesa, en lugar del duque de Alba, su hijo el prior de Castilla don Fernando de Toledo. Desembarcó la régia comitiva en Santander (3 de octubre, 1570), el dia en que se cumplian los dos años del fallecimiento de la reina Isabel de la Paz. Visitaron á la princesa austriaca en Santovenia sus dos hermanos, Rodolfo y Ernesto; y en Segovia, donde la esperaba el rey con la princesa doña Juana de Portugal, se celebraron suntuosamente las bodas (12 de noviembre)

de Felipe II., tres veces viudo y de edad de cuarenta y tres años y medio, con la princesa Ana de Austria, nacida en Cigales de Castilla, y que aun no había cumplido los veinte y cinco ⁽¹⁾. Es de notar que en medio de este fausto acontecimiento estuviera el espíritu del rey para ocuparse en ordenar la forma del suplicio de Montigny.

Durante este tiempo el duque de Alba se había determinado á publicar en Flandes el ansiado perdón general (julio, 1570), pero con tales limitaciones, que dejó mas frios y místios que satisfechos y alegres á los flamencos. El caso es que el mismo duque reconocia que no era este el camino para que el país se reconciliara con él, puesto que escribiendo á S. M. con referencia al indulto (22 de enero, 1571), le decía: *No es maravilla que todo el país esté conmigo mal, porque no les he hecho obras para que me quieran bien.* Y añadía que lo que de Madrid se escribía allí no contribuía tampoco á que le quisieran mejor ⁽²⁾. Por esta y otras causas continuaba instando por que fuese cuanto antes á reemplazarle el duque de Medinaceli; pero el rey le contestaba que no tenía un real para poder despachar al duque porque todos sus recursos estaban agotados ⁽³⁾. Obligaba

(1) Cabrera, en el libro IX., capítulo 18 de su historia, describe la solemnidad con que se celebraron las bodas y enumera los personajes que á ellas asistieron.

(2) Carta del duque de Alba al

rey, desde Anvers.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 540.

(3) Carta del rey al duque de Alba, de Madrid, á 20 de enero de 1571.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 547.

este mismo al de Alba á hostigar más y más á los pueblos con la onerosísima esacion de la décima y la vigésima, sin que las modificaciones que la penuria del país le precisaba á hacer fueran bastantes ni á aliviar al pueblo ni á disminuir la odiosidad del gobernador. Antes bien llegó un día el caso de que en la misma ciudad de Bruselas cerráran todos los mercaderes y menestrales sus tiendas y talleres; lo cual exacerbó de tal manera el genio bilioso del de Alba, que aquella misma noche mandó colgar algunos de ellos á las puertas de sus tiendas. Ya las tropas se hallaban formadas y el verdugo con los lazos en la mano, cuando llegó noticia de haber estallado de nuevo la rebelion en algunos puntos. «Y se verificó bien, dice el jesuita historiador de estas guerras, cuán agriamente impelen á la rebelion los tributos, cuando á los pueblos, ya de otra parte conmovidos, se imponen cargas superiores á sus fuerzas (1).»

No habia faltado quien advirtiera al rey del peligroso estado en que habían puesto á Flandes las vejaciones y las tiranías que estaban sufriendo del duque de Alba. Con el nombre de *Advertimientos* habia dirigido á S. M. su embajador en París don Francés de Alava dos largos escritos (4 y 5 de enero, 1572) manifestándole la multitud de mercaderes que emigraban con sus haberes de los Países Bajos, huyendo

(1) Estrada, Guerra de Flandes, Déc. I., libro VII.

del gravoso tributo de la décima, y de otros que no eran mercaderes y deseaban que les dieran la mano para tomar las armas; lo aborrecido que continuaba siendo el duque de Alba de los flamencos; el disgusto de los mismos nobles que habían sido siempre mas adictos al rey; las disposiciones hostiles de la reina de Inglaterra; la proteccion que los hugonotes de Francia se preparaban á dar á los descontentos de Flandes; lo que habia que temer por la parte de Alemania; lo urgente que era enviar al duque de Medinaceli á los Países Bajos, y que se retirára el de Alba, que sobre ser odioso al país se le iban ya atreviendo como á quien miraban casi caido, y próxima á ser reemplazado: y por último, que viera S. M. de poner pronto remedio á aquella situacion, que era peligrosa y grave (1).

Y así fué que en la inmediata primavera (abril, 1572) comenzó la segunda revolucion por Holanda, apoderándose el señor de Lumey, que se titulaba conde de la Marca, de la ciudad de Brielle en la isla de Voorne, al frente de quince naves, nueve de ellas bien armadas, que habia tenido pirateando por las costas de Holanda y Frisia. Para excitar mas el ódio contra el duque de Alba llevaba pintadas en sus ban-

(1) Daremos por Apéndice los segundos Advertimientos de don Francés de Alva, copiados del Archivo de Simancas, Estado, legajo 549. por la idea que dan, no

solo de la situacion de Flandes, sino de la general de los estados de Europa, y del espíritu de cada uno de ellos, respecto á la cuestion flamenga.

deras diez monedas, emblema del aborrecido impuesto de la décima. El conde Bosen que acudió allí con algunas compañías tuvo que volverse, después de pasar por el escarnio de ver á los rebeldes quemar algunos de sus naves, y de saber que habían roto las imágenes sagradas con sacrilego furor. Este fué el principio del levantamiento que había de pasar en constituirse en república independiente aquellas provincias, precisamente cuando Felipe II. pensaba en hacer de todos los estados de Flandes un reino (4).

A muy poco tiempo se rebelaron los de Flesinga, puerto de Zelanda y llave del Océano. lanzando la guarnición española, y ahorcando al caudillo de los rebeldes al coronel Hernando Pacheco, pariente del du Alba, en venganza, decía, de haber éste cuatro años antes condenado á igual pena á un hermano suyo. No tardaron en seguir el movimiento casi todas

(4) No nos queda duda de este pensamiento de Felipe II. En 4 de julio de 1570, le decía desde el Escorial al duque de Alba, que clara persona, celosa de su servicio y del bien y tranquilidad de los Países Bajos (era el conde de Eupen), le había avisado ser el momento favorable para erigirlos en reino, y le había dado una memoria de los fundamentos con que lo podía hacer, del cual le enviaba copia; que lo comunicara á las personas que tuviera por conveniente, y le trasmitiera su parecer. «Este proyecto, decía, fué concebido ya cuando yo estaba en los Países Ba-

jos (lo fué por el conde de Anthonville), mas se suspendió por las dificultades que entonces se ofrecían. Las circunstancias hoy han variado; los naturales están sometidos, y creo que nadie se atreverá á contrariar su ejecución. Si con maña se los pudiera comprometer á que ellos mismos me lo demandaran, este sería ciertamente el camino más llano. Por lo demás, vos me direis en qué forma debería yo solicitar del papa el título de rey, y si para esto debiera consultar con el emperador.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. 544.

las ciudades de Holanda, á escepcion de Amsterdam y alguna otra, y muchas de Zelanda, publicando escritos burlescos contra el duque y poniendo su retrato en ridículos pasquines. Y aunque en el principio de la insurreccion algunas ciudades estuvieron indecisas dándole á quién habian de proclamar, al fin se adhirieron y juraron como presidente al principe de Orange, que en Alemania no habia cesado, como insinuamos en otro lugar, de trabajar para ver de emprender otra campaña con mejor éxito que la primera. De esta vez acudieron á los rebeldes tantos socorros de Inglaterra y de Francia, que á los cuatro meses reunieron ya en Flesinga una armada de ciento y cincuenta velas. De modo que con razon decia el obispo de Namur, que con la décima y la vigésima del duque de Alba se habian comprado las provincias marítimas de los Estados para el principe de Orange. La insurreccion cundia rápidamente en Güeldres, en Zutphen y la Frisia, como en Holanda y Zelanda, y allí el conde Vanden Barghe tomaba por fuerza unas ciudades, y entraba sin oposicion en otras. Pero nada afectó tanto al duque de Alba como la nueva que recibió de que por la frontera de Francia Luis de Nassau, hermano del de Orange, ayudado de los franceses se habia apoderado de Mons y de Valenciennes (mayo, 1572,) lo cual le hizo sospechar que el rey Carlos no era extraño á aquellos sucesos, y escribió por lo tanto al rey, á su madre y al duque de Anjou, recordándoles los auxi-

lios que siempre que habian tenido necesidad los habia prestado S. M. Católica, bien que ellos protestaban que querian estar en paz con España, y negaban que diesen favor á los sublevados. El duque por su parte tampoco queria romper con el monarca francés mientras él no arrojara la máscara.

Cuando el duque de Medinaceli, despues de tanta detencion, arribó al puerto de la Esclusa con dos mil españoles de refuerzo y alguna plata en barras, no sin peligro de caer en manos de los piratas rebeldes, la guerra estaba ya encendida, y el duque de Alba le envió á decir que en tal situacion su honor no le permitia hacerle entrega del mando y gobierno de las provincias mientras estuviesen alteradas, puesto que su retirada á España en los momentos que ardia una guerra, de la cual no faltaría quien quisiera hacerle culpable, se tendria por cobardía; en lo cual obró el de Alba como cumplia á su honra. Y ya entonces se allanaba á relevar á los pueblos de la décima, y ampliar el indulto á los delincuentes; pero era tarde.

Parecióle al duque que lo principal y mas urgente, sin dejar de atender en lo posible á las provincias marítimas, era acudir al Henao y recobrar á Mons; á cuyo efecto, y en tanto que él podia ir en persona, envió á su hijo don Fadrique con el maestro de campo Chiapin Vitelli y con una buena parte del ejército. En el primer choque con los de Mons, recibió Chiapin

Vitelli en balazo en la pierna izquierda, cuyo contra tiempo no les impidió sentar sus reales en las posiciones que escogieron. A libertar á los cercados de Mons acudió buen golpe de franceses enviados por el almirante Coligny, y mandados por el señor de Genlis. El afán de ganar la gloria de libertador empuñó á Genlis á combatir por su cuenta con los españoles, costándole su ambiciosa presunción ser completamente destruido por el intrépido don Fadrique de Toledo, capitán valeroso, y mas feroz que su padre. Prodigios de valor hizo aquel día Chiapin Vitelli: no permitiéndole la herida ni andar ni tenerse en pié. hízose conducir á la batalla en un carretoncillo, desde el cual, medio tendido, pero puesto á la vanguardia, ordenaba las haces, y con la voz y con las manos animaba á la pelea, y contribuyó muy eficazmente al triunfo, si bien se le recrudeció la herida, de la cual llegó á estar deshauciado. Murieron mil franceses, el mismo Genlis quedó prisionero, con otros seiscientos, entre ellos cerca de sesenta nobles. de los cuales unos fueron llevados á las fortalezas y otros ahorcados. Los fugitivos eran degollados por los rústicos de la tierra, y don Fadrique envió á España al capitán Bobadilla con el parte de la victoria y con el parabien para el rey don Felipe ⁽¹⁾.

(1). De Thou, lib. 54.—Mendoza, Comen., lib. IV.—Estrada, Guerras, Decada I., lib. VII.—Cabrera, lib. IX, cap. 2.—Gachard, Correspondencia de Felipe II., tomo II.

El duque de Alba, conforme habia ofrecido, partió de Bruselas, puso su campo delante de Mons (primeros dias de setiembre). Mas con esta noticia el principe de Orange, que se hallaba muy prevenido á la frontera de Alemania, levantó el suyo, y pasó el Rhin y el Mosa con once mil peones alemanes y seis mil caballos, é internóse por Brabante, ansioso de socorrer á su hermano Luis, el sitiado en Mons. Diest, Tirlemont, Malinas, Termonde, le abrieron las puertas: Lovaina le dió víveres y dinero á trueque de evitar su entrada: iba por todas partes el de Orange sembrando el terror y la muerte, y ensangrentándose principalmente con los sacerdotes católicos y con las cosas sagradas, lo cual dió lugar á que los españoles usaran de igual ó mayor rigor y crueldad con los hereges y los enemigos, siendo mas lamentable y desdichado que nunca el estado de Flandes, sufriendo en todas partes los excesos y calamidades de una guerra sangrienta, é invadido por cuatro ejércitos enemigos, infestando Lumey las costas marítimas Luis de Nassau la frontera de Francia, la de Alemania Berghes, y en el centro de estado el de Orange. Cuando éste pasó al Henao y llegó á Jemmapes (9 de setiembre, 1572), á un cuarto de legua del campamento del de Alba, donde tambien se hallaba ya el de Medinaceli, se admiró de ver cuán en orden tenia aquí las fortificaciones de sus cuarteles. En vano intentó el principe romperlas, y mucho menos logró empu-

ñar al de Alba á una batalla campal, de lo cual huía siempre con resolución fija el duque, siguiendo su antiguo sistema.

Un día, al tiempo de anochecer, se halló sorprendido el príncipe de Orange con un inesperado estruendo de tambores, trompetas y clarines en el campamento español, con grande estampido de cañones y salvas de arcabucera, y sobre todo con vistosas luminarias y alegres voces, todo lo cual indicaba la celebridad de algun fausto acontecimiento. Dedicóse con solicitud á averiguarlo, y supo por sus espías que en efecto celebraban la nueva que les acababa de llegar de una general y horrible matanza de hugonotes que se había hecho en Francia, y que comenzó el día, que con esto se hizo tan memorable, de San Bartolomé. Aunque no habrá lector tan escasamente versado en la historia que no tenga conocimiento de aquella terrible jornada, que los franceses nombran *Les massacres de la Saint-Barthelemy*, no podemos dejar de decir algunas palabras de aquel suceso que tan inmediatamente influyó en los de Flandes que estamos contando, y que forma la página mas sangrienta y horrible de la historia de Francia en el siglo XVI.

El lector que recuerde lo que en uno de nuestros capítulos anteriores dijimos del origen y principio de las funestas guerras de Francia entre católicos y hugonotes ⁽¹⁾, comprenderá que el plan de exterminar

(1) Cap. V. del libro presente.

los hereges haciendo en ellos una matanza general venia ya fraguado de mucho tiempo. La mortandad de Amboise (1564) se puede decir que fué ya el preludio de esta memorable tragedia. Y no sin razon se ha sospechado que las misteriosas conferencias de Avignon, y mas aun en las de Bayona (1565), en la célebre entrevista de la artificiosa Catalina de Médicis con su hija Isabel, la reina de España esposa de Felipe II., á que asistió el duque de Alba, se habia concertado ya el plan de exterminio, cuya ejecucion se fué despues por graves dificultades difiriendo. Las guerras posteriores entre católicos y protestantes, sostenidas de una parte por los Guisas, de otra por los Montmorency, que tanta sangre costaron al pueblo francés, llevaron las cosas á términos de creerse ya necesario tratar solemnemente de paz y reconciliacion entre los dos grandes partidos, pero sin que la reina madre y los Guisas y los duques de Anjou y de Aumale abandonaran su siniestro proyecto. Antes bien estudiaban la ocasion en que poder ejecutarle cuando los protestantes estuvieran más confiados y adormecidos, y esta ocasion la hallaron en las bodas que se habian dispuesto de Enrique de Navarra con la princesa Margarita, hermana del rey Carlos IX. El príncipe de Condé, el almirante Coligny, todos los getes de los protestantes habian sido llamados á París para dar más solemnidad á estas bodas y poner como el sello á la reconciliacion de los partidos. El mis-

mo Coligny, el mas valeroso y activo capitan de los hugonotes; el que mas auxiliaba á los protestantes flamencos, al principe de Orange y á su hermano Luis de Nassau; el que convidado antes por el rey Carlos IX, á ir á la corte se habia negado con justo recelo, contestando que en *Francia no habia condes de Egmont* ⁽¹⁾; el mismo Coligny se resolvió por último á ir á Paris, fiado en que no habia de engañarle el rey que lo llamaba siempre *su padre*. ¡Cuan cara pagó su confianza en el amoroso dictado!

Celebrábanse en París las bodas con alegres y vistosas fiestas alternando los bailes y los banquetes con los torneos y otros espectáculos. Este fué el momento que escogieron la reina madre y los Guisas para realizar su plan de exterminio contra los hugonotes, haciendo en ellos otras *Vísperas sicilianas*, no menos horribles y sangrientas que aquellas. Todas las disposiciones estaban tomadas para una matanza general, que comenzó el 24 de agosto (1572), día de San Bartolomé, de que tomó nombre aquella memorable jornada. El primero que fue sacrificado y en quien se estrenó el puñal asesino fue el almirante Coligny, á quien el rey habia acariciado con palabras tan cariñosas y dado tantas seguridades. A la voz de *¡Mueran los hugonotes! el rey lo manda,* se terra-

(1) Aludido á la confianza que el duque de Alba, que después le hizo ahorcar, con que el conde de Egmont en Flandes se habia entregado en manos del

maron los asesinos por todas las calles y plazas de París, inmolando con bárbaro y desapiadado furor cuantos hereges ó sospechosos de no católicos encontraban, buscándolos por las casas, persiguiéndolos por los tejados, en los sótanos, y allí donde los hallaban, aunque la enfermedad los tuviera postrados en el lecho del dolor, les clavaban los aceros, y sin reparar en que fuesen ancianos ó niños, los arrojaban á las calles y los arrastraban y mutilaban, estendiéndose el frenesí hasta á las infelices mugeres, y haciendo con sus cuerpos cuanto puede imaginarse de más horroroso. En los dias que duró esta carnicería perecieron sobre cuatro mil personas, entre ellas los más ilustres personajes del partido hugonote. De París se propagó el furor, como se transmitieron las órdenes de exterminio á las provincias, y se ejecutaron iguales ó parecidas atrocidades en Méaux, en Troyes, en Orleans, en Bourges, en Sancerre, en Lyon, en Auvergne, en Bayona, en Tolosa, en Ruan y en otras muchas ciudades y poblaciones, pudiendo decirse que se empapó en sangre de los hugonotes todo el suelo de la Francia ⁽¹⁾.

La nueva de esta catástrofe desalentó al príncipe de Orange, que sobre no poder esperar ya recabar mas socorro de los franceses de su partido, temia que le

(1) Diario de Carlos XI., tomo I.—Las historias de Francia pormenores de aquella horrible mortandad, donde se leen largos y espantosos

desamparáran los mismos que defendían á Mons con su hermano: y como no consiguiere ni romper los reales del de Alba, ni comprometerle á pelear, picando ya tambien las enfermedades en su ejército, determinó retirarse á Malinas, dejando á su hermano abandonado á la suerte. Persiguieronle en su retirada unas compañías de españoles con ochocientos caballos encamuzados todos, los cuales pasaron á cuchillo más de cuatrocientos soldados, y tal vez le hubieran sorprendido á él mismo en su tienda, si los ladridos de una perrilla que llevaba consigo no le hubieran avisado y apercibido del peligro que corría. No creyéndose, pues, seguro en Brabante, levanto de nuevo el campo y se retiró á Delft en Holanda. Luis de Nassau, sabida la muerte de su favorecedor el almirante Coligny, y la retirada del príncipe, capituló con el de Alba, con no despreciables condiciones, la entrega de Mons, y el se trasladó á Dillenburg, asiento principal del estado de Nassau. Con esto las tropas reales fueron fácilmente recobrando lo que en Flandes y Brabante habia tomado el de Orange. El duque de Medina-celi, don Fadrique de Toledo, Berlaymont, Noircarmes y todos los gefes del ejército entraron en Malinas, la ciudad que se habia mostrado mas adicta al príncipe rebelde, y la castigaron permitiendo tres dias de saqueo (2 de octubre, 1572), «que es muy necesario ejemplo, le decia el de Alba al rey, para todas las otras villas que se han de cobrar, porque no

piensan que á cada una déllas sea monester ir el ejército de V. M., que seria un negocio infinito ⁽¹⁾. »

Siguieron las tropas reales en pos del enemigo. Los duques de Alba y de Medinaceli determinaron pasar el Mosa, y avanzaron á Máestricht y á Nimega. El coronel Mondragon y Sancho Dávila, enviados á Zelanda con dos mil españoles escogidos, ejecutaron operaciones admirables, ya atravesando con su gente una parte del Océano, ya vadeando rios con el agua hasta el pecho, y acometiendo incontinenti con heroica audacia huestes y poblaciones enemigas, destruyendo las unas y apoderándose de las otras, siendo una de sus más notables empresas el modo como hicieron levantar el cerco de Ter Gves, puerto del Escalda, que defendía Isidro Pacheco. Por su parte don Fadrique de Toledo guerreaba en Gueldres, conquistaba á Zutphen, y reducía á escombros la villa de Naerden, abrigo de hereges, que le quiso resistir, demoliendo muros y casas, y pasando á cuchillo á todos sus habitantes sin escepcion ⁽²⁾; venganza escésiva y cruel que puso en desesperacion toda la parte sublevada de Holanda. En los meses de noviem-

(1) Carta del duque de Alba á Felipe II. desde el campamento frente de Mons, y desde los reales cerca de Malinas, fechas en setiembre y primeros de octubre.—Archivo de Simancas, Estado, legajos 352 y 353.—Estrada, Década I., lib. VII.—Mendoza, Comentarios, lib. VII.—Cabrera, lib. X., cap. 4.—De Thou, lib. LIV.—Men-

doza, que se halló en el cerco de Mons, inserta las condiciones de la capitulacion.

(2) «*Degollaron burgeses y soldados, sin escaparse hombre nacido*,» decía el duque de Alba en carta á Felipe II. desde Nimega, á 19 de diciembre de 1572.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 352.

bre y diciembre la Frisia fué reducida á la obediencia del rey, y el conde Vanden Berghe, lanzado de allí, se refugió á Westfalia, desbalijado por su misma gente. Todo esto se hacia permaneciendo el duque de Alba en Nimega, lejos del teatro de la guerra ⁽¹⁾.

Pero el acontecimiento mas notable y digno de memoria de esta guerra fué el famoso sitio de Harlem, bella ciudad de Holanda, en que los rebeldes se atrincheraron, menospreciando con alívez toda propuesta de perdon, y donde se defendieron heroicamente contra todo el ejército de Felipe II. mandado por don Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba, por espacio de ocho meses que los tuvo cercados (desde diciembre de 1572, á julio de 1573). Todas las hazañas y todos los padecimientos, todo el valor y toda la constancia, todas las calamidades y todos los recursos, todas las artes é industrias y todos los males que se pueden emplear y sufrir en el más porfiado ataque y en la más obstinada defensa de una plaza, todo se empleó y todo se sufrió en el cerco de Harlem por sitiados y sitiadores, y podria escribirse del sitio y defensa de Harlem un volumen entero. Bástenos notar, á nosotros que no podemos detenernos á referir los particulares lances de cada guerra ni

(1) Mendoza, *Comment.*, lib. VIII. — Estrada, *Déc.* I., lib. VII. — Cartas originales del duque de Alba, del de Melinaceli, del conde de Alameda y otros al rey y al secretario Gabriel de Zayas.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 552.

de cada campaña, algunas circunstancias que darán idea de la heroica portia de los unos y del desesperado esfuerzo de los otros en este sitio.

El encarnizamiento con que se peleaba era tal, que no se perdonaba á nadie la vida, y á todo el que se cogia de una parte ó de otra, no se tardaba en ahorcarle sino el tiempo necesario para cerciorarse de que era enemigo, lo que equivale á decir que se le ahorcaba en el acto. De esta ferocidad dieron los sitiados el primer ejemplo. Repetidas veces colgaron estos de las almenas los cadáveres de los españoles, insultando al propio tiempo á los del campo con palabras provocativas. Los españoles por su parte arrojaban dentro de los muros cabezas cortadas, con carteles como los siguientes: *Cabeza de Filipo Coninx, que vino con dos mil hombres á libertar á Harlem;—Cabeza de Antonio Pictor, el que entregó la ciudad de Mons á los franceses.* A esto contestaron los de dentro arrojando once cabezas al campamento español con un letrero que decia: *Los de Harlem envian diez cabezas, para que el duque de Alba no haga la guerra con pretexto de que se nieguen á pagar la décima: y para que sea que le pagamos con usura, le enviamos una más.* Muchas veces ponian sobre los muros imágenes de santos, y aun del mismo Redentor de los hombres, para que recibieran los primeros las balas de los españoles; y otras presentaban figuritas de sacerdotes y frailes, y hacian la ceremonia burlesca de azotarlos

y cortarlas despues las cabezas. Las mugeres de Harlem formaron tambien su especie de escuadron de amazonas con su correspondiente capitana, y con una intrepidez que admiraba á los mismos enemigos alternaban con los hombres en la defenaa de los muros, y desafiaban á los españoles con sus arcabuces. La muerte de los famosos y entendidos ingenieros del ejército real, Cressonniere y Bartolomé Campi, la inutilidad de los repetidos asaltos que tantas víctimas costaban á los sitiadores, los trabajos que estos sufrían en aquellas heladas lagunas, todo iba ya inclinando á don Fadrique de Toledo á abandonar la empresa y á retirarse á Brabante. Pero entendido esto por el duque de Alba su padre, le envió á decir: *«que si alzaba el campo sin rendir la plaza, no le tendria por hijo; que si moria en el asedio, él iria en persona á reemplazarle, aunque estaba enfermo y en cama; y que si faltaban los dos, iria de España su madre á hacer en la guerra lo que no habia tenido valor ó paciencia para hacer su hijo (1).»*

(1) Esta embajada es tan cierta, que el que la refiere es el mismo que la llevó, y la comunicó tambien al ejército en las trincheras, á saber: don Bernardino de Mendoza. Este mismo llevaba órdenes del duque de Alba para reconocer las baterías, las minas y todos los trabajos del asedio, y vino á España á dar cuenta de todo al rey, volviendo luego á Nimega con buena provisión de dinero, y con poder del rey para arreglar las di-

ferencias que con la reina de Inglaterra habia sobre embargos, en cuyo viage dice que empleó mes y medio. Entonces fué tambien cuando Felipe II. mandó á don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla y gobernador de Milan, que enviase al ejército de Harlem cinco mil españoles en veinte y cinco banderas. — Mendoza, Comentarios, libro IX., págs. 191 y 192, edic. de Madrid de 1592.

Usaron los de Harlem en este sitio de palomas correos para comunicarse con el príncipe de Orange, á imitación de los antiguos romanos en el sitio de Módena. Sabida es ya la forma y artificio que se emplea para obtener este medio de comunicaciones. Mas esto duró solamente hasta que la casualidad hizo que una de las inocentes mensajeras cayera fatigada en los reales y se descubriera el secreto, pues desde entonces los soldados se entretenían en cazar con sus arcabuces todas las que veían á tiro. Unos y otros recibían socorros por mar y por tierra, y por tierra y por mar se peleaba. En ambos campos se hacía sentir el hambre, pero mas especialmente en la ciudad, donde se comía las cosas mas inmundas, hasta las suelas del calzado. Aquellas gentes, sin embargo, no se rendían, aun con ver acerbilladas sus murallas con diez mil doscientas cincuenta balas de cañon que sobre ellas se tiraron, segun cuenta que llevaron algunos curiosos. El 8 de julio, á media noche, hizo el príncipe de Orange un esfuerzo por socorrer á los de Harlem, pero la mañana del 9 le atacó don Fadrique, y le derrotó completamente, matándole tres mil hombres, y cogiéndole toda la artillería y banderas, y hasta trescientos carros de municiones. Con esto acabó de desaparecer toda esperanza para los sitiados, los cuales, no obstante, en su desesperacion, pocos como ya quedaban, hambrientos y escuálidos, y habiéndoles sido rechazada toda propuesta de capitulacion, todavía

intentaron una salida, dejando en la ciudad las mujeres y los niños, sin mas objeto que el de morir matando. Pero las lágrimas y los abrazos de los hijos y de las madres pudieron tanto en los corazones de aquellos valerosos guerreros que habian despreciado tantas veces el fuego y el hierro enemigo, que no pudiendo resistir á la sensacion de la ternura, volvieron atrás, y se rindieron al fin sin mas condicion que la generosidad ó la clemencia que quisiera tenerles el rey (12 de julio, 1573).

Dió don Fadrique de Toledo las disposiciones oportunas para la entrada en Harlem, prescribiendo á cada capitan el puesto que deberia ocupar. Cuando el duque de Alba desde Nimega comunicó al rey (14 de julio) la rendicion de Harlem, le decia: «Desearia mucho que no se saquease, porque tenga lugar la misericordia, y se pueda hacer el castigo que merecen los culpados. De los valones, franceses y ingleses *«he escripto á don Fadrique no me deje hombre á vida, «y de los alemanes las cabezas; y los otros, con juramento de no servir mas á este rebelde, los eche desnudos por parte que no puedan hacer daño. Los burgeses se castigarán algunos; con los demás se usará de misericordia, por ejemplo de las demás villas...»* (1). Y así lo hizo. Dos mil trescientos soldados franceses, walones é ingleses con sus comandan-

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 535.

tes, fueron pasados por las armas, multó á la ciudad en cien mil escudos, é hizo ahorcar algunos ciudadanos. En el parte que de esto daba al rey (Utrecht, 28 de julio) le decía: «Agora, señor, es menester procurar por todas las vias posibles, y con todas las blanduras que en el mundo se pudieren hallar, la reducción de este pueblo, porque estando V. M. armado como está, tiene lugar la misericordia, y la tendrán por tal, y si en otro tiempo se acometeria con ella, fuera darles ocasion de mayores desavergüenzas.»

Habian muerto en el sitio de Harlem mas de cuatro mil hombres del ejército real, entre ellos muy ilustres y valerosos capitanes. Recibieron heridas don Fadrique, don Fernando y don Rodrigo de Toledo, los maestros de campo don Gonzalo de Bracamonte y Julian Romero, y otros muchos esferzados caudillos y oficiales de todas naciones. Cálculase que murieron de los enemigos mas de trece mil ⁽¹⁾.

A los quince dias ó poco mas de la entrada de nuestras tropas en Harlem, amotináronse los tercios veteranos españoles pidiendo que les diesen qué comer, é

(1) Además de las noticias que de este sitio y de esta guerra nos da don Bernardino de Mendoza, el más autorizado de los historiadores de las cosas de Flandes, en el libro IX. de sus Comentarios, tenemos á la vista copias de multitud de documentos originales de la correspondencia del duque de Alba con el rey, y de este con otros per-

sonages que se hallaban en Flandes y Holanda, la del duque de Alba con don Fadrique, su hijo, general del ejército, la del secretario Albornoz con Gabriel de Zayas, y tantos otros documentos, que con sola su enumeracion y con las fechas de cada uno podriamos llenar algunas páginas.

biciéronlo con tal orden y maestría, como soldados viejos que eran, y tomaron tales disposiciones, y publicaron tales bandos, y diéronse á sí mismo tal forma de gobierno, que ellos se apoderaron de todo lanzando á sus capitanes, y dándose por muy feliz de poderse salvar el maestro de campo Julian Romero, que llegó mas muerto que vivo á Amsterdam. Esta insurreccion, que duró muchos dias, puso en tal cuidado al duque de Alba que escribió al rey pidiéndole por Dios dirigiese desde aquí su voz á los amotinados y les ofreciese pagarles á la mayor brevedad. Tan en cuenta lo tomó Felipe II., que en 10 de agosto le contestó desde Galapagar, diciéndole le enviaba 400.000 escudos en letras de cambio, habiéndole costado tanto trabajo reunir esta suma, y á tan crecidos intereses, que era necesario viese de terminar cuanto antes los negocios de los Países Bajos. Con esto y con el dinero que entre el duque y su hijo habian perdido prestado á comerciantes particulares de Amsterdam, pudieron zosegar al pronto la sublevacion, concertando con los insurrectos la cantidad que habian de dar á cada uno. Pero creció con esta especie de capitulacion la insolencia, y no tardaron en amotinarse otra vez si bien costandoles á los autores de este segundo motin ser ahorcados delante de Alckmaer por orden de don Fadrique.

El resto del año se pasó conforme á la orden del rey, en apresurar las operaciones para ver de concluir

una guerra tan costosa, que ni los escasos recursos de un país tan castigado ni los mas escasos que podian ir de España alcanzaban á soportar. Aunque muy quebrantados los oringistas con las anteriores derrotas, aun daban mucho que hacer á las tropas reales en Holanda y Zelanda, de cuyas provincias, si bien se fueron tomando algunas ciudades, á costa de trabajosos sitios y de no pocas pérdidas, muchas quedaban todavía por los rebeldes, y continuaba viva la guerra por tierra y por agua, en aquellos países mitad marítimos, mitad terrestres. Las tropas de diferentes naciones que se hallaban al servicio del rey por este tiempo en los Países Bajos, segun relacion del duque de Alba dada al comendador de Castilla eran: 79 compañías españolas, que hacian 7.900 soldados; 54 compañías de Altos Alemanes, que componian 16.200 hombres: 52 compañías de Bajos Alemanes, con 9.600 plazas: 104 compañías walonas, que equivalian á 20.800 soldados. Era el total de la infanteria 54.800 hombres, sin contar los 7.000 que ocupaban las plazas fronterizas. La caballería se componía de 38 compañías, que hacian un efectivo de 4.780 hombres ⁽¹⁾

Mas cuando en tal estado se hallaba la guerra, ocurrió otra novedad, que habia de ser trascendental para los Países Bajos, á saber, el reemplazo defi-

(1) Relacion de la gente de guerra, etc., enviada por el duque de Alba al comendador de Castilla, el 19 de diciembre de 1573.—Archivo de Simancas, Estado, legajo 534.

nitivo del duque de Alba en el gobierno político y militar de Flandes y su venida á España. Los historiadores señalan como única causa de haber admitido el rey la dimision del duque, su falta de salud y el deseo repetidas veces manifestado de retirarse. Pero hubo en realidad mucho más que esto, segun evidentemente se ve por la correspondencia oficial que tenemos á la vista. Ciertó es que el duque de Alba gozaba ya de poca salud, y hacia tiempo deseaba y pedia ser relevado del gobierno, como que á virtud de sus reclamaciones habia el rey nombrado y enviado para reemplazarle al duque de Medinaceli. Encendida la guerra cuando este último llegó á los Países Bajos, creyó el de Alba que su reputacion no le permitia abandonar el país en aquellos momentos hasta pacificarle, y continuó al frente de la guerra y de los negocios, de modo que habia en los Estados dos gobernadores, uno de hecho y de realidad, que era el duque de Alba, aunque dimisionario, y otro que puede decirse nominal, que era el de Medinaceli, á quien se aparentaba consultar como á una especie de coadjutor ó coregente, pero que en hecho de verdad desempeñaba un papel indefinible. Si al principio pareció marchar acordes los dos gobernadores, no tardaron en surgir entre ellos las quejas y disidencias que era de esperar. «Mucha paciencia he necesitado desde que vine á estos países (escribia el de Medinaceli desde Nimega en 12 de noviembre de 1572), y ahora que el du-

«que de Alba se mantiene lejos del teatro de la guerra, estoy determinado á dejarle en cuanto Zutphen sea tomada. El rey juzgará si es conveniente que un capitán general esté tan apartado de su ejército, y si es decoroso á mi reputacion que la direccion de la guerra y de las tropas se haya encomendado á don Fadrique, que por la edad puede ser hijo mio. A bien que con irme yo nada sufrirán los negocios, porque el de Alba me da tan poca parte de las cosas, á lo menos de los términos y resolucion dellas, que en las que se ofrecen no me instruye, y en las demás del gobierno, que lo ha de hacer, dice que no es llegado el tiempo, y que las operaciones destas revueltas no dan lugar á ello ⁽¹⁾.»

Por otra parte el secretario Albornoz, íntimo del de Alba, escribia al secretario Zayas (de Nimega, á 8 de marzo, 1573): «El duque de Medina ayuda poco á la direccion de los negocios. ¡Piuguiese á Dios que el rey no se hubiera acordado de nombrarle, y que él no hubiera venido jamás á estos países, ó que hubiera venido así que se le nombró! Porque desde que se supo su nombramiento, comenzaron las intrigas entre los consejeros, y nacieron todos los embarazos en que nos hallamos..... Si el duque de Medina se queda aquí, apostaría á que esto se pierde en ocho meses, ó acaso en cua-

(1) Carta del duque de Medina- do, leg. 552.
cell.—Archivo de Simancas, Este-

«tro..... (1).» Por este orden continuaban quejándose mutuamente uno de otro duque, e indisponiendo recíprocamente uno á otro gobernador con el rey.

Influyó esto sin duda grandemente en el ánimo de Felipe II. para decidirse á nombrar gobernador y capitán general de los Países Bajos á don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, que gobernaba el ducado de Milan. En 3 de octubre le escribía desde el Pardo que habia mandado se le estendieran las patentes e instrucciones que havia de llevar, y en 21 del mismo desde Madrid le decia que se las enviaba, con una instruccion particular firmada de su mano, que contenia importantes advertencias, así para la buena direccion de los negocios de Estado, como para la disciplina de las tropas. En su virtud paso Requesens á Flandes (noviembre, 1573), donde fué muy bien recibido del duque de Alba, y aunque el comendador rehusaba encargarse del gobierno hasta la partida del duque por consideracion á su persona, habiéndole éste enseñado las cartas del rey en que le ordenaba hacer la trasmision del mando tan pronto como aquel llegase, cedió el de Requesens, y se encargó de la lugartenencia general de los Estados (29 de noviembre), con el sentimiento de saber la situacion deplorable en que se encontraba la hacienda, debiéndose considerables sumas, sin haber un real en

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 536.

caja, ni medios de subvenir á los gastos ordinarios ⁽¹⁾.

Dispuso pues el duque de Alba su partida, y salió de Bruselas para España (18 de diciembre, 1573), despues de haber gobernado á Flandes seis años, trayendo consigo á su hijo don Fadrique con cinco compañías de caballos, con los cuales se embarcó en Génova, dejando aquellos países en guerra, y á los hombres políticos haciendo los más diversos cálculos y encontrados juicios sobre la conveniencia ó inconveniencia de su retirada á tal tiempo y en tales circunstancias. Al decir de un historiador no iban descaminados los que juzgaban que al modo que en Roma se dijo de Augusto César, «que ó no hubiera debido nacer, ó no debiera haber muerto,» así se podia decir del duque de Alba, «que ó no debiera haber ido nunca á Flandes, ó no debiera haberle dejado á aquel tiempo.» Ocasión tendremos nosotros de emitir nuestro juicio: los sucesos lo irán mostrando tambien, y solo apuntaremos al terminar este capítulo, que el gobierno de Requesens, tan diferente en carácter del duque de Alba, no podia menos de dar nueva fisonomía á la situacion de los Estados de Flandes.

(1) Cartas del duque de Alba al rey, de Bruselas, 2 de diciembre, y de don Luis de Requesens, 4 de diciembre, tambien de Bruselas.— Archivo de Simancas, Estado, legajo 523.

CAPÍTULO XL

LOS MORISCOS.

EL MARQUES DE MONDEJAR Y EL DE LOS VELEZ.

1568.

Primeras operaciones de campaña del marqués de Mondejar.—Paso del puente de Tablate.—Atrevida resolución de un fraile franciscano.—Fuga de los moriscos.—Sitio y socorro de Orgiba.—Los cristianos en Píres, Poqueira y Jubiles.—Gran degüello de mugeres moriscas.—Diego Lopez Aben Abou.—Discordia entre el rey Aben Humeya y sus parientes.—Tratos de paz.—Acción de Puterna.—El marqués de Mondejar en Andarax y Ujjar.—Su política con los rendidos.—Expedición del de Mondejar á las Guajaras.—Conquista del Penon.—Fuga y suplicio de el Zamar.—Crueldad del marqués con los vencidos.—Reduccion de los lugares de la Alpujarra.—El marqués de los Velez en la sierra de Filabres y en la de Gador.—Sus triunfos sobre los moriscos en Huécija y Filix.—Indisciplina de sus tropas.—Atrevida expedición de don Francisco de Córdoba.—El marqués de los Velez en Óhanez.—Escenas trágicas.—Pacificación de la Alpujarra.—Briego que corrió Aben Humeya de ser cogido.—Sálvase mañosamente.—Acusaciones é intrigas en Granada y en la corte contra el marqués de Mondejar.—Da el rey á don Juan de Austria la dirección de la guerra.—Don Juan de Austria en Granada.

De índole completamente diversa y nada parecida á la guerra de Flandes era la de los moriscos insur-

rectos del reino de Granada, que al apuntar el año 1569, dejamos como anunciada al final de nuestro capítulo VIII. Producidas ambas por motivos semejantes, por no querer sujetarse, así flamencos como moriscos, al rigor con que Felipe II. se empeñaba en establecer la unidad religiosa en todos sus dominios, y por sacudir el peso de los onerosos tributos con que los oprimia, el carácter de la rebelion y de las guerras de cada uno de estos dos pueblos tenia que ser de todo punto distinto, por la diferente condicion de los naturales de cada país, y por las circunstancias de localidad.

Habitando los moriscos la parte mas montañosa y áspera del reino de Granada, rústicos é inciviles los más, divididos en grupos de pequeños pueblos llamados *tañás*, sin una ciudad ni plaza fuerte, sin ejército organizado, tan valientes y feroces como fanáticos por los ritos de su antiguo culto, irritados como los leones en sus cuevas con la opresion y los malos tratamientos de los cristianos, la guerra que estos hombres hicieran necesariamente habia de ser, como lo fué, una lucha de esfuerzos parciales, de asaltos y sorpresas, de rústicos é improvisados atrincheramientos, de acometidas y defensas heroicas y feroces, de incendio, de saqueo y de asesinato, guerra en fin de montaña, y lo que en nuestra vecina nacion llamarian de *brigandage*, como lo habia empezado á ser. Mas no por eso dejó de ser fecunda y variada en notables

accidentes, que los historiadores de aquel tiempo y que se hallaron en ella nos han transmitido, á los cuales nosotros no podemos seguir por no ser de nuestro objeto, en sus diarios lances y pormenores, bien que en ellos figuráran personajes y generales de gran cuenta, algunos de los cuales ganaron no poca reputacion y laureo, y fué el principio de sus grandes glorias militares.

Dejamos en el final del precitado capítulo al marqués de Mondéjar en el Padul, dando principio á la campaña contra los rebeldes moriscos, con la gente que habia podido recoger en Granada, más fuerte por el valor y la decision que por el número y la disciplina, que aquel era bien escaso para sujetar un pueblo insurrecto, y esta no era para elogiada, en especial la de la gente concejil, que iba movida del deseo y la esperanza del pillaje; así como se distinguian por su lucido y aun injoso porte los aventureros y gente noble que por aficion á pelear acompañaban al capitán general de Granada. La estacion era la más cruda del año (principio de enero, 1569), y más en un país erizado de altos riscos y nevadas sierras. Y sin embargo, no se interrumpieron un punto, antes menudeaban maravillosamente los combates y los movimientos y operaciones de la guerra. Ya desde el Padul tuvo que rechazar un grueso peloton de moriscos mandados por Miguel de Granada el Jabá, que en una acometida nocturna habia sorprendido su

vanguardia en Dorcal, y herido de un flechazo al capitán Lorenzo Dávila. Y aquí se comenzó á ver tambien el carácter religioso que se dió á esta guerra. Cuatro frailes de San Francisco y cuatro jesuitas pelearon en este reencuentro en favor de los cristianos. Uno de los primeros arrojaba con un Crucifijo en la mano á los suyos, cuando una piedra lanzada por un moro vino á herirle fuertemente en el brazo, dando en tierra con la sagrada insignia, cosa que irritó tanto al capitán Gonzalo de Alcántara, que embravecido como una fiera, y no contento con haber arrancado la vida al perpetrador de aquel sacrilegio, arremetió furioso con su espada jurando degollar á cuantos descreídos se le pusieran por delante. Sin embargo, habiéndolo pasado mal aquella noche los cristianos, si un ardid del marqués de Mondejar no hubiera ahuyentado á los audaces moriscos.

Rechazado el Jabá, y retorzado el marqués con las milicias de Ubeda, Baeza, Porcuna y otras villas (que á esta guerra concurrían, como en lo antiguo, los señores con sus vasallos, los concejos con sus peñones), sometiósele los moriscos de las Albuñuelas, temerosos de que descargara sobre ellos toda la furia de los cristianos. Abastecíale de mantenimientos desde Granada su hijo el conde de Tendilla, que dividiendo en siete partidos los lugares de la Vega, hacía que cada uno en un día de la semana llevase diez mil panes de á dos libras al campo del marqués su padre;

:

y todos los soldados y caballeros que de las ciudades de Andalucía iba reuniendo en Granada, los alojaba en las casas de los moriscos, obligando á estos á darles cama y comida, ahorrando así el gasto de alojamiento y manutención al Estado, pero dando ocasión á los soldados á entregarse á los desmanes y excesos de la licencia y de la codicia. No lograron los moriscos, por más reclamaciones que hicieron, libertarse de esta carga, pesándoles ya de no haberse unido á Aben Farax la noche que entró en el Albaicín ⁽¹⁾.

Así reforzado el de Mondejar, determinó pasar á la Alpujarra, donde le esperaba el llamado por los moriscos rey de Granada y de Andalucía, Aben Humeya, con tres mil quinientos hombres, armados de arcabuces, palos enbañados, hondas, y ballestas con flechas envenenadas. Tenían los cristianos que pasar el puente de Tablate, colocado sobre un profundísimo barranco. Los enemigos habían cortado este puente, pero habían atravesado de un lado á otro unos maderos viejos con los cimientos socavados, de modo que no pudiendo sostener más del peso de un solo hombre, si cargaban más sobre él cayeran despenados al abismo. Confiaban los moros en que no habría nadie tan temerario que se atreviera á intentar el paso por el estrechísimo y mal seguro puente, mas no contaban con el ánimo que infunde el espíritu religioso. Mien-

(1) Mendosa, Guerra de Granada—castigo de los Moriscos, libro V., ca. 1.—Mármol, Rebelión y cap. 2 al 3.

tras la artillería y arcabucería del marqués con nutrido fuego alejaba á los enemigos de la orilla opuesta, un fraile franciscano, Fr. Cristóbal de Molina, remangando el halda de su hábito, con una rodela echada á la espalda, su espada desnuda en la mano derecha, y en la siniestra un Crucifijo, invocando el nombre de Dios, se metió denodadamente por el puente, y cimbreándose los viejos maderos y deshaciéndose bajo sus pies los terrores que los cubrían, pasó del otro lado con indecible asombro de los enemigos. Picó el ejemplo del fraile á los soldados, y manteniendo la artillería á respetuosa distancia y en respeto á los moriscos, fuéronle pasando en bastante número, no sin que algunos bajáran volteando á la profundidad del barranco, donde se hacian pedazos sus cuerpos. Aterrado Aben Humeya con tan insigne ejemplo de valor, retiróse á las breñas con su gente, no sin pérdida considerable. El marqués hizo rehabilitar el puente; dejó en su guarda la compañía del pendon de Porcuna; avanzó al collado de Lanjaron, y marchó á socorrer y libertar la guarnicion de Orgiba, que ya se hallaba en el último apuro y extremo, despues de haber sufrido en una torre todos los trabajos y todos los accidentes de un sitio formal.

Socorrido el presidio de Orgiba, dirigióse á la taba de Porqueira, de la cual se apoderó, derrotados cuatro mil hombres de Aben Humeya en el paso de Alfajarali, bien que á costa de salir heri-

dos de una pedrada su hijo don Francisco de Mendoza ⁽¹⁾, y de dos saetas el capitán Alonso de Portocarrero. En Porqueira cautivó muchas mugeres y niños, los soldados hicieron gran presa de botín, y de allí se movió el marqués á Pitres de Ferreira, donde se dedicó á curar los heridos; en cuyo tiempo ocurrió un infortunio que le llenó de amargura. La compañía que dejó guardando el puente de Tablate fué saltada y sorprendida por quinientos moriscos, muriendo parte de los cristianos degollados, parte quemados dentro de una iglesia en que buscaran asilo, y trayendo el resto á Granada. En cambio de este contratiempo presentáronsele al de Mondejar dos mensajeros de Fernando el Zúgver, llamado Aben Jahuar, tío y general del rey Aben Humeya, ofreciendo entregársele con su gente, con tal que les diese seguro para sus personas. Despachó el marqués á los mensajeros con no mala respuesta, pero sin soltar prenda acerca del seguro, y levantando su campo tomó el camino de Jubiles en busca del grueso de los enemigos, con un temporal horroroso de nieves y aguas, por entre asperezas y cerros, hasta el punto que varios soldados se helaron aquella noche (17 de enero), y de los moros mismos que huían á lo alto de la sierra perecieron bastantes mugeres y niños de frío. Los

(1) Este don Francisco, hijo del marqués de Mondejar, fué almirante de Aragón, y después de varias vicisitudes, se hizo clérigo, y llegó á ser obispo de Sigüenza.

rebeldes de Jubiles intentaron aplacar la ira de los cristianos dando suelta á multitud de mugeres que tenian cautivas, y cuyos maridos, padres y hermanos habian sido á su presencia degollados. Conmovióse el marqués de Mondejar cuando se le presentaron aquellas infelices entre congojosas y alegres, con sus niños en brazos, descalzas y casi desnudas, sueltos los cabellos, y los rostros bañados en lágrimas, muchas de ellas doncellas y damas nobles criadas con regalo. El marqués las consoló y siguió adelante. Diez y ocho alguaciles de los principales de las Alpujarras le salieron con banderillas blancas en las manos en señal de paz, rogándole les tomase bajo su proteccion y amparo, é intercediese con S. M. para que los recibiese á merced y les perdonára los pasados yerros. Mandó desde luego el de Mondejar que no se les hiciese daño, mas la generosa conducta del general excitó grandes murmuraciones entre los suyos, que no llevaban con paciencia se tuviese consideracion con los rebeldes.

Ahuyentados Aben Hamoya y los principales caudillos á la sierra, rindieronse los del castillo de Jubiles, que serian unos trescientos, con mas de dos mil mugeres, las cuales ordenó el marqués se pudiesen á seguro en la iglesia. Mas como tuvieron que quedarse fuera más de la mitad por no caber en el templo, sucedió que á media noche uno de los soldados cristianos que les hacian la guardia tomó del brazo á una de ellas, y quiso sacarla de entre las otras violentamente

y llevarla consigo. La acción del imprudente y atrevido cristiano exasperó á un mancebo moro, que vestido de muger, acaso amante ó deudo, junto á aquella jóven estaba, y arrojándose al soldado y arrebatándole la espada le atravesó dos veces con ella, acometiendo despues á otros como quien desesperado buscaba la muerte. Alarmóse el campo, gritando que habia entre las mugeres moros disfrazados y armados; creció la confusion, acudió gente de los cuarteles, y en medio de la espantosa oscuridad de la noche todas aquellas infelices fueron cruelmente acuchilladas, librándose solo las que estaban en el templo, merced á la prisa que se dieron á cerrar la puerta. Duró la mortandad hasta el dia. El marqués mandó proceder contra los culpados, y aunque no era facil averiguar quiénes fuesen, por que el delito no quedára impune, fueron ahorcados tres de los que más culpables aparecieron de las informaciones (1).

Envio el marqués los enfermos y heridos, así como las mugeres rescatadas del cautiverio, á Granada, donde su presencia causó al propio tiempo general compasion y júbilo; y dió salvoconducto á los diez y ocho alcaides de las Alpujarras, cosa que desagradó sobremanera á los que querian llevar la guerra á sangre y fuego, motejando al de Mondejar de tolerante con los enemigos de la fé cristiana. De allí pasó á Cá-

(1) Mendosa, Rebelion y castigo, lib. V., cap. 20.

djar y Ujjar, en cuyo camino se le presentó á rendirle obediencia Diego Lopez Aben Abou, primo del rey Aben Humeya, y sobrino de Aben Jahuar. La division y la discordia habia entrado en la familia y parentela del rey de los moriscos: tanto, que como le dijeseu á Aben Humeya que su suegro andaba en tratos con el marqués de Mondejar y conspiraba contra él, le llamó artificiosamente á su casa y le hizo asesinar; repudió á su muger, y se encrudcieron los enconos entre los parientes del difunto. De estas disposiciones trató de aprovecharse el candillo de los cristianos, y sin dejar de seguir su marcha á Paterna, donde supo haberse atrincherado Aben Humeya con seis mil hombres, hizo que le escribiera don Alonso de Granada Venegas excitándole á que abandonara el camino de perdicion que habia tomado, y á que se pusiera á merced del rey y se redujera á su obediencia, puesto que aun estaba á tiempo, asegurándole que el mismo marqués de Mondejar intercederia por él con S. M.

La respuesta de Aben Humeya fué de estar pronto por su parte á hacer la sumision, pero pedia tiempo para ver de reducir á los sublevados. Apurábale el de Mondejar para que lo abreviase, y continuaron los mensajes y las respuestas, caminando entretanto poco á poco el general de los cristianos para que no se malograsen los tratos y negociaciones de paz. Aca-so hubieran estas llegado á feliz remate, y de ello habia grandes esperanzas, si adelantándose el ala

izquierda de los cristianos hasta la cuesta de Iziza, cerca ya de Paterna, no hubiera comenzado á escaramuzar con un escuadron de moros, poniéndole en huida. Sépolo Aben Humeya en ocasion que acababa de leer y aun tenia en la mano la última carta del marqués, y sospechando que todo era engaño, arrojó despedido la carta, y viendo á los cristianos subir la sierra y á los suyos huir, montó en su caballo y corrió tambien hácia la sierra, metiéndose tan de prisa por lo mas encrespado de las breñas, que solo cinco moros le pudieron seguir. Desbandóse con esto su gente en el mayor desorden, los cristianos acuchillaban cuantos podian alcanzar, y entrando luego en Paterna cautivaron la madre y hermanas de Aben Humeya, con multitud de mugeres moriscas y gran cantidad de víveres y objetos, y rescataron mas de ciento cincuenta cristianas que tenian cautivas (27 de enero, 1569). Todavía el marqués mandó al grueso de su gente hacer alto en un encinar aguardando á que Aben Humeya viniese á darse á partido, con lo cual dió ocasion á nuevas murmuraciones de los soldados, que ignorantes de los tratos que mediaban, quejábanse de que les habia quitado de las manos aquel día la mas cumplida victoria. La jornada de Paterna fué la última en que se juntó tanta gente morisca á las órdenes de Aben Humeya ⁽¹⁾.

(1) Mendoza, Guerra de Granada, lib. II.—Mármol, Rebelion, lib. V., cap. 23.

Sin descansar sino una sola noche, y no obstante el rigor de la estacion, parti6 el marqués al dia siguiente á la taha de Andarax en busca de los dispersos y fugitivos. Siguiendo su sistema de política, admitió y dió seguro á los que venian á sometersele, dejándolos vivir en sus casas y lugares. Hizo más, y es uno de los mas notables rasgos del carácter del de Mondejar, que fué entregar á tres alguaciles de la tierra más de mil moriscas de las que llevaba cautivas, para que estos las diesen á sus padres esposos ó hermanos, á condicion de volverlas cuando les fuesen pedidas; siendo lo mas singular del caso que más adelante fueron otra vez entregadas conforme á la condicion impuesta, cosa, como dice bien un historiador de estos sucesos, desoida en los anales de las guerras civiles. Volvióse el marqués á Ujijar, donde permaneció cinco dias, preparando una expedicion á las Guájaras, tierra de Salobreña y Almuñecar, famosas por un fuerte peñon que está encima de Guájar el Alto, de donde los moros salian á saquear los caminos á la parte de Alhama, Guadix y Granada, matar los caminantes, incendiar los cortijos y robar los ganados.

La expedicion á las Guájaras era una necesidad política para el marqués de Mondejar, y en acometerla se interesaba su reputacion; puesto que no era bastante haber casi pacificado toda la Alpujarra en un solo mes de trabajosas y difíciles operaciones,

haber sometido casi todas las tabas y reducido á la impotencia al rey Aben Humeya, para que sus enemigos los magistrados de Granada dejaran de molestarle de flojo y blando y contemporizador con los rebeldes, porque no los cautivaba ó degollaba á todos; y así lo representaban al rey, haciendo valer las correrías de los moros de las Guájaras para desvirtuar y aun para pregonar como falsos sus triunfos en la Alpujarra. Entendiolo el marqués, y enviando á Granada las cristianas cautivas y toda la gente inútil que le estaba embarazando, movióse de Újjar (5 de febrero), y pasando por Orgiba y Velez de Benabdalla, acampó en las Guájaras, donde llegaron el conde de Santisteban y don Alonso Portocarrero con un refuerzo enviado por el conde de Tendilla.

El famoso peñon donde se habian fortificado todos los moriscos de aquella tierra está situado en la cumbre de una montaña redonda á la media legua de Guájjar el Alto, cercado de una roca tajada, que deja solo una angosta y fragosa vereda que va la cuesta arriba más de un cuarto de legua, y luego tuerce por entre otras peñas más bajas ⁽¹⁾. Contra el

(1) He aquí como describe Luis del Mármol esta natural y formidable fortaleza. «Este es un «sitio fuerte en la cumbre de un «monte redondo, erento y muy «alto, cercado de todas partes de «una peña tajada, y tiene una sola «vereda angosta y muy fragosa, «que va la cuesta arriba á dar á

«un peñoncete bajo; y de allí su- «be por una ladera yerta, hasta «dar en unas peñas altas, cuya «aspereza concede la entrada en «un llano capaz de cuatro mil «hombres, que no tiene otra subi- «da á la parte de Levante. A la de «Poniente, así una cordillera ó «cuchillo de tierra, que procede

dictámen y con repugnancia del de Mondejar se em-
peñó una noche don Juan de Villaroel, ansioso de ga-
nar gloria, en dar un asalto con poca gente á aquella
agreste trinchera. El ejemplo de los que iban estimu-
ló á otros muchos caballeros y soldados á seguirlos,
los unos movidos por la codicia, los otros por hacer
jactancia y alarde de valor, y los hubo que llega-
ron trepando hasta tocar los reparos del último fuer-
te. Pero unos y otros pagaron bien cara su temeri-
dad. Cuarenta animosos moros, armados de piedras
y chuzos, y excitados por Marcos el Zamar, salieron
de su rústico baluarte, y arremetiendo á los cris-
tianos que habian consumido imprudentemente sus
municiones, comenzaron á degollar á los que esta-
ban mas arriba, despeñando á otros que caian sobre
los que estaban en la ladera y barranco, y hacien-
do una mortandad lastimosa. Fueron acuchillados los
capitanes don Juan de Villaroel, don Luis Ponce,
Agustin Venegas y el veedor Ronquillo: herido don
Gerónimo de Padilla, hijo de Gutierre Gomez de Pa-
dilla, se salvó abrazándole apretadamente un esclavo
cristiano, y echándose los dos á rodar por una peña
hasta dar en el arroyo, donde fueron socorridos,
aunque ya en el estado mas desastroso. Cuando acu-

«de otra mayor, y hace una silla
«algo honda, por la cual con igual
«dificultad se supe á entrar en el
«Hano por entre otras piedras, que
«no parece sino que fueron pue-

«tas á mano para defender la en-
«trada, al homanos brazos fueron
«poderosos para hacerlo, etc.»—
Rebelion y castigo, lib. V., cap. 39.

dió el marqués de Mondejar, bien que salvó todavía á muchos, ya no pudo evitar que el barranco y laderas quedáran sembradas de cadáveres y regados de sangre cristiana.

Irritó en vez de hacer perder aliento al general de los cristianos este desastre, y resuelto un día á acometer la terrible guarida de los moros, dió á cada capitán sus instrucciones, y combinados los movimientos y dando principio las compañías á subir con admirable decision aquellos recuestos pedregosos, descargando los cristianos sus arcabuces, contestando los moros, hombres y mugeres, con peñas y piedras que arrojaban desde su atrincheraimiento, duró el combate todo el día, y fué necesario que viniera á poner tregua la noche. Esperaba el marqués para volver á la pelea que asomara otra vez el alba, cuando fué avisado de que el Zamar, temeroso de perecer de hambre en aquel estrecho recinto, había persuadido á los suyos y acordado con ellos abandonarle calladamente con toda la gente de guerra y las mugeres que tuvieran ánimo para seguirlos. Y en efecto, bajando por despeñaderos que parecían solo practicables para las cabras, habían ido deshizándose hácia las Albuñuelas, quedando solo los viejos y una parte de las mugeres con esperanza de salvar las vidas entregándose á la clemencia del vencedor. Receloso no obstante el marqués, aguardó á que luciera el día, y cuando se cercioró de la verdad del suceso,

ordenó á los suyos avanzar al fuerte, de que sin resistencia se apoderaron. El Zamar, errante por aquellas sierras con una hija suya en los hombros, doncella de trece años, cayó en poder de unos soldados cristianos ⁽¹⁾. El marqués de Mondejar, tal vez por desvanecer la reputacion de blande con los rebeldes y de excesivamente generoso con los vencidos de que le acusaban en la corte y en Granada, obró en esta ocasion con un rigor estremo, contrario al parecer á su carácter, haciendo pasar á cuchillo con desapiedadada crueldad á cuantos halló en el fuerte, sin consideracion á sexo ni edad, sin perdonar á ninguno, y sin dejarse ablandar ni por las lágrimas y lamentos de aquellos infelices, ni por los ruegos de sus mismos caballeros y capitanes ⁽²⁾.

Repartió el botin entre los soldados; hizo asolar el fuerte: envió á Motril los enfermos y heridos, que eran muchos; permaneció allí hasta el 14 de febrero; partió despues á visitar los presidios de Almuñecar, Motril y Salobreña, y dió la vuelta á Orgiba á proseguir la reduccion de los lugares de la Alpujarra. El mando y cargo que habia tenido don Juan de Villaroel le confirió á su hijo don Francisco de Mendoza.

Mas ya es tiempo de dar cuenta de lo que por

(1) Llevado á Granada, le hizo ajusticiar el conde de Tondilla.

(2) Mendoza, Guerra de Granada, lib. II.—Marmol, Rebelion y castigo de los moriscos, lib. V, capítulo 29 á 32.—Gines Perez de Hita, Guerras civiles de Granada. —Cabrera, Historia de Felipe II, libro VIII., cap. 19 á 24.

otra parte había ejecutado el marqués de los Velez, gran señor en el reino de Murcia, á quien el presidente de la chancillería de Granada, don Pedro de Deza, desafecto al marqués de Mondejar, había excitado á que acudiese en socorro de las ciudades de Almería, Baza y Guadix, que los insurrectos moriscos amenazaban y tenían en peligro. Apresuróse en su virtud el de los Velez á convocar á sus amigos y vasallos, y congregando además las milicias de Lorca, Caravaca, Cehegin, Mula y otros lugares de aquella tierra, sin aguardar orden de S. M. y anhelando entrar armado en el reino de Granada, partió de su villa de Velez Blanco (4 de enero, 1569), y atravesando la sierra de Filabres con un temporal desecho de vientos, hielos y nieves, fué á alojar á la villa de Tabernas, donde descansó hasta el 13, esperando ordenes del rey y las banderas que habian de llegar de Murcia. Ya antes el capitán don Garcia de Villaroel, saliendo de Almería, había hecho una atrevida sorpresa en encaminada á los moros de Benabadux, llevando á Almería la cabeza de su caudillo, y siete prisioneros que fueron ahorcados de las almenas de la ciudad. A esta empresa le habían acompañado el arcediano, el maestrescuela y otros varios prebendados de aquella iglesia, tomando así la guerra por aquella parte el mismo carácter religioso que hemos visto por la de Granada.

El movimiento del marqués de los Velez y su

entrada en un reino en que no ejercia mando, fué mirada como una intrusion, y como origen de una funesta rivalidad entre los dos generales, si bien el presidente Deza y los partidarios del sistema de rigor y de exterminio ensalzaban al de los Velez como hombre que no habia de admitir partidos de los hereges ni contentarse con reducirlos como el de Monlejar, y en este sentido informaban al rey y al Consejo. Así fué que el monarca, sin considerar el inconveniente de la coexistencia de dos capitanes generales en una misma provincia, ni el agravio que de ello habia de recibir el marqués de Monlejar, envió sus despachos al de los Velez mandándole acudir á la parte de Almeria. Con esto alzó su campo y dirigióse a Huécija, donde muchedumbre de moros acaudillados por Fernando el Gorri se habian hecho fuertes, soltado las aguas de las acequias para empantanar los campos y atravesado maderos y árboles en las veredas y caminos para impedir el paso de la caballería. Llevaba el marqués cinco mil infantes y trescientos caballos, y le acompañaban su hermano don Juan Fajardo, sus hijos don Diego y don Luis, y otros parientes. Don Juan iba de maestro de campo y don Diego guiaba la caballería. A pesar de los estorbos que embarazaban el camino, de los reductos que defendian la poblacion y de la resistencia porfiada de el Gorri, todo cedió al ímpetu de los soldados del marqués, y los moros fueron desalojados, huyen-

de unos á Andarax con el Gorri á incorporarse con Aben Humeya, otros con Aben Meknum por la sierra de Gádor á Filix, donde pronto se reunieron otra vez tres ó cuatro mil hombres. Pero la gente del marqués, que de todo tenía menos de subordinada y cuyo móvil y alán era la presa y el botín, luego que se vió con despojos y esclavas desbandóse por aquellos cerros á gozar del fruto de sus rapiñas.

Verdad es que aquel incentivo llevaba cada día nuevas bandadas de gente á las Landeras del marqués, y en reemplazo de aquellos desertores se halló en pocos días con cerca de ocho mil combatientes, con los cuales se decidió á internarse con un intensísimo frío en la sierra de Gádor en busca de los refugiados en Filix. Habíase adelantado por su cuenta el capitán de Almería don García de Villaroel por la codicia de anticiparse al saqueo, pero vió defraudadas sus esperanzas con la actitud imponente en que encontró á los moros. Así como el corregidor de Guadix, Pedrarias Dávila, en una salida á la tierra de Zenete hizo una presa de mas de dos mil mugeres y niños y mil acémilas cargadas de ropa. El creerse todo el mundo con derecho á apropiarse todo lo que á los moriscos pudiera coger, era el cebo que atraía á muchos á una guerra, en que, como dice cándidamente uno de los historiadores que en ella iban, «todos robábamos»⁽¹⁾. La acción de Filix fué una de las

(1) Glacés Perez de Hita.

mas sangrientas de esta campaña, porque los moros pelearon desesperadamente, y hasta las mugeres acometían con armas y piedras, y cuando más no podían arrojaban puñados de lodo á los ojos de los cristianos. Pero tuvieron que sucumbir al número y murieron en tres encuentros millares de moros, entre ellos los capitanes Futey y el Taxi, sobre todo multitud de ancianos, mugeres y niños (fin de enero, 1569). Los soldados del marqués de los Velez hicieron despues de la victoria de Filix lo mismo que habian hecho despues del triunfo de Huécija, desertarse cargados de botín. Una vez que intentó el marqués castigar un soldado de la compañía de Lorca, amotinóse toda la compañía, diciendo al general que tuviera entendido que si castigaba á su paisano Palomares (que así se llamaba el soldado), habia tres mil hombres dispuestos á morir con él ó por él.

Las noticias que se recibian eran de que venian turcos en auxilio de los moriscos españoles, y de que Aben Humeya habia despachado á su hermano á pedir socorros á Berbería y Argel. Entre otras disposiciones que el rey tomó con este motivo fué mandar á Gil de Andrada que se acercase con sus galeras á la playa de Almería para abastecerla de municiones y vituallas, y enviar á aquella ciudad á don Francisco de Córdoba para que prosiguiese la guerra por aquella parte, con orden al marqués de los Velez para que suministrase parte de su gente. La expedición que

bizo don Francisco de Córdoba á la sierra de Inóx (febrero) fué muy notable y le dió gran fama, porque se apoderó de un fuertísimo peñon en que se abrigaban multitud de moros, en lo más encunbrado y fragoso de la sierra, al modo del de las Guájaras, y donde los rebeldes no creian pudiera llegar planta cristiana. Y mientras don Francisco de Cordoba remataba esta difícil empresa, el marqués de los Velez desbarataba en Obanex las cuadrillas que habian escapado de la espada del de Mondejar, huyendo los que quedaban á las cuevas que tenian en los rascos, donde eran tambien cazados y ahorcados. Muchas fueron las mugeres moriscas que en esta especie de ojeos murieron desastrosamente, ó acuchilladas por los soldados, ó despeñándose á los abismos abrazadas á sus criaturas, sucediendo escenas que la pluma se resiste á describir ⁽¹⁾.

Tal era el estado de la guerra cuando volvió el marqués de Mondejar victorioso de las Guájaras á acabar de reducir la Alpujarra. La acogida que hacia á los que venian á sometersele le atrajo la sumision de todos los lugares y de los desventurados que vagaban aun por las breñas con sus mugeres y sus hijos, medio muertos todos de frio y de hambre, quedando solamente como unos quinientos de aque-

(1) Mendoza, Mármol y Perez vista la naturaleza de esta guerra, de hita refieren muchos casos y se puede fácilmente figurar. lastimosas tragedias, que el lector,

Los feroces moris ó bandoleros que habian comenzado la guerra y aun no querian rendirse. Pero de todos modos andaban ya cuadrillas sueltas de diez y doce soldados cristianos por casi todo el país, en verdad haciendo ellos mas daño, que con temor ya de recibirle. Hasta aquellas mil moriscas cautivas que el de Mondejar habia dejado como en depósito en las casas de sus maridos ó padres fueron entregadas á una orden suya ¡tal era ya el temor y la sumision de aquella gente! Por cierto que enviadas á Granada, unas murieron en cautiverio y otras fueron vendidas en pública almoneda por cuenta de S. M. (1). La guerra pues, podia darse por concluida, y si se cometian excesos era por parte de los soldados cristianos, que se desmandaban en cuadrillas á correr y saquear la tierra, y mataban á los descaudados moros, y les arrebataban sus mugeres é hijos, y les quemaban ó robaban las haciendas, como sucedió en el lugar de Laroles.

Faltaba solamente al marqués de Mondejar para su completo triunfo prender al reyezuelo de los mo-

(1). Consultó Felipe II al Consejo Real y á la Audiencia de Granada si los presos en esta guerra habian de ser esclavos. Hubo letrados y teólogos que opinaron por la negativa, pero prevaleció el dictamen mas rigoroso, resolviéndose que podian y debian serlo, con arreglo á la decision de un antiguo condito toledano contra los judios. El rey se adhirió á este dic-

tamen, y sobre ello expidió pragmática, con la diferencia de eximir de la esclavitud á los varones menores de diez años, y á las hembras que no llegasen á once, los cuales se darian en administracion, para criarlos y doctrinarlos en las cosas de la fé.—Pragmáticas de Felipe II.—Marmol, Rebelion, lib. V., cap. 32.

riescos Aben Humeya y á su tío Aben Jahuar. Y como tuviese aviso por uno de sus espías de que después de andar de día ó errantes por la sierra de Berchules ó escondidos en cuevas, solían recogerse de noche en casa de Aben Abóo, preparó la manera de sorprenderlos y apoderarse de sus personas, en cuya empresa tenía un doble interés, el de desembarazarse de dos enemigos que acaso un día podrían volver á serle molestos, y el de acallar las boblillas de que sabía estaba siendo objeto entre sus enemigos de la corte y de Granada. Los encargados de la ejecución de esta empresa, que fueron los capitanes Alvaro Flores y Gaspar Maldonado, acordaron dividirse para ir cada uno con su gente á uno de los dos lugares en que había sospecha que pudieran albergarse. Maldonado, que se encaminó á Medina, lugar asentado en la falda de Sierra Nevada, fué el que anduvo mas certero, pues se hallaban en efecto en casa de Aben Abóo, y hubiera sido completa la sorpresa sin la imprudencia de un soldado que cerca ya de la casa disparó su arcabuz. Alarmados con esto los que en ella estaban, la mayor parte durmiendo, Aben Jahuar el Zaguer y algunos otros tuvieron tiempo para arrojar-se por una ventana que caía á la sierra y ganar la montaña, aunque maltratados de la caída. Aben Humeya, que era de los que dormían, aun estaba dentro cuando los cristianos trabajaban ya por forzar ó derribar la puer-

ta. Ocurriéle en aquel apuro abrirla disimuladamente él mismo quedándose escondido detrás: los soldados entraron en tropel en los aposentos, y aprovechando aquellos momentos de confusion logró fugarse dejando á todos hurlados. Dióse á Aben Abóo un género de tormento horroroso para que declarara donde se escondia Aben Humeya: el morisco lo sufrió con un valor bárbaro sin querer revelar nada, y allí fué dejado como por muerto, volviéndose los cristianos despues de robada su casa, y trayendo consigo presos diez y siete moros, qué el marqués de Mondejar lizo poner en libertad por ser de los que gozaban de seguro ⁽¹⁾.

Mientras de esta manera se habia conducido el marqués de Mondejar, subyugando en escasos dos meses de rigurosísimo invierno un pais montañoso alzado en masa y poblado de gente feroz. mientras él, sin darse un dia de reposo, y empleando alternativamente la espada y la política, iba dando cima á una guerra que habia emprendido con escasos recursos y con poca gente, y ésta la mayor parte concejil, mal pagada y peor disciplinada, de esa que, como dice un escritor contemporáneo, «tenia el robo por sueldo y la codicia por superior ⁽²⁾,» á escepcion de los caballeros particulares que militaban á su costa: mientras él vancia con las armas á los armados, y admitia á

(1) Mármol, lib. V., cap. 54.—
Mendoza, Guerras, lib. II.

(2) Don Diego de Mendoza.

merced á los que se le sujetaban y rendían, estaba siendo objeto de calumnias y blanco de intrigas con que sus enemigos no cesaban de indisponerle y malquistarle con el rey. El presidente y la chancillería de Granada, el corregidor y ayuntamiento que desde las competencias de jurisdicción le habían mirado siempre con enemigos ojos, frecuentemente enviaban al monarca emisarios que representaban al marqués como hombre tibio en el castigar aquella gente malvada, y fácil en recibir á partido á los que se le entregaban y sometían; hacíanle un delito en no acabar á hierro y fuego con aquellos traidores á Dios y el rey; acusábanle de permitir mucho á sus oficiales, de no poner cobro en el quinto y hacienda del soberano, de no dar parte de los sucesos al presidente, audiencia y corregidor, é imputábanle á este tenor otras faltas, al propio tiempo que recomendaban y ensalzaban al marqués de los Velez, engrandeciéndole su valor y su consejo, y sobre todo su rigor con los descreídos moriscos enemigos de la fé. Noticioso de estas cosas el de Mondejar, había enviado á la corte, ya á don Diego de Mendoza, ya á don Alonso de Granada Venegas, para que informasen al rey de los progresos de la campaña, de los buenos efectos de su política, de cómo el quinto era depositado en manos de los oficiales reales, de que así como el presidente y oidores de la chancillería no le comunicaban á él los secretos de sus acuerdos, tampoco él tenía para qué comunicar

con ellos los de la guerra de que no entendian, y por último, de que sometido el país, como ya le tenia, á la voluntad del rey quedaba la aplicacion del castigo; y no pudiendo los vencidos oponer ya resistencia, S. M. podia ó acabarlos, ó arrojarlos del reino, ó internarlos y derramarlos por los pueblos de Castilla.

Vacilaba el rey sobre el partido que debería tomar en vista de tan opuestos informes y consejos que le daban, y de tantos chismes como zumbaban en torno á sus oídos por parte de los del Consejo real, de la chancillería y autoridades de Granada, de los caballeros y magnates de Andalucía, y de los amigos del marqués de Mondejar. Esforzábase don Alonso de Granada en persuadir al soberano á que fuese en persona á visitar y acabar de reducir aquel reino, como lo habian hecho con fruto los Reyes Católicos, seguro de que con su presencia se allanaria todo. Pero contradeciéndole el cardenal Espinosa con los más del Consejo, y juntamente fueron de parecer que el rey don Felipe enviase á Granada á don Juan de Austria su hermano bastardo, jóven de grandes esperanzas, para que asistido de un consejo de guerra que se formaria en aquella ciudad proveyese á las cosas del reino, bien que sin poder determinar nada sin consultarlo antes al Consejo supremo. Resolvióse el rey por este partido, y en un mismo día (17 de marzo) espidió dos provisiones, una á don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, embajador entonces

en Roma, y teniente de capitán general del mar de don Juan de Austria, para que con las galeras de Italia y los tercios de Nápoles viniese á España, y juntándose con don Sancho de Leiva defendiese la costa de las naves que pudieran venir de Berbería; otra al marqués de Mondejar, para que dejando en la Alpujarra dos mil trescientos hombres á cargo de don Francisco de Córdoba, ó de don Juan de Mendoza, ó de don Antonio de Luna viniese á Granada á asistir en el consejo á don Juan de Austria su hermano, ó bien permaneciese en Orgiba y guardase las órdenes que le enviara don Juan. Optó el marqués por el primero de los medios propuestos pareciéndole mas ventajoso y mas digno, y dejando la gente de guerra á don Juan de Mendoza se vino á Granada. Ordenó igualmente el rey al marqués de los Velez, que estando á lo que le mandase don Juan de Austria, enviase luego á Granada relacion del estado en que se hallasen las cosas de la parte oriental de aquel reino donde él estaba para proveer lo conveniente.

El consejo de don Juan de Austria se habia de componer del duque de Sessa, nieto del Gran Capitán, del marqués de Mondejar, Luis Quijada, presidente de Indias, el presidente de la audiencia de Granada don Pedro de Deza y el arzobispo. El mando militar del reino de Granada se habia de dividir entre el marqués de los Velez y el de Mondejar, quedando á cargo del primero los partidos de Almería, Baza,

Guadix, río Almanzora y sierra de Filabres, al del segundo el resto del reino.

Mas en tanto que estas medidas se preparaban, desoido el marques de Mondejar, porque su consejo no era el del rigor, ni su opinion la de los ministros del rey, ni acaso la del monarca mismo, y desaprovechada aquella ocasion para haber hecho de los moriscos rendidos lo que mas se hubiera creido convenir, dióse lugar á que estallára una nueva insurreccion, que habia de costar aun más sangre que la primera, provocada por las correrías, incendios, robos y asesinatos que los soldados hacian en cuadrillas, so pretexto de encontrar moros armados y en actitud de guerra, no siendo ya bastante á tenerlos á raya el marqués, desautorizado por aquellas medidas y reducido á la inaccion. Los moros, que de aquella manera provocados se alzaban, recurrieron de nuevo á su rey Aben Humeya, ofreciendo esta vez no rendirse hasta morir, y él los alentaba con la esperanza de próximos auxilios del Gran Turco, que su hermano Abdallah habia ido á solicitar ⁽¹⁾. Corrió en esto la

(1) En efecto, hallábase Abdallah en Constantinopla gestionando en este sentido cerca del Gran Señor, diciéndole que habia sesenta mil moros armados en el reino de Granada, sin contar los de Valencia, Aragon y Castilla, los cuales todos se alzarían en cuanto él llegara y le harían señor del reino. Mohamet, por rivalidad con Mustafá, protegía los intencio-

los del morisco español, tratando de persuadir al sultan Selim que debía emprender la guerra de España en ayuda de los oprimidos moros, con preferencia á la expedicion á Chipre que meditaba y le aconsejaba un rival Mustafá. Pero Selim se decidió por lo último, como luego habremos de ver, y despachó al embajador granadino con cartas para el virey

voz en Granada de que Aben Humeya trataba con los moros del Albaicin de que se alzasen, y á una señal suya él acudiría á la ciudad, en cuya conspiracion, verdadera ó supuesta, se decia entraban los moriscos presos en la cárcel de chancillería, que eran mas de ciento, de los mas ricos y acomodados de la poblacion, aunque gente inhábil para la guerra, entre ellos don Antonio y don Francisco Valor, padre y hermano de Aben Humeya. Denunciado este proyecto al presidente Deza, como asimismo que se veian fogatas á la parte de Sierra Nevada, dió orden para que se pudiese en armas la guarnicion; se repartieron tambien armas entre los cristianos presos; el atalaya de la torre de la Vela, acaso prevenido, tocó á altas horas de la noche (17 de marzo) la campana de rebato; á esta señal los cristianos armados de la cárcel acometieron á los moriscos, los cuales se defendian valerosamente en sus calabozos; alborotóse la ciudad; entraron los soldados en la cárcel, y comenzaron á degollar los moriscos presos; vendian estos infelices caras sus vidas arrojando á sus matadores piedras y ladrillos que arrancaban de las paredes, vasos, sillas, tablas y cuanto habian á las manos, pero al cabo de siete horas de desesperada defensa, sucumbieron al número, y fueron degollados todos en número de ciento y diez, á escepcion de don Antonio

de Argel Uluch Ali, el cual se fue á España á ruego de Aben Humeya.

y don Francisco de Valor, á quienes protegieron sus guardadores. Si todos estos desgraciados habian sido culpables en deseo, solo algunos parece que lo habian sido en pláticas, pero al presidente que no habia impedido la matanza no se exigió responsabilidad alguna ⁽¹⁾.

La insurreccion de los moriscos de la Alpujarra crecia otra vez de dia en dia; ellos mataban á los capitanes cristianos, y los cristianos incendiaban y talaban los lugares de los moros, sin reparar en que estuvieran ó no reducidos. Urgia ya la presencia de don Juan de Austria para ver si ponía remedio á aquel desórden. Al fin despidióse el joven principe del rey su hermano en Aranjuez (6 de abril, 1569), y partió para Granada en compañía de Luis Quijada que en su infancia le habia criado. El recibimiento que á don Juan se hizo en aquella ciudad fue suntuoso y solemne, y digno de la calidad de su persona. Acabadas las ceremonias, las arengas y los festejos, comenzó á oír á unos y á otros acerca del estado del reino y de los negocios de la guerra, y á tomar las providencias que íbamos dando á conocer en otro capítulo.

(1) Mendoza, Guerra de Granada, lib. II.—Mármol, Rebelion, lib. V., cap. 38.

CAPÍTULO XII.

LOS MORISCOS.

DON JUAN DE AUSTRIA.

De 1569 a 1571.

Nacimiento, infancia y pubertad de don Juan de Austria.—Quién fue su madre.—Secreto y misterio con que fue criado en casa de Luis Quijada.—Dónde y cómo lo reconoció por hermano Felipe II.—Acompaña al príncipe Carlos en Alcalá.—Intenta ir a la guerra de Malta, y es detenido de orden del rey.—Confíerele su hermano el mando de las galeras.—Expedición contra corsarios.—Nómbrale para dirigir la guerra contra los moriscos.—Primeras disposiciones de don Juan en Granada.—Disidencias y entorpecimientos en el Consejo.—Progresos de los moriscos: Aben Humeya.—El comendador mayor de Castilla en el Peñón de Frigiliana.—Real cédula para la expulsión de los moriscos de Granada, y su internación en Castilla.—Llamamiento del marqués de Mondejar a la corte, y su causa.—Muere el rey Aben Humeya asesinado.—Es proclamado Aben Abós rey de los moriscos.—Nuevo aspecto de la guerra.—El duque de Sessa y el marqués de los Vélez.—Sale a campaña don Juan de Austria.—Rinde a Gálera.—Desastre en Saron.—Nuevos triunfos de don Juan.—Tratos y negociaciones para la reducción.—Bando solemne que hizo publicar don Juan de Austria.—Operaciones del duque de Sessa.—Pragmática del rey para sacar del reino a los moros de paz.—Prosiguen los tratos de reducción.—El Habaquis.—Reunión de capitanes moriscos y cristianos.—Conciértase la

reducción.—El Habaquí humillado ante don Juan de Austria.—Designación de capitanes para recibir los moros reducidos.—Alzamiento y guerra en la serranía de Ronda.—Arrepientese Aben Abóo, y se niega á reducirse.—Dolores y arterias del reyemulo moro.—Asesina al Habaquí.—Intenta otra vez engañar á don Juan de Austria.—Resuélvese de nuevo la guerra contra Aben Abóo.—Batida general del comendador Requesens en la Alpujarra.—Exterminio de moriscos.—Vuelven don Juan de Austria y Requesens á Granada.—Licencian las tropas.—Regresa don Juan de Austria á Madrid.—Muerte trágica de Aben Abóo y fin de la guerra.—Puéblase el reino de Granada de cristianos.

Al aparecer en el teatro de la guerra con tan principal papel el nuevo personaje que nombramos á la cabeza de este capítulo, y estando destinado á ser en lo de adelante la más noble y sobresaliente figura del cuadro histórico de esta época, justo, además de forzoso y conveniente, será que demos á conocer los antecedentes de su vida hasta que ha sido elegido para mandar en jefe y dirigir los negocios de la guerra contra los moriscos de Granada, siendo preferido, con ser tan jóven, á tantos y tan antiguos, expertos y acreditados generales como podia haber buscado el rey Felipe II.

Don Juan de Austria, hijo natural del gran Carlos I. de España y V. de Alemania, fruto de sus amorosas intimidades con una jóven de Ratisbona llamada Bárbara Blomberg, despues de algunos años de viudo de la emperatriz Isabel (1), habia pasado

(1) En otra parte hemos ilustrado con copia de documentos auténticos, que la madre de

su infancia en una humilde oscuridad, ignorante y muy ageno de que fuese hijo de tan excelso soberano. Quiso Carlos V. tener guardado este secreto, ya por un justo respeto á la honra de la jóven que habia tenido la flaqueza y la fortuna de ser madre del que despues fué tan insigne principe, ya tambien porque creyera rebajarse con la revelacion su dignidad imperial, atendida la modesta alcurnia de la Blomberg: consideracion que no habia tenido respecto á su hija Margarita, habida tambien ilegítimamente, acaso por pertenecer su madre á más noble familia. Confió, pues, con toda reserva el cuidado y crianza del tierno niño á su mayordomo Luis Quijada, señor de Vilagarcía, su mayor confidente y á quien fiaba los mas delicados secretos. Acordaron despues los dos, ó para encubrir mas el caso, ó tal vez al propio tiempo con otros ulteriores fines, traer al niño don Juan á España, donde ya andaba meditando el emperador retirar-

don Juan de Austria fué la mencionada Bárbara Blomberg, y no otra, desvaneciéndose al propio tiempo de una manera que no puede dejar ya lugar á la duda ciertas calumniosas especies que algunos escritores habian difundido, queriendo dar á este príncipe un origen morbo mas criminal y feo, de que quedaba barto lastimada la honra del emperador, y mucho más la de una ilustre y virtuosa reina. Puede verse el número tercero de la REVISTA ESPAÑOLA DE ANOS MUNDOS, donde se insertó esta ilustracion.

La Blomberg, hija de un ciudadano particular de Ratibona (países) que vivia de su hacienda, casó con Geronimo Piramo Kegel, comisario del ejército del rey, de quien tuvo dos hijos. Habiendo envejecido de Kegel, fue traída á España por disposicion de su hijo don Juan, de acuerdo con su hermanastro Felipe II, que le asignó una pension de 3.000 ducados anuales. Se estableció en San Cebrian de Mazote (Castilla la Vieja), y se trasladó posteriormente á Colindres, donde murió en 1598.

se. Púsosele primeramente, segun nos informan sus biógrafos ó historiadores, en la villa de Leganés, á dos leguas de Madrid, al cuidado de un clérigo y al cargo de otra persona conocida y de la confianza del emperador y de Luis Quijada, donde se criaba haciendo la vida de la aldea, y alternando en los juegos infantiles con los demás muchachos del pueblo, sin que nadie sospechara su elevado origen, aunque distinguiéndose entre todos, así por la mayor decencia de sus vestidos, como por cierto aire y maneras nobles que parece inspira el nacimiento y suelen revelarse en las situaciones mas humildes (1).

Pero informado despues el emperador de que en Leganés ni se tenia con su hijo el cuidado; ni se le daba la educacion conveniente, antes en lo uno y en lo otro se advertia cierto abandono perjudicial, determino trasladarle á Villagarcía, al lado y bajo la direccion de la esposa de Luis Quijada, doña Magdalena de Ulloa, hermana del marqués de la Mota, señora de mucha discrecion, honestidad y virtud, donde recibiera otra instruccion, otras costumbres y otra educacion mas fina y esmerada. Encargóle mucho su ma-

(1) Segun Vander Hammen, que cuenta minuciosamente todo lo relativo á la vida de don Juan, el clérigo á cuyo cuidado se encargó, se llamaba Bautista Vela, y la mujer á cuyo inmediato cargo estaba, Ana de Medina, casada

con un flamenco nombrado Frauncisen, uno de los que Carlos habia traído en su conquista la primera vez que vino de Flandes á España.—Historia de don Juan de Austria, lib. I.

rído que le tratara y cuidara como á hijo propio, pues lo era de persona de mucho lastre, y con quien tenía muy estrecha amistad, no sin que el interés tan grande que por él manifestaba su esposo dejara de inspirar en tal ocasion á aquella señora, ciertas sospechas que no andaban lejos de ir mezcladas con celos. Allí permaneció don Juan, dando ya en sus inclinaciones muestra de lo que algun día habia de ser, y haciéndose querer de todos por su buena índole, su amabilidad y sus excelentes prendas de alma y de cuerpo. Cuando Carlos V. vino á encerrarse en el monasterio de Yuste, érale presentado muchas veces su hijo en calidad de page de Luis Quijada, gozando mucho en ver la gentileza que ya mostraba, aun no entrado en la pubertad. Tuvo, no obstante, el emperador la suficiente entereza para reprimir o disimular las afectuosas demostraciones de padre, y continuó guardando el secreto, bien que este no habia dejado de irse trasluciendo, y se hacían ya conjeturas y comentarios sobre el misterioso niño ⁽¹⁾. La voluntad de Carlos era que se guardara el incógnito hasta la venida del rey don Felipe, y por su parte se despidió del mundo sin revelarlo sino á muy pocos confidentes.

(1) «Hallo ya tan público aquí (escribía Luis Quijada á Felipe II. en 12 de diciembre de 1538) lo que toca á aquella persona que V. M. sabe está á mi cargo, que me ha

espantado, y espántame mucho mas las particularidades que sobre ello oyo.....» — Archivo de Simancas, Estado, leg. 120.

Para Felipe II. no era ya un secreto ⁽¹⁾; y así á poco tiempo de haber venido de Flandes á España (1559) procuró conocer á su hermano natural, haciendo que doña Magdalena de Ulloa le llevara al famoso auto de té que se celebró y presidió el rey en Valladolid. Allí se hicieron ya con don Juan algunas demostraciones harto significativas, que él sin embargo no comprendió todavía. Mas á pocos días de esto determinó el rey acatar de levantar el velo que cubria el arcano. Dispuso Felipe ir con su corte al monasterio de la Espina, y ordenó á Luis Quijada fuese á encontrarle allí llevando consigo á don Juan vestido con el traje que ordinariamente usaba. Por precoz que se suponga el juicio del jóven príncipe, y por instruido que fuera por Luis Quijada del papel que aquel dia habia de representar, es imposible que dejara de sorprenderle y que no le produjera cierto aturdimiento verse recibido tan afectuosamente por el rey, besarle la mano puesto de binojos Luis Quijada, hacerle homenaje los grandes y cortesanos, ceñirle el rey por su mano la espada y colgarle al cuello el Toison de oro, y por último oír de boca

(1) La prueba de ello es, que en 12 de octubre (1558) le habia escrito Luis Quijada diciéndole entre otras cosas, que la víspera de morir su padre, habia mandado entregar seiscientos escudos de oro á fin de que con ellos se formase una renta de quinientos florines para cierta persona que S. M. su-

bia. Y al respaldo de esta carta, se halla puesto de man. de Felipe II.: «Ercu, esta carta guardad, y acordad de lo que en ella se dice, que creo que aquello mandó S. M. «dar á la madre de aquel gentil- «hombre; y acuerdense de lo que os dije que supiéredes de su muer- «do, y acordádmelo todo.»

del mismo soberano: «*Buen ánimo, niño mío, que sois hijo de un nobilísimo varón. El emperador Carlos V., que en el cielo vive, es mi padre y el vuestro*» (1).»

Terminada esta dramática metamorfosis, y hecho por los grandes de la corte el correspondiente acatamiento al sobrecoigido jóven, como á hijo del emperador y hermano natural del rey, volvieron todos juntos á Valladolid, siendo aquel un día de gran júbilo para la población, que aflua en masa á su encuentro, ansiosa de reconocer al nuevo príncipe. Púsole el rey casa y servicio, pero mandó darle solamente el título de *Excelencia*, bien que no pudiera evitar que el pueblo por respeto y por costumbre le tratara de *Alteza* (2). En las Cortes que á principios del año siguiente (1560) se celebraron en Toledo para el reconocimiento y jura del príncipe don Carlos asistió don Juan de Austria en union de toda la familia real con un vestido de terciopelo carmesí, bordado de oro y plata, que no hubiera sido fácil reconocer al antiguo labradorcillo

(1) Algunos suponen haberse verificado esta escena en el monte Torozos, en una partida de caza que el rey había dispuesto. Solae no parecemos ni á propósito el lugar, ni verosimiles las circunstancias con que estos lo cuentan, nosotros hemos seguido á Vander Hammen, en la Historia de don Juan de Austria, lib. I., y á Labrera, Historia de Felipe II., lib. V., capítulo 3, que nos parecen los más autorizados.

(2) La servidumbre que se designó á don Juan de Austria, fué:

mayordomo mayor, el conde de Pilego; armiller de corps, don Rodrigo de Henavides, hermano del conde de Santisteban, caballero mayor, don Luis de Cordoba; secretario, Juan de Quiroga, capitán de su guardia, don Luis Larrillo, primohermano del conde de Priego; varios gentiles hombres y ayudas de cámara. Luis Quijada, caballero mayor ya del príncipe don Carlos, asistía con título de ayo á don Juan de Austria. Dicenle á este para vivir las casas del conde de Ribadavia.

de Legante. Aun no tenía entonces don Juan los catorce años cumplidos, y para que pudiera prestar juramento y hacer pleito-homenaje al príncipe su sobrino fué menester que allí mismo le dispusiera el rey la falta de edad que para estos casos requirieron las leyes del reino (1).

(1) Es por consecuencia forzoso que don Juan de Austria naciera en febrero de 1548, día de San Martín, como hasta aquí han venido diciendo todos los historiadores, porque de ser así tendría don Juan quince años en febrero de 1563, y por testimonio de las Cortes y del rey aun no tenía entonces los catorce. El texto de las Cortes no ofrece duda alguna. «Y luego que vino los hecho», el dicho Francisco de Eraso dijo á la C. R. M. del rey don Felipe nuestro soberano señor, que ya sabia como el ilustrísimo don Juan de Austria no tenía la edad cumplida de los catorce años; y como quiera que se conocía que tenía discreción, caridad y entendimiento, que todavía a mayor abundamiento, S. M. supliera el dicho defecto para que pudiese jurar é hacer el pleito homenaje en caso que fuese necesario, y habiéndolo S. M. particularmente oído, en voz inteligible respondió y dixo, que así era su voluntad, no embarazando las leyes destes reinos; lo qual por el dicho ilustrísimo don Juan de Austria oydo, se levantó de la dicha silla en que estava, y fue ante el dicho Rmo. Cardenal, se hizo otro tal juramento como el que la serenísima princesa había hecho, y hecho se levantó y fué ante el dicho marqués de Mondragar que estava en plé en frente de S. M., y metidas las manos entre las del dicho marqués, hizo el pleito homenaje conculado en

la dicha scriptura de juramento é pleito homenaje de uno scripto lo qual así hecho en cella de la ovillencia, reconocimiento y reverencia, subjeccion y vasallage y fidelidad al dicho serenísimo emperador prior de don Carlos nuestro señor deida, se fue ante el dicho ilustrísimo don Juan de Austria, é hechas las rodillas en el suelo, le besó la mano, y desde allí se levantó á sentar en la silla en que antes estava, como dicho es. Copiado por nosotros del testimonio original de dichas Cortes, refrendado por el secretario Eraso y por los escribanos mayores de Cortes, que se conserva en el Archivo municipal de la ciudad de Leon, en cinco hojas de pergamino útiles, marca folio.

La confirmacion de que aquella era la verdadera edad de don Juan de Austria, y no la que hasta ahora le han dado los historiadores, viene la medalla que se acuñó para perpetuar su memorable victoria en Lepanto, y que se conserva en el Museo Numismático de la Biblioteca Nacional de esta corte (estante 30, caja núm. 1°), por la que consta que don Juan en octubre de 1571 no tenía mas de veinte y cuatro años, pues en su anverso se lee la siguiente inscripcion: JOHANNES AUSTRIAE CAROLI V. FIL. OCT. M. DCC. XXIII.

Ya que nos hemos puesto á rectificar, diremos tambien que se equivocaron Vander Hammon, Cañero y otros que las han cogido.

Cuando Felipe II. envió su hijo el príncipe Carlos á Alcalá (1562) con su primo Alejandro Farnesio, envió también á don Juan de Austria, ya para que hiciera buena compañía al príncipe, ya para que él mismo se instruyera con el estudio y cultivo de las letras humanas, en las cuales adelantó cuanto de su edad podía esperarse. Como la intención del emperador había sido educar á don Juan para el estado eclesiástico, y en esta misma idea estaba Felipe II., solicitó éste de la santidad de Pio IV. el capelo de cardenal para su hermano (1574), de que á no dudar le hubiera investido el papa á no haberse interpuesto en Roma la cuestión de preferencia entre los embajadores de Francia y España. Y fué mejor así; porque el joven príncipe había mostrado siempre mas inclinación al escudo del guerrero que á la púrpura cardenalicia, y en sus juegos juveniles había descubierto más afición á los ruidosos ejercicios bélicos que á las pacíficas ocupaciones del sacerdocio. De ello dió una prueba bien patente, cuando recién vuelto de Alcalá á Madrid sin consultar con el rey su hermano, y estimulado solo del fuego de la juventud y avivado por el deseo de ganar gloria militar, como aquel que sentía hervir en sus venas la sangre de Carlos V.: desde Galapagar,

de, al decir que don Juan de Austria tomó al príncipe don Carlos en aquellas Cortes el juramento de guardar y hacer guardar las leyes, costumbres y libertades del

reino. Don Juan de Austria no tomó tal juramento, segun en el testimonio original de dichas Cortes hemos visto.

donde iba con su sobrino Carlos, tomó el camino de Barcelona con dos oficiales de su casa, resuelto á embarcarse en aquel puerto (1565) para concurrir como aventurero, ya que como gefe no le era permitido, á la ruidosa empresa del socorro de Malta que entonces llamaba la atencion de toda la cristiandad.

Los correos y los emisarios que Felipe II. despachó, tan luego como supo su determinacion, para que le detuviesen y le hiciesen volver á la corte, no hubieran bastado á impedir su propósito si no hubiera enfermado poco antes de llegar á Zaragoza. Tal era el influjo que don Juan, con ser un muchacho de diez y nueve años, ejercia ya en la nobieza de Castilla, que la noticia de su resolucion excitó á multitud de caballeros nobles á imitarle y seguirle, como avergonzados de permanecer en la corte ó en sus casas mientras él iba á lanzarse á los riesgos del mar y á participar de los peligros de la guerra. Todavía, apenas se sintió un tanto restablecido de su fiebre, partió resueltamente de Zaragoza, y llegó á Monserrat, y hubiérase embarcado en Barcelona á no haberle alcanzado allí cartas de su hermano, en que le mandaba volver so pena de incurrir en su desgracia y real desagrado. Esta comunicacion fué la que le hizo retroceder, con el sentimiento de renunciar á una empresa en que deseaba darse á conocer y empezar á acreditar que era digno hijo de tan esclarecido padre.

Conocida ya la aptitud de don Juan para grandes

negocios y cargos, relevado que fué don García de Toledo del virreinato de Sicilia (1568), encomendó el rey don Felipe á su hermano el mando de las galeras de España, con el título de capitán general de la mar, dándole por lugarteniente á don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla ⁽¹⁾. Ahora, con más razón y seguridad que antes, se determinaron á seguirle espontáneamente muchos grandes y nobles; tal era el atractivo de su persona y la confianza que en su adolescencia inspiraba á todos. Su fin en la primera expedición marítima que iba á hacer, era limpiar las islas y costas de los corsarios que las infestaban y corrían para apoderarse de las flotas que venían de Indias. Juntos los capitanes y aparejadas las galeras, embarcadas en la Real, labrada ex-profeso por mandado de S. M. para *Sa. Excelencia*, la cual iba adornada de multitud de cuadros, figuras, emblemas ó motes alegóricos, alusivos á empresas marítimas y á

(1) El nombramiento de don Juan de Austria fué hecho en 13 de enero de 1568, el de don Luis de Requesens en 22 de marzo. Al nombramiento de don Juan acompañó una larga instrucción del rey, previniéndole como habla de obrar en todo lo concerniente á su nuevo cargo. «La orden (comenzaba) que Vos el ilustrísimo don Juan de Austria, nuestro muy caro y muy amado hermano, á quien hemos proveído del cargo de nuestro capitán general de la mar, habéis de tener y guardar en uso y ejercicio, es el siguiente.—Primeramente, ha pa-

recido advertiros, que el dicho cargo de nuestro capitán general de la mar que os hemos proveído, es de la calidad que más que en otro alguno conviene proceder con gran cuidado, atención y diligencia, por los peligros y dificultades á que las cosas de la mar están expuestas, y por la diligencia que en las ocasiones y efectos que se hubieren de haver conviene usar..... etc.»

Manuscrito de la Biblioteca del duque de Osuna.—Se ha insertado en la Colección de Documentos inéditos, tom. III.

victorias gloriosas de los tiempos mitológicos y de la historia antigua ⁽¹⁾. Fué un día de regocijo para Cartagena aquel en que vió salir al mar entre el estruendo de las músicas marciales y de las salvas de artillería á tan gallardo príncipe. Con treinta y tres galeras, que despues distribuyó convenientemente, llevando consigo la mayor parte, corrió aquel año el litoral del Océano y del Mediterráneo, pasando alternativamente de una á otra costa de España y Africa, hasta Argel, Oran y Mazalquivir, dando siempre caza á los corsarios berberiscos, y acreditando en aquel primer ensayo su capacidad para mayores y mas árduas empresas navales. A su regreso á Barcelona y Madrid (setiembre, 1568), fué recibido con públicas demostraciones de alegría y de cariño, notándose ya cuán simpático era don Juan de Austria á los españoles, y cuánto le habian grangeado ya las voluntades sus personales prendas ⁽²⁾.

A poco de esto ocurrió el levantamiento de los moriscos de la Alpujarra. Avido de gloria el jóven príncipe, y mal hallado su espíritu con la inaccion y el reposo, pidió al rey su hermano, en memorial

(1) Por ejemplo, la expedicion de Jason á la conquista del Vello de oro; Neptuno, en su carro, circundado de dioses marinos; Ulises, tapándose los oídos para librarse del canto de las sirenas, Alejandro Magno, etc. Los motea estaban en latín, y eran tales como estos. *Fortunam virtute parat.—Dolus reprimere dolo.—Per*

paxa, per undas, Festina lenté; Ut fiant aquæ salubres, etc. Vander Hammen, Hist. de don Juan de Austria, lib. I.—Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 150.—Correspondencia de don Juan de Austria desde Cartagena.

(2) Vander Hammen, don Juan de Austria, lib. I.—Cabrera, Felipe II., lib. VII

de 30 de diciembre (1568), le permitiera ir á pelear con la gente rebelada y ver de redacirla ⁽¹⁾. No creyó conveniente Felipe aceptar por entonces el generoso ofrecimiento de don Juan, acaso porque no le pareciese empresa digna de un príncipe, ó por desconfiar de su prudencia, siendo todavía tan jóven, ó por que no pensó que llegara á ser tan voraz el fuego de aquella primera llama. Los sucesos acreditaron que el monarca no había calculado bien en esta ocasion. De otro modo vió ya las cosas, cuando, vencidos y subyugados en la primera campaña los moriscos, se alzaron de nuevo mostrando ser gente indomable, y cuando las rivalidades entre los marqueses de los Velez y Mondejar y de éste con las autoridades de Granada, le persuadieron, así como sus consejeros de Madrid, de la conveniencia de enviar á su mismo hermano á dirigir la segunda guerra que había comenzado á apuntar y amenazaba envolver nuevamente en sangre el reino granadino. Hizolo así, en los términos que dejamos espuestos en el capítulo precedente, con aplauso general, y en su virtud despidióse don Juan de Austria del rey, y entró, como dijimos, en Granada, donde su gentileza, afabilidad y cortesía le captaron las voluntades y los corazones como en todas partes.

No había aun tenido tiempo para descansar del

(1) Vander Hammen copia el Historia de don Juan de Austria, memorial de don Juan al rey.— lib. II.

viage cuando se le presentó una diputacion de los principales moriscos de la ciudad, haciendo protestas de fidelidad, y quejándose de las molestias, vejaciones y agravios con que los oprimian los oficiales de la justicia y de la guerra, contra los cuales esperaban su proteccion y amparo, así como ellos ponian á su disposicion sus vidas, honras y haciendas. Respondióles don Juan, que los que hubiesen sido y fuesen leales á Dios y al rey serian favorecidos, y les serian guardadas sus libertades y franquezas, mas los que de otra manera se hubieren conducido serian castigados con todo rigor; y en quanto á los agravios de que se quejaban, diérale sus memoriales, y los mandaria ver y remediar si fuesen ciertos.

Congregó luego el Consejo para oir sus informaciones acerca de la guerra y de lo que convendria hacer en lo sucesivo. Encontrados fueron, como era de presumir, los pareceres del marqués de Mondejar y del presidente Deza, como lo habian sido siempre sus ideas y propósitos. El primero como el más práctico en la guerra y conocedor del carácter y los recursos de la gente morisca, proponia tres medios: ó proseguir la reduccion, que ellos mismos deseaban, y recogerlos todos en las tabas de Verja y Dalias, con lo cual se haria de ellos sin dificultad lo que se quisiese, ó poner presidios en los lugares convenientes, mantenidos á su costa, lo cual pedian tambien ellos, para que los defendieran de las tropelías de la solda-

desca desmandenda; ó si se preferia el rigor, él se obligaba con la gente que tenia en Orgiba y con mil infantes y doscientos caballos que le dicsen, á ponerlos en términos que se entregasen con las manos atadas. Preguntado el presidente Deza, respondió, que á su parecer lo que convenia eran dos cosas: primera, sacar todos los moriscos del Atbaicin y de la Vega y meterlos tierra adentro, donde no pudieran ayudar á los alzados; segunda, hacer un ejemplar escarmiento y castigo, comenzando por los de Albuñuelas, donde se recogian muchos de los que habian hecho mayores sacrilegios. A este dictámen se adhirió el duque de Sessa. Parecíale difícil y peligroso al arzobispo y á Luis Quijada. El licenciado Briviesca de Moñatones, del consejo y cámara de S. M., que llegó aquellos dias como agregado al Consejo, se dejó persuadir por el presidente y el licenciado Bohorques, que era como el consultor de Deza. Viendose el de Mondejer tan contrariado, y teniendo por seguro que antes se dejarían hacer pedazos los moriscos que abandonar sus casas y haciendas y salir del reino, envió su hijo segundo don Iigo de Mendoza á consultar con S. M. lo que en medio de tan encontradas opiniones debería hacerse ⁽¹⁾.

Esto no obstante, don Juan de Austria fué tomando sus disposiciones para emprender la guerra Pro-

(1) Marmol, *Rebelion y Caer* y 8.—Vander Hammen, *Hist. de*
tigo de los moriscos, lib. VI, c. 7 don Juan de Austria, lib. II.

curó restablecer la disciplina de los soldados, que andaba relajada á no poder más; poner orden en la hacienda y negociar recursos para que las pagas no les faltasen; hacer contribuir con gente y dinero á las provincias de Extremadura y Castilla, y haciendo tres tercios de cuantas tropas pudo reunir, las encomendó á tres capitanes nombrados por él, y señaló á cada uno el punto á que se habia de dirigir, y el puesto que habia de ocupar. Mas en las disputas y consultas del Consejo se habia perdido un tiempo precioso, y mientras cuestionaban los consejeros, los moriscos se rebacian y se multiplicaban los rebeldes. El marqués de los Velez, que queria acreditarse para con don Juan de Austria con algun hecho señalado, intentó meter su campo en la Alpujarra y hacer un fuerte en el puerto de la Rabaha; pero él no pudo entrar y los soldados que comenzaban á construir el fuerte fueron desbaratados por los moros. El reyezuelo Aben Humeya, que habia reunido ya otra vez cinco mil hombres, alentaba á los suyos y alzaba lugares con esperanzas que les daba de un próximo socorro del Gran Turco. Hacia otro tanto Gerónimo el Ma-lech. Levantáronse los de la sierra de Bentomiz, y no solo sostenian reencuentros diarios, sino que cercaban ya y combatian fortalezas cristianas. Aben Humeya acometia el campo del marqués de los Velez en Verja, y los de la sierra de Bentomiz se fortalecian en el terrible peñon de Frigiliana, al modo del de las Guá-

jaras. El comendador de Castilla don Luis de Requesens, que viniendo de Italia con veinte y cuatro galeras cargadas de infanteria, corrió una tormenta que le llevó al puerto de Palamós, arribó por fin á la playa de Velez, quiso tomar sobre sí la empresa de reducir al peñon de Frigiliana, y juntando su gente en Torrox, comenzó á subir con ella, con mas ímpetu y arrojo que suerte y ventura, por fragosos y ásperos recuestos, desnudos riscos y tajadas peñas, donde ni los piés hallaban en qué estribar ni las manos de qué asirse. De vencida iban ya los veteranos de Italia, cuando acudieron en su ayuda las compañías de Málaga y Velez, que trepando por aquellas lomas casi sin atajo ni vereda, llegaron á los reparos de los enemigos, y arrostrando la muerte que con piedras y saetas les repartian los barbaros, se apoderaron heroicamente del peñon, y degollaron todos los moros que no habian podido huir, casi despeñándose por la sierra, que otra manera de escapar no tenian. Compróse esta victoria con la sangre de muchos centenares de cristianos, y de los mas intrépidos y valerosos capitanes.

Por otra parte Aben Humeya envió á levantar los lugares del rio Almanzora y amenazaba á Almeria. El castillo de Seron que cercaban los moros, tuvo que capitular y rendirse despues de inútiles esfuerzos que para socorrerle habian hecho los hermanos Enriquez y Diego de Mirones, y no obstante la capi-

talacion fueron pasados á cuchillo todos los cristianos mayores de doce años que en él habia, por orden de Aben Humeya, y cautivadas las mugeres. Así ardía y se sostenia otra vez la guerra por todos los ángulos de aquel reino, no siendo posible que nosotros demos cuenta, ni hay tampoco para qué, de los ataques, defensas, sorpresas y acometidas recíprocas, y reencuentros diarios de que nos informan los documentos y las historias particulares, todos los cuales costaban víctimas y pérdidas lastimosas á los de uno y otro campo.

La causa de haber llegado esta vez la lucha á tales términos que los cristianos eran ya los que iban llevando la peor parte, fueron sin duda las cuestiones del Consejo, las dilaciones que ocasionaba su viciosa organizacion, y la circunstancia no menos embarazosa de no poder obrar sin consultarlo antes con el rey y tener que aguardar su resolucion. De esta situacion inconveniente y anómala del Consejo de don Juan de Austria da una idea tan exácta como triste la siguiente lacónica y espresiva carta que en aquella sazón escribió don Diego Hurtado de Mendoza al príncipe de Eboli Ruy Gomez de Silva: «*Ilustrísimo señor* (le decia): *Verdad en Granada no pasa; el señor don Juan escucha; el duque bulle; el marqués discute; Luis Quijada gruñe; Muñatonet apaña; mi sobrino allá está, y acá no hace falta* ⁽¹⁾.»

(1) MS. de la Biblioteca de la Academia de la Historia, est. 1.^o

Llegó al fin la respuesta del rey á la consulta del Consejo, ordenando que todos los moriscos de Granada y sus barrios de la Alcazaba y Albaicin, desde la edad de diez años á la de sesenta, fuesen sacados del reino y llevados á los pueblos limítrofes de Andalucía. En cumplimiento de esta real cédula, don Juan de Austria, con acuerdo del Consejo, mandó que todos los moriscos de la ciudad se recogieran desarmados en las parroquias (25 de junio, 1569). El aparato con que esto se hizo les infundió sospechas de que se trataba de degollarlos á todos, pero don Juan les dió palabra y seguro real de que no recibirían daño. Al día siguiente fueron conducidos entre arcabuceros y encerrados en el hospital real, y desde allí se los sacó fuera del reino entregándolos por listas y bajo partida de registro á las justicias de los pueblos á que iban destinados. Sobre tres mil quinientos fueron los expulsados aquel día. «Fué
 «un miserable espectáculo, dice uno de los historia-
 «dores que presenciaron el caso y de los que tuvieron
 «parte en su ejecución, ver tantos hombres de todas
 «edades, las cabezas bajas, las manos cruzadas, y los
 «rostros bañados de lágrimas con semblante doloroso
 «y triste, viendo que dejaban sus regaladas casas,
 «sus familias, su patria, su naturaleza, sus haciendas

grada 3.^a A. 32, fol. 237.—Su sobrino era sin duda don Lúcas de Mendoza, hijo del marqués de Mo-
 dejar, el que había venido á Ma-
 drid con la consulta de su padre
 al rey.

«y tanto bien como tenían, y aun no sabian cierto lo que se haria de sus cabezas ⁽¹⁾.» La mitad murieron en los caminos, los unos de tristeza y de fatiga, los otros robados y maltratados por los mismos conductores. Con la ausencia de los moriscos quedaron destruidos los lujosos baños y los pintorescos cámines que ellos cultivaban. Los soldados que se habian alojado en sus casas se dieron á robar con mas libertad, so pretexto de faltarles el mantenimiento que antes tenían, y los capitanes no se atrevian á castigar los desórdenes por temor de que se les amotináran ó desertáran los soldados. Los moriscos de la Vega huyeron á la montaña, llevando consigo su ropa y dejando escondido lo que no podian llevar. Tales fueron los efectos inmediatos de la expulsion de los moriscos del Albarcin.

Orgullosa Aben Humeya con haberse apoderado de los fuertes del rio Almanzora, atreviase á enviar un mensajero á don Juan de Austria pidiendo la libertad de su padre y hermano que tenia presos en Granada, y ofreciendo dar por rescate ochenta cautivos cristianos, y más si fuere menester, aunque estuviesen en poder del Gran Turco. Leida la carta en Consejo, se acordó no responderle, sino hacer que le

(1) Marmol, Carvajal, Rebelion, lib. VI., cap. 27.—«Y porque no alborotase la ciudad, dice este mismo autor, y malasen los moriscos que venian por las calles, mandó á

don Francisco de Solís y á mí que nos fuésemos á poner en las puertas de la ciudad y no dexásemos entrar á nadie dentro.

escribiese su padre informándole de que era bien tratado, y aconsejándole como padre que se apartase del mal camino que seguía. En peores manos todavía cayó otra carta que Aben Humeya dirigió al alcaide de Guejar sobre el mismo asunto, pnesto que faltándole el alcaide á la lealtad y al secreto, y haciéndole sospechoso á los moros, comenzaron los que de él estaban mas ofendidos á tratar cómo deshacerse de quien vociferaban ya que trabajaba en su daño.

A petición del marqués de los Velez se reforzó su campo con la gente que de Italia habia traído el comendador mayor de Castilla; con lo cual, y con orden que recibió de que pasase á allanar la Alpujarra, desbarató á los moros que le salieron al camino, y prosiguiendo hasta Valor, donde se hallaba Aben Humeya, le derrotó tambien, animándose con esto no poco los cristianos (julio 1569). En cambio llegó á poco tiempo á Aben Humeya (agosto) un socorro de moros argelinos que á instancia de Fernando el Habaquí le envió el virey Uluch Ali, al mando del turco Husseyn, con otros refuerzos de gente, armas y municiones que en unas fustas le vinieron de Tetuan. La victoria del marqués de los Velez fué mas murmurada y criticada que celebrada y aplaudida por los del Consejo, y en vez de ensalzarle le hacian cargos por lo poco que habia hecho con tanta gente como se le habia dado y por los muchos bastimentos que sin necesidad habia consumido. Quejábase él por su parte del marqués de

Mondejar, del duque de Sessa y de Luis Quijada, diciendo que todos tres eran sus émulos y enemigos, añadiendo que por causa suya habian estado sus soldados espuestos á parecer de hambre, y que por su culpa le abandonaban cada dia. Estas nuevas disensiones movieron al rey á llamar á la corte al marqués de Mondejar (setiembre), con el fin ostensible de que le informára bien de todo; pero en realidad, segun se vió despues, con el de apartarle del campo de la guerra, puesto que le llevó consigo a Córdoba donde iba á celebrar cortes, y despues le nombró virey de Valencia, y mas adelante de Nápoles, y no volvió ya más al reino de Granada el marqués (1).

La verdadera razon de esto para nosotros, era que así los del Consejo de Granada como el rey mismo estaban por mas rigor con los moriscos que el que habia entrado siempre en el sistema del marqués de Mondejar, y le miraban por tanto como un obstáculo. Hácennos juzgar así las provisiones que en el mes

(1) «Marqués de Mondejar, primo, nuestro capitan general del reino de Granada; porque queremos tener relacion del estado en que al presente están las cosas de ese reino, y lo que convega proveer para el remedio dellas, os encargamos que en recibiendo esta os pongais en camino, y venga luego á esta nuestra corte para informarnos de lo que está dicho, como persona que tiene tanta noticia dellas, que en ello, y en que lo hagais con toda la brevedad, nos tenemos por muy ser-

«vido. Dada en Madrid á 5 de setiembre de 1569.» — Mendoza, Guerra de Granada, lib. III — Marmol, Rebelion, lib. VII., cap. 8. — Hablando de las mútuas quejas de los dos marqueses, el de los Velaz y el de Mondejar, dice don Diego de Mendoza, que era voto en la materia: «Yo no ví el proceder del uno al del otro; pero á mi opinion, ambos fueron culpados, sin haber hecho errores en su oficio y fuera del, con poca causa, y es comun en algunos otros generales de mayores ejércitos.»

siguiente expidió la magestad de Felipe II. (octubre), mandando en la una que se acabáran de sacar los moriscos que habian quedado en Granada, y ordenando en la otra que se publicase la guerra á sangre y fuego. Todo esto se pregonó por bando general (18 de octubre, 1569) en Granada y en toda Andalucía.

Pero á este tiempo ocurrió en el campo de los moriscos una novedad de la mayor importancia. Indicamos ya que desde las cartas de Aben Humeya á don Juan de Austria y al alcaide de Guéjar andaban los enemigos resentidos de aquél, proyectando y meditando su muerte. Contaban principalmente entre ellos un vecino de Albacete de Ujijar nombrado Diego Alguacil, que no perdonaba á Aben Humeya el haberse llevado y traer consigo una prima suya, viuda, con quien aquél vivia amancebado. La misma jóven morisca, que en secreto seguia comunicándose con el Diego Alguacil, fué el instrumento de una traicion que éste urdió, y en que logró hacer entrar á Diego Lopez Aben Abó y al caudillo de los turcos Husseyn, fingiendo una carta de Aben Humeya en que suplantó su firma su mismo secretario Diego de Arcos. Cuando todo estuvo preparado y dispuesto, y hallándose Aben Humeya en Laujar, sorprendiéronle una noche en la casa en que se albergaba, y menos feliz que cuando trató de sorprenderle el marqués de Mondejar, cayó en manos de Aben Abó y de Diego Alguacil. En vano

el rey de los moriscos se esforzó por justificar que la carta que le presentaron y sobre que aquellos fundaban su prision no era suya sino fingida. Su muerte estaba resuelta, y aquella misma noche poco antes de amanecer le echaron un cordel á la garganta, y le estrangularon tirando Aben Abó de una punta y Diego Algnacil de la otra. Así acabó el desventurado Fernando de Valor. Aben Humeya, titulado rey de Granada y de Andalucía ⁽¹⁾. Dióse el mando de la guerra y el gobierno del reino á Diego Lopez Aben Abó por tres meses hasta que le confirmára el título el virey de Argel. Cuando le llegaron los despachos de éste, se intituló *Muley Abdallah Aben Abó, rey de los Andaluces*, y puso en su estandarte un lema que decia: « *Yo pude desear mas ni contentarme con menos.* » Nombró el nuevo rey general de los rios de Almería, Albaladuey y Almanzora, de las sierras de Baza y Fitahros y marquesado de Cenete á Gerónimo el Malech, y puso las tierras de Sierra Nevada, Velez, la Alpujarra y Vega de Granada á cargo del alcaide de Guéjar, el Xoayhi, despachando al turco Husseyn con

(1) Dice Mendoza, y lo mismo indica Mármol Carvajal, que declaró al tiempo de morir haber sido siempre su intencion vivir en la ley cristiana, y que en ella muriera si no le sobrecogiera la muerte; que solo había aceptado el reino por vengarse de las injurias que á él y á su padre habían hecho los jueces del rey don Felipe; que queria vengado de amigos y enemigos; que pues él había cumplido

su voluntad, cumpliesen ellos la suya; y que en cuanto á la eleccion de Aben Abó, iba contento, pues sabia que pronto había de tener el mismo fin que él. Esto mismo se verificó, como adelante veremos. Y si lo primero fué cierto, gran cargo resulta de sus palabras contra la imprudente conducta de los que pusieron á los moriscos en tal desesperacion.

presentes para Argel y Constantinopla, pidiendo socorros de gente, armas y municiones.

Continuaba la guerra con Aben Abóo el Malech y el Xoaybi lo mismo que antes con Aben Hume-ya, dando harto que hacer al duque de Sessa y al marqués de los Velez, al uno por la Alpujarra, al otro por el río Almanzora, cercando fortalezas y defendiéndolas, sin que de las disensiones de los moriscos y del cambio de rey supieran sacar ventaja alguna los cristianos: antes bien aquellos poseían los fuertes de Seron, Tijola, Purchena, Tahali, Jergal, Cantoria, Galera y otros, y acaudillaban ya masas de cinco y diez mil hombres (octubre, noviembre y diciembre, 1569). De haber tomado tanto cuerpo la guerra tenía mucha culpa la dilacion en las resoluciones del Consejo de Granada, y el haber de esperar la aprobacion de S. M.

Quiso ya don Juan de Austria salir de aquella inaccion en que le tenía el rey hacia ocho meses, tan opuesta á su grande ánimo y á su genio belicoso, y representó enérgicamente á S. M. cuán flojamente se hacia la guerra, el peligro de que se propagase la rebellion á los reinos de Valencia y Murcia, y su deseo de salir de Granada y de acabar la guerra en persona. Movido de sus razones el rey su hermano, ordenó que se formasen dos ejércitos, uno á la parte del río Almanzora, al mando de don Juan de Austria, que reemplazaria allí al marqués

de los Veles, otro con destino á la Alpujarra, á cargo del duque de Sessa. Hiciéronse grandes provisiones, se recogieron bastimentos, se encargó á las ciudades que recibieran sus compañías, y se mandó al comendador mayor de Castilla que trajera artillería y municiones de Cartagena. Con la noticia de que don Juan de Austria iba á salir á campaña acudieron muchos caballeros y particulares que hasta entonces no se habían movido, y la nueva del nombramiento de don Juan llenó de regocijo y de esperanzas á toda la gente de guerra.

Antes de emprender el jóven príncipe la campaña, y á fin de no dejar á la espalda y cerca de la ciudad enemigos que pudieran incomodarle, acordó arrojarlos de la madriguera que tenían en Guéjar, pueblo grande situado en el seno de una sierra frágosa, de donde nacen las principales fuentes del Genil. Salió, pues, don Juan de Granada, ejecutó felizmente esta difícil operacion, y echados los moros de aquella ladronera ⁽¹⁾, dejando la conveniente guarnicion para la seguridad de Granada y su vega, partió otra vez el jóven guerrero (29 de diciembre) la vía de Guadix y Baza, en cuyo último punto le esperaba el comendador Requesens con la artillería de Cartagena.

(1) «En la casa donde posaba el alcaide Xosybi hallé yo (dice el historiador Marmol que iba en la expedicion) muchos papeles y entre ellos la carta que Aben Humo ya le habia escrito mandándole que no alzase más alcarías hasta que se le mandase.» *Rebaldon*, lib. VII., cap. 27

Prosiguió á Huéscar, donde se le presentó el marqués de los Velez á quien iba á reemplazar. En medio de la cortesanía con que el marqués se acercó á saludarle y besarle la mano, no podía disimular el sentimiento de verse sustituido como poco á propósito para dar cabo á aquella empresa. Así que, después de informar brevemente á don Juan de Austria del estado de la guerra por aquella parte, sin apearse del caballo se despidió de todos y se retiró lleno de resentimiento y de pena á su villa de Velez el Blanco.

Acercantado el campo de don Juan hasta doce mil hombres, procedió á cercar el fuerte de Galera que tenían los enemigos, y que el marqués de los Velez en mucho tiempo no había sido poderoso á rendir. Colcó, pues, baterías, hizo minas, dió repetidos asaltos, y ejecutó todas las operaciones que suele necesitar el asedio formal de una plaza fuerte. Los moros, y aun las moras y los muchachos, la defendieron con una tenacidad heroica y bárbara. En algunos asaltos murió mucha gente principal del campo cristiano, y asusta la larga nomina de capitanes y alfereses muertos y heridos que nos trasnatieron los testigos de vista. «Yo hundiré á Galera, exclamo un día don Juan de Austria irritado con el espectáculo de tantas victimas, y la asolaré y sembraré toda de sal; y por el filo de la espada pasarán chicos y grandes, cuantos están dentro, en castigo de su

«pertinacia y en venganza de la sangre que han derramado.» Estas palabras, pronunciadas con fuego, volvieron el ánimo á los soldados: él hizo jugar á un tiempo todas las piezas de batir; mandó volar las minas, que arrojaron al aire casas y peñascos, y conmovieron todo el cerro sobre que se asentaban la poblacion y el castillo; ordenó el asalto general, y penetrando los soldados por las calles como bravos leones, con orden que llevaban de don Juan de no perdonar á nadie la vida, fueron ganándolas palmo á palmo y sembrándolas de cadáveres. Los que se habian recogido á la última placeta del castillo fueron todos acuchillados. dos mil cuatrocientos hombres de pelea fueron pasados á cuchillo aquel día (10 de febrero, 1570), además de cuatrocientas mugeres y niños. Don Juan cumplió su amenaza: la villa fué asolada y sembrada de sal: el que recibió la orden de ejecutar este cruel castigo fué el mismo historiador que nos lo cuenta (1). La nueva de este triunfo alcanzó al rey camino de Córdoba, donde iba á celebrar cortes.

Mas no por eso dejó de experimentar pronto el de Austria los azares de la guerra. A los pocos días, y despues de marchar por entre nieves, pantanos y barrizales, dispuso desde Baza hacer un reco-

(1) «Don Juan de Austria me mandó á mí que hiciere recoger el trigo y cebada que tenían allí los moros, y que la villa fuese asolada y sembrada de sal.»—Mármol, *Rebellion y castigo*, libro VIII., cap. 3.

nocimiento á la fortaleza de Serron. Los soldados imprudentes penetraron antes de tiempo en la villa, y entretenidos y ciegos en saquear las casas y en cautivar mugeres, dieron lugar á que bajáran de aquellos cerros en socorro de los del castillo hasta seis mil moros acaudillados por el Malech, el Habaquí y otros de sus mejores capitanes. En el aturdimiento y desorden que se apoderó de los cristianos, fueron acuchillados mas de seiscientos, aparte de los que murie on quemados en las casas y en las iglesias, no siendo parte á remediarlo los más animosos caudillos ni los esfuerzos del mismo don Juan de Austria. Allí fué herido en un muslo el capitan don Lope de Figueras; una bala de escopeta le entró en el brazo á Luis Quijada que andaba recogiendo la gente, y otra dió en la celada de don Juan de Austria, que por ser aquella fuerte preservó la vida del valeroso joven (19 de febrero, 1570). En Canilles, donde se retiraron, murió de la berida el noble caballero Luis Quijada, el antiguo confidente y mayordomo del emperador Carlos V, el ayo y como el segundo padre de don Juan de Austria; y concíbese bien la gran pesadumbre que el príncipe tendria con la muerte del que le habia criado y acompañado desde la niñez. Despachóse correo á las ciudades de Ubeda, Baeza y Jaen, para que dos mil infantes de Castilla que habian de pasar por allí fuesen al campo de don Juan, y se escribió al duque de Sessa que enviara

cuanta gente pudiese, y entrara cuanto antes en la Alpujarra para llamar y entretener por allí la atencion de los moriscos.

Rehecho el campo de don Juan, volvió de nuevo y con mas ánimo sobre Seron, ansioso de vengar la pasada derrota. Esta vez, viéndole los enemigos ir tan en órden, no tuvieron valor para esperarle, y ellos mismos incendiaron la poblacion y el castillo, subiéndose á la sierra, donde en número de siete mil hombres sostuvieron algunas refriegas con los escuadrones de Tello de Aguilar y de don García de Manrique. Dejado algun presidio en Seron, pasó don Juan de Austria á combatir á Tíjola, de donde salieron los enemigos de noche y á las calladas huyendo á los montes por las cañadas y desfiladeros. Solo se hallaron unas cuatrocientas mugeres y niños, y se ganó bastante despojo del que los moros habian guardado allí como en lugar fuerte (marzo, 1570). Destruida y asolada tambien aquella villa, vióse, con sorpresa de los que ignoraban el secreto, que las fortalezas de Purchena, Cantoria, Tabalí y otras que tenian los moriscos se iban encontrando abandonadas, y ocupábanlas sin dificultad los cristianos y dejaban en ellas guarniciones (abril).

Decimos el secreto, porque le habia en verdad, aunque no para don Juan y sus principales capitanes, en esta estraña conducta de los moros, antes tan pertinaces en la defensa de sus plazas. Y era que con mo-

tivo de haber sido en otro tiempo amigo el capitán Francisco de Molina de Fernando el Habaquí que acaudillaba los moros de aquellas tierras. obtenía la vénia de don Juan de Austria, habia escrito aquél al general moro diciéndole que holgaria mucho se viesen para tratar algunas cosas convenientes é interesantes á los dos campos. Comprendió el rastro, que no era torpe de entendimiento, el significado de la misiva, accedió á lo de las vistas, que concertaron con las debidas precauciones por ambas partes, y se vieron y comieron juntos. Mientras comian y bebían los turcos de la escolta de Habaquí, tuvo ocasion el Molina de hablarle aparte, y recordándole su antiguo afecto y amistad le manifestó que el objeto de haber dado aquel paso era aconsejarle á fuer de antiguo amigo, que volviera al servicio del rey y procurara la reduccion de los suyos, puesto que era una temeridad resistir á un monarca tan poderoso, y que el le prometia y aseguraba que seria bien recibido y tratado por S. M. así como los que con él se pusiesen llamamente en sus manos: que para llegar á este término debería aconsejar á los moros dejasen las fortalezas del rio Almanzora como insostenibles y se recogiesen á la Alpujara, donde despues podria mejor persuadirles la reduccion. Respondió el Habaquí, á quien no habia desagradado la propuesta, que en cuanto á las fortalezas él obraria de modo que S. M. entendiese el servicio que le hacia, y en cuanto á lo demás se

veria con Aben Abío y sus amigos y deudos, y avisaria lo que se determinára. El moro habia cumplido su palabra en la primera parte, y este era el secreto de hallar los cristianos las fortalezas abandonadas.

Puesto el negocio de la reduccion en este camino, y autorizado don Juan de Austria por el rey para que admitiese á los que llanamente y sin condiciones se presentáran, publicó un bando cuyos principales capítulos eran los siguientes:—Todos los moriscos, hombres y mugeres, de cualquier calidad y condicion que fuesen, que en el término de veinte dias pusieran sus personas en manos de S. M. ó de don Juan de Austria, tendrian merced de la vida, y se mandaria oir en justicia á los que probáran las violencias y opresiones que los habian provocado á levantarse:—Todos los de quince á cincuenta años que en dicho plazo se rindiesen, y trajeren adamas una escopeta ó ballesta, harian libres á dos de sus parientes mas allegados:—Los que quisieran reducirse, podian acudir al campo de don Juan de Austria ó del duque de Sessa en los lugares que mas cerca estuviesen:—Para ser conocidos desde lejos, llevarian cosida á la manga izquierda del vestido una cruz grande de paño ó lienzo de color:—Los que en dicho plazo no se redujesen, sufririan el rigor de la muerte sin piedad ni misericordia. De este bando se circularon traslados por todo el reino ⁽¹⁾.

(1) Marmol inserta una copia ginal en el Archivo de Simancas, del bando, el cual se conserva original en el Archivo de Simancas, leg. núm. 155.

Las negociaciones que produjeron este edicto no habian sido aisladas; al contrario, eran continuacion de las que se habian entablado del campo del duque de Sessa, lo cual nos conduce á dar razon de lo que éste habia hecho por la parte de la Alpujarra.

Menos acúvo y diligente el duque de Sessa que don Juan de Austria, habia tardado en salir de Granada cerca de dos meses (21 de febrero de 1570), y deteniéndose en el Padúl más de lo que conviniera, á fin de engrasar su ejército y reunir las más provisiones que pudiese. Por su parte el nuevo rey de los moriscos Muley Abdallah Aben Abóo habia escrito al mufti de Constantinopla y al secretario del rey de Argel, representándoles la triste situacion en que se veian los desgraciados musulmanes de su reino, acometidos por dos fuertes ejércitos cristianos, y reclamaba de ellos con urgencia los auxilios que habian ofrecido á sus hermanos de España. La reclamacion de Aben Abóo, como las anteriores de Aben Humeya, no produjo sino buenas palabras así del turco como del argelino ⁽¹⁾. La guerra por la parte de la Alpujar-

(1) Algunas de estas cartas fueron á parar á manos de don Juan de Austria, que las hizo traducir. Su estilo conservaba todo el dinte y las formas orientales. La de Aben Abóo al de Constantinopla comenzaba: «Locres á Dios «del siervo de Dios, que confía en «él y se sustenta mediante su es- «fuerzo y ponero. El que guerrea «en servicio de Dios, el goberna-

«dor de los creyentes, ensalzador «de la ley, abaudor de los here- «jes descreídos y aniquilador de «los ejércitos que ponen compe- «tencia con Dios, que es Muley «Abdallah Aben Abóo, ensálcele «Dios con ensalzamiento honroso, «y hágale señor de notorio estado «y señorío. Al que sustenta el al- «zamiento de Andalucía, á quien «Dios ayude y haga victorioso....

ra y por la costa y la ajarquía de Málaga no se hacia con el vigor que por el rio Almanzora, por donde andaba don Juan de Austria. Y bien fuese por convencimiento, bien, como algun autor indica, porque se trataba ya de la liga de los príncipes cristianos contra el Gran Turco y se deseaba terminar la guerra de los moriscos para poner á don Juan de Austria al frente de la armada de la confederacion, ello es que se recurrió al sistema de reduccion que tanto se había criticado en el marqués de Mondejar.

A estè fin se pusieron en juego las relaciones que algunos principales caudillos cristianos habían tenido antes con los capitanes moriscos, y en especial las de don Alfonso de Granada Venegas y don Fernando de Barradas con el Habaquí, el general de los moriscos en la parte de Almería (1). Escribiósele al efecto, y le hallaron dispuesto á entrar en tratos de reduccion. Por eso le fué mas fácil al capitan Francisco de Molina, de quien antes hablamos, conferenciar con el Habaquí, y acordar con él lo que arriba dejamos referido. Encargóse tambien al licenciado Castillo, que poseia bien el idioma arábigo, escribiese una larga carta en aquella lengua, figurando ser de algun alfaquí que se condolia de los trabajos y de la perdicion

«á nuestro amigo y especial querido nuestro, el señor grande, honrado, generoso, magnífico, adelantado, justo, limosnero y temeroso... Diga..... etc.

(1) Gerónimo el Malech, que había sido nombrado general en jefe de aquella tierra, había muerto de enfermedad.

que esperaba á sus hermanos los moriscos, y les persuadía con abundancia de razones á que volvieran á la obediencia del rey de los cristianos, si querian evitar su total y completa ruina ⁽¹⁾. Un espía llevó ejemplares de esta especie de proclama por los lugares de la Alpujarra y los iba dejando donde pudieran ser hallados y leídos.

Pero al mismo tiempo se mandó por el rey y se encomendó al presidente Deza de Granada la ejecucion de otra medida, que no sin razon se miraba como muy peligrosa, y que con no poca fortuna se llevó á cabo sin empeorar el estado de la guerra y de las negociaciones para la reduccion, á saber, la de sacar del reino é internar en los pueblos de Andalucía y de Castilla á todos los moros de paz, esto es, á aquellos moriscos que no se habian alzado y permanecian en sus casas obedeciendo al rey. El lector juzgará de la justicia de tan dura determinacion en premio de la conducta de aquellos desgraciados, bien que se alegara para ella que daban avisos á los rebeldes, y que se hacia por su bien y seguridad. Hízose, pues, con los moros de paz (cuya sola denominacion parecia debiera servirles de salvaguardia) de la Vega, de la Alpujarra, de Ronda, de las sierras y rios de Almería, lo mismo que antes se habia hecho con los de Grana-

(1) Mirmol copió esta larga Uon de los moriscos, lib. VIII., carta, que titula *Carta persuasoria*, en su Historia de la Rebe-

da; y con sus familias y sus bienes muebles fueron arrancados de sus hogares, y trasladados al interior de Castilla.

Sin perjuicio de los tratos de reduccion, proseguian la guerra con éxito vario, don Juan de Austria por Terque, el rio Almería y los Padules de Andarax; el duque de Sessa por Ujijar, Adra, Castil de Ferro y Verja (abril, 1570), no sin que aquellos influyeran en el ánimo del soldado, de manera que al duque se le desertaban cada dia, y á tal punto, que de los diez mil hombres que tenia en la Alpujarra solo vinieron á quedarle cuatro mil. Y como luego le escribiese don Juan que tenia necesidad de verle para tratar algunas cosas importantes al servicio del rey, juntáronse los dos generales cristianos, primeramente en el cortijo de Leandro, y despues en los Padules, andando de allí adelante el duque de Sessa incorporado á don Juan de Austria. Tampoco cesaron los tratos sobre la reduccion; antes bien don Alonso de Granada Venegas lo propuso por escrito al mismo Aben Abóo, el cual en respuesta á su carta, despues de exponer con no poca valentia que la culpa del alzamiento y de los males que se habian seguido no la tenían ni él ni los suyos, sino los agravios intolerables que los cristianos les habian hecho, concluia con decirle que se viese con el Habaquí, que era á quien tenia dada comision para aquellos negocios. En su virtud, acordaron reunirse los principales caudillos de ambas par-

tes, con las seguridades convenientes, en el Fondon de Andarax.

Reunidos en efecto en el Fondon el Habaquí con sus principales capitanes ⁽¹⁾ y los comisarios de don Juan de Austria (13 de mayo, 1570), expuso en tono arrogante el Habaquí que no era posible guardar las pragmáticas reales ni tolerar las injusticias que los habían provocado á la rebelion; que no se había cumplido con ellos nada de lo que se les ofreció cuando se redujeron al marqués de Mondejar; que si con los moros de paz se hacia la injusticia de llevarlos á Castilla, habiendo sido leales, ¿qué podian esperar los rebeldes? Finalmente que don Juan de Austria nombrára personas de quienes pudieran fiarse que amparáran á los que fueran á reducirse, y que los aseguráran de no recibir daño; que volvieran los internados de Castilla y se les permitiera rescatar sus mugeres é hijos; que se los dejára vivir en el reino de Granada; que se les guardáran las antiguas provisiones; que hubiera un perdon general; que bajo estas condiciones ellos se reducirian todos, y entregarían los cristianos cautivos que tenian en su poder. Enviada esta relacion á don Juan de Austria, y congregado su consejo, se acordó responder: que ante todo trajesen poder de Aben Abóo, en cuyo nombre

(1) Eran estos, Fernando el Galip, hermano de Aben Abóo; Pedro de Mendoza, el Hecceul; Fernando el Gorri; un hijo de Gerónimo el

Malech; Alonso de Velasco, el Granadino; y doce de los principales turcos auxiliares.

se habian de rendir, y con él presentasen un memorial de súplica, pidiendo solamente lo que sabian se les habria de otorgar. Para más abreviar el negocio se encargó la redaccion del memorial al secretario mismo de don Juan de Austria Juan de Soto ⁽¹⁾, y llevado al Habaquí, dió este su conformidad, y prometió volver antes de ocho dias con los poderes de Aben Abóo.

El Habaquí cumplió fielmente su palabra, y el 19 (mayo) estaba ya otra vez en el Fondon de Andarax. Poco faltó para que la imprudencia de un capitan de caballos del duque de Sessa, llamado Pedro de Castro, diera al traste con la negociacion, con una insultante carta que dirigió al Habaquí, y que irritó sobremanera á todos los caudillos moros. Aplacados al fin, aunque con mucho trabajo, por los esfuerzos de los comisionados de don Juan de Austria, se concluyó el negocio de esta manera: Que el Habaquí, á nombre de Aben Abóo y de todos los capitanes moriscos se echaria á los pies de don Juan de Austria, rindiendo las armas y bandera y pidiéndole perdon; y que su Alteza (que así le trataban á don Juan) los recibiría en nombre de S. M. y les daría seguro para que no fuesen molestados ni robados, y se les permitiría vivir con sus mugeres é hijos en el reino, excepto en la Alpujarra. Hecho este concierto, pasaron á los Pa-

(1) Había muerto el secretario este Juan de Soto. Juan de Quiroga, y reemplazándole

dules, donde los esperaba don Juan en su tienda, rodeado de sus consejeros y capitanes. Llegó el Habaquí, se apeó de su caballo, y echóse á sus pies diciendo: «Otórguenos V. A. á nombre de S. M. perdón de nuestras culpas, que conocemos haber sido graves:» y quitándose la damasquina, se la dió á la mano, y dijo: «Estas armas y bandera rindo á S. M. en nombre de Aben Abóo y de todos los alzados cuyos poderes tengo.—Levantáos, le respondió don Juan de Austria con mucha dignidad, y tomad esa arma, y guardadla para servir con ella á S. M.»—Concluida esta solemne ceremonia con gran regocijo de todos, tratáronse algunos puntos concercientes al total arreglo de los negocios, y á 22 de mayo partió el Habaquí para la Alpujarra á dar cuenta de todo á Aben Abóo ⁽¹⁾.

Con esto y con haber vuelto el Habaquí (23 de mayo á Codbaa de Andarax (donde se había trasladado don Juan de Austria) con el consentimiento de Aben Abóo y de todos los capitanes y soldados moriscos; con haber señalado don Juan los candillos que en cada taba y distrito habian de recoger los que fuesen á entregarse, permitiéndoles vivir en los lugares llanos que ellos eligiesen, con tal que no fuese en la sierra; con haber embarcado el Habaquí para Africa los berberiscos y turcos auxiliares, y con

(1) Marmol, *Rebellion*, lib. IX., *Historia de don Juan de Austria*, cap. 1.º y 2.º—Vander Hammen, lib. II.

las entradas y correrías que los capitanes cristianos hacían en diferentes partes del reino en busca y como á caza de los pocos que rehusaban acendrir á reducirse, parecia que hubiera debido darse por concluida de todo punto la rebelion. Mas no fué así todavía. En primer lugar, al empeño del rey y del Consejo de despoblar el reino granadino de todos los moros de paz, ó sea de los no alzados, incluso los de Ronda, produjo en los moriscos de aquella serranía un levantamiento y una guerra no menos feroz ni menos sangrienta que la de la Alpujarra, que entretuvo y consumió las fuerzas de don Antonio de Luna, de Arévalo de Zuazo, y posteriormente del duque de Arcos, á quien el rey encomendó la reduccion de aquellos serranos, gente de antiguo valerosa, feroz y bravía; guerra que acabó diseminándose por los altos de la sierra los pocos moriscos que pudieron escapar de la persecucion ⁽¹⁾.

Por otra parte el reyezuelo Aben Abdo, ó alentado con un refuerzo de turcos y moros que á tal tiempo llegó en unas fustas berberiscas, ó envidioso de el Habaquí por haber éste concluido el negocio de la paz, y quejoso de las pocas ventajas que le parecia haber procurado para su persona, ó por hacérsele duro renunciar al nombre y título de rey, comenzó á

(1) En la relacion de los sucesos de esta guerra de Ronda se detuvo don Diego de Mendoza mas de lo que era de esperar de la brevedad con que trató los de la general de Granada. Puede verse su libro IV. y tambien el IX. y X. de Marínol.

mostrarse arrepentido de lo capitulado, y no protestó de que el Habaquí le había faltado á la lealtad y atendido poco al bien público, mudó de parecer y rehusó la sumision. Noticioso de ello el Habaquí, ofreció á don Juan de Austria y al Consejo que él le haria cumplir lo prometido, ó le traeria atado á su campo. Con este propósito partió con alguna gente en busca del que acababa de ser su rey; mas como éste supiese su intento, se apresuró á enviar contra él los moros de su guardia y los turcos que de nuevo le habian venido: sorprendiéronle en el lugar de Bérchul; pudo el Habaquí huir de la casa en que le cercaron, pero encontráronle luego y le cogieron entre unas peñas, lleváronsele á Aben Abóo, el cual le hizo ahogar secretamente y le enterró en un muladar, donde estuvo mas de treinta dias sin que se supiese su muerte. Tal fué el desgraciado fin del negociador de la paz de los moriscos.

Con tanta serenidad como abominable doblez y falsía, escribió despues de esto Aben Abóo á don Fernando de Barradas y á don Alonso de Granada Venegas, invitándolos á que fuesen á terminar con él, como con un amigo y hermano, la obra de la paz. Y como le preguntasen qué habia hecho de el Habaquí, les respondió que le tenia preso por algunos dias, como á hombre que los habia engañado á todos, que á él le habia encubierto la verdad, y que no habia hecho sino para sí y para sus parientes y amigos; pero

que consolaran á sus hijos, y los dijeran que estaba bueno, y que les daba su palabra de no tratarle mal y de soltarle de allí á pocos dias. Esto escribia el falaz moro cuando ya le tenia enterrado. Y al propio tiempo escribia tambien á los alcaides turcos de Argel, dándoles cuenta del suceso y de haber preso y degollado al Habaquí por traidor que habia vendido los moriscos del reino á los cristianos, y les rogaba le enviáran con urgencia socorros.

Para cerciorarse de las intenciones de Aben Abóo y de lo que significaban sus misteriosas cartas, dispuso don Juan de Austria despachar á Hernan Valle de Palacios (30 de julio) para que se viese con Aben Abóo y tratara con él. Recibióle el moro aparentando cierta arrogante dignidad, sin levantarse de un estrado en que se sentaba, rodeado de mugerzuelas que le entretenian tocando la zambra. Despues de haber oido las razones con que el Palacios le exhortaba á someterse, le respondió: «Que Dios y el mundo sabian que los turcos y moros le habian elegido rey sin pretenderlo; que no se opondria á que se redujesen los que quisieran, pero que tuviera entendido don Juan de Austria que él habria de ser el último; que aun cuando quedase solo en la Alpujarra no se daria nunca á merced; que si la necesidad le apretase, se meteria en una cueva que tenia provista de agua y bastimentos para seis años, en cuyo tiempo no le faltaria una barca en que pasar á Berbería.» Con esta

respuesta del contumaz y soberbio moro volvió el mensajero á don Juan de Austria, en ocasion que el rey, viendo la lentitud que habia en la reduccion, habia mandado que se formaran otra vez dos campos y se hiciera de nuevo la guerra, entrando con uno el comendador de Castilla en la Alpujarra, don Juan de Austria y el duque de Sessa con el otro por la parte de Guadix, los cuales se habian de ir á encontrar en medio de las sierras.

Todavía el artificioso moro intentó engañar á don Juan de Austria, que ya se hallaba en Guadix, con una carta que escribió á Juan Perez de Mescua (agosto) para que la presentára al príncipe, ofreciendo reducirse por intervencion suya, y convidándole á que se viese con él en Lanteyra para tratar de las paces. Pero descubierta por otra carta la falsta del astuto moro, se prosiguió en los preparativos para la nueva guerra con resolucion de emplear el mayor rigor contra los rebeldes pertinaces. Reunió pues el comendador mayor Requesens en Granada cuantas milicias, bagajes, vituallas y municiones pudo; partió para la Alpujarra (setiembre, 1570), distribuyó sus tropas, y ordenó una batida general. Hacíase la guerra á sangre y fuego; destruíanse los mijos, los panizos y todos los sembrados de los moros; degollábase á los hombres que se encontraban, y se cauti- vaba á las mugeres, que se repartian entre los capitanes y soldados. Tenian los moros el país ho-

radado de cuevas ocultas entre las breñas y riscos, donde ellos se escondían. En estas cuevas eran oleados por las cuadrillas del comendador y cazados como alimañas en sus madrigueras. Cuando á fuerza de armas no podían rendirlos, arrojaban por la boca cantidad de haces de leña encendidos, para que ó el fuego los abrasara, ó los sofocara el humo. Así murieron muchos centenares de hombres, mugeres y niños (setiembre y octubre). Millares de moriscos, de viejos y de muchachos fueron cautivados en estas correrías: los soldados los vendían y se aprovechaban de su precio. De los moros que se cogían, los unos eran ahorcados; los otros, por ser ya tantos en número, sufrían la suerte de cautivos, y se vendían en los mercados, siendo su producto para los aprehensores. Y al mismo tiempo el comendador hacía construir multitud de fuertes para asegurar la tierra.

En esto el rey Felipe II. había dado ya orden á don Juan de Austria (28 de octubre), al presidente de Granada don Pedro de Deza, y al duque de Arcos que había sometido á los sublevados de Ronda, para que, cada cual por su parte con toda la brevedad y diligencia posible, sacáran del reino de Granada é internáran en Castilla todos los moriscos, así los de paz como los nuevamente reducidos ⁽¹⁾. Esta

(1) Real cédula de Felipe II, de Madrid, á 30 de octubre de 1570.

era su segunda orden, y su última resolución sobre la materia. En su virtud y con acuerdo del Consejo dió don Juan de Austria las disposiciones oportunas para su ejecución, mandó que se tomasen todos los pasos de las sierras, y ordenó que en un día dado, el 1.º de noviembre, todos los moros del reino hubieran de estar recogidos en las iglesias de los lugares señalados, para llevarlos de allí en escuadras de á mil quinientos y con su escolta correspondiente á los puntos á que se los destinaba. Así se ejecutó, con orden y sin dificultad en algunas partes, con excesos y desórdenes en otras, con muertes y asesinatos en algunas, dando lugar en ciertos distritos los desmanues de los soldados y su codicia y maltratamientos á que no pocos se fugáran á lo más áspero de las breñas ó huyeran á Berbería. Los que se internaban eran entregados por listas nominales á los alcaldes de los pueblos en que habían de residir. De esta manera quedó despoblado de moriscos el reino de Granada, después de haber costado dos campañas sangrientas el subyugarlos y vencerlos ⁽¹⁾.

Hecho esto, y dejando guarnecidos los fuertes de

(1) La distribución que de ellos se hizo, fué la siguiente: los de Granada y su vega, valle de Lecrín, sierra de Bentomiz, ajarquia y hoya de Málaga, y serranías de Ronda y de Marbella, fueron repartidos por las provincias de Extremadura y Galicia: los de Guadix, Baza y río de Alanzora, por la Mancha, Toledo y Castilla la

Vieja, hasta el reino de León: los de Almería y su costa fueron llevados á Sevilla. Se acordó no destinar ninguno ni al reino de Murcia, ni á las cercanías de Valencia, por evitar el peligro del contacto y comunicación con los moriscos naturales de aquellas tierras.—Mármol, *Rebellon y castigo de los Moriscos*, lib. X., cap. 6.

la Alpujarra, volvióse el comendador mayor á Granada, y lo mismo hizo don Juan de Austria desde Guadix con el duque de Sessa, siendo recibidos con las mayores demostraciones de júbilo por los tribunales, corporaciones y pueblo. Allí licenciaron y despidieron la gente de guerra de las ciudades, y ordenado lo conveniente para el reemplazo de los presidios durante el invierno y el de las cuadrillas que habian de perseguir á Aben Abó y otros rebeldes, partió don Juan de Austria de la ciudad de Granada para la corte de S. M. (30 de noviembre). Siguióle á poco tiempo el comendador mayor de Castilla don Luis de Requesens, mientras don Fernando Hurtado de Mendoza y el duque de Arcos acababan de exterminar los moriscos dispersos de Ronda y de la Alpujarra.

Restanos dar cuenta del fin que tuvo el reyezuelo de montaña Aben Abó, que todavía andaba por lo mas ágrío de la sierra con cuatrocientos hombres que le habian quedado, guareciéndose ya en una ya en otra cueva entre Bérchul y Trevélez. Las personas de quienes mas confianza hacia eran su secretario Bernardino Abu Amer, y un famoso monfi llamado Gonzalo el Xeniz, y estos fueron precisamente los autores de su trágico fin, instigados por un platero, vecino de Granada, nombrado Francisco Barredo. Habia el platero comunicado su plan al duque de Arcos y al presidente y Consejo de Granada y logrado que

le ayudasen en él. Mas como el moro que llevaba una carta del presidente para Gonzalo el Xeniz cayera en poder de los secuaces de Aben Abóo, por salvar la vida entregó á éste la carta en que se revelaba el proyecto. Tomó entonces Aben Abóo una cuadrilla de sus escopeteros, y con ellos partió á media noche á sorprender al Xeniz que se hallaba en la cueva de Huzúm, entre Bérchul y Mecina de Bombarón. Entró en ella con solos dos hombres; enseñó los despachos al Xeniz, mostróse éste indignado, diciendo que todo era calumnia y trizicion; y cuando Aben Abóo salia á llamar á Abu Amer y á los suyos, detuviéronle á la puerta de la cueva seis hombres del Xeniz; llegó este entonces por detrás, y con la escopeta le dió en la cabeza tan fuerte golpe que le derribó al suelo, y allí le acabaron de matar. Dispersáronse con esto los escopeteros de Aben Abóo, y los mas se agregaron despues al Xeniz para gozar del indulto que á él le habia sido ofrecido (marzo, 1571).

Dispúronse conducir á Granada el cadáver del desdichado Aben Abóo, y para evitar la putrefaccion se le abrió y rellenó de sal. Entablillado despues por debajo del vestido y colocado derecho y como á caballo sobre una acémila, en términos que semejaba estar vivo, fué llevado á la ciudad, yendo á su derecha el platero Barredo, á su izquierda el Xeniz con la escopeta y el alfange de Aben Abóo: detrás los moros

reducidos con su ropa y bagages, y á sus lados las cuadrillas de gente de guerra de aquellos presidios. Entraron por la ciudad haciendo salvas con sus arcabuces; el pueblo saludó con júbilo aquella procesion burlesca; el Xeniz hizo su acatamiento al duque y al presidente entregándoles las armas de Aben Abó, y el cuerpo de este desgraciado fué arrastrado por las calles, descuartizado despues, y colocada la cabeza en una jaula de hierro fué puesta sobre el arco de la puerta del Rastro que da salida al camino de las Alpujarras (1).

La tierra se fué poblando de cristianos al principio con alguna dificultad, pero despues con el aliciente de las haciendas que el rey mandó distribuir y de los privilegios y franquicias que otorgó á los nuevos pobladores, ya no faltaban cristianos que apetecieran ir á morar en el territorio morisco.

Así acabó la guerra de los moriscos de Granada, últimos restos de la dominacion sarracena en aquel reino: guerra sangrienta y feroz, en que musulmanes y cristianos, todos cometian excesos y ejecutaban crueldades horribles, todos hicieron acciones de va-

(1) Puséronle un rótulo que decía.

*Esta es la cabeza
Del traidor de Abenabó.
Nadie la quite
Sopena de muerte.*

Mendoza en el libro IV. y último de la Guerra de Granada, y

Mármol en el X. de la Rebelion y castigo de los Moriscos, cap. 8, difieren en algunas circunstancias y pormenores de la muerte de Aben Abó, pero están conformes en lo principal del suceso. Hemos seguido á Mármol, que en lo general suele estar mejor informado de estos sucesos, como persona que podía verlos por sí mismo.

lor heroico: guerra desigual entre un pueblo de montañas, reducido al recinto estrecho de una provincia española, y el poder de un soberano que dominaba la mitad del mundo: guerra en que los esfuerzos individuales y los arranques de la desesperacion suplieron en el pueblo rebelado la falta de gobierno, de organizacion, de ejército y de leyes: guerra que creemos hubiera podido evitarse con alguna mas prudencia de parte del monarca y de los consejeros españoles, pero necesaria si se atiende al modo con que Felipe II. se propuso establecer la unidad religiosa en el reino: guerra en fin, en que el jóven don Juan de Austria hizo una gloriosa prueba de capitan valeroso y activo, entendido y prudente, y cuyo triunfo, bien que honroso, fué solamente como el anuncio de los laureles que mas en abundancia habia de recoger en otro mas ancho campo en que vamos á verle ahora.

CAPÍTULO XIII.

DON JUAN DE AUSTRIA.

LEPANTO.

De 1570 á 1574.

Planes del sultán Selim II. sobre la isla de Chipre.—Resuelve su conquista.—Rompe la paz con Venecia.—Prepárase á la guerra la república: busca aliados y pide auxilio.—El papa y el rey de España.—Principio de la Liga.—Conferencias en Roma: capítulos.—Guerra de Chipre.—Generales y fuerzas turcas.—Generales y fuerzas venecianas.—Sitio y toma de Nicosia por los turcos.—Escuadra auxiliar de España. Juan Andres Doria.—Escuadra pontificia: Marco Antonio Colonna.—Disidencias entre los aliados.—Retrasa Andrea Doria.—Vuélvese la armada de los confederados.—Realízase la liga cristiana y se jura.—Célebre sitio de Famagusta por los turcos.—Defensa heroica de los venecianos.—Se rinden.—Horribles é inauditas crueldades de Mustafá.—Generales de la armada y ejército de la Liga: Generalísimo, DON JUAN DE AUSTRIA.—Sale don Juan de Madrid va á Barcelona, Génova, Nápoles y Messina.—Reunion de la armada de la Liga.—Número de naves y hombres.—Parte la armada á Levante.—Armada turca. Pertaw-Bajá y Ali-Bajá.—Orden de las dos armadas.—Memorable batalla de LEPANTO.—Pericia y denuedo de don Juan de Austria.—Muerte de Ali-Bajá.—Triunfo glorioso de la Liga, y destruccion de la armada turca.—Retirada de los aliados.—Festejos en Venecia, Roma, y Madrid.—Escaso fruto que se recogió de la victoria y sus causas.—Repose el turco su armada y vuelve sobre Candia.—Lentitud de los aliados, y motivos que la

ocasionaban.—Muerte del papa Pío V.—Gregorio XIII.—Detencion de don Juan de Austria y sus quejas.—Hácese otra vez á la vela.—Campaña naval de 1572.—Retirada de los aliados.—Bochorno en paz de Venecia con Turquía.—Disuélvese la Liga.—Marcha don Juan de Austria á Berbería y reconquista á Tunez.—Vuelve á Italia.

Dejamos en el capítulo anterior á don Juan de Austria triunfante de los moriscos granadinos, y preparándose á buscar otros laureles con que ceñir su noble frente en otro campo mas estenso y en empresas mas dignas de su elevado ánimo y de su gran corazón. El que habia vencido á unos moros montañeses, aunque briosos y valientes, entre las breñas y riscos de una comarca de la península española, iba á ser puesto á prueba lanzándole á los mares de Oriente y colocándole como general en jefe de la armada de tres naciones confederadas, frente á frente de las fuerzas marítimas del Gran Turco, que era entonces formidable y poderoso en las aguas, y desafiaba y traía alarmada toda la cristiandad. Menester es que reseñemos brevemente las causas que obligaron á las potencias cristianas que nombraremos luego á unirse y coligarse contra el imperio otomano, y la situación respectiva en que se hallaban las fuerzas de los turcos y de los confederados cuando el hermano natural de Felipe II., joven de veinte y cuatro años, fué llamado á desempeñar el primer papel en aquella solemne contienda.

La conquista de la fertilísima isla de Chipre, tri-

butaria antes de los sultanes como sucesores del soldan de Egipto, y despues cedida á la república de Venecia por Catalina Cornaro, noble veneciana, viuda del rey Jacobo, habia sido el proyecto favorito del sultan Selim II. que sucedió en el imperio á su padre Soliman, muerto en la guerra de Hungría en 1566. Desde antes de subir al trono, y cuando era solamente príncipe hereditario, habia tenido ya este pensamiento. Criado este príncipe entre los placeres del serrallo, codicioso de oro, pero todavía mas apasionado del vino, por más que lo prohibiera su ley, y llamado por esto «el habedor, el ébrio,» acaso no era el menor aliciente para sus planes de conquista el verse poseedor del suelo que producía aquellos ricos y sabrosos vinos de Chipre á que era tan aficionado. No faltaba quien le representára la conquista de Chipre como la empresa más ventajosa á los intereses de la Puerta Otomana, como la más digna de un hijo del gran Soliman. Hablábale en este sentido su visir Mustafá, y bien que Mohammed-Bajá y el gran mufti, celosos de la privanza de Mustafá, intentáran persuadirle que debía atender con preferencia al socorro de los moriscos granadinos y enviar las naves del imperio á España, prevaleció en el ánimo de Selim el consejo que más le habia halagado siempre, el de arrancar á Chipre del poder de Venecia. Esto explica por qué los turcos dejaron abandonados á los desgraciados moriscos de Granada, por qué, cuando el herma-

no de Aben Humeya y Fernando el Habaquí pasaron á Constantinopla (1569) á solicitar el socorro del Gran Señor, no obtuvieron sino promesas y buenas palabras, por más que el mufti y el visir Muhammet se esforzaran por inclinar al sultan á favorecerlos (1).

Quedó, pues, resuelta la conquista de Chipre. No importaba que el imperio otomano estuviera entonces en paz con Venecia. Para los musulmanes no habia tratado de paz legítimo si no era ventajoso á la generalidad de los musulmanes. En el momento que la ruptura de una paz podia ser útil á los intereses del islamismo, aquella paz podia romperse legalmente. Todo país en que hubiera habido mezquitas y se hubieran convertido en iglesias cristianas debia volver al culto del islam. Con estas máximas nada mas fácil que tener siempre motivo de guerra. Además las rentas de Chipre habian sido aplicadas en otro tiempo por los soldanes de Egipto al entretenimiento de los santos lugares de la Meca y Medina: era menester que lo fueran ahora á la erección de la gran mezqui-

(1) Según Hammer, *Historia del Imperio otomano*, lib. XXXVI., el principal instigador de Selim para la conquista de Chipre fué un judío converso, originario de Portugal, llamado Juan Miguez, y que después cuando volvió al judaismo tomó su antiguo nombre de Joseph Nassy, el cual habia logrado ganar al corazón del príncipe con obsequios de dinero, de perlas, y sobre

todo de exquisitos vinos, haciéndole tomar afición á los *dacados de Venecia y á los vinos de Chipre*, y que un día entre los vapores de la embriaguez habia soltado el príncipe turco la halagüeña promesa de coronar á Joseph por rey de Chipre. Todo esto es muy posible, mas no creemos que la empresa tuviera este solo y tan liviano origen.

ta que se construía en Andrinópolis. El precio pues de la paz había de ser la cesion de Chipre á la Puerta Otomana por la república de Venecia y la intimacion que en este sentido fué á hacer un enviado del sultan al senado de la señoría confirmó lo que habia estado avisando su bailí en Constantinopla (febrero, 1570).

El senado rechazó dignamente la injuriosa propuesta; el pueblo se irritó contra el emisario (*eschansch*), que tuvo que salvarse saliendo por una puerta escusada; alegróse Selim de una repulsa que le ponía en la mano la ocasion de la guerra; Venecia se arrepintió, aunque tarde, de su imprudente confianza, y quiso reparar á fuerza de actividad su anterior descuido. Arbitró recursos, vendió propiedades y oficios, dióse prisa á equipar naves, nombró general de ellas á Gerónimo Zanne, procurador de San Marcos, dió el mando de las tropas de tierra á Sforza Pallavicino, puso la provision general de la armada á cargo de Antonio Canale y Jacobo Celsi, y en poco tiempo se hallaron equipadas ciento treinta y seis galeras, once galeazas, catorce naves y otras embarcaciones menores. Pero Venecia no era ya la antigua reina del Adriático: escasos eran sus recursos, pocas é indisciplinadas sus tropas, las plazas fuertes descuidadas y deterioradas, mal acondicionadas sus naves. Venecia volvió los ojos á las naciones cristianas en demanda de auxilio; pero en pocas halló calor y apoyo. Fran-

:

cia, su antigua aliada, combatida por los bandos interiores que ensangrentaban su suelo; Inglaterra hecha protestante y nada interesada entonces en el triunfo ni en la prosperidad del catolicismo: Maximiliano de Austria, en tregua á la sazón con el turco: el rey don Sebastian de Portugal, con su reino infestado, y ocupado él en reparar sus costas: los estados y príncipes de Italia, pequeños, pobres y divididos: los unos le contestaron con promesas para lo futuro, los otros, como Génova, Saboya, Florencia, Malta y Urbino, le suministraron tal cual galera y cortísimo número de soldados.

¿Qué le quedaba á Venecia de donde pudiese recibir una proteccion que algo pudiera valerle en el gran peligro que la amenazaba? Quedábanle Roma y España, dos potencias que no le estaban agradecidas. Sin embargo, ni el papa Pio V. ni el rey Felipe II. como príncipes católicos y como señores de estados en Italia, podian ver con indiferencia el daño que del engrandecimiento de los infieles habia de seguirse á la religion en general y á sus propios particulares dominios. El papa no solamente se prestó á socorrer á la república con doce galeras armadas á su costa, de que nombró general á Marco Antonio Colonna, duque de Paliano y de Tagliacozzo, sino tambien á servir de medianero con el monarca español, á cuyo efecto le envió á monseñor Luis de Torres, clérigo de su cámara apostólica, y varon muy prudente y docto, con una

larga carta y con el encargo especial de que viera de mover su real ánimo á que entrara en la liga con Su Santidad y con Venecia contra el amenazante poder de los otomanos (abril, 1570). Grandes eran las atenciones que á la sazón tenia Felipe II. en Flandes, en Granada y en la costa de Africa. Pero se trataba de la causa de la religion, y el que habia protegido á Malta contra el poder de Soliman, no habia de desamparar á Chipre amenazada por las fuerzas de Selim. Así, aunque se reservó meditar mas detenidamente para resolverse á entrar ó no en la liga, desde luego prometió dar orden á Juan Andrea Doria, su almirante de Sicilia, para que con sus galeras navegase la vuelta de Corfú, y se uniese á las de Venecia y del papa.

No tardó el monarca español en resolverse en favor de la liga. El delegado pontificio le habia encontrado en Ecije, caminando de Córdoba á Sevilla. El último dia de abril hizo su entrada solemne en Sevilla Felipe II., y el 16 de mayo nombró ya sus representantes en Roma á los cardenales Granvela y Pacheco, y á su embajador en aquella corte don Juan de Zúñiga, con plenos y amplísimos poderes para que, en unión con el romano pontífice y los procuradores de la república de Venecia, trataran, y estipularan en los términos mas convenientes una liga ó confederación de las tres potencias contra los turcos y otros cualesquiera infieles enemigos de la cristiandad, prometien-

do bajo su real palabra cumplir, guardar y observar todo lo que por dichos sus representantes se determinase, pactase y acordase, dándolo desde luego por aprobado, firme y valedero, en testimonio de lo cual espedia sus cartas signadas de su mano y selladas con su sello (1).

Habiendo el dux de Venecia Luis Mocenigo, y el senado de la Señoría otorgado iguales ó semejantes poderes á sus embajadores en Roma Miguel Suriano y Juan Soranzo, y nombrado por su parte el pontífice Pio V. cinco cardenales para el mismo objeto, abriéronse las conferencias en la capital del orbe católico para formar la liga contra el Turco.

Vióse desde luego lo difícil que era traer á comun acuerdo potencias que obraban impulsadas por diversos intereses y fines. Las dificultades nacian principalmente de la república de Venecia, que en vez de pedir, puesto que era la mas directamente interesada y habia de ser la mas favorecida, aspiraba á imponer condiciones. Quería además Venecia que se concretara el objeto de la confederacion á quebrantar el poder del Turco, y como quien dice, á libertar á Chipre; cosa en que no podian consentir los representantes de España, cuyos fines eran mas nobles y más

(1) Copia del real despacho en latín, Biblioteca de la Real Academia de la Historia, tom. 36.—Misceláneas del conde de Villanueva.—«In cujus fidem (concluye el despacho) mandavimus dari has

nostras litteras nostra tñdem manu subscriptas, et sigillo nostro signatas. Dat. in civitate nostra Hispali XVI. Mart. anni 1570. Ego Rex.—Antonius Perez.»—Locus sigilli.

vastos, puesto que proponian que la liga no fuese temporal, sino perpétua; que no se limitara á combatir á los turcos, sino que se hiciera extensiva contra los moros y otros enemigos de la cristiandad, de quienes el rey católico tenia tanto ó más que temer que de los otomanos. Suscitáronse dificultades tambien respecto á la persona á quien se habria de confiar el mando superior de todas las fuerzas de las naciones confederadas. Pretendia este derecho Venecia, como la nacion en cuyo favor se hacia la liga; pero reclamábale los comisionados del rey católico, como el mas poderoso y como el que habia de concurrir con mas fuerzas á la lucha y con mas dinero á los gastos de la guerra. Proponian, pues, los españoles, á don Juan de Austria, y contradecianlo los venecianos. Aspiraban tambien aquellos á nombrar lugarteniente de su nacion, pero esponia el pontífice que creia conveniente á la dignidad de la Iglesia que al menos este cargo le tuviese un general de la Santa Sede. Los venecianos no querian obligarse á guardar la liga sino bajo la fe de su palabra; mas los españoles que fiaban poco en las palabras de quienes no tenian fama de ser escrupulosos guardadores de los tratados, que recordaban la historia de las alianzas de la república, y no tenian la más favorable idea de la constancia de los de aquel estado, insistian en que se ligaran todos con juramento, y so pena de incurrir en las censuras de la Iglesia.

En estas disidencias y altercados, naturales entre negociadores que no llevaban un mismo designio y un pensamiento comun, y que hubieran debido hacer augurar mal de una liga en tales principios cimentada, trascurrió bastante tiempo, trabajando sin cesar el pontífice para hacer venir á los contratantes al acuerdo que con tanto ahínco deseaba. Los esfuerzos asíduos del jefe de la cristiandad dieron al fin su fruto, y después de mucha discusion y de vencidas no pocas dificultades, se pactó la Santa Liga ó Confederacion, bajo las siguientes principales capitulaciones:

Confederacion perpétua para resistir y aniquilar, no solo la fuerza de los turcos, sino tambien las de los moros de Argel, Tunez y Trípoli.

Las fuerzas de los coligados se habian de componer de doscientas galeras, cien naves, cincuenta mil infantes, españoles, italianos y tudescos, cuatro mil quinientos caballos ligeros, con la correspondiente artilleria y provisiones.

Esta armada y ejército habian de estar aparejados y en orden en Levante para marzo, ó lo mas tarde abril del siguiente de 1571, y de la misma manera en los años consecutivos.

Su Santidad contribuiria con doce galeras bien provistas, y con tres mil infantes y doscientos setenta caballos ligeros.

El rey católico subvendria con tres partes de seis á los gastos de la guerra, con dos el dux y senado de

Venecia, y aun suplirian en la misma proporcion la parte que restaba al pontífice, si no le fuese posible satisfacerla.

Cada nacion aprontaria los artículos y productos que mas en abundancia tuviere, indemnizándose del exceso con otros en equivalencia.

Si el rey católico fuese acometido de turcos ó moros en tiempo en que no estuviera reunido el ejército de la liga, el dux y la señoría de Venecia se obligaban á socorrerle con cincuenta galeras bien provistas y armadas de la misma manera que S. M. habia auxiliado á Venecia en este año de 1570 con otras tantas. Lo mismo se estipulaba recíprocamente para todos los casos en que cualquiera de los estados de la confederacion fuese invadido, y muy especialmente para las tierras del dominio de Su Santidad.

La administracion de la guerra se haria con parecer y deliberacion de los tres capitanes generales de la liga, dándose por bueno lo que dos de ellos aprobaran.

El general en jefe de las fuerzas de la liga seria el señor don Juan de Austria, y en su ausencia ó imposibilidad el que mandara las galeras del pontífice.

Se reservaba un lugar, por si quisiesen entrar en la confederacion, al emperador Maximiliano de Alemania y á los reyes de Francia y Portugal, debiendo el Santo Padre amonestar y exhortar á ello al empera-

dor, al rey de Polonia y á otros reyes y príncipes cristianos.

La particion de todo lo que se conquistare se haria conforme á lo capitulado en la liga de 1537.

Todas las diferencias que pudieran suscitarse entre los confederados se remitirian al juicio de Su Santidad y de sus sucesores.

Ninguna de las partes ni por sí ni por otro podria tratar paces, treguas, ni otra concordia con el turco sin conocimiento y anuencia de los demás.

Si alguno faltare á este pacto, incurriria en pena de excomunion mayor *latæ sententie*, y en entredicho eclesiástico sus vasallos, tierras y señoríos, absolviendo el papa á sus súbditos del juramento de obediencia y fidelidad.

Tales fueron las bases de la famosa liga entre la Santa Sede, el rey de España y la república de Venecia contra el sultan de Turquía y contra los infieles enemigos del nombre cristiano ⁽¹⁾.

(1) Una copia de estos capítulos, escada de la Biblioteca del señor duque de Osuna, se ha insertado en el tomo 3.º de la Colección de Documentos inéditos de los señores Navarrete, Baranda y Salvá.

El señor Rosell que ha escrito recientemente una excelente Memoria sobre el combate naval de Lepanto, Memoria premiada por la Real Academia de la Historia en el certámen de 1853, y cuyo mérito nos corapiacemos en reconocer, ha incurrido en este punto, á nuestro juicio, en una grave

equivocacion. Todo lo que el señor Rosell dice de las dificultades que surgieron para la liga y los capítulos que al fin se acordaron, parece referirlo al año 1574, pues nada absolutamente habla de lo estipulado en 1570 (pueden verse los capítulos I. y II. de la Memoria). Así es que los dos documentos que cita en los apéndices, uno latino, sacado de la biblioteca de la Academia de la Historia, otro castellano, copiado de la Crónica de Gerónimo Torres y Aguilera, ambos contienen la ratificación que se hizo en mayo de

Mientras esto se trataba en Roma, el sultán había encomendado la empresa de Chipre á sus más ardientes promovedores, Mustafá y Piali-Bajá, éste como general de la armada, aquél como jefe de las fuerzas de tierra. Ciento sesenta galeras, ó igual número de embarcaciones, entre fustas, galeotas, mahonas, caramurzas y barcos de transporte, con más de cincuenta mil hombres de desembarco, fueron enviados por escuadras y con cortos intervalos á aquellos mares, aterrando las poblaciones de la isla con

1571. Pero de ser dos notas distintas y de dos años diferentes las que el señor Rosell creyó una sola, certifičan: 1.º las varias veces que en el documento por nosotros citado, se nombra *el presente año de 1570, y el siguiente de 1571*, como es el que habla de empezar á observarse la Liga; 2.º la diferente fecha que encabeza ambos documentos: el dado por nosotros comienza: «Ihs. — Invocando el auxilio y auxilio del omnipotente Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Año de la Natividad de 1570, y el quinto del pontificado de nuestro Santísimo y Beatísimo Padre por la divina Providencia Papa Pio V. . . .» — Y el del señor Rosell empieza: «Ante todas cosas invocando el nombre de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Amen. Año del nacimiento de Nuestro Señor Jesuchristo de 1571, y seis del pontificado de nuestro muy Santo Padre es Cristo, por la divina Providencia Pio Papa Quinto. . . .»

El ilustrado autor de la Memoria, que acaso se dejó guiar por Cabrera, á quien no sabemos cómo pudo ocuparse, en su buen talento, el cotejo de estos documentos,

quiso dar explicación á esto que á nosotros nos parece error con una idea que no hemos visto en otro, á saber; que no habiéndose de tener efecto la liga hasta el año siguiente (que según él, había de ser el 1572), se estipuló por separado otro convenio para que rigiera en el actual (esto es, en 1571), determinándose entre otras cosas, que en todo el mes de mayo se hallasen en Otranto ochenta galeras y veinte naves, que deberían unirse con la armada veneciana, no incluyéndose en aquel número las del pontífice, ni las de Saboya y Milán. De consiguiente, tenían que ser las españolas.

Mas no advirtió el señor Rosell, que habiéndose firmado la ratificación de la Liga, según el documento latino, en 23 de mayo, según Torres Aguilera y Vaader Hammen, en 29 de mayo, era muy difícil y casi imposible, si no imposible del todo, que en el mes de mayo hubieran de estar las ochenta galeras y veinte naves de España en Otranto. Es, pues, indudable para nosotros, que todo esto debe referirse al pacto de Liga hecho en 1570.

los desmanes que los soldados cometían do quiera que desembarcaban. Después de algunas ventajas y de algunas pérdidas que mutuamente tuvieron las dos armadas enemigas, púsose Mustafá sobre Nicosia, la capital y el centro de la isla, y la plaza mejor fortificada, y lo hizo contra el dictámen de Piali que opinaba por el sitio de Famagusta. Por creer también más amenazada y en más peligro esta plaza había acudido á ella el gobernador de Nicosia, Astor Baghom, dejando la defensa de la capital á cargo de Nicolás Daudolo, hombre de escasísima capacidad. No era más perito el conde de Trípoli, Jacobo de Norez, que mandaba la artillería: el conde de Rocas, lugarteniente del gobernador, tampoco tenía más experiencia militar, y los diez mil hombres de la guarnición ni estaban bien armados ni eran gente hecha á las armas. Sentó Mustafá sus reales delante de Nicosia (25 de julio) con cerca de cien mil hombres, de ellos más de cincuenta mil de tropas regulares. Los venecianos habían arrasado cuatro años antes la ciudadela, y convertido la ciudad en una plaza regular, protegida por once bastiones, para cuyas obras habían demolido ochenta iglesias, y el gran convento en que descansaban las cenizas de los reyes de Jerusalem, los Lusignan, los príncipes y princesas de Galilea y de Antioquía, los senescales, almirantes, condestables, y chambelanes de Jerusalem y de Chipre, los condes y barones de Tiberiada, Sidon, Cesarea

y Nicópolis, con muchos obispos, arzobispos y patriarcas.

No era posible que resistiera á ejército tan numeroso y aguerrido una ciudad, aunque fuerte, por tan inhábiles gefes y por gente tan bisonña defendida. Hicieron no obstante los nicosianos en su desesperacion algunos esfuerzos de valor, que llegaron á dar cuidado á Mustafá, hasta el punto de pedir cien hombres de refuerzo á cada galera, y el sitio se prolongó más de siete semanas. Por último, el 9 de setiembre, dia funestamente memorable para aquella infortunada ciudad, despues de batidos á un tiempo cuatro de los principales bastiones, fué entrada por asalto; los habitantes se echaban á los piés de los turcos implorando misericordia, pero los barbaros no conocian la piedad, á todos los degollaban con rabioso frenesí, y las tropas de la plaza fueron igualmente acuchilladas. El proveedor Nicolás Dandolo pareció de la misma manera, víctima de su ineptitud y su ignorancia. Todos los horrores, todas las crueldades con que los vencedores suelen manchar su triunfo en una ciudad tomada por asalto, los ejecutaron los turcos en la infeliz Nicosia (1).

(1) Tenemos á la vista para la sucinta relacion que vamos haciendo de estos sucesos las obras y documentos siguientes Juan Sagredo, veneciano, *Memorie storiche de Monarchi Ottomani*:—Parutia (Paolo), veneciano tam-

bien, *Della guerra di Cipro*:—Uberto Foglietta, genovés, *De sacro fœdere in Selimum*:—Contarini (Juan Pedro), *Istoria della cosa successe dal principio de la guerra mosia da Selim Ottomano á Venetiani*:—Contarini (Gaspard),

¿Qué habían hecho entretanto la armada de los turcos y la de los confederados? Piali había andado cruzando con las galeras del imperio las aguas de Rodas; y el virrey de Argel Uluch-Ali, ó según otros le nombran, Alsch-Aali, había acudido con sus naves y sus corsarios, y logrado incorporarse á la armada turca despues de haber apresado cuatro galeras de Malta. En cuanto á la armada de los cristianos, las flotas de España y de Roma no se reunieron hasta el 31 de agosto á la de Venecia, que había recorrido el Archipiélago, las Cicladas y Candia procurándose refuerzos de hombres y de vituallas y tambien saqueando y cometiendo desmanes. En esa tardanza había caído alguna más culpa al general pontificio Marco Antonio Colonna que al almirante español de Sicilia Juan Andrea Doria, pues al cabo éste había tenido necesidad de dejar provista la Goleta y asegurada la costa de Africa. Reunidas al fin, con gran contento de los venecianos, las tres escuadras en el puerto de la Su-

Del Gobierno de Venecia (en latín): —Daru, francés, *Histoire de la république de Venise*; —Graziani, toscano, *De Belle Cypris*; —Caraccioli: *I Commentarii delle guerre*, etc. —Hadschi-Chalfa, *Histoire de les guerres maritimes de les otomans*; —Hammer, alemán, *Histoire del imperio Otomano*, traduccion de Dochez, y los documentos de los archivos imperiales y reales, citados por este.—Brantome, francés, *Vida de Juan Andrea Doria*; —Vander Hammen, español, *Historia de don Juan de*

Austria; —Barrera, español, *Guerre de Cipro y batalla naval de Lepanto*; —Torres y Aguilera, español, *Crónicas y recopilacion de varios sucesos*, etc.; —Cabrera, español, *Historia de Felipe II.*; —Ossorio, español, *Joannis Austriae Vita*, Manuscrito de la Biblioteca Nacional; —Coleccion de documentos inéditos; —Manuscritos de la Biblioteca Nacional, de la del Escorial, de la del duque de Osuna, y del Archivo general de Simancas.

da, celebróse consejo de generales y capitanes (1.º de setiembre) para deliberar á qué punto convendría mas se dirigiese toda la armada. Opinaban unos que á libertar á Nicosia; otros proponían acometer alguna de las posesiones otomanas como el mejor medio para distraer á los invasores de Chipre.

Pero Andrea Doria, que había heredado la prudencia y el valor, así como la pericia en las cosas de mar del príncipe su tío, sin oponerse al dictámen de encaminarse á Chipre como la resolución mas digna, espuso que sería bien, antes de acometer una empresa arriesgada, reconocer el número, estado, condición y calidad de las fuerzas y bagales con que contaban para ello, y ver si estaban todos tan bien acondicionados como los que el rey don Felipe había puesto á su cargo. Sobradamente penetraron los venecianos á dónde iba dirigida la observación de Doria, mas no pudiendo negarse á hacer la muestra y reconocimiento que deseaba, por mas que anduvieron remisos, accedieron al fin á que se verificase, y se halló lo que Doria temía con razón, ó sabía ya acaso, no pudiendo menos de manifestar su admiración de que con naves tan mal aparejadas y tan pobremente dotadas de chusma y de soldados, se hubiera atrevido la república á acometer una empresa de tal magnitud y de tanto peligro. Remedióse el mal en la parte que entonces era posible, y puestas por fin en orden de marcha las tres escuadras (17 de setiembre), navega-

ron al canal de Rodas, y cuando los vientos las habían obligado á guarecerse al abrigo de Puerto Vati y Calamiti, llególes la infausta nueva de la pérdida de Nicosia, con todos los horrores que los turcos habían ejecutado en muros, casas, defensores y habitantes (4).

Por mas que los venecianos procuráran disimular el sentimiento de una catástrofe que exclusivamente se había debido á la negligencia de la Señoría y á la ineptitud de los gefes encargados de la defensa de la ciudad que acababan de perder, el genovés Doria, que ni se alucinaba ni gustaba de que se dejaran alucinar de apariencias, provocó otro consejo general (23 de setiembre) para sondear la opinion de cada uno respecto á la resolucion que en caso tan grave se

(4). Hé aquí el orden de marcha que llevaba, y la fuerza naval que constituía la armada cristiana de la expedición de Chipre.

Marcos Querini, veneciano, iba de vanguardia con doce galeras.

Marco Antonio Colonna, general de Su Santidad, con otras doce.

Juan Andres Doria, capitan general de S. M. C., con diez y seis.

Don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz y virrey de Nápoles, español, con diez y nueve.

Don Juan de Cardona, virrey de Sicilia, español, con diez.

Gerónimo Zaone, general de los venecianos, con treinta.

Sforza Pallavicino, veneciano, capitan general de tierra, con veintiseis y cinco.

Jacobo Ceisl, proveedor de la armada veneciana, con veinte.

Antonio Canale, id., con diez y siete.

Santos Trono, veneciano, en la retaguardia, con diez y seis.

Francisco Duodo, id., con doce.

Pedro Trono, id., con catorce naves y galeoncillos.

Total de buques venecianos. 148

De España. 45

De Su Santidad. 12

Total general de buques. 205

En esta relacion no se cuentan los barcos de transporte. El número de la gente de guerra no pasaba de quince mil hombres: de ellos mas de ocho mil eran venecianos: Doria llevaba tres mil españoles y dos mil italianos; los del pontífice no eran mas de cuatro mil. Hay que añadir los nobles y aventureros que iban voluntariamente.

deberia adoptar. Proponian unos dirigirse á Negroponto, otros á la Morea, y en discursos y pareceres diversos se consumió el tiempo sin poder venir á conformidad, y se disolvió la junta sin resolverse nada. Disgustado el general de la armada española con tales disidencias y tal desórden, y alegando no haberse comprometido á permanecer en aquellos mares sino por término de un mes, y tener que atender á las costas de Sicilia de donde le separaba tan gran distancia, anunció su determinacion de retirarse, y fueron menester todos los esfuerzos de los generales de Venecia y del pontífice para que accediera á quedarse hasta terminado el setiembre. Mas como luego el general pontificio se atreviera á preguntarle con cierta presuncion y arrogancia propia de su carácter, si mandándosele él se quedaria, Doria le contestó con entereza, que para ser obedecido necesitaba darle testimonio de la autoridad con que procedia. De unas en otras palabras se fueron acalorando Colonna, Doria y César Dávalos, en términos que el asunto hubiera podido pasar muy adelante sin la prudencia de Juan Andrea que se retiró é hizo retirar á Dávalos. ¡Tan poca concordia reinaba entre los gefes de la confederacion!

No tardó, pues, en verificarse la separacion; mas no ya por culpa de Doria, aunque es verdad que la apetecia, sino de los mismos Colonna y Zanne, generales del papa y de la república, que sin co-

manicárselo á Doria se alejaron de puerto Tristano con sus armadas dejándole solo con su flota. Entonces él, considerándose libre, bien que no sin pedir todavía la venia á los otros dos generales, tomó la vuelta de Sicilia (5 de octubre, 1570), donde arribó sin detrimento de su gente ni menoscabo de sus naves. De esta retirada, de que quisieron los generales de Venecia y Roma hacerle un cargo, así como de su conducta en la expedicion, se justificó el almirante genovés ante el pontífice y ante todo el mundo (1).

Con la pérdida de Nicosia, y con la desmembracion de la armada de España, ni la isla se hallaba en disposicion de oponer una gran resistencia á los turcos, ni las escuadras del papa y de Venecia en la de emprender operacion alguna importante contra el poder naval de los otomanos. Así es que varias poblaciones de la isla se fueron rindiendo, y si Piali no dió caza á las dos escuadras de Italia fué porque los vientos le obligaron á retroceder cuando marchaba á Candía, y viendo frustrado su designio y la cruda estacion del invierno encima, mudó de propósito y se fué á invernar á Constantinopla. Zanne se trasladó á Corfú, y Colonna dió la vuelta á Roma, donde llegó despues de no pocos azares con su pequeña flota lastimosa

(1) El señor Rosell, en su Memoria sobre el combate naval de Lepanto, ha publicado la justificacion de Juan Andres Doria (Apéndice V.), copiada de un Códice de la Biblioteca Nacional, E. 52, fo-

lio 387, con lo cual quedan desvanecidos los cargos que en algunas historias italianas se leen contra esta conducta del jefe de la armada auxiliar española.

mente deteriorada. Mustafá dejó algunas tropas al mando de Muzaffez-Bajá para guarnecer á Nicosia, y pasó á cercar á Famagusta, enviando á los de la ciudad para intimarles la rendicion en lugar de pliego la cabeza de Nicolás Dandolo. Aunque el general de la armada de Venecia logró introducir algun refuerzo en la plaza, las baterías que en una eminencia hizo colocar Mustafá anunciaban su resolucion de no abandonar el sitio aun en la inclemencia y rigor del invierno. Aquella fué una de las últimas disposiciones del general Zanne, porque poco satisfecha la república de su comportamiento como gefe de la armada, nombró en su lugar al proveedor Sebastian Veniero, y por lugarteniente suyo á Agustin Barbarigo, hombre que gozaba reputacion de prudente y cuerdo.

Así las cosas, y sabedor el pontífice Pio V. de que los venecianos en su apurada situacion habian andado en tratos de paz con los turcos, hasta el punto de haber enviado á Constantinopla á Jacobo Razzagoni con ciertas proposiciones (en lo cual se veia bien cuán fundados iban los comisionados del rey de España en desconfiar de la constancia de aquellos repúblicos), envió á Venecia á Marco Antonio Colonna á fin de que inclinase al dux y al senado á la ratificacion definitiva de la liga. Las concesiones que el papa les hizo de las gracias que habian solicitado, y la energia con que les habló el Colonna, junto con la mala acogida que halló en el sultan la embajada de Razzagoni, todo

:

contribuyó á determinarlos á abrazar la confederacion en los términos que antes se habia convenido. Pío V., á cuyo constante empeño y actividad se debía principalmente este resultado, hizo comparecer en público consistorio (25 de mayo, 1571) á todos los contratantes ⁽¹⁾, y leídas por el datario las capitulaciones de la liga, juró el primero el pontífice su observancia puestas las manos en el pecho, é hicieron los demás el mismo juramento sobre el misal, á lo cual siguió una solemne misa y procesion en la iglesia de San Pedro ⁽²⁾.

Antes de esto, y sin duda tan pronto como el papa supo el consentimiento de Venecia, envió á España al cardenal Alejandrino, sobrino suyo, y uno de los cinco de las conferencias de Roma, el cual trajo á Felipe II. la concesion apostólica del Excusado y Cruzada y la confirmacion del Subsidio. Este enviado llegó á Madrid el 14 de mayo, y despues de haberse aposentado en el convento de Atocha, lizo su entrada pública en la corte el 16, dia de la Ascension, con una pompa extraordinaria, acompañado del rey, de don Juan de Austria y de todo lo más espléndido de la corte ⁽³⁾. Despues de haber hablado con el rey, y

(1) Faltaba el cardenal Granvela, que se hallaba en Nápoles, nombrado virey eo recemplazo de don Perafán de Ribera.

(2) Copia en latin del acta de ratificación de la Liga, en la Biblioteca de la Academia de la Historia, Misc. de Villanubrosa, to-

mo XXXVI.—Crónica de Torres y Aguilera.—Vander Hammen, Historia de don Juan de Austria, libro III., y los demás autores citados en la nota cuarta.

(3) En el archivo de Simancas, Estado, leg. 153, hemos visto las minutas del despacho que se dió á

terminada su comision, pasó el legado pontificio á Portugal, donde halló en el rey don Sebastian las mismas dificultades que habia puesto en el año anterior para entrar en la liga. No fueron más felices las gestiones de Su Santidad con Maximiliano de Austria por medio del cardenal Comendon; y tampoco alcanzaron mejor éxito las invitaciones hechas al rey de Francia; de modo que la liga quedó concretada á sus primitivos signatarios.

Venecia fabricó y armó nuevas naves, con aquella rapidez en que ninguna nacion podia igualarla. Buscó arbitrios, vendió más oficios y tierras, acudió á empréstitos, otorgó asenciones á los que se presentasen voluntariamente á servir en la guerra, concedió salvoconducto á los bandidos que se prestaran á ser galeotes ó soldados en la armada, y con los nuevos generales Veniero y Barbarigo enderezó su escuadra á Chipre á reforzar la que habia quedado en Corfu. Por su parte Selim habia reunido tambien una numerosa armada para enviarla igualmente á Chipre y ver de destruir la veneciana donde quiera que la hallase, y proteger á Mustafá que sitiaba á Famagusta. Después de haber depuesto á Piali del cargo de bajá por no haber destruido en la anterior campaña la armada de Venecia ⁽¹⁾, nombró á Ali-Bajá general de la ar-

don Fernando de Borja, comisionado para recibir al cardenal Alejandrino; y en Vander Hammen, libro III., puede verse el lujo

y magníficas ceremonias de su entrada en la corte

(1) Fueron desgraciados los generales de la guerra de Chipre

mada, y dió á Pertaw-Bajá el mando del ejército de tierra, los cuales partieron uno tras otro de Constantinopla en direccion de Chipre, y uniéronseles las escuadras del virey de Alejandría, del de Argel, Uluch Ali, del bey de Negroponto, y tambien se les incorporó con las suyas Hassem, el hijo de Barbaroja, de quien antes tantas veces hemos tenido que hablar. Contábanse entre todas doscientas cincuenta velas, con las cuales se trasladaron á Candía.

Tuvo la armada turca algunos sucesos prósperos en la costa de Dalmacia, y prevalido de ellos Uluch Ali se atrevió á penetrar en el golfo de Venecia, aprehendió algunas galeras, entró á saco algunas poblaciones, llevó el terror y la consternacion á la capital misma, que creyó llegada la hora de la desolacion, y se disponia á hacer una resistencia desesperada. Pero el corsario argelino no quiso exponerse á ser encerrado en el golfo, y contento con haber puesto espanto á la capital de la república, dió la vuelta hácia el Cátaró, donde le esperaba Ali-Bajá, para encaminarse juntos á Corfú, y adquirir noticias de la armada de la liga, y recibirlas tambien de Constantinopla.

de 1570. Acabamos de decir cómo fué castigado el almirante turco por lo que dejó de hacer. El de Venecia, Zanne, fué procesado tambien, y lleno de disgustos, murió á los dos años sin haberse podido justificar. Juan Andrea Doria fué censurado y calumniado, y tuvo que hacer una justificacion pú-

blica. El más afortunado fué Colonna, el de Su Santidad, y eso que volvió á Roma con menos de la mitad de su flota, y esa en deplorable estado. — Además, fué tambien decapitado en Constantinopla el bey de Chios, por su negligencia, y el de Rodas privado de llevar faena en su nave.

Veamos ya lo que Mustafá adelantaba en el sitio de Famagusta, que no habia hecho sino entretener durante el invierno. Llegados los templados meses de abril y mayo (1571), y reunido un ejército cuya cifra no baja ningun historiador de ochenta mil hombres, con setenta y cuatro cañones, además con cuatro monstruosos basiliscos, comenzó á batir con furia los baluartes y torres de la plaza, y á abrir minas en varios puntos: todo lo cual hacia presagiar que la suerte de Famagusta no fuera menos desdichada que la de la infeliz Nicosia. Mandaba en ella como general Astor Baglioni; gobernaba la plaza y ciudadela Marco Antonio Bragadino; dirigia la artillería Juan Martínengo, que habia hecho su nombre ilustre en el sitio de Rodas por los nuevos medios de defensa que habia inventado. Las tropas de la guarnicion no pasaban de siete mil hombres, entre italianos y griegos. Ocho mil habitantes habian sido obligados á evacuar la ciudad para desembarazarla de bocas inútiles. Seis asaltos sufrieron los sitiados en dos meses y medio sin entibiarse su ardor. Los combates habian sido encarnizados y sangrientos. Cincuenta mil turcos habian quedado sepultados en sus fosos y entre las ruinas de sus muros: pero estos estaban allanados, agotados los mantenimientos, casi acabadas las municiones, los cuerpos exánimes de fatiga, la ciudad presentaba el aspecto del hambre y la desolacion, y reunidos á petición de los infelices ciudadanos y por orden de Baaglioni los capitanes en consejo,

se acordó, aun contra el dictámen de algunos, aceptar la capitulación que ofrecía Mustafá. Las condiciones eran ventajosas; los sitiados podían salir libremente con seguro de sus vidas y haciendas, y se hacía la honra á los tres principales gefes de dejarles cinco cañones y quince caballos: los chipriotas serían embarcados á Candia en bagcles turcos. La capitulación se firmó el 2 de agosto (1571): en los tres días siguientes fué evacuada la ciudad, y el 5 le fueron entregadas á Mustafa las llaves de la plaza ⁽¹⁾

Habiendo manifestado el seraskier turco su deseo de conocer personalmente á los valerosos defensores de Famagusta, presentáronse una tarde en su tienda Bragadino, Baglioni, Martinengo y Quirini, marchando delante Bragadino, vestido de púrpura, bajo un quitasol encarnado. Recibiólos Mustafá amistosamente al parecer: mas luego mudó de aspecto y de tono, y reclamó entro otros rehenes al jóven Quirini: negósele Bragadino con entereza y con palabras un tanto fuertes: irritóse Mustafá, y desatóse en injurias: Bragadino le contestó con dureza, tal vez con frases algo ofensivas, mostrándose inflexible en no consentir que se faltára á la capitulación. Ciego con esto de cólera el bárbaro otomano, mando degollar á todos los capitanes venecianos al tiempo que salían de su tienda. En cuanto á Bragadino,.... la pluma se nos cae

(1) Paruta, Foglietta, Contarini los demás anteriormente citados, el, Grégoire, Vander Hammen, y en sus respectivas obras.

de las manos al querer trazar las horribles inhumanidades que con él ejecutó aquel hombre infernal..... Pero es menester hacerlo, siquiera se nos angustie y oprima el corazón, para que se vea cuán inmenso beneficio iban á hacer á la humanidad los que se coligaban en nombre de la religion para destruir el poder de aquellos bárbaros.

Primeramente le hizo mutilar orejas y narices. A los diez dias de esto, sentado y sujeto á un banco, atado al mástil de la galera del bey de Rodas, hizo que le zambulleran en el agua diferentes veces. Colgándole despues al cuello dos espuelas, le obligaba á acarrear tierra á los bastiones que se estaban reedificando. Cada vez que pasaba por delante del seraskier, tenia que humillar la cabeza hasta besar el suelo. Llevado por último á la plaza (17 de agosto) y amarrado al poste en que se azotaba á los esclavos (horroriza pensarlo), fué desollado vivo!!! El desdichado, en medio de tan acerbo tormento, recitaba con voz entera el salmo *Miserere*, hasta que entregó el espíritu al Dios que invocaba. No contento el feroz verdugo con tan horroroso suplicio é ignominiosa muerte, ordenó descuartizar el cuerpo de Bragadino, y clavar las cuatro partes á cuatro grandes baterías, que su piel rellena de benu fuera paseada por el campo y la ciudad, bajo el mismo quitasol encarnado que habia llevado la tarde que se presentó á Mustafá, y que su cabeza prosta en el fuera clavada á la antena de una

galera. Finalmente, dispuso aquel mónstruo que esta cabeza, junto con las de Baglioni, Martinengo y Quirini, fueran custodiadas en una caja y llevadas y presentadas al sultan. . . No sabemos cómo hemos tenido aliento para consignar actos de tan abominable crueldad y de tan refinada feroza ⁽¹⁾.

Con la toma de Famagusta quedaron los turcos dueños de Chipre. El papa Pio V., celoso é incansable promovedor de la liga, tuvo pronto dispuesto su pequeño ejército y su flota, y no cesó de instar á Felipe II. y excitarle á que obrára con más eficacia y rapidez que hasta entonces. Don Juan de Austria, nombrado generalísimo de la liga, se hallaba en Madrid, como anunciamos en el anterior capítulo, desde el principio del año 1571, despues de haber subyugado los moriscos de la Alpujarra. Habiendo de acompañarle á Italia sus sobrinos los príncipes de Bohemia, Rodolfo y Ernesto, se difirió su viage hasta el 6 de junio. Aquel día despues de recibidas instrucciones del rey su hermano, se despidió de él, y partió derecho á Guadalajara, Zaragoza y Barcelona, con su juvenil y fogosa imaginacion llena de pensamientos de gloria, aguijándole la esperanza de los

(1) Fuglieta, *De sacro fœdere*, pág. 255. — Contarini, pág. 31. — Sagredo, *Memorie*, edg. 395. — Galepio, *Vera e fidelissima narrazione dell' espugnazione e defentione di Famagusta*.

Estos respetables restos de tan

vallentes capitanes fueron con el tiempo llevados á Venecia, y colocados en el panteon de los grandes hombres de la república en la iglesia de San Juan y San Pablo. — Antonio Cicogna, *Inscrizioni veneziane*.

tríunfos que habían de acreditarle de digno hijo del gran emperador Carlos V., y con la confianza de engrandecer con su valor el poder y renombre de su hermano Felipe II.

En Barcelona, donde fué recibido y saludado con universal y extraordinario júbilo, le esperaban su secretario Juan de Soto y su lugarteniente del mar el comendador mayor de Castilla don Luis de Requesens. Allí hizo que concurrieran don Alvaro de Bazan, general de las galeras de Nápoles, que se hallaba en Cartagena; don Sancho de Leiva, que lo era de las de España y estaba en Mallorca; Gil de Andrade y otros capitanes de mar, con todos los cuales conferenció sobre el objeto de la empresa. El 25 (junio) se le reunieron los príncipes sus sobrinos. Pasados algunos dias en preparar la expedicion, embarcáronse al fin en los primeros dias de julio los tercios de la infantería española al mando de don Lope de Figueroa y don Miguel de Moncada; hizo lo despues don Sancho de Leiva con once galeras para ir corriendo y limpiando de corsarios las costas, y el mismo don Juan se hizo á la vela el 20, y arribó con próspero viento el 26 á Génova, donde además del dux y del senado de la Señoría acudieron á felicitarle casi todos los príncipes de Italia. Envió desde allí avisos á Venecia y á Roma, despachó á Napoles á don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, para que hiciese los aprestos convenientes por aquella parte; despidió á

los príncipes de Bohemia que debían marchar á Milán, y con el príncipe de Parma Alejandro Farnesio se embarcó (3 de agosto) para Nápoles, donde fué recibido con general alegría el 9. Allí le entregó el cardenal Granvela por comision del papa con toda solemnidad el estandarte de la liga, como á generalísimo de ella; aquel estandarte sagrado, en que al pie de un Crucifijo bordado en damasco azul se veían las armas del Pontífice, las del rey Católico y las de Venecia enlazadas con una cadena, símbolo de la Santa Liga, y pendientes de ella las de don Juan de Austria, el ejecutor del gran pensamiento de las naciones unidas. Detuvo el mal tiempo á don Juan en Nápoles hasta el 21, en que se dió á la vela, llegando felizmente el 25 á Mesina, punto de reunion de todas las fuerzas de los coligados. Los arcos triunfales, las columnas, inscripciones, colgaduras, músicas y salvas con que á su entrada fué saludado, y el inmenso concurso que henchía las calles de Mesina, demostraba el regocijo público y las esperanzas que se cifraban en el príncipe español. Aguardábanle allí ya Colonna y Veniero, con las flotas de Roma y de Venecia; y las galeras venecianas que faltaban, y las de Andrea Doria y el marqués de Santa Cruz, y las de Génova y Saboya, y las de Lomelin y Sauli, todas se hallaban incorporadas y reunidas el 8 de setiembre (1).

(1) Correspondencia de don Juan de Toledo, sacada del archivo de la casa de Villafraanca, é inserta en el

Entre grandes y pequeñas se contaban en aquella bahía más de trescientas velas, y pasaban de ochenta mil las personas que habían de ocuparlas entre gente de pelea y de servicio. «Desde el imperio de Roma, dice oportunamente el autor de la Memoria citada, no habían sido aquellos mares teatro de espectáculo tan imponente; jamás habían pesado sobre sus ondas multitud tan copiosa de bageles, encaminados á un solo fin, movidos por una sola voluntad, ni puestos en demanda más acepta á los ojos de la justicia, ni de mayor incentivo á los ánimos de los hombres.» Ciento sesenta y cuatro vasos, los mejores y mejor equipados que jamás se habían visto, representaban allí en primer término el poder del rey de España. Seguían doce galeras y seis fragatas del pontífice, y por último ciento treinta y cuatro bageles venecianos, poco menos mal armados y provistos que los de la expedición de 1570. Hecha muestra general de todas las fuerzas y su competente distribución, cuidando de intercalar con los venecianos algunas compañías de españoles, y estando ya para partir la armada, llegó otro legado de Su Santidad, monseñor Odes-

lomo III. de la colección de documentos inéditos.

En una de estas cartas, fecha 30 de agosto en Mesina, le decía don Juan de su propio puño á don García: «Quiero añadir el mal recado en que vienen venecianos; otro peor, que es no traer ningún género de orden, antes cada ga-

lera tira por do le parece. Vea v. m. qué gentil cosa para su roicidad en que combatamos.»—Esto justifica plenamente las quejas que el año anterior habia dado Juan Andrea Doria acerca del mal aparejo y del desorden de las navas venecianas.

calco, portador de las gracias de cruzada á todos los aliados, con las mismas indulgencias concedidas en otro tiempo á los conquistadores de los Santos Lugares. Generales, capitanes y soldados, todos confesaron y comulgaron devotamente antes de dejar el puerto. El mal temporal los detuvo hasta el 16 de setiembre, día en que se desplegaron al viento á la vista de un gentío innumerable tantas y tan vistosas velas y gallardetes de tan variados colores, y comenzó á surcar las ondas aquella multitud de embarcaciones que conducían tan ilustres príncipes y tan famosos capitanes. Aquella misma noche prosiguieron su rumbo desde la Fosa de San Juan, y el 26 se hallaba el generalísimo con su armada en Corfú, de donde partió el 28 para la isla de Cefalonia con doscientas ocho galeras y seis galeazas ⁽¹⁾.

Sabiase que la armada turca, fuerte de doscientas galeras, se hallaba en el golfo de Lepanto. Había don Juan de Austria convocado consejo de generales para deliberar donde habrían de dirigirse, ya porque él tenía por política oír el parecer de todos, ya tam-

(1) Carta de don Juan de Austria á don García de Toledo, de Corfú á 28 de setiembre.—Documentos inéditos, tomo III, página 27.


Comarini y Torres Aguilera dieron una relación nominal de todas las galeras y de los capitanes que las mandaban, así como

del orden de marcha que llevaron. El señor Rosell la ha puesto entre los apéndices de su Memoria.—Se halla la relación de la gente de guerra en el tomo III de la Colección de Documentos inéditos, pág. 204 y siguientes.

bien porque así se lo había prevenido el rey su hermano, temeroso acaso de que el ardor de su juventud le precipitara á una resolución irreflexiva. No faltaron en el consejo quienes asustados ante el gran poder del Turco y recordando el desastre de los Gelbes, propusieran empresas que denotaban su timidez. Pero prevaleció el dictámen más digno de ánimos levantados, el de ir á buscar al enemigo y combatirle, y escusado es decir que este fué el parecer, y esta la resolución de don Juan de Austria.

El 30 de setiembre se hallaba la armada cristiana en la Gumenizza. El 3 de octubre volvió á levar anclas, y el 5 dió fondo en Cefalonia, donde por un bergantín de Candía que trajeron los descubridores se recibió la triste nueva de la rendición de Famagusta, del desastroso fin de sus defensores y de iniquidades horribles cometidas por Mustafá. Lo primero contristó á todos, y muy especialmente á los venecianos, y lo segundo encendió los corazones en cólera y en deseo de vengar tamañas monstruosidades. Antes de amanecer el 7 mandó don Juan dar las velas al viento, y en pocas horas se hallaron las escuadras á la altura de siete isletas llamadas por los griegos Equinadas, y hoy nombradas Curzolaes, frente á la costa de Albania. Una galera de Juan Andrea Doria avisó haber descubierto al doblar el golfo las velas de la armada enemiga, y don Juan de Austria, sin aguardar á más, mandó enarbolarse el estandarte de

la liga; y la vista de la sacrosanta enacña y el estampido de un cañonazo anunciaron al ejército cristiano la resolución y la proximidad de la batalla.

Habíase reforzado la armada turca en Lepanto con naves, vituallas, artillería y soldados sacados de la Morea y de Modon, en términos que no bajaban de doscientas cuarenta galeras y multitud de galeotas, fustas y otros bajeles, y de ciento veinte mil sus hombres de guerra y de remo. Pertew-Baja y Uluch-Ali, así como el virrey de Alejandría y otros generales turcos, aconsejaban á Ali-Bajá que no empenára el combate ni se aventurara á perder en una jornada las conquistas hechas en Chipre. Pero Ali, como general en jefe de toda la armada, desestimó su consejo como cobarde. Y era que un famoso corsario que disfraza-
 de pescador había podido acercarse á reconocer las galeras cristianas, ó por alentar á los musulmanes, ó porque él no las viese todas, había rebajado en mucho su número, y blasfemaba el bajá de una victoria segura y casi infalible. También los generales de don Juan, y entre ellos se cuenta á Andrea Doria, á Ascario de la Gorna, y al mismo Sebastian Veniero, se mostraban temerosos de entrar en la lid, y húboles que calificándolo de temeridad avanzaron á decirle que convendría retirarse. «Señores, les dijo entonces el Lijo de Carlos V., ya no es hora de aconsejar, sino de combatir.» Y prosiguió disponiendo el orden de la batalla. Y es que además del ardor de su sangre, au-

mentaba su confianza la noticia que le dieran de haberse desmembrado de la armada turca Uluch Ali el Argelino. Ambos gefes iban engañados y confiados; ambos contaban con el triunfo; ambos ensiaban con igual ardor la pelea; una fuerza misteriosa parece que los impulsaba, y es que la Providencia lo dispone así cuando determina refrenar el ímpetu y humillar el orgullo de un pueblo, y desenlazar una crisis histórica por medio de una catástrofe sangrienta.

Corria don Juan de una en otra nave alentando á los cristianos. «Hijos, les decia con entero y sonoro acento á los españoles: á vencer hemos venido, ó á morir, si Dios lo quiere. No deis lugar á que vuestro arrogante enemigo os pregunte con soberbia impía: *¿Dónde está vuestro Dios?* Pelead con fé en su santo nombre; que muertos ó victoriosos gozareis la inmortalidad.» Y á los venecianos: «Hoy es dia de vengar afrentas: en las manos teneis el remedio de vuestros males: menead con brio y cólera las espadas.» Y el fuego de sus palabras inflamó de ardor bélico los corazones de todos los combatientes. Ali Bajá, que marchaba confiado creyendo tener á la vista toda la armada cristiana, siendo así que la mayor parte de ella la encubrian á sus ojos las islas Curzolares, se quedó atónito cuando saliendo á alta mar descubrió todo su frente, y la multitud de velas y el orden admirable en que se estendian, y maldijo al fatal

corsario que le habia engañado. También don Juan comprendió haberse equivocado en cuanto al número de los bageles enemigos, y que no era cierto que hubiera desertado Uluch-Ali; conoció el trance peligroso en que se habia metido, pero se acordó de quién era, fijó los ojos en un Crucifijo que siempre consigo llevaba, los levantó luego al cielo, puso su esperanza en Dios, y decidió combatir con el presentimiento de vencer.

La fe verdadera suele no quedar defraudada, y el cielo comenzó á mostrársele ostensiblemente propicio, puesto que el viento, hasta entonces contrario á la armada cristiana, se volvió contra las proas de las naves de los infieles, dificultando las operaciones de estos, favoreciendo las de los cristianos y fortificando sus espíritus. Hizo don Juan, entre otras cosas, cortar los espolones de todas las galeras, comenzando por la Real que él montaba, lo cual, segun despues se vió, fué una providencia muy saludable.

Marchaban como de vanguardia seis galeazas venecianas. El ala ó cuerno izquierdo, compuesto de unas sesenta galeras, iba á cargo del proveedor Barbarigo: mandaba el derecho Juan Andrea Doria llevando un número casi igual de velas: en el centro de la batalla, que constituían sesenta y tres galeras, marchaba en su Real el generalísimo don Juan de Austria, llevando á sus dos lados á los dos generales de Roma y Venecia, Colonna y Veniero, y á la popa

al comendador mayor de Castilla Requesens, su lugarteniente. Constituian la retaguardia ó escuadra de socorro treinta y cinco galeras al mando de don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz. La armada turca, mas numerosa que la cristiana, formaba una media luna, dividida tambien en tres cuerpos. Mandaba el de la derecha el virey de Alejandria Mehemet Si-roko, con cincuenta y cinco galeras: el ala izquierda Uluch-Ali el de Argel, con noventa y tres; iban con noventa y seis en el centro ó batalla los dos bajaes Pertew y Ali, con su correspondiente cuerpo de socorro á retaguardia. De modo que correspondian frente á frente y cuerno á cuerno, y el estandarte del gran turco tremolaba á la faz del estandarte sagrado de la liga (1).

Habia amainado el viento, las olas del golfo quedaron tranquilas, y el sol brillaba en un cielo azulado y puro, como si Dios hubiera querido que ningun elemento turbara la lucha de los hombres, que la naturaleza no pusiera obstáculo al combate que habia de decidir el triunfo de la cruz ó de la media luna. Si el reflejo que despedian las limpias armas, los resplandecientes escudos y bruñidos yelmos de los cristianos

(1) Foglietta, Parutta, Contarini, Torres Aguilera, Arroyo, Savia, y otros que han descrito la batalla.— Ferrante Caraccioli, conde de Bicari, que con su galera iba al lado de la de Quirini, da curiosos pormenores sobre la disposicion y ma-

ceso de la batalla en su obra: *I commentarii delle guerre fatte con Turchi*.— En la Memoria de Rosell, Apénd. VIII. y IX, se inserta la relacion nominal de las galeras y capitanes de ambas armadas.

destumbraba á los musulmanes, también herían los ojos de los coligados los dorados fanales, las inscripciones de oro y plata de los estandartes turcos, las estrellas, la luna, los alfanges de dos filos que brillaban en los bageles de los almirantes otomanos. Por todo el ámbito que abarcaba la vista no se divisaban sino banderas y gallardetas de variados colores. Los dos ejércitos navales se contemplaron un breve espacio con mutua admiración. Interrumpió aquel imponente silencio el estampido de un cañonazo que disparó la galera de Ali, á que contestó con otro la Real de don Juan. A las primeras detonaciones de la artillería que anunciaron el combate siguió pronto el clamoreo y los alaridos con que los musulmanes acostumbran á comenzar las batallas.

Chocó primeramente el ala derecha de los turcos mandada por el virrey de Alejandra con la izquierda de los cristianos que guiaba el proveedor Barbarigo. Los venecianos peleaban á rostro descubierto, con la saña, el brio y el encono de quienes combatían contra los verdugos de sus compatriotas. Habíaselas el genovés Doria con el argelino Uluch-Ali, el cual apresó la capitana de Malta y pasó á cuchillo á todos sus defensores, á escepcion del prior y otros dos caballeros, que acribillados de heridas se salvaron por contrarlos entre los muertos. Buscáronse con igual anhelo Ali-Baja y don Juan de Austria, hasta el punto de chocar con terrible estruendo ambas galeras, pero

haciendo la artillería y arcabucería de la Real de España estrago grande en la gente de la del turco. Hízose general el combate, y revolviéronse entre sí las galeras enemigas. Blanqueaba el mar con la espuma que formaba el hervor de las olas; el humo que brotaba de los cañones y arcabuces oscureció el horizonte, haciendo noche en medio del día, y las chispas que en su choque despedían las espadas y escudos parecían relámpagos que salían de entre negras nubes. Cruzábanse en el aire las balas y las flechas. Tragábase el mar los leños, cayendo revueltos turcos y cristianos, abrazados como hermanos con el odio de enemigos. Al lado de una nave que engullían las olas, devoraba otras el voraz incendio. Sobre un bagel turco se veía enarbolada una bandera cristiana, y encontrábase una galera de Castilla guiada por un comandante turco. Peleábase cuerpo á cuerpo después de rotas las espadas; todo era estrago y muerte; la sangre llegó á enrojecer el mar. «Nunca el Mediterráneo, dice con exactitud y elegancia el autor de la Memoria sobre Lepanto, vió en sus senos, ni volverá á presenciar el mundo conflicto tan obstinado, ni mortandad más horrible, ni corazones de hombres tan animosos y encrudecidos.»

Con su joven é incansable brazo meneaba don Juan de Austria sin cesar su acero, siempre en continuo peligro su persona: joven parecía también en el pelear el anciano Sebastian Veniero: no desmentía

Colonna en el combate el ilustre nombre de su familia: mostrábase Requensens digno lugarteniente de un príncipe tan valeroso como don Juan: el príncipe de Parma acreditaba que corría por sus venas la sangre de Carlos V.: no arredraban al de Urbino las heridas que recibía: Figueroa, Zapata, Carrillo, todos los capitanes de la Real trabajaban con menosprecio de la vida como hombres avezados á los combates: cuando la Real se veía apurada, porque también Ali y Pertew-Bojá peleaban como héroes con sus genizaros, acudía don Alvaro de Bazan como si moviera sus galeras un rayo, y acuchillaba musulmanes y lo arrasaba todo, embotándose las balas en su rodela y escudo, y se movía como un torbellino, sin que entibiará su fuego ver hundirse á su lado bageles y caer sin vida capitanes. Cuando á Doria le tenía estrechado y en conflicto Uluch-Ali, allá arrancaba el marqués de Santa Cruz, dejando asegurada la Real, y rescatando la capitana de Malta Jaba desahogo al genovés, poniendo en afrentosa fuga al argelino.

Imposible es relatar las hazañas y proezas particulares de cada capitán y de cada soldado en esta lucha gigantesta en que los genizaros que se tenían por los mas bríosos guerreros del mundo, hubieron de convencerse de que había guerreros cristianos mas esforzados, mas audaces y mas temerarios que ellos. Mas no podemos dispensarnos de hacer especial mencion de un soldado de España, que postrado de fiebre

en la galera Marquesa de Andrea Doria, pero sintiendo en su pecho otra fiebre más ardiente, que era el fuego del valor y el afán de combatir, dejó el humilde lecho en que yacia, y pidió á su capitán le colocara en el punto del mayor peligro. En vano sus compañeros, en vano el capitán mismo intentaron convencerle de que estaba más para curar que para exponer su cuerpo. El soldado insistió, el soldado peleó con gallardía, el soldado fué herido en los pechos y en la mano izquierda, mas no por eso quiso retirarse, porque era máxima de este soldado, que las heridas que se sacan de las batallas son estrellas que guían al cielo de la gloria. Y prosiguió el tenaz soldado, y no hubo medio de hacerle retirar á ponerse en cura, hasta que terminó el combate de su galera, en que murió el capitán, que lo era Francisco de San Pedro. El lector comprenderá por qué entre tantas otras insignes proezas como ilustraron este combate, mencionamos particularmente la de este soldado. Porque el lector habrá adivinado ya que este soldado era *Miguel de Cervantes*, ignorado del mundo entonces por las armas, asombro despues por las letras.

Mas ya es tiempo de que nos acerquemos al término de tan furiosa pelea, que por algun espacio habia estado dudosa. Ya los turcos habian sufrido una gran pérdida con haber caido al agua Pertew-Bajá, perseguido por don Juan de Cardona y entrada su

galera por Paulo Jordan Urbino, temiendo el seraskier que ganar á nado una barquilla en que huir. Mas no dieron los cristianos el grito de ¡Victoria! hasta que vieron á Ali-Bajá, después de vigorosos y porfiados esfuerzos suyos y de los trescientos genízaros de su Real, caer sobre crujía herido de bala en la frente por un arcabucero de don Juan. Otro le cortó la cabeza, y la presentó al generalísimo de los cristianos, que con hidalga generosidad alzó y reprendió horrorizado la acción, y ordenó que semejante trofeo fuera arrojado al mar, si bien no pudo impedir que la cabeza del almirante turco fuera clavada y enseñada en la punta de una lanza ⁽¹⁾. El grito de victoria de los cristianos resonaba por los aires y le llevaban los vientos hasta las playas. El último encuentro fué entre las galeras

(1) De esta circunstancia de haber sido clavada en la punta de una pica la cabeza de Ali parece dudar el señor Rosal en su Memoria, fundado en que nada dicen los testigos del combate. Pero Caraccioli, que fué uno de ellos, lo expresa así en sus «Comentarii delle guerre fatte con Turchi,» p. 39.

Hé aquí sus mismas palabras:

«Durò l'ardor della battaglia un'ora è mezzo, quando la galea dei Bassi fu presa dalla Reale di Don Giovanni; ove entrarono i soldati e ritrovarono Ali ferito d'un'archibugiata, il qual parlando italiano diceva: «andate à basso che vi sono denari» è discosto alcuni che quell'era il Bassi, un soldato bisogno spagnolo andò per ucciderlo, e gli per discostarlo è piaciuto finalmente il

«dire, piglia questa morte (in quel era di gran prezzo), ma non gli «giuvarono le buone parole, perché che colui senza compassione «alcuna gli mozzò il capo, e subito al grito è nudo, portandolo à «don Giovanni, con pensiero di «portar alcuna cosa gratissima. «dalcui con dispiacere gli fu «risposto (che vuol ch'io faccia di «questo capo? hor gettalo in «mare; con tutto ciò per l'impulso d'un «hora si alzò fuso in una punta di «pica alla poppa. Il dispiacere «che ebbe don Giovanni per la «morte di costui (poiché già essendogli «cattivo si doveva conservare) «non scriverò ancora intendendo da «tutti cristiani liberati dalla «cattiva la bontà e umanità di quel «uomo e principalmente verso «cristiani.»

de Uluch-Alí y las de Andrea Doria; mas habiendo llegado don Juan, apresuróse á huir el vírey de Argel con cuarenta bageles que pudo salvar del universal destrozo, con tal precipitacion que ni el príncipe, ni Juan Andrea, ni don Alvaro de Bazan pudieron darle caza, bien que su gente pereció casi toda, ó tragada por las olas al saltar azoradamente á tierra, ó acuchillada entre las breñas por los venecianos.

Perdieron los turcos en este memorable combate doscientos veinte y cuatro bageles; de ellos ciento treinta quedaron en poder de los cristianos; más de noventa se sumieron en las aguas o fueron reducidos á pavesas por el fuego: cuarenta solamente se salvaron: murieron en combate veinte y cinco mil turcos; quedaron cautivos cinco mil: tomáronles los coligados ciento diez y siete cañones gruesos y doscientos cincuenta de menor calibre: más de doce mil cristianos que llevaban cautivos y como remeros los musulmanes vieron rotas sus cadenas y recobrada su preciosa libertad. También los cristianos tuvieron pérdidas lamentables: murieron cerca de ocho mil valerosos guerreros y marinos; de ellos dos mil españoles, ochocientos del pontífice y los restantes venecianos ⁽¹⁾. Quince so-

(1) Los principales capitanes que murieron fueron: don Bernardino de Cárdenas, su sobrino don Alonso, don Juan de Córdoba, Agustín de Hinojosa, don Juan de Miranda y don Juan Ponce de León. — De los venecianos, Agustín Barbarigo, Benito Lozano, Marino y

Gerónimo Contarini, Marco Antonio Lando, Vicencio Quirini, Andrés y Jorge Barbarigo, y algunos otros: el gran ballío de Alemania, el conde de Brátice, napolitano, y otros muy valerosos, aunque de menos nombre.

los bagales se perdieron. En cambio los fanales de oro, las banderas de púrpura bordadas de oro y plata, las estrellas y la luna, las colas del bajá, fueron preciosos trofeos que recogieron de la batalla los aliados.

Tal fué en resumen el famoso combate naval de Lepanto, el más famoso de que se hace memoria en los anales de los pueblos, por el número de velas, por el esfuerzo y valor de los combatientes, por la destruccion tan completa de una armada tan formidable como la otomana. Los genizaros dejaron de ser invencibles, y la Sublime Puerta debió perder su supremacía en el Mediterráneo (1). Así hubiera sido si los vencedores hubieran sabido sacar todo el fruto de la victoria, y no hubieran obrado con el désacuerdo y la negligencia que luego veremos. Don Juan por lo menos significó su deseo de acometer alguna empresa que acabára de aterrar y amilanar á los turcos: pero tratado el asunto en consejo, como él acostumbraba, dividiéronse, como solian tambien, los pareceres, y aunque al fin se determinó sitiar la fortale-

(1) Son muchas las relaciones que hay y hemos visto de esta memorable batalla. Cotejadas las de los Italianos Contarini, Foglietta, Caraccioli, Parutia, Diedo, Gradani y otros, con las de los españoles Herrera, Torres y Aguilera, Servia, Vander Hammen, Cabrera, con las manuscritas de la Biblioteca Nacional, del Archivo de Simancas, y de los de Villafraña y Osuna, é insertas en el tomo III. de la Colección de Do-

cumentos inéditos, con las del mismo Hadschi-Chalfa, citado por Hammer en la Historia del Imperio otomano, etc., todas convienen en lo esencial de los sucesos, y solo varían en cuanto á algunos incidentes y circunstancias accesorias, así como en las cifras de naves, soldados, bajas de cada ejército, etc., como acontece siempre en las relaciones de sucesos de esta naturaleza.

za de Santa Maura (la antigua Leucadia), ni siquiera hubo perseverancia para esto, y se mudó de propósito considerando la empresa los enviados á reconocer el fuerte como mas lenta y difícil que útil y provechosa. Solemnizaron, pues, los vencedores su triunfo con una festividad religiosa (14 de octubre), y se acordó en consejo que cada jefe de los aliados se retirara á invernar con su respectiva escuadra. Resolución funesta, que equivalia á malograr el más insigne de los triunfos, dando espacio á los enemigos para rehacerse y no dejando siquiera donde hacer pie para lo que hubiera de emprenderse mas adelante. Distribuyóse, pues, la presa, segun lo pactado en la liga, y comenzaron á dividirse las escuadras (24 de octubre), tomando la vuelta de Italia. Partió don Juan con la suya el 28 de Corfú, y el 31, despues de vencer recios temporales, se halló de regreso en Mesina, donde supondriamos, aunque las historias no nos lo dijeran, el entusiasmo y el júbilo y la magnificencia con que seria recibido y agasajado.

En Venecia se consagró una capilla particular de la iglesia de San Juan y San Pablo á perpetuar la memoria de la Santa Liga y el gloriosísimo triunfo de Lepanto. El cincel de Vittoria y el pincel de Tintoretto recuerdan todavía aquel gran suceso con obras de que puede envanecerse la antigua reina del Adriático; la fachada del arsenal se decoró con esculturas alusivas al mismo asunto, y el senado decretó que

el 7 de octubre se solemnizara todos los años como fiesta religiosa y política.—En Roma hizo Marco Antonio Colonna una entrada semejante á las de los antiguos triunfadores, subió al Capitolio, consagró una columna de plata al altar de Nuestra Señora en la iglesia de Araceli, y á él le fué erigida una estatua de mármol. El papa Pio V., el gran promovedor de la liga, exclamó llorando de alegría y aplicando á don Juan de Austria las palabras del Evangelio: *Fuit homo missus á Deo, cui nomen erat Joannes*.—En la corte de España, donde llegó la noticia por la embajada de Venecia antes que por don Lope de Figueroa, á quien don Juan había despachado al efecto, produjo también unánime alborozo. Comunicósele al rey en el Escorial el caballero de su cámara don Pedro Manuel, en ocasión que S. M. rezaba las vísperas de Todos Santos en el coro bajo de la iglesia provisional (que ni el templo ni el coro principal estaban todavía concluidos), y continuó el rezo con impasible serenidad, sin alterarse ni demudarse, hasta que se acabaron las vísperas: luego mandó al prior Fr. Hernando de Ciudad-Real que estaba á su lado, que en acción de gracias por la nueva que acababa de recibir se cantara el *Te Deum* ⁽¹⁾.

(1) Memorias del monje fray Juan de San Gerónimo.—Tomo III. de la Colección de Documentos, pag. 326.

Son infinitos los monumentos y recuerdos que las letras y las

artes han dedicado á celebrar la victoria de Lepanto y á ensalzar al afortunado príncipe que mandaba las fuerzas de la liga. Entre los primeros podemos contar la Antrixada de Juan Rufo, el Poema

A pesar de tan justo entusiasmo, indicamos antes que la victoria, tan gloriosa y tan grande como fué, estuvo lejos de producir el fruto que hubiera sido de desear, ni aun el que se hubiera podido recoger. Los sucesos nos lo irán demostrando, y las causas se irán descubriendo.

Pasada la primera impresion de asombro y de consternacion que causó en Constantinopla el desastre de Lepanto, recobróse el sultan Selim, y merced á los consejos y á los esfuerzos del gran visir y del gran muftí no tardó en demostrar al mundo que los recursos de la Sublime Puerta no se habian agotado, ni enflaquecido tanto como podia pensarse su poderío. En el inmediato diciembre Uluch-Alí con las galeras que habia podido salvar, y con las que pudo recoger de los puertos del Archipiélago, juntó hasta ochenta y siete velas, con las cuales entró en Constantinopla,

de Gerónimo Corte Real, el Canto XXIV. de la Araucana de Ercilla, otro poema latíno de don Antonio Aguaita, otro de don Pedro Manrique, la Historia poética de Juan Puyol, una Descripción de la Guer-

ra y Batalla, por Ambrosio de Morales, varios Romances sobre la Liga y la Batalla, y otras muchas obras en prosa y verso; y sobre todo, el célebre canto de Fernando de Herrera.

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció d' el ancho mar al Tracó fiero.....

Pertescocen á los segundos, el famoso cuadro del célebre Tiziano, representando la victoria de la liga, que se halla en el Real Museo de esta corte, la medalla que se acuñó en memoria del combate, y existe en el Museo Numismático de la Biblioteca Nacional, los altares, mesas, estatuas, cuadros, etc.,

que se conservan en Esenia, en Roma, en Mesina, en Venecia y en varias otras ciudades de Italia. Y todavía se enseñan en la Armería Real de esta corte, entre varios objetos de la batalla, el casco de Ali y las armas de don Juan de Austria.

con lo cual disimuló algo la intensidad del descalabro. El sultán nombró le Kapudan-Bajá, ó gran almirante, y mudó su nombre de Ulach en el de Kilich, que quiere decir la Espada. Dedicáronse á la construcción de nuevos buques en los arsenales del imperio, y en un invierno se fabricaron ciento cincuenta galeras y ocho gabarras. Habiendo hecho observar el bajá al gran visir que era fácil construir bageles, pero que no le parecia posible proporcionarse en tan poco tiempo quinientas áncoras y todos los demás útiles y material correspondiente: «Señor Bajá, le contestó el visir Sokolli, el poder y los recursos de la Sublime Puerta son tales, que si fuera menester, les pondría más jarica de seda y velamen de damasco.» Kilich Ali se dobló hasta la tierra en señal de respeto y admiración. Como el bailío de Venecia, que aun permanecía en Constantinopla, se presentara un día al gran visir, «¿Venís á saber, le preguntó Sokolli, cómo está nuestro ánimo despues de la derrota? Pues sabed que hay una gran diferencia entre vuestra pérdida y la nuestra. A vosotros, arrancándoos un reino, os hemos arrancado un brazo; vosotros, destruyendo nuestra flota, nos habeis cortado la barba: el brazo no retoña, y la barba crece mas espesa.»—Y no era baladronada del visir, porque en el mes de junio (1572) se lanzó al mar á caer sobre Candía la nueva armada turca compuesta de mas de doscientas velas.

¿Qué habian hecho entretanto los confederados? —Por el tenor de los capítulos de la liga, todos los años debian de estar sus escuadras en el mar en el mes de marzo, o cuando mas tarde en el de abril, con un ejército igual por lo menos al que habian presentado en 1571; pero trascurría tiempo, y ni marchaban de acuerdo ni se movian. El papa Pio V., á pesar de sus muchos años cada vez mas fervoroso en fomentar y estrechar la liga, cuyos primeros frutos habian sido tan lisonjeros, no cesaba de trabajar por que perseveraran en ella y obraran con actividad los ya comprometidos, ni de instar nuevamente á los soberanos de Austria, de Francia, de Portugal, de Polonia y de Persia á que entraran en la confederacion. Pero fueron otra vez inútiles las escitaciones del virtuoso anciano. A pesar del triunfo de Lepanto, los unos le contestaron con evasivas, alguno con promesas, y los demás con buenas palabras. Retraíalos ó el temor del peligro propio, ó el de cooperar al excesivo engrandecimiento de la nacion española.

Venecia no dejaba de prepararse á otra lucha; nombró á Jacobo Soranzo en reemplazo del malogrado Agustín Barbarigo; y aun por complacer á don Juan de Austria y evitar las antiguas disensiones, accedió á dar á Jacobo Foscarini el mando en jefe que antes tuvo el irritable Sebastian Veniero. Tambien por parte de España se nombró lugarteniente de don Juan al duque de Sessa, en sustitucion del comendador de

Castilla Requesens, que fué destinado al gobierno de Milan por fallecimiento del duque de Alburquerque. Mas luego se renovaron los anteriores desacuerdos sobre el punto á que debería encaminarse la expedición, mostrando empeño los venecianos por volver á Levanta, teniendo los españoles por preferible la jornada á Berbería, opinando otros por dividir las fuerzas y acometer las dos empresas á un tiempo, y creyendo el pontífice que se podía ganar á Constantinopla y la Tierra Santa ⁽¹⁾. Determinóse al fin lo que nunca debió dudarse, que era proseguir lo comenzado, y don Juan de Austria anhelaba la partida, ya por su natural ardor bélico, halagado con el triunfo, ya porque el pontífice le hubiera prometido interponer su mediación para que se le reconociera la soberanía del primer reino que conquistara, y los cristianos de la Albania y la Morea se le ofrecían por vasallos, incentivo grande para un joven ávido de gloria, y aspiración nada extraña en quien sin duda se sentía no menos digno que cualquiera otro de ceñir una diadema.

Sucedió en esto la muerte del santo papa Pío V. (1.º de mayo, 1572), el ardiente promovedor y fomentador de la liga. Y cuando Gregorio XIII. ⁽²⁾ que le sucedió en la silla de San Pedro acosaba á la liga y

(1) Carta de don Juan de Zúñiga á don Juan de Austria desde Roma. Biblioteca Nacional, Cod. G. 45. (2) Antes cardenal de San Sixto, ó cardenal Buencompagno.

estimulaba á don Juan «con breves de fuego,» como éste decia, y cuando los venecianos clamaban á voz en grito por que se moviese ⁽¹⁾, entonces Felipe II. ordenaba á su hermano don Juan de Austria que permaneciese quieto en Mesina, exponiéndole á interpretaciones nada favorables ni honrosas por parte de los venecianos, y teniendo que contentarse don Juan con dar á los coligados veintidos galeras con cuatro mil italianos y mil españoles. ¿Qué era lo que movia á Felipe II. á obrar de esta manera, cuando antes habia mostrado su deseo de que don Juan prosiguiera lo mas brevemente posible la comenzada empresa hasta sacar todo el fruto que era de esperar de la primera victoria? ¿Eran solo las dificultades que se le suscitaban por parte de la Francia con relacion á la guerra de Flandes? ¿O eran tambien temores de que su hermano, remontando demasiado el vuelo, llegara á obtener alguna de las soberanías con que sus amigos, y hasta el mismo pontífice parece encendian su juvenil ambicion? Para nosotros es cierto que Felipe II. no queria permitir que su hermano don Juan se remontase mas arriba de la esfera en que él le habia colocado. Felipe II. habia prevenido á sus ministros en Italia que honrasen y sirviesen al señor don Juan, pero que

(1) Cartas de don Juan de Austria á don Saúcho de Leiva y al cardenal Granvela.—Biblioteca Nacional. Cód. G., 43, fol. 171 y 207. —En otra á don García de Toledo, á 5 de mayo, le decia: «Siento

«mucho ver que se nos va el tiempo este año en dilaciones como si estuviesen las cosas como el pasado.»—Archivo de la casa de Villafranca.

no le tratáran de *Altesa* ni de palabra ni por escrito: que el título de *Excelencia* era lo más que podían darle, y les recomendaba no dijeseu á nadie que habían recibido órden suya sobre esto. La misma prevencion se hizo á los embajadores de Alemania, de Francia y de Inglaterra ⁽¹⁾. Y el que así se mostraba receloso del dictado de *Altesa* que daban á su hermano, es evidente que hacía lo posible porque no llegara á decorarse con el de *Majestad*.

Al fin el rey, que no podía negarse á las instancias del nuevo pontífice y del senado de Venecia disipados por otra parte los temores de Francia, dió órden á don Juan para que partiese de Mesina á incorporarse en Cortá con la armada veneciana que ya andaba por los mares de Levante. Mas ya en esto era llegado el mes de julio ⁽²⁾, y hemos visto atrás como los turcos se habían anticipado. Á fines de julio levaron anclas de Corfú las escuadras de la liga, y hasta agosto no acabaron de reunirse las fuerzas dispersas de los confederados. El 7 se avistaron las dos armadas enemigas. Constaba la del turco de doscientas galeras, con las de los corsarios: la de la liga no llegaba á ciento cincuenta, bien que las galeras le

(1) Carta del secretario Zayas al duque de Alba.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 546.

(2) El 6 de julio arribó don Juan de Mesina, con Marco Antonio Colonna, el proveedor veneciano Lorenzo y el comendador

español Gil de Andrade. Don Juan se esperó de ellos en el Faro, dirigiéndose á Palermo, y los otros prosiguieron su viaje, embarcando Colonna el estandarte de la Liga.

daban tal fuerza que equivalía á la de muchas flotas turcas. No nos incumbe seguir los movimientos y maniobras de ambas armadas en los dos meses de agosto á octubre. Uluch Ali, siempre hábil, y hábil más por la experiencia, tomó por sistema rehuir en combate general, dividir, si podía, las fuerzas enemigas, y cuando no retirarse, bien que siempre á boga pasada, ó esperar inhóvil cuando la posición le favorecía. Dos veces se encontraron las dos armadas, delante de Cerigo y cerca del cabo Matapan, sin combate que diera resultado. Los turcos se retiraron lentamente sobre Modon y Navarino. Los aliados intentaron estorbar la reunión de las escuadras otomanas, que se verificó sin embargo. Los sitios y ataques que se emprendieron, primero sobre Modon, después sobre Navarino, se abandonaron también como empresas ó difíciles ó poco provechosas. El 7 de octubre, aniversario de la célebre victoria de Lepanto, creyeron todos, y creyó el diísimo don Juan, que se iba á renovar una batalla y un triunfo igual ó superior á aquél. Pero una hábil retirada de Kilich Bajá evadió el combate, y solo quedó en poder de los cristianos la galera de un nieto de Barbaroja que apresó don Alvaro de Bazan, y que por ser tan hermosa fué llevada á Nápoles, y sirvió en la armada española con el nombre de *la Prem* (1).

(1) Foglietta, lib. IV.—Sagredo, lib. IV.—Parutia, tom. III, do, p. 405 á 409.—Grattani, 4-

Proponía don Juan forzar el puerto de Modon, en que se encerraba la armada turca, única manera á su juicio de poder sacar de esta segunda expedición el fruto que se iba buscando. Pero el consejo desaprobaba esta idea; y disgustado y cansado don Juan de ver el poco acuerdo que reinaba entre los generales de la liga, y convencido de que cada cual obraba por sus particulares designios y fines, atado además por el rey su hermano y sujeto al voto de los otros capitanes y no pudiendo obrar por su cuenta, determinó dar la vuelta á Italia (9 de octubre), y suspender las hostilidades hasta el año siguiente. En su virtud los venecianos pasaron á invernar á Corfú, la flota del pontífice á Roma, y don Juan volvió con su escuadra á Mesina, y desde allí á Nápoles. Tal fué la infructuosa expedición de 1572, emprendida con indisculpable retraso, continuada con lentitud y malograda por las disidencias y desacuerdos. Nadie hubiera creído en octubre de 1571 que los vencedores de Lepanto habían de regresar así en octubre de 1572 (4).

(4) Dio don Juan de Austria una prueba de su magnánimo corazón y nobles sentimientos, restituyendo generosamente la libertad al hijo de Ali Bajá que los aliados habían hecho prisionero, dándole seguro para que fuese respetado en todas partes, y devolviéndolo á su hermana Fatima un magnífico y suntuoso presente que había enviado al príncipe capadoci

con una carta, suplicándole la libertad del cautivo. Don Juan no había olvidado el buen trato que los cautivos cristianos habían recibido de Ali Bajá, cuya muerte sintió, y quiso excederle en generosidad. Tales rasgos atraían á don Juan de Austria el respeto y estimación hasta de sus mismos enemigos.

«Noble y virtuosa señora (decía

Resueltos estaban, sin embargo, Felipe II., don Juan de Austria y el pontífice Gregorio á repetir la expedición en 1575 con arreglo á lo estipulado en la liga, y aun se había acordado aumentar las galeras hasta el número de trecientas y los combatientes hasta el de sesenta mil, cuando llegó á su noticia que Venecia andaba negociando la paz con el turco. En efecto, aquella república mercantil, en cuyo provecho habian obrado hasta entonces sus generosos aliados, calculo, no diremos ahora si con error ó acierto, sobre sus intereses, creyó hallar ventajas en

«don Juan en su carta de contestación á Pálmari. Dende la primera «lura que fueron traydos á mi galera Mahamet Bey y Mahamet Bey us hermanos, despues de haber vencido la batalla que di «al arrollo del Turco, conocíendo su nobleza de ánimo y buenas costumbres, considerando la miseria de la flaqueza humana, y quan sujeto es á mudanza el estado de los hombres, «así como es ver que aquellos nobles mancebos venian más en «el armada por regir y compañía de su padre, que para «defenderlos; puse en mi ánimo, «no solamente de mandar que fuesen tratados como hombres nobles, pero de darles libertad «cuando me pareciese ser la ocasión y tiempo para ello. Acrecentose esta intencion en resolviendo su carta tan llena de «afliccion, y afliccion fraterna, y «con tanta demonstracion de desear la libertad de sus hermanos: «y quando, enó poder imbiarcelos ambos, con grandísimo descontentamiento mio llegó á Mahamet Bey el último fin de los

«trabajos, que es la muerte. Embíe al presente en su libertad á Mahamet Bey y á todos los otros «capitvos que me ha pedido, como también embiara al defuncto si «fuera vivo: y tenga. Señora, por cierto, que me ha sido desgusto «particular no poderla satisfacer y contentar en parte de lo que «desearia porque tengo en mucha «estima la fama de su virtudes nobleza. El presente que me embíe dexó de resolver, y lo havo el mismo Mahamet Bey, no por no «preciarlo como cosa venida de su mano, sino porque la grandesa de mis antecesores no acostumbra recibir dones de los necesitados de favor, sino darlos y hacerles gracias; y por tal, resolvió «rá de mi mano á su hermano, y á los que con él embíe; siendo «cierto que si en otra batalla se «volviese á captivar, ó otro de sus «adversos, con la misma liberalidad «se les dara libertad y se les procurará todo gusto y contentamiento. De Nápoles, á 15 de mayo, de 1575.—A su servicio, don Juan.»

la paz, y no tuvo escrúpulo, como no le había tenido otras veces, en faltar á sus más solenes compromisos. Contribuyó mucho á facilitar la negociacion el embajador francés en Constantinopla, Noailles, obispo de Aix, por segunda vez encargado de representar los intereses de su monarca cerca del sultán. El 7 de marzo (1573) se ajustó la paz entre la Puerta y la república, con condiciones tan desventajosas y humillantes para ésta, que además de los 300,000 ducados que por espacio de tres años se obligaba á pagar al Gran Señor, venia á dejarle y asegurarle sus conquistas. A juzgar por este tratado se habría creído que los turcos habían ganado la batalla de Lepanto (1).

Felipe II. recibió la noticia con su acostumbrada é imperturbable serenidad, diciendo que si la república obraba así por su interés, él había obrado en bien de la cristiandad y de la misma república. No lo creía don Juan de Austria cuando se le anunciaron: su noble corazón se resistia á admitir como verosímil semejante proceder. Pero tuvo que creerlo cuando se lo comunicaron por escrito los mismos venecianos. Entonces quitó de su galera real el estandarte de la liga, y enarbólo en su lugar el pabellon español.

(1) Relacion del hallio de la república Marco Antonio Bárbaro, Manuscritos de Bangoni, en la Biblioteca Imperial y real, citada por Hammer en la Historia del Imperio otomano.

Deshecha así la liga con tan poca honra para sus quebrantadores, ¿qué se hacía, y en qué se empleaba la escuadra española? Era natural que se pensara en destinarla á la expedición de Berbería, proyectada ya un año antes. «Que sería poca autoridad, (decía don Juan de Austria al cardenal Granvula) á las cosas de S. M. haber juntado una armada tan gruesa con tantos gastos, y deshacerla sin sacar ningún fruto dello, tanto mas habiéndome S. M. mandado escribir diversas veces y mostrado particular voluntad y deseo de que se haga la empresa de Túnez y Biserta.» Y así se determinó, después de proveer lo necesario á la defensa de las costas de Sicilia y de Nápoles, que por entonces parecían aseguradas según las noticias que se tenían de la armada turca. Si se diferió hasta setiembre la expedición, fué sin duda porque nuestra escuadra se encontraba, como escribía don Juan, «*sin un solo real, y con muchos centenares de millares de ducados de deuda* (1).» Al fin, con los escasos recursos que pudieron haberse, quedando Juan Andrés Doria con cuarenta y ocho galeras en Sicilia, y tan pronto como el temporal lo permitió, dejó don Juan las costas de Italia (1.º de octubre), y enderezó el rumbo á la Goleta con ciento cuatro galeras, bastante número de fragatas y navos,

(1) Carta de don Juan de Austria al cardenal Granvula, en el Archivo de la casa de Villafranca, y en el tomo III. de la Colección de documentos inéditos, p. 126.

y veinte mil hombres de guerra, sin contar los aventureros y entretenidos.

Luego que arribó á la Goleta, sacó de allí dos mil quinientos veteranos españoles, «que hacían temblar la tierra con sus mosquetes,» dice un historiadór, y poniendo en su lugar otros tantos hiscños, se encaminó á Tunez. No habia necesitado don Juan de tanto aparato, porque halló abiertas las puertas de la ciudad, y el alcaide de la Alcazaba, que dijo la tenia á nombre de Muley Hamet, le hizo entrega de ella. Halló don Juan en Tunez cuarenta y cuatro buenas piezas de artillería, con gran cantidad de municiones y de vituallas. No permitió que se hiciera esclavos á los habitantes; por el contrario, ofreciendo seguro, no solo á los que habian quedado en la ciudad, sino á los que habian huido de ella, muchos volvieron á darle obediencia en nombre del rey de España. Determinó don Juan se construyera un fuerte capaz de contener ocho mil hombres junto al Estanque, que protegiera á la Goleta, cuya obra encomendó al entendido Gabrio Cervelloni, con título de gobernador y capitan general. Dejó de guarnicion los ocho mil hombres entre españoles é italianos, á cargo del maestro de campo Andres de Salazar, y la isla al de don Pedro Zanoguera. Si es cierto que los secretarios Soto y Escobedo opinaban que don Juan podia y aun debia alzarse por rey de Tunez, lo es tambien que él se contentó con arrancarle á la tiranía de

Uluch Ali, poniendo en su lugar á Muley Hamet, á quien encargó gobernára los moros en paz y justicia.

Para asegurar más á Tunez, pasó á ocupar á Biserta, que se le entregó de su voluntad. Los turcos que la presidaban fueron muertos por los mismos moros, y el general español puso por gobernador al mismo caudillo de estos, bien que con la precaucion de dejar en el castillo á don Francisco Dávila con trescientos soldados. Volvióse con esto á la Goleta (17 de octubre), donde cometió el error, extraño en el talento de don Juan (que de haber sido error veremos la prueba más adelante), de dejar en el gobierno de aquella importante fortaleza á don Pedro Portocarrero. Logrado tan rápidamente y en tan breves días el objeto de su expedicion, reembarcóse el jóven principe para Italia (24 de octubre), llegó á Palermo y de allí pasó á invernar á Nápoles, «donde la gentileza de la tierra y de las damas, dice un historiador español, agradaba á su edad (1).»

Tales fueron los resultados de la famosa Liga de 1570 contra el turco, solicitada por Venecia y rota por aquella república. Tales los de la memorable ba-

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II., lib. X, c. 11.—Relazione di Tunisi e Biserta, MS. de Rangoon.

Trajo consigo don Juan de Austria á Muley Hamid, el hijo de aquel Muley Hazem, á quien Carlos V. había restablecido en el trono de Tunez. El malvado Hamid, que había hecho sacar los ojos á su padre, y pagado con ingrati-

los servicios del emperador, negándose á satisfacer el tributo estipulado, vino ahora á impurar de don Juan su restablecimiento en la soberanía de Tunez, pero sus atropellos fueron tan inútiles como merecian serlo. Don Juan dió el virreinato á su hermano Muley Hamet, y á él le trajo consigo á Italia, para que no perturbara á su hermano.

talla naval de Lepanto, tan gloriosa para los coligados, y señaladamente para don Juan de Austria. El fruto que de ella se recogió no fué ni el que se debió ni el que se pudo. Las causas ya las hemos manifestado. Sin embargo, estamos lejos de creer que hubieran podido los aliados ir derechos á Constantinopla, como entonces deseaba el pontífice y despues han creído algunos historiadores. Otro tanto distamos de los que afirman que la victoria fué enteramente infructuosa. Lo cierto es que el historiador del imperio otomano, algunas veces citado por nosotros, despues del capítulo que dedica á la guerra de Chipre, á la liga y á la batalla, comienza el siguiente con este epígrafe: *Epoca de la decadencia del poder otomano.*

APÉNDICES.

I.

Copia de una carta original del secretario Esteban Frats, sobre los medios de que S. M. debería valerse para atajar la rebelion de los Países Bajos.

(Archivo general de Simancas, Estado, leg. 369, fol. 104.)

S. C. R. M.

Como quizá por otras mis cartas y relaciones que de cuatro meses á esta parte entre otras he enviado, así al Consejero Hoperus como al Secretario Zayas, V. M. habrá podido entender por menudo las ocurrencias y miserable estado de los negocios públicos de este su pobre país, el cual va cada día en mayor ruina y perdicion por las causas y razones por mí estensamente deducidas en las dichas relaciones, á las cuales me refiero por haber tocado en ellas á mi parecer todo lo que entonces se ofrecia y podia representar á V. M., así para la inteligencia del dicho estado como para el remedio de la calamidad presente: Todavía por la natural obligacion que tengo á su Real Servicio, y por continuar en mi oficio que he hecho desde mi mocedad, señaladamente de lo de acá y Alemania, siguiendo la corte y ejército del Emperador nuestro Señor que Santa gloria haya, siendo aun V. M. Príncipe, y habiendo quedado por Gobernador general en esos sus reynos, y esto por la

relacion que siempre le hizo de mis cartas al Secretario Oñaz de Peres, que Dios perdone, en humillísima corrección de V. M. diré aquí que ningún otro remedio veo ni se juzga haber para atajar la rebelión, revueltas é incendio de este su pobre país, sino sola la Real Clemencia de V. M. usando de e la como Principe Clementísimo con todo e pueblo generalmente así por las ofensas y revueltas de los años pasados como por la última rebelión ó por mejor decir insurrección de este año, exceptuando siempre de la gracia de V. M. como se hizo en el perdón de Nápoles y tanto todos los autores y principales promotores de las de las revueltas y rebeliones, y con cláusula expresa que de aquí adelante todos vivan católicamente y en conformidad de las paces y ordenanzas de V. M. También hay algunos caballeros que siempre la requesta de los condeiros de las cuevas se retiraron luego de su compañía, protestando no haberla firmado en perjuicio ni ofensa de la Real Grandeza ni de V. M. y se han estado hasta hoy quietamente en Leja y otras partes remotas fuera de la jurisdicción de V. M. por obediencia, y han sufrido y sufren con mucha paciencia gran pobreza y calamidad con sus mujeres é hijos temiendo esperar que un día V. M. por su inmensa clemencia les ha de perdonar; á estos tales por ser personas de castidad, rapto y castidad, no habiendo tenido jamás las armas ni aliterio á los revueltas siendo de ello V. M. servido, se podrá irrevocablemente la de la gracia con mantenerse restituir las haciendas, y lo mismo á la generalidad destruida, asegurándonos yo que la mayor parte de ellas se quietarán y serán adelante muy buenos y leales vasallos como lo eran antes; y en lo que toca á la renuncia, si se conformasen con las paces, se podrán mandar restituir rigorosamente conforme á ellas, y cuanto á la restitución de las haciendas en general es cierto que las mas de e las están cargadas é deben lo que valen ó poco á nada, y hay un mundo de acreedores y otros ellos en cuyos han padecido y padecen aguardando ser despachados y con todo esto lo que agota el fisco real y se aprovecha es poco ó nada, frecuentando las alcazarías y otras cosas que se hacen con los recibidos.

Pensar que por otra vía se podrá llegar al cabo de quietar y asegurar este pueblo, principalmente los rebel-

das y levantados en tan gran número y poder por mar y por tierra en deservicio de Dios y V. M. y ruina del país, no se ha de creer ni V. M. se lo deje persuadir, así por la mala vecindad que hay de todas partes como por la multitud de navios armados que tienen los dichos rebeldes, con toda la artillería, municiones, pilotos y marineros de la mar, los cuales faltan para las armadas de V. M. señaladamente para la navegacion de estos bancos y riberas.

Y aunque se cobren todos los lugares que al presente ellos tienen ocupados, como lo espero en breve, mediante el ayuda de Dios, no por eso será acabado el negocio, ni estaremos acá en paz, mas siempre quedaremos en sospecha, y de hecho seremos continuamente trabajados y robados por mar y por tierra, mientras vivieren los desesperados y reveldes, quedando ellos siempre señores y superiores en fuerzas por la mar, como lo son hoy, y por tierras no les faltarán medios y labores de villacos vecinos que les ayudarán como hasta agora para robarnos el país; otramiente V. M. será forzado á mantener muy grandes armadas por la mar y un grueso ejército por tierra, el cual será necesario tener repartido por las fronteras y donde hay bosques, para impedir que no entren los enemigos y evitar los daños y males que hacen aun hoy una infinidad de Sicarios y Villacos que andan por todo el país, sin haber quien les persiga como conviene y se solia hacer por lo pasado en todas estas provincias.

Por otra parte á causa de la guerra civil no se cobra hoy acá ni por V. M. ni por particular alguno tributo, gabela, censo ni renta, y así no se pueden pagar los salarios á los oficiales, y los unos y los otros en general mueren de hambre; y es aparente, faltando la Real Clemencia de V. M., y no usando de ella como dicho es, la tierra se despoblará sin falta y V. M. será forzado á proveer de dinero de los otros sus reinos y señoríos, no solamente para la paga de los salarios de dichos oficiales, pero tambien para el entretenimiento de la armada y ejército que necesaria y perpetuamente han de quedar para la guarda y defensa del país, el cual hasta agora ha sido comido enteramente por la gente ordinaria de guerra, allende de los robos, contribuciones, agravios, concusiones, estorsiones, violencias, raptos, y otras mal-

dados y vallaqueadas que han hecho en todas partes, las cuales han dado principio a las rebeliones y de la heresia, como algunos lo quieren atribuir a que el pueblo en general y particular haya venido en desesperación.

En los tiempos pasados la gente de guerra se la está repartida y se reparte en las fronteras, y nunca se le cobran que está en guerra. En tiempos la fiebre de la guerra, el Duque de Saboya, ni la Duquesa de Parma ni quisieron pagar dentro del País por no gustarle a. quier que por razón de los señalamientos se excusasen los estados de pagar los servicios ni ayudas ni se perturbasen la negociación y trato se que consintan la bondad de ellos. Y estando así, cuando la gente de guerra en las fronteras pagando lo que comen y tienen guardados la entrada a los enemigos, los cuales otra vez podrán entrar en el país y hacer otro tanto como los otras veces. Impero sería necesario para evitar todas razones de hacer mal ni agravio a nadie que se proviese de ordinario para la paga del pueblo de la dicha gente de guerra a lo menos de tres en tres meses, sin que en ello hubiere falta alguna, y de esta suerte se podrían castigar los malhechores y desordenados, lo cual hasta ahora no se ha podido hacer ni se hará mientras se les debieren tantas pagas.

Estas muy bien y seguramente se podrian sacar de
lo de Malinas por la pena de la ofensa al, que se de-
quiere y arruina por los malditos, como se ha hecho
tres o cuatro dias atras al contrario de lo que y en lar-
ria de contrarios que nunca se aseguraron mas de veinte
y cuatro horas y así no se ha tenido miramiento al res-
pecto a criminales secuestrados religiosos ni a los del
gran Consejo (caso Real) Comodoro greña ni de re-
tores de H. M. y menos a la casa del Cardinal de Gran-
vota, ni de sus ministros y oficiales, esta la casa de la
encomenda de H. M. de la villa fue reservada en ella, e lo pasó
igualmente como si fueran todos hacendados, y que la vi-
lla, o por mejor decir Ciudad Metropolitana del país, fue-
ra del Turco, tan limpia y soledad la han dejado que á
manera de desierto, y se cuentan, no han dejado claro de

(d) At the time of your report, were you holding any company stock?

«Моя семья всегда была и будет моей опорой»

pared, y robado todas las aldeas y ganado hasta casi las puertas de este lugar, como si fuera hacienda de los de Malinas, y en tal título y color corrian la campaña, y se lo llevaban todo al campo por otra parte á vender sin contradiccion ni impedimento alguno, y aun hoy día dura el saco y rebusca que se hace por algunos Cornuvarios, y á provecho particular de las granjas y Caserías, que no se deja nada á la pobre gente que los tenían alquiladas de los Malinenses; y lo que peor fué de todo, los tormentos que dieron en Malinas á muy muchas pobres mugeres casadas, monas y monjas, para sacar por aquella via el dinero, oro y plata que se habia escondido, hasta sembrarlos de matar, y sobre ello hicieron los soldados otras cien mil crueldades y vellequeras, que por contentamiento de V. M. no se sufrán escribir aquí, pero podianse testiguar mejor las que lo vieron, y una infinidad de mugeres casadas y doncellas que no se pudieron salvar de sus manos, cuyos maridos y padres con una multitud de otra buena gente que por miedo se han absentado, y lo mismo de Terramonde, y antes de la villa de Mons, y no menos número se habrá agora retirado de Zutphen y de los otros lugares que se han cobrado en Gueidras, y se absentarán muchos mas de los que se cobraran en Holanda, placiendo á Dios, pues nos da tan buen tiempo para ello, los cuales andarán desesperados, y se juntarán con los otros revelados y vagabundos, y procurarán juntamente por todas las vias que podrán mientras viviesen de repatriar y volver á sus casas, y para ello se ayudarán de todas las ocasiones y amistades que se les ofrecieren, cuando vieran que V. M. no los quiere perdonar ni usar con ellos de su real clemencia, como dicho es.

Para lo cual se ha de considerar que en Malinas, Mons, Terramonde y en los otros lugares habia muy muchos, digo infinitos Católicos y buenos Cristianos, y una infinidad de gente eclesiástica, religiosos y beguinas, y los hay tambien en Holanda y Zelanda, los cuales por la mayor parte de pusilánimes han desamparado y desamparan sus casas, y no osarán volver á ellas de miedo, y lo mismo ha sido en las revueltas pasadas, y á causa de las modernas, si se procediere en ellas como en las otras, y segun se haya comenzado muy mucho mas gente se absentará, y al ultimo faltando la segu-

ciudad y sus alrededores como ya falta al país se despobló poco á poco, no solamente de los naturales, que algo podrán, pero ninguna extranjero quedará en él como lo vemos ya claramente por la experiencia.

Los males y daños que han hecho los enemigos cuando vino el tratado de Utrecht con su gente para socorrer á Mons y después á la vuelta, no se pueden contar, tantos y tan execrables fueron y al último se llevaron mas de tres mil carros cargados de los robos en que nadie lo impidió, empero no fué nada al respecto de las injurias que se hicieron á las iglesias y monasterios que han hecho los caballeros del duque Adolfo de Holsheim y conde de Hamburgo no solamente á la pobre gente, mas á su han tratado por á las monasterios ó iglesias, no dejando cosa entera en ellas y despojándolas enteramente de todas cosas y abriendo brutalmente del Santísimo Sacramento del altar, de las fuentes del Holsheim y otros monasterios y á la fin sin haber arrojado ni un solo día se han llevado un tesoro de su riqueza, y un mundo de carros cargados y granado robado y se ha tenido todo por bien con solo haberlos despojado y saqueado del país, tan dichosa hem y mala gente era. Como quiera que la que queda no es mala, ni de se se hacer todo el mal que puede según la porción costumbres de los Herveos, quien se pudiere sacar de ellos y aun de la infanteria todavá haria muy acertadamente porque los unos y los otros son muy costosos, mas que malos los naturales y otros de muy poco ó nada como lo he visto en todas las orondas de mi tiempo despojan el país del dinero sin gastar en él una tarja, aliende de lo que se llevan robado según su mala costumbre, y V. M. tiene en estos sus estados mucha y muy buena gente de guerra de sus propios vasallos Walones, así de á caballo como infanteria la cual en todo tiempo acobardamente en esta jornada, se ha arrojado y combatido valientemente como V. M. lo puede haber aprendido en particular. Ojalá considerase que ninguno se ha mas en lo que se les dice y promete por no guardárselos la palabra, según ellos dicen y entre otros los de Dinamigles, los cuales quizá se habrían ya rendido, ó se rendirán otramiente. Malicia se podría remediar lo uno y lo otro con la real persona de V. M. si los señores príncipes de la Cristiandad y de los otros sus reynos y co-

tados diosen lugar á ello por algun tiempo, ó con mandarse resolver brevemente sobre el gobierno se juzga que se podria esperar presto algun buen remedio en todo, por ser esto deseado de todos en general, *mayormente si se alzase ya la mano del rigor*, habiendo seido hasta agora grande, *por haberse justiciado en cinco años y tres meses pasadas de tres mil personas, y desterradas por sentencia otras nueve ó diez mil personas*. Todo lo cual, por el gran celo y obligacion que tengo al real servicio de V. M. me he atrevido á se lo representar por esta, suplicándole muy humildemente sea servido de atribuirlo á mi sana intencion, y lo mande tomar á buena parte, haciéndome merced de mandarme perdonar si en algo me hubiese descuidado, alargado ó pasado los límites y términos de mi profesion. Nuestro Señor la Real persona de V. M. guarde por muchos años, y en mayores reynos é imperio prospere y acreciente con la felicidad que sus humildes criados y vasallos deseamos, y toda la cristianidad ha menester. De Bruselas, último de Noviembre de mil quinientos setenta y dos.—S. C. R. M.—Besa los Reales pies y manos de V. M. su muy humilde criado y vasallo —Prats.

Posdata. Va aquí junto un librito nuevamente impreso en Amberes con licencia, por el qual se ve un singular ejemplo de clemencia del Emperador Thodosio, que me ha parecido digno que V. M. le mande visitar para el caso presente.

II.

SEGUNDOS ADVERTIMIENTOS SOBRE COSAS DE FLANDES,

HECHOS POR DON FRANCISCO DE ALVA (1).

(Archivo de Simancas, Estado, leg. 549, fol. 128.)

Por obedecer y hacer lo que V. M. me manda en lo de los advertimientos, con la humildad debida y la veracidad y sinceridad con que se debe hablar en materia que tanto importa al servicio de Dios y V. M., diré lo que en ella siento; habiéndome de alargar harto más de lo que yo lo hiciera, pareciéndome atrevimiento si V. M. no me lo mandara. Las cosas de los Países Bajos están algo más apretadas y trabajadas de lo que en la relación que ayer embié á V. M. lo significo, y si yo no me engaño mucho, débennlo estar la hora de ahora mucho más, si han entendido en ellos como se dilata y dilata la pasada del duque de Medina, tan deseada del Duque de Alva y de los dichos estados, entre otras cosas, porque con la llegada del de Medina acabarán entrambos de salir con el deceno. ó desengañarse del, de manera que vinieran á abrazarse con otros expedientes que aquellos estados ofrecen para servir á V. M. con dinero, *de suerte que la gente de guerra fuese pagada de lo mucho que se les debe*, con alguna orden razonable para lo venidero; el pueblo aliviado de la molestia y daño grande que las viene de mantener la gente de guerra en tanto tiempo sin que les den un ducado, y repararse y proveerse con la brevedad que requieren los presidios, y poner en Amberes una pella de dinero que la vean los enemigos de Dios y de V. M. que están desvelados en desear, solicitar y procurar por todas vías el inconveniente é impedimento de aquel santo estableci-

(1) Los primeros están en el País; de los segundos tomamos el mismo sentido que los de Estaban los párrafos que aquí se insertan.

momento, que así lo puede demostrar V. M. La nobleza y pueblo, que estrechamente tiene deseando al Duque de Medina por enviárselos V. M. y por las buenas cualidades que concurren en su persona, y por el aborrecimiento grande que tienen del Duque de Alba por el vago que en servicio de Dios y de V. M. les ha puesto con tanta severidad, se alegrará y contentará mucho; los mercaderes que con sus haciendas se han ido á otras provincias desdichados del decano, volvieran y asentaran y puséranse el tráfico en su puesto, que cierto va demasiado enflaqueciendo.

Ya que esto no puede ser, acuerdo á V. M. otra vez que el Duque de Alba tiene muy quebrantada la reputación de Lugarteniente de V. M., y como sabe de aquellos países, todo el pueblo está en Vaya, Vaya, suplicando de particulares como arriba he dicho, que tienen el mismo deseo; y esto y el no tener crédito ninguno de dinero, ya V. M. puede considerar de cuanto trabajo é inconveniente es, si de apretar demandando el decano, naciere alguna desvergüenza en alguna villa de aquellas, y aunque no dudo en parte en lo que el Duque y don Fadrique me dijeron, de que nacia todo este inconveniente de los particulares financieros de aquella academia vieja, que siempre quisieron que pasase el dinero de V. M. por sus manos, y estos dichos financieros quedaban en seco en lo del dinero para lo verdadero, con menos autoridad y utilidad que sola. Todavía he apretado la materia con personas descompensadas, y ninguna de ellas no da en esto, y todas en que el negocio es dificultoso y peligroso, y que ninguno de los particulares de aquellos países *hagía de andar cabe la persona del Duque o ellos, aun porquerías*, que está disculpando con la enfermedad que tiene, muestra bien que cuando estuviere libre de ella, aunque el duque se lo pidiera, haría de todo para huirse en Bruselas en esta ocasión.

Hacerlo el duque solo sin estos instrumentos y sin calentar V. M. á los otros, y particularmente á Vilins y Turnach, téngolo por dificultoso ni aun sin ellos tomar ninguna otro expediente que satisficiera á V. M. Ciertamente parece que combendría que V. M. alegrase y diese calor al Duque, mandando por escripto nuevamente á los dichos financieros y otras personas que pueden ayudar á este servicio de V. M. que le asistan, y aun al V. M.

;

fuese servida enviar despues alguna persona de juicio y pláticas al efecto. Llegaria á gran sazón, alegrando aquel pueblo con la nueva del sacramento de S. A., especialmente que el dicho pueblo tiene esta máxima no buena asentada en todas las historias de Francia y aquellas partes, que dicen que han sido siempre enemigos de los señores, y querido y adorado los principes; y habiéndome dado Nuestro Señor tal como se lo pueden pedir buenos, quise por fin usar algo en ellos, y la dicha persona habia de ser buen algebrista que concertase la division que hay entre todos los particulares.

Entre los consejeros españoles que allí residen de V. M. entiendo que hay mucha desconfianza, segun me dicen no ayuda nada al servicio de V. M., ni aun al descanso de su Real conciencia en el conseyo de los troubles que llaman El Duque Bransvich, como V. M. lo debe tener entendido esta del todo apartado del servicio de V. M. con la liviandad que suele, y con ella solicitando siempre á franceses para que se vistan del El Conde de Mansfeldt, de quien yo no he dudado nunca, querisimo de que V. M. no manda que se remuevan con él, y le declaren la merced que V. M. le ha hecho, particularmente descontento del Duque de Alva, y sé que su hijo el Conde Charles, que está ahora en Francia, ha dicho á una dama con quien él allí pretende casarse en gran secreto, que su padre anda justificándose con V. M. y con los principes del imperio del agravio que V. M. le hace, para despues tomar su partido mejor, y que le desea tomar antes que el Duque de Alva venga de aquellos estados, y aunque yo me espantaria que él hiciera cosas que no debiera, todavia es punto que tiene algo que considerar. Diciendo yo al duque de Alva que si hubiese alguna novedad que de dónde pudiese proveerse de reytes, dijo que acudirian al dinero de V. M. cuando se quisiera. Dije que los de Bransvich estaban muy cerca y á la mano, y tenían nombres de buenos soldados. Dijome don Fadrique el asiento que se habia tomado con el Arzobispo de Colonia para siempre que fuese menester acudir con tres mil Reytes al servicio de V. M. Con el debido acatamiento suplico á V. M. perdone el atrevimiento de estenderme á hablar en las cosas de Inglaterra. El duque de Alva tiene por

cierto que se acomodará aquello. Ya V. M. entiende mejor que nadie lo que cumple á la conservacion de aquellos estados de Flandes, aunque es público y notorio sin poderse disimular, que han tocado en la autoridad y reputacion de V. M. y en su hacienda, y parece que las pláticas que se deben haber traído con los católicos están atrasadas y desbaratadas; y ve claramente la Reyna de Inglaterra, y aun hoy fuera de aquel reyno, que V. M. tiene flechado el arco á la dicha Reyna, mientras esto así durare, no solo no menguará la guerra y daño que se hace á los Países Bajos y á los otros vasallos de V. M. por la mar, pero aun las pláticas que trae la dicha Reyna con franceses y otras naciones iran creciendo, de manera que podrian llegar á parar en alguna liga ó trama que diese á V. M. más descomoggo, aflojando V. M. el dicho arco en alguna manera, la que menos perjudicase á la reputacion y nombre de V. M., podria ser que viniese á no estar tan descomog de abrazarse con franceses como ahora lo anda, por el temor que de V. M. tiene, y los piratas de los Países Bajos es cierto que cesarian, los cuales hacen harto daño y podrian con el tiempo venir á hacer alguno mayor

Tan particularmente quanto mi juicio ha podido alcanzar, he avisado á V. M. siempre de las cosas de Francia, y el estado en que las dejo: tengo por cierto que franceses sospecharán más que yo he de hablar á V. M. y persuadirle en que les haga V. M. guerra, que no en advertirle del estado en que están las cosas de Flandes, para que las mande concertar y poner en orden, de manera que á ellos se les quite la ocasion de poderlas romper con V. M., particularmente toda la parte católica que tiene puesta toda su esperanza (después de Dios) en que V. M. se dará á entender que yo vengo á acordar á V. M. lo que les toca y ellos muestran desear, que es todo tomar V. M. las armas para que ellos las puedan tomar en servicio de Dios, y V. M. contra los heréticos de aquel Reyno. Como lo he significado diversas veces á V. M., no hay cosa en el mundo que tanto ofenda á franceses como la reputacion y grandeza de V. M. y dias y noches están labrando en ello con su rey, poniéndole todos los miedos y temores que pueden de que crece demasiado la monarquia de V. M. para indignarle, encareciéndole lo que crece la dicha mo-

marqués de V. M., y por el consiguiente lo que disminuye la suya del dicho Rey en reputacion y fuerza, y que es menester ir á la mano á la de V. M. y creo bien que esta plática y ruin ánimo habrá crecido despues que nuestro Señor fué servido dar á V. M. aquella tan gloriosa victoria contra el Turco; y esto y su liviandad y inquietud natural, y tener por remedio de la calamidad en que viven y fuego que tienen en casa hacer la guerra á V. M., me hace temer que abriéndoseles grande ocasion en los Países Bajos, como en efecto se va haciendo si V. M. no lo manda remediar con tiempo, sin más consideracion, en allándola sin acordarse que dejan ardiendo sus casas, no quieran ir á pegar fuego á las ajenas; y aunque estan en la necesidad de dinero que he escrito á V. M., todavia aquel reyno es tan opulento y substancial, que aunque no creo que se podria al presente sacar dinero para hacer á V. M. guerra fundada, para un golpe así impetuoso que ellos tanto desean, y en que tanto hablan, por remedio de su mal sacarlo hian sin hechar más cuenta en lo que les poeria suceder, y qué sabe hombre si el Turco tambien podria atizarles á ellos, y aun darles dinero para el efecto.... etc.

III.

ACLARACION DE LA LETRA DEL DECRETO DE FELIPE II.

Esta carta pueden ver ay los tres y pareceme que es bien que se escriban luego con este primero las que aquí dice, y á mi hermano será bien escribir luego que procure se armen las mas galeras de las que se han tomado que se pudiera y que avise lo que en ello se hiciere.

Tambien se escriba á don Juan de Zúñiga que lo que se debe encaminar para el verano es que haya muchas galeras y muy buena gente en ellas, que lo de cavallería y naves si no son algunas para vituallas, es cosa de ayre y ocasion para que no se haga nada conforme á lo que scriba su hermano que dice muy bien en ello y por si él se hallase en Roma se le puede escribir una palabra remitiéndose á lo que se escribe á su hermano y dándole las gracias de todo

INDICE DEL TOMO XIII

PARTE TERCERA.

EDAD MODERNA.

DOMINACION DE LA CASA DE AUSTRIA.

LIVRO II.

REINADO DE FELIPE II.

CAPITULO I.

SAN QUINTIN.

PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.

De 1556 a 1559.

CONTENIDO

Extencion de los dominios de España al adelantamiento de Felipe II. al trono de Castilla.—Rompe de nuevo el papa Paulo IV la guerra contra Felipe II.—Ejército francés en auxilio del pontífice.—El duque de Guisa en Italia.—Sitio á Civitella —Recházale el duque de Alba.—Determina Felipe II. hacer la guerra al francés por la parte de Flandes.—Ejército español, alemán, inglés y flamenco.—El duque Filiberto de Saboya, general en jefe.—Sitio de San Quintín.—Memorable batalla y derrota de franceses en San Quintín.—Ata-

que y conquista de la plaza por los españoles y aliados: excesos de los vencedores.—Medidas vigorosas de Enrique II para la defensa de su reino.—Regresa Felipe II á Bruselas.—Paz entre el pontífice y el rey de España.—Vuelve el de Guisa á Francia con el ejército de Italia: asesinato del príncipe francés.—Toma el de Guisa la plaza y puerto de Calais á los ingleses.—Apodéranse los franceses de Thionville.—Completa derrota del ejército francés en Gravelines.—Preliminares de paz.—Enviados franceses, ingleses y españoles.—Conferencias de Ceresamp.—Muerte de la reina María de Inglaterra, mujer de Felipe II.—Sucedele en el trono su hermana Isabel.—Ofrece su mano Felipe: contestación de la reina.—Plácens de paz en Cateau-Cambresis.—Dificultades.—Paz entre Francia é Inglaterra.—Celebre tratado de paz entre Francia y España.—Capitulos.—El matrimonio de Felipe II. con Isabel de Valois.—Disgusto del pueblo francés.—Muerte de Enrique II. de Francia.—Muerte del papa Paulo IV.—Vuelve Felipe II. á España. Desde 34 á 43.

CAPITULO II.

SITUACION INTERIOR DEL REINO.

De 1556 á 1560.

Rentas del Estado.—No alcanzan á cubrir los gastos ordinarios.—Grandes necesidades del rey: fuertes pedidos de dinero: ahogos de la nación.—Arbitrios extraordinarios.—Ventas de oficios, jurisdicciones é hidalgas: empréstitos forzados.—Mitad de las rentas eclesiásticas legitimacion de los hijos de los clérigos: otros arbitrios repugnantes.—Apremios del rey rigor en las exacciones, inconvenientes.—Qué se hacia del dinero de Indias.—Escándalos y quejas de tomarlo el rey.—Remedio que se procuró aplicar.—Rulon del comercio.—Ideas del rey en materias de jurisdiccion.—Celebre consulta del Consejo Real sobre excesos del Nuncio.—Vigorosas medidas que proponia.—Espíritu del pueblo.—Córtes de 1558.—Petición notable.—Valentía de los procuradores castellanos.—Respuestas ambiguas del rey.—La heregia luterana en España.—Riñores de la Inquisicion. Procesados ilustres: el arzobispo de Toledo, otros prebados.—Famoso auto de fé en Valladolid el doctor Cazalla, nómina de las victimas.—Otros autos: en Zaragoza: en Murcia: en Sevi-

IIa.—Segundo auto de Valladolid.—Asiste el rey Felipe II., recién venido á España: dicho cáñobre del rey: número y nombres de los quemados.—Terceras nupcias de Felipe II. con Isabel de Valois.—Solemne y fastuosa entrada de la nueva reina en Toledo.—Fiestas, espectáculos.—Jura y reconocimiento del príncipe Carlos.—Otro auto de fé en Toledo.—Córtes en 1560.—Petición notable.—Establece Felipe II. la corte de España en Madrid. De 44 á 82.

CAPITULO III.

ÁFRICA.

LOS GELBES.—ORAN.—EL PEÑON DE LA GOMERA

■ 1559 ▲ 1564.

Petición de las Córtes al rey sobre los corsarios moros que estragaban las costas de España.—El gran maestro de Malta y el virrey de Sicilia solicitan los ayudo á recobrar á Trípoli de Berberia.—Felipe II. les envía una flota.—Salida de la expedición.—Primeros desastres.—Arriba la armada á los Gelbes.—Toma del castillo.—Pierdese lastimosamente la armada.—El almirante turco Piali y el terrible corsario Dragut.—Sitúan y atacan el fuerte.—Don Alvaro y los capitanes españoles son llevados cautivos á Constantinopla.—El virrey de Argel intenta conquistar á Oran y Mazalquivir.—Nueva armada española en África.—Hace retirar al virrey.—Expedición enviada por Felipe II. á la reconquista del Peñon de la Gomera.—Frústrase esta primera empresa.—Segunda y más numerosa armada contra el Peñon.—Don García de Toledo.—El corsario Mustafa.—Recobran el Peñon los españoles.—Grandes proyectos del gran turco contra el rey de España. . . . De 83 á 92.

CAPITULO IV.

MALTA.

1565.

PAGINAS.

Memorable sitio de Malta por la armada y ejército de Turquía.—Medidas de defensa del gran maestro de la orden La Valette.—Atacan los turcos á San Telmo.—Defensa brillante de los caballeros de la religión.—Carácter imperturbable y heroico del gran maestro.—Hechos repuestos de heroismo.—Asaltos: resistencia vigorosa: conflictos: sacrificios sublimes.—Peligro de la isla.—Reclama el gran maestro el socorro prometido de España.—Contestaciones del virrey de Sicilia.—Dilaciones.—Conducta de Felipe II. en este negocio.—Causas de la detencion del socorro de España.—Llega la armada española á Malta.—Fuga y derrota de la escuadra y ejército otomano.—Inmortalidad que alcanzó el gran maestro La Valette.—Temores de nueva invasion por mayor ejército turco.—Se desvanecen.—Muerte de Soliman II. De 99 á 114.

CAPITULO V.

RENTAS DEL ESTADO.—CÓRTESES.

LOS HUGONOTES.—CONCILIO DE TRENTO.

de 1560 á 1566.

Situacion económica del reino.—El dinero que venia cada año de Indias.—Déficit en las rentas.—Gastos de la casa real.—Remedios que proponia el Consejo de Hacienda.—Venta de vasallos.—Pronunciada opinion del reino contra la amortizacion eclesiástica.—Lo que sobre ello se proponia en todas las Cortes.—Lo que respondia el rey.—Errores económicos: leyes sumarias: pragmática de los trages.—Cortes de Aragón.—Petición contra los inquiliadores.—Felipe II. y los pro-

INDICE.**ROM****PAGINAS.**

testamentos de Francia.—Lastimosa situación de aquel reino.—Guerras civiles y religiosas.—Los hugenotes.—La reina Catalina: los Guisas, los Borbones: Condé.—El tumulto de Amboise.—Matanzas horribles.—Auxilios de Felipe de España á los católicos.—El edicto de Amboise.—Entrevista de las reinas de Francia y España en Bayona.—Nueva convocacion del concilio de Trento.—Parte principal que en él tuvo Felipe II.—Graves disputas entre Felipe y el papa Pio IV.—Firmeza de carácter de los embajadores y obispos españoles.—Número de prelados que asistieron al concilio.—Decretos sobre dogma, disciplina y reforma.—Terminacion del concilio.—Cómo fué recibido en cada nacion.—Cédula de Felipe II. mandándole guardar y observar.—Lo que se debió á los reyes de España relativamente al concilio.—Eminentes prelados, teólogos y varones españoles que á él asistieron.	De 135 á 149
--	--------------

CAPITULO VI.**FLANDES.****ORIGEN Y CAUSAS DE LA REBELION.****De 1559 á 1567.**

Conducta de Felipe II. en los Países Bajos.—Causas del disgusto de los flamencos.—El carácter del rey.—Su preferencia hacia los españoles.—La creación de nuevos obispos.—La Inquisición.—Los cuartos imperiales.—La permanencia de las tropas españolas.—La privanza de Granvela.—La ambición y el resentimiento de los nobles.—Quejas contra Granvela.—Odio que le tenían los flamencos.—Primeros síntomas de sedición.—Teson del rey en proteger al cardenal.—Comportamiento de la duquesa de Parma, regente.—Primera venida de Montigny á España.—Resultado de su mision.—Manos de rebelion en Flandes.—Petición al rey contra Granvela.—Dilaciones de Felipe en proveer á lo de Flandes.—Consulta al duque de Alba, y su respuesta.—Sale Granvela de los Países Bajos: alegría de los nobles y del pueblo.—Rigor inquisitorial: oposicion del país: disturbios.—Resistencia á recibir los decretos del concilio de Trento: insistencia del rey.—Venida de Egmont á Madrid.—Respuesta que lleva del monarca.—Disposiciones de Felipe II. contra

las instrucciones dadas á Egmont.—Resistencia de los flamenecos á admitir la Inquisición y los edictos.—Tenacidad del rey.—Conflictos de la princesa regente.—Confederación de los nobles contra la Inquisición.—El compromiso de Breda.—Petición de los confederados á la gobernadora.—Respuesta de la princesa.—Notable distintivo de los coligados.—Segunda venida de Montigny á España.—Entretiénese el rey sin responder á su comisión.—Situación crítica de Flandes.—Doble y artera política del rey.—Estalla la revolución religiosa en los Países Bajos.—Tumultos: profanación, saqueo y destrucción de templos.—Luchas sangrientas entre católicos y heregos.—El príncipe de Orange, y los condes de Egmont, Horn, Arenberg, Mausfeld, Berghes y otros.—Nuevos disturbios y desmanes.—Apremiantes reclamaciones de la princesa regente al rey, y respuestas dilatorias y ambiguas de Felipe.—Grandes dimensiones que va tomando la revolución.—El rey ofrece ir á Flandes.—Planes de los confederados.—Determina Felipe II. subyugarlos con las armas.—Nombró al duque de Alba general del ejército que ha de enviar á Flandes. De 150 á 188.

CAPITULO VII.

EL DUQUE DE ALBA EN FLANDES.

SUPLICIOS.

1567.—1568.

Aconsejan todos al rey que vaya á Flandes.—Lo ofrece muchas veces y muy solemnemente, y no lo realiza.—Disgusto de la princesa gobernadora por la ida del duque de Alba.—Situación de los Países Bajos á la salida del duque de España.—Rebeliones que había habido.—Alzamientos de ciudades: Tournay, Valenciennes, Amberes, Maestrich, Bois-le-Duc, Utrecht, Amsterdam, Groninga.—Nobles conjurados: nobles adictos al rey.—Energico y heroico comportamiento de la princesa de Parma para sofocar la revolución.—Va sujetando las ciudades rebeldes de Henao, Brabante, Holanda y Frisia.—Castigos.—Restablece la paz.—Nuevo juramento que exige á los nobles.—Quiérense negaron á prestarle.—El príncipe de Orange se

retira á Alemania.—Desconcierto y fuga de los rebeldes.—Castigo de herejes y restablecimiento del culto católico.—Paz de que gozaba Flandes cuando emprendió su marcha el duque de Alba.—Llega á Bruselas.—Su entrevista con la princesa Margarita.—Resistencia de la gobernadora de los amplios poderes de que iba investido el de Alba, y hace vivas instancias al rey para que la releve del gobierno.—Instituye el de Alba el *Consejo de los Tumultos*, ó *Tribunal de la Sangre*.—Engañoso artificio que empleó para prender á los condes de Egmont y de Horn y otros personajes flamencos.—Los encierra en el castillo de Gante.—Sensación de terror en el pueblo.—Admite el rey la renuncia de la gobernadora.—Pesadumbre de los flamencos por la marcha de la princesa Margarita: sus últimos consejos.—El duque de Alba gobernador de Flandes.—Gobierno sanginario del duque de Alba condenado por él mismo.—Suplicios.—Espíritu de pueblo y del tribunal contrario á su sistema.—Invasión de rebeldes en los Países Bajos.—Derrota de españoles en Frisia.—Sentencia del duque de Alba contra el príncipe de Orange.—Sentencia contra los condes de Egmont y de Horn.—Son decapitados en la plaza de Bruselas.—Sentimiento é indignación general.—Síntomas de futura venganza.—Miserable suerte de la virtuosa condesa de Egmont.—Notable correspondencia entre el duque de Alba y Felipe II sobre este asunto.—Tiránicas medidas del duque de Alba en Flandes reveladas por el mismo.

De 198 á 244.

CAPITULO VIII.

ESCORIAL.—REFORMAS.

MORISCOS.

1562.—1569.

Causas de la fundación del Escorial.—Su objeto.—Consideraciones que influyeron en la elección del sitio.—El arquitecto Juan de Toledo.—Fr. Antonio de Villacastín.—La silla de Felipe II.—Iglesia provisional.—Carácter del edificio y de su régio fundador.—Solemné recepción del cuerpo de San Eugenio en Toledo.—Relajación de las órdenes monásticas.—Reforma

que en ellas hizo Felipe II.—Petición de las Cortes de Castilla relativas á iglesias y monasterios.—Cuestion entre el rey y el pontífice sobre jurisdicción.—Sostiene el rey el derecho del *Regium executum*.

Medidas contra los moriscos de Granada.—Reclamaciones.—Primeros síntomas de rebelión.—Los moriscos ó saltadores.—Providencias desaceriadas.—Pragmática célebre.—Efecto que produce en los moriscos.—Iritación general.—Discurso de Nuñez Muley.—Conducta del consejero Espinosa, del inquisidor Deza, del capitán general marqués de Mondejar.—Prepárase la rebelión.—Los moriscos del Albalá.—Los de la Alpujarra.—Plan general.—Aben Farax.—Aben Humeya.—Insurrección general de los moriscos de la Alpujarra.—Horribles crueldades y abominaciones que cometieron con los cristianos.—Ferocidad de Aben Farax.—Es depuesto por Aben Humeya.—Regulariza éste la insurrección.—Medidas que se tomaron en Granada.—Emprende el marqués de Mondejar la campaña contra los moriscos.

De 1545 á 1558.

CAPITULO IX.

EL PRÍNCIPE CARLOS.

1545.—1558.

Por qué interesa tanto la historia de este príncipe.—Fábulas con que se le ha desfigurado.—Su nacimiento y educación.—Su carácter, genio y costumbres.—Si tuvo y pudo tener las intimidades que se han supuesto con la reina.—Casamiento de Felipe II. con Isabel de Valois.—Juramento del príncipe en las Cortes de Toledo.—Falta de salud de don Carlos.—Proyecta su padre enviarle á una ciudad de la costa.—Le envía por último á Alcalá.—Caída fatal del príncipe.—Peligro de muerte en que se vió.—Su restablecimiento.—Cómo quedó su cerebro.—Testamento del príncipe: cláusulas notables.—Atentados y desmanes que cometió.—Quiere asesinar al duque de Alba.—Intenta fugarse á Flandes.—Proyecta después marcharse á Alemania.—Decreta y ejecuta el rey el arresto de su hijo.—Circunstancias de la prisión.—Severidad con que era guardado y vigilado.—Cartas de Felipe II. dando parte de la reclusión del príncipe.—Proceso de don Carlos.—Discursos sobre las causas de su prisión.—Lo que resultaba del proceso.—Entereza y severidad del

rey.—Loca y desatregada conducta del príncipe en la prisión.—Enfermedad que le producen sus desórdenes.—Muerte de Carlos.—Falsedades y errores que acerca de ella se han escrito.—Juicio del autor sobre este suceso.—Muerte de la reina Isabel de Valois.—Sentimiento del rey..	De 290 á 340.
--	---------------

CAPITULO X.

GUERRA DE FLANDES,

RETIRADA DEL DUQUE DE ALBA.

1568.—1573.

Campaña del duque de Alba contra Luis de Nassau.—Le derrota y ahuyenta de Frisia.—Excesos del ejército real: castigos.—Guerra que mueve el príncipe de Orange por la frontera de Alemania. Marcha el de Alba con ejército á detenerle.—Provoca el de Orange á batalla al de Alba y éste la rehuya.—Franceses en auxilio de los orangistas.—Derrota don Fadrique de Toledo al de Orange y los franceses.—Conducta de las ciudades flamencas.—El príncipe de Orange en Francia.—Contratiempos.—Retírase á Alemania.—Termina esta primera guerra.—El duque de Alba solicita ser relevado del gobierno y salir de Flandes.—Honores que recibe del papa.—Rasgo de orgullo que irritó á los flamencos y le indispuso con la corte de España.—Envía tropas de socorro al rey de Francia contra los hugonotes.—Temores de rompimiento entre Inglaterra y España, y la causa de ellos.—Continúan las vejaciones y los suplicios en Flandes.—Célebre proceso y horroroso suplicio del barón de Montigny.—Abominable conducta del rey en este negocio.—Casamiento de Felipe II. con Ana de Austria.—Avisos del embajador de Francia al rey.—Comienza otra guerra en los Países Bajos.—Sublevaciones en Holanda y Zelanda.—Rebelión en la frontera francesa.—Cercó de Mons por don Fadrique de Toledo.—Segunda invasión del príncipe de Orange en Flandes con grueso ejército.—Sucesos espantosos en Francia.—La matanza de San Bartolomé (*Les massacres de la Saint-Barthelemy*).—Lo que influyó en la guerra de Flandes.—El de Orange se retira á Holanda.—Memorable sitio de Harlem.

TOMO XII.

36

—Heróica defensa de los sitiados.—Trabajos y triunfo de los españoles.—Toma de Harlem.—Insurrección de tropas españolas.—Noticia de las tropas que componían el ejército de Felipe II en los Países Bajos.—El duque de Alba y el de Medinaceli.—Ambos renuncian el gobierno de Flandes.—Es nombrado don Luis de Requesens.—Sale el duque de Alba de los Países Bajos, y viene á España. De 344 á 399.

CAPITULO XI.

LOS MORISCOS.

EL MARQUES DE MONDEJAR Y EL DE LOS VELEZ.

1569.

Primeras operaciones de campaña del marqués de Mondéjar.—Paso del puente de Tablate.—Atrevida resolución de un fraile franciscano.—Fuga de los moriscos.—Sitio y socorro de Orgiba.—Los cristianos en Pitres, Poqueira y Jubiles.—Gran degüello de mugeres moriscas.—Diego Lopez Aben Abao.—Discordia entre el rey Aben Humeya y sus parientes.—Tratos de paz.—Acción de Paterna.—El marqués de Mondéjar en Andarax y Ujijar.—Su política con los rendidos.—Expedición del de Mondéjar á las Guájaras.—Conquista del Peñon.—Fuga y suplicio de el Zamar.—Crueldad del marqués con los vencidos.—Reduccion de los lugares de la Alpujarra.—El marqués de los Velez en la sierra de Filabres y en la de Gador.—Sus triunfos sobre los moriscos en Hueclja y Pillix.—Indisciplina de sus tropas.—Atrevida expedición de don Francisco de Córdoba.—El marqués de los Velez en Óhanez.—Escenas trágicas.—Pacificacion de la Alpujarra.—Riesgo que corrió Aben Humeya de ser cogido.—Suivase mañosamente.—Acusaciones é intrigas en Granada y en la corte contra el marqués de Mondéjar.—Da el rey á don Juan de Austria la dirección de la guerra.—Don Juan de Austria en Granada. De 400 á 429.

CAPITULO XII.

LOS MORISCOS.

DON JUAN DE AUSTRIA.

de 1569 a 1574.

PAGINAS.

Nacimiento, infancia y pubertad de don Juan de Austria.—Quién fue su madre.—Secreto y misterio con que fue criado en casa de Luis Quijada.—Dónde y cómo le reconoció por hermano Felipe II.—Acompaña al príncipe Carlos en Alcalá.—Intenta ir á la guerra de Malta, y es detenido de orden del rey.—Confíerele su hermano el mando de las galeras.—Expedición contra corsarios.—Nómbrale para dirigir la guerra contra los moriscos.—Primeras disposiciones de don Juan en Granada.—Disidencias y entorpecimientos en el Consejo.—Progresos de los moriscos: Aben Humeya.—El comendador mayor de Castilla en el Peñon de Frigiliana.—Real cédula para la expulsion de los moriscos de Granada, y su internación en Castilla.—Llamamiento del marqués de Mondejar á la corte, y su causa.—Muere el rey Aben Humeya asesinado.—Es proclamado Aben Abó rey de los moriscos.—Nuevo aspecto de la guerra.—El duque de Sessa y el marqués de los Vélez.—Sale á campaña don Juan de Austria.—Rinde á Gálera.—Desastre en Seroa.—Nuevos triunfos de don Juan.—Tratos y negociaciones para la reducción.—Bando solemne que hizo publicar don Juan de Austria.—Operaciones del duque de Sessa.—Pragmática del rey para sacar del reino á los moros de paz.—Prosiguen los tratos de reducción.—El Habaquí.—Reunión de capitanes moriscos y cristianos.—Conclábase la reducción.—El Habaquí humillado ante don Juan de Austria.—Designación de capitanes para recibir los moros reducidos.—Alzamiento y guerra en la serranía de Ronda.—Arrepléntese Aben Abó, y se niega á reducirse.—Doblez y arterias del reyzenelá moro.—Asesina al Habaquí.—Intenta otra vez engañar á don Juan de Austria.—Resuélvese de nuevo la guerra contra Aben Abó.—Batida general del comendador Requesens en la Alpujarra.—Exterminio de moriscos.—Vuelven don Juan de Austria y Requesens á Granada.—Licencian las tropas.—Regresa don Juan de Austria á Madrid.—Muerte trágica de Aben Abó y fin de la guerra.—Puéblase el reino de Granada de cristianos.	De 430 á 478.
--	---------------

:

CAPITULO XIII.

DON JUAN DE AUSTRIA.

LEPANTO.

De 1570 á 1574.

CONTINUA.

Planes del sultán Selim II. sobre la isla de Chipre.—Resuelve su conquista.—Rompe la paz con Venecia.—Prepárase á la guerra la republica busca aliados y pide auxilio.—El papa y el rey de España.—Principio de la liga.—Conferencias en Roma: capitulos.—Guerra de Chipre.—Generales y fuerzas turcas.—Generales y fuerzas venecianas.—Sitio y toma de Nicosia por los turcos.—Escuadra auxiliar de España: Juan Andrea Doria.—Escuadra pontifica: Marco Antonio Colonna.—Disidencias entre los aliados.—Retirase Andrea Doria.—Vuélvese la armada de los confederados.—Realízase la liga cristiana y se jura.—Célebre sitio de Famagusta por los turcos.—Defensa heroica de los venecianos.—Se rinden.—Horribles é inauditas crueldades de Mustafá.—Generales de la armada y ejército de la Liga: Generalísimo Don Juan de Austria.—Sale don Juan de Madrid, va á Barcelona, Génova, Nápoles y Mesina.—Reunion de la armada de la Liga.—Número de naves y hombres.—Parte la armada á Levante.—Armada turca: Perlew-Bajá y Ali-Bajá.—Orden de las dos armadas.—Memorable batalla de Lepanto.—Pericia y denuedo de don Juan de Austria.—Muerte de Ali-Bajá.—Triunfo glorioso de la Liga, y destruccion de la armada turca.—Retirada de los aliados.—Festejos en Venecia, Roma, y Madrid.—Escaso fruto que se recogió de la victoria y sus causas.—Repone el turco su armada y vuelve sobre Candia.—Lealtad de los obligados, y motivos que la ocasionaban.—Muerte del papa Pio V.—Gregorio XIII.—Detencion de don Juan de Austria y sus quejas.—Hicese otra vez á la vela.—Campaña naval de 1572.—Retirada de los aliados.—Bochornosa paz de Venecia con Turquía.—Disuélvese la Liga.—Marcha don Juan de Austria á Barbería y reconquista á Tanez.—Vuelve á Italia.

De 479 á 530.

APENDICES.

De 530 á 553.

